

NO-UPF
NO ORK

I-5

VIDA Y VIRTUDES

DE LA VENERABLE VIRGEN

DOÑA LUISA DE CARVAJAL Y MENDOZA



RETRATO DE LA VENERABLE DOÑA LUISA DE CARVAJAL
Y HURTADO DE MENDOZA.

VIDA Y VIRTUDES

[illegible]

[illegible] JAL Y MENDOZA

POR

EL LICENCIADO LUIS MUÑOZ



[illegible] GAYA

[illegible] YRA»

1897



RETRATO DE LA VENERABLE DOÑA [illegible]
Y HURTADO DE MENDOZA

VIDA Y VIRTUDES

DE LA VENERABLE VIRGEN

DOÑA LUISA DE CARVAJAL Y MENDOZA

POR

EL LICENCIADO LUIS MUÑOZ



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1897



PRÓLOGO.

Grande y fecundo en genios eminentes por su santidad y ciencia, y por otros justos títulos, aparece el siglo décimosexto, habiendo éstos brotado en su mayor parte en tierra española: siglo de los grandes monarcas, de los grandes santos y sabios de gran talla: siglo de multitud de fundadores y reformadores, durante el cual apareció nuestra España, la nación providencialmente predestinada para realizar grandes empresas en el orden religioso, moral, científico y literario, apareciendo esta nación á la vanguardia del mundo civilizado. Ignacio de Loyola, José de Calasanz, Pedro de Alcántara, Juan de Dios, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús y otros varios que citar pudiéramos, nombres gloriosos son, que supieron desempeñar altísimos destinos que el cielo les señalara, simbolizando venerandas instituciones que su celo produjera.

Pero no solamente éstos, que pudiéramos llamar astros de primer orden, aparecieron en el hermoso cielo de España, sino muchos otros que por no ser tan refulgentes fueron eclipsados por los primeros; tal es, entre otros, el que simboliza la venerable virgen D.ª Luisa de Carvajal, joven piadosísima, descendiente de las nobilísimas familias españolas de los Carvajales, Vargas, Mendozas y Fajardos, que abrazan las más ilustres de España, que después de haber edificado con sus eminentes virtudes las capitales de Extremadura, Castilla y Navarra, donde vivió, toma la resolución heroica de pasar á Inglaterra, venciendo para esto las inmensas dificultades y estorbos que la prudencia de la carne y la malicia del mundo opusieran á empresa tan sobrehumana.

No era Inglaterra en esta ocasión la primogénita de la Iglesia, el reino de Dios y dote de María por la antigua confesión de la fe, por el marcado favor que Dios la hizo y por la devoción singular para con la Reina del cielo; sino más bien la Roma de Nerón, de Diocleciano y Domiciano, por la horrible persecución á los católicos, crueldad de los tormentos contra ellos empleados y odio infernal á todo lo religioso; aquí fué donde nuestra venerable Luisa, sin otras armas que su fe, sin otra influencia que su caridad y sin otros medios que su celo, robusteció con su palabra la fe de los débiles, cubrió con sus dádivas las necesidades de los menesterosos y llenó de consuelos con su ejemplo las almas de los perseguidos; tanta virtud, tanta privación y tanto sacrificio atrajeron á

nuestra venerable el odio profundo y la persecución descarada de parte de los herejes ingleses, quienes para saciar su venganza, dejar sin amparo á los católicos y herir á la Iglesia, encerraron á la virgen Luisa, sin atender á su elevado rango, ni á su inocencia, ni á su caridad sin límites, en un lóbrego calabozo, donde murió víctima de su celo apostólico y de su fe inquebrantable.

Tal es, en brevísimo resumen, la vida admirable de la venerable Luisa de Carvajal, que, escrita por el licenciado Luis Muñoz, salió á luz por vez primera en el año de 1631, y que las Religiosas Agustinas Descalzas, del Real Monasterio de la Encarnación de esta corte, poseedoras del preciado tesoro de los restos de esta venerable y agradecidas á la gran protección que las dispensa, editan de nuevo á su costa.



Á LA MADRE MARIANA DE SAN JOSÉ,

PRIORA DEL CONVENTO REAL DE LA ENCARNACIÓN DE LA RECOLECCIÓN DE SAN AGUSTÍN.

Por mi buena dicha alcancé á ver el rostro de la Sra. D.ª Luisa de Carvajal y Mendoza, que me ha quedado fijo en la memoria con haber más de treinta años. Acuérdome muy bien que habiendo en Valladolid venido á hablar á mi padre Nicolás Muñoz, que hacía entonces sus negocios, me hizo llamar para que la viese y hablase, siendo bien mozo; apenas sabía con quién estaba. Oí siempre mucho de sus virtudes y jornada á Inglaterra á mi buena madre, que la conocía y estimaba y visitó en Valladolid; eran muy frecuentes en su boca las alabanzas de D.ª Luisa; concurrieron en la iglesia de la Compañía muchos años; era ésta una noticia muy corta, algo aumentada con el librito de sus honras, que fué impreso en Sevilla, que he conservado con estima en mi poder mucho tiempo, y una afición grande á su memoria.

Este año pasado era en mí continuo un pensa-

miento de hacer un elogio á su muerte, de la cual andaba una relación en Sevilla, como lo dice el libro de las honras (no se extendía á más por entonces mi deseo). Escribí á un devoto de D.ª Luisa, que hizo diligencia para buscarla, y no en vano, que si bien la relación no pareció, me dió noticia que andaba la vida escrita por su confesor, religioso de la Compañía. Aumentóse la curiosidad de verla; hice varias diligencias en la Compañía y otras partes; escribieron de Sevilla que en el convento real de la Encarnación hallaría lo que buscaba. A poca diligencia la caridad de vuestra Reverencia me enriqueció con los cuadernos que escribió de la vida de doña Luisa el P. Miguel Walpolo, inglés, de la Compañía de Jesús, varón de gran bondad y doctrina, que en su patria fué un insigne obrero de la religión católica, por cuya causa estuvo preso en las cárceles de Londres, á quien por sus virtudes y letras eligió D.ª Luisa por guía de su espíritu. Vinieron también con ellos treinta y siete deposiciones juradas de las informaciones que á instancia de S. M. se han hecho, con autoridad del Ordinario, para su canonización. No me pidió más vuestra Reverencia de que viese estos papeles, dando á entender tenía gusto se dispusiesen de manera que tuviese el mundo noticia de las cosas de esta venerable virgen.

Reconocí los cuadernos y deposiciones; parecióme que no sin particular providencia habían venido á mis manos, y que el elogio podía extenderse á historia juntando á lo que escribió el P. Walpolo lo que dicen demás las deposiciones, de que él no pudo tener noticia porque murió antes de hacerse. El sujeto desigual á mis fuerzas, en medio de tantas ocupaciones, me acobardaba grandemente; mas ser gusto

de vuestra Reverencia y de estas señoras, sus hijas, cuyas oraciones había de tener en mi ayuda, me hicieron resolver á intentar éste (no sé si le llame trabajo ó divertimiento de los que tengo en mi oficio). Así en los ratos de las fiestas, y otros que suelen sobrar, fuí disponiendo un memorial de estos papeles; no mudo la ocupación, mas sí la materia.

Habiendo llegado al último capítulo del libro del P. Walpolo, tratando del gran secreto con que trataba sus cosas D.ª Luisa, dice que sus confesores, con precepto de obediencia, la obligaron á escribir algunas cosas suyas para tener mayor luz y conocer su espíritu; para gobernarla y para que ella cotejase tiempos con tiempos, y reconociese las misericordias de Dios y las tuviese presentes; que estos papeles guardaba con tanto secreto, que no los comunicó á persona alguna, teniéndolos en un escritorio con llave; que estando en Inglaterra, sin esperanza que él volviese, los recogió todos, ató y selló, y sobrescribió con estas palabras: «Pido y ordeno á mis compañeras que, si yo muriese, guarden con llave estos papeles, sin que nadie rompa sus sellos; y si mi confesor estuviese en Inglaterra, se los entreguen, y si no, los quemen todos delante de los ojos de ellas.» Esto estaba escrito en español y en inglés, y en esta lengua añadió estas palabras: «Sin que se lean en caso ninguno, por ser cosa de la conciencia.» Fué nuestro Señor servido que su confesor volviese á Inglaterra á tiempo que le pudiesen entregar estos papeles, de donde dice sacó lo principal de la vida, especialmente en lo que toca á su oración y perfección espiritual.

No me pareció cumplía con la obligación de un diligente escritor si no buscaba y veía estos papeles:

puse la diligencia posible, supe estaban en Sevilla en poder del P. Enrique Polardo, inglés, compañero del P. Walpolo, que los recogió cuando nuestro Señor le llevó al cielo, y tenía muy guardados por prenda de D.ª Luisa. Después de una prolija porfía los conseguí por medio del P. Norton, inglés, de la Compañía, persona de muchas prendas, y que con piadoso afecto ha favorecido esta obra. Llegaron últimamente á mis manos, hasta el papel del sobrescrito. Son los que ha visto vuestra Reverencia y reconocido con sus ojos; están medios pliegos sueltos, algunos enteros; contienen de su letra el discurso de sus cosas y sucesos, desde los primeros años de su vida; algunos particulares de su interior y misericordias que nuestro Señor la hizo; apenas tienen cosa con su orden, ni más disposiciones que como se iban ofreciendo á la pluma. Conferidos con los cuadernos del P. Walpolo, halléle fidelísimo escritor de esta vida, que tejió de estos papeles y otras relaciones; fué un trabajo verdaderamente grande, porque dispuso con muy buen orden las cosas, dando á cada cual su tiempo, con las mismas palabras de doña Luisa. Y aunque estimé, como era justo, estos papeles, después que vi los de D.ª Luisa los veneré como suyos, y pude con mayor seguridad valerme de ellos. Vino también de Sevilla gran número de cartas, escritas de D.ª Luisa á diferentes personas el tiempo que estuvo en Inglaterra, en que les da cuenta de sus sucesos, de que también se valió el P. Miguel Walpolo, á quien nombró ingenuamente por autor de esta obra, y dijera mejor á D.ª Luisa; y puedo afirmar con toda verdad que son raras las cosas en el discurso todo de este libro que no haya visto escritas de su mano; y quien con atención leyere lo

tocante á su interior, lo creerá fácilmente. Todos estos papeles, de orden del P. Polardo, los he entregado á este real convento para que se guarden en su archivo con la estima y veneración que es justo, y estén perpetuamente afianzando la verdad de esta historia.

De todos estos materiales se ha levantado esta fábrica; no sé si á mi deseo ha correspondido el acierto; sólo he pretendido juntar de unos papeles y otros, en los lugares que ha parecido conveniente, las cosas de D.ª Luisa, dando facilitado el camino á quien con más espíritu y más letras pueda dar la última mano á esta obra, que reconozco en muchas partes falta.

En una cosa afirmo que la tengo por cabal, que es en la verdad de lo que escribo; porque, además que no ha habido respeto humano que haya podido moverme á lisonja ni encarecimientos, que totalmente desdice de mi natural, la materia es gravísima y obliga á tratarse con toda sinceridad y llaneza; antes quedo con recelo he sido corto, de que me ha de hacer cargo vuestra Reverencia, como quien tan bien sabe lo que merece D.ª Luisa, porque tengo por muy cierto que todo cuanto va escrito de sus grandes virtudes no llega á igualar el gran concepto que vuestra Reverencia tiene de la santidad de esta señora.

Las cosas del primer libro no sólo las he visto escritas de mano de D.ª Luisa, como he dicho, sino que por la mayor parte uso de sus mismas palabras, y pudiera á cada paso ponerlas como las dijo; mas saliera la historia de remiendos, y aunque de brocado, en fin, lo fueran. Digo lo mismo del segundo libro en cuanto á las cosas interiores, y en las demás sigo testigos de vista, muchos y contextes, de cuya fe fuera impiedad dudarse. En el libro tercero me pa-

rece que necesito el crédito, porque, además que las cosas fueron publicísimas, contestadas por testigos varios, casi todas van sacadas de relaciones y cartas de su mano, y por la mayor parte son todas palabras suyas. Yo esperaba alguna gracia de la santa por este corto servicio; mas si se mide con el rigor de justicia que he guardado no puedo esperar alguna, de su liberalidad sí y gran caridad que tuvo, que se ha aumentado en el cielo.

Las inadvertencias y faltas que vuestra Reverencia hallare en esta obra (que no son pocas) las tenga todas por mías; si algunos aciertos, son de Dios, encaminados por las oraciones de vuestra Reverencia y de sus santas hijas, que me han ayudado poderosamente, en cuya confianza acepté la empresa, y ésas pido no me falten lo que me durare la vida, que no pretendo otro galardón de este trabajo.

Vuelvo á vuestra Reverencia hecho ramillete los tabaques de flores que se dignó comunicarme (ojalá no ajadas de mis manos): apenas he puesto más que el hilo y unas hojas verdes que sirven al adorno. Si pensare que en el discurso largo de esta obra hay alguna cosa mía y me adornase con ella, me sucederá lo que á la corneja de Esopo, que, cogiendo cada cual su pluma, me dejarán en desnudez afrentosa.

Este libro, después que vuestra Reverencia le haya visto (cuya censura tengo por la mejor), le remita á personas espirituales y doctas que hagan juicio de todo lo que contiene, como más desocupados y profesores de la facultad sagrada; porque entiendo por cierto que para el crédito de la verdad de esta historia ha permitido Dios haya pasado por manos de un extranjero, y un hombre atado á un oficio de papeles, que es poco menos que un remo, y que al

uno el defecto de la lengua, y al otro lo distraído de la profesión no hayan dejado poner cosa de su casa en lo sustancial de la historia, sino sólo trasladar á la letra lo que hallaron.

Excusado es poner cebo al grande incendio de la devoción que vuestra Reverencia tiene á la venerable D.ª Luisa, que, como fiel amiga, en la vida y en la muerte ha mostrado la fineza de su amor, deseando tanto dar noticia de sus cosas; mas superior motivo impele á vuestra Reverencia, que es la gloria de Dios, que así campea en las cosas de esta sierva suya. Y así suplico á vuestra Reverencia que, puesto el libro en la perfección que es justo, le dé á la luz del mundo, para que sea alabado nuestro Dios en la mayor obra de su diestra, que es hacer santos de unos miserables hombres: esto vea vuestra Reverencia por su casa. De ésta de vuestra Reverencia, 18 de Septiembre de 1630.

LICENCIADO LUIS MUÑOZ.



APROBACIÓN

DEL MUY RVDO. P. MTRO. FR. GONZALO PACHECO,

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN, PREDICADOR DE S. M.



LA vida de la venerable virgen D.ª Luisa de Carvajal y Mendoza, escrita por el licenciado Luis Muñoz, he visto por comisión del señor licenciado D. Juan de Velasco y Acevedo, Vicario general de Madrid y Prior de Roncesvalles, y no he hallado cosa alguna contraria á nuestra santa fe y buenas costumbres; antes valientes apoyos de la fe, vivos impulsos al obrar santo, pues esta santa señora avivó su constante fe con un amor de Dios tan encendido, que, arrancándola de su patria y deudos, la llevó adonde se ponen á riesgos tan notorios los que quieren seguir la fe en su entereza, con admiración de este siglo y gloriosa emulación de la Iglesia primitiva cuando gozaba de espíritus más fervorosos. El autor ajusta con la materia el estilo, el espíritu, la erudición; de manera que si la venerable D.ª Luisa debe la gloria que goza en el

cielo á sus obras, la estimación entre los mortales la debe al historiador: *Eorum qui fecere virtutes, tanta habetur laus, quantum eas verbis potuere extollere præclara ingenia* (dijo Salustio), siendo también medio eficaz para que aproveche tanto ejemplo á todas edades. Por todo merece el autor la licencia que pide. En San Felipe de Madrid á 20 de Septiembre de 1631 años.

FRAY GONZALO PACHECO.

Dió licencia para imprimir este libro el Dr. Pedro de Nájera, Teniente de vicario general de esta villa, en 15 *de Diciembre de* 1631, *en conformidad de esta aprobación.*



LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

PADRES DE DOÑA LUISA Y SUS MÉRITOS.



OMENZANDO á escribir el gran Padre de la Iglesia, San Jerónimo, la heroica resolución de Demetrias, nobilísima señora romana, descendiente de las ilustres familias de los Probos y Olibrios, honor de aquella República, la cual, dejadas las riquezas y esperanzas del siglo, se dedicó á virginidad perpetua, dice que cuando le pedían Juliana y Proba, madre y abuela de esta santa virgen, le diese algunos documentos con que se gobernase en el nuevo estado, se hallaba escribiendo la explicación del templo de Ezequiel, obra en las Escrituras Sagradas dificilísima, en aquella parte que describe el *santasantórum* y el altar del Timiama, y que apenas mudaba de materia, pasando de altar

á altar, donde consagraba á pureza eterna la Hostia viva y agradable á Dios sin mácula, cual era el cuerpo y alma de aquella devota virgen. Es la Esposa de Cristo, dice el mismo doctor santo, Arca del Testamento dorada de dentro y fuera, custodia de la ley del Señor; tal fué la venerable y santa doña Luisa de Carvajal y Mendoza, cuyas virtudes y vida intento escribir con la divina gracia; atrevimiento grande, empresa desigual á la flaqueza de mis fuerzas. Sujeto verdaderamente digno de la elocuencia de un Cipriano, Ambrosio ó Jerónimo, ó un Sacerdote Sumo que dedicase este Altar, que manifestase esta Arca. Pudiera temer profano la indignación divina ejecutada en la inadvertencia de Ozza, si un piadoso deseo, una devoción humilde (ó si aquella con que Obededón recibió el Arca antigua, causa de todos sus bienes) no alentaran mi ánimo rendido á la grandeza de tan alto intento. El espíritu divino que se mostró tan liberal con esta virgen santa dé luz á mi entendimiento, y palabras que acierten á descubrir sus admirables virtudes, sus heroicas hazañas; nada más dificultoso que á hechos grandes hallar palabras conformes.

Fué su padre D. Francisco de Carvajal y Vargas, caballero nobilísimo. Su madre, D.ª María de Mendoza y Pacheco, hija legítima de D. Juan Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo, señor de Almazán, y de D.ª Luisa Fajardo, hija mayor de D. Gonzalo Chacón y D.ª Mariana de Guevara, condes de Casarrubios; progenitores verdaderamente ilustres, no menos por la singular bondad de vida y costumbres cristianas, que por la gran nobleza de su sangre.

Dilatado campo se descubre para tratar de los claros renombres de los Carvajales, Vargas, Mendozas, Fajardos, y de la antigua nobleza de estas familias, que abrazan las más ilustres de España, los varones insignes que han tenido, sus hazañas en servicio de los reyes; mas D.ª Luisa no necesita del esplendor de sus progenitores; porque, habiendo despreciado su nobleza por imitar á Cristo, no tanto recibe de ellos estimación y lustre, cuanto se le da mayor. Que en el juicio de los santos, no es cosa digna de grande alabanza la nobleza (bien en gran parte ajeno), sino la virtud propia; no el engrandecerse con honores, sino pisarlos generosamente por agradar más á Dios; no el florecer en riquezas, mas despreciarlas por imitar á Cristo. Por tanto, doña Luisa fué más noble por la gran santidad que adquirió con obras, más ilustre por la pobreza que abrazó por Cristo.

No degeneró D. Francisco de la bondad de sus pasados; sus costumbres y proceder mostraban bien la calidad de su sangre; era de gravísimo y bien compuesto exterior, y muy de caballero; tuvo grande entendimiento, fué erudito y señalado en las dos lenguas latina y griega. Su mayor felicidad fué darle Dios á D.ª María de Mendoza por mujer, rarísimo ejemplo de todas las virtudes; campearon, entre otras, la modestia, la honestidad, la misericordia; fué en lo natural hermosísima, y desde niña muy inclinada á lo bueno, y en especial al recato de su persona, sin poder sufrir de aquella edad cosa contraria al decoro. Hubiera sido sin duda religiosa á no haberla casado muy temprano. Tuvo extremada caridad con todos; hacía que cada día (en particular los últimos de su vida) se pusiese olla aparte para los pobres, y ella misma, acompañada de sus hijos y criados, iba repartiendo de su mano suficiente pan y vianda á cada

uno. Si enfermaba el más humilde de sus criados ó vecinos pobres del barrio, salía al anochecer disimuladamente á visitarlos, acompañada de un escudero y una ó dos de sus criadas cargadas de bizcochos y regalos y otras cosas de que echaba de ver tendrían necesidad. Acariciaba á los pobres enfermos hasta echarlos en las almohadas de terciopelo de su estrado, abrigarlos al calor de la chimenea de su sala. Fué raro su respeto á los sacerdotes, y mostrábalo en cualquier ocasión y modo de cortesía; en viendo alguno en la calle ó en otra parte, les hacía reverencia bajísima aunque ellos no la mirasen ni retornasen la cortesía. Frecuentaba mucho su oratorio, que tenía con particular aseo. Fué grande su piedad con Dios; en teniendo alguna nueva de gusto, pasaba luego á la iglesia más cercana á dar las gracias al Santísimo Sacramento. Amóla con extremo el Marqués de Almazán, su hermano, cuyas virtudes veremos adelante, y cuán de estima es su calificación; decía muchas veces á D.ª Luisa que era hija de la mejor mujer del mundo; y viendo en ella algunas demostraciones de recato y modestia, afirmaba que era un vivo retrato de su buena madre.

Habíales dado Dios cinco hijos varones, aunque sólo uno vivía; deseaba con extremo D.ª María una hija, que pedía á Dios con oraciones y solicitaba los ruegos de muchos siervos de Dios. Entre otras personas santas de cuya intercesión se valía, fué el venerable P. Fr. Pedro de Alcántara, aquel varón santísimo que en nuestros días renovó las penitencias y vida de los Antonios y Pablos, y otros antiguos anacoretas. Aseguróla este gran siervo de Dios que nuestro Señor la cumpliría su deseo. Tiénese por cosa cierta que hizo voto de dedicar á Dios el fruto

de bendición que le diese, y siendo hija, ofrecerla á un monasterio de recolección si se inclinaba á ser monja.

CAPÍTULO II.

NACIMIENTO Y NIÑEZ DE DOÑA LUISA.

Nació D.ª Luisa, con grande y general alegría de la casa de sus padres, á los 2 de Enero del año de la reparación del mundo de 1566; bautizáronla á los quince días, dilación que pudo causar lo riguroso del tiempo, de que ella se lamentó después en un papel suyo, llamando infelicísimos aquellos días. Por devoción de su padre la llamaron Antonia, y Luisa por el gusto de su madre ó por la condesa D.ª Luisa, su abuela; usó siempre del nombre último. Estaba á la sazón que nació junto el Sacro Colegio de los Cardenales para elegir sucesor de San Pedro, Vicario de Jesucristo en la tierra; vacaba el trono pontificio por muerte de Pío IV; salió elegido, á 7 del mismo mes, el santo Pío V, gloriosísimo Pontífice, á cuyas alabanzas se rinde toda elocuencia humana. Reinaba en España D. Felipe II, el prudente, de inmortal memoria.

El lugar de su nacimiento fué Jaraicejo, villa antigua en la provincia de Extremadura, cámara de los obispos de Plasencia, no lejos de esta ciudad, donde tienen su antiguo solar los Carvajales, lugar no grande, mas de verdad dichoso, pues Dios le dió tal hija que si Palermo y Catania, ciudades ilustres de Sicilia, litigan sobre en cuál de las dos nació santa

Águeda, muy bien puede gloriarse Jaraicejo, cuando fuera la mayor ciudad del mundo, de haber nacido en su suelo tan insigne mujer.

Criábase con muy buena salud, y crecía en la edad y en el amor de sus padres; tenía la más proporcionada disposición de cuerpo y linda cara que se podía desear en una niña; notaban en ella una mesura extraordinaria. Siendo de edad de cuatro años, pisándola la basquiña una muchacha, cayó sobre una piedra agudísima, en que se rompió la frente; bañada la cara en sangre llegó donde estaba su madre con muestras de no pequeño corazón. Quedó D.ª María como fuera de sí de dolor, y la niña muy cercana á la muerte, porque la herida era muy de peligro. Despacharon con toda diligencia por un gran cirujano, que estaba catorce leguas de allí, por cuya mano la sacó Dios de aquel trance; quedóle una señal blanca en la frente que no le causaba nota.

Es cosa muy frecuente en las personas que han de ser de santidad insigne, prevenirlas nuestro Señor muy con tiempo, anticipando su luz y las bendiciones de su dulzura, necesarias para quien ha de ser archivo de tesoros grandes.

Nacieron de un parto con D.ª Luisa la honestidad y la misericordia, virtudes que se anticiparon al uso de la razón; no consentía, aun criatura, que la llegase hombre al rostro, ni su mismo padre; defendíase con lágrimas y gritos, armas de aquella edad. Aun no tenía cinco años, ¡cosa rara!, mostraba aborrecimiento á ventanas y puertas, y se quejaba á su madre si las mujeres de casa no andaban muy ajustadas en todas las demostraciones de recato; y á una criada, querida de su madre, que decía que no la diese crédito porque siendo niña era fácil mentir, respondía:

«¡Oh, no, la niña nunca miente!» Desde esta edad no acertaba á decir lo que no fuese muy cierto. No arrostraba, aún niña, á las visitas, forzosas en casa tan principal; éranle molestas, y decía á las mujeres de casa: «Qué llana es mi madre, pues deja que tantos la visiten; cuando yo sea grande, no tengo de dejar que me visiten tantos.» Hallábase embarazada con las galas, y no las podía sufrir, y era menester engañarla y darla alguna cosa para que se dejase componer; gustaba mucho su madre que anduviese muy bien puesta, y así la hacían muchas galas; aunque lo más ordinario era traer un hábito de San Francisco, de seda, por devoción de su madre, con intento que se lograse, decía: «que en llegando á diez años la había de poner como monjita, y enderezarla á este dichoso estado».

Habíasele pegado de su madre gran ansia de dar limosna; por imitarla y darla gusto (procuraba dársele en todo como si tuviera mucha más edad) cogía cuanto podía para esto; quejábanse los de casa á su madre, ella se reía, y gustaba que lo hiciese así.

Cuando la ponían en la cama blanda y caliente, muchas veces se lamentaba de la miseria de los pobrecitos, que decía se hallaban muchos entonces sin cama, sin casa y sin abrigo, temblando de frío. Todo su contento era le trajesen muchos pobrecillos desarrapados de las calles, de los de su misma edad; sentábase en medio de ellos, y repartíalos algunas cosillas dulces y otras de comer que guardaba para ellos, y cuando la dejaban sola con aquella buena gente, abría un escritorio que tenía lleno de brincos y otras bujerías, y lo repartía entre ellos; escapábanse á toda prisa porque no se lo quitasen los de casa. Habíala dado su madre una arquilla con un candado

de plata que se abría fácilmente; allí guardaba lo que le daba su padre para los pobres, á quien lo repartía, especialmente á los de la cárcel. Teníala muchas veces casi llena, y hacían fiesta los criados de quitarla parte del dinero, porque estaba donosísima cuando, dudosa, hacía cómputos si había dejado más dinero.

Dejábase cargar fácilmente de culpas que no había hecho, de que se aprovechaban las criadas cuando perdían ó quebraban alguna cosa del gusto de su madre; y si le preguntaba si lo había hecho sin manifestarla delincuente, sólo decía: «No me puedo acordar de haberlo hecho.»

Llevaba su madre á D.ª Luisa, cuando ya era mayor, en su compañía, á repartir la limosna á los pobres, y la daba los platos para que ella los diese de su mano; en esta escuela, sobre su inclinación, aprendió á ser gran limosnera.

Descubrió desde niña notable entendimiento; cuando D.ª María se encerraba á solas á tratar de las cosas de la casa con una doncella, que era de su confianza, daba D.ª Luisa su razón como si fuera grande; enviábanla á jugar con otras niñas; en viéndolas juntas se volvía y se entremetía en sus pláticas; solía decir su madre: «Ya viene Luisita á darnos su parecer y poner su cucharadita.»

Fué muy obediente á sus padres, y en lo que podía procuraba darles gusto como si tuviera mucha edad: estimaban una criada antigua por su fidelidad y entendimiento, y aunque era harto áspera con doña Luisa, y por la autoridad que la daban ella sola la reñía, por entender que daba gusto á sus padres la respetaba y quería, y no había regalo que con este intento no la hiciese. Mostraba en todo notable capacidad de niña: decía D.ª María que deseaba considerasen estas cosas los que decían que dejaba de amarla, y la adoraba, y viesen que merecía todo el amor que la tenía.

Mostraba, aún muy niña, inclinación notable á la pobreza y aspereza de vida; era de tres á cuatro años; fingía tener algunas chinas dentro de los zapatos para que se los quitasen, sin consentir que después se los pusiesen; andaba algunos ratos descalza, sin saber qué le movía á aquello. Siendo algo mayor, algunas veces gustaba de descalzarse y pasearse á solas en algún aposento, y en tiempo muy frío, con grande contentamiento de ver sus pies descalzos por el suelo; si alguno acertaba á pasar, bajábase de manera que el vestido cubriese muy bien los pies. Tuvo un afecto raro, aún criatura, á los Padres Descalzos de San Francisco; mostrábales grande amor, poníase á sus pies y se los besaba: decíale un religioso, deudo suyo, por qué no se los besaba también á él, respondía: «Que los pies de los Descalzos eran de oro.» Sería porque le traen debajo de ellos, y, por ventura, pisado da mayores resplandores.

Afirman sus confesores, á quien dió particular noticia de sus cosas, que desde muy poca edad la llamó nuestro Señor con particular conocimiento, y ella decía, siendo de edad perfecta, con gran sentimiento y ternura, que había madrugado la Majestad Divina á ocuparla el corazón del todo, porque desde que tuvo uso de razón se le entregó con gran liberalidad.

CAPÍTULO III.

MUEREN SUS PADRES, Y DEL TIEMPO QUE ESTUVO EN PALACIO.

El señor rey D. Felipe II, que entre otros atributos grandes de su prudencia tuvo raro el de saber buscar y escoger hombres de partes para los oficios públicos, puso los ojos en D. Francisco de Carvajal para gobiernos, y enterado de su capacidad y entendimiento, le hizo merced del corregimiento de León; llevó su casa del templado clima de Plasencia al áspero de la montaña, que hizo prueba en la tierna salud de D.ª Luisa; diéronla unas recias cuartanas, que al principio las pasó vestida, sobre una camilla, en el aposento de su madre. Apretáronla después terriblemente; temióse de su vida; acudióla D.ª María con notable asistencia; quedábase muchas noches vestida junto á la cama; llevólas la niña con admirable sufrimiento, y mostróle bien grande una noche en que, estando acostada, quiso una criada que dormía con ella por la cuartana, y ser el invierno frigidísimo, calentar para sí la cama, pególa el calentador á una piernecilla, de modo que la abrasó gran parte de ella; pusiéronla remedios que aplacasen el dolor; temió la mujer no se supiese, porque era muy probable despedirla; calló la niña tanto, que no se pudo saber en manera alguna; y en cierta ocasión, muchos días después, hizo su madre que la descalzasen en su presencia; vió la señal del fuego, y, admirada, hizo grandes pesquisas para saber el caso; callaba D.ª Luisa; no pudo averiguar quién lo había hecho.

Apenas convaleciente (tal es la fragilidad y miseria de esta vida), sobrevino á D.ª María de Mendoza la última enfermedad; fué un tabardillo muy malicioso; se le pegó, según se dijo, de un pobre á quien fué á hacer enterrar por su persona; piedad que ejercitó muchas veces. Recibió muy con tiempo los santos Sacramentos; murió como había vivido, y descansó en el Señor á los veintisiete ó veintiocho años de edad. Asistióla D. Francisco con sentimiento y amor; sentábase cerca de la cama, pegósele el tabardillo, y á los doce días cayó enfermo, estando resuelto á hacerse sacerdote y vivir de allí adelante muy virtuosamente. Conoció con tiempo su peligro; confesó generalmente con el Rector de la Compañía; recibió el Santísimo Sacramento con gran devoción y lágrimas; ordenó prudentemente sus cosas; murió pocos días después, aun antes de la mitad de sus años, y, al parecer de todos, con grandes muestras de su salvación; ayudóle mucho su grande entendimiento.

Quedó D.ª Luisa huérfana de poco más de seis años, edad en que pudo sentir poco tan grandes pérdidas y tanto desamparo; mas verificóse en ella que queda Dios por padre de los hijos de los justos, y pudo muy bien decir D.ª Luisa: «Mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor me recibió por suya.»

Dejóla D. Francisco en su testamento buena suma de dinero y ordenado que, siendo de diez años, la pusiesen en un monasterio hasta que tuviese edad de elegir estado, y en el entretanto se criase en casa de la Marquesa de Ladrada, deuda suya. Trajéronla á

Madrid, donde estaba el curador que les señaló su padre, con otros cuatro hermanos; el mayor no pasaba de diez años.

No fué necesario ejecutar lo que dejó dispuesto D. Francisco acerca de su educación, porque nuestro Señor, con paternal providencia, encaminaba sus pasos. Doña María Chacón, su tía mayor, hermana de la condesa D.ª Luisa, su abuela, y madre del ilustrísimo cardenal D. Bernardo de Rojas, arzobispo de Toledo é Inquisidor general, movida de la orfandad de D.ª Luisa, mandó se la trajesen á Palacio, donde estaba; era aya del serenísimo príncipe don Diego, y camarera de las señoras Infantas, sus hermanas; posaban entonces en las casas de la serenísima princesa de Portugal, D.ª Juana, junto á las Descalzas, con puerta al monasterio, cuyos claustros pisaba D. Luisa; tenía en él tías y otras deudas. Llevó consigo á Isabel de Aillón, aquella criada antigua que dijimos amaban mucho sus padres, á quien D. Francisco, muriendo, había encomendado su crianza; tenía satisfacción de su fidelidad y virtud, y así la entregó la prenda que tanto amaba.

Al cabo de algunos meses cayó en unas graves calenturas, reliquias de sus cuartanas, que la redujeron á conocido peligro. Decía á su aya que le pesaba mucho morir tan chiquita que no pudiese ser válido su testamento en lo que pensaba dejarla; pero que no se olvidase de encomendarla á Dios, que había sido muy gran pecadora, respeto en siete años admirable, y aunque podía obligarla la fidelidad de esta mujer, no su aspereza, cosa que lleva más el afecto de los niños; mas en D.ª Luisa andaba el entendimiento anticipado á la edad.

Sanó de esta enfermedad, y ya empezaba á sentir

la soledad y falta de sus padres. Retirábase algunos ratos á solas, y lloraba su temprana muerte y su orfandad. Luego que el Marqués de Almazán, su tío, que se hallaba en Alemania, supo la muerte de doña María, su hermana, y D. Francisco, dió orden que llevase á D.ª Luisa á Monteagudo, en compañía de dos hijas que había dejado en España. No dió lugar D.ª María Chacón á ejecutar las órdenes del Marqués; era notable el amor que tenía á D.ª Luisa, y así, cuando decían á la niña lo que su tío mandaba, eran ciertas las lágrimas y llanto; decíala doña María: «No tengáis pena, hija mía, que nadie os apartará de mí, que no lo consentiré yo.»

Las virtudes que comenzaron á brotar en la casa de sus padres no se marchitaron en Palacio; mostrábanse cada día más vistosas: dábala nuestro Señor un corazón compasivo de las aflicciones de otros. Cualesquier demostraciones de rigor con las muchachas de casa la contristaban. Ver, cuando estaba fuera de Palacio, á los que lleva la justicia castigando por las calles, la sacaban lágrimas amargas, y levantando ojos y manos al cielo, preguntaba cómo los podría ayudar. El castigo de un esclavo fugitivo de D.ª María, le era como propio: poníase como difunta cuando veía correr toros, y los hombres en sus cuernos; fiesta que le fué siempre intolerable, nunca sin muertes, nunca sin derramarse sangre humana, y aun la de Cristo en tantas almas como se condenan.

Fué del mismo sentimiento el gran Arzobispo de Valencia, el santo Fr. Tomás de Villanueva, que en un sermón de San Juan dice estas palabras: «¿Quién sufrirá la bestial y diabólica costumbre de nuestra España de correr toros? ¿Qué cosa más bestial que irritar á un bruto para que despedace

á hombres? ¡Oh fiero espectáculo! ¡Oh juego cruelísimo! Ves á tu hermano, cristiano, arrebatadamente despedazarle una bestia y privarle, no sólo de la vida del cuerpo, mas también de la del alma (porque comúnmente mueren en pecado), y te deleitas y tomas gusto dello. ¡Con cuánto estudio trabajaron los santos doctores antiguos, Crisóstomo, Agustino, Ambrosio, Jerónimo, para quitar de la Iglesia estos espectáculos atroces y gentílicos! Consiguiéronlo, desterráronse de toda la Iglesia; sola España conserva este rito de la gentilidad en destrucción de las almas, y no hay quien clame y lo estorbe. Mas yo, aunque sé que no ha de aprovechar, haré lo que debo para salvar mi conciencia; no callaré en peligro de mi alma y de las vuestras. Denúncioos, en nombre de Jesucristo, Señor nuestro, que todos los que esto hacéis, ó lo consentís, ó no lo prohibís pudiendo, no solamente pecáis mortalmente, mas sois homicidas, y daréis cuenta de ello delante de Dios en el día del Juicio, y os pedirán la sangre de todos aquellos á quienes mató la bestia; y no solo vosotros, mas los que lo miran, no son de todo punto seguros de pecado mortal, aunque no me atrevo á condenarlos; sin embargo, me hace gran persuasión el decreto de Agustino, que dice: «Ven los hombres al cazador (era una fiesta semejante á la de toros) y se deleitan. ¡Ay de los miserables si no se corrigieren! Verán al Salvador y se entristecerán. Estas palabras, no sólo insinúan pecado venial, sino mortal, como parece. ¡Oh Bautista santo! Estos, con juegos profanos, piensan celebrar vuestra festividad; no la celebran, sino la profanan.»

Hasta aquí llegó el celo de este gran Prelado, esta fué la opinión de este teólogo insigne, si bien las

costumbres públicas, y con largo tiempo autorizadas, no siempre se pueden ajustar al dictamen de los santos. Permítase esta corta digresión á un afecto: volvamos á D.ª Luisa.

Conservaba el amor blando con los pobres y el deseo de ayudarles, ya que no tenía la ocasión que en vida de su madre. Cuando los hermanos de Antón Martín pedían limosna en Palacio, tomaba con gran gusto la esportilla que solían traer para recoger el sustento de los pobres y echábala al hombro, iba por el estrado de las damas y las de la cámara, y sacábales limosna.

Era muy seca y huraña con su contrario sexo, propiedad con que parece había nacido. De esta edad rezaba con mucho afecto y devoción las oraciones que su aya la enseñaba, y muchas veces del mismo modo que si estuviera corporalmente presente aquel gran Señor á quien enderezaba su oración. Era aficionadísima á confesarse muchas veces y en viendo confesores en el oratorio de Sus Altezas, corría luego por su manto; no se le daba su aya, diciendo que para qué se había de confesar sin propósito; dejábala descuidar, y cubría la cabeza con la falda de la ropa. Ibase á confesar de ordinario con un padre de la Compañía; desde entonces se les inclinó con amor.

Siendo tan niña, escuchaba con extraordinaria atención á las personas graves que hablaban en su presencia en materias importantes ó cosas de ingenio, cualquier largo tiempo, sin mostrar cansancio; quedábansele muchas de ellas en la memoria, de que se aprovechaba en ocasiones; teníanla por niña de buen entendimiento. ¡Admirable prevención de la divina gracia! En el Palacio, donde en las de aquella edad brotan ya los deseos de las galas, las competencias

de la estimación y del linaje, el cuidado de parecer hermosas y procurarlo, donde no se ve cosa que no provoque al amor de las riquezas, al pundonor, al regalo, al valer mucho en el mundo, amaba D.ª Luisa la oración, la misericordia, la modestia.

Eran tales las muestras de sus virtudes y lo que en aquellos tiernos años pronosticaban en lo venidero, que cuando D.ª María Chacón iba á Santo Domingo á ver á D.ª Magdalena de Rojas, su hija, monja en aquel Real convento, la decía: «¿Veis á esta niña? pues ha de ser persona que cause gran contentamiento á sus parientes cuando sea grande.»

Amábanla con extremo las serenísimas Infantas; gustaban de tenerla consigo, y si se detenía, iban por ella. El señor príncipe D. Diego no instaba menos por su compañía, sobre que había ordinario pleito. Halló gracia en todas las señoras de Palacio; deseaba quedar en él de asiento, más que por inclinación, por mostrar gusto su aya: nuestro Señor había resuelto lo contrario: teníala elegida para esposa querida suya; no quiso aventurarla en Palacio; sacóla con el accidente que veremos.

CAPÍTULO IV.

LLÉVANLA Á MONTEAGUDO, Á LA CASA DEL MARQUÉS DE ALMAZÁN.

Habiendo estado cuatro años en Palacio, siendo de diez, murió D.ª María Chacón, su tía, con gran probabilidad que se fué al cielo; era gran sierva de

Dios, y lo mostró en el amparo y favor que hizo á D.ª Luisa. Con este suceso le pareció á su curador había llegado la ocasión de ejecutar las órdenes del Marqués de Almazán y llevar á su casa á D.ª Luisa; consultólo con D. Bernardo de Rojas, á cuyo cargo quedó mirar por las cosas de su madre: vino fácilmente en ello por parecer conveniente; así, con brevedad, en compañía de su aya y un capellán de don Bernardo, y de otro sacerdote, maestro de sus hermanos, y algunos criados de servicio, la llevaron con decente acompañamiento y la entregaron á D. Pedro González de Mendoza, hermano del conde don Juan, su abuelo, Gobernador de aquel Estado por ausencia de estos reinos del Marqués de Almazán en Alemania.

Hízola llevar D. Pedro á Monteagudo, donde estaban dos hijas del Marqués, en cuya compañía se criaba D.ª Luisa; estuvo aquí algunos meses, aprendió á escribir, gastaba el tiempo en otros ejercicios de aquella edad; acudía á sus devociones por el cuidado que de ello tenía su aya; pasaba con un alma sincera é inocente, en particular en materia de mentir, en que gozó por la bondad de Dios de una exención grande; es vicio muy de niñas y de que escapan pocas.

Débese muy gran parte de la virtud de D.ª Luisa al cuidado y dirección de Isabel Aillón, su aya. Era mujer de valor y entendimiento, y mostrólo en la crianza de esta niña; tuvo siempre delante de los ojos las veras y ansias con que se la ha encomendado su padre, y así ayudó grandemente á la buena inclinación de D.ª Luisa, que el diamante más fino necesita del arte y pulimento.

Enseñábala esta virtuosa doncella un modo de

proceder modestísimo, conservándola en gran pureza y extremado recato en materia de honestidad; era exactísima en la más menuda acción, aun en el desnudarla y componerla en la cama. Hacíala poner los brazos sobre el pecho en forma de cruz; en verano hilvanaba la ropa por la salud y modestia; aconsejábala á que aborreciese liviandades y pláticas deshonestas; y si acaso la niña alcanzaba á ver algunas acciones indecentes en criadas, la preguntaba qué le parecía por calar mejor su inclinación; y respondiendo que malísimamente, tomaba la mano y dábala doctrina para que abominase el más leve pensamiento, la más ligera acción de falta de recato y todo lo que olía á liviandad. Hacíala traer un exterior compuesto y modestísimo; su proceder urbano y apacible, advertida en pláticas y respuestas. Exhortábala á huir de la flojedad, y muchas veces repetía: «La flojedad nunca hizo cosa buena.» Reñíala si se arrimaba á alguna parte, diciendo qué más haría si tuviera ochenta años. No la permitía traer nuevas ni parlerías, por menudas que fuesen; decíala que se había de acostumbrar á saber callar y ser tan cuerda que toda la casa dijese primero lo que pasaba que no ella. No la consentía jurar, ni aun los juramentos que usan los niños, ni tomar en la mano libro que no fuese espiritual; si entendía que estaba donde se leían libros de caballerías ú otras ficciones (que era muy á caso, porque jamás se inclinó á semejante lectura), dejaba su labor é iba á buscarla, traíala consigo y hacíala leer un rato en un libro de devoción. Aderezábala con muy gran limpieza y aseo tan discreta y sazonadamente, que tenían todos que alabar. Enseñóla toda suerte de cortesías, trato apacible y cuerdo, y á que fuese muy sufrida y no se des-

compusiese, aun provocada de otra niña. Hacíala estar en misa y lugares sagrados con gran respeto y quietud; no olvidaba introducirla en materias de humildad cuanto podía y que no se resfriase en la caridad é inclinación á los pobres. No perdía ocasión en que no estampase en su tierno corazón todo género de virtud y buen enseñamiento. Decía que no quería tener de que dar cuenta á Dios en materia de su dirección, y cumpliólo aunque á costa de D.ª Luisa; no quedaba descuido sin castigo; pagábanlo los brazos, traíalos llenos de cardenales y señales grandísimas. Murmuraban muchos de estos rigores; decían que era la mujer terrible; llamábanla cautiverio, y que por qué había de sufrir aquellas prolijidades de su criada. Fué admirable el juicio de doña Luisa en esta parte: prefirió en tan tierna edad la utilidad de esta enseñanza á la aspereza con que la trataba; lo que más hacía, siendo de siete á ocho años, cuando la reñía mucho por cosas leves, era, alzando las manos y los ojos al cielo, decir «que Aillón la quería comer viva»; mas, sin embargo, la amaba sobremanera, y no sabía comer un buen bocado sin enviarla parte, ni tenía contento sin su aya; no sufría la tocasen en el pelo en su presencia; estimábala cuerdamente; hallaba facilidad en perdonar demasías que la llevaban conocidamente á la virtud y apartaban del vicio. Veráse en este caso la importancia de la buena educación de la primera edad.

Habiendo estado D.ª Luisa en Monteagudo, la pasaron á Almazán con sus primas, donde estuvo hasta la venida de Alemania de los Marqueses, sus tíos, que fué á ocho ó nueve meses; recibiólos con lágrimas de alegría; barruntaba el corazón el bien que con ellos le venía. Mostróla el Marqués grande amor

desde el primer día, y notaba en D.ª Luisa muchas cosas que le daban gran gusto, y con él las contaba; detúvose allí muy poco; pasó á dar cuenta de su embajada á la corte.

CAPÍTULO V.

DEL TIEMPO QUE ESTUVO EN ALMAZÁN EN AUSENCIA DEL MARQUÉS.

Quedó D.ª Luisa con la Marquesa, su tía, en Almazán; los ejercicios de este tiempo eran perfeccionarse en escribir y contar, hacer labor; por gusto de la Marquesa comenzó á estudiar gramática, que dejó muy á los principios; salía á los deleitosos campos de Almazán, á las riberas del Duero amenísimas, á los montes tan poblados de ciervos, gamos y todo género de caza, que apenas se da paso sin que salte. Jugaba á ratos con las de su edad; su más ordinario juego era á las monjas, buscando invenciones que sirviesen de coro, rejas y torno, cantando salmos; iba conocidamente creciendo en cordura, y trataba en cualquier materia con sus primas y las mujeres de casa con más juicio que pedían once años. Miraba con más ceño cada día liviandades, pláticas y músicas y aficiones vanas, y las murmuraba en quien las veía. Las devociones que la enseñaba su aya eran tales que no podían tenerse sin mucha meditación, en que gustaba largos ratos, especialmente en los misterios de la Sagrada Pasión. Sentía muchas veces devoción y gran quietud y embebecimiento y honda

consideración de aquellos santos y dolorosos pasos. Comunicaba sus devociones á una de sus primas de su misma edad, y la industriaba cómo había de tenerlas. Gustaba de leer libros devotos que la moviesen á horror y temor del infierno, amor y compasión de los dolores de Cristo. Acudía á confesarse con gran consuelo y gusto. Por este tiempo, siendo de once años, comulgó la primera vez, día de Nuestra Señora de Septiembre, en la parroquia de San Miguel de Almazán; dispúsose para recibir á su Señor humanado, y Dios tremendo, con tan gran reverencia y devoción, que al subir de las gradas del altar sintió un conocido temblor en el cuerpo, procedido por la gran ponderación del misterio.

Dábala nuestro Señor luz proporcionada á aquellos pocos años, aunque siempre adelantada, y á ese paso era el conocimiento, siguiendo siempre la virtud, si bien en aquella edad por su buena inclinación y dirección de su aya, sin más superior motivo.

Hablaba muchos ratos con sus primas en cosas de devoción, haciendo reflexión grande sobre la eternidad de pena y gloria, y con pasmo decía: «Si echásemos sobre mil años diez, y veinte veces mil, no ha de esperarse fin, y aquesto viene á ser nada, ni el aumentar un millón sobre millones»; cosa espantosa con que se iba embebiendo en el alma el santo temor de Dios.

Fué la Marquesa de Almazán, D.ª María de Cárdenas y Tobar, hija de D. Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda, una de las más santas, discretas y valerosas señoras que tuvo en su tiempo España, de extraordinaria caridad con los pobres enfermos, de rara piedad y religión; llevaba siempre á D.ª Luisa con sus hijas á todas sus devociones, acu-

día á las solemnidades de las fiestas del año públicamente á la iglesia, no sólo á las misas y procesiones, sino también á las vísperas y salves. Acompañaba al Santísimo Sacramento (en Almazán había comodidad) cuando iba á los enfermos, volviendo hasta dejarle colocado en el sagrario. Acudía los días de fiesta al Hospital á visitar y regalar los pobres, llevando en su compañía á las que deseaba fuesen imitadoras de sus obras; estos eran sus ordinarios ejercicios, en que se hallaba siempre D.ª Luisa.

No la faltaron en este tiempo ocasiones de ejercitar la paciencia, como á todos los que viven en palacios. La Marquesa tuvo algo de aspereza y desabrimiento en la condición, que templaba con su virtud; pocas veces la vió D.ª Luisa con el semblante sereno; dió en cansarse de su aya por causas bien ligeras, poco enterada de su entendimiento y virtud; fué ocasión que mostrase algún desabrimiento y tratase con sequedad á D.ª Luisa; tuvo mucho que sufrir y ejercitó grandemente la paciencia; mas ella se portaba con gran cordura, conservóse en su gracia, tratábala con notable respeto y reverencia, jamás la respondió, ni se entremetió en nada, sino que, cuando veía que era de su gusto el hablar ó hacer alguna cosa, acudía con muestras de gran blandura y sumisión. Si mostraba querer alguna cosa ó la pedía, se anticipaba á dársela. Advertía estas acciones la Marquesa, y la alababa muchas veces en su ausencia.

Mora de asiento en los palacios la envidia, perseguidora incansable de la virtud; la grande de doña Luisa padeció sin culpa sus efectos. Saliendo una vez de un aposento cierta persona de alta autoridad en casa, la acometió y comenzó á dar muchas puñadas y golpes con gran cólera; estuvo D.ª Luisa tan en sí, que poniéndose á mirarla con gran blandura, la dijo: «¿Está contenta ahora de habérseme descompuesto? ¡Qué linda cosa ha hecho!» Confundióse la agresora, y conoció que no era fácil hacer descomponer á D.ª Luisa y que se encolerizase, que fué lo que pretendió. Confesó años después que la arrebató la envidia de ver la hermosura, talle y aseo de doña Luisa, y que la amasen y alabasen todos.

Detúvose el Marqués dos años en la corte; de allí pasó á Navarra á gobernar aquel reino; mandó llevar á D.ª Luisa con sus hijas, haciendo de ella la estimación que si lo fuera; tenía á esta sazón trece años.

CAPÍTULO VI.

VIRTUDES DEL MARQUÉS DE ALMAZÁN.

Don Francisco Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo, Guarda mayor del Rey, primer Marqués de Almazán, fué hijo del conde D. Juan, llamado el Santo (título que parece incorporó en su casa é hizo hereditario en los suyos); crióle con extraordinaria virtud, que él abrazó desde los primeros años de su vida el tiempo que le duró. Admiró su castidad mientras mozo, casado le dió copiosa sucesión; decía que qué más era ver una mujer hermosa que un diamante bueno; en el candor de su ánimo lo mismo. Empleóse en tan loables estudios el tiempo que otros nobles desperdician en libertades, que de

treinta y tres años le mandó el rey D. Felipe el Prudente que asistiese en su nombre á un Concilio provincial que se celebró en Salamanca, año de 1575, que descubre la opinión que el Rey tenía de sus estudios y celo.

Pasó después por su Embajador á Alemania, cerca del emperador Maximiliano, cuya mujer fué la serenísima emperatriz D.ª María, que murió en el Real convento de las Descalzas de Madrid con grande opinión de santa, como lo fué toda la vida. Estuvo en esta ocupación siete años, con gran satisfacción del Emperador y del Imperio: hizo allí importantísimos servicios á Dios, á la Iglesia, al Rey, en todas materias, en particular en las de la religión católica, de que fué celosísimo, consolando los católicos con su doctrina y ejemplo. Hízole después el Rey de sus Consejos de Estado y Guerra, y luego Virrey y Capitán general de Navarra, donde hoy vive la memoria de la prudencia, rectitud y cristiandad con que gobernó aquel reino por tiempo de siete años. Acabó en la Presidencia del Consejo de las Órdenes el curso de una ejemplar y santa vida.

Fué de grande ser y entendimiento y el Ministro de los de más experiencia é importancia de su tiempo; su aspecto, muy de príncipe, mostraba la grandeza y la bondad de su ánimo y bonísimo corazón, blando é inclinado á perdonar enemigos (que tuvo hartos). Ocupábase con gran gusto y gracia en reconciliar enemistades y desbaratar bandos y disensiones, y, si era necesario para ello, hacía jornadas y tomaba otros trabajos: obraba en esta parte eficacísimamente. Cuidó mucho de extirpar pecados públicos y escandalosos en los gobiernos que tuvo, siendo el ejemplar su casa, á la cual procuraba librar de

esta peste, á que le ayudaba la Marquesa, su mujer, que era tan valerosa y tan gran sierva de Dios como hemos visto. Fué docto en la Sagrada Escritura y santos Doctores y materias místicas; entendía y hablaba la lengua latina con primor; reinó en su corazón el temor santo de Dios; á él ajustaba sus acciones, siendo su razón de Estado los aranceles de la ley divina. Hablaba altamente y con gran facilidad en materias espirituales, especialmente en la persona de Cristo nuestro Señor. Hacía muy graves y escogidas poesías espirituales, de que se halló un libro después de su muerte. Tuvo extremada voz, que empleaba algunas veces cuando estaba á solas con sus hijos en cantar con devoción y ternura Salmos de David, de quien fué un traslado en muchas cosas. Fué honrador de religiosos y de buenos; tuvieron en él padre. En amar y estimar á los padres de la Compañía fué extremado; reconócenle por su patrón insigne; pasó la afición á D.ª Luisa con ventajas. Era muy dado á la oración; teníala algunas veces tan fervorosa, que en su retirado oratorio prorrumpía en voces, y á temporadas en lágrimas, en tanta abundancia y tan ardientes, que temió cegar. Hacía grandes penitencias, tal vez muy extraordinarias. Todas las veces que había de comulgar, que era con mucha frecuencia, ayunaba la víspera, pasaba la mayor parte de la noche en oración y se daba una disciplina de sangre en las espaldas, que traía casi siempre acardenaladas. Sirva este breve elogio de reconocimiento de lo que debe el mundo á este ilustre príncipe, que con su admirable educación nos dió á esta santa virgen y otras personas de excelente virtud.

Fué la casa del Marqués escuela de santidad, ofi-

cina de siervos de Dios. Resplandecieron en D.ª Isabel de Velasco, su hija mayor, Marquesa de Caracena, modelo de una perfecta casada, el valor, la devoción, la piedad, la misericordia con los pobres, un grande amor á Dios y todas las virtudes, materia de un docto y elegante panegírico que anda impreso. Venera Valencia su memoria, donde murió Virreina.

Al lado del Marqués (de que gozó muchos años) se formó aquella idea de un caballero cristiano don Luis Carrillo de Toledo, marqués de Caracena, varón de gran bondad y de excelentes costumbres, digno marido de aquella santa señora, copia de su santo suegro; siguió en todo sus pasos y virtudes, cuyo acertado gobierno es sujeto de alabanza en la Coruña, en Valencia; terminó sus dignidades en la Presidencia de Órdenes, y no con los tiempos su memoria.

Alcanzamos á conocer y admirar al segundo Marqués de Almazán, D. Francisco Matías de Mendoza, heredero del Estado y virtudes de su padre, ejemplar y prudente caballero, digno de grandes Estados y gobiernos, modelo de virtud y santidad; fué de tan grande espíritu, que de consejo de sus confesores recibía cada día el pan del cielo, siendo su vida y costumbres correspondientes á tan gran frecuencia. Es loable su memoria en Cataluña, que le conoció Virrey y santo.

Aventajóse á todos el espíritu de D.ª Francisca de Mendoza, que, pisando generosa cuanto estima el afecto humano, honra, hermosura, riquezas, esperanzas, siguió pobre á Cristo pobre, y en la flor de su edad, viniendo un día en Madrid de San Jerónimo el Real, llegó al convento de las Madres Descalzas

Carmelitas, donde, de acuerdo, la abrieron la puerta de la clausura; entró, dejando á los que la acompañaban, á ser discípula de aquella gran maestra, la gloriosa Teresa de Jesús, cuyas hijas se levantan en santidad sobre las cumbres del Carmelo.

Mas la que coronó las glorias de esta casa, donde renació en el espíritu, fué nuestra D.ª Luisa, sobrina, antes hija única, del corazón del Marqués, heredera de su espíritu, depósito de sus pensamientos, colmo de sus felicidades; creció al lado de este gran maestro, fué hortelano que cultivó este verjel, al cual, con continuos riegos é influencias, fertilizó el espíritu divino por su dirección, y su enseñanza llegó á los grados de santidad que iremos viendo.

CAPÍTULO VII.

ATIENDE EL MARQUÉS EN NAVARRA Á LA CRIANZA DE DOÑA LUISA.

Á pocos días de trato penetró el Marqués el caudal de D.ª Luisa, su capacidad superior á sus años, que eran trece; parecióle que, ayudada con su buena inclinación y entendimiento, podía hacer en la virtud grandes medros: así, empezó á tener vigilante cuidado de su alma, teniéndola como á hija muy querida, tomó la mano en labrarla muy al intento y voluntad de Dios. Doña Luisa trasladaba en él, como en verdadero padre y señor, el amor que antes tenía á su aya, que la faltó en este tiempo, en cuyo poder estuvo de cinco á seis años, desde que entró en Pa-

lacio hasta este tiempo, en la severa disciplina que hemos visto.

Comenzó el Marqués muy desde los principios á plantar en su corazón el santo temor de Dios y un aborrecimiento grande á cuanto podía ser pecado, en particular mortal, de que la hablaba muchas veces, ponderando su gravedad y malicia; exageraba cuán detestable cosa era; pintaba en extremo bien aquella infelicidad, aquella suma miseria de estar un alma sin Dios y sin su gracia, ponderación mayor del cristiano, y exclamaba: «¡Ay, hija mía! ¿Dónde hay lágrimas para empezar á llorar un solo pecado mortal, aunque fuesen tantas como el agua del mar? ¿Qué dolor ha de bastar para tal exceso? ¿Qué fuerzas hay en un corazón para sentir tan gran mal? ¿Qué tiempo para pagarle, aunque sea el de una larga vida?» Fuésele con estas pláticas embebiendo en su alma el santo temor de Dios casi imperceptiblemente, y echando unas profundas raíces en su corazón el aborrecimiento del pecado, y le parecía que dejado aparte la ofensa de Dios por su amor propio y descanso temporal, era más fácil y mil veces mejor dejar de pecar mortalmente que ponerse en tan grave y dificultosa obligación de dolor y sentimiento; é hizo tal aprensión de lo que era un pecado mortal, que ninguna cosa del mundo pudiera haber en su estimación que la hiciese fuerza contra este temor santo: hallábale tan apoderado de su alma, y así temía, como si verdaderamente en haciendo un pecado la hubiera de tragar allí luego viva un león ó una horribilísima serpiente. Así se esforzaba á resistir cualquier pasión ó inclinación mala, por fuerte é invencible que pareciese. Fué creciendo este aborrecimiento por sus grados; resolvió perder mil vidas

antes de hacer un pecado (de los bienes temporales no fuera encarecimiento; tuvieron con brevedad tan baja estimación en su concepto, que despreciara imperios antes de cometer un pecado); subió presto otro escalón, escogiendo sufrir las penas del infierno por toda la eternidad (si esto fuera posible) antes que estar un punto en pecado.

Este temor, que en feliz hora tanto se apoderó de su corazón, la libró de muchos pecados en que por la fragilidad y miseria humana pudiera haber caído. Este fué el báculo con que pasó segura por el destierro del mundo, por las asechanzas del siglo, entre escorpiones y serpientes, hasta que pasó las dulces aguas del Jordán y entró en la tierra prometida.

Los pecados de este tiempo, digo hasta los catorce años (que de los quince adelante fué creciendo la virtud á toda prisa), apenas fueron materia de confesión, menos de historia. Entre las cosas que ella tuvo por más graves fué, recién venida á Pamplona, que en compañía de otras niñas (persuadida sin duda) dió en una alacena de conservas de una de sus primas, cosa que se tuvo por ligera; hubieron de tomar algo: averiguóse el exceso, y confesaron las reas; entendiólo el Marqués y dijo á D.ª Luisa: «¡Oh, hija! ¿Dónde estaba vuestra cordura? ¿Esto habéis hecho?» Afrentóse de manera que no lo podía olvidar; fué esta ligera reprensión un freno que la detuvo en materias de este género, de que suele hacerse damería en los palacios: quedó tan advertida, que aun acompañar no quiso en estas travesuras á las que con su respeto podían arrastrarla. Esta y otras faltas de este porte, en número bien pocas, efectos de la edad y la ignorancia, más que de malicia, le fueron toda la vida continuo motivo de un doloroso senti-

miento, para quien, decía, no eran bastantes lágrimas que no fuesen de sangre. Exageran los santos sus pecados, de ordinario ligeros, con encarecimientos tales, que aventuran su crédito, de que hay muchos ejemplos en sus vidas. La de D.ª Luisa fué tan inculpable, que es constante opinión de sus confesores, que la trataron y confesaron generalmente, que no cometió jamás pecado mortal, y así lo afirmaron públicamente, y es, sin duda, muy probable. La cándida vestidura que la pusieron en el bautismo santo la llevó inmaculada al Tribunal de Cristo, y sin mancharla entró á gozar la vida eterna y vivir en los siglos de los siglos. Conservó sin apagarse la lámpara encendida que la entregaron, y virgen prudentísima, la tuvo siempre cebada con el óleo de la caridad y santas obras.

Á pecados veniales comenzó desde luego á tener el mismo aborrecimiento, al paso que fué creciendo en su alma el amor de Dios y sus misericordias, mejorando los motivos, hasta poseer la pureza que adelante veremos. Padeciera todo tormento temporal y la misma muerte antes de hacer deliberadamente un pecado venial: duró en este grado mucho tiempo; mas luego que creció la luz del cielo, advirtiendo con atención la fealdad y desorden de algunas faltas é imperfecciones que acababa de confesar, tuvo por cosa insufrible verse en la presencia de la divina Majestad de aquella suerte, y así vino á resolverse á permanecer en los tormentos del infierno eternamente antes que manchar su alma con semejantes desórdenes y defectos, y parecer con aquel desatavío en el acatamiento de su soberano Señor y dulce Esposo.

CAPÍTULO VIII.

DE SUS LIMOSNAS Y VOTO QUE HIZO EN ESTA MATERIA.

Á los que describen en sus obras las bellezas de un verjel, á quien matizó el Abril sobre el cuidado del dueño, no les es posible pintar en pocas palabras lo que á un tiempo mismo va produciendo la Naturaleza: discurren por partes, exageran la correspondencia y compostura de los cuadros, lo brioso de las fuentes, la hermosura de las flores, reparando en los primores que en cada una puso el sapientísimo Autor de la Naturaleza. Pasa lo mismo á los que se encargan de describir el huerto cerrado del alma santa de una virgen pura, regado con la fuente de la vida: descubren la hermosura de varias y diferentes flores; las azucenas cándidas de la pureza, las rosas de la vergüenza virginal, lo encendido del clavel del fervor de sus deseos y abrasado de su amor; los lirios cárdenos de su mortificación y penitencia, que á un tiempo van brotando con la influencia del espíritu divino; es imposible decirlas juntas todas como ellas van creciendo; es forzoso que sucedan virtudes á virtudes, asentando por cierto que en el Abril dichoso de la gran vocación de un alma santa, cuando derrama el cielo sus misericordias, van naciendo todas juntas, que es grande su hermandad y se van dando las manos unas á otras. En lo que resta de este primer libro pondré los ejercicios santos, el tenor de vida de D.ª Luisa en casa del Marqués, su tío, sus virtudes, cómo fué creciendo en ellas, el grado á que llegó en cada una, que, comenzando flores, produjeron admirables frutos.

Rompe entre todas la primera la virtud de la misericordia con los pobres y el tierno corazón de las miserias ajenas; acompañóla desde la cuna hasta el trono en que la coronó en el cielo. Crecía cada día con la edad, y con las ocasiones más frecuentes, el ejercicio de la caridad; íbase por horas calificando el amor de su corazón, de donde salían estos efectos.

Oía las verdades evangélicas de la boca de su tío con notable atención y respeto, sin cansarle; eran frecuentes en sus pláticas las virtudes y ejemplos de los santos; camino breve para grandes medros, incitan, encienden poderosamente al ánimo más cobarde. Estos sacaron aquella esforzada voz del gran Padre Agustino, que hoy resuena en la Iglesia, que, oída la vida de San Antonio el Monje, arrebatado de un despecho santo prorrumpió en aquellas voces: «Levántanse los indoctos y arrebátannos el cielo; y nosotros, faltos de corazón, con nuestras doctrinas andamos sumidos debajo de las olas de nuestra carne y sangre, impulso valiente para su conversión.»

Siendo de catorce años oyó un día D.ª Luisa que el glorioso patriarca San Francisco había hecho voto de hacer todo lo que le pidiesen por amor de Dios: ella lo entendió así; aunque lo que prometió el santo fué sólo en cuanto á limosnas, la santa doncella se encendió tanto en devoción que resolvió de hacer generalmente el voto. Y entrándose un día en el oratorio de su tío, de rodillas, con fervoroso y tierno afecto hizo voto de no negar á nadie lo que la pidiese por amor de Dios, y guardóle toda la vida cuanto le fué posible; costábale á los principios gran cuidado, procedía con tal disimulación, que no se entendiese en casa, porque sin duda la pusieran en mil trabajos y ocasiones peligrosas. No lo supo persona, ni el

Marqués, ni sus confesores, fuera de la confesión; á ellos era forzoso por algunos escrúpulos que le ofrecían en casos que la vencía la dificultad, pero nunca en cosa grave ni con su voluntad. Nacían mayormente los escrúpulos al entrar en las iglesias los días solemnes, en que iba con la Marquesa, por el concurso y vocerío de los pobres que siempre piden por el amor de Dios; dudaba si, acabados los dineros que llevaba, había de dar los guantes, lienzos ó cosas semejantes, como sucedió una vez, que dió unos excelentes guantes de ámbar. Su confesor, que era un religioso docto de la Compañía, la aquietó á pocos meses; díjola que no tenía obligación á dar más que el dinero, y que sólo llevase lo que le pareciese bien dar de limosna. No se puede pensar la merced que Nuestro Señor la hizo y las grandes misericordias que reconocía en su alma en el cumplimiento de este voto; admirábase ver cuán alentadamente y con cuánto gusto y prontitud hacía tantas y tan diversas cosas como al cabo del año hallaba hechas, por ser tan ordinario pedirse cualquiera cosa por amor de Dios.

Como el amor á los pobres era mucho, el caudal para socorrerlos corto, hubo de buscar arbitrios; cargólos en la comida, que pensionó con mil invenciones santas. Con lo que se quitaba de la boca comenzó á sustentar cada día un pobre, el que le parecía más necesitado, de que el Marqués gustaba grandemente; con el tiempo fué aumentando el número de algunos que hacían fuerza á su devoción, con no pequeña incomodidad suya; porque, por darles de comer bien, muy de ordinario quedaba con poquísimo mantenimiento. Comía á la mesa de los Marqueses, en que concurrían sus hijos y número grande de criados;

usaba de unas disimulaciones extraordinarias; pedía de ordinario caldo, cosa que raras veces se sirve en semejantes mesas; echando pan le servía de comida, con que se iba entreteniendo poco á poco, y los platos que le servía el maestresala, alzaba disimuladamente un gentilhombre confidente, que los remitía á los pobres, ejercitando á un tiempo dos grandes virtudes: la limosna y la abstinencia, y la paciencia también, porque se hallaba á la mesa persona de autoridad que llevaba impacientemente que se tratase mal por dar la comida de limosna.

Los que gozaron de esta liberalidad fué la viuda de un soldado, que la dejó su marido en sumo desamparo, y un sacerdote viejo y tullido que vivía frente del palacio del Virrey y no podía salir de casa; á éste regaló cuidadosísimamente, dejando de comer los manjares delicados para que no le faltase; no hubo día sin su plato bien colmado. Cuando iba el Marqués fuera de Pamplona, que repartía el año en diferentes lugares, como le parecía que había de sentir dejar el sacerdote, la decía que cuánto quería para él en su ausencia; remitíalo D.ª Luisa á su voluntad, que era á la caridad misma, con que quedaba el pobre con remedio, con consuelo D.ª Luisa.

Fué extendiéndose esta devoción por todos; las hijas del Marqués, hasta sus yernos, tenían sus pobres, á quien enviaban de la mesa parte de su comida, en particular la Marquesa, que era rara su abstinencia.

Alguna vez tenían devoción de vestir algunos niños que veían necesitados y desnudos, de edad de cinco á seis años; subíanlos á los aposentos altos de la casa delante de las dueñas más ancianas, y de los manteos de invierno, que eran de raja ó paño fino,

quitando las guarniciones de seda, les hacían unas ropillas largas ó sayos vaqueros, y jubones con sus camisas, y muy limpios y aseados los enviaban contentos á sus padres; en esto se ejercitaban aquellas piadosas señoras.

No gastaba el dinero que tenía en niñerías, ni otras cosas de su gusto, porque le tenía puesto en darle á Dios, y ofrecerle su caudal por las manos de los pobres; y las veces que no podía remediarlos, lo suplía con la lástima y dolor de verles padecer tantas necesidades y miserias.

Aplicábase á todas las obras de piedad, daba buenos consejos á las mujeres de casa (limosna de no menor importancia), intercedía con el Virrey en favor de los que se lo pedían en casos que creía ser del servicio de Dios.

Visitaba de ordinario la Marquesa los hospitales de Pamplona, en particular los domingos y fiestas. No parecía en la presencia de Dios con las manos vacías; llevaban cestas grandes llenas de todas suertes de frutas, dulces y otros regalos; hallaba en aquellas camas á Jesucristo en sus pobres, sediento, seco, desconsolado, esperando el socorro de los ricos, á quien encomendó este regalo, obra en un tiempo muy favorecida, en especial de señoras, ya de todo punto olvidada. Dió en esta parte, como en todas, la Marquesa raro ejemplo. Eran éstos los más solemnes días para D.ª Luisa; repartía con gran ternura y afecto este refresco á los pobres; guardaba los dulces que podía recoger para estas ocasiones. Una Cuaresma fué recogiendo las tajadas de diacitrón que entre otras cosas la daban para colaciones; hallóse la Pascua con buen número, y con la disimulación que las había guardado las iba dando á los pobres, quedán-

dose algo atrás de la Marquesa; alcanzólo á ver un paje, que, contándolo en casa, hicieron fiesta de ello. Era grande el fervor y devoción que de estas cosas sentía, no al paso de su posibilidad, que fué siempre muy corta, sino de su caridad, que fué excesiva. Decía muchas veces que todo era de los pobres y ella de Dios, y exclamaba: «¿Es posible, Señor, que se me dé á mí vuestro amor á trueque de cosas tan bajas y perecederas?»

Siendo de diez y seis años, yendo de camino con el Marqués, su tío, pasando de Olite á Tudela, estando para entrar en la litera, se le puso delante un pobre casi del todo desnudo, pidiéndole por amor de Dios le diese con que cubrirse. Encendióse en deseo de remediarle tan vivo, que rompió imposibilidades; no se hallaba más que con el vestido; ofreciósele un notable pensamiento, y ya que, como San Martín, no pudo dar la capa, echó mano del manteo; tuvo comodidad de retirarse detrás de una puerta, sacó las tijeras del estuche, cortó el manteo francés que traía puesto por la cintura, dióle al pobre; era por lo riguroso del invierno: padeció terrible frío y un recio dolor de estómago.

Estos fueron los primeros ensayos de las limosnas de D.ª Luisa, que crecieron con el tiempo. Sabía que la virgen y la viuda que consagra á Dios su cuerpo le ha de entregar lo que es menos, que es la hacienda que ha de gozar en los pobres este celestial Esposo. Este fué sentimiento de los santos, y en particular de San Jerónimo en muchas partes; escribiendo á la virgen Demetrias, la dice de esta manera:

«Desde aquel tiempo que fuiste consagrada á virginidad perpetua, tus bienes no son ya tuyos; antes son de verdad tuyos, porque comenzaron á ser de

Cristo; los cuales, viviendo tu abuela y madre, se han de distribuir conforme á su voluntad; mas si Dios las llevare y descansaren con el sueño de los santos (sé bien que desean que las alcances en días) cuando la enfermedad fuere más madura, la voluntad más grave, el parecer más firme, harás lo que te pareciere, ó, por mejor decir, lo que el Señor te mandare, sabiendo que no has de tener otra cosa sino es lo que gastares en obras buenas. Edifiquen otros templos, vistan las paredes con embutidos de mármoles, traigan columnas de portentoso peso, doren sus chapiteles, que no sienten su precioso ornato, varíen las puertas de marfil y plata; los altares dorados de preciosas piedras; no lo reprendo, no lo contradigo; mejor es hacer esto que recostarse sobre las riquezas allegadas; cada uno abunde en su sentimiento. Tú, empero, has de llevar otro camino: vestir á Cristo en los pobres, visitarle en los enfermos, apacentarle en los hambrientos, recibirle en los que tienen necesidad de posada, en particular en los domésticos de la fe; sustentar los monasterios de vírgenes y de los siervos de Dios; tener cuidado de los pobres de espíritu, que los días y las noches están sirviendo á tu Dios, que puestos en la tierra imitan la conversación de los ángeles; ninguna otra cosa hablan si no es lo que pertenece á las alabanzas de Dios, que teniendo la comida y vestido se gozan de estas riquezas y no quieren tener más si de verdad guardan su profesión; de otra manera, si desean más, aun de esto que es necesario se prueba que son indignos.» Hasta aquí el Doctor máximo: de esta doctrina fué ilustre ejemplo esta devota virgen todos los días de su santa vida.

CAPÍTULO IX.

DE LA ORACIÓN, DEVOCIÓN Y RECOGIMIENTO QUE TENÍA EN ESTE TIEMPO.

Muy desde los principios comenzó el Marqués á imponer á D.ª Luisa á que tuviese oración, riego con que había de crecer aquella planta, alimento que había de sustentar aquella vida; cuidaba que cada día tuviese por lo menos una hora de oración mental. Era lo más ordinario poco después de la cena, que era bien moderada; íbase al oratorio de su tío, y recogíase allí á buscar fervor y hacer otras devociones; y el santo Virrey gustaba tanto de esto, que si alguna vez se detenía, la mandaba que se fuese. Era la meditación de un paso de la Pasión del Señor por la mayor parte, y otras veces la gastaba en la consideración de la muerte, pecados, juicio, infierno; no tenía largos discursos, ni agudezas de entendimiento, pero ahondaba en el punto que más la movía amor ó temor cuanto le era posible; allí se detenía, y mientras hallaba luz y devoción, caminaba con viento próspero, y en faltándole, encallaba la débil navecilla de su alma en terribles sequedades; calmaba allí el espíritu peleando con discursos y vagos pensamientos, en que de ordinario padecía gravemente, y no menos en desechar el sueño, que la apretaba mucho, de que traía la cabeza siempre falta.

Una y la más principal de las devociones de este tiempo fué meditar en los siete derramamientos de sangre de Cristo nuestro Señor, ordenados en cierta manera de corona, que le había enseñado su aya: son

la circuncisión, sudor en el huerto, azotes en la columna, coronación de espinas, al desnudar la vestidura, al enclavarle en la cruz, á la lanzada. Gozaba en estas meditaciones devotísimos sentimientos con el fuego que se iba encendiendo en su pecho de un crecido amor de Dios, con estima grande de esta soberana Majestad. Salía de la oración con un corazón muy blando y dispuesto para las cosas de espíritu.

Este es el taller en que se labran los santos. De la profunda y continua meditación de estos misterios se han levantado en la Iglesia los incendios de amor en los pechos de los justos; de aquí sus finezas y sus ansias por imitar á Cristo crucificado; ninguna cosa así les aprisionó, ninguna alentó su amor como ver á su Señor hacer demostraciones tan grandes por criaturas tan viles. En esta meditación les cogía la noche, en ésta les hallaba el sol. Estas ponderaciones amorosas ha premiado Dios con favores grandes; de aquí las llagas del Serafín humano, el Jesús impreso en el corazón del santo mártir Ignacio, la corona de espinas de Catalina de Sena, el Cristo crucificado esculpido en el corazón de Clara de Montefalco; de aquí los medros de los grandes santos.

Con estos discursos iba ganando cursos D.ª Luisa para llegar á los grados de más perfecta oración, en que la puso el Señor cuando agradó á su clemencia. Su camino no fué por atajos, como dicen; llevóla Dios por el camino real de las virtudes, haciéndola pasar por todas y perfeccionándola en ellas; así decía muchas veces á un confesor suyo que Nuestro Señor la había guíado como á una niña, haciéndola aprender una cosa tras otra; «ya á cuatro días que se mesure un hombre que deje de ir á las casas de los vicios, las pasiones, si adormecidas no muertas, que á poco

ruido despiertan enfurecidas, y lentamente irritadas se embravecen, se le aconseja el arrimar discursos y consideraciones que tanto ayudan á conseguir virtudes; corta es la vida para llorar los pecados, considerar y agradecer los beneficios divinos; cortísima para meditar las palabras, las obras, las virtudes de Cristo Nuestro Señor y sus misterios, que sabe introducir en sus retretes cuándo y á los que es servido».

De estas consideraciones, de las heridas y sangre que derramó el Remediador del mundo, que era el manjar ordinario de su alma, salía D.ª Luisa con vivas ansias de una verdadera imitación de los trabajos de Cristo Nuestro Señor, con mil afectos de amor. En la meditación de la cruz (como ella dice) no dependía la vanidad y estima del honor y calidad humana, que comenzaba á acometer su corazón y á mancillar la pureza de su alma. Brotaba la naturaleza corrompida, el pundonor, la estimación que se debía á la nobleza de su sangre, alimentada con la compañía y trato de aquellos que la tenían tan ilustre, de que sabía caberla tanta parte; mas volviendo los ojos á la humillación y abatimientos de Cristo, sus dolores y sus llagas, rendía su corazón á los deseos de seguir los pasos de su Señor, á que alentaba el amor. Con esta medicina se cura aquella dolencia; de estos contrarios afectos se comenzó una reñida pelea en el campo de su alma, que se fué esforzando al extremo que veremos.

Desde los quince á los diez y seis años comenzó á conocer á Nuestro Señor con amor afectuoso y un alma sincerísima por medio de la enseñanza del Marqués, en cuya doctrina hallaba campo abierto para muy más perfecta virtud que se determinaba á

enseñarla. Recibía en la oración una gran luz para ir distinguiendo lo perfecto de lo imperfecto, haciéndola Nuestro Señor misericordia de que hiciese reflexión poderosa en lo que oía y veía (gran magisterio), y con un gran conocimiento descubría la maldad y amargura del mundo, la suma bondad y dulzura de Dios, en quien empleaba su corazón, inclinábase con extraordinaria fuerza á amar la huída y desprecio de lo terreno. Hervían en su corazón ha tiempo impetuosos deseos de dejarlo todo por Dios en cualquier modo que fuese; pobre y vil le parecía todo el mundo para dejarle por Cristo. Brotaba el arbolito de su alma flores de grandes esperanzas que regaba con ejercicios continuos de mortificación y penitencias, sufrimiento de prójimos como iremos viendo. Recibía del trono de la suma benignidad de Dios un rayo de eficacísima luz, con que veía no ser nada todo cuanto se puede hacer por Dios, y deseaba hallar á quien venderse por esclava y estimar por descanso la vida más abatida y trabajosa.

Siendo de diez y siete años, en su retirada oración comenzó á tener grandes deseos y unos fuertes afectos al martirio y morir por su dulcísimo Señor, que dió su vida por ella. Era esto con tanta violencia que se hallaba algunas veces embebida en una profunda consideración de que estaban ejecutando en su cuerpo los tormentos de los mártires; tan tempranamente se sembró este granito divino en el fértil corazón de D.ª Luisa, que con el tiempo veremos árbol grande de prodigiosos frutos; tiene este punto su lugar más adelante.

Meditaba en las pasiones de los mártires con tan noble intención, que estando en una ventana un día de San Lorenzo, discurriendo ponderosamente en

sus llamas y parrillas, deseando imitarle, la dió una recia calentura que tuvo con harta pena al Marqués.

Tomábala su buen tío estrecha cuenta de cómo había tenido su oración, si se había dormido ó vagueado; respondía con grande puntualidad la verdad sinceramente, aunque sabía que la había de reñir cualquier descuido, de que se le siguieron grandes bienes.

Íbale siendo tan dulce este ejercicio santo, que no había lugar en que no le usase. Bajaba tal vez con licencia del Virrey á la huerta del palacio; sentada al pie de un árbol, cubierto el rostro con un lienzo que estorbase la claridad, contemplaba la inaccesible de Dios. Salía algunas veces con sus primas al campo, á las riberas ó huertas; gustaba de apartarse entre los árboles, y donde las sombras y espesura era mayor se entregaba á la oración, y haciendo escala de aquellas amenidades, subía hasta su Creador y meditaba en el Verbo humano, enterneciéndola una dulce memoria de cuando oraba á su Padre en semejantes soledades; y si advertía que alguno la podía ver, meditaba paseándose por mayor disimulación.

No era esto de ordinario; las más veces se quedaba en casa; cuidaba el Marqués tanto de su recogimiento, que procuraba estorbar las ocasiones que aun ligeramente la pudieran distraer; sus hijas le pedían licencia para llevar consigo á D.ª Luisa; quedando en casa el Marqués, sentía mucho dejarle; excusábala diciendo tenía que hacer en el oratorio; ellas la decían que pasaba su niñez y mocedad en extraña y trabajosa vida; oíalo D.ª Luisa con un rostro sereno, sin responderlas nada.

Cuando el Marqués salía de casa, la persuadía

quedase en el oratorio, llevándose él la llave, ó se fuese á su aposento, que tenía de por sí, sin que se quedase en el camino con las doncellas y dueñas; que si bien todas de ejemplar virtud, especialmente en materia de recato y honestidad, no bastaba á satisfacer el fervoroso deseo que tenía de que el trato y comunicación con criaturas se trocase en la conversación con los ángeles y santos del cielo, procurando preservarla, no sólo de los pecados graves, sino de los ordinarios y ligeros que suelen contraerse en estas conversaciones, que pocas veces duran sin murmuraciones, nuevas, cuentos que embarazan la atención de los que desean dársela á Dios muy entera.

CAPÍTULO X.

DE SUS GRANDES PENITENCIAS Y ASPEREZAS CORPORALES.

La santa Iglesia católica, no sólo propone á sus fieles las obras de obligación que se intiman al cristiano en los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, mas exhorta á otras muchas que si se dejan no hay culpa, y ejecutadas aprovechan para infinitos bienes; éstas se llaman comúnmente de supererogación, como son los consejos evangélicos, las obras satisfactorias y meritorias, las vigilias, la oración, el ayuno, que comprende los rigores y asperezas con que se doma la carne; éstas encaminan á la perfección y ayudan grandemente á la observancia de la misma ley divina. No consta el hombre de solo espíritu, que

con el entendimiento bastara á encaminarle á servir y amar á Dios. Tiene cuerpo que agrava pesadamente al alma, y con rebelión continua la aparta de aquel bien sumo á que ella procura unirse; de aquí se originaron todas las penitencias y asperezas corporales, armas con que los siervos de Dios hacen guerra continua á este doméstico enemigo que les pone en riesgo de perder tan soberanos bienes, y, quebrantándole las fuerzas, aseguraron victorias que gozan eternamente, castigan los delitos cometidos, aplacan la indignación divina, previenen los castigos de Dios con los que de sí toman, aseguran la virtud; porque ¿cómo ha de atreverse á apetecer deleites un cuerpo tratado con rigores? Está el hombre continuamente armado contra las asechanzas del enemigo antiguo, levántase el ánimo alentadamente á la contemplación de Dios, que sólo espera nuestra correspondencia á sus inspiraciones para colmarnos de misericordias. Éste ha sido tan uniforme espíritu en los santos desde los principios de la Iglesia, que en toda edad y sexo de los siglos antiguos y presentes no se ha hallado quien de veras desee agradar á Dios y le mueva el espíritu divino que no haya usado de rigores y asperezas increíbles, haciendo á Dios continuo sacrificio de su cuerpo, obediente las más veces al espíritu; no hay que traer ejemplos: llenas están las historias eclesiásticas; bastaranos por ahora el de D.ª Luisa, que desde sus tiernos años trató á su inocente cuerpecillo con el rigor que los mayores varones.

Aconsejóla el Marqués que acompañase la oración con alguna penitencia proporcionada á la edad, que fué creciendo al paso que el espíritu, no tanto para rendir su carne, que no consta le fuese jamás rebelde

ni molesta á su pureza, cuanto por imitar á Cristo y á sus santos; así desde los catorce años abrazó prontamente este consejo, sin esperar á la robustez del cuerpo y á las fuerzas, intentando su devoción lo que por ventura defendiera la prudencia.

Al ayuno, á quien los santos hicieron guarda de la castidad, tuvo D.ª Luisa por deleite; su abstinencia era continua porque comiesen los pobres; no tanto la atormentaba el hambre que padecía, cuanto la del miserable. Además de los ayunos de la Iglesia á que la edad no la obligaba, ayunaba casi todas las vísperas de los grandes santos. La Marquesa, que era devotísima, como sabía el gusto de D.ª Luisa, la enviaba á convidar algunas veces á que ayunasen á los santos á quien ella tenía devoción; aceptábalo con gusto, aderezábase comida de abstinencia; cesando esto, era fuerza valerse de la industria: pasaba con los principios y postres, y si acaso iban reparando en ello, ponía algunos bocados de otros manjares en la boca, y haciendo que se limpiaba con la servilleta, los iba cogiendo en ella disimuladamente; con esta traza pasaba sus ayunos en una mesa abundante, y entre los manjares delicados peleaba con la gula; ya en este tiempo se sentía fuerte para llevar el cuerpo casi ordinariamente de vencida en materia de regalos y comodidades.

Dió una temporada en no comer carne los días que comulgaba, porque oyó que lo hacía así una santa; costóle mucho trabajo, porque como las fiestas, principalmente grandes, en que en aquel tiempo comulgaba había banquetes y más costosas viandas y meriendas en el campo, era muy dificultoso encubrir esta devoción; porfiábanla sus primas que comiese; entreteníase con alguna fruta, ensalada ó queso, di-

ciendo que era aquello de su gusto; ellas decían: «¡Qué amiga es nuestra prima de comer cosas malas!»

Entendió esta devoción el Marqués; y porque no faltase á cosa buena, mandaba la aderezasen alguna cosa de vigilia; después, por la nota ú otra causa, fué dejando esta costumbre por voluntad del Marqués.

Fué limitando el sueño, y á la oración de la noche juntó en breve la de la mañana; madrugaba anticipándose al sol, poníase muchas veces donde pudiese ver salir la aurora, en que tenía gran gusto, y allí alababa á Dios.

Molestábala el sueño pesado en pocos años, é impedía su oración; ponía muchas veces largo tiempo los pies desnudos sobre ladrillos ó losas frigidísimas, y en Pamplona, región en invierno destemplada, hincaba las rodillas desnudas en el suelo, ponía junto á sí una vacía de agua fría, en que metía las manos; usaba otros modos de avivarse para desechar el sueño y la pereza, y estar atenta á Dios; decía: «Si esto no sirviere de oración, servirá de mortificación.»

No le era tolerable la blandura de la cama; no había remedio que su aya la dejase moderar; en pudiendo, de tres dió dos colchones; ponía el uno sobre un catre ó cama de verano armada de unas cinchas anchas de cáñamo, cubiertas de un cuero frigidísimo; acostados todos, muchas noches arrollaba el colchón hacia los pies, quedaba sobre las cinchas y una manta; á la mañana, antes que lo pudiese ver persona alguna, volvía á tender el colchón; aquel frío de las cinchas la trabajaba molestamente la noche.

Aun esta cama tenía por muy buena; deseaba disminuir, ya que no podía quitarla de todo punto;

ofreciósele ocasión muy á su intento. Componía el Marqués sus libros para ir á otro lugar; preguntóla con qué los apretaría en los cajones porque no se maltratasen; ofrecióle luego lana; fué disimuladamente á su cama, abrió el colchón, llevó buena parte de ella; iba trayendo más, porque era muy á propósito; proveyóle á su satisfacción, sin que jamás sospechase de dónde la traía; á poco tiempo quedó el colchón sin bastas, y con tan poca lana que toda se caía á un cornijal en levantándole, con que cesó la cama. Todo esto fué un ensayo de sus grandes penitencias.

CAPÍTULO XI.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

Habiendo el glorioso doctor de la Iglesia, San Jerónimo, en la carta que escribe á Demetrias, hecho un alarde largo de los progenitores ilustres de esta santa virgen, de sus dignidades y riquezas, dice «que, olvidado de su intento, alabó algo de los bienes del siglo, siendo en su estima su principal alabanza que despreció generosamente todo aquello de que la había alabado, que no se tuvo por noble, no por poderosa en riquezas: sólo se juzgó mortal. Increíble fortaleza de ánimo entre las joyas y sedas, entre la muchedumbre de doncellas y criados, entre la adulación y el estruendo de oficios diversos de su servicio, entre los manjares exquisitos que ofrecía la abundancia de la grandeza de su casa, apetecer la aflicción

de los ayunos, la aspereza del vestido, la templanza en la comida».

En todos tiempos da iguales muestras de su eficacia la divina gracia; no entre menor grandeza, abundancia y riquezas ejercitó D.ª Luisa las mismas virtudes que aquella santa doncella, honor de la república romana.

Desde antes de los quince años comenzó á tomar D.ª Luisa ásperas disciplinas, siempre en las espaldas, por opinión del Marqués; traía las tales, que raramente le faltaba dolor.

Descargó un día sobre ellas una lluvia de azotes con una disciplina hecha de cerdas blancas; llena de unos como abrojos ó rosetas hechas de las mismas cerdas, pensó ser algo más blanda; arrebatada del fervor, no echó de ver el estrago; dejóla tan mal tratada, que en la llaga que había hecho le pareció poner una toalla delgada de algunos dobleces porque la sangre no manchase la camisa y vestido, y lo viesen las criadas. Otro día, queriéndosela quitar, la halló tan pegada que hubo de dejarla así; apostemáronsele las espaldas, y estando en sermón un día de Santo Tomás de Aquino, se le pasó casi todo en sufrir un vehemente dolor. A la noche, llegando con prisa una criada á tirar de la manga del jubón para acostarse, sintió tan fuerte dolor que sin ser en su mano dió un gran gemido: mas no supieron la causa; no podía revolverse en la cama, ni casi levantar los brazos; fuéle forzoso descubrirse á una criada confidente; cerradas las dos en un aposento, probó con un lavatorio á quitarle la toalla; no podía sin llevarse tras ella los pedazos de la carne; sintió entonces dolor tan vehemente, que parece se le arrancaban las entrañas, y no daba ni aun gemidos; cortó con unas

tijeras á pedazos la toalla como pudo. Preguntó después á un médico, por rodeos, qué remedios se podían aplicar en este caso; dióle unos parches de ungüento que fueron chupando la materia, que era mucha; al cabo de algunos días quedó sana; temió no fuera posible sin venir á manos de cirujano, por estar honda la materia; pasó sin calentura.

No fué esta vez sola la que se valió de este remedio, que sus penitencias llegaban á este exceso; verse así le era de gran consuelo; parecíale que de esta suerte tomaba alguna venganza de sus desagradecimientos, y se ofrecía y sacrificaba en alguna manera á su dulcísimo y divino Señor crucificado. No hay amor donde no hay correspondencia. A Cristo pobre, poco ama la esposa rica, poco la regalada á aquel Señor en tantas partes herido; las ansias de D.ª Luisa de imitar á su Esposo inocentísimo, que derramó toda su sangre por ella, la apretaban á tales demostraciones; el gran fuego de su pecho despedía tan dilatadas llamas.

Mandóla en cierta ocasión el Marqués levantase un escritorillo de papeles que estaba en el suelo y le pusiese sobre un bufete; de la fuerza que hizo reventó sangre y materia de las espaldas y pasó los vestidos; fuéle forzoso retirarse á su aposento y tomar otros. Era muy ordinario en el mayor silencio de la noche, después de acostados todos, levantarse y lavar la materia de las camisas porque no se descubriese.

Acostumbraba ponerse cilicio de cerdas cuando el Marqués se lo ordenaba: nunca le faltó cuidado; otras veces, á su devoción, las Cuaresmas eran tres días en la semana: martes, jueves y sábado; los otros tres días tomaba disciplina.

En una enfermedad de cuidado, queriéndola echar

unas ventosas, no fué posible; tan maltratadas y lastimadas traía las espaldas.

CAPÍTULO XII.

VENCE LA PASIÓN DEL TEMOR.

Apenas resuelve un alma dejar el Egipto del mundo y huir los fueros y profesión del siglo, cuando va en su seguimiento el Faraón infernal con poderoso ejército, armado de tentaciones y otros medios exquisitos para impedirla el paso, que por el mar Rojo de la sangre de Cristo nuestro Señor hace á la región dichosa de la perfección de vida; experimentólo doña Luisa, y todos los que con las veras que ella siguieren el camino de la virtud.

Dolíale al enemigo antiguo que una doncella tierna intentase con tan acelerados pasos escapar de su tiránico imperio; procuró por varios modos estorbar su oración y santos ejercicios, de donde le hacía la guerra y alcanzaba más ilustres victorias.

Salíase el Virrey algunas primaveras á una aldea dos leguas de Pamplona, de amenos campos y huertas y aires puros; por no tener la casa lugar acomodado para oratorio, se hubo de hacer en una pieza al cabo de un larguísimo corredor que caía sobre las huertas de la casa; á este retiramiento iba D.ª Luisa, después de acostados todos, á tener oración y hacer sus disciplinas. Una noche estaba el Marqués con sus hijos al principio de esta galería tomando el fresco, y D.ª Luisa, algo más adelante de pechos en la ba-

randa, haciendo el examen de conciencia delante de un alto almendro; estando así, de repente le pareció que había visto una sombra grandísima, tan alta como el almendro, ó mayor, blanca como la nieve y algo lúcida, representándosele delante de los ojos vivamente. Alteróse grandemente; sintió una conocida conmoción en todo el cuerpo, quitóse de allí para ir á recogerse. Llegó á pedir la mano de su tío para besarla (costumbre en las casas de los señores): reconoció en el semblante alterado y color del rostro la turbación; preguntóla qué tenía, y aunque lo rehusaba, hubo de contar lo sucedido. El Marqués gustaba de quitar miedos y mortificar á los tocados de esta pasión; mandóla que volviese otra vez á aquel lugar y se pusiese en la forma que estaba antes; replicó doña Luisa que creía haber sido sólo imaginación suya, si bien la había alborotado extrañamente que aun no podía librarse de la turbación, y así, temía que había de volver á representarse la misma sombra y podía dañarle demasiado al corazón. Él dijo que se animase, que había de volver, que era señal de rendimiento volver las espaldas al enemigo, y asióla del brazo para llevarla; ella hacía alguna resistencia, cosa en su obediencia muy nueva, indicio, como el Marqués después decía, del gran mal que había sentido; fué cierto que sólo en pensar que había de ir, sintió gran desmayo y una flaqueza de corazón terrible; partió, en fin, viendo que era voluntad resuelta de su tío; no hubo llegado al puesto, cuando se le representó la misma sombra, que primero perdió totalmente el color, cayéronsele los brazos y apenas podía tenerse en pie. Quedó á la mira el Marqués, díjola á voces y con prisa: «No temas, hija, que yo veo lo mismo que tú.» Dejaron el corredor, y D.ª Luisa se recogió á

tener un rato oración; de allí á dos ó tres horas se sintió con fuerzas y ánimo no demasiado. El Marqués se había acostado; y discurrido largo en el suceso, resolvióse mandarla ir al oratorio, que estaba al cabo del corredor, y que tomase allí una disciplina. Era, como dijimos, la galería de extraordinaria largueza, la puerta en el principio, y había de pasarle de un extremo á otro. Envió á llamar á D.ª Luisa, y mandóla que sin réplica se fuese al oratorio con una vela encendida en la mano, y se detuviese buen espacio, encomendándose á Dios.

Hízose para cumplir esta obediencia extraordinaria fuerza; estaba en gran silencio la noche, todos recogidos en sus camas en un profundo sueño; aumentaba el miedo la soledad del lugar, lo opaco de la arboleda; partió, en fin, animosa; cuando llegó al puesto de su temor se le erizaron los cabellos con una gran conmoción, que ofreció á nuestro Señor, y sin volver los ojos pasó á toda prisa, y llegando al oratorio puso el relojillo de arena, hizo su disciplina de media hora, que era la tasa ordinaria, sintió consuelo grande, con que se confortó su corazón, volvió sin pavor alguno con gran quietud y tranquilidad de ánimo.

Alcanzada esta feliz victoria, siguió el Marqués el alcance; parecióle asegurarla en la pasión del miedo, que si tomaba fuerzas en su ánimo la había de traer amedrentada y cobarde y serle impedimento grande en sus buenos ejercicios. Enviábala muchas veces sola á partes obscuras y apartadas; dejábala encerrada en el oratorio del cuarto de la Marquesa, y saliendo de casa, se llevaba la llave, volviendo algunas veces bien entrada la noche, estando en obscuridad largos ratos. Solía olvidarla, tal vez sin acordarse que la

había encerrado, hasta muy tarde. Ella también, viendo lo que la importaba vencer la pasión del miedo, sin decirlo al Marqués se iba á lugares solitarios, apartados y sin luz; tenía allí su oración, deshacía los temores, tenía por cosa vergonzosa en quien trata de espíritu la pusilanimidad y cobardía en esta parte.

El demonio no se daba fácilmente por vencido; cuando la veía en la oración más quieta, procuraba echarla de aquel retiramiento; movía grandes ruidos, mataba la luz, representaba á la imaginación figuras espantosas. Estando una noche en oración en un corredor en Pamplona, se levantó repentinamente una tempestad de truenos y relámpagos movida del demonio; parecía que se hundía la casa y volaba el corredor con el furor de los vientos; creció el torbellino, de manera que le pareció que había caído un rayo delante de sus ojos, y le pasó junto al rostro. Estaba ya tan en sí, que no fué parte el ardid del enemigo para que se retirase; permaneció inmóvil, con gran quietud y serenidad en su corazón.

Cesó la tempestad, no la diligencia del demonio, en impedir á esta devota doncella sus ejercicios y oración, siempre en vano. Duró este género de tentaciones hasta los veinte años de su edad; adelante vivió siempre en suma paz.

CAPÍTULO XIII.

LOS EJERCICIOS ORDINARIOS EN QUE GASTABA LA MAYOR PARTE DEL TIEMPO.

Su más continua asistencia era en la presencia del Marqués, especialmente en los primeros años, en que por la poca edad cesaba todo inconveniente. Gustaba mucho el Marqués del entendimiento y discurrir de D.ª Luisa; hacíale compañía, y, por ventura, de su conversación no adelantó poco su espíritu. Sentada junto á su silla pasaba la mayor parte del tiempo, aun cuando despachaba con sus secretarios. Tenía la devota doncella un libro espiritual siempre en la mano ó debajo del brazo, casi perpetuo compañero suyo; gustaba de los que más le movían á horror y temor del infierno, amor y dolor de la pasión de Cristo, y los que enseñan á confesar y enderezar la vida. Los místicos, si eran sustanciales, la deleitaban mucho, sin cansarse de leerlos muchas veces. Hizo de sus verdades un tesoro su memoria, una librería su pecho, que le sirviese de lectura en las ocasiones que faltase el libro. Habiendo visita, se retiraba hasta haber salido.

Cesando ocupaciones del oficio, se ponía el Marqués á hablar con D.ª Luisa en materias de espíritu; y, como decía una de sus hijas, «era su pecho una fuente, manantial de espiritual doctrina, que nunca se agotaba»; pendía de su boca D.ª Luisa; llamábala su escuchadera, por ser la que más continua y gustosamente le oía.

Era muy ordinario, habiendo gastado algún tiempo

de recreación con sus hijos después de la comida, las más veces hablando cosas de Dios, y así decía con mucho afecto: «*Venite filii; audite me timorem; Domini docebo vos*», pasar luego á su cuarto llevando consigo siempre á D.ª Luisa; seguíanle sus hijos, platicaba en materias espirituales grave y seriamente. Si eran fiestas solemnes, discurría en ellas y sus misterios con notable espíritu. Íbanle dejando sus hijos poco á poco, y decía con donaire cuando veía que siempre quedaba D.ª Luisa: «*Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis.*» Leía muy de ordinario en la Sagrada Escritura y santos doctores de la Iglesia (lectura que él mucho amaba), en presencia siempre de D.ª Luisa; iba volviendo todo lo que leía en romance, con notable destreza y facilidad. De esta escuela salió tan bien enseñada doña Luisa, que, casi sin saber cómo, desde los quince años comenzó á entender el Testamento nuevo y otros libros latinos, sin preguntar en su vida veinte veces, y con el uso y el tiempo y su talento raro alcanzó á entender cualquier libro de los Padres de la Iglesia más que suficientemente.

En estas conversaciones tan santas y continuas se fué formando la virtud de D.ª Luisa, ilustrando su entendimiento, oyendo las verdades de Dios de tan espiritual maestro, de que salía tan aprovechada. Decía algunas veces el Marqués que D.ª Luisa era su Ester; que como su tío Mardoqueo crió aquella santa Reina en el temor de Dios desde muy niña, así él había criado á D.ª Luisa, no con inferior suceso; dispúsola para esposa, no del Asuero mortal, mas de Cristo, rey eterno.

Entreteníase en este mismo tiempo en alguna labor; cuando no estaba con su tío, hacía flores para el

adorno de sus oratorios; tenía á su cargo aderezar el del Marqués, que gustaba estuviese muy curioso; tenía allí su oración. La capilla estaba aparte, con su sacristía y capellanes. Antes de las grandes fiestas gastaba cuatro ó cinco días en componer el altar y altaricos con muchos arcos de flores y guirnaldas, volantes listados y otras curiosidades, procurando diferenciar el adorno de una fiesta al de la otra. Solemnizaba el Marqués el arte, el ingenio, la devoción que en ello descubría D.ª Luisa, y traía á sus deudos para que lo viesen. Era esta ocupación casi de todo el año, porque todas las fiestas había de haber frontales, doseles y tafetanes conforme á los colores que usa la Iglesia. Estas eran sus galas y cuidados.

CAPÍTULO XIV.

CÓMO SE HUBO DOÑA LUISA CON EL MARQUÉS, SU TÍO, Y EN SU CASA.

Tal fué el marqués D. Francisco para su sobrina D.ª Luisa, no desigual su correspondencia. Túvose por cosa rara la afición, el amor, el afecto, los servicios con que acudía á agradecer los beneficios que iba haciendo á su alma; mas portábase con tal moderación y advertencia, que en su corazón hallaba muy distinto el amor de nuestro Señor, con conocidísima superioridad al que tenía al Marqués; reconocía en sí que hiciera por Dios cualquiera cosa, aunque fuera contra el gusto de su tío, y por el de

su tío ninguna contra el de Dios. Y con ser las demostraciones del Marqués tan grandes, la inmensa bondad de Dios la previno de manera que no pusiese lo total de su afición en otro que en el mismo Dios, y por él amase al tío. Alabábala el Marqués en presencia y en ausencia, mostrando continuamente, y con exageración, lo que la amaba y estimaba su proceder y virtud; y contra la vana complacencia, y lo que podía tirar de su corazón tan declarados favores, quiso nuestro Señor muy con tiempo darla un gran conocimiento de cuán errada cosa era poner su corazón en criaturas; y así, deseaba que no pensase su tío que se dejaba llevar de la merced que la hacía. Hallábase sobremanera desengañada y advertida de la instabilidad de la voluntad humana y de la facilidad con que se trueca la que parece más firme; y así ponía el golpe de su amor y confianza en sólo aquel Señor que no puede mudarse, no en los hombres. Así, repetía muchas veces con devoción: «Maldito el hombre que confía en el hombre, y no queráis confiar en los príncipes, en los hijos de los hombres, en quien no hay salud.»

La obediencia al Marqués fué rara: luego que con su gran entendimiento, ó á lo más cierto con luz particular que tuvo de lo mucho que le importaba dejarse gobernar por el Marqués, jamás tuvo voluntad; obedecióle en todo, pendiendo siempre de su parecer y consejo; si bien no hizo voto de obediencia al Marqués, tenía esta virtud en suma estima, y así no hacía cosa, por ligera que fuese, de algún momento, sin licencia ó mandado de su tío, aunque en cosas tan ligeras como salir de casa con la Marquesa ó sus primas, bajar á la huerta de casa, que era bien retirada de la gente, ó cosas de este porte. Á la Mar-

quesa obedeció con no menor prontitud, holgando de poderla dar gusto en qualquier cosa, para lo cual fué necesario extremada discreción, porque se hallaba muchas veces entre contrarios mandatos; disponíalo de suerte que no hubiese queja ó nota.

Exhortábala el Marqués á una perfecta obediencia y negación de su propia voluntad; ésta la decía que era una contagiosa peste espiritual y fomento de innumerables males, y que de no haberla procurado quebrantar algunos muy á los principios, habían tomado torcidísimos caminos, y que, fortificada con la costumbre larga, rompía por la razón y por lo justo, y los muy voluntariosos, demás de los pecados que cometen, desacreditan sus entendimientos en materias morales y de gobierno, arrimándose tenazmente á su parecer, que los arrastra á despeñaderos lastimosos; que la única medicina de este mal es el tomar consejo, dejarse gobernar de los que con entendimiento, estudios y experiencias aseguran los aciertos.

Salió tan aprovechada en esta parte, que por ninguna cosa desobedeciera en nada, ni hubo jamás dictamen ni pensamiento encontrado con la santa obediencia. Leía muy de ordinario en el tratado de obediencia de San Juan Clímaco; á este libro llamaba su amado compañero. Era tan enseñada de Dios en esta virtud, que decía muchas veces tenía su propio asiento y lugar, no sólo en las cosas posibles, sino en las imposibles y sobrenaturales. Réplica jamás se oyó en su boca, aunque se le mandasen muchas cosas juntas y contrarias y dificultosas, y tanto como las pruebas que el Marqués hizo de su virtud, materia de los capítulos siguientes.

Alcanzó tanta sencillez, que parece no podía poner duda en cosa que la mandase el Marqués. Estando

una vez con él, la dijo para probarla: «Luisa, apártate de ese brasero, que te quemarás»; tenía puestas sobre él las manos: apartólas prestamente, pareciéndole verdaderamente que se había quemado. Díjola: «¿Qué haces? ¿Por qué te apartas?» Respondió: «Cierto, señor, que parece me quemé después que vuestra señoría dijo la última palabra, siendo verdad que había dos días que no se había echado lumbre en el brasero.»

Una mañana, en Madrid, llegó á besar la mano á su tío y preguntar en qué mandaba que se ocupase aquel día; era á la sazón Presidente del Consejo de Órdenes. Díjola: «Ve, hija, al oratorio, y espérame allí, que cuando vaya al Consejo te diré lo que has de hacer.» Con los divertimientos del oficio y priesa de ir á Palacio, se le olvidó pasar por el oratorio. Votóse aquel día en el Consejo un pleito, que duró hasta las cuatro de la tarde. Hasta esta hora, desde las seis de la mañana, estuvo D.ª Luisa sin salir del oratorio, con notable pesadumbre de la Marquesa, su tía, que llevaba mal estas mortificaciones, y decía la habían de matar antes de tiempo. Vino el Marqués; riñóla porque, teniendo llave, no había salido; dijéronla hartas quemazones por la pena con que hizo estar á todos; ella no habló palabra, contentándose con haber sido puntual en la obediencia.

Extendió el rendir su voluntad á dar cuenta de su interior á su tío en cosas de su espíritu; y así, como dijimos, daba razón de cómo había tenido su oración con gran puntualidad, verdad y sencillez; consiguió con este modo otro gran bien, que fué librarse de la propia complacencia y de la inmunda lepra de la hipocresía, y para pegarse en casa del Marqués había muchas ocasiones, porque á los que

parecían más devotos y espiriuales mostraba mayor amor y hacía más favores. Doña Luisa trataba sus cosas con gran llaneza, y con sólo deseo de dar gusto á nuestro Señor, desviando su corazón de la torcida senda del agradar y buscar la gracia y estimación de los hombres, fomento de grandes ofensas de Dios. Conservóse D.ª Luisa con un corazón libre, y muy superior en todo, procurando encubrir lo que podía darla estima. Y en las cosas de virtud que forzosamente habían de ser públicas, procuraba disimular el verdadero y superior motivo, porque las hacía gustando que las echasen á causa menos perfecta, y tenía dicha en persuadir esto diestramente, con que se conservaba con una notable pureza de intención, que aumentaba el candor y lustre de sus obras, porque cuanto más sin ser sentida ni entendida pasaba por las cosas de virtud y devoción, en que no hallaba obligación de dar ejemplo, tanto mayor gusto y alegría le causaban, y recibía muy grandes y señaladas misericordias de Dios en esta parte.

Con la misma discreción y detenimiento se portaba con el Marqués, su tío; porque si bien era fácil en dar cuenta de sus imperfecciones y defectos, el mismo Marqués decía que tenía falta en disimular demasiado sus espirituales sentimientos, penitencias y devotos ejercicios. Pasaba así; era muy detenida en contar estas cosas, que tienen gran sazón cuando sólo Dios las sabe, y es misericordia suya las ignore aun el mismo que las hace. Era de opinión que de lo mucho se ha de mostrar lo menos; decía que convenía que excediese en gran manera la riqueza interior á lo que de fuera se mostrase. Jamás hablaba palabra en estas cosas si no era preguntada, y entonces muy sucintamente; sabía que iba por camino de

espíritu bien seguro y llano. Obedecíale en las penitencias que le ordenaba hiciese, mas no decía nada de lo hecho hasta que le pedía cuenta, y entonces con un sí cumplía. El Marqués era tan fervoroso, que quisiera que D.ª Luisa le hablara con el mismo fervor y le dijera cuán gran pecadora era y lo mucho que deseaba hacer por nuestro Señor, y le pidiera licencia para hacer esta ó aquella mortificación ó penitencia; jamás lo llevó su condición si había de salir de ella. Obedecía prontamente lo que le mandaba; en lo demás procedía con humildad y silencio. Hallaba alguna desproporción en la demasiada comunicación y claridad en estas materias, siendo el Marqués seglar, aunque santo, y ella mujer en el mundo; y así, tuvo por buen camino callar mucho y obrar mucho y estar presta á obedecer; sólo decía al Marqués que con el espíritu que nuestro Señor le había dado mirase lo que conviniese á su alma para agradar á nuestro Señor, que para todo estaba con gran rendimiento; ejercitaba á un mismo tiempo la obediencia, la discreción, el recato.

Penetraba el Marqués este gran fondo de la virtud de D.ª Luisa y las misericordias que Dios obraba en ella; alabábala con encarecimientos; solía decir á las personas graves que le visitaban, en particular á los Padres de la Compañía de Jesús, con quien la comunicación era estrecha, si acaso acertaba á ver á D.ª Luisa: «*Hæc est virgo sapiens, et una de numero prudentum.*» Un día en presencia de D.ª Luisa y de sus hijas comenzó, por santo entretenimiento, á cantarla un oficio de santa; ella estaba muy severa oyéndolo, sonriéndose á ratos, como si lo hiciera por alguna otra persona; ó fué buen anuncio ó profecía.

CAPÍTULO XV.

QUEBRÁNTALA EL MARQUÉS CON UNA PRUEBA MUY ÁSPERA Y EXTRAORDINARIA.

La cosa en que el Marqués puso el cuidado más atentamente para formar grande la virtud de doña Luisa, fué en quebrantarla la propia voluntad, enfermedad mortal del aprovechamiento. No la dejaba hacer cosa de cuanto la daba gusto; andaba inquiriendo siempre su inclinación, qué deseaba ó quería, ó en lo que mostraba repugnancia para obligarla á hacer aquello que tenía aversión, ó dejase lo que más apetecía; excitábala en varias maneras, deshaciendo la voluntad á cada paso; poniendo en esto más la atención cada día, se resolvió de ejercitarla en un modo extraordinario, repugnante sumamente á su natural inclinación, prueba más para un padre del yermo que para una doncella delicada de los catorce ó quince años. No le eran ya mortificación, sino consuelo, las penitencias, si bien en extremo rigurosas, tomadas por su mano, y á su arbitrio adelantólas con modo bien penoso.

Fuéla disponiendo suavemente á lo que intentaba hacer; procuróla inducir en sus exhortaciones ordinarias á grande estima de lo que es obediencia y de la total negación de la propia voluntad, y á tener muchos deseos de mortificación, rindiéndose á padecer por Cristo cosas duras.

Había en casa una persona muy sierva de Dios y de suficiente espíritu, secreto y cordura, de quien podía hacerse toda confianza; á ésta ordenó, debajo

de obligación de gran secreto, que tomase á su cargo humillarla con mortificaciones y disciplinas, y mandó á D.ª Luisa la obedeciese en todo lo que la ordenase, recibiendo lo que con ella hiciese como saludable purga para aumento y fortificación de la salud de su alma é imitación de los trabajos de Cristo.

Había un oratorio apartado, muy conveniente y secreto, fuera de otras partes que lo eran también para el intento. Mandaba esta mujer diversas veces que se fuese D.ª Luisa al oratorio y la esperase, y aseguradas la puertas con llave, con rostro grave y severo la mandaba descubrirse las espaldas, y quedando desnuda hasta la cintura, cubriendo el pecho con una beatilla que pendía de la barba con modo muy decente, hincada de rodillas delante del altar, ofrecía á nuestro Señor aquel sacrificio, como el más duro y áspero, en su opinión, que se la podía mandar. Era grande la violencia que se hacía al desnudarse, no por temor del dolor, sino por el empacho natural y la vergüenza que en sumo grado sentía. Y no le bastara el ánimo á tocar en la primera ropa, sino se esforzara, haciendo de lo más íntimo de su corazón fogosísimos actos y afectos de amor de Dios.

Estando de esta manera, los ojos y el corazón humillados, llegaba aquella sierva de Dios con unas disciplinas de cuerdas de vihuela asperísimas, y la disciplinaba el tiempo que quería con golpes tan bien dados que apenas podía algunas veces sufrirlos, y para no dar muestra le era forzoso hacer gran fuerza en las manos, trabando la una con otra ó apretando los puños fuertemente. Estaba tan constante y con tan gran sufrimiento, que jamás se le notó la más mínima señal exterior de dolor ó devoción; no se le oyó gemido, ni hizo otras demostraciones que

las casi forzosas en los que así padecen; conservaba el cuerpo y aspecto inmóvil con gran mesura y modestia; sólo el semblante del rostro pálido y marchito como el de una difunta, y la alteración del pecho, mostraban la gran dificultad que sentía en desnudarse; porque la vergüenza mortal de verse de aquella suerte era imposible que se disimulase. Oía contar los golpes á la que los daba, nunca menos de cincuenta; llegaban tal vez á ciento; no pocas perdía la cuenta. Acabada la disciplina, la mandaba con mucho señorío que la besase los pies; postrada en el suelo, los besaba.

Y aquel Señor eterno, á quien se hacía este doloroso sacrificio, parecía aceptarle, porque con mano liberalísima la acudía con una profunda humillación, en que se hallaba desecha su alma y el corazón quebrantado en piezas, con una afectuosísima devoción interior, de do manaban copiosas lágrimas, suavemente vertidas, como dadas de nuestro Señor. Salían envueltas en un tiernísimo afecto de amor de Dios y excelente modo de humildad, de que la dejaba enriquecida y muy aumentado el desengaño del mundo. Este ejercicio era muy ordinario; aumentábase en Cuaresma y Adviento, Témporas y Vigilias solemnes, por preparación de las grandes fiestas, y una Semana Santa entera padeció muchos azotes, ultrajes, fríos y otras mortificaciones de este género, que le causaban grandísima confusión.

Resolvíase esta sierva de Dios algunas veces que fuese la disciplina de los pies á la cabeza, y con una toalla puesta por la cintura, de la manera que pintan á Cristo nuestro Señor en la cruz, la ataba á una columna que hicieron á propósito, los pies en la tierra fría y una soga de cáñamo á la garganta, y con los cabos la ataba las manos y muñecas á la

columna, y así la disciplinaba todo el cuerpo á toda fuerza; era tan excesivo el dolor, que le parecía muchas veces que no podía sentir más la misma muerte.

Aumentaba este dolor el frío que padecía, que se le entraba en los huesos en lo riguroso del invierno; mas excedía á todo sentimiento la confusión y vergonzoso empacho de tanta desnudez. Acordábase en tal trance de Cristo nuestro Señor, que se vió por su amor avergonzado públicamente, tanto más maltratado y con tan diferente corazón de los que lo ejecutaban; parecíale le fuera gran consuelo verse así, delante de un juez infiel, á vista de un pueblo incrédulo é ingrato, esperando sentencia de muerte; en tal ocasión se imaginaba, y con ser naturalmente seca en materia de lágrimas, en viéndose así eran sus ojos dos fuentes, y si se los mandaba alzar, como lo hacía muchas veces, era imposible ver, ciega con las lágrimas. Estaba por lo menos media hora desnuda, tal vez una, y en tiempo de grandes fríos quedaba el cuerpo insensible por algún espacio y entorpecidas las manos, de suerte que no podía vestirse, siendo forzoso algunas veces poner el corchete de la ropa para cubrir el jubón desabrochado, por no tener los dedos fuerza para poner los botones, hasta que al fuego iba cobrando calor, sin osar llegarse mucho por no tullirse entre los dos extremos de excesivos frío y calor. Salía del oratorio con un corazón deseosísimo de seguir las pisadas de Cristo, dulce bien nuestro. Con estos golpes se fué labrando este precioso vaso, en que se había de guardar el maná de la divina gracia.

Preguntándola algunos años después la madre Inés de la Asunción, priora hoy de Villafranca, que largo tiempo gozó de su compañía, cómo se hallaba

su alma en estas pruebas, la respondió: «Acordábame, Inés, del humildísimo y obediente Jesús, y traía á la memoria los ejemplos de los santos monjes del yermo, á quien yo entrañablemente deseaba imitar, particularmente á aquel buen monje Acacio, perfectamente obediente, de que hace mención San Juan Clímaco, que padeció de un monje, maestro suyo, de condición terrible, más terribles golpes. Este ejemplo, junto con el de Cristo nuestro Señor y otros santos, nunca los quitaba delante de mis ojos, con que me parecía no trabajaba bastantemente en esta virtud y en las demás.»

CAPÍTULO XVI.

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO.

Los cristianos de la primitiva Iglesia, llamados á la milicia de Dios vivo, cuando la persecución de los gentiles los obligaba á estar como en campaña, expuestos al martirio y á la muerte, se disponían al combate, cuyo premio era la vida inmortal; con una rara austeridad de vida, y privándose de todos los regalos y deleites, se acostumbraban á la dureza y rigor, con que se hallaban más prontos á padecer, con increíble constancia, cárceles, tormentos, muertes. A esta severidad de costumbres atribuían los gentiles la facilidad al morir de los cristianos, que ellos llamarían obstinación. Afirma esta verdad Tertuliano en el libro *De los espectáculos:* «Hay, dice, quien piense que el cristiano (gente expuesta á la

muerte) se industria á esta obstinación con la privación de todos los regalos, con que desprecian más fácilmente la vida, rotos como los lazos que la suele hacer amable, y así no desean conservar la que tienen por sobrada; afrentábanse perseverando, en deleites, dar la vida por su Dios.»

Con el mismo pensamiento exhorta el mismo Doctor á los mártires (en el libro de este título) á padecer las incomodidades de las cárceles, como disposiciones al martirio, que el regalo y la comodidad no engendran valor al mártir, mas el rigor y austeridad de la vida. «Ningún soldado, dice, viene con las delicias á la guerra, ni sale del camarín á la campaña, mas de las tiendas donde están la dureza, desabrimientos, disgustos. Aun en la paz, con el trabajo é incomodidades aprende á padecer la guerra; andan de continuo armados; corren la campaña; cavan fosos; forman escuadrones; todo consta de sudor porque después no se amedrenten cuerpos y ánimos saliendo de la sombra al sol, del sol al aire, de la camisa al arnés, del silencio al clamor, de la quietud al tumulto.» «Los luchadores, prosigue, se reducen á más estrecha disciplina para alcanzar vigor; contiénense de la lujuria, de manjares escogidos, de la bebida gustosa; estréchanse, atorméntanse, fatíganse, y cuanto más trabajan en estas pruebas, tanto más esperan la victoria.» Concluye hablando á las matronas presas por la fe: «Vuestro padrino Cristo Jesús, que os ungió con su espíritu y os sacó á este palenque, quiso antes del día del combate entresacaros de la vida regalada á la áspera y dura porque se fortalezcan vuestras fuerzas.»

A esto parece miraban los intentos de Dios, que movía el corazón del Marqués á que con tales prue-

bas fuese ejercitando á D.ª Luisa desde sus tiernos años, porque habiendo de ser su vida toda un continuo martirio, y habiéndola de perder entre las persecuciones por la fe, era conveniente disposición esta aspereza.

De todo lo que se hacía, que vimos en el capítulo pasado, se daba cuenta al Marqués de los efectos que obraban en el alma de la inocente doncella estas asperezas, su aumento de amor de Dios, su obediencia y rendimiento, los deseos de padecer á imitación de Cristo, y del valor y constancia con que lo llevaba; así con su buen celo, enterado de la gran virtud de D.ª Luisa, le pareció que había vigor y espíritu para proseguir y adelantar lo comenzado.

O ya que se cansase ó tuviese horror al caso la persona á quien cometió el Marqués quebrantar á D.ª Luisa con este género de penitencia, buscó otra mujer muy á propósito para ministro del mismo sacrificio; ya lo ordenaba á la una, ya á la otra, ó ambas hacían lo que les parecía, pendiendo muchas veces de su arbitrio, variando en las mortificaciones y pruebas, conforme al tiempo ó devoción que descubrían.

Llevábanla algunas veces desnuda, descalzos los pies, por la tierra frigidísima, con sólo una cofieta en la cabeza, que recogía el cabello, y una toalla atada por la cintura; una soga á la garganta, unas veces de cerdas, otras de cáñamo, y atadas las manos con ella, la traían de unos aposentos á otros como á malhechora, hasta el último oratorio, que estaba al cabo de ellos, habitación toda cerrada y en parte muy secreta; una de aquellas mujeres iba delante tirando de la soga, diciéndola palabras de humillación y abatimiento, y á veces la daban bofetones, pisábanla la

boca, reñíanla con aspereza, como si fuera una esclava, y últimamente paraba en muchos azotes.

Madrugó una mañana una de estas dos mujeres; hallóla echada en las cinchas, y aunque lo advirtió, no dijo nada; y habiendo dormido muy mal aquella noche, la mandó levantar, y desnuda, ceñida, como he dicho, con un lienzo que cubría hasta las rodillas, maniatada con la soga, con gran frío, la llevó á un oratorio cercano, y á puertas cerradas, habiendo cargado de azotes las espaldas, la hizo echar en el suelo, donde la disciplinó desde los pies á los hombros, y con palabras de menosprecio y baldón la puso el pie en medio del pecho con un zapato grosero de tres suelas, dejóse cargar demasiado, sintió gran pena dentro del pecho y todo lo interior, que si no acertara á levantarse con presteza, podía recibir su salud notable daño.

Un día de la Conversión de San Pablo, siendo de quince á diez y seis años, la mandó con grande imperio una de aquellas mujeres que después de comer se fuese al oratorio bajo (era muy secreto) y se dispusiese á recibir una disciplina de las ordinarias, que era de rodillas: descubiertas las espaldas, descargó la mano con tal fuerza, que sintió extraordinario dolor: hizo que la besase los pies. Después de algunos días la mandó la otra mujer se fuese á aparejar para una disciplina: cuando puso los ojos adonde había de descargar los golpes, la dijo que se volviese á vestir, que no estaban aquellas espaldas para recibir más azotes que los que tenía señalados; que se admiraba que Juana (así llamaban á la que había hecho el estrago) hubiese tenido corazón para haberla maltratado tanto. Yendo á tomar el vestido, pudo alcanzar de paso con la vista á ver en un hombro las

señales de los ramalazos muy azules. Tan de veras se tomó la labor de este diamante finísimo, tan grandes reconocían las fuerzas de su virtud, pues la impusieron tan incomportables cargas: cuanto más se quebrantaba el cuerpo, tanto mayor vigor sentía el espíritu.

No es nueva esta mortificación en la Iglesia: dejo lo que ordenaron los fundadores de las religiones y lo que en ellas se platica santamente, si bien por ser las disciplinas de mano ajena se hace á muchos muy intolerable. Santa Isabel, hija del Rey de Hungría, de la Tercera Orden del glorioso padre San Francisco, hacía muchas veces que la azotasen sus damas encerrada en su aposento, por imitar al Salvador del mundo, azotado á una columna por ella. La santa infanta sor Margarita, perla preciosa de la religión sagrada de Santo Domingo, cuando la faltaban fuerzas para azotarse, se aprovechaba de las ajenas y llamaba á alguna monja ó monjas que hiciesen aquel oficio, hasta derramar copiosa sangre. Y una noche tenebrosa y obscura llevó consigo una monja para que la diese disciplina, y despojándose para ello en lugar bien apartado y secreto y obscuro, aun siendo á mediodía, luego que se puso á la disciplina, bajó del cielo una luz que alumbró toda la casa y duró todo el tiempo que duraron los azotes, y desapareció en acabándose, aprobando el cielo tan gran mortificación: así lo afirma el muy docto y reverendo P. fray Hernando del Castillo, insigne historiador de la Orden de los Predicadores, en la vida de esta santa virgen. Santo Tomás, arzobispo cantuariense, mandaba á un capellán suyo (quitándose el cilicio que traía á raíz de las carnes) que le azotase cruelísimamente hasta derramar mucha sangre, ensayo antiguo de mártires de Inglaterra.

Estas y otras acciones que se leen en las vidas de los santos sirven más á la admiración, que no al ejemplo. Fuera, sin duda, temeridad el imitar estas pruebas en que ejercitó el Marqués á D.ª Luisa, y raras veces concurrirán las mismas circunstancias para venir á la plática; y aunque de parte de doña Luisa hubo un raro y excelente mérito, es muy disputable en el Marqués el acierto, y por ventura forzoso para haber de salvarle, ocurrir á causas superiores, en que vendrán muy pocos, y muchos más en que excedió en este caso los límites de una dirección prudente, y habernos de valer para excusarle de su gran celo y la rectitud de su intención, de que no puede dudarse, á que correspondió el buen suceso, y por ventura excedieron con rigor las que lo ejecutaban. Demás de otros inconvenientes que fácilmente se descubren, no son todas las cosas para todos. Volvamos al sufrimiento de D.ª Luisa.

Si estas pruebas mostraron su paciencia y mansedumbre, por ventura ostentó mayores sus finezas una persecución de doce años, que la siguió continuamente el tiempo todo que vivió en la casa del Marqués: ó ya que á la virtud sigue la envidia, que de la santidad del bueno se suele ofender el malo, ó ya que nuestro Señor la levantase un Adad idumeo que la acosase y como un estímulo de la carne la estuviese ejercitando porque la grandeza de sus virtudes no la desvaneciese por verse sin los vicios de las demás mujeres. No quedó sólo en palabras sacudidas, desabridas, descompuestas, malas correspondencias, desagrado de sus cosas: tiráronla una vez un candelero de plata, que, á no apartar prestamente la cabeza, la dejara allí muerta ó mal herida.

Llevó obras tan pesadas, tan continuas, con tan

rara paciencia y mansedumbre, que no dió muestras jamás de sentimiento, ni en palabras, ni en el semblante (que nunca alteró la cólera, como ella misma con sencillez lo dijo á un confesor suyo), ni en tantos años se le oyó una queja de las personas que la ejercitaron. Y, lo que parece increíble, no tuvo materia de qué confesarse.

Admirado su confesor de este silencio (era un religioso grave de la Compañía que sabía el caso, que fué público), la dijo un día cómo no tocaba en la confesión esta materia: respondióle que no tenía de qué confesarse acerca de esto, porque siempre había entendido que las personas que le daban aquellas pesadumbres lo hacían con buen celo, y por lo menos venía todo ordenado de la mano de Dios para prueba y ejercicio de su paciencia; y replicándole el padre que si quisiera, para descansar, no dijera alguna cosa, ella, con santa disimulación, se sonreía: tan sin alivio y consuelo gustaba de digerir sus trabajos.

Una hija del señor de Ariza, deuda suya, que la veía padecer con tan raro sufrimiento, decía: «No hay cosa que así admire como ver padecer á esta señora, porque su silencio es grande, y si la obligan á responder tiene unas palabras tan blandas y corteses, que parece es otra la que lo pasa: no es posible que ella pare en lo que otras personas.» Y en cierta ocasión la vió portarse con tal mesura, que dijo que le había parecido sin duda alguna santa. Recibía de nuestro Señor muchas misericordias (como ella dice) en materia de sufrimiento de prójimos, de que siempre se sirvió de darle grandes ocasiones.

CAPÍTULO XVII.

DE SU GRANDE PUREZA Y RECATO EN MATERIA DE HONESTIDAD.

Fué un raro ejemplo de honestidad y recato el tiempo todo que estuvo en la casa del Marqués y extremada la limpieza de su corazón. Crecía hermosa y cándida la azucena de su virginal pureza, regada con tanta sangre. Siendo de trece años no era mayor su malicia que cuando niña se criaba en el palacio del Rey; su proceder, el mismo: de manera que ninguna cosa que viese contraria á la honestidad ó palabras que oyese pudieron turbar ó deslustrar ligeramente su rara sinceridad, y algunas veces que quiso discurrir en la materia no pudo, y aun haciendo reflexión hallaba dificultad, y se maravillaba del poco poder que tenía el demonio para hacerla saber lo que no sabía, ni poner en su pensamiento representación alguna menos honesta: conservábase en grande inocencia. Hay purezas privilegiadas; ámalas Dios de manera que ni amagos permite al enemigo.

No por esto se descuidaba; era extremado su recato; guardábase con vigilante cuidado de vistas, pláticas y otras cosas que pudiesen manchar el candor de su pureza. Estando un día ocupada en un aposento, á una parte de él ciertas personas hablaban descompuestamente; comenzaron muy desde el principio á darle algunas noticias contrarias á su sinceridad: sin esperar un solo punto dejó prestamente lo que estaba haciendo, y con disimulación y prisa se salió del aposento, deseando no entendiesen que

los había oído por su misma autoridad y vergüenza, aunque ellos no la tenían: quedó atajado el inconveniente ó daño que pudo resultar á su corazón y discurso oyendo cosas que manchan tanto más fácilmente cuanto es más puro el pensamiento adonde llegan.

Con ser el Marqués hombre tan grave y amador de la honestidad y que de su trato no podía resultar cosa en su perjuicio, antes de su conversación crecía y se fortificaba su sinceridad, sin embargo, le miraba siempre con gran recato y notable respeto y reverencia, como si tuviera delante un cuerpo santo, amándole con aquella moderación y templanza que dijimos. Á los demás hombres miraba con aquella vista sincerísima con que se suelen mirar los cuerpos inanimados, pareciéndole groserísimos y feos, aun los tenidos por más hermosos hombres. Sólo gustaba de la compañía de su tío y de las visitas de sus confesores ó personas muy espirituales, y de los demás, aunque fuesen primos ó parientes ó de otras personas que tenían cabida en la casa del Marqués, le eran molestísimas. Sentía un natural disgusto y dificultad en su conversación y trato, por más modesto que fuese, y aunque por la urbanidad lo disimulara, les mostraba siempre por lo menos una grande sequedad y extraordinaria mesura. Á pocos días que los dejaba de ver se olvidaba de ellos y los desconocía, sin saber de dónde le venía esto: de los vestidos se acordaba algo, de los rostros con dificultad, no por falta de vista, que la tenía extremada, ni de memoria, que sólo para esto le faltaba.

Desde los quince años adelante, como caminaba tan apriesa en el conocimiento de Dios, y la luz iba creciendo para distinguir lo perfecto de lo imperfecto, y andaba metida en tanta mortificación y penitencia, apenas se ofrecía á la imaginación pensamiento de casarse, y si tal vez se detenía algún espacio, le parecía que solamente pudiera escoger este estado al modo que había leído de algunos santos, que de acuerdo se dedicaron con voto á la castidad, viviendo como hermanos apartados en diversos aposentos con notable virtud y ejemplo; mas este pensamiento, como de aire, apenas llegaba cuando se desvanecía.

Á los diez y siete años ya le parecía imposible casarse por la entrañable afición y estima que tenía de la virginidad, en que con extremo deseaba conservarse. Decíala el Marqués algunas veces que gustara se casase, porque aquel estado tiene necesidad de personas que diesen en él grande ejemplo de santidad, y creía vendría en ello D.ª Luisa: oíalo con su mesura ordinaria, sonriéndose un poco, mas sin decir nada, porque le parecía que el decirlo no era hacerse, ni era necesario anticiparse á rehusarlo sin tiempo, y que era cordura dejar pasar tales pláticas en silencio, como cosa de burla y de que no hacía caso. En estas ocasiones con actos contrarios fortalecía interiormente el amor y estima de la virginidad, y se admiraba que no echase de ver el Marqués que no podía seguirse fruto de casamiento de la doctrina de perfección y mortificación con que la había criado.

Llegó á hacerse de su castidad más apretada prueba. Díjola el Marqués un día muy en veras (aun no quince años cumplidos) que la pedía un caballero deudo suyo, del hábito de Santiago, señor de vasallos y de suficiente renta, á quien ella conocía (y á haber de elegir estado de casada no se contentara con menos);

sonrióse D.ª Luisa, é instando el Marqués, por respuesta le dijo que le causaba admiración le propusiese tal cosa; y mostrando el Marqués gusto del caso, y diciendo que le estaba bien hacerlo, se cerró, suplicándole cesase la plática, mostrando los colores y los ojos el sentimiento de que se atentase contra su pureza. Admiró al Marqués la entereza de ánimo y resolución con que le había respondido: decía que le había parecido de muchos más años de los que entonces tenía. Pensaba casarla más aventajadamente, y sin duda lo hiciera, á no haber escogido D.ª Luisa por su dueño al Esposo de las vírgenes.

Era con notable extremo recatada en todas sus palabras y acciones en materia de honestidad. Mostraban la pureza de su ánimo su semblante, sus vestidos, los más naturales movimientos, tan igual en público como en sus retirados aposentos, conservándose en toda parte con gran decencia de su persona; ni prima, ni criada, en burlas ni en veras la pudieron sacar un paso de esta compostura; era tan grande, que causaba admiración y daba materia á que por recreación se entretuviesen con ella. Sus primas algunas veces, mayormente las noches de verano, cuando les faltaba otro divertimiento, todo era hablar de matrimonio; ya la casaban con éste, ya con aquel caballero, el primero que se les ofrecía; ordenaban los capítulos matrimoniales, que se había de asentar ante todas cosas que los seis meses del año había de estar al lado de su tío, como entonces lo hacía; los otros seis había de vivir con su marido con condición inviolable. Que él se había de estar en sus aposentos, ella en los suyos, sin más comercio ó trato. Este concepto tenían de su ánimo. Éranle harto molestas estas pláticas y la ejercitaban la pa-

ciencia. Comúnmente la respetaban todos; reportábalos con su gran mesura, tanto, que ni una palabra se atrevieron á decirla, ni á mirarla menos que honestamente, aunque les parecía de bonísimo talle y la mostrasen afición.

CAPÍTULO XVIII.

DELIBERA DE SU ESTADO.

Habiendo el marqués D. Francisco de Mendoza gobernado siete años á Navarra con notable aceptación y utilidad de aquel reino, dejando gran deseo de sí y una memoria inmortal, partió con su familia á Almazán, y deteniéndose en esta villa algunos días, pasó á la corte. Quedó allí D.ª Luisa con la Marquesa y sus primas, con sentimiento justo de apartarse del que era padre y guía de su espíritu. Tenía todo su consuelo en esta ausencia, en disponer el tiempo con la mayor orden y devoción que podía.

Tenía la casa del Marqués una tribuna á la iglesia parroquial de San Miguel, adonde se iba por un largo pasadizo muy antiguo, y en opinión de alarifes, se estaba cayendo todo; nadie se atrevía á pasar; este temor no amedrentó la devoción de D.ª Luisa; fuéle comodidad; dejáronla con la llave, con que cerraba tras sí la primera puerta, que caía á uno de los aposentos de la Marquesa.

Gastaba de esta manera la vida: levantábase temprano, componíase con toda la moderación posible,

íbase á su tribuna, y delante del Santísimo Sacramento pasaba largos ratos de oración y á solas se regalaba con aquel Señor divino y animaba mucho, hallándose muy dilatada para el camino del espíritu y deseosa de seguirle.

En este retiramiento y soledad, continuada con frecuencia muchos meses, tomaron grandes aumentos los intentos heroicos de D.ª Luisa y sus resoluciones de abrazar la perfección cristiana en el más alto grado que pudiese, favorecida de la divina gracia.

Ardía en un deseo vehemente de entregarse del todo á la Majestad divina; ofrecíase en su santísima presencia con un corazón afectuosísimo y rendido. Todos aquellos afectos amorosos que dijimos iban naciendo cuando tratamos de su oración, habían crecido á una grandeza inmensa, mayor la luz, mayores los desengaños, grande la estima de Dios y de sus cosas, y de lo que más precia el mundo, increíble menosprecio; un conocimiento práctico de la instabilidad de criaturas y facilidad con que se trueca el más feliz estado; parecíale que todas cuantas cosas se podían hacer en esta vida por Dios eran de poquísimo ó casi ningún momento, por grandes que comúnmente parezcan. Y esta aprensión era tan fuerte y fundada en tan gran verdad, que le causaba una ardentísima fe de hallar qué hacer por su Señor que fuese algo; fruto todo de tan continuados ejercicios de oración, mortificación y penitencia.

La edad ya de veinte años, en su entendimiento ancianidad, la obligaron á deliberar de estado y del modo de disponer su vida donde pudiese servir á Dios con veras. Inclinábase ya con más superior fuerza á amar la huída del siglo y desprecio de todo lo terre-

no; no descubría algún fácil camino, por tenerla nuestro Señor (á lo que ella creía) cerrado el de ser monja, sin poder hallar razón de ello, sino sola su divina voluntad; los impetuosos deseos de dejarlo todo eran cada día mayores, los afectos de amor se iban apoderando de su alma y se esforzaban con terrible vigor, y se encendía en devoción y en fervientes y abundosas lágrimas.

Iba creciendo la luz y los cuidados de acertar en cosa que importa tanto; ofrecíanse diversos caminos al discurso, de menos ó más perfección; á ninguno se le iban los ojos tanto como á aquel adonde distinta y perfectamente hallaba las pisadas de Cristo nuestro Señor; fué esto de manera que en poco tiempo ya casi no divisaba los demás, y finalmente se desaparecieron, y se vino á hallar su alma, forzada de sus afectos, á desear seguir los pasos de su Señor lo más semejantemente que le fuese posible, y tener por solo gusto el desearlo; crecían cada día estos afectos y cobraban fuerza notable.

El modo de su oración en este tiempo, aunque sequísima, y el mirar las imágenes de Cristo nuestro Señor, aunque fuese muy de paso, todo venía á parar en revestírsele, allá en lo íntimo del alma, un afecto de amor terrible y desear seguir su fragoso camino hasta la muerte.

Pensaba que por ningún medio podía conseguir estos intentos en actual profesión de mundo en la casa de sus tíos, donde, si bien entre personas virtuosas, era forzoso el regalo, estimación y adorno, contrario todo al camino de la Cruz; parecíale que apartada en una casa humilde, en compañía de algunas doncellas virtuosas, olvidada del mundo y de parientes, podía entregarse de todo punto á Dios, empleada

en santos y virtuosos ejercicios, y seguir la vida y pasos de su dulcísimo Jesús.

En estos pensamientos ofrecía á Dios su honra, que era en su estima la cosa más preciosa que hallaba en las de esta mortal vida; esto hacía con un ánimo resuelto de abrazar cualquier género de deshonra, por grande que fuese, en que Dios fuese servido de ponerla; era esto mucho más que ofrecer á Dios su vida. Á estos intentos se oponía su natural, inclinadísimo á la honra temporal y á todo género de resplandor mundano, á que no le ayudaban poco la calidad de su sangre, la grandeza y estado de sus deudos, la casa y compañía en que se había criado, y la fortuna, que decían los que sabían su modo de proceder, que daba gran sazón y le salía extremadamente bien todo en lo que ponía mano tocante á esta materia; sentía vehemente esta pasión. Tenía á los principios tan turbada su luz en este caso, que recibiendo notables misericordias de nuestro Señor, se hallaba como incapaz, sin que la aprovechase cuanta doctrina tenía de sermones y de libros.

De estos opuestos se vino á levantar una trabadísima guerra en su interior, y con las diversas ocasiones casi continuas. No es fácil el decir la destreza con que estos afectos tan contrarios pelearon entre sí, procurando cada cual llevarse su corazón. Esa guerra, que ocupó el lugar de todas las demás, se sustentó algún tiempo con trabadísimos combates, y andaban los enemigos disimulados de varios pensamientos, haciendo sus correrías, que estorbaban no poco su aprovechamiento; representábansele grandes dificultades y temores y tales imposibilidades, que en resoluciones tan arduas se ponen como gigantes.

Mas queriendo la benignísima piedad de nuestro

Señor dar fin á estas competencias, empezó con poderoso brazo á destruir sus enemigos, de modo que parecía los estaba alanceando dentro de su corazón, donde andaba la pelea. Iban prevaleciendo los afectos de seguir los oprobios, trabajos y estrechuras del camino de la Cruz, y ya como dueños del alma empleaban sus fuerzas en ella, aspirando á la ejecución.

Hallábase cada día con un corazón más dilatado y desasido de las aficiones del mundo y deseoso de escaparse de sus vanidades y lazos; parecíale que si viniese á ser muy terrible la prueba de la carne, que nuestro Señor proveería de fortaleza al espíritu para salir de ello á su mayor gloria. El apetito de la honra, que era el solo atrevido y desmesurado, se desvanecía á la vista de la cruz, á cuya consideración hallaba muy amarga la honra vana, y los oprobios de Cristo, con una fuerza pujantísima contrastaban la fortaleza del afecto de la honra, que á los principios parecía inexpugnable; acordábase de tantas misericordias de Dios, y tan conocidas, que pedían grande correspondencia.

Andando toda entregada á estos pensamientos, escribió en una carta al Marqués que le suplicaba encomendase á nuestro Señor sus deseos, en que mostró mucho fondo, y cuán grandes y resueltos llegaban ya á ser; porque nunca acostumbraba á dar la menor demostración de su espíritu sin ser mucho más lo que quedaba encubierto.

CAPÍTULO XIX.

CÓMO LA VALIÓ EL AMOR PARA SALIR DE TODAS DIFICULTADES.

De todo el discurso de la vida de D.ª Luisa hasta el trance en que la vemos, fué guía y compañero el amor; con él caminaba á Dios, cuyo dón era; y aunque á los principios no sentía la dulzura de su compañía, por ir tan disfrazado como él sabe cuando quiere, sentía por lo menos sus prisiones. Mientras niña, se había con ella suave y blandamente y como de burlas; después fué sintiendo su fuerza y le parecía que no podía fácilmente soltarse de aquellas dichosas cadenas, que son inviolables cuando son fabricadas de dos aficionadísimas voluntades; esto es, de Dios y del alma; mas esto no era más que haberle amanecido el amor á su alma, mas como entre nublados; y un amor que sólo disponía á pretensión de mayor amor, caminaba como quien va en busca del amado por las nuevas que de él tiene, enamorada de su valor y hermosura, como el enamorado de oídas que emplea toda su afición en desear ver de cerca aquella hermosura que ama.

Con este amor amaba aquella superior noticia que deseaba tener de Dios, y tenía esta manera de amor fuerza para llevar al alma al cumplimiento de este su deseo, y para romper los impedimentos que se atravesaban; antes con las dificultades crecía su afición y no podía hallar descanso fuera de nuestro Señor; pero era un amor en que no consistía gozo, y así le era muy escondido y riguroso y la fatigaba

muchas veces; parecíale que no amaba á Dios y que era intolerable su tibieza y deslealtad (aumentaban esta fatiga sus faltas é imperfecciones, en sus ojos, grandes); pero, sin embargo, caminaba con ánimo y notable esfuerzo, sin que se le atravesase jamás ningún pensamiento que tocase en materia de volver ni un paso atrás con la voluntad y deseo. Fortalecida de este amor, se obraron tantas penitencias, mortificaciones, tanta tolerancia de prójimos, y florecieron las virtudes al grado que hemos visto.

Habiendo alcanzado una noticia superior y muy aventajada á las que hasta allí, luego fué herida su alma con otro muy diferente y más calificado amor; y ya en gran parte satisfecha en su primer deseo, toda su ansia se convirtió en desear unirse íntimamente á aquel sumo bien que amaba; ya en este estado se descubría el amor y no podía dejar de conocer que amaba á Dios mil veces más que á sí misma y obraba con más suavidad en el ejercicio de las virtudes.

Este amor se declaró más fuerte al entrar por el áspero camino de renunciar de todo punto el mundo y seguir con resolución heroica los oprobios y desprecios de la cruz; caminaba como por una tierra agreste y cubierta de espinas, que se van pisando á cada paso; tiene cuidado el demonio de sembrarlas para asombrar á los que buscan á Cristo y que se les haga el camino agrio y dificultoso, por el cual primero entraron sus divinos pies en busca de los que amó; óyense bramidos de fieras que causan horrible espanto á los que van caminando; éstas son aquellas tres bestias que llama San Juan concupiscencia de ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida, riquezas, deleites, honras en que se cifra cuanto oculta ó des-

cubiertamente hace guerra al corazón humano, de las cuales se producen otras mil bestias que salen á espantar con sus aullidos á los que van en seguimiento de Cristo, para que vuelvan atrás de este camino. Conviértense tal vez en dulces y tiernas voces de los contentos y gustos que se representan sin pensiones, ó gozados ó en esperanza, mayores que dejados, atraen poderosamente. Y á las costumbres en muchos envejecidas, forcejan para que no las despidan, y con un blando gemido procuran estorbar estas determinaciones, y dicen como á Agustino: «¿Es posible que has de pasar sin nosotras y que desde este punto nos dejas para siempre? ¿Desde este punto no será lícito gozar de este ó de aquel deleite?» Aquí son las tentaciones y astucias del enemigo por si puede sacar á Dios un alma de éstas resueltas: sabrosa presa suya.

Estos eran los afectos que dijimos, y apetitos de honra, y el esplendor humano que batían el corazón de D.ª Luisa; los temores, desamparos, necesidades, deshonras, y el carecer de los bienes que podía gozar lícitamente en un estado honroso, terrible torcedor que afligía su corazón pesadamente; padecía algunas veces terribles tristezas y desconsuelos, á que se juntaban muy de ordinario desvíos y casi perpetuas ausencias de Dios.

Mas de estos trances y aprietos la sacó aquel fuerte amor, que fué solo el padrino del combate; porque en aqueste tiempo no tuvo persona de esta vida en quien hallase ayuda, consejo, amparo, ni un confesor á propósito con quien descansar un rato; sola con sólo el amor, tomó resolución de entrar por este fragosísimo camino tras las pisadas de Cristo, por cruz y muerte y deshonras, hasta encontrar con él y

decir con la esposa: «Túvele; no le dejaré.» Con este esforzado amor se iban allanando las dificultades del camino y sintiendo apacibilidad y dulzura en las espinas y abrojos que hallaba. Y los bramidos de aquellas fieras se oían ya como de lejos ó como desde una torre fortísima, desde donde no podían causar espanto. Sentía ya el alma llena de mortales heridas de amor, y comenzaba á vivir su alma con tan inmortal vida, que iba perdiendo el miedo que antes tenía á estas bestias, y la cobardía y flaqueza de ánimo se volvió en fortaleza y valor, y llegó á pasearse por medio de ellas sin que se le osasen atrever, poniendo animosamente en efecto sus deseos y resoluciones en el modo que veremos.

CAPÍTULO XX.

RESUELVE DEJAR LA CASA DE SU TÍO, Y LO QUE PASÓ EN ESTO.

A este dichoso estado había llegado D.ª Luisa el tiempo que se detuvo en Almazán; así trató con Dios sus negocios en la soledad de la tribuna: pasó después á Madrid en compañía de la Marquesa, adonde fué con su casa por la promoción del Marqués á la Presidencia de Ordenes.

Llegó D.ª Luisa más deseosa de soledad que no de corte; érale ya poco gustosa la vivienda de la casa de su tío, donde estaba como en cruz; habíasele asentado en su alma un aborrecimiento y disgusto grande con aquellas cosas que más le solían aficionar en el

mundo y con quien había sido forzoso tener mayores encuentros, y le era intolerable su memoria, y el olvido de ellas le causaba gran descanso y recreo; tal era el aborrecimiento que les había cobrado, como á estorbos de sus deseos y que tanto le había costado sacudir de sí su amistad; sentíase como convalecida de las heridas que había recibido en las pasadas peleas, de que le había quedado más brioso y experimentado el corazón, y con su Señor más blando y tierno; en sus manos ponía sus esperanzas, de donde confiaba volverían cumplidas y colmadas de felicidad.

Ya no podía hallar descanso en nada fuera de nuestro Señor; no tenía con quién comunicar su corazón y los grandes y afectuosos cuidados con que andaba, ni con quién en esta parte recibir algún alivio y consuelo; forzábala el amor que se había enseñoreado de su pecho á tratar de ejecutar sus deseos; lastimábala las entrañas ver que no estaba en su mano dejarlo todo perfectamente por Dios, conociendo la importancia que se le representaba de hacerlo; la ejecución no era fácil, no hallándose inclinada á ser monja; la hacienda en poder de un curador, apoderado de ella muchos años.

Estas cosas se podían tratar mal con el Marqués, su tío; porque aunque le amaba y fiaba mucho de él, temía había de entrar mal en la materia; solamente hablaba algunas veces con él de la verdadera y perfecta pobreza; él la contradecía, sin duda por oirla, porque mostraba gustar de sus respuestas.

No pudiendo, pues, ya sufrir más dilaciones, resolvió dejar la casa de su tío; que aunque el amor que le tenía la hacía gran fuerza, la de nuestro Señor era tanto mayor, que le vino á ser cosa insufrible el no dejarle, y así le procuró olvidar, teniendo por infelices y mal empleados los afectos y cuidados que no se emplean en sólo Dios.

Resolvióse animosa á proponer al Marqués sus intentos, los caminos por donde nuestro Señor la llevaba, sus sentimientos en la oración, la violencia amorosa que sentía en su alma. Extrañó el Marqués la novedad; procuró resistirla, teniendo á deshonor suyo que saliese de su casa una sola sobrina que tenía sin darla estado conveniente á su persona y calidad; díjola que mirase lo que hacía, que sin duda se había de tener por desvarío resolución tan extraña; reparase en su mocedad, su hermosura, el mal estado que tenía su hacienda, para tener casa aparte; el clamor de sus parientes, que habían de calificar por desacierto determinación tan extraordinaria; el desamparo que había de hallar en ellos, como ofendidos de verla en humilde estado; propúsola que ya que resolvía no casarse, fuese monja, que llevaba mal no escogiese uno de los dos estados. No hallaba el Marqués cómo pudiese ser acertado quedarse libre, expuesta á tantos riesgos y accidentes como suelen suceder en una vida larga. Ella le respondió: «Yo, señor, confieso que no soy digna de tan alto estado como el ser religiosa, y lo deseo con toda mi alma y se lo suplico á nuestro Señor, si es servido me haga digna de él, mas nunca he entendido me quiera Su Majestad para este estado.» Pasaron en esto diversos lances, en que intervinieron sus confesores y otras personas doctas; decía el Marqués: «¿Cómo, Luisa, quieres y no quieres?» Llevábala su espíritu á hacer vida monástica al modo de los antiguos monjes, en retiramiento y soledad, á que se confrontaba su natural en extremo. Si tal vez hacía reflexión en lo que decía el Marqués y reparaba cuán acertado era ser

monja, hallaba su espíritu rebelde, inquieto; reducíase á tranquilidad grande, dejándose en las manos de Dios para lo que quisiese hacer de ella, quedando siempre en su punto la estima grande de la vida religiosa que tuvo en el corazón toda su vida.

En estas diferencias vinieron en un medio: dióle el Marqués licencia para que moderase el traje, se retirase á un cuarto alto de la casa con tres ó cuatro criadas, donde por entonces asentase una vida retirada y encomendase despacio á nuestro Señor su estado, y le pidiese luz para acertar en todo. Aquí comenzó un ensayo del modo que pensaba formar su vida y acciones; estrechó el recogimiento, aumentó los ejercicios de oración, mortificación y penitencia.

De esta manera estuvo un año, el último de la vida del Marqués, mas con sentimientos siempre que la tenían fuera de su centro; su espíritu y desnudez anhelaba mayor soledad, totalmente apartada de parientes. Decía algunas veces que nuestro Señor quitaría los estorbos para poder seguir perfectamente su llamamiento. Vivía allí ansiosa de dar al traste con todo perfectamente, huyendo el cuerpo de las ocasiones á la soledad; decía sería la navaja que cortaría y daría cabo á tantas tramas como el mundo ofrecía á sus pies. Llamaba soledad, no sólo á la huída corporal del siglo y al encerramiento religioso, sino también, y mejor, á estar cortada de todas las cosas que el mundo ama y estima, cercada de mil desamparos é ignominias en seguimiento de Cristo, rotas las paces con sus enemigos y con profesión pública de esto, despedida de todas las criaturas y arrojada de su casa en una calle, dejando indignado y provocado el mundo, por haberle despreciado en su cara por irse en pos de su Señor. Estos afectos y deseos, que

la hicieron compañía en todos tiempos, á los veinticuatro años de su edad tomaron extraordinarias fuerzas con unos hermosísimos rayos de luz que la guiaban. Era muy grande la violencia que sentía su espíritu para acabar de apartarse y dejar todas las cosas, y ponerse como una mujer humilde, desechada y olvidada de todos, puesta á los pies de todas las criaturas y que de lleno pisasen sobre ella, que á esto y á trabajar, ganando la comida con sus manos, la llevaba mucho su espíritu.

Murió el Marqués lleno de años y virtudes; el dolor de este accidente mostró que revivía el amor que le tenía D.ª Luisa, que le causaba gran sentimiento, que deseaba harto estorbar, y con la gracia de nuestro Señor pudo hacerlo.

Parecióle estar ya libre para el cumplimiento de sus ansias; halló mayor resistencia en la Marquesa, que la miraba como prenda del Marqués, á quien tanto había querido; dóblase el amor en estas ocasiones: defendió la salida con viveza, hasta decirla que si no quería obedecerla se saldría de su casa y se entraría por sus puertas, representándola que siempre la había tenido por su hija. Por no afligir más á quien estaba con el sentimiento justo de tan gran pérdida hubo de obedecer, aunque con notable repugnancia; en esta ocasión dijo á Inés (de que hicimos mención y se hará otras veces), que entonces la servía: «¡Oh, Inés, cómo mi señora me estorba mi determinación! Plegue á Dios que Su Señoría viva muchos años, como yo deseo; pero pienso, cierto, que me ha de quitar nuestro Señor todos los impedimentos para conseguir mi vocación.»

Murió la Marquesa dentro de seis meses; pidióla D. Gonzalo Chacón y Mendoza, su tío, hermano del

Marqués muerto, que pues se resolvía de no ser monja, y él era sacerdote y deseaba retirarse, estuviese en su compañía; respondióle: «No, señor, que me llama Dios para cosas diferentes de lo que es estar con deudos.» Murió también con brevedad don Gonzalo; quedó D.ª Luisa libre; ninguno de sus deudos la hizo fuerza, aunque todos la tuvieran gustosamente en su casa, en particular el nuevo Marqués, su primo, señor de las virtudes que dijimos.

Viéndose de esta manera, alzó los ojos á Dios y dióle inmensas gracias porque ya se veía del todo sola y libre para irse sin ningún estorbo tras los desprecios y desamparos de Cristo, que tanto deseaba su alma.

Dilató por algún tiempo la ejecución de esta mayor perfección que deseaba, llevada de alguna falsa prudencia, por acabar ciertos negocios que tocaban á ella y á su hermano D. Alonso, y tenían harta color de virtud; mas arrebatóla nuestro Señor como enojado, y por medios llenos de misericordia la arrojó desde donde estaba al cumplimiento de su santa voluntad; reconoció su mano y adoróla; determinó sin más detenimiento irse en pos de las pisadas de Cristo, enarbolar su cruz, ponerla al hombro y seguirle, aventurando de buena gana cuanto de hacienda y honor se pudiese perder.

Estas fueron las virtudes de los primeros veintiséis años de D.ª Luisa de Carvajal y Mendoza; éstos los empleos de su mocedad, la cual pasó con tan gran ardor de fe, que sus principios fueran en otras fines de perfecta y consumada virtud.



LIBRO II.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE CUÁN RECIBIDO HA SIDO EN LA IGLESIA EL INSTITUTO DE VIDA QUE ESCOGIÓ LA VENERABLE D.ª LUISA.

HAN reparado algunos, sobradamente advertidos (ha sido larga la licencia de discurrir en esta edad presente), si debe permitirse á una doncella ó viuda hacer voto de castidad quedándose en su casa, viviendo entre los suyos en el siglo, no admitiendo juntamente la profesión religiosa en un convento.

Ponderan la dificultad de conservar decentemente su estado, quedando en los peligros del mundo, discurriendo por las calles y las plazas, conversando entre los hombres, y á vista de maliciosos, la opinión que en la mujer se amancilla fácilmente. Que el joyel precioso de la virginidad no pide caja de

menos valor que la clausura rigurosa de un convento, donde las paredes altas, las rejas, las puertas y tantas guardas defienden este inestimable tesoro, malo de guardar en tantas ocasiones, tentaciones, riesgos que, comúnmente, ocurren en una vida larga, que asegura, ó el lado de un marido, ó la disciplina religiosa, sin dejar á la edad tierna guardarse á su albedrío, de que infieren deberse sólo admitir el voto de castidad en el sagrado de un convento, sin permitirle á la doncella ó viuda que permanece en el siglo. Estas razones, y otras de este género, decían á D.ª Luisa sus parientes, viendo el modo de vida que escogía.

En contrario está la verdad católica que ha tenido y defendido la Iglesia, que es loable y de gran mérito con Dios, no sólo en los varones, mas en las mujeres flacas y en las doncellas más tiernas, este género de vida votando castidad perpetuamente, consagrando á Dios sus cuerpos, sin que les sea forzoso el entrar en conventos. Los caminos por donde Dios trae las almas á la perfección son varios, y su gracia poderosa para, en cualquier estado, edad y sexo, desmentir á la naturaleza, á las razones políticas, á la prudencia humana.

Alaba el Redentor del mundo en su Evangelio á los que por el reino de los cielos, por correr más ligeros á servirle, y conseguir su gracia más abundantemente, se privaron de casarse é inhabilitaron para los intereses lícitos del matrimonio, habiendo de hacer vida en el siglo, sin hacer mención de monasterio, no forzando á este estado, mas exhortando á todos á abrazarle como un bien grande.

El Vaso de elección, Pablo, en varios lugares de sus cartas exhorta á la castidad y engrandece su ex-

celencia, y le aconseja á las doncellas de más tierna edad, sin que entonces tuviese mayor defensa que sus casas, no habiendo entonces fundádose monasterios.

En los siglos que sucedieron á los sagrados Apóstoles se frecuentó esta profesión de vida continente con gran gloria de Dios y de la Iglesia, y los doctores santos, Cipriano, Ambrosio, Jerónimo y otros padres, escribieron gravísimos tratados del estado virginal, que sublimaban sobre las estrellas, de cuyos escritos consta que en aquellos felices tiempos florecieron innumerables doncellas que consagraron su virginidad á Dios sin entrar en conventos, quedándose en las casas de sus padres, reteniendo el uso de sus bienes; y los preceptos y reglas que dan estos santos Doctores para la guarda de la virginidad, como el no salir en público si no es cubiertas; llevar acompañamiento honesto, que eche de sí todo adorno seglar; que se abstengan de galas y de afeites; que eviten conversaciones de seglares; que amen el retiramiento, den limosnas, consuelen afligidos y huérfanos, hablan con las que, señoras de su voluntad y de sus bienes, se quedaban en el siglo en sus casas, haciendas y criadas.

Resplandecen en las historias eclesiásticas ilustrísimos ejemplos de esta verdad. Sea la capitana y reina de estas virtudes la santísima María, que, viviendo en su casa, en Nazareth, había votado á Dios virginidad antes del desposorio con José, su esposo. Este ejemplo, muy á los principios, siguieron muchas doncellas. La casa de Felipe, diácono, era custodia de cuatro hijas vírgenes, que en premio de su castidad recibieron el dón de la profecía. Santa Petronila, hija del apóstol San Pedro, votó virginidad,

y estimó en tanto este bien, que alcanzó de Dios morir en la flor de su edad por asegurar el riesgo. Dejo las Catalinas, Bárbaras, Cecilias, Aguedas é Ineses, que votaron virginidad en el siglo que las azucenas cándidas de su pureza sonrosearon con lo rojo del martirio. Este modo de vida profesó Santa Asela, ejemplo insigne de virginidad y pureza en la corte romana, donde, encerrada en una estrecha casilla, halló el yermo de los monjes. Empleóse la elocuencia de Jerónimo en alabar dignamente la fortaleza de Santa Eustoquia, hija de Santa Paula, que con el estado virginal quebrantó las puertas de la nobleza y la arrogancia del linaje consular, y en la ciudad primera sujetó á la pureza la primera calidad. ¿Qué colores retóricos no gasta el mismo Doctor santo en alabar á la virgen Demetria, que, á vista ya de sus bodas, arrojó de sí las galas, telas, joyas, y en un hábito humilde y despreciado se mostró á Proba y Juliana, su abuela y madre, nobilísimas matronas romanas, profesando en su compañía el estado angélico? Y porque la nuestra no careciese de la gloria de la edad pasada, D.ª Sancha Carrillo, hija de los señores de Guadalcázar, hoy marqueses, destinada al palacio del invicto Carlos V (siendo el autor Dios, y el instrumento aquel apostólico varón, el venerable maestro Juan de Avila, á quien el Andalucía debe celestial enseñanza y reformación de costumbres, y el cielo muchas conversiones é ilustres almas), dejó el mundo, sus pompas y esperanzas, y, encerrada en una casa humilde unida á la de sus padres, fué un prodigio de santidad al mundo; rara en pureza, penitencia y oración, y en todas las virtudes; y apenas cumplidos veinticuatro años y medio de su edad, fué á gozar de su celestial Esposo, rica

de grandes merecimientos; sujeto digno de la grande elocuencia que describió sus acciones y virtudes.

A este instituto y profesión de vida fué llamada la venerable D.ª Luisa de Carvajal, en quien en nuestros días vimos un retrato vivo de aquellas santas antiguas, en quien depositó Dios nuestro Señor todas las virtudes para que fuesen un dechado de toda perfección á las que profesasen este estado, y tuviesen un ejemplar que imitar, siendo su vida y sus virtudes las reglas y documentos que deben seguir para el acierto de todas sus acciones.

Síguese, pues, de lo dicho ser conforme á la doctrina de los santos Padres, y costumbre de la Iglesia, el hacer las doncellas voto simple de castidad quedándose en el siglo, y no era justo que á las que por varias causas ni se inclinan á casar y no pueden ser monjas, privarles de este gran bien del estado de castidad votada, de la cual los santos Doctores de la Iglesia hacen grandes encomios y alabanzas. Grande virtud, dicen, es la de la continencia; grande gloria la de la pureza. Es la virginidad un dón divino, madre de la vida inmaculada, compañera de los espíritus soberanos, desposorio inmortal, riqueza que no mengua, corona inmarcesible, templo de Dios purísimo, domicilio del Espíritu Santo, margarita preciosa ahuyentadora del infierno y de la muerte. Vida de ángeles, corona de los santos, flor del plantel eclesiástico, honor y ornamento de la gracia, imagen de Dios correspondiente á la santidad de su Señor. Son las vírgenes la más ilustre porción de la manada de Cristo. Su premio, grandes mejoras en la común inmortalidad, vida eterna en la más hermosa parte del cielo; y ya en este mundo comenzaron á ser lo que en la gloria de la resurrec-

ción, incorruptibles; pasando en el siglo sin el contagio del siglo, semejantes á los ángeles en la virtud del alma y entereza del cuerpo. Alabanzas son todas de nuestra santa D.ª Luisa, que con tan grande rigor guardó esta soberana virtud.

Ni hay dificultad grande en esta profesión de vida, ni imposibilidad moral, como quieren los enemigos de la castidad en estos tiempos. A nadie que se dispone y procura vivir en continencia falta este dón, y si hace lo que es de su parte, alcanzarle ha de Dios, que á nadie niega su gracia; y esta verdad ha mostrado la experiencia que innumerables hombres y doncellas guardan el voto de castidad con entereza grande permaneciendo en el siglo. Y raras de las mujeres que se obligaron á continencia con voto faltan, y pasan muchos años, aun en ciudades grandes, sin que se oiga suceso desgraciado en esta parte, y más desdichas se ven de ordinario en las casadas.

No hace el lugar la obra meritoria, sino la excelencia de la obra y rectitud de intención; ésta se puede tener fuera del monasterio, si bien en él tiene particular realce y mérito. Las demás obras de piedad son muy dignas de alabanza, ora se hagan en el convento ó en el siglo, como oración, ayunos, limosnas, retiramiento, desprecio de la vanidad del mundo, el castigo del cuerpo, y recibirán quilates, obligándose prudentemente á ellas con voto: ¿por qué no será lo mismo en la virginidad y continencia? No pierden estas obras su dignidad, su precio, su mérito con Dios, porque se hagan en el mundo: ¿por qué ha de ser menos en la virginidad y el celibato? Antes es mérito de particular circunstancia padecer hambre entre los platos regalados y reprimir la gula á vista de los manjares que la irritan; así será de

gran mérito en el siglo, donde hay mayores ocasiones de caer, guardarse con pureza y castidad, mayormente cuando son inevitables algunas ocasiones bien molestas, que evitará gustosamente el que las padece, si pudiera.

El estado grande y sublime de la religión, y el encerramiento en un convento, no es para todas; á muchas no es á propósito, ó por calidad ó enfermedad del cuerpo, ó la pobreza, ú otras causas que no llevan todas las condiciones. ¿Por qué á éstas se les ha de obligar á que se casen ó entren en un monasterio? ¿Por qué en el siglo no podrán votar y guardar virginidad? ¿Por qué, por no poder ascender al grado superior, las obligarán á bajar al ínfimo, pudiendo lícitamente quedar en el medio? Los consejos de Cristo no son forzosamente unidos: pueden guardarse separadamente y en varios grados. El que desea guardar pobreza no por esto es obligado á la castidad, y el que abraza el consejo de la castidad no le es forzoso obligarse á la pobreza y obediencia.

Las rejas, tornos y puertas; las altas murallas, el riguroso encerramiento de los monasterios, no es principalmente para defensa de la castidad de las religiosas, que en sus casas la guardarán igualmente; más altos son los intentos. Oigamos al elocuente varón, igualmente religioso y docto, el maestro fray Hernando del Castillo, de la Orden de Santo Domingo, en su erudita y grave historia; son sus palabras: «El fin de los monasterios y congregaciones de monjas no es encerrar mujeres como á fieras, ó encarcelarlas como á destructoras de la república; ni tampoco es dar orden en su honestidad, que aunque es cosa tan de loar en ellas esta virtud; pero si no fuera para más, poca necesidad había de monasterios,

pues en las casas particulares también hay, y puede haber, mucha castidad y mucha limpieza; más alto y más divino es el fin que pretendió el Espíritu Santo. Es purificar el corazón y exprimir toda la sustancia del mundo que en él se empapa, y echarla fuera del alma como veneno, y poner en ella nuevos afectos y amor de Dios, tal y tan grande, que él sea todo el amparo, el regalo, el remedio, el consuelo, el padre, el hermano, el amigo, el esposo de la monja, procurando cada hora de irse juntando más con él y con más entrañable amor hasta alcanzar la bienaventuranza. Y lo que en las monjas se pretende con los tornos, redes, velos, sayales, ayunos, vigilias, oraciones, disciplinas, obediencias, pobreza, soledad, confesiones y comuniones, no es (como queda dicho) solamente ser castas como las vírgenes vestales en tiempo de la gentilidad, que, si así fuese, por muy infame había de quedar una mujer en ser monja si era menester tanto para no ser mala de su persona, quedando tantas fuera que dejan de serlo sin echarlas en prisiones. Mas como el estado de la religión es más alto, más celestial, más divino y de mejores y más altos fines, no es para todas, ni pueden con él todas, y son menester todos esos requisitos para salir con él á buen puerto; son menester fuerzas divinas, su favor, su ayuda, su gracia, muchos consejos, mucha doctrina, mucha y muy santa ocupación, y ejercicios sin alzar la mano. Ha de consagrarse y dedicarse el alma de la monja á Dios; hale de hacer dueño de sí, de su corazón, de sus pensamientos, de sus palabras, de sus obras, de sus deseos, para que Dios también se encargue de ella y de su protección, como de hija, esposa, hermana querida, regalada; y la que con menos se contenta no sabe conocerse ni

estimarse, y la que le parece fácil, míralo muy de lejos por su daño. Que para tanto bien como éste, y para tan divino estado, bien se deja ver cuán necesario es dejar todos los otros entretenimientos, burlas y niñerías de la vida, y pasar todo el cuidado al cielo, á cosas mayores, y las mujeres encerradas y sin ocasiones, en pocos días van tan adelante, que las pierde el hombre de vista.» Hasta aquí este gran maestro.

CAPÍTULO II.

NUEVA VIDA QUE COMENZÓ Á HACER EN CASA APARTE.

Habiendo quedado libre D.ª Luisa de los impedimentos que se atravesaron al dejar la casa del Marqués; vencidas grandes dificultades, que facilitó nuestro Señor maravillosamente, cuyo auxilio reconoció agradecida, se despidió del Marqués, su primo, en cuya casa tuviera la estimación y acogida; que hasta entonces trató de buscar casa aparte donde poner por obra sus deseos, que por tanto tiempo detenidos, prorrumpieron á las demostraciones que en el discurso de esta historia iremos viendo.

Era forzoso el asistir en Madrid para poner en orden las cosas de su hacienda, y por haber de estar á la dirección y doctrina de los Padres de la Compañía de Jesús, como siempre lo había estado: de orden del Marqués, su primo, se le alquiló, junto á su Colegio, una casica estrecha y bien desacomodada en la calle de Toledo, hoy parte del imperial templo que

majestuoso se levanta, consagrado con la habitación de tantos años de esta devota virgen.

Sacó de la casa de su tío tres ó cuatro criadas, mujeres de gran virtud y espíritu, á quienes alentó su ejemplo á ser imitadoras de su propósito. Viéndose, pues, con ellas, como quien ha escapado de una borrasca grande, les habló de esta manera:

«Gracias hago á Dios nuestro Señor, hermanas mías, que después de navegación tan larga nos ha traído á este puerto, en que confío hemos de hallar seguridad en las tempestades peligrosas de este siglo. Vuelvo á darlas reconocida de que tan colmadamente ha cumplido mis intentos, con tantas ansias y por tantos años deseados. Reconozco á la divina bondad innumerables misericordias y mercedes, y de mi parte una insuficiencia grande para agradecerlas y servirlas. He deseado siempre (merced también del Señor) tener alguna correspondencia, y no pagar con ingratitud favores tan declarados. La casa del Marqués, mi señor, la estima que de mi fe hacía, como de su sobrina, cárcel me ha sido, y prisiones, y una cruz prolija é intolerable; porque esposa de un Señor pobre y humilde, no estaba bien en el regalo y estimación de un palacio. Mi intento es entregarme toda á Dios, ajustándome cuanto alcanzaren mis fuerzas, ayudadas de la divina gracia, á la vida de su Hijo, Señor nuestro, siguiendo sus consejos. La pobreza, soledad, encerramiento, la oración, la penitencia, han de ser el caudal para alcanzar con perfección las virtudes. Mi deseo, que esta pobre casa me sea un estrecho monasterio, viviendo en él con la clausura y orden que se profesa en los de mayor recogimiento. Hasta aquí me habéis llamado señora; renuncio desde luego el título: llamaréisme solamente

Luisa; ya sois mis compañeras y hermanas; de tales ha de ser el amor y tratamiento. Siendo el Esposo el mismo, llegando juntas á recibirle en la iglesia, iguales en los demás santos ejercicios, ¿por qué ha de ser la mesa diferente? La comida nos la han de dar las manos; quien tiene fe no ha de temer el hambre. Los cuidados del sustento, espinas son de la fe. Por la soledad y el desamparo que he de tener de los míos, á quienes esta vida ha de parecer extraña, os aseguro la protección de Dios, dedicándonos juntas á servirle. No dudo que á alguna de vosotras parecerá rigor éste que emprendo: corta correspondencia es á lo que debo; si no se hallare con esfuerzo y ánimo á seguirme en el estado que escogiere, la ayudaré con la corta posibilidad con que me hallo. Confío en la bondad infinita nos ha de favorecer á todas, para que, habiendo peleado valerosamente el breve espacio de esta corta vida, consigamos gloriosas é inmarcesibles coronas de gloria en la eterna.»

Comenzó luego á ejecutar con grande esfuerzo y santo brío sus encendidos deseos; deshízose de todas las cosas de menaje que tenía de algún valor; su precio dió á los pobres, y á iglesias lo que podía ser allí de servicio, y á pocos días envió al hospital unos colchones que había reservado, como alhaja excusada. Echó de sí aquel adorno modesto que usaba en la casa de su tío, como contrario á su propósito, reduciéndose á un pobre y humilde traje. Traía pegada al cuerpo una túnica de paño pardo grosero de á seis reales, sin más camisa ó manteo que una basquiña de lo mismo, encima un saco ó monjil de paño negro de vilísimo precio, sin falda, ó manga redonda. El adorno de la cabeza semejante (el de la Virgen es sólo que se cubra); cortó el cabello (era bellísimo) á

punta de tijera, y en una cofieta prendía una toca de beatilla gruesa, cogida por delante; de éstas tenía solas dos; una servía mientras la otra se lavaba; el calzado, unas medias de paño pardo, más por decencia que por el abrigo, unos zapatos bastos de tres suelas, que tal vez dejaba, andando los pies desnudos, si bien cubiertos. El manto de anascote, muestras todas de su espíritu pobre y penitente, y de un gran desprecio del mundo y sus respetos.

Las casas que habitó fueron, por lo estrechas y pobres, indecentes á la calidad de su persona, mas á propósito para su vocación y espíritu desengañado; sólo pretendía el olvido y menosprecio del mundo, y gozar de más asegurada soledad, y excusarse de visitas de sus deudos, y que se desdeñasen de reconocerla en tan gran abatimiento.

Era el adorno de la casa la pobreza evangélica profesada en su mayor rigor, correspondiente al hábito que traía. Las paredes desnudas; jamás admitió alfombra ó almohadas; su estrado eran unos corchos, en que se sentaban, y éstos sólo los forzosos. No había más pinturas ó cuadros que unas estampas de papel y unas cruces de pino en los aposentos. La más regalada cama que tuvo (y eran tales las de las compañeras) fué un jergón de anjeo lleno de paja, una almohada de lo mismo; las sábanas de estopa, una manta parda de las que sirven á los caballos; á esta cama la obligaron sus grandes enfermedades: que antes que se apoderaran tanto de ella, unas tablas servían las más veces á su descanso, ó, por decir mejor, á su tormento; los bufetillos de estrado era un banquillo de pino en que estaban unos libros, unas cestas en que tenían la labor que hacía cada una, un candil ordinario de los que usan los pobres,

sin consentir candelero, ni aun de azófar. Jamás usó de escritorio, cofres, bufetes; una arquilla de pino era el archivo de sus papeles: en otra mayor se ponían las pobres alhajas que tenían todas. Dos solas sillas muy pobres había para su confesor y compañero, que eran los hombres que solamente entraban en esta casa. Á esto correspondían las demás cosas menudas, necesarias para pasar la vida, procurando que todas fuesen las más pobres y viles; los platos y escudillas groseras, de medio baño. Admitió algún adorno en su oratorio en frontales y doseles de tafetán, mas en su género correspondiente á lo restante de la casa. Y porque no quedase memoria de lo que fué, hizo pedazos un retrato suyo de cuando, niña agraciada, abrazóse con Cristo, y ése crucificado.

CAPÍTULO III.

DEL GOBIERNO DE CASA.

Fueron grandes las ansias de D.ª Luisa de verse por su Dios hecha el desprecio y oprobio de la tierra; éstas le desvelaban en buscar invenciones para su mayor humillación; no así el ambicioso anhela por sus acrecentamientos, como esta sierva de Dios procuraba sus abatimientos, mortificación y desestima; y olvidada totalmente de quién era, parece se perdió de vista á sí misma, haciéndose esclava de sus mismas criadas. Para este fin ordenó que se sirviese la casa por semanas, cada una la que le tocase, siendo ella la primera, acudiendo desde el mayor hasta el

menor ministerio. Y la que había sido servida y estimada, barría la casa su semana hasta la puerta de la calle, arrojaba la basura, lavaba la carne y las verduras, ponía la olla, hacía el fuego, ponía la mesa, servía la comida, fregaba los platos y escudillas, echábalas aguamanos, discurría diligente de una á otra parte, no quería que la venciesen en el trabajo del cuerpo aquellas que ella vencía en la virtud del ánimo; y como poco experimentada en semejantes haciendas, apenas sabía qué era hervir la olla, y se lo preguntaba á sus compañeras; traía, tal vez, la sal en la mano para que la enseñasen la que había de echar: salían los guisados algunas veces más para mortificación que para el gusto.

Deseó siempre vivir á voluntad ajena, rindiendo su juicio al parecer de otro, aun en las cosas más menudas, obrando por obediencia; y porque este ejercicio fuese casi continuo, alcanzó de su confesor, con importunos ruegos, la señalase una de sus compañeras que la mandase en casa, á quien como superior obedeciese.

Entre las mujeres que la siguieron fué una dueña de la Marquesa, su tía, mujer de edad, de gran virtud, de vida por extremo rigurosa; trataba mucho de mortificación y penitencia; á ésta dió el gobierno de la casa en lo temporal, y que ordenase lo que hubiesen de hacer todas. Eligió á esta sierva de Dios el confesor, á quien diese en todo D.ª Luisa la obediencia.

Usó la dueña del mando con notable imperio; era de natural entero y condición rigurosa, templada en su austeridad y penitencia; tratábala con rigor; reprensiones, asperezas, no la dejaba en todo el día de hacer cosa de su voluntad y gusto; poníase la humilde señora á hablar ó decir algo (era discretísima), y al mejor tiempo saltaba la criada: «¿Para qué es ahora eso? ¿No ve que son boberías?» Callaba la buena obediente con un serenísimo semblante, cortaba su razón como si se lo mandara un ángel del cielo.

Hízola padecer crueles hambres, porque la comida ordinaria era cortísima. La olla constaba sólo de hierbas, con una moderada parte de carnero que las sazonase; el pan tasado, los ayunos muchos y rigurosos; en todo la hacía pasar estrecha regla. Viendo D.ª Luisa las medras de su alma de esta obediencia, aconsejaba á Inés, su compañera, tuviera también á esta sierva de Dios por superiora; ella le respondió: «No me atrevo á tanto; ando, señora, muriendo de hambre, y no puedo sufrir haga padecer á vuestra merced de tantos modos.» La rendida señora la consolaba con la mansedumbre de un cordero, y la animaba, diciendo: «Créame, Inés, que muchas veces se me caen las lágrimas de hambre y necesidad, mas nuestro Señor da fuerzas.» Ordenábale otras muchas mortificaciones, que ella ejecutaba con gran devoción y prontitud.

Padeció casi dos años y medio esta penalidad; puso nuestro Señor remedio; nunca ella le pusiera en cosa que fuera dejar de padecer. Entróse esta mujer religiosa, con que cesó esta mortificación.

Dijo, muriendo, el santo abad Pambo, una de las más claras lumbreras que ilustraron el gran desierto de Nitria: «Después que salí á esta soledad, y levanté esta celda que he habitado, no hubo día que no trabajase con mis manos; ellas me dieron el sustento, no le mendigué de voluntad ajena. No me acuerdo haber hablado hasta este punto palabra de que deba

arrepentirme, ni de que haya de dar cuenta; mas confieso que parto á darla á Dios, sin haber comenzado á ser pío y verdadero religioso.» Esto dijo aquel varón esclarecido. La santa D.ª Luisa, que deseó en sus costumbres y vida imitar los ejemplos de aquellos antiguos anacoretas, resolvió ganar la comida con sus manos; y así, el tiempo que le sobraba de sus ejercicios, trabajaban continuamente ella y sus mujeres; la más ordinaria labor fué hilar oro, y la costura que suele darse en las tiendas. Y sabiendo cuán agradable es á Dios este trabajo, aconsejaba á todas las personas espirituales con quienes trataba que, siempre que pudiesen ganar la comida con sus manos, no la pidiesen de limosna; que así lo hacía San Pablo, de quien era muy devota, y seguía sus consejos cuanto era posible.

CAPÍTULO IV.

EL ORDEN QUE GUARDABA EN ESTA MANERA DE VIDA, Y CÓMO DISTRIBUÍA EL TIEMPO.

Comenzó su carrera con tan gran velocidad, que ponía espanto; más parecía acabarla felizmente, que dar principio á una vida recogida y santa; poco le parecía cuanto hacía por Dios: tan poderoso era el amor que la llevaba. Díjola un día Inés, su fiel y querida compañera: «Señora, si se dejara el mundo por entrar en una religión, por más estrecha que fuera no era mucho, porque al fin, aunque sea poco,

allí tienen lo que han menester y mucha honra; mas que vuestra merced se quede pobre, sujeta á ganar su comida, ó á pedirla cuando no pueda ganarla, hecha un oprobio del mundo, andando entre los pies de los caballos de sus parientes cuando va á misa, ó á comprar su pobre sustento, y con un hábito pobre y abatido, mala cama, mala casa, peor comida, estrecho todo y tan desacomodado, es cosa intolerable.» Respondióle con un tierno sentimiento: «¡Oh, Inés, y qué poco espíritu tiene, y que es todo esto hecho por nuestro Señor!» Con tal resolución había dejado el mundo, con tal voluntad y gusto servía á nuestro Señor.

De ningún trabajo se daba por entendida; sólo atendió á corresponder á la vocación divina, gastando el tiempo santa y loablemente. Distribuyóle de esta manera:

Levantábase una hora antes de sus compañeras, á las tres de la mañana en invierno y verano; poníase luego á tener oración mental (la que veremos); duraba en ella hasta las seis y media; salía con gran silencio y un semblante angélico; preguntaba solamente si tenía algo que hacer; si la decían que sí, porque era su manera, lo hacía con cuidado y diligencia. En acabando iba á misa á la Compañía, nunca á otra parte; vivió siempre junto á sus Colegios; estábase en la iglesia en oración, y oyendo misa, ó hablando con su confesor; hacíalo muy de ordinario, no gastando más tiempo que el preciso: en todo era medidísima.

Volvía á casa á las once, comían juntas en una mesilla de pino; en acabando de comer descansaban por una hora, que daban á la recreación; hacían después sus labores en buena conversación; daba á la

plática principio la santa señora siempre con cosas de mucha edficación, y así se proseguía; si alguna pasaba á palabras que no fuesen de espíritu, inútiles ú ociosas, tenía puestas penitencias; ejecutábanse en ella la primera si caía, aunque rarísimas veces; apenas la hallaban en una ligera falta; las penas eran no graves: besar la tierra, estar en cruz dos ó tres credos, pisarla la boca, pasar por encima. Mas si se desmandaba á olor de murmuración, eran ponerse en la lengua una mordaza con sus tornillos, estar en cruz media hora.

Acabada la labor, guardábase silencio un rato, hasta dar las cuatro de la tarde; entonces se leía en algún libro de espíritu, que tratase de enseñanza y de reformación de costumbres y de plantar virtudes; muchas veces leía en la Sagrada Escritura, ó en San Bernardo, ú opúsculos de San Buenaventura, San Agustín y Casiano, escogiendo de estos padres los más doctos y místicos y que hacían más á su propósito. Declarábalos tan á prisa, que no se echaba de ver si leía latín ó romance; después hablaba con todas sobre las mismas cosas que había leído. Estaban juntas hasta las seis; recogíase ella entonces á tener otra hora de oración mental. A las siete cenaba un par de huevos y unas legumbres, aunque más ordinariamente hacía colación; acabando de cenar decía algo de edificación á sus mujeres, con quienes estaba hasta las nueve; á esta hora se iba á hacer examen de la conciencia, rezaba el rosario, leíanse los puntos sobre que se había de tener oración á la mañana. Acostábase á las diez, dormía cinco horas. Rezaba el oficio mayor, distribuyendo las horas á sus propios tiempos, cuando lo permitían las enfermedades. Esta orden se guardaba todo el año; nunca

perdió tiempo, ni le tuvo un punto ocioso; decía era de grande estima.

Con este tenor de vida no es necesario decir cuán grande era el encerramiento de la casa, ni encarecimiento; que una persona pía, hombre casado, que por el gran nombre de la santidad de D.ª Luisa deseó verla la cara, pasando cada día muchos años por su casa no viese mujer á ventana ó puerta. Fuéle monasterio su aposento, gozó en medio de lo turbulento de una corte de la quietud de un desierto, conocida á Dios, desconocida á los hombres.

A las visitas (tenía muy pocas) les señalaba hora por la tarde, de las cuatro á las seis; decía que no se apartó del mundo para que los de él le gastasen el tiempo tan precioso en cosas no necesarias. Eran de ordinario algunas señoras devotas de las que acuden á la Compañía; hablábalas con grande blandura y eficacia, á cada una conforme á su estado y necesidad; era diestrísima en conocer el menester de cada una, y así salían siempre de su presencia aprovechadas, con consuelo y edificación notable.

En este tenor de vida permaneció hasta la muerte, creciendo por horas las virtudes y obras santas, empleando en ellas su salud y fuerzas; éstas, decía, se habían de gastar en servicio de nuestro Señor, y por Él solo, no en cosas de nuestro gusto y provecho.

CAPÍTULO V.

RENUÉVANSE LOS AFECTOS Á LA HONRA VANA: ALCANZA PERFECTA VICTORIA DE ESTA PASIÓN.

Yendo caminando á paso largo por la senda de la Cruz con un aliento esforzado, halló de nuevo (permitiéndolo así Dios) rebelados sus enemigos y armados los vanos afectos de honra, que sin cesar un punto daban una y otra batería á la inexpugnable fortaleza de su ánimo. Dieron á esta guerra causa algunas personas de corto conocimiento de las cosas de Dios, y los caminos por donde lleva á sus santos, ó con dichos ó con hechos pudieron despertar los enemigos, que sin estas ocasiones parece estaban durmiendo.

Es cosa muy diferente figurar la pelea en el discurso, trazar en la imaginación este ó aquel tenor de vida penitente y austera, ó venir á las manos con el enemigo, medir los brazos en la arena, llegar á las experiencias de la pobreza, desamparo y olvido de los hombres, de las menguas de todo lo necesario, de la nota y varios pareceres, y que vean en un estado abatido á la que respetaron en el próspero. Hacer rostro á este tropel de enemigos con ánimo y semblante igual, es de virtud heroica. El empacho y vergüenza que padece, mayormente una persona noble, es un torcedor terrible.

Exagera justamente el gran Padre de la Iglesia San Jerónimo la valerosa virtud que mostró en esta parte el santo varón Pamachio, que Senador patricio, habiendo enviudado de Paulina, hija de Santa Paula, se hizo monje, y en medio de la grandeza de Roma, despreciado y humilde, se consagró al ejercicio de todas las virtudes, distribuyendo su rico patrimonio profusamente á los pobres. Dice con su elocuencia el Doctor máximo:

«¿Quién tal creyera? ¡Que un biznieto de cónsules, y el honor de la nobilísima familia Furiana, ande entre las púrpuras de los senadores deslucido con una túnica negra, y que no se avergüence de los ojos de sus compañeros, y que se ría de los que de él se ríen! A los ingenios criados generosamente acobárdales antes la vergüenza que el miedo, y á los que no vencen los tormentos, tal vez los vence el empacho. Es la principal virtud del monje despreciar los juicios de los hombres, y acordarse siempre de lo que dijo el Apóstol: «Si quisiere agradar á los hombres, no »seré siervo de Cristo.» Esto es lo que dice el Señor á los Profetas, que puso su rostro como una ciudad de bronce, una piedra diamantina y una columna de hierro porque no se amedrentasen de las injurias del pueblo, mas la insolencia de sus burladores la quebrantasen con el vigor de su rostro. No es poco en un varón noble, un varón erudito, un varón rico, evitar en las plazas el lado de los poderosos, mezclarse entre la multitud, pegarse á los pobres, acercarse á los rústicos, de príncipe hacerse vulgo.» Hasta aquí el Santo.

La fortaleza de Dios ha de armar en esta ocasión al alma: no basta menos esfuerzo. La guerra que en este tiempo movieron á D.ª Luisa los vanos afectos de honra, fué más terrible que nunca; volviósele esta pasión incontrastable y dura; los encuentros se ofrecían por horas, nacidos de las innumerables ocasio-

nes, disponiéndolo así Dios para mayor prueba de su sierva; los enemigos acometían con acrecentadas fuerzas; púsose á luchar á brazo partido con ellos; duraba el combate importuno y molesto, y si tal vez recibía el alma heridas, de que procuraba sanar luego, no eran menores las que recibía el enemigo. Atormentábala el corazón no ver la honra y respetos humanos debajo de sus pies. Volvíase á nuestro Señor, de quien esperaba su socorro, y representándole su flaqueza y las fuerzas del contrario, apoyada en la confianza revolvía briosa sobre el enemigo, dándole mil heridas y encuentros con varios actos de mortificación y abatimiento, contrarios al pundonor y estimación humana, con que iba enflaqueciendo esta vehemente pasión, aunque era vivo y penetrante el dolor que sentía en esto. Reforzábase en la oración, y hallábase aficionadísima á nuestro Señor, y perdida por Él, deseando verse mucho más unida al sumo bien que tanto su corazón amaba, y le parecía le faltaba poco para llegar á este dichoso puesto. Traíanla algunos ratos embebida unos impetuosos afectos, y sentía encima de sus hombros el peso de este deseo y unas ansias de verse más pobre y despreciada. En el mayor fervor de estos sentimientos intentaban mezclarse los afectos de la honra y vanidad, que hallaban valerosa resistencia dentro de su corazón, con que vino á ser tan recio el combate que derribó las fuerzas corporales, cayendo por tierra con grandes enfermedades, ocasionadas de estas luchas, con los accidentes que en su lugar veremos.

Al fin, vencidos los pasos más difíciles, vino á sentir enflaquecidas las fuerzas de unos y otros enemigos, saliendo más esforzada y fuerte, tomando mayores resoluciones de no parar hasta hallar á su Se-

ñor en la mayor desnudez de la cruz, y para ello emboscarse en cualquier fragosa montaña de trabajos y pruebas, afirmándose siempre en la esperanza. Crecía en estas pruebas el amor más robusto y fuerte, sin que contradicciones, dichos, ni opiniones, gustos, ni disgustos, pudiesen un punto moverle de lo empezado; antes con las contradicciones hacía su propósito más firme asiento en su voluntad, y los estorbos y trabajos la volvían más de hierro, porque, creciendo la voluntad, á una crecía el ánimo. A esta firmeza se le fué juntando un suave afecto de amor; ya descubría la tierra menos fragosa, y viendo en Cristo las cosas que iba buscando para hallarle, no ya como á medios, mas como á un dulce cielo las deseaba abrazar con suma estima y ternura, estimando sobre todo tesoro el que encierran en sí los oprobios y dolores de Cristo nuestro Señor, y como cosas tan suyas, regalábase con su memoria. Hallaba envuelto en ellas tan al vivo el amor que la mostró, que se aumentaba por mil razones el suyo, de donde salían por momentos unos deseos valerosos de seguirle, y pisar con voluntad y gusto las espinas que dejó el Señor atrás, teniendo por inestimable favor lastimarse adonde Él primero se lastimó.

Vencidos, en fin, los enemigos que la hacían rostro cara á cara, volvió los ojos á nuestro Señor para alentarse y consolarse en su presencia; hallábale en lo íntimo de sus entrañas, y le sentía como si le tuviera mucho más cerca de sí, alentada con la luz y calor de sus rayos; hallaba en estas misericordias infinitas razones y motivos de amor, que la obligaban eficacísimamente á no tener otra voluntad sino la suya, y á desear darle la vida y toda la honra temporal que hay en la tierra, si fuera suya, y cuanto

hallaba en sí, sacrificándosele en vida y muerte de mil modos; era tan impetuosamente llevada de estos afectos, que la ponían en aprieto, aunque eran de tal calidad que siempre quisiera su alma padecerlos por más que la quebrantaban y por más que el natural lo rehusaba y sentía.

CAPÍTULO VI.

DEL VOTO DE CASTIDAD, Y CÓMO LE GUARDÓ.

Las personas santas que seriamente ponderan lo que deben á Dios y los grandes beneficios que de su mano liberal han recibido, reconocen su sér de su soberana omnipotencia, su reparo de su inefable bondad, y la esperanza de verle de su infinita largueza, fuentes de donde proceden otros bienes. Buscan agradecidos cuidadosamente, movidos del espíritu divino, el modo de una justa y cabal correspondencia, en cuanto la fragilidad humana alcanza. El caudal con que se hallan son alma y cuerpo, y los bienes corporales, honras, riquezas, deleites. Esto todo resuelven de consagrar á Dios por el espacio breve ó largo de la vida, entregando á su Señor con tres votos lo mismo que de su liberalidad han recibido. Por el voto de pobreza ofrecen á Dios todos los bienes temporales que están fuera del hombre, privándose del dominio, sin poder usar de cosa alguna si no es conforme á la voluntad y beneplácito divino. Por el voto de castidad consagran á su Señor el cuerpo limpio y puro, libre de toda mancha. Por

la obediencia ofrecen el alma, el entendimiento y voluntad, sus principales partes, sujetando sus obras interiores y exteriores al arbitrio y juicio ajeno para gloria del Señor á quien se hace esta oblación. Esta es la más cabal correspondencia que tiene el hombre á su Dios, la más legítima paga, el más agradable sacrificio.

Consiguen de aquí también otro bien grande: que estos mismos medios con que se muestran agradecidos á Dios les sirven de armas con que salen vencedores de sus enemigos, mundo, demonio y carne. Estos hacen continua guerra al hombre. El interés del vencimiento es vida ó muerte eterna. El voto de la obediencia vence al mundo, pone debajo de los pies la ambición, sus glorias, perniciosamente vanas, encanto del entendimiento humano. El voto de la pobreza rinde al demonio y á la avaricia, al insaciable apetito de riquezas, libra de los lazos en que caen los que desean ser ricos. El de la castidad al amor torpe, enfrena los apetitos prohibidos de la carne, aquel seminario de pecados que arrastra innumerables almas. Estos y otros fueron los motivos con que los varones santos, alumbrados del espíritu de Dios, se clavaron en la cruz de la perfección cristiana con tres clavos de estos votos, imitando su Redentor y Capitán, clavado con otros tres en la cruz; éstos son los fundamentos y otros muchos con que la Iglesia católica los aprueba, venera y engrandece. Estos constituyen, hechos solemnemente, el estado religioso, el más lucido escuadrón de la milicia católica.

Deseó siempre D.ª Luisa caminar ligeramente á la perfección cristiana, uniéndose á su Esposo con los más estrechos y apretados vínculos; así, resolvió hacer sus votos (demostraciones de su grande amor) con

parecer de los padres que la gobernaban, personas espirituales y prudentes que tenían conocimiento grande de sus fuerzas y del vigor de su espíritu.

Es constante opinión de cuantos la trataron, y así lo afirman sus confesores, que muy tempranamente se consagró con voto á perpetua virginidad; guardóla en cuerpo y alma con pureza de ángel. El tiempo que hizo este voto no he hallado fijo con certeza; el amor á la castidad y un afecto entrañable á la limpieza, el horror á cualquier ligera mancha, previnieron, como dijimos, al uso de la razón, sin que la desamparasen un punto en todos los estados de su vida; tan tempranamente la previno el Señor, y se anticipó á ocupar la profesión del cuerpo y alma de esta virgen. Demos á la gracia y á la vocación divina tan tempranas muestras de esta inclinación; mas haber defendido y conservado este dón, fué también trabajo propio. Á este fin, entre otros, fueron tantas penitencias, ayunos, mortificación, encerramiento, en particular en la vida que hacía por este tiempo, en que exactamente ejecutó cuantos preceptos, cuantos documentos dan los santos Doctores de la Iglesia á las que profesan el estado de las vírgenes. Hizo preciosa su virginidad con la santidad de sus costumbres, y procuró igualarlas todas con la grandeza de su propósito. Fué santa en el cuerpo y en el espíritu, sin que en su voluntad hubiese una ligera quiebra de guardar perpetuamente su entereza, sin que fraguase por un momento en su imaginación un solo pensamiento de casarse.

Desde los brazos del aya tuvo horror á que la tocasen hombres; huyó de ver y ser vista, aun cuando la edad y estado daban alguna licencia. Después que se retiró con sus mujeres, fué prodigioso su encerramiento y recato; si la necesidad precisa no obligaba no hablaba á hombre, aunque fuesen santos, ni en cosas tocantes al bien de sus almas, y entonces con los ojos bajos; sujetólos de manera que aun á sus criadas mismas apenas las conocía de vista, como ellas lo han afirmado. Recatábase de mujeres, aunque fuesen muy honestas. Cuando iba camino llevaba candado y armellas de tornillo para en entrando en el aposento cerrarse por de dentro, no contenta con la defensa ordinaria.

Fué tan extremada en la honestidad y recato, que no consentía que criada suya la desnudase ó estuviese delante cuando ella lo hacía ó se vestía, porque no viesen ni un pie ni parte alguna del cuerpo, dedicado solamente á la Virgen Santísima María y á su precioso Hijo, de quien nacían tan altos pensamientos y tan sublime virtud, como fué su castidad y pureza de alma y cuerpo. Y cuando se lavaba las manos reparaba en levantar la manga de la muñeca. Tuvo tan rendida esta pasión y otras, que ya por este tiempo parecía que su ejercicio no era vencer pasiones, sino, sobre antiguas virtudes, aumentar en ellas nuevos primores.

Deseó la serenísima reina D.ª Margarita (á quien no puede nombrarse sin lágrimas y alabanzas) ver y conocer á D.ª Luisa, por las nuevas que la daban de su vida (así honró y favoreció la virtud). Hubo de obedecer á sus confesores, aunque con notable repugnancia; mandáronselo precisamente. Habiendo estado un rato con la Reina, se entendió que pasaba el Rey á su cuarto; hizo el recato y encogimiento en el rostro de esta virgen tal demostración, que la dijo la religiosa Reina: «Vos no estáis aquí de buena gana, y os embarazáis viniendo el Rey.» Y ella res-

pondió: «Haráme V. M. grandísima merced en darme licencia.» Salióse sin volver más.

Puso los ojos en su virtud y encerramiento el primogénito de un título deudo suyo; deseó casar con ella é hizo alguna instancia. Decía D.ª Luisa algunas veces, sonriéndose: «Ha ya dos años que estoy hecha un oprobio del mundo, y ando debajo de los pies de los caballos y criados de mis parientes, y ¿quieren casarse conmigo?» Fácilmente paran estas pretensiones no habiendo correspondencia; dejólo en breve, y ella quedó como un diamante, firme en su propósito y manera de vida.

Afirma un confesor suyo, persona de muy gran crédito, que le dijo muchas veces que le había concedido nuestro Señor particular asistencia de su ángel de guarda, no sólo para que ella no padeciese, sino también para que ninguno se le pudiese atrever, y así lo experimentó aun cuando moza y de muy buen parecer; jamás ninguno se atrevió á mirarla menos que honestamente, y su presencia ocasionaba respeto y compostura.

CAPÍTULO VII.

DEL VOTO DE POBREZA, Y CÓMO LE GUARDÓ.

Grandes son, sin duda, los tesoros que descubren los santos en la pobreza evangélica; son sobremanera grandes, porque los que han conocido el valor de esta preciosa margarita han vendido á toda prisa cuanto tienen, por no quedar sin precio con qué comprarla,

no digo las profesiones, las riquezas que han arrojado de sí y dado á pobres; hales hecho embarazo hasta el vestido, el calzado, hasta la menor alhaja; de sí mismos se deshacen por alcanzar la verdadera pobreza. Hallan por estos bienes á Dios, que va entrando al paso que ellos saliendo, y poseedores del único y sumo bien, todo lo demás les sobra.

Nació la venerable D.ª Luisa noble y rica; desapropióse de su nobleza y riquezas; amó ser pobre de espíritu siguiendo á su divino Maestro, que del pesebre á la cruz guardó extremada pobreza; no quiso otra librea que la de su Esposo, dando la hacienda á los pobres, empleándola en lo que entendió ser mayor gloria de Dios y su servicio, como adelante veremos.

Mas como su amor era tan grande quiso lo fuesen sus demostraciones, y que la pobreza que guardó toda su vida tomase nuevos quilates con voto, inhabilitándose de poder tener hacienda. Hízole el año de 1593; las palabras formales son éstas:

✠ «Á mayor gloria de Dios nuestro Señor, de quien misericordiosamente he recibido afectuosísimo deseo de agradarle en cuanto me ha sido posible, hago firme promesa y voto de perpetua pobreza delante Su Divina Majestad, de todo mi corazón y entera y verdadera renunciación en Jesucristo nuestro Señor, y en mi superior en su nombre, del dominio y propiedad de dinero ú otra cosa que se pueda tener por mía ó se haya de gastar por mi elección, ó en el sustento de mi vida, sin excepción alguna, lo cual estará siempre sujeto á la ordenación, parecer y consejo de mi superior, y con su licencia podré disponer religiosamente, excusando siempre toda superflua y vana correspondencia y cualquier mezcla de conocida

imperfección que en ello se advierta, y con esa misma licencia cobraré cualquier deuda que se me deba y el precio de nuestras labores y lo que de gracia ó limosna se me diere, y lo podré tener el tiempo y en el modo que á mi superior le pareciere.

»De todo lo cual podrá salir el gasto y conservación de las cosas siguientes, habiéndome sido concedido por el uso de ellas dé limosna en el nombre de Jesucristo, nuestro Señor.

»Una moderada porción en enfermedad y salud, conforme á la diferente necesidad de entrambas cosas. El vestido ordinario que traigo, que es el que religiosamente debo traer, sin admitir en él mezclas contrarias á espíritu, ni cosa alguna que tire á estilo mundano.

»Cama y alhajas convenientes á esta profesión, y las demás menudencias convenientes sin salud ó con ella, y lo que costare curarme estando indispuesta, y cuanto conviniere gastar con mis compañeras, estando en casa ó despidiéndose de ella.

»Aderezos de oratorio y de la Misa, con llaneza y decencia conveniente, y limosna de las misas que en él se dijeren por ella, y cercos de reliquias, no más costosos que de latón dorado, y las demás imágenes y devociones convenientes para la casa, y á mi uso todas las penitencias y reliquias que mi superior quisiere.

»Los libros convenientes á mi mayor edificación y consuelo y de mis compañeras, y los cuadernos y libros que se trasladaren por dinero, excusando siempre lo superfluo y poco necesario, y los recados de escribir que se gastaren; y si conviniere guardar papeles ú otras cosas debajo de llave, lo haré con licencia de mi superior.

»Todos los muebles convenientes al servicio de la

casa, y renovación de ellos siendo necesaria, y el reparo de la en que viviéremos, y alquilar cualquiera que yo quisiere con licencia de mi superior, y hacer cualquier edificio que conviniese.

»En los caminos que hiciere gastaré todo lo que conviniere al mayor recato y seguridad mía y de mis compañeras.

»Y en cuanto al voto y promesa, cuya señal es una cruz (es el voto de martirio de que diremos en su lugar), podré libremente acudir á su mejor y más cumplido efecto; sin embargo de cualquiera obligación de conciencia en que mis votos me hayan puesto á la dicha obligación repugnante, y procurando en ella la dirección de mi superior, con su bendición y licencia podré gastar todo el dinero necesario, aunque sea por mi mano.

»En todo lo sobredicho y semejantes materias que se fueren ofreciendo, procuraré la dirección de mi superior, y sus licencias podrán ser en particular ó general y por el tiempo que él juzgare convenir más al servicio de nuestro Señor.

»Si mi superior estuviere en diferente lugar, ahora sea de paso ó asiento, ó en cualquier parte remota, y sin culpa ni negligencia mía hubiese dilación en escribir ó recibir respuesta, podré en el ínterin gobernarme conforme yo entendiere ser servicio y gloria de nuestro Señor.

»Si con el tiempo se ofrecieren escrúpulos ó dudas en estas materias, que aquí no se previenen ni declaran, se da facultad á mi superior para que, á mi petición y ruego, pueda hacer la declaración que en su conciencia le pareciere más conveniente al servicio y gloria de nuestro Señor y mayor aprovechamiento de mi espíritu.

»Todos los votos de pobreza, más y menos estrecha, que tengo hasta aquí hechos, y los que en cualquiera manera tocan á materia de hacienda, están dispensados y conmutados en lo contenido en este papel, y declárase que en cualquier tiempo que me viniese alguna herencia ó cosa semejante estaré obligada á disponer de ello sin dilación alguna, señalando por mi misma devoción la obra pía que me pareciere de mayor gloria de nuestro Señor.»

Guardó este voto con gran puntualidad; su espíritu en esta parte fué evangélico y al modo del de la primitiva Iglesia; su trato, su persona, el vestido, la casa, todo brotaba pobreza, con un desprecio grande de todo lo temporal, y en D.ª Luisa fué más admirable y una de las mayores finezas que puede hacer por Dios un alma en esta vida; porque aunque es cosa tan heroica lo que emprende un religioso en la renunciación de todo lo temporal, contentándose con tan poco como es lo necesario para pasar la vida, esto de ordinario lo suelen tener seguro, ó con rentas, ó limosnas, como prudente y santamente está ordenado para conservación de la misma religión; mas pide ponderación grande que una doncella tierna, delicada, debilitada y flaca de mal pasar, llena de achaques, se desapropiase en vida de su hacienda y de poder tenerla, tomando en su lugar la necesidad de ganar el sustento por sus manos ó pedirle de limosna, excede á todo encarecimiento. Estas son las habilidades de la divina gracia; esto pudo hacer un fervoroso amor de Dios; esto las ansias de la perfección cristiana: mayor extremo veremos adelante.

Envióle una persona devota, en ocasión que estaba enferma y con gran necesidad, un regalo de cosas dulces y aves, con que entendió se había reparado; supo después que lo había dado todo, con que echó de ver que la virtud de la riquísima pobreza evangélica en la santa D.ª Luisa no era de cumplimiento, sino de verdad; no de lo ordinario y mediano, sino de lo superior y celestial.

Acudían á su casa, los últimos años que estuvo en España, algunas señoras principales, devotas por el grande amor que la tenían, lo más ordinario para consolarse y tratar con ella de sus necesidades espirituales y tomar su consejo; sucedía muchas veces pedir un jarro de agua; los que usaban en aquella casa eran tan pobres, que no juzgó poderse dar á personas semejantes; eran de las mayores señoras de la corte: compró D.ª Luisa por cosa muy extraordinaria una jarra y plato de Talavera, que vino á ser la más rica alhaja de la casa. Dijéronla por donaire: «Señora, si somos dos ó más, ¿hemos de beber todas por ella?» Dijo la Duquesa de Medina de Rioseco, que se acertó á hallar allí con sus hijas y otras señoras de este mismo porte (así honra Dios la virtud): «Yo enviaré á mi casa por búcaros y porcelanas, y esténse aquí por mi cuenta.» Envió en abundancia de todo, diciendo que no era para D.ª Luisa, sino para ella y sus hijas. Sonrióse y dijo que lo entendía. Envió luego los búcaros y vidrios á la enfermería de un convento; las porcelanas á la sacristía, para las vinajeras; á este extremo llegó la pobreza de su casa.

CAPÍTULO VIII.

VOTO DE OBEDIENCIA, Y SU OBSERVANCIA.

No hubiera dado mucho D.ª Luisa en lo entregado hasta aquí si se quedara señora de sí misma. «Dar la hacienda toda á los pobres (dice San Jerónimo), es de los que empiezan, no de los perfectos; hízolo Crates, tebano, y Antístenes; mas ofrecerse uno á sí mismo á Dios, no quedando señor de su voluntad y juicio, esto es propio de los cristianos y de los Apóstoles.»

Conoció el valor de la virtud de la obediencia doña Luisa desde muy niña. No hubo un espacio breve de su vida que no estuviese sujeta al parecer ajeno. El rendimiento de los primeros años fué ensayo para las veras de la edad mayor. Así el año de 595 redujo á esto sus votos de obediencia:

✠ «Hallándome obligada con inmensos beneficios que de la mano de Dios nuestro Señor he recibido humildemente, le ofrezco y entrego esta libre voluntad mía, que Él fué servido de darme, con voto y promesa que hago á Su Divina Majestad, la más firme que me es posible, de obedecer todos los días de mi vida á los mandatos, ordenaciones y resueltos consejos de la persona que en su lugar y nombre santísimo yo eligiere por mi superior y guía, obligándome á esto de mi parte en cualquier modo y forma que ser pueda sin que mi superior lo admita, en caso que él no lo admitiese.

»Debajo de esta misma fuerza quedo obligada á

hacer cada año nueva elección de superior, por Pascua de Espíritu Santo, en el mismo del año pasado ó en otra cualquiera distinta persona, presente ó ausente, como más parezca convenir al bien de mi alma.

»Y si acaeciere que mi superior muriese dentro del mismo año, nombraré otro que supla por él hasta que llegue la Pascua, en la cual se volverá á hacer de nuevo la elección.

»Y para su mejor efecto, antes que llegue este santo día podré hacer alguna humilde oración á nuestro Señor, pidiéndole que yo en el elegir y obedecer, y mi superior en me guiar y gobernar, acertemos á hacer su dulcísima é inestimable voluntad lo más perfectamente que nos sea posible.

»Y teniendo pensado qué persona será más conveniente, sin respetos particulares ni gustos del amor propio, la elegiré con devoción en la divina presencia, y desde ese punto la respetaré, como dada de su soberana mano, todo el tiempo que tuviere la dicha superioridad.

»Las faltas que causare su ausencia, cuando la hubiere, se suplirá con cartas y semejantes medios, y con licencias particulares ó generales en lo que conviniere darlas.

»Y en caso que hubiese forzosas dilaciones en escribir y dar cuenta de mí ó en recibir sus respuestas, podré, en el ínterin, gobernarme conforme á lo que ya de su voluntad hubiere entendido; y no sabiéndola, me gobernaré como yo entendiere ser de mayor servicio y contentamiento de nuestro Señor.

»Y declárase que si en este voto y obligaciones de él hubiere cosa que requiriera interpretación, ó con el tiempo se ofrecieren dificultades y dudas que aquí

no se hayan prevenido, las podrá allanar todas mi superior, ordenando lo que fuere más conveniente al servicio de nuestro Señor y bien de mi alma, no mudando ni alterando en nada las cosas aquí declaradas y expresas.

»Y en cuanto á los votos principales á que estoy de presente obligada y como parece por los papeles de ellos, no podrá jamás mi superior quitarme ninguno en virtud de éste, ni obligarme á que yo lo quiera, ni á que pida conmutación ni dispensación alguna.

»Habiéndome sido conmutados y dispensados todos los votos que en cualquiera manera tenía hechos en esta materia, quedo aquí delante á gloria de nuestro Señor, con obligación de guardar lo contenido en este papel, excepto lo que toca á instrucción.

»Todo lo cual servirá de ayuda contra los estropiezos é inconvenientes que con el tiempo se pueden ofrecer á quien ha de tener un solo y absoluto superior.»

Realzó el mérito de este voto ser de aventajado entendimiento en lo natural, y en lo sobrenatural muy ilustrado y superior á todas las cosas que ordinaria y extraordinariamente sobrevienen á los que tratan de virtud; y con ser tan extremada y excelente en estos dones, era como una niña en preguntar y seguir el parecer de sus confesores, aunque dijesen menos acertadamente de lo que ella sentía, queriendo antes errar por parecer ajeno que acertar por el suyo, por ganar el fruto de la obediencia ciega; porque decía con Santo Tomás que iba poco en pronunciar una sílaba con mal acento, y mucho en obedecer.

Fué su obediencia puntual y fervorosa, tanto más

alegre y diligente cuanto lo que mandaban era más áspero y dificultoso. Todo su gusto y consuelo era ir á consultar su confesor y seguir su dictamen; si estaba ausente, por escrito comunicaba con él todas sus dudas; y recibidas sus cartas, apuntaba las cosas que había de ejecutar, para no olvidarlas y ponerlas por obra con la exacción posible.

Con este cuidado y vigilancia vivió siempre, rindiendo su voluntad y parecer al ajeno aun en cosas muy menudas, de la misma manera después de tantos años de experiencia, que cuando era niña y comenzaba á entrar por el camino de la virtud. Toda su vida, desde el principio al fin, fué un ejercicio de obediencia: por obediencia vivía, comía, vestía, andaba y hablaba.

Ordenaba también su superior á una de sus compañeras que la castigase; llamábala muchas veces para darla disciplinas; recibíalas con tanta devoción y decencia, que ponía admiración. Otras veces mandaba que la pisasen la boca y diesen ásperas reprensiones é hiciesen otras pruebas, bien particulares y notables; obedecía con gran prontitud y devoción y espiritual alegría.

El amor á esta virtud la impelió á dar la obediencia á la criada, como dejamos dicho, por no estar ni un momento sin tan divino ejercicio.

CAPÍTULO IX.

DE OTRO VOTO QUE HIZO MUY NOTABLE, DE LA PUREZA DE SU CONCIENCIA, SU AMOR DE DIOS Y OTRAS VIRTUDES.

Por ningún camino sale tan cierto el tanteo del amor y su grandeza, como por las obras: éstas son las que descubren su fineza. «Si alguno me amare, guardará mis palabras», dijo el Autor de la vida; y al paso que el amor se va aumentando, crecen las demostraciones, no sólo en los afectos y palabras, mas en las obras y verdad.

La venerable D.ª Luisa amó con ternísimos afectos á su Dios cien mil veces más que á sí, y este incendio divino le salía á las manos y á la boca con heroica observancia de la ley divina y los consejos de Cristo, y con palabras que testificaban que moría por su Amado.

Su deseo y estudio de alcanzar las sólidas y verdaderas virtudes y la perfección moral fué tal, que le pareció se hallaba con aliento de poder intentar mayores pruebas de su amor y su obediencia; y así, después de larga consideración, hizo este voto:

✠ «AÑO 1595.

»Después de experimentadas no pocas dificultades de las que se suelen atravesar en el camino de la virtud, me vine á hallar con notable ánimo y esforzadísimos deseos de seguirla á costa de cualquier trabajo y

cuidado mío; é iba hallando cada día tan superior mi corazón, que me pareció podía estrechar las obligaciones de mi conciencia más de lo que lo estaban, y así hice el voto siguiente:

»Humillada en un profundo abismo en la dulcísima presencia de Dios nuestro Señor por lo que le debo y espero de su inmensa benignidad, hago firme promesa y voto de hacer siempre en todas las cosas lo que yo entendiere ser de más perfección ante sus divinos ojos, en la manera que en mí esto puede ser posible.

»Y por evitar escrúpulos y que el entendimiento de esta obligación quede más llano, la divido en dos puntos.

»El primero contiene todas aquellas cosas que, por ser menudas ó de paso, requieren breve y no muy considerada resolución, y en todas ellas quiero que se entienda que podré hacer de presente aquello que fácilmente y con verdad se me representare entonces ser conveniente y conforme á razón, según la obligación de perfección del dicho voto.

»El segundo toca á todo cuanto fuere de más asiento y diere más tiempo y lugar á su determinación, en lo cual es mi intento que en cualquier cosa de éstas en que yo no sepa juzgar cuál sea la mayor perfección que debo seguir y sobre ello me hallare dudosa é indeterminable, representando el caso á mi superior, he de tomar y seguir su parecer durante la duda é irresolución mía, y no de otra manera.

»Desde que hice este voto nunca he sentido con él pesadumbre, ni inquietud, ni estrechuras de escrúpulos: antes gran consuelo y contentamiento de haberle hecho, y deseo de cumplirle con todas mis fuerzas.»

Comunicando este voto, después de catorce años

que le hizo, con el santo varón y gran maestro de espíritu, el P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús, que la confesó y supo muy en particular las cosas de su espíritu y la delicadeza de su conciencia, decía que para sí no era menester otra prueba de la santidad de D.ª Luisa que no haber pretendido jamás conmutación de este voto; pues en cosa tan ardua, y que en cualquier otra persona de menos virtud, á su parecer, pedía que se conmutase ó dispensase una obligación tan perfecta, ella no hallaba dificultad alguna, antes mucha satisfacción y contento. Hazaña verdaderamente grande, pensamiento divino, espíritu encumbrado, resolución de criatura angélica, acrisolada escuela de todas las virtudes, admiración y pasmo de los más doctos y espirituales sujetos de la Iglesia, como lo fué el P. Luis de la Puente, de cuya vida y virtudes se han hecho informaciones para su beatificación.

Nació el gran gusto de este voto y facilidad en cumplirle de la gran luz que nuestro Señor la había dado para entender cuál era lo mejor y más perfecto, y una resolución en la voluntad de abrazarlo y ponerlo por obra, rompiendo con todas las dificultades que se le ofrecían.

Ya su modo de obrar era no sólo huir de cualquier pequeña ofensa de la Majestad divina ó hacer falta con advertencia, sino dar á sus obras los mayores quilates de perfección que podía; así lo afirman los que la vieron y trataron íntimamente, que ni en salud, ni en enfermedad, ni en ocasiones, ni fuera de ellas, jamás la vieron hacer ni decir cosa que fuese falta ó imperfección, y suplicaba á nuestro Señor cada día muchas veces, sin pasársele ninguno, que la quitase la vida antes que advertidamente le disgustase en una ligera culpa. Y era tan clara la luz que nuestro Señor la había dado, y un aprecio tan grande de estar en su amistad, que tenía por mayor mal un sólo pecado venial hecho advertidamente contra el gusto de Dios, que todos los trabajos y pérdidas temporales de esta vida, y padeciera antes todos los tormentos del infierno que estar por un momento en su desgracia; porque al alma que ama de veras no hay otro mayor dolor que hallar en sí alguna pequeña culpa que pueda deslucir en alguna manera ó manchar su entera y firme fidelidad.

Había llegado á estado de tal pureza, que con dificultad sus confesores hallaban materia para absolverla; y así era necesario recurrir á materias pasadas que nunca llegaron á ser graves por todo el espacio de su vida.

Y si acaso, como humana, caía en alguna culpa venial, volvía los ojos á nuestro Señor y le decía: «¿Cómo, decid, bien mío, no me queréis oir? ¿Cómo no me habéis concedido lo que tan de corazón os he suplicado? Tened por bien, mi Señor, de otorgarlo á vuestra esclava; que no quiero yo la vida si me ha de servir para disgustaros, que desde luego la aborrezco si ha de ser así.»

Encaminóla al grado tan de heroico obrar una clarísima luz que causaba en su alma un conocimiento grande de lo que debía á Dios por dos grandes motivos: Por ser quien es, en quien veía un inmenso piélago y profundidad de todo bien; en este mar quedaba su alma anegada, que cuando quería volver á hacerle mil servicios y sacrificios agradables de sí misma por satisfacer su deseo y obligación, no hallaba cosa que la satisficiese en cuanto le ofrecía su discurso, en cuanto hay posible é imposible; y así, con

un ímpetu fervoroso, volvía á su Señor y le decía: «Pues ¿cómo, Señor, lo posible siquiera no se ejecutará? Y si esto no, sea lo menos que se puede hacer por ti, que es darte esta sola vida á fuerza de mil tormentos.»

Era el segundo motivo lo mucho que de la mano liberal de nuestro Señor había recibido en general y particular; que era tanto y tal, y la luz con que se veía de manera, que era corta correspondencia en su estima añadir votos á votos y ejecutarlos con puntual perfección; mayor desahogo pedía el fuego grande que ardía en su corazón.

De aquí nacía que su obrar era una cosa sin término, porque, cuanto más hacía, más crecía el amor y el deseo de hacer más; y cuanto más hacía, le parecía que no había comenzado, y así era como imposible dar fin á su amor, ni al deseo que tenía de obrar; todo le parecía poco y que su correspondencia con Dios era cortísima; andaba siempre quejosa de sí misma.

Fué este amor de Dios tan grande y excesivo, que sólo su raro entendimiento y la elocuencia que tuvo pudieran bastantemente explicarlo. Las hojas todas de este libro son lenguas; sus acciones, todas voces que testifican su amor. Habíala enseñado la experiencia (como ella dejó escrito) de encendidos afectos qué cosa es estar el alma perdida de amor, herida de amor, envuelta en llamas de un ardiente fuego, que parece subían arriba y sobrepujaban al alma; habíase deshecho de sí misma, vivía ya en ella Cristo, su Señor y Esposo, y su alma vivificada con su presencia y amor.

La virtud de la esperanza fué muy sobrenatural, como lo fueron sus obras; y eran tales sus ansias y

deseos de ver y gozar de Dios, que, llevada de estos amorosos afectos, parece no hacía caso de lo humano. Apretábanla de manera que la reducían á punto de muerte, y resultaron por esta causa graves enfermedades. Andaba de ordinario como enajenada y fuera de sí, pero no faltando jamás á las cosas que estaban á su cuenta, aunque fuesen muy dificultosas. Era tan grande su capacidad, que, por dificultades que se le ofreciesen, á todo hacía rostro con la viva fe y confianza que tenía en Dios, por cuyo amor andaba tan olvidada de todas las cosas como si verdaderamente no viviera en esta vida; y sucedía algunas veces estar, al parecer de las que estaban con ella, oyendo lo que se decía ó viendo alguna cosa, y después de largo rato preguntaba qué había sido. Veíase claramente que estaba más en lo que amaba que en sí misma.

Su fe y confianza en Dios era tan grande, que en nada hallaba dificultad, ni para ella la había en sabiendo era una cosa gusto de Dios; antes parece que, cuanto más crecía la dificultad y resistencia que las criaturas la hacían representando dificultades é imposibles, tanto más crecía su esperanza y la seguridad de que suplirían las fuerzas divinas donde de todo punto faltaban las humanas; y cuando se veía más sola y desamparada, más segura y confiada estaba en la divina Providencia. Con el vigor de estas virtudes se emprendieron las obras que hemos visto: retirarse de parientes, renunciar cuanto tenía, reducirse á tan gran pobreza, y otras empresas mayores que se irán viendo en el discurso de la historia.

CAPÍTULO X.

DE SUS PENITENCIAS Y OBRAS DE CARIDAD.

Después que se apartó á su casita pobre, aumentó las penitencias y rigores y realzó los motivos; dolíale grandemente ver á Dios ofendido, y por los hombres; amábale á Él y á ellos, en cuyo favor deseaba aplacar aquella bondad divina justamente indignada; tomaba en su cuerpo inocente la venganza porque las almas de sus prójimos saliesen de pecado; por este fin no reparaba en trabajos y penalidades. Usólas siempre si sus enfermedades no la obligaban á remitir su rigor mientras duraban. Traía de ordinario una cruz grande de rallo que la tomaba todas las espaldas; otra de madera con puntas de hierro ponía sobre el pecho. Traía cilicios de cerdas y de cardas; usaba de cadenillas de puntas de hierro apretadas á la cintura, muslos, brazos, y á veces con sogas de cerdas ceñía el cuerpo. Atábase á las muñecas unos cordones gruesos de cerdas, y á la garganta. Usaba de una mordaza de hierro de una tercia, con tornillos. Dióla á una persona espiritual, de quien confió que podía usarla; intentólo, por imitar en algo sus rigurosas penitencias; no la pudo sufrir, con harta confusión suya y estimación de D.ª Luisa. Las disciplinas cruelísimas, bañadas muchas en sangre y muy frecuentes; los Viernes Santos se disciplinaba desde las seis de la mañana hasta las nueve del día; la túnica de aquel día no parecía jamás; las dos horas postreras vertía abundante sangre. Esta santa costumbre comenzó en casa del Marqués, su tío.

Fué extremada su abstinencia en la comida ordinaria; el manjar, tenue y uniforme y ganado por sus manos ó pedido de limosna. Su complexión hizo más admirable esta templanza, por ser de mucho comer; fué el vencimiento de los que costaron mayor trabajo; comenzó la batalla muy temprano.

Los ayunos frecuentes, y los más á pan y agua, los tres días de la Cuaresma precisos, sin admitir otro manjar; las vísperas de Nuestra Señora y festividades grandes, y los días que hay desde la Ascensión hasta la Pascua del Espíritu Santo, sólo pasaba con pan y agua. No servía en el comer al gusto: sólo daba lo preciso á la conservación de la naturaleza; trataba al cuerpo como á esclavo, y aconsejaba á todas que así lo hiciesen, cuidando de las cosas eternas, haciendo muy poco caso de las transitorias.

El sueño, muy poco y á deseo y pura necesidad; padeció el mismo combate que en la comida.

Usaba estas penitencias con gran prudencia, y la mayor que hizo fué no las poder hacer tan grandes como quisiera, y las que su salud daba lugar las hizo fervososamente, durando siempre en ellas y abrazándolas con grandísimo gusto. Era en ella un motivo grande el afecto de compasión de los dolores, pasión y muerte de Cristo nuestro Señor, en particular de los azotes de la columna, que ella celebró con ternísimas endechas.

Pongo entre sus penitencias (por ventura la de mayor penalidad) un pleito que le fué forzoso seguir por espacio de doce años para sacar su hacienda, poseída de un curador desde que murió su padre. No hay palabras que puedan explicar bastantemente lo que padeció en este tiempo: extorsiones, cautelas, temores, desconfianzas, sustos, dilaciones, pesadum-

bres, murmuraciones, desamparos, audiencias dificultosas, inadvertencias de oficiales y otra tropa de trabajos, inseparables compañeros de un pleito de doce años. Una mujer sola, de su traje y aspecto miserable, la primera vez mueve á compasión; la segunda apenas se repara; la tercera se desprecia; fué, sin duda, una penalidad intolerable, mayormente en una persona de su oración y recogimiento, con aversión notable al pleitear, y esto no habiendo de gozar lo que sacase teniendo hecho voto de pobreza. Su Inés, que la acompañaba de ordinario, la decía muchas veces con lágrimas en los ojos: «¿Es posible, señora, que por lo que vuestra merced no ha de comer, ni gozar, ande pasando tan grandes trabajos, yendo á hablar á los jueces entre los pies de los caballos y lacayos una persona como vuestra merced, hecha el oprobio del mundo y retrato de la muerte? Dejémoslo, por amor de nuestro Señor; pleitéenlo los que lo han de gozar.» Ella respondía con gran apacibilidad: «Inés, ¿no ve que me lo manda la santa obediencia, y que no es justo que lo que doy á Dios me cueste poco?» Quiso dar lo limpio á Dios, á quien lo tenía ofrecido, dando no sólo la hacienda, mas el trabajo y penalidad de su conquista.

Conservó en estas ocasiones su paz interior y un sosiego grande, sin que la descompusiesen tantas cosas sus palabras y acciones, reguladas con el tenor de su vida. Depone uno de sus abogados, que ocupó un gran puesto en la república, que en las veces que le habló en las materias de su justicia conoció en ella un juicio y entendimiento aventajado y que parecía ilustrado, una prudencia rara y profunda humildad, con una modestia incomparable, que infundía respeto á quien la oía, y que se le causó las veces que la trató

y comunicó. Ayudóla nuestro Señor visiblemente, porque con sus pocas fuerzas, arrinconada y olvidada de sus parientes, sin favores y otros valimientos que nunca dañan, aun en casos de justicia, tuvo feliz suceso, venciendo sus poderosos contrarios. Halló gran amparo en el Conde de Miranda, presidente de Castilla, que, como tan gran padre de la justicia, hizo abreviar el despacho. El empleo de lo que sacó del pleito tiene adelante su lugar.

El alivio de esta vida, á los ojos de la carne tan penosa, la recreación de algunos días de fiesta y otros en que era forzoso tomar algún divertimiento, era visitar los hospitales en las salas donde se curan mujeres; llevábalas regalos, que los repartía de su mano; llegábase á las más asquerosas (y hay pocas que no lo estén), acariciábalas, limpiábalas con una caridad ardentísima, hablábalas en nuestro Señor, conforme á su capacidad, con tanto acierto, que fueron grandes los provechos que las hizo; ganó á nuestro Señor muchas almas. Es la hez de la república lo que comúnmente se junta en los hospitales; la necesidad de aquellas almas, grande; pocos los que las acuden. Hacían las camas D.ª Luisa y sus compañeras, y otros servicios humildes; si alguna estaba de peligro la ayudaba á bien morir, y encomendaba muy de veras á Dios en sus oraciones.

Era muy ordinario, si hallaba en la calle alguna pobre llagada ó enferma, traerla á su casa; sentábalas á su mesa, acariciábalas; á una llena de tiña la curó con sus propias manos, vistióla y remedióla. Traíanla tal vez alguna de esas mujeres perdidas que salen de la casa de la deshonestidad; entraba en la de la pureza, y pobre: las remediaba con harto gasto de dinero. Entre otras, hizo que la trajesen una

miserable á quien la mala vida y el pecado habían hecho un hospital de llagas y miserias; curóla con sus manos con notable caridad, venciendo un asco natural en ella, grande; comía junto á su mesa, llevábala de la mano cuando salía de casa; fuéla ganando la voluntad para que hiciese una confesión general, como lo hacía con todas; íbalas disponiendo con santas amonestaciones, ganábalas á Dios; sacó á muchas almas de mal estado, poníalas en partes seguras, quitadas de la ocasión en que habían caído; nada dejaba imperfecto. La casa era bien estrecha; las compañeras lo llevaban pesadamente, y más que la diese la mano; decían que las tendrían por unas; mas D.ª Luisa tenía varios motivos: buscaba su aniquilación, ganaba la voluntad de aquellas miserables para dársela á Dios, á quien hizo en esta parte servicios grandes.

CAPÍTULO XI.

DE SUS ENFERMEDADES.

Dos suelen ser ordinariamente los caminos por donde nuestro Señor lleva á los suyos para hacerlos grandes santos. Unas veces de extremados rigores y penitencias; por aquí caminaron los más de los que sabemos que reinan en el cielo, y el que no entra por la puerta del mal tratamiento y odio de su propia carne, se hallará después de muchos años fuera de lo que pretende. Otras veces nuestro Señor toma la mano, como diestro maestro y entendido, y labra las

piedras que ha de asentar en la celestial Jerusalén con dolores agudos y enfermedades corporales.

Son estas quiebras de la naturaleza, estos forzosos tributos de la vida, el caudal de los santos, con que han hecho empleos y ganancias grandes; porque si las enfermedades y dolores se reciben con resignación y con paciencia, granjea un alma en poco tiempo mucho y se aventaja en perfección y mérito.

Ha enriquecido nuestro Señor á los amigos más queridos suyos con estos dones y favores de su mano, que por tales los han tenido siempre los que saben conocerlos. Así, los más de los santos han padecido gravísimas dolencias, muchos continuadamente por todo el discurso de su vida; de manera que apenas hay enfermedad en el largo catálogo de las que apensionan la vida de los mortales que no la hayan experimentado muchos santos, por terrible y áspera que fuese, sin que les haya impedido el tratar mucho con Dios y aventajarse en todas las virtudes; no son las enfermedades desdenes de desfavorecidos, sino prendas de amistad.

Estas fueron las joyas que el Esposo celestial envió á la venerable D.ª Luisa para que anduviese ataviada; de manera que ya las enfermedades, ya las penitencias, eran sus adornos y sus galas, y á veces tan mezcladas que no cesaba de la severidad con que trataba su cuerpo, por mucho que le acosasen sus males.

Fueron bastante causa los rigores que usaba con su cuerpo delicado y débil para tener grandes quiebras su salud y largas enfermedades; naturalizáronsele achaques penosísimos y continuos, si bien ella los atribuía á los trabajos interiores y á la continua lucha de su espíritu con los afectos de honra y esti-

mación del mundo, que con continuos combates la asaltaban; las mayores resultas fueron en el corazón.

Permite muchas veces nuestro Señor que los enemigos de sus siervos, después de vencidos, queden con sus fuerzas y vuelvan enteros á la batalla, no para que salgan vencedores, sino para que los suyos alcancen nuevos triunfos y coronas.

Era también la causa de sus enfermedades unos sentimientos vivos de lo que padeció su divino Esposo por su amor, y la memoria de sus acerbísimos dolores la ponía algunas veces en lo último de la vida, y parecía iba á expirar, y expirara si el mismo Señor no la templara el fuego con una marea y consuelo que la dejaba tal vez con fuerzas, otra acabadas por grandes ratos.

Procedían también sus enfermedades, en gran parte, de afectos encendidísimos de las virtudes y deseos de unirse con nuestro Señor; y así no eran curables sino con buen regimiento, y se admiraban los médicos cuando veían que de un momento á otro se mudaba de uno á otro extremo de salud á enfermedad, ó al contrario.

De estos y otros principios enfermó el corazón materialmente con flaqueza y accidentes pesados, sin que jamás sanase cabalmente. Dábanla unas palpitaciones de corazón, poníase como muerta, sin perder habla ó sentido; quedaba tan acabada, que muchas veces estaba en la cama dos ó tres meses, y tal vez cinco. Acometíala también un temblor en todo el cuerpo, que dos personas no eran bastantes á tenerla; padecía corrimientos al pecho y calenturas. Mas lo que la afligía pesadamente eran los accidentes de corazón, porque la causaban grandes desvelos; pasábansele las noches enteras sin dormir; era esto un

penoso purgatorio; solía repetir estas noches aquel verso: *Quantas ostendisti mihi tribulationes multas, et malas: et conversus vivificasti me, et de abyssis terrae iterum reduxisti me.* Las paredes del aposento le parecían de tinta, y de ordinario, cuando se iba á dormir (aunque careciese de otros males), la caía del cerebro un humor sobre el corazón que la hacía despertar despavorida, y luchaba por volver á dormir tal vez hasta las dos de la noche; molestábanla unos ahogamientos de pecho, de que ella se quejaba mucho porque la traían consumida y acabada; padecía grandes desconsuelos, y algunas veces en estas enfermedades se pasaban veinte días sin dormir una hora en día y noche; á estos males era superior la paciencia.

De esta manera lo pasaba el cuerpo: no iba más aliviado el espíritu; en el rigor de sus enfermedades, mayormente á los principios, cuando los combates de los afectos de honra andaban vivos, se le levantó otro fuerte enemigo, que fué un temor de perder la vida en tiempo que las cosas de su alma estaban por todas partes, á su parecer, desbaratadas; el modo de padecer era un crisol trazado por nuestro Señor para purificar su virtud y grandes pruebas suyas. Érale forzoso por momentos hacer fervorosos actos de conformidad con la voluntad divina. Eran grandes los trabajos y terribles los aprietos. Volvíase á recibir consuelo de la mano de nuestro Señor y de su divina presencia; no se le concedía, antes se escondía mientras más le deseaba, y ésta era la última y la más terrible prueba; mas si el corazón estaba combatido, tanto más enamorado, y entre estos nublados aparecía últimamente el sol de la asistencia divina, que tan asegurada tienen los atribulados.

El alivio de estas enfermedades, fuera en otra áspera penitencia. Estaba á veces tal, que parece vivía de milagro; la cama más regalada era añadir al jergón un colchoncillo que la daban de limosna; las sábanas, de anjeo ó estopa, parecían un cilicio; las almohadas de lo mismo, con un poco de lana; la camisa, también de anjeo por curar, como se saca de la tienda; hasta que la apretaron sus enfermedades no dejó la túnica de paño pardo; pasaba necesidades gravísimas, á que igualaban las incomodidades; tal vez para sacar un poco de sustancia no había un poco de carnero. Haciéndola la cama en otra ocasión, hallaron las tablas tan húmedas y el jergón casi podrido de la humedad del aposento; no hubo en la casa adónde poder mudarla; fué forzoso tomar un aposento alto en la casa vecina; lleváronla en un colchón por la calle. No podía en estas ocasiones su desnudez perder su espíritu y afecto á la pobreza.

En una enfermedad gravísima la pusieron un colchón y unas sábanas de lienzo; estaba tan acabada, que carecía de conocimiento; en volviendo algo en sí, lo echó de casa y dió de limosna. El manjar, siempre el mismo; pidióla algunas veces una de sus compañeras licencia para diferenciar y hacerla un guisado. Respondió la sierva de Dios: «Experiencia tengo que puedo pasar con esto, y me va bien, y así no hay que mudar de aquello con que pasamos un día.»

La más grave enfermedad que pasó en España fué en Valladolid, donde pasó con la Corte en seguimiento de su pleito. Ardía en unas terribles calenturas, con un dolor de cabeza que ella dice que jamás persona alguna del mundo le pudo tener mayor; admirábanse los médicos de enfermedad tan furiosa; púsola en el extremo de la vida.

Con bien ligera ocasión de si había faltado á la obediencia una tarde que estuvo en su aposento su confesor y otros padres en lo riguroso del mal, le acometió un temor de si estaba en buen estado; mezclósele otro mayor de verse acabar entre pleitos de hacienda y voto de pobreza, sin ejecutarle, á su parecer, á derechas con tan floja é imperfecta vida. Sentía gran pena en verse morir sin haber podido ejecutar sus deseos de pobreza y entera renunciación de sus bienes, con que le parecía no estar segura en conciencia, con vehemente aprensión de que se había de condenar, y que casi se veía á las puertas del infierno, y que faltas en materia de pobreza y obediencia la tenían en estado de condenación.

Representósele entonces vivamente lo que era perder á Dios, esto es, dejar de ser suya y no estar en su gracia; penetraba delicadísimamente la gravedad de este mal, y entre las tinieblas espesas de sus dudas tenía una altísima luz del bien que es poseer á Dios, y el mal de perder su amor; hacíale esto gran peso, que, sumida en un profundo piélago de dolor y pavor mortal, no podía estimar en nada todos los tormentos eternos, los cuales tenía por paraíso si en ellos tuviera á Dios.

En medio de esta pelea, que le costaba trasudores mortales, el único remedio de que entonces se valió era esforzarse con una fuerza extraña á esperar en Dios, que la oiría en lo que con sumo dolor y profunda humillación su alma le suplicaba, y de lo profundo de su corazón le pedía que no dejase de ser suya, aunque se conmutase en eternas penas infernales, y con vehemente afecto, cual jamás tuvo, clamaba: «Señor, por quien vos sois, por vuestra inmensa bondad, no pido, no, vuestra gloria, ni contentos de cielo y tierra, no

libertad de penas temporales ó eternas; por esto clamo con toda la fuerza de mi corazón no deje yo de ser vuestra; aseguradme esta dicha; ámeos y sepa yo que me tenéis señalada por una de vuestras siervas, y sobre esto descargad, mi Dios, cuanto os pluguiere ó tienen merecido mis grandes pecados.» Dijo esto con viveza y luz tan alta, que al cabo de la pelea alcanzó una gran confianza de que nuestro Señor aceptó su petición, y que no dejaría su alma de ser suya; quedó en descanso notable. Sintió un gran refrigerio, como si la hubieran sacado de grandes tormentos. Tuvo esta enfermedad mucho de sobrenatural; íbase sazonando para la jornada de Inglaterra, que fué la corona de su vida.

CAPÍTULO XII.

DE SU PROFUNDA HUMILDAD Y DESEO QUE TODA LA HONRA Y GLORIA SE DIESE Á DIOS.

Del conocimiento grande que tuvo la santa doña Luisa de la grandeza y majestad de Dios, descubrió el abismo y profundidad de su miseria, origen de la verdadera humildad. Fué humilde de corazón, y un raro ejemplo en todas sus acciones de la vil estima que de sí tenía. El traje, la habitación, sus alhajas, el movimiento, su hablar, todo descubría tenerse por la mujer más abatida y despreciada del mundo.

Estuvo siempre muy lejos de estimarse por el bien con que se hallaba; veía cuánto le faltaba de lo que pedía su obligación, y la alteza de la perfección que

deseaba, y estaba siempre en mucho mayor peligro de desmayar y caer en pusilanimidad, que recibir complacencia de sus obras. La consideración de sus defectos estaba posesionada de su corazón y pensamiento; lloraba siempre sus culpas, quejábase de sus imperfecciones; nunca le faltaba qué confesar; decía eran intolerables sus faltas; acusaba su desagradecimiento, nunca contenta de sí; jamás perdía de vista el conocimiento propio de su flaqueza y miserias, quejosa que no había comenzado, que su correspondencia con Dios era cortísima.

Si tal vez se hablaba de sus virtudes, de su perfección y de las obras loables en que se empleaba, reducía á la consideración al punto la obligación que tenía y la imperfección de sus acciones, sin hacer reflexión en si era verdad lo que decían, sin atender á los juicios de los hombres, que las más veces aprueban lo que menos conocen; y sabiendo cada cual lo interior de su conciencia, es necio el que se deja engañar de lo que le dicen otros. Con que desconoció su humildad un eco de complacencia que resuena en los corazones, aun de los más perfectos, que hacen las voces de las alabanzas de los hombres. Un muro tenía en los oídos. Alabábala tal vez el Marqués, su tío, estando ella delante, y por remate decía que se podían con seguridad decir sus alabanzas en su presencia, y en cualquier aprieto de estos se acogía á la verdad del humilde San Francisco, con quien decía que cualquier otro que hubiera recibido los mismos beneficios y favores de la mano del Señor, hubiera aprovechado mucho más, y que ella, puesta en las tentaciones y ocasiones que ellos, hubiera caído en las mayores y más enormes faltas y pecados.

Con esta y otras consideraciones que continua-

mente revolvía en su discurso llegó á tanta facilidad en el retirarse á su nada, y alcanzó tan soberano dón de humildad de nuestro Señor, que desde los treinta años de su edad no era menester usar de más discursos; antes le estorbaban, porque al punto con gran destreza se ponía en el último lugar como en su centro, y no hallaba antes lugar en otra parte, y esto con tan verdadero sentimiento y firmeza que apenas ligeramente ponía el juicio ó el afecto en lo contrario, porque no había cosa más despreciada y abatida en sus ojos que ella misma. De todos hablaba bien, á todos honraba, y después que se apartó de la casa de sus deudos jamás llamó á nadie de vos, por más baja y vil que fuese la persona. Era apacible grandemente, enemiga de ser ni parecer grave ó severa; y aunque nunca hubiera tratado á las personas (si bien era recatadísima), era suave; pero con un muy buen modo, sin extremo alguno.

Jamás quiso sentarse en mesas de señores; y cuando el acudir á su pleito la obligaba á entrar á mediodía por sus puertas, si cedía á la porfía de los que la convidaban, comía con las criadas, más por derramar entre ellas buenos y santos propósitos y deseos, que con otro intento.

Entre sus mismas criadas era la menor de todas, sin admitir precedencia en la más menuda cosa. Cuando iba á misa á la Compañía, llevaba un corchillo en que sentarse; y pidiéndole una de sus compañeras se le dejase llevar, la respondió: «No, hermana; que si yo tengo necesidad de sentarme en él, también lo será llevarle.»

Reparó una de sus compañeras, estando en Valladolid, que por una celosía estaba mirando con alguna atención los hombres que pasaban del Rastro con es-

portillas al hombro con cuartos de carne. Preguntóla qué pensaba, y respondió: «Estaba considerando que estos hombres son mejores que yo.» Dijo la compañera: «¿Cómo puede ser eso, según Dios ni según mundo?» Respondióla: «Según mundo, iguales somos, hijos de Adán, común padre de todos los mortales, de una misma condición en el nacer y morir. Según Dios, son hijos suyos, redimidos con su sangre, y puede ser que cerca de Su Majestad sea superior su predestinación á la mía, y así me hallo inferior á todos.»

Mas la humildad mayor de esta fiel sierva de Cristo consistía en que estando llena de riquezas, de dones y gracias de Dios, y haber llegado á tanta perfección y ser sus obras tan aventajadas, ella se conservase en su bajeza y humildad, sin que se le pegase un ligero polvo de vanidad ó complacencia propia, y, fidelísima á Dios, reconocía cuánto de su inmensa liberalidad había recibido. Este conocimiento fué el mayor apoyo de su grande humildad. Veía con una clarísima luz que todo cuanto tenía era de Dios; porque, conociendo los peligros de los caminos del siglo en que vivía y sus fuerzas débiles y cortas, reconocía que era imposible dar un solo paso por ellos á no ser continuamente ayudada con los socorros del cielo, y menos recibir tan grandes favores no estando apoyada en su Señor, siendo cierto que ni un paso, ni una palabra, ni tener un pensamiento bueno podemos que no nos venga de Dios, mayormente viéndose enriquecida de tan grandes tesoros (no es virtud desconocer sus bienes) y preciosas joyas, y que, si no tuviera el auxilio de su Esposo para llevarlas, pudieran servir para que la caída fuera mayor; y así, era diestrísima en dar la gloria á Dios, cuya era; á

Él acudía con las alabanzas; érale aflicción y tormento grande la diesen la menor estimación, que no tenía por suya, y andaba con miedo y sobresalto de tener alguna parte de honra que enteramente se debía á Dios.

Con esto andaba tan defendida y pertrechada contra la vanagloria, que se reía de semejante vicio. Estando ocupada en las heroicas obras que veremos en la tercera parte de esta historia, la escribió un confesor suyo si le había venido alguna vana complacencia. Respondióle estas palabras:

«Digo que gusté mucho de la prevención de la vanagloria, cosa propia de tan grave persona cuando llega á poner altezas tales delante de ojos tan bajos é indignos de ella; pero, por lo demás, la antigua misericordia se conserva, crece y se aploma con los continuos y nuevos motivos de amor de mi Señor dulcísimo, y los que siempre va descubriendo en sí mi infidelísima correspondencia y flaqueza son de manera que más peligro tengo de desmayar que de desvanecerme. Ni sé tampoco cómo ni de qué modo puede causar vana complacencia lo que tan fuertemente tira y saca de sí y lleva al Amado, y maravillosamente transforma en Él, deseando el alma hacerle tan absoluto dueño de su gloria que, dado caso que fuera suya y no de Él, ni aun en muy pequeña parte podía tolerar lo contrario.»

CAPÍTULO XIII.

DE ALGUNAS MORTIFICACIONES Y EXCESOS DE HUMILDAD.

Pusieron siempre los santos mayor esfuerzo en vencer al enemigo que les hacía más declarada la guerra, de quien recibían más valientes los combates, que pedía más valerosa resistencia. Doña Luisa, que trajo su mayor lucha con los afectos de honor y estimación de mundo, puso vigorosamente el hombro para derribar este enemigo, como en su lugar apuntamos, dándole golpes de contrarios actos, en que buscaba su abatimiento y humillación; atendió á esto con particular estudio, y era tal su desnudez y desprecio de las cosas del siglo y de sí misma, y la sed tan insaciable de humillarse y deshacerse por Dios, que parece que, si estuviera en su mano el dejar de ser hija de sus padres, hubiera renunciado gustosamente la nobleza antes de nacer, como lo hizo cuando pudo y lo mostró con sus obras: sólo parece cuidada en parecer mujer de condición humilde y que se entendiese era inclinación en ella y una natural abyección, no pobreza de espíritu y voluntad, ocultando los esmaltes de perfección de sus obras, encubriendo de este modo su virtud, exponiéndose á los juicios de los hombres.

Dando alcance á su enemigo hizo la venerable doña Luisa hazañas grandes. Atendía, como en su lugar dijimos, á las haciendas de casa, hasta fregar su semana, lavar las inmundicias, barrer el portal y la

puerta de la calle. Sucedió salir un día de regocijo á vaciar la espuerta de la basura al medio de la calle de Toledo, que es tan ancha como vemos; acertaron á pasar algunos caballeros á caballo y en coches, de ellos parientes suyos. Conociólos: conociéronla; prosiguió su salida en cuerpo con la espuerta encima de la cabeza; no volvió atrás el rostro; estuvo firme hasta que pasaron todos; llegó al medio de la calle, vació su espuerta y volvió por otra.

Otra vez, estando en medio de la calle, acertaron á pasar algunos coches, que la impidieron la vuelta por buen rato. En una ocasión de éstas la conoció un pajecillo, y dijo á su compañero: «¡Oyes, hola! ¿Ves aquella mujer? Es parienta de tu amo.» Corrióse el mozuelo como si le hubieran hecho una afrenta. Dijo: «Debe de ser una loca.» Tal vez los que pasaban hacían entretenimiento de decirla injurias, que oía con el semblante que otros sus alabanzas.

Pasando un día la Duquesa de Medina de Rioseco, D.ª Victoria Colona, por la plaza de Valladolid, alcanzó á ver á D.ª Luisa con una esportilla en el brazo, comprando unas legumbres para la provisión de la casa. Hizo acercar y parar el coche, y la dijo: «¿Cómo, Luisa, andáis de esta suerte con tanta mortificación y menosprecio?» Ella respondió con mucha alegría: «Harto más se mortifica Vuestra Excelencia en bajar su grandeza á hablarme aquí que yo en lo que hago.» Quedó la Duquesa edificadísima; mas aficionada á su santidad y ejemplo, quiso meterla en el coche y no pudo conseguirlo.

Esto alcanzó de D.ª Luisa la Condesa de la Puebla, D.ª María Corella y Mendoza, mas con notable humildad y encogimiento. Encontróla en Madrid

sola, y, á su parecer, descalza y muy lejos de su casa; hizo grandísima fuerza para meterla en el coche y llevarla á su posada; no había remedio de acabarlo; rindióse, en fin, á su porfía; encogióse y arrinconóse en lo bajo del estribo, sin querer entrar adentro. Quedó admirada la Condesa, con mayor estima de su virtud; túvola de allí adelante por santa, viéndola tan apartada de las cosas del mundo.

Un día, estando comprando en la plaza de Madrid pan ú otra cosa de comer, con no pocos lodos, pasó á caballo el Marqués de Almazán, su primo hermano, con sus criados: estaba D.ª Luisa con su cara descubierta; viéndola el Marqués, disimuló sin hablarla; los criados, que la conocieron, comenzaron á discurrir sobre el verla en tan abatido traje y ocupación tan humilde; ella quedó muy alegre, y contenta, cuanto corrida una compañera que llevaba al lado.

Estando una vez muy mala, de manera que no se podía tener en pie, la mandó su confesor que fuese á ver un enfermo; importaba mucho á su alma; trajéronla una silla por no poder ir por su pie; fué tal su escándalo y admiración de que la trajesen silla, como si fuera ella una esclava. No fué posible que entrase en ella; dijo que más conforme á su persona era el jumento de un aguador. Trajéronle; fué en él con harto trabajo y ocasiones de humildad y paciencia, porque como estaba enferma, no acostumbrada á semejante caballería, se iba cayendo; de manera que fué forzoso ir una de sus compañeras junto á ella por que no diese en el suelo. Fué con esto grande la grita de los muchachos y chacota que hacían todos, é iba D.ª Luisa con una alegría y serenidad de rostro como un ángel, testimonio de la estimación

grande que tenía de verse humillada por Dios, y no sólo abrazaba las ocasiones que de esto se le ofrecían, sino que las buscaba y procuraba.

Traía casi siempre una mantellina de paño pardo grosero sobre el manto de anascote; decía que por repararse del frío, y lo más cierto para humillarse y abatirse. Como el traje era tan extraño, era el entretenimiento de cuantos la topaban: decíanla cuanto se les ofrecía, poníanla apodos; por todo pasaba con un semblante sereno.

Lloviendo un día muy recio, esperaba que escampase para ir á misa. Proseguía el agua en su fuerza; su devoción no sufría largas; fué á la cama, tomó el cobertor de paño pardo, doblóle, cubrióse con él y fuése á misa. Estaba buen número de muchachos en un portal amparándose del tiempo; en verla, comenzaron á dar voces y salir tras ella, diciendo: «¡A la madre de las brujas! ¡A la madre de las brujas!» Dándole éste y semejantes renombres, pasaba con el gusto que si oyera un coro de jilgueros á quienes llevaban el tenor unos canarios.

No es fácil de explicar lo que se habló de este su modo de vida y de acciones tan humildes: decían unos que era loca; otros que no tenía ella la culpa, sino sus parientes, dejando andar de esta manera á una señora, doncella principal y moza; esto oía á sus oídos, y otras cosas bien sensibles; callaba como una piedra, resistía constante con un valor cristiano, ofreciendo á Dios lo que en esto padecía.

CAPÍTULO XIV.

DE OTRA MORTIFICACIÓN MUY NOTABLE.

Nunca la gracia sabe estar ociosa: es una divina usuraria que dobla por momentos el caudal, y acrecentando las obras virtuosas, recambia merecimientos. No contenta D.ª Luisa con humillaciones tan raras, las procuraba mayores. Deseaba sumamente pedir limosna por Dios y gustar de la pobreza en su extremo; mortificación grande en una persona noble, en su natural honroso. Dióla licencia su confesor, sin cuya dirección no se movía á cosa alguna. Habiendo un día comulgado y tenido sus horas de oración, llamó á su confidente Inés, y en secreto hizo que tomase una escudilla, y la dijo: «Inés, venga conmigo, que ella es testigo de todo» (jamás daba cuenta de sus cosas sino es á quien era inexcusable): caminó á San Francisco (vivía entonces en Madrid); llegó un poco antes que repartiesen la limosna. Entró en la iglesia, adoró á nuestro Señor como lo tenía de costumbre. El concurso de pobres era grande; miró á la parte donde estaban las mujeres, sentóse entre ellas, comenzó á trabar pláticas, hablólas de nuestro Señor conforme á la corta capacidad de aquella gente. Salieron los religiosos á dar limosna (que más pobres la dan siempre mayor); aquí llegó la multitud de mendigos con la grita y tropel á que obliga la necesidad y el hambre. Acercóse D.ª Luisa entre los empellones, y estando detrás de todos con su escudilla en la mano, con grande humildad y mesura dijo:

«Padre, déme, por amor de Dios, una limosna»; el semblante y las palabras llevaron los ojos al religioso; miróla con atención, y dijo: «Tomad vos, que me parecéis mujer honrada.» Llenóla la escudilla, dióla más pedazos de pan de lo ordinario; recibiólo con grande reverencia. Con su porción en las manos se entró en la iglesia, púsola delante, y puestas las manos é hincada de rodillas, dió gracias á Dios por la grande merced que la había hecho. Púsose en oración, en la cual permaneció inmóvil por gran rato; temiendo la compañera viniesen los religiosos á vísperas y la hallasen de aquel modo, la comenzó á llamar y á tirarla de la ropa, aunque en vano; volvió en sí á una larga porfía, tomó su escudilla y pan, y saliendo de la iglesia, celebraron las dos el espléndido banquete con sentimiento y ternura; hizo guardar los pedazos que sobraron, como el que deja parte de lo que le supo bien, para la noche.

Hizo esto otras muchas veces en Madrid y Valladolid. Olvidóse un día la escudilla (por ventura fué de intento); sentóse junto á una pobre enferma; caíale un humor asqueroso de los ojos en abundancia; como la vió sin tener en qué recibir limosna, la ofreció su escudilla después que hubiese comido; aceptó D.ª Luisa; limpióla la pobre con su mano, no más limpia que sus ojos; tomóla D.ª Luisa la escudilla de madera, fué por su caldo, comióle entre las pobres; no la costó poco el ofrecimiento, porque era en extremo limpia, pero más mortificada y humilde.

Dejó en Madrid este ejercicio porque la conocían ya los religiosos y la llamaban los pobres la pobre santa ó enferma.

No salió tan bien sazonado otro religioso en Valladolid, que, llegando á su convento á recibir limosna entre los pobres, la dijo: «¿Qué hacéis vos aquí pidiendo limosna? Harto mejor estaríais sirviendo y trabajando, que no andándoos por las calles perdida.» Oía estas cosas y otras semejantes de buena gana y con gusto, por el grande que tenía en verse abatida y despreciada por su dulcísimo Señor.

Pedía también limosna en otras partes con tan notable espíritu, que causaba admiración; comía con gran reverencia este pan, diciendo ser administrado por los ángeles y dado por amor de Dios; tan suave consonancia hacía en su espíritu este dulcísimo amor.

No procedían estas acciones de que hemos hablado en estos dos capítulos de pensamientos viles y abatidos ó de ánimo abierto ó apocado; resplandecen en cualquier cosa de éstas una humildad profundísima en grado heroico, que no sólo huye el honor, mas busca el abatimiento; un olvido raro de sí misma, un ánimo superior á todo lo humano y terreno, desprecio grande del mundo, su pundonor y respetos. Este espíritu movió á un Alejo santo á abatirse y esconderse, y á vista de los cuidados de su padre y lágrimas amargas de su madre, ansias y suspiros de su esposa, fué el oprobio y escarnio de sus criados. Éste movió á una Fabiola, nobilísima romana, descendiente de los Fabios, á andar por las calles y plazas de Roma, llevando sobre sus mismos hombros los pobres llagados á un hospital, la primera que le fundó en la Iglesia. Éste obligó á una Isabel, hija del Rey de Hungría, á ponerse á servir á un hospital como mujer ordinaria, y llevar en una noche sobre sus brazos á un mozo pobre, sarnoso, siete veces al lugar inmundo. Éste fué el de un Alejandro, que, docto y

santo, andaba en hábito y oficio de carbonero, despreciado y abatido, hasta que le colocó Dios en el candelero de su Iglesia. Este el del abad Panufio, que, cargado de canas y virtudes, huyó de su monasterio, donde le estimaban, y desconocido é injuriado, se pone á servir en ministerios vilísimos. Éste movió al otro Obispo santo, que con deseo de ser tenido en poco, partió á Jerusalén, tomó un hábito vil y se puso á servir de peón en los edificios públicos. Esta es la ciencia de los santos, que no la alcanzan los sabios de Babilonia, mas sí los siervos de Dios, que van en seguimiento de aquel Señor que, hijo de Dios, se hizo hijo del hombre, se aniquiló á sí mismo tomando forma de siervo y traje de pecador, que encubrió los resplandores de su nobleza y se humilló á ser el oprobio de los hombres, el desprecio del pueblo, hasta morir entre dos facinerosos en un palo. Á este Señor, enamorada, deseó parecerse D.ª Luisa; á este fin eran tantas invenciones de deshacerse y humillarse; consiguiólo con la divina gracia hasta el extremo que vemos.

CAPÍTULO XV.

DEL BIEN QUE HIZO Á MUCHAS ALMAS CON SUS PALABRAS Y TRATO SANTO.

Del grande amor que tenía á Dios y al prójimo la venerable D.ª Luisa se originó un celo raro de la salud de las almas, que es un medio con que de verdad se cumple con este divino amor; procúrase al

hombre el mayor bien y á Dios la mayor gloria. Fué en esta parte una de las más fervorosas almas que hubo en su tiempo, con menos ruido y demostración y con mejores efectos, porque, sin parecer que hacía, movía, y sin hablar, obraba; sin moverse, arrebataba los corazones y los traía al amor de nuestro Señor y remordimiento de sus conciencias si no las tenían sanas.

Eran humildes sus palabras, mas las razones vivas y eficaces, y tanto, que por divertida que estuviese un alma, la hacía reparar y volver sobre sí; enseñaba y persuadía con pocas palabras, y ésas llanas.

Era eficacísima en sus intentos, suavísima en ejecutarlos, con tal destreza que hubiese de durar lo que pretendía. Decía que lo violento no era de provecho, sino de conocido daño, y que el espíritu había de ser como un viento suave y continuada marea, que durando refrescase y obrase con suavidad. Extrañaba mucho que fuese bueno hacer nada por fuerza y con violencia, y le parecía que el trato con nuestro Señor era como el de los muy prudentes y amorosos padres, que hacen con sus hijos lo que quieren con gran suavidad, y no como el cómitre de galera, á fuerza de azote y de rigor.

Fué su celo, y lo que con él obró, muy á lo apostólico; era grande la pena que tenía de ver ofendido á su Señor, y así, la mayor parte de sus penitencias, como apuntamos, era suplicando á la Majestad divina que convirtiese las almas; no reparaba en trabajo corporal, ni en otras incomodidades, cuando se ofrecía alguna ocasión de ayudar algunas almas ó sacarlas de pecado; y muchas veces, viendo algunas personas hacer ó decir algo que fuese ofensa á Dios, se llegaba á ellas con gran mansedumbre y amor, y

las rogaba se fuesen á la mano, y esto con unas palabras tan sentidas y eficaces, que hacían reparar y componerse aun á los más libres.

Era tan puntual, que aun en las cosas más menudas no disimulaba; mas advertía las faltas con tanta caridad, que venía á parecer más entretenimiento gustoso que ejercicio de mortificación ó enseñanza; reprendía con pocas palabras llenas de verdades claras, poniendo más la fuerza en dar á entender los bienes grandes de que carecen las almas por no querer hacerse fuerza en vencer sus pasiones, con que pasaran con menos trabajo si dieran tras ellas, siguiendo el verdadero y seguro camino de la mortificación, y de esta manera las iba facilitando las repugnancias y otras dificultades que podían tener en vencerlas, procurando dejarlas el camino de la virtud llano y apacible.

Si sabía que algunas personas estaban reñidas ó disgustadas, no sosegaba hasta ponerlas en paz y amistad asegurada.

Aconsejaba á todos los que podía, no sólo guardasen la ley de Dios, sino que procurasen seguir los consejos evangélicos, y fueron muchas las almas que por su consejo y á su instancia se entraron en las religiones más reformadas, donde dieron con sus vidas testimonio: ¡cuán buena fué la maestra! Y á otras que por su estado no podían seguir perfección tan grande, las encaminaba á ejercicios de oración y mortificación; sacó muchas almas muy aventajadas en virtud. Acomodábase siempre más con la gente pobre y de estado humilde, por parecerle que de ordinario son más ignorantes; porque, como no leen ni tienen noticia de cosas espirituales, pocas veces se inclinan á mucha virtud. Hasta á las esclavas y criadas de señoras que acudían á su casa daba sus documentos, decíales fuesen fieles y anduviesen mirando siempre á Dios en sus amas y señoras.

Comunicaba á todas las personas con quienes trataba, con su afabilidad y encendido amor, un fervor singular, de manera que reconocían todos los que lo recibían que se lo debían á ella y que se les había pegado de su trato y familiaridad; en este dón fué muy aventajada y la primera señal de su gran santidad.

Sobre la luz sobrenatural que Dios comunicó á esta su sierva, era persona de aventajado talento y gran capacidad para todo género de cosas; tenía particular gracia en sosegar y apaciguar almas que estaban inquietas y turbadas con escrúpulos y otros géneros de tentaciones, y les era remedio muy conocido sus palabras ó á boca ó por escrito.

No hablaba, obraba ó pensaba cosa sin algún buen fin; tenía gran lástima de los que pierden tiempo y el trabajo sin fruto, y decía que cuando no hubiera otra cosa en el obrar bien sino el buen empleo del tiempo, se había de estimar y tener esto solo por bastante premio.

La pureza del sol, sin riesgo pasa por los lugares inmundos; fué tan grande la de esta sierva de Dios, que sin indecencia pudo llegar á la casa de la deshonestidad; sentábase tal vez á la puerta de los aposentos de las mujeres públicas, estábase largos ratos con ellas, enseñándolas y dándolas á entender el estado miserable en que estaban, sin reparar en el peligro que podía tener su vida con la indignación de algunos hombres perdidos, á quienes con su asistencia detenía la ejecución de su apetito. Lo mismo hacía en todas las ocasiones que se ofrecían en que pudiese evitar algunas ofensas de nuestro Señor, y cuanto

en esto hacía y padecía, que era mucho, nada parece le satisfacía, según sus ansias de que nuestro Señor fuese de todos amado y de ninguno ofendido.

Salió un día con sus compañeras á hacer un poco de ejercicio; llegó casi á salir de Madrid; oyó en una casilla pobre á una mujer llorando á gritos; entró con sus mujeres; hallóla con un hombre muerto en las faldas, que acababa de morir repentinamente, ejecutando la indignación divina el castigo mientras se cometía el delito; supo como era mujer perdida y que estaba en mal estado con aquel desdichado, y aficionada, hacía aquellos extremos de su pena; mayor la tenía D.ª Luisa de la pérdida del alma. Hablóla con notable eficacia: bastara el espectáculo presente; dióla á entender el peligro grande de su alma; lo que debía á Dios dándola lugar á penitencia, cuando pudiera descargar sobre ambos delincuentes el castigo; persuadióla que se volviese á Dios y saliese del peligro en que estaba; llevóla á su casa, enseñóla con grande caridad, hizo se confesase generalmente, no apartó la mano de la obra hasta dejarla acomodada y segura. Vivió después con ejemplo y opinión de vida recogida. Venía muchas veces á visitar á doña Luisa, agradecida al bien que la había hecho; obraba estas cosas con increíble recato, sin que pareciese hacía alguna cosa, buscando siempre la gloria y honra de Dios.

Una persona que le tocaba de cerca desamparó su hábito y religión, y, como es ordinario, se embarcó en varias pretensiones, con notable sentimiento de D.ª Luisa; persuadióle muchas veces que se volviese á la casa de Dios y entre sus siervos; que la oveja fuera del rebaño corre riesgos; que nuestro Señor le recibiría y ampararía, ni por ser mozo se prometiese

larga vida; tenía dispensación de Su Santidad para tomar el hábito de Alcántara; sobre estos grandes designios desbaratólos una calentura que en pocos días acabó con todo. Supo D.ª Luisa el mal, y le envió á decir se confesase al punto generalmente, y dispusiese su alma; él decía que no lo podía hacer, que le trababan la lengua. Acogióse D.ª Luisa á la oración, á negociar con Dios la salud de este alma; escribióle un papel que acabase lo que el recado no pudo; el día siguiente, en saliendo de la oración, dobló la diligencia con otro billete con más apretada instancia; envióle un religioso de la Compañía con quien se confesase generalmente, recibiendo los santos Sacramentos; murió luego reconciliado con su religión y en su hábito. Quedó muy consolada D.ª Luisa; decía después á sus compañeras: «Ayudémosle, hermanas, que tiene gran purgatorio.» Andaba este religioso en habito de clérigo, con necesidad extrema, que á quien deja la abundancia de la casa de Dios, los elementos le faltan. Socorrióle D.ª Luisa como pudo, decía ella, no como á caballero, mas como á un pobre que necesita de sustentar la vida; «porque yo, decía, no quiero servir á la vanidad, sino á la necesidad, según el gusto de Dios».

A una persona muy cuerda que se encargó de hacer las cuentas de su pleito se lo pagó largamente, con ser causa de grande aprovechamiento de su alma. Redújole en diferentes ocasiones á que comulgase cada ocho días, excusándose él con su indignidad é insuficiencia; le encaminó por tales modos y con tal fuerza, que salió con ello, y lo ha continuado desde entonces por espacio de treinta años; y aunque algunas veces se sentía con tibieza y dejo (y conforme á su dictamen), dejara de llegar al pan del cielo; mas

acordándose que fué consejo de esta sierva de Dios, le causaba prendas celestiales para pasar adelante con su frecuencia. Dábale varias consejos, en especial que reprimiese deseos y excusase pretensiones, y tuvo tanta fuerza y eficacia que lo ha ejecutado por el espacio de su vida, que se la va Dios dando larga. No sólo ha reprimido deseos y dado de mano á todo género de pretensiones, á que por sus muchas partes podía aspirar, sino que ha coronado una ejemplar y loable vida tratando de hacerse sacerdote, y escribiendo las vidas de los santos del Martirologio romano, que con brevedad gozará y admirará España.

Reconoce en gran parte su heroica resolución á los consejos de D.ª Luisa, D.ª Aldonza de Zúñiga, hija del Conde de Miranda, Presidente de Castilla, Grande de España, que, conociendo la luz divina de esta sierva de Dios para aconsejar á lo mejor, y eficacia y fortaleza grande que comunicaba á las almas para ejecutar lo que aconsejaba, obedeció sus consejos, y, hija única de sus padres y única en perfecciones de alma y cuerpo, cuando la ofrecía el mundo sus mayores grandezas en su más florida edad, con una ardiente fe enarboló el estandarte de la Cruz, y siendo la primera que entró en el real convento de la Encarnación, fué guía á la mayor nobleza de España á que siguiese las estrechas sendas de la perfección evangélica, donde se halla con gran satisfacción de su espíritu y experiencia de que era el Espíritu Santo el que alumbraba y movía á esta devota virgen, cuando con tantas veras encaminaba las almas á la sagrada reformación agustina, á quien tuvo particular afecto.

CAPÍTULO XVI.

DE LA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y DE SUS COMUNIONES.

Tarde parece llegamos á tratar de la rara devoción que D.ª Luisa tuvo al sacrosanto Sacramento del altar, siendo las virtudes que hemos visto efectos de su frecuencia, y el alimento con que se sustentaba aquella vida tan austera y penitente; mas como para recibirle dignamente (cuanto alcanza la flaqueza humana) es la disposición mayor la buena vida y ejercicio continuo de virtudes, habrán servido los discursos precedentes de disposición á este tratado.

Siendo de edad de once años comulgó la primera vez, como dijimos, con gran disposición y reverencia, hasta subir temblando las gradas del altar, efecto de su fe y justa ponderación de lo que hacía.

El tiempo que estuvo en la casa del Marqués, su tío, no pudo frecuentar la comunión sagrada las veces que su afecto la pedía, mayormente en festividades grandes, que en los palacios se celebran más con galas y banquetes que con el sentimiento devoto para que se instituyeron; iban á procesiones y fiestas, de que volvían muy tarde; madrugaban los almuerzos, á que era fuerza hallarse; hacía sus diligencias para no carecer de este divino manjar en tales días; conservábase ayuna, procurando hubiese misa aunque muy tarde, y en ella comulgaba; costábale harto trabajo.

Mientras estuvo en casa de sus tíos no comulgaba

más de una vez cada semana, y era esta frecuencia en aquel tiempo grande; suplía la falta de comuniones el continuo ejercicio de virtudes, recogimiento, oración y penitencias.

Después que dejó el mundo, si es que alguna vez le tuvo, y comenzó á hacer la vida tan prodigiosa que hemos visto, entregada toda á Dios, su confesor, religioso de la Compañía, hombre de muchas letras y espíritu, elegido, en fin, por la prudencia de doña Luisa para guía y gobierno de su alma, sólo la permitió comulgar los domingos y los jueves; con tanta moderación se caminaba.

Deseaba grandemente poder también recibir á su Señor las fiestas principales, y que fuesen las dos comuniones ciertas, aunque en días diferentes, si se atravesaba impedimento ó estorbo en los días señalados; no pudo conseguir uno ni otro, aun cuando enfermedad ó achaque grande la hubiera detenido en la cama, sin poder salir de casa.

Fué ésta una de las mayores y más rigurosas mortificaciones que le podían venir, porque ya su deseo y sed de unirse con nuestro Señor por medio del Santísimo Sacramento era ardentísima, de manera que no hallaba consuelo en otra cosa, y sentía un dolor que la penetraba y consumía el corazón, y se aumentaba mientras se le dilataba este manjar celestial. No bastaba á templar ó moderar estos afectos la consideración de su indignidad y miseria, porque ya se había apoderado de su alma la fuerza del divino amor y deseo de verse unida con la Majestad divina por la mayor frecuencia de este soberano Sacramento. Mas el mandárselo su confesor bastó para detener estos ansiosos deseos; si bien no faltaron personas espirituales que le aconsejasen lo contario,

no siguió su parecer, escogiendo primero morir que dejar de obedecer; pasó con este rigor algunos años; fueron por lo menos cuatro después que se pasó á su casita.

Ausentóse el confesor; sucedióle otro para su consuelo, muy diferente del pasado; alargó la mano, dábala algunas más licencias para comulgar que hasta allí, y al cabo de algún tiempo resolvió que era bien darla licencia de comulgar cada día. La vida era perfectísima; constaba toda de ejercicio de virtudes, unas sucedían á otras; impedimento que distrajese, ninguno; costóle la pretensión muchas lágrimas y ruegos; era raro entonces el comulgar cada día.

No acostumbraba la Compañía en aquel tiempo dar licencia para comulgar todos los días sin preceder gran examen; no se fiaba del confesor particular de la persona; cometía el Padre provincial á otros religiosos de gran satisfacción, letras y espíritu, que examinasen la virtud, los ejercicios, el recogimiento, la oración, finalmente, el estado del alma á quien se concedía, y con su aprobación daba licencia; y por más espiritual que fuese la persona, pasaba por esta prueba. Dióse licencia á D.ª Luisa con gran aprobación y gusto de los que la examinaron y trataron.

Muchos varones doctos y píos, para la comunión de cada día ó poco menor frecuencia, piden ejemplar y santa vida, profesión de todas las virtudes, abstracción y retiramiento grande de las cosas y pretensiones de mundo, y una entrega total de todo el hombre á Dios y á su servicio; otros se contentan con mucho menos, y á virtudes que apenas se divisan, turbadas con afectos y pasiones, franquean el pan del cielo cada día; todo nace de piedad y buen celo; son varios los juicios de los hombres; remitamos su

calificación al más docto. Pondremos solamente el espíritu que juzga qué ha de tener el que comulga cada día, el venerable varón Juan Rusbroquio, en un tratado que llama *Espejo de la salud eterna*, en el capítulo XII; no pongo sus palabras por doctrina, que no es de mi profesión ni de mi intento, cuanto porque en él describe el estado del alma de D.ª Luisa al tiempo que se le concedió esta licencia. Fué este doctor gravísimo gran maestro de espíritu, á quien el Cartujano llama el Dionisio Areopagita de su edad: ha que pasó trescientos años; son éstas sus palabras. Pinta el espíritu y vida de los que pueden comulgar cada día. Pondremos algunas cláusulas:

«Son éstos unos hombres recogidos á lo interior de su alma, que, por la gracia de Dios, con levantado y libre espíritu en este recogimiento interior, andan siempre en presencia de nuestro Señor; y tiene tanta fuerza en ellos el espíritu recogido, que tira en pos de sí y recoge al interior el corazón, el alma, el cuerpo y todas las fuerzas corporales.

»Estos hombres han alcanzado señorío de sí mismos, y así viven en gran paz interior, y aunque á veces sientan algunas impugnaciones y tentaciones; pero con mucha brevedad salen vencedores de ellas, porque, como están mortificados, no pueden durar en ellos mucho tiempo los movimientos de los vicios. Han alcanzado una gran luz y conocimiento verdadero de Cristo nuestro Señor, así de su divinidad como de su humanidad, y ejercitan este conocimiento en el retiro interior de su alma con un espíritu libre de imágenes y representaciones extrañas, y con un amor desnudo de amores de criaturas se levantan al amor de la Divinidad, y en las acciones exteriores con un íntimo amor del corazón, confor-

mado con las virtudes y acciones de Cristo nuestro Señor; y cuanto más conocen y aman, tanto más gustan y sienten; y cuanto más sienten y gustan, tanto más apetecen, desean, buscan y experimentan; que aman á Dios con todo su corazón, alma y espíritu. Estos son unos hombres que cuando consideran sus vicios, sus yerros é imperfecciones, y cuanto les falta para llegar á la perfección, adonde caminan, se desagradan de sí mismos y se ejercitan en amoroso temor de Dios, y en desprecio humilde de sí mismos, y en verdadera esperanza; y cuanto de esta manera se bajan con humildad verdadera, y desagrado y desestimación de sí mismos, tanto más agradan á Dios y suben á estar con singular respeto, reverencia y veneración en su presencia. Su ejercicio continuo es recogerse dentro de sí á Dios y salir afuera al conocimiento de sí mismos; de manera, que cuando se retiran á lo interior, es para conocer á Dios y ponerse en su presencia con amorosa reverencia y temor, y cuando salen afuera es para despreciarse y desagradarse de sí mismos; de suerte que todas las buenas obras que hacen y lo que padecen, así exterior como interiormente, no lo estiman en nada, ni lo tienen por de valor ni precio alguno en el acatamiento de Dios. Los que entienden estas cosas y viven de esta manera bien podrán comulgar todos los días, porque son gente muy bien ordenada, llenos de gracia y de virtudes todos sus ejercicios, ora se retiren adentro, ora salgan afuera, cuya vida consiste en cuatro cosas: La primera es gran pureza de conciencia de cualesquiera pecados graves. La segunda es sabiduría y noticia sobrenatural, así en la contemplacion como en la acción. La tercera es verdadera humildad de corazón, de voluntad y de espíritu, en costumbres, pa-

labras y acciones. La cuarta es el estar muertos á toda propiedad de su misma voluntad, resignados del todo en la voluntad de Dios.»

Esto es parte de lo que requiere el venerable Juan Rusbroquio en los que comulgan cada día, que hallamos con ventaja en D.ª Luisa.

CAPÍTULO XVII.

DE LOS EFECTOS DE LA MAYOR FRECUENCIA DE LA COMUNIÓN.—OBEDIENCIA Á SUS CONFESORES.

No fué esta licencia de comulgar absoluta, dejada á su voluntad y arbitrio, sin dependencia de su confesor; íbasela dando de nuevo cada día, trayéndola siempre colgada de aquel cuidado, haciendo juntamente grandes pruebas y mortificaciones, tanto más advertidamente cuanto más entendía de su sentimiento, que era rarísimo, cuando quedaba sin la sagrada comunión, como veremos.

Cerca del tiempo que se le concedió esta licencia tuvo una representación, en sueños, de una resplandeciente estrella que bajaba del cielo y se le entraba en el pecho; y aplicado al Santísimo Sacramento, le dió notable consuelo y lo tuvo por cosa misteriosa y celebró con versos.

Esta licencia ó permisión de comuniones le fué un bien inestimable, porque para el fuego del corazón era fuentes de agua viva, y para el hielo un fuego abrasador; y si el que hallaba la Majestad divina en el alma de su sierva era de su amor junto con el que

traía, ¿qué había de resultar en su pecho sino un incendio divino? Crecieron desde estas primeras comuniones conocidamente las misericordias que nuestro Señor usó con ella, y comenzaron con esta mayor frecuencia, con este inmenso bien, á volver todos sus males las espaldas, huyeron de su corazón, y él se sintió fortalecido en la virtud y con menos flaqueza en las faltas é imperfecciones ordinarias, y en breves días le parecía que había comenzado á experimentar cuál fuese aquella libertad de hijos de Dios que hace verdaderamente libres, mostrándosele el amor claro y sereno; y conocía, por cierto, no haber en la tierra ni en el cielo más de solo un mal ó un bien, y esto era perder ó poseer á Dios en aquella manera que quería ser del alma poseído.

Aparejaba con grandísimo cuidado la custodia de su alma; la perfección de su vida, sus virtudes, el tenor de sus costumbres eran una perpetua preparación: con ser tan grande la pureza de su conciencia, se confesaba los más días. No es comprensible la ternura, la aniquilación de sí misma, la viva fe, la reverencia con que llegaba; su gran luz descubría la grandeza de la majestad del huésped, su indignidad y miseria, si así no juzgaba por excusada la más cuidadosa diligencia.

No hay palabras que cabalmente puedan declarar el aprecio, la estima y devoción que esta santa alma tenía de recibir á Cristo nuestro Señor sacramentado, sus ansias, sus deseos; contaba las horas y cuartos que había de una comunión á otra. No es posible explicarse aquel ardor de fe, las diligencias de este serafín humano por no carecer un día de la sagrada comunión. El cuerpo, débil y muchas veces cargado de enfermedades, y que parecía que apenas podía te-

nerse en pie, animábase con temporales rigurosos á ir á la Compañía, con admiración de sus buenas compañeras, que juzgaban que no la llevaban sus fuerzas, mas las de su valiente amor, y que nuestro Señor obraba sobrenaturalmente.

Era tan grande el aprecio que tenía de no perder una comunión aunque le costase mucho, que desde el Colegio Inglés de Valladolid hasta San Benito el Real, iba los Viernes Santos (distancia grande) con unas ansias encendidas, tal vez con las calles trabajosas y temporales contrarios. Madrugaba el día de purga antes de tomarla á comulgar, y el mayor sentimiento de sus enfermedades era no poder recibir á su Señor, mayormente á los principios, cuando aun no tenía licencia para que la dijesen misa en su oratorio. En una enfermedad gravísima, que apenas conocía las personas ni entendía lo que la decían, mas estaba sobre esto muy atenta al dar el reloj las once de la noche para no tomar cosa alguna, y en oyendo las doce se privaba del refrigerio de enjuagarse, disponiendo las cosas de manera que nunca dejase de comulgar.

Á estos deseos encendidos favoreció la dulcísima providencia de nuestro Señor ordenando que, cuando de ninguna manera podía salir de casa, siempre tuviese quien la dijese misa y comulgase, mayormente en enfermedades apretadas. No se sabe cómo sucedía: jamás la faltó este bien después que tuvo licencia para que se celebrase en su oratorio, y en algunas ocasiones, sin saber cómo, se disponían las cosas milagrosamente, de que puede entenderse cuán gratas eran á Dios sus comuniones. Era tan grande su ardor y hambre de este divino bocado, que decía muchas veces que si viera al Santísimo Sacramento

rodeado de picas y lanzas, rompiera por medio de ellas para ir á comulgar, aunque quedara allí muerta; y otras: «Si me pusieran de aquella parte el Santísimo Sacramento y de ésta todos los trabajos, dolores y penas que se padecen en este mundo, juntas con las de los condenados en el infierno, por todo pasaría por recibir á Su Majestad, aunque no fuera más que sola una vez.»

Estas ansias, estos fuegos, esta sed que no se apaga menos que con el torrente de los deleites de Dios, paraban todos con decirla el confesor: «No comulgue hoy.» Díjoselo muchas veces, y algunas por temporadas, por mortificarla, como sabía que era esta prohibición la cosa que más sentía en esta vida. En diferentes ocasiones hicieron esta prueba de su obediencia y resignación por muchos días; mas era tan grande su rendimiento y el aprecio que tenía de la obediencia, que una vez una de sus compañeras, viéndola con un hambre y sed espiritual que parecía estaba para expirar, la dijo como por donaire que comulgase. Respondióla: «Si todo el mundo junto y todos los santos y siervos de Dios me dijeran que comulgase, y sólo mi confesor fuera de contrario parecer, no comulgara, aunque supiera me había de quedar muerta de pena.». Preguntaba solamente: «¿Tengo de comulgar hoy?» En diciéndola que no, sin más réplica se hincaba de rodillas y estaba la mañana en la iglesia; volvía á casa con la misma serenidad exterior como si hubiera comulgado, mas el interior, con el sentimiento justo de la ausencia de su Esposo, de manera que sus compañeras no supieran cuándo comulgaba á no estar á su lado; ponía más su estudio en la mortificación y sólidas virtudes que en el consuelo de las comuniones, que cuando

no andan acompañadas de humildad, sujeción y las demás virtudes, más se puede temer de ellas juicio que premio. Era tanta la resignación de esta santa virgen y tan por extremo callada, que jamás hablaba en «si me mortifican ó no me mortifican, ó tratan con sequedad ó aspereza»; antes mostraba sentimiento cuando la hablaban en esta manera, y decía: «Hermanas mías, busquemos la voluntad de Dios en todo, y no averigüemos qué nos mandan ó por qué nos lo quitan.» Doctrina importantísima, ejemplo digno de ser imitado, resignación admirable, sin duda grata á Dios, pues la favoreció con tantas misericordias.

En los últimos años, estando en Valladolid el venerable P. Antonio de Padilla, de la Compañía de Jesús, grande en el mundo, mayor delante de Dios, la quitó la comunión por quince ó veinte días, en que se incluyó la Pascua de Espíritu Santo; pasó con grande resignación y silencio, padeciendo, sin replicar un día, grandísima soledad. En quitándole la comunión se mudaba interiormente, y no quedaba de provecho sino sólo para sufrir su soledad en gemidos y oración.

En esta ocasión, en que por ventura tuvo mayor sentimiento por la circunstancia del tiempo, entre sus ansias hizo para aliviarlas estos versos:

¡Ay, soledad amarga y enojosa,
causada de mi ausente y dulce Amado!
Dardo era en mi alma atravesado,
dolencia penosísima y furiosa.
Prueba de amor terrible y rigurosa,
y cifra del pesar más apurado;
cuidado que no sufre otro cuidado,
tormento intolerable y sed ansiosa.
Fragua que en vivo fuego me convierte,

de los soplos de amor tan animada,
que aviva mi tormento hasta la muerte.
Bravo mar, en el cual mi alma engolfada,
con tormenta camina dura y fuerte
hasta el puerto y ribera deseada.

CAPÍTULO XVIII.

DEL SENTIMIENTO QUE TENÍA EN DEJAR DE COMULGAR.

Dificultosamente puede persuadirse la grandeza de estos sentimientos y la intensión del dolor que padecía el alma de esta santa virgen en carecer de la comunión un solo día, al que con corazón tibio y helado llega á la Mesa sacrosanta, y por cualquier ligera causa la vuelve inconsideradamente las espaldas; mas porque se pueda rastrear parte de esta pena pondré á la letra un discurso suyo del sentimiento que tuvo la primera vez que su confesor la alzó la licencia de comulgar cada día y mandó que fuese aquél el primero. Escribióle D.ª Luisa de su orden, de donde colegirá el que tuviere experiencia cuál sería el tormento en otras ocasiones en que el amor era mayor, mayores los intereses; sus palabras significan bastantemente lo riguroso de este sentimiento: habla con Dios. Dice así:

✠
«IHS MARÍA.—AÑO 1597.

»Tenía trazado tu amor, gloria de mi vida, un favor y regalo á mi alma, tal como era dárteme muy sin tasa en la sagrada comunión; y estando descui-

dada de este tan soberano bien, acerté á pedir un día licencia á mi confesor para comulgar, que fué á 15 de Febrero, día de tus mártires Faustino y Jovita, día célebre y señalado, para mí lleno de dicha y de próspera ventura; y aunque había comulgado el día antes, mi confesor me la dió porque así lo tenías tú ordenado eternamente, y que este día diese principio á otros tan felicísimos como él. De manera que comulgué consiguientemente cada día, hasta el 6 de Marzo, que fué jueves, sacando uno que me mandó estar en casa mi confesor por ser riguroso y de nieve y estar yo mal dispuesta, con lo cual se me volvió muy más riguroso y terrible. Sentí esto mucho, y quejábame del tiempo como de cruel enemigo, y, en fin, pasé aquel día con tristeza. Y volviendo al jueves ya referido, bien sabes tú que jueves fué para mí cuando, pidiendo licencia á mi confesor, como solía, para comulgar, con lo cual esperaba mi alma verse puesta en esos tus dulces brazos, él me la negó, y la que me daba de cada día, poniéndome por causa mi indignidad y poca virtud.

»Estas fueron dos tan rigurosas sentencias para mi alma como tú, gloria de ella, mejor que yo misma sabes, y que en sola la una hubiera mucho que llevar, pues había de carecer de mi luz y de mi gloria por entonces, cuanto más habiendo de esperar lo mismo otros muchos días. Quise hacer grandes esfuerzos delante de esos divinos ojos contra el sentimiento que embistió mi alma de repente por aliviar el grave peso con que oprimieron estas palabras de «no comulgue», con las que le siguieron; pero no bastó ni la gran fuerza de la consideración que hice de que era obediencia y gusto suyo, con el cual yo me conformaba y bajaba la cabeza para obedecerle,

porque había pasado mi alma este sentimiento y dolor, y así no quiso ó no pudo disminuirse ni moderar su rigor; y como no tuviese remedio con mi confesor para que me abriese la puerta para entrarme á ti, fuíteme á quejar de que me hubieses querido volver así el rostro delante de tu Real presencia, encubierta en los accidentes sacramentales, y volvióseme el cielo de plomo y la tierra de metal, y parecióme que contigo habían huído de mí todos los bienes y cercádome mil males.

»La mucha variedad de trabajos temporales con que yo he sido de ti tan favorida se me presentaron delante, y sirviéndome siempre de apacibles y recreables flores, se me volvieron entonces en ásperas espinas, y parecíame que me amenazaban con sus púas, queriendo llegar hasta mis entrañas. Yo, viéndolas así, me arrojaba sobre ellas por hacerte de mí sacrificio en tan oportuna ocasión, en el cual se aumentaba el fuego del amor y el dolor de tu ausencia crecía; y acudiendo la memoria de mis pecados y faltas, formaban una tan espesa tiniebla, que venía mi alma á quedar puesta en una obscura y tenebrosa noche; todo me venía á ser pesado, y no quisiera oir, ni ver, ni acordarme de ninguna cosa criada. Una misericordia muy de padre me hiciste en medio de esta aflicción, y fué que no permitiste que se me representasen en todo el día algunas culpas graves, con cuya memoria grandemente me suelo traspasar. Estúveme, Rey mío, delante de ti hasta las once dadas del día, porque no tenía ánimo para salirme de la iglesia; pero tomando por remedio el darte gusto en algo, me levanté de allí y me vine á casa, adonde, acudiendo á la ordinaria obligación, hice comer á mis compañeras, y yo hice lo mismo de la manera y con

el disgusto que tú sabes, y tomando una de mis compañeras me fuí á un monasterio de religiosos adonde con la misma suelo ir otras veces, y esperé entre los demás pobres la limosna ordinaria, y habiéndola recibido, volví á casa; y habiendo acudido á otras cosas de tu servicio, me retiré á mi acostumbrado recogimiento y me puse en oración. Parecíame que se me iría pasando la tristeza porque, aunque lo veía, no acababa de creer que la aprehensión del dolor fuese tan grande; pero no hube alzado los ojos á ti, cuando el alma se empezó á estrechar de nuevo y á afligirse fuertemente con habérsele refrescado la memoria de tu ausencia. Quejábame á ti y decíate que por qué me habías vuelto ese tu hermoso rostro como á enemiga, y acordábame que no merecía aquel bien porque era la que tú sabías, y con nuevo desconsuelo te volvía á decir: «¿Cómo podré yo vivir ya sin ti y sin »esta misericordia que me habías hecho? No será po»sible, gloria de mi vida; no podré yo ya vivir sin »ti, por más miserable que sea, y mientras más, me»nos.» Arrasábanseme los ojos de agua algunas veces; que yo pienso que no hay mayor tormento en materia de sentimientos semejantes que cuando el dolor es grande y sin lágrimas, porque no sirve de derretir entonces el fuego de amor, sino de endurecer y congelar, volviendo en fuego lo que otras veces era agua, y esto me suele á mí acontecer en los grandes trabajos temporales al pie de la letra, que los ha habido muy para que se pueda haber experimentado. En fin: yo me paraba, gloria de mi alma, á pensar, y muy despacio, cómo había comulgado el día antes y cómo había de comulgar el día después, y no pudiendo alentarme un solo punto, me acrecentaba el dolor; acordábame de cómo antes no comulgaba sino

mucho menos y no estaba sin mi Dios, y con ansia te decía: «¿Qué es esto, bien mío, sino que te has ido »tú de mí y dejádome, que tanto se atormenta mi »alma? Mas ¡ay! que para los que no tienen todo su »amor en ti no fuera esta pérdida sentida; pero para »mí es tanta, que la debo llorar irremediablemente.» Queríame esforzar á tener oración sobre el Evangelio de aquel día porque era ordenado de mi confesor, y era del rico avariento, y no hallaba á mi propósito sino las llagas de Lázaro y su pobreza, y poníate las mías delante, y teníame la tristeza tan ocupada, que no era posible atarme á ninguna consideración, que todo me era tormento. Solamente me acomodaba á decirte: «Pues ¿cómo, gloria mía, me habéis de»jado así? Yo no puedo ya vivir sin vos; de dos co»sas no puedo, Señor, escapar: ó vos me habéis de »quitar este dolor que me habéis dado, lo cual ten»dré por gran castigo, porque no quiero yo hallar »sin este bien consuelo, haciéndose en ello vuestra »voluntad, ó he de vivir con este dolor atormentada, »y no sé cómo se podrá así vivir: el mayor consuelo »que yo hallaba que me podía venir, y esto con ver»dad y eficacia, era que si no te me habías de vol»ver á dar, como hasta allí, me hicieses merced de »llevarme de esta vida y que me acabara luego el »dolor.» En fin, mi bien, te decía: «Yo no puedo »vivir sin ti; si quisieres que viva muriendo, hágase »tu voluntad perfectamente en mí, como siempre te »lo pido.» Estuve en esto dos horas, y no sabía cómo levantarme de allí; no tenía ánimo para nada; parecíame que me consolara con morirme luego al punto, y afligíame la vida, y acordábaseme de que solía desearla por padecer mucho por ti y pagarte mis pecados con muchos trabajos, que siempre te he pedi-

do, y también me acordaba de lo mucho que había deseado ver acabados mis pleitos por darte cuanto te tenía ofrecido, y todo no pesaba una paja, para que me pudiese hacer fuerza á que gustase de vivir. Solamente me hacía alguna el padecer por ti, y decíate: «Empieza desde luego, Señor mío, á arrojar sobre »mí sin tasa tormentos porque eso no quede sin ha»cerse, y yo no deje de morir, que sin ti no puedo »vivir.» Acordábame con cuánta razón pedía la Esposa ansiosamente tus estrechos abrazos, diciendo: *Osculetur me osculo oris sui*, por único remedio, entre mil que le debían ofrecer sus pensamientos, y creo le acontecía lo que á mí en lo que voy á decir, aunque en más subido grado. Pensábate yo como padre amoroso, y como hermano y señor, y como amigo y mi Rey, y honra, abrigo y mi amparo, y, en fin, un *Deus meus et omnia*, y nada me satisfacía el entendimiento. Aplicaba estos remedios y consuelos que ofrecía la memoria á la herida de mi alma; pero la voluntad inflámase más de amor, aumentándosele tantas razones de amar su bien ausente, y la que más fuerza para esto tenía era la que parece que la había de tener para consolarme, que era teneros por Esposo y haber estado en vuestros brazos tantas veces de la manera que entonces lo deseaba, y acudiendo á vos, Señor, con las mismas palabras de la Esposa, respondía á mis pensamientos y me escapaba de entre ellos, poniendo en vos mi esperanza; y viniendo á rezar maitines me hallaba mucho más recogida que otras veces y el sentimiento todavía muy vivo, y con el mismo desperté á la mañana, y espantándome de mí, decía: «Hoy he de comulgar. »¿Cómo no templa este contento este dolor?» Y habiendo tenido dos horas de oración y más, y bien

miserables, me fuí á la iglesia, deseando por momentos comulgar, y aunque se me acercaba, no se disminuía mi mal, tanto, que no sabía en qué había de parar, pues no bastaba ver tan cercano el remedio. Acaeció que mi confesor se detuvo en salir una hora ó más, y después un gran rato con una mujer que entró antes que yo en el confesonario, y cuando yo llegué á confesarme, no me habló palabra en esta materia, estando necesitada de consuelo, porque debías tú, dulce Esposo y esperanza mía, de estar ordenándolo así para que el fuego creciese soplado de todas partes. Salí tan tarde, que era menester aguardar á que se acabase el sermón para comulgar, que se quería ya comenzar: estuve oyéndole como tonta, que no sabía lo que decía ni podía atarme á escucharle, con hacerlo siempre con gusto y ser el predicador de los mejores que hay. Acabó el sermón y lleguéme á comulgar antes que se dijese la misa primera que salió, que no quisiste, luz mía, que pasase de allí el tormento en que me habías puesto, y estando ya de rodillas delante del altar, se estaba la tristeza tan en su punto como hasta allí; pero en comulgando, al punto que tú, luz inmensa, desterraste mi espesa niebla, sintió el alma tan notable mudanza sin ser cosa procurada por ella, que bastaba por manifiesta prueba de fe del bien que la había venido. Vi claramente cómo era aquélla la total causa de su dolor, que con la presencia del Sol de justicia desapareció la noche tenebrosa, pasó el invierno y siguiósele una florida primavera, quedando mi alma en un tan apacible sosiego, que me parecía que aquélla era muy bastante paga de millones de servicios que te hubiera hecho, que como se juntaron extremos de ausencia y presencia, dejáronse bien sentir de mi

alma, la cual se quedó en ella porque sin duda fué muy grande y manifiesta, mirándote con una sosegadísima atención, sin más discurso que sentir entrañable contento de verme contigo, sin discurrir tampoco en este contento, y cuando volvía á considerarme hallábame con un muy conocido amor tuyo, con el cual veía con gran distinción que te estaba amando entrañablemente, como antes de este día había sentido algunas veces, pero con menos suavidad, porque sentía, sosegadas y suaves, unas como llamas de amor, en que me solía parecer que estaba metida mi alma de un modo que no lo sabría explicar, y que se estaba ardiendo entre ellas con aquella viva afición de su único y deseado bien, que no sé si son éstas las tan solemnizadas llamas de amor que suelen decir. Estúveme este día que digo, después de comulgar, en la iglesia hasta que la quisieron cerrar; hízoseme harto de mal venir á casa con mis compañeras, y estaba el alma tan recogida, que no bastaba el hablarme, ni el responder, ni venir por la calle, para que se disminuyese; parecía que no quería ó no podía el alma divertirse de tanto bien, aunque los sentidos acudiesen á lo exterior, que lo hacían con gran limitación y con algún embarazo; duróme mucha parte del día ó todo este recogimiento interior, y desde él me ha quedado más facilidad que antes para hallarme delante de tu Real presencia cuando me vuelvo á ti, aunque ya tenía alguna: el día siguiente fuí muy temprano á la iglesia por hallar en casa á mi confesor, que, aunque no estaba con la congoja pasada, sentía sobresalto de pensar no fuese aquel día como el jueves pasado. Contéle, en suma, la misericordia que me habías hecho con grandísima repugnancia, porque temía no to-

mase ocasión en esto para negarme tus brazos; pero con todo eso, no quise esconderle nada, por entender que así convenía á tu servicio, y pagástemelo tan bien, y él en tu nombre, que me dió licencia para llegar á ti, con que mi alma se reforzó y alentó de nuevo, y no sabía qué gracias te dar por esta merced.» Hasta aquí D.ª Luisa.

De esta manera obedeció á su confesor en cosa tan de consuelo suyo: así pendió de su voluntad en el llegar á la comunión sagrada; prefirió la obediencia al sacrificio; siguió el ejemplo de muchas personas santas, la doctrina de doctísimos varones que aconsejan como importante esta obediencia; de aquí por ventura sus mayores medras. El acierto de este rendimiento, los motivos de sus confesores, será materia del capítulo siguiente.

———

CAPÍTULO XIX.

DEL ACIERTO DE ESTA OBEDIENCIA DE D.ª LUISA Á SUS CONFESORES, Y EL DE ELLOS EN ESTE GOBIERNO.

Pareceráles á algunos animosos exhortadores de la comunión frecuente que anduvieron rigurosos y menos acertados los confesores de D.ª Luisa en privarla tantas veces de la comunión sagrada, y ella demasiadamente escrupulosa en obedecerles tanto y menos entendida de lo que pudieran y aun debiera hacer lícitamente, pues queriendo privarla de un bien tan grande y mejoras conocidas de recibir al

Señor, no tenía obligación de obedecerles ni pedirles licencia, que así lo dice San Pablo, que remite á la voluntad y prueba de cada uno el llegar ó el abstenerse, sin dependencia del confesor ú otra persona, demás de otras razones que traen para alargar esta licencia.

Doña Luisa tuvo por camino más seguro la obediencia y no apartarse un punto de la voluntad y dirección del que reconocía tener lugar de Dios en su gobierno. Califica su acierto, su gran entendimiento, el estar tan llena del espíritu de Dios, tan ilustrada de superiores luces y guiada de aquel Señor que tan unida la tenía consigo. Eligió por guías de su alma varones de gran espíritu, de religión tan santa y docta. Dejóse animosamente á su dirección y su gobierno, cierta que no podía errar privándose de su voluntad y de su juicio, resignada totalmente en el ajeno, de quien tenía llena satisfacción, y las medras mismas que iba experimentando la aseguraban de cuán acertada iba en su obediencia.

Los confesores pudieron tener varios motivos: á las personas seglares que desean llegarse mucho á Dios les falta de ordinario el bien de las religiones, que es el quebrantamiento continuo de la propia voluntad; en esta labor entendían los confesores de D.ª Luisa cuando con medio tan sensible iban acrisolando sus virtudes para que en todo obrase por obediencia con mayor seguridad, perfección y mérito, y esto con gran destreza; porque si los Sacramentos (como dicen los teólogos) son instrumentos y medios para adquirir la santidad y virtudes, conseguían este fin negándole ó dilatándole estas mismas comuniones; ejercitábanla primorosamente en la humildad, obediencia, resignación, rendimiento,

desasimiento de sí, y en la mortificación mayor que para ella podía hallarse.

Es cierto que por la miserable condición de nuestra naturaleza, ó por obra del demonio, puede en esta obra tan santa mezclarse la voluntad, el interés, la complacencia propia y otros defectos que, si no pierden, estragan en gran parte el mérito y las ganancias del que llega á comulgar; estos daños ahuyentan la obediencia y dan mayor valor á la acción, acompañada con virtud tan excelente.

Fué este sentimiento declarada doctrina de aquella antorcha resplandeciente de la teología mística, gloria y renovadora del Carmelo, nuestra gloriosa Teresa, madre y maestra santísima; discurre con increíble acierto en la materia, y porque es el lugar extraordinario y ser el más firme apoyo del acierto de D.ª Luisa y sus confesores, le pondré á la letra. Después de haber hablado en el capítulo VI del *Libro de oro de las fundaciones* de dos religiosas suyas harto santas, que afectuosamente pedían la comunión de cada día, pareciéndoles que no podían vivir de otra manera, y como conoció ser tentación y les libró de ella, manda que las monjas obedezcan á la Priora y que es bien les vayan mortificando en esto, y que las den á entender conviene más no hacer su voluntad que su consuelo. Esta doctrina de los peligros de la propia voluntad en esta parte, y del bien de la obediencia, la adorna con ejemplos y razones, y dice así:

«Acuérdome que en un lugar que estuve, donde había monasterio nuestro, conocí una mujer grandísima sierva de Dios á dicho de todo el pueblo, y debíalo ser; comulgaba cada día, y no tenía confesor particular, sino que una vez iba á una iglesia á

comulgar, y otra á otra; yo notaba esto, y quisiera más verla obedecer á una persona, que no tanta comunión. Estaba en casa de por sí, y á mi parecer haciendo lo que quería; sino que, como era buena, todo era bueno; yo se lo decía algunas veces, mas no hacía caso de mí, y con razón, porque era muy mejor que yo; mas en esto no me parecía que yo erraba. Fué allí el santo Fr. Pedro de Alcántara, procuré que la hablase, y no quedé contenta de la relación que dió, y en ello no debía de haber más sino que somos tan miserables, que nunca nos satisfacemos mucho sino de los que van por nuestro camino; porque yo creo que había ésta servido más al Señor y hecho más penitencia en un año, que yo en muchos. Vínole á dar el mal de la muerte (que á esto voy), y ella tuvo diligencia para procurar le dijesen misa en su casa cada día y le diesen el Santísimo Sacramento; y como duró la enfermedad, un clérigo harto siervo de Dios, que se la decía muchas veces, pareciéndole no se sufría de que en su casa comulgase cada día, debía de ser tentación del demonio, porque acertó á ser el postrero que murió; ella, como vió acabar la misa y quedarse sin el Señor, dióle tan grande enojo, y estuvo con tanta cólera con el clérigo, que él vino harto escandalizado á contármelo á mí; yo sentí harto, que aun no sé si se reconcilió, que me parece murió luego: de aquí vine á entender el mal que hace hacer nuestra voluntad en nada, y en especial en una cosa tan grande, que quien tan á menudo se llega al Señor, es razón entienda tanto su indignidad, que no sea por su parecer, sino que lo que nos falta para llegar á tan gran Señor, que forzado será mucho supla la obediencia de ser mandadas: á esta bendita ofreciósele

ocasión de humillarse mucho (y por ventura mereciera más que comulgando); entender que no tenía culpa el clérigo, sino que el Señor, viendo su miseria y cuán indigna estaba, lo había ordenado así, como hacía una persona que la quitaban muchas veces los discretos confesores la comunión porque era á menudo; ella, aunque lo sentía muy tiernamente, por otra parte deseaba más la honra de Dios que la suya, y no hacía sino alabarle porque había despertado al confesor para que mirase por ella y no entrase Su Majestad en tan ruin posada, y con estas consideraciones obedecía con gran quietud de su alma, aunque con pena tierna y amorosa; mas por todo el mundo junto no fuera contra lo que le mandaban. Créanme que el amor de Dios (y no digo que lo es, sino á nuestro parecer), que menea las pasiones de suerte que pára en alguna ofensa ó en alterar la paz del alma enamorada, de manera que no entienda la razón; es claro que no buscamos á nosotros y que no dormirá el demonio para apretarnos cuando más daño nos piense hacer, como hizo á esta mujer, que cierto me espanto mucho, aunque no porque dejo de creer que no sería parte para estorbar su salvación, que es grande la bondad de Dios; mas fué á recio tiempo la tentación. Helo dicho aquí porque las prioras estén advertidas y las hermanas teman y consideren, y se examinen de la manera que llegan á recibir tan gran merced; si es por contentar á Dios, ya saben que se contenta más con la obediencia que con el sacrificio; pues si esto es y merezco más, que me altera, no digo que queden sin pena humilde, que no todas han llegado á perfección de no tenerla por sólo hacer lo que entienden que agrada más á Dios; que si la voluntad está muy desasida de todo su propio interés,

está claro que no se sentiría ninguna cosa: antes se alegrara de que se le ofrezca ocasión en que contentar al Señor en cosa tan costosa, y se humillará, y quedará tan satisfecha comulgando espiritualmente, más porque á los principios es merced que hace el Señor estos grandes deseos de llegarse á Él (y aun á los fines); mas digo á los principios, porque es de tener en más, y en lo demás de la perfección que he dicho no están tan enteras; bien se les consiente que sientan ternura y pena cuando se lo quitaren, mas con sosiego de alma y sacando actos de humildad; mas cuando fuere con alguna alteración y pasión, é inquietándose y tentándose con la perlada ó con el confesor, crean que es conocida tentación, ó que si alguna se determina, aunque la diga el confesor que no comulgue, á comulgar, yo no querría el mérito que de allí sacara; porque en cosas semejantes no hemos de ser jueces de nosotros; el que tiene las llaves para atar y desatar, lo ha de ser. ¡Plega al Señor que, para entendernos en cosas tan importantes, nos dé luz y no nos falte su favor, para que de las mercedes que nos hace no saquemos darle disgusto!» Hasta aquí la santa Madre.

De la doctrina de tan gran maestra (de quien dice Gregorio XV, en la Bula de su canonización, que la llenó el Señor de espíritu de sabiduría para que no sólo dejase á su Iglesia maravillosos ejemplos de virtudes, sino que también la regase con unas copiosas lluvias de doctrina celestial, de que están llenos sus libros, con que se fertiliza la Iglesia y los corazones de los fieles para dar colmados frutos de perfección) constará á cuán gran riesgo caminan las que en materia tan grave se rigen por su propio juicio, rompiendo por el parecer de sus confesores y

maestros, reduciendo á puntos de jurisdición la cosa, que para acertarla es corta la más cuidadosa diligencia, la más prudente consulta.

Esta licencia han aconsejado algunas personas de buen celo que han intentado estos días introducir la comunión de cada día indistintamente á toda suerte de personas, y desconfiados de persuadir esta opinión á todos los confesores y padres espirituales experimentados y doctos, contrarios á su opinión, han asestado la batería á los mismos penitentes, gente por la mayor parte sin letras, y como parte más flaca y fácil de reducir, les persuaden por una parte que comulguen cada día, y por quitar impedimentos añaden que no hay necesidad de pedir licencia á los confesores, ni menos seguir su parecer, ni obedecerles si, habiéndoles absuelto de los pecados, les niegan la comunión, ó se la dilatan, ó les aconsejan que no comulgen; doctrina, sin duda, nueva, que obliga á gran consideración y reparo.

El calificar esta opinión toca á los superiores, toca al docto; á mí el alabar la obediencia de D.ª Luisa, apoyar sus acciones como de persona de tan rara virtud y santa vida, y de las que pone nuestro Señor en la Iglesia por ejemplo que imitemos, por dechado á que conformemos nuestras vidas, por norte que seguir en nuestras dudas.

Tiene tan firmes y grandes fundamentos la obediencia de D.ª Luisa y la de las que la imitaren, cuanto inconvenientes lo contrario.

«Hijo, no hagas cosa sin consejo», dice el Espíritu Santo. «Búscale siempre en el sabio», añadió el santo Tobías, dando reglas de bien vivir á su hijo; «porque los que hacen todas sus cosas con consejo, gobiérnanse con sabiduría», dice el mismo Espíritu di-

vino. Esto aun en las cosas temporales; mas en las haciendas del alma, en que la importancia es incomparablemente mayor, el acierto de más superiores intereses, el errar de más peligroso riesgo, ¿quién se atreve á dar paso sin consejo? ¿Quién á asentar el pie sin que los propios y ajenos ojos le aseguren?

De aquí juzgan los maestros de espíritu, desde los primeros padres del desierto, por tan importante este consejo, que pusieron por primer principio y fundamento que el que desea acertar en el camino de la perfección debe elegir un varón espiritual, docto y prudente, que le sea guía y maestro, de cuyo juicio penda, á cuyo magisterio se sujete, por cuyo consejo se gobierne en todo, sin salir un punto de su obediencia, descubriéndole con claridad y verdad sus más íntimos movimientos, sus inclinaciones y deseos buenos y malos, para que, con mayor conocimiento de lo interior, gobierne las más menudas acciones. De esta doctrina están llenos los escritos de los santos y maestros de espíritu, sin eximir de esta regla al más santo, al más docto, aunque ocupe los primeros lugares de la Iglesia; porque el amor propio y la ignorancia que tenemos de nosotros mismos nos hacen como incapaces de acertar en nuestras cosas, y por humillarnos Dios trazó su divina Providencia que pendamos (si no queremos errar) de parecer ajeno. Siendo, pues, esta verdad tan asentada, que no puede dar paso con acierto el que renuncia esta guía aun en las cosas menudas, ¿cuánto será mayor el atrevimiento del que en la cosa mayor se gobierna por su juicio?

Estuvo en la edad de nuestros padres dificultada la puerta á la comunión de cada día en los seglares; á muchos hombres de letras y buen celo, movidos

del gran respeto que se debe á este venerable Sacramento, les parecía indecencia igualar mujeres y sacerdotes en el recibir al Señor todos los días; traían el ejemplo del serafín humano San Francisco y otros santos, á quienes esta reverencia les detuvo, y otras razones que no son de este lugar. Varones doctos y píos, siguiendo la doctrina de los santos con doctísimos escritos, allanaron este bien á los seglares, de poder loablemente comulgar todos los días, y no hay hoy doctor católico que disienta ya de esta verdad; dichosos mil veces los que gozan de este bien; empero á las personas á quienes concedieron tan gran frecuencia pidieron varias condiciones, no fáciles de hallarse en todos. Esto lo ha allanado la opinión de algunos, que aconsejan la comunión cada día á toda suerte de personas: perfectos, imperfectos, ocupados, tratantes, casados, hallándose sin conciencia de pecado, sin pedir más disposición á esta frecuencia que si se comulgara al fin del año; materia de reñidísimas disputas, han salido á luz libros enteros.

La verdad en esta duda la hallará quien la buscare en escritos doctísimos que la han descubierto cabalmente; mas porque hacer juicio en esto es de muy pocos, lo seguro es la consulta de hombres doctos espirituales, experimentados, de que hay tanta copia dentro y fuera de las religiones.

Una cosa no negarán los que más facilitan la frecuencia, dejándolo en términos de duda: que la cuestión es muy dificultosa, y que hay doctrinas expresas de los santos y de varones de grande espíritu que niegan esta licencia tan amplia para todos, y piden á comuniones frecuentes ejemplar vida, virtudes, oración, recogimiento, penitencias, y la mayor saber estar en casa, y, en fin, mayor adorno á los que dan

entrada tan ordinaria á los retretes del Rey eterno. En estas dificultades en materia en que va tanto acertar, ¿ha de ser juez una mujer ignorante, un hombre seglar sin letras? Y en lo que en las escuelas se alcanza con sudor y largos años de estudio, ¿lo ha de entrar definiendo la ignorancia, haciéndole árbitro en la cosa en que los hombres doctos para acertar han menester valerse de Dios y de sus letras, y esto en su causa propia? ¿Cuánto más asegurada camina la que, eligiendo un maestro docto y santo, se gobierna en todo por su consejo?

Las reglas generales en esta materia tienen gran peligro y dificultad venir á todos, y cualquier entendimiento reconocerá fácilmente que cada sujeto pide especulación particular, y así, los más experimentados redujeron el acierto en la frecuencia de las comuniones al examen particular de las personas, estado, ocupaciones, virtud, hambre de este Sacramento y otras cosas, como docta y acertadamente lo enseña el maestro común de cuantos desean salvarse, el padre Fr. Luis de Granada, á cuya autoridad y doctrina se debe suma veneración, y es de San Buenaventura y otros santos. El hacer, pues, juicio de esta conveniencia, si pertenece á ésta ó á aquella frecuencia, si en éste ó en aquel caso es conveniente llegar ó el abstenerse, ¿hase de fiar del lego, de la casada, del mercader, del tratante que se pongan ley y la ejecuten contra la voluntad del que los rige? ¿Quién no ve la disonancia?

Dirán que la materia es de calidad que no ha menester consejo; que llegarse más á Dios y recibirle en este soberano Sacramento es un bien asegurado; recíbense de contado (alabanzas á aquel Señor que con su sangre nos mereció tal bocado) los frutos y efectos

colmados, ciertos, y el que más se acercare participará más de tan gran felicidad, y que por abundancia de pan nunca es mal año. Esta es verdad católica si lo consideramos de parte del Sacramento, de su virtud y eficacia: está en él Cristo, fuente de todas las gracias; por él se nos aplica la virtud de su pasión, en él la vida, la justificación de nuestras almas; mas de parte de los que la reciben (dice el Doctor angélico) no siempre es conveniente, porque á muchos es veneno, destrucción y muerte; y en la primitiva Iglesia, dice San Pablo que muchos comulgaban mal y eran castigados con muertes y con dolencias, y suelen cometerse muy grandes descuidos, desacatos é irreverencias y pecados veniales en el mismo acto de recibir el Sacramento, que impiden grandemente sus efectos, y se le ofende muy pesadamente, y es notorio que muchos no comulgan como deben. El único remedio de evitarse estos inconvenientes es la obediencia de los confesores, su enseñanza y magisterio, que advierta cuándo ó no conviene. ¿Qué puede haber más seguro que en materia tan grave, en que el errar es de perniciosa pérdida, se gobierne el alma por el docto, por el espiritual, por el experimentado? ¿Es cosa que se puede fiar del juicio propio, aun del más entendido? ¿Cuándo dañó el consejo? ¿Cuándo el rendimiento al parecer ajeno?

Son varios los naturales de los hombres, las capacidades, los talentos: hay personas de muy corto caudal y entendimiento y moderado discurso; y, como dijo un malicioso, hay tontos bien inclinados, otros devotos melancólicos, con unas vislumbres de locura, y como han de dar en otra, dan en esa tema de comulgar á menudo, sin aprecio, sin consideración de lo que hacen, aferran en varias aprehensiones; todos

éstos dejados á su arbitrio, y que sean dueños de sus comuniones, corren sin duda peligro de incurrrir en innumerables indecencias, desacatos, é instruídos por los doctos y gobernados con una moderación discreta en la frecuencia, que les cause veneración y respeto, se evitan los peligros y podrán comulgar fructuosamente; y esta gente de inferior esfera es la que corre mayor riesgo, porque en cualquier límite que les ponga el confesor, se pueden valer de la opinión que les da ensanche de conciencia, y se arrojan atrevidamente á una acción que, el que tiene mayor juicio, más la tiembla.

No todas las que comulgan son Catalinas de Sena ni Teresas de Jesús; tuerce la miseria de nuestra naturaleza los motivos de llegar al pan del cielo, y el demonio vela porque se malogren nuestras medras; ingiérese por mil modos para que esta felicidad no sea tanta ó se convierta en desdicha. Clama el venerable Diego Pérez, hablando con las mujeres: «No comulguen por costumbre; no comulguen porque se usa; no comulguen por hacer como las otras; no comulguen á envidia ni porfía; no comulguen porque no pierdan el nombre bueno que tienen; no comulguen porque las tengan por santas; no comulguen por interés ninguno humano; no usen de este santo misterio por pretensiones bajas y ruines ó no buenas, que son estos graves pecados en los ojos de Dios» (y quiera Su Majestad no haya en el mundo mucho de esto). Dirán que son de este mismo parecer; mas veamos: ¿quién ha de conocer de estas enfermedades del alma, que se entran imperceptiblemente. ¿Quién ha de examinar si el amor propio ó la gloria de Cristo las lleva á la mesa de los ángeles? ¿Acaso el propio parecer, el afecto vicioso disimulado de una mujer

ignorante? Que puede estar muy engañada y satisfecha de sí; muy gran comulgadora y muy soberbia; y con decir «No me hallo con conciencia de pecado grave, bien puedo comulgar todos los días», sin más examinar dónde procede este movimiento, este deseo, dejándolo á su albedrío, cuando el padre espiritual docto, con mucha luz del cielo, con mucho estudio y letras, ha menester hacer varias experiencias, varias pruebas para conocer si es Dios, ó el amor propio, ó el interés, ú otro motivo errado las impele. Con guía se anda bien este camino; sin ella es muy posible errar, y aun casi cierto.»

Enseñan los teólogos que hay varios impedimentos interiores y exteriores, muchos estorbos é indecencias personales que bastan á hacer mejor la abstinencia reverencial por algún tiempo, que el comulgar confiado; no lo sabe el lego, y si los alcanza, no en el grado que puede obligarle á detenerse ó llegarse; andará á ciegas si le falta la guía de un maestro. Finalmente, cuanto han escrito los santos y varones doctísimos acerca de la fuecuencia de este santo Sacramento, cuantos avisos, cuantos documentos han dado para acertar en su uso, todos quedan por el suelo, dejando al juicio de una mujercita, de un oficial idiota, el gobierno de la mayor acción que hace el cristiano, y que pide más deliberada advertencia.

Descúbrense de esta proposición increíbles inconvenientes; pensamos comúnmente que sólo á los muy santos y de excelente virtud se permite la comunión de cada día; erradamente: basta que deseen serlo y vivan de manera que merezcan recibir el pan del cielo cada día; mas el juicio común es el que he dicho, es fuerza que una mujer haga de sí este concepto: «Soy de las almas que ha llegado á estado que

puedo comulgar todos los días, y gobernarme en esto por mi juicio, sin obedecer mi confesor, que tal libro impreso dice es bien hacerlo.» ¿Quién no ve que es exponer la flaqueza mujeril á evidente riesgo de despeñarse á una disimulada soberbia, aferrar al propio juicio y usar de un perverso maestro (así le llama Jerónimo), la presunción propia? Y en este solo inconveniente reparó un varón doctísimo para dar licencia de cada día, porque era arriesgar á una mujer á que piense tiene virtud para tan gran frecuencia, y el remedio le halló solamente en la instrucción y enseñanza del padre espiritual, que sin ella el peligro se descubre de mil leguas.

¿Quién no ve cuánto se menoscaba con esta opinión la autoridad de los ministros evangélicos? Tiene la Providencia divina muy proveída la república eclesiástica de estos magistrados de las almas, sacerdotes, seglares y religiosos, varones de gran santidad y letras, y experiencia, adornados de dones sobrenaturales, en orden todo de los escogidos (así ama Dios las almas); y ¿es cosa de gran reparo que se afirme que cuando un hombre docto, después de mucha oración, consideración y estudio, guiado de varios motivos todos justos, dice á una mujercica: «No comulguéis hoy, dejadlo hasta otro día», se haya de estar más al juicio de ésta, rompiendo por el parecer del docto, del teólogo? Los labios del sacerdote hizo Dios archivo de la ciencia; el parecer propio, aun del entendido, es escollo y despeñadero.

Concurre con esto el uso de la Iglesia y la persuasión que han tenido y tienen todos los fieles, de que su acierto es la resignación en quien los rige. Este dictamen ha sido de los santos, que han obedecido puntualmente las órdenes de sus confesores,

como se lee en sus vidas: ejemplos de esta verdad son las santas Catalina de Sena, Luthgarda, Gertrudis y nuestra Teresa, que ejecutaron esta doctrina, aprobándola nuestro Señor con revelaciones y milagros.

Y no puede decirse que el dejar de comulgar no tiene entidad alguna, ni en ello hay merecimiento, ni puede haber satisfacción, porque aquí no se duda si es mejor comulgar ó dejar de comulgar, sino si hay entidad y mérito en dejar de comulgar por obediencia, y es cierto que en esta obra concurren muchas virtudes, que en el acatamiento divino no carecerán de mucho merecimiento. Lo que se pierde sólo Dios lo sabe, y el mérito del que comulga por su antojo contra el orden de su confesor no le llevó los ojos á la sapientísima Teresa; demás que, como dicen los teólogos, el afecto de venirse á Dios en la comunión espiritual puede ser de tan gran mérito que equivalga al de la sacramental tibia, y, por ventura, la exceda. Las ansias, los defectos, los suspiros, la hambre de Dios, que se levantaban en el corazón de D.ª Luisa con esta dilación de comuniones, eran gran disposición para la comunión siguiente; y como á esta proporción se da la gracia, multiplicada sería la que el Señor daba á D.ª Luisa: bien se puede creer que recobraba la perdida.

Hallábase Santa Brígida muy triste porque su padre espiritual la había mandado que interrumpiese las penitencias rigurosas con que afligía su cuerpo. Apareciósele nuestra Señora, y la dijo: «No te desconsueles, Brígida, porque quien deja la voluntad é intención eficaz de ayunar ó de hacer otra cualquier buena obra por mandado de su padre espiritual, tiene dos méritos: el de la buena obra que deja de

hacer (porque Dios galardona la voluntad), y el de la obediencia, sujetándose á su superior.»

Sea ejemplo y comprobación de esta doctrina lo que refiere Rusbroquio en el capítulo III del *Tratado de las principales virtudes*. Dice que un día solemne, estando las monjas de cierto monasterio para llegarse á la comunión sagrada, mandó la abadesa á una religiosa que entre las demás estaba preparándose para el sagrado convite, que se fuese á la cocina; ella, sin murmuración ó resentimiento, antes con devoción, fué á hacer lo que la ordenaban. Comulgaron las demás; oyóse una voz que dijo que la monja que fué á servir á la cocina había conseguido más abundante y verdadero fruto de la comunión. Así premia Dios y recompensa la obediencia.

Confirme esto mismo el sentimiento y práctica de un varón excelente y la aprobación y apoyo de otro de igual santidad, letras y prudencia, los venerables padres Baltasar Álvarez y Luis de la Puente, resplandecientes lumbreras de la sagrada religión de la Compañía. Gobernaba el P. Baltasar á la madre Mari-Díaz, una santa mujer de Avila, muy conocida por su grande virtud en estos reinos; mortificábala de mil maneras, en especial en las cosas del espíritu, por ser lo que más podía sentir. Habíala dado licencia para comulgar tres veces cada semana; en esto mismo la probaba, y añade estas palabras el P. Luis de la Puente en el capítulo x de la *Vida del padre Baltasar:* «Para este fin la dijo una vez que no comulgase sin confesarse con él, porque algunas veces la hacía confesar con otros. Vino el día siguiente, que era de comunión, y no quiso bajar al confesonario hasta que supo que otras tres ó cuatro estaban esperando, y cuando bajó dijo que se confesasen primero

las demás que habían venido, y entretanto vinieron otras, y también las llamó primero, y antes que acabase dió el reloj las once, y levantóse de su silla, diciéndola que volviese el día siguiente. Vino otro día, y el padre fué trazando las cosas de manera que sucediese lo mismo, y de este modo la tuvo veinte días sin confesar ni comulgar, porque juzgó este santo varón que lo que dejaba de ganar este tiempo con los Sacramentos, lo recompensaba con el cotidiano aparejo y hambre que tenía de recibirlos, y con los heroicos ejercicios de paciencia y mortificación, que la disponían para poderlos recibir después con mayor frecuencia. Sentía mucho esta dilación la madre Mari-Díaz, mas no osaba replicar por el respeto que le tenía, ni dejarle por el amor que le había cobrado, aunque la trataba con tanta aspereza que solía ella, por gracia, decirle: «Mi padre y las mis rencillas.» Lo mismo practicó con Santa Teresa de Jesús, teniéndola veinte días sin comulgar. Tales maestros sacan valientes espíritus; esta resignación, esta obediencia, hace santas; que las que, no hablando á gusto del confesor, buscan otro, nunca ocuparán el Calendario.

No da doctrina contraria el maestro de las gentes; las palabras del Apóstol son éstas: «Pruébese á sí mismo el hombre, y así coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.» En estas palabras quieren incluir la comunión de cada día, y ésta la use cualquiera á su voluntad, aun contra la del confesor. ¿Quién no ve que es extensión notoria, dando á las palabras mucho más de lo que suenan? En lo que dice el Apóstol no se entiende otra cosa, según la interpretación de los Padres, que no comulgue el hombre en pecado mortal, y se asegure bien de ello; pero no por eso

excluye otras disposiciones, que son circunstancias accidentales y debidas connaturalmente al acto de comulgar; porque aunque el Apóstol no las dice supónelas como ciertas, las cuales quedan á la doctrina de los santos y varones espirituales; y así, sin embarazarse en el lugar del Apóstol, piden para comulgar confesión sacramental, rectitud de intención, oración, temor, reverencia, atención, consideración de lo que se hace, hacimiento de gracias; ponen límite á las comuniones, las proporcionan al estado, á la virtud del hombre; señalan varios impedimentos y estorbos é indecencias que justamente impiden la comunión, y esto lo enseñan las luces de la Iglesia, sin que piensen que ofenden al Apóstol, el cual, en el mismo lugar, amenaza con riguroso castigo al que, sin examinar lo que hace, se llega al cuerpo del Señor, y el santo Concilio de Trento pide grande reverencia y santidad; una de estas circunstancias es la obediencia al prudente confesor, importantísima para el acierto de acción tan grande, según la opinión de tantos santos y varones doctos.

El interpretar de otra manera la Escritura daría ocasión á errores. Dijo Cristo nuestro bien: «Dad limosna lo que os sobra, y con esto quedaréis limpios y puros.» Quien dijese por este lugar que la limosna justifica y limpia de pecados, erraría; ayuda á la justificación, pero no excluye la confesión, los Sacramentos; antes los supone. Dice san Pablo: «El justo vive de fe»; y en otra parte: «Que justificados con la fe, asentemos paces con Dios.» El que de aquí sacare que basta la fe sin obras, erraría. Así, el Apóstol, por decir que, asegurado el hombre que no está en pecado, llegue, no excluye la rectitud de la intención, el temor, la reverencia, la consideración y la obediencia, y las demás circunstancias que hemos dicho.

No se ha de estar al sonido ó corteza de las palabras de los textos sagrados, sino al alma, que es el sentido que le dan los santos. De aquí es doctrina asentada entre los controversistas que los lugares de la Escritura, excluyéndose la inteligencia de la Iglesia y sus doctores, no son bastantes para decidir las dudas; con que el lugar del Apóstol no hace fuerza para probar la opinión contraria si la inteligencia de los santos no le anima. Pasa lo mismo en las contiendas seglares. Dos litigantes, para decidir su pleito, señalan por juez á los libros del Derecho; cada cual trae en su favor una ley que dicen decide el pleito, y, sin rendirse al contrario, permanece cada uno en su opinión; nada han hecho; es fuerza venirse á jueces que den la verdadera inteligencia: lo mismo pasa en los lugares de la Sagrada Escritura para decidir las dudas en las materias de fe y costumbres; dice un docto: «Si el que absuelto de sus culpas llegare á comulgar cada día, aun contra el orden del confesor, hace bien, porque obedece á San Pablo, que es de superior autoridad al padre espiritual»; otro, de igual opinión, niega que el Apóstol apadrine tal doctrina, y da congruente inteligencia á sus palabras; nada hay hecho, es fuerza venirse á jueces; éstos son tantos santos, tantos varones doctos espirituales experimentados, el sentimiento de los fieles, la práctica de las religiones que ponen límite á las comuniones, que quieren que los seglares obedezcan á sus confesores, y esto quiso decir San Pablo; ésta el alma de sus palabras, y en este modo de entender la Escritura está una de las mayores defensas de la Religión católica.

Han apoyado esta doctrina varones doctos y píos, que remiten al juicio de los confesores la distribución del pan del cielo alargando ó acortando el número de las comuniones. Trató con gran magisterio esta materia el M. Rdo. P. D. Antonio de Molina, resplandeciente estrella del cielo de la sagrada Cartuja, en el libro VII, capítulo V del libro nunca bastantemente alabado de la *Instrucción de los sacerdotes*. Es doctrina del río de la elocuencia sagrada, lengua de nuestra edad, el P. M. Fr. Luis de Granada, en el capítulo X del *Tratado de la Comunión*, y con mayor claridad en un sermón muy docto que anda al fin del libro de la *Doctrina cristiana*. Sigue dilatadamente este argumento, defendiendo la obediencia, el P. Fr. Alonso de Chinchilla, monje dignísimo de la gran religión de San Benito, en el capítulo IX del *Tratado de la Comunión*. El Dr. Diego Pérez de Valdivia, teólogo y predicador insigne, en el capítulo XVII del *Tratado de la Comunión*. El santo maestro Juan de Ávila, varón verdaderamente apostólico, digno de toda veneración, en una carta acertadísima (comienza *La continua falta*, que debía darse al cedro y escribirse con letras de oro), da la práctica de la frecuente comunión con admirable acuerdo; traigo solamente estos grandes varones por andar sus escritos en las manos de todos; escribieron los más antes que se publicase la opinión contraria; después la han impugnado dos hombres doctísimos, defendiendo el sentimiento de sus religiones: de la de Santo Domingo, el P. M. Fr. Tomás Daoiz, lector de Teología, y de la Compañía de Jesús, el P. Hernando de Salazar en su erudito libro del *Uso de la frecuente Comunión*, en el capítulo último; de estas fuentes ha nacido el estéril arroyuelo de este discurso, para quien no alcanza á ver tan doctos originales.

Rematen este tratado dos grandes maestros, grandes santos: San Ignacio de Loyola y San Felipe Neri. El gran fundador de la Compañía, en una carta que escribe á San Francisco de Borja siendo Marqués de Lombay, habiéndole consultado algunas dudas cerca de sus comuniones, después de algunas advertencias concluye: «Y, sobre todo, el seguir el consejo de un padre espiritual letrado y prudente en estas cosas y en las otras que tocan al gobierno del alma, es la mejor y más cierta regla de todas.» Y el santo fundador del Oratorio, cuyo magisterio en cosas de espíritu admiró Roma, demás de su prodigiosa santidad, en el capítulo XVI del libro I de su vida se dice que deseaba que los sacerdotes de su Congregación celebrasen cada día, y que los que no eran sacerdotes confesasen por lo menos tres veces cada semana, y comulgasen según el arbitrio de su confesor.

Y es muy de considerar que estos varones santos han sido los que en nuestro siglo han resucitado la frecuencia de las comuniones; empero, igualmente han atendido á que por esta santa costumbre no se pierda un punto á la decencia, á la veneración que se debe á aquella gran Majestad que allí se encubre, y que por la conversación muy ordinaria no se le pierda el respeto, pidiendo juntamente á mucho comulgar, muchas virtudes, santa vida, fiel correspondencia, que con tan continuo riego crezca el alma, y con tan substancial comida medre, y que con las obras se vaya mereciendo la mayor frecuencia, no poniendo tanto esfuerzo en el número de las comuniones, cuanto en que sean bien hechas; porque, como dijo un docto que escribió con harta acrimonia esta materia, no se han de mirar en ella los verbos, sino los

adverbios; no está el punto en confesar, sino en confesar bien; no en comulgar, sino en comulgar bien; que si esta obra tan santa se tuerce, y no se hace como se debe, y se busca el hombre á sí, y no la gloria de Dios, será mayor el daño que el provecho.

No es mi ánimo, en este discurso, estrechar la frecuencia de las comuniones, á que los santos exhortan con encarecimientos, sino que se hagan bien hechas, y por entender conviene tanto para este fin seguir la dirección y consejo de los que tienen lugar de Dios en la tierra. A la prolijidad de este capítulo disculpe la importancia de esta materia.

CAPÍTULO XX.

DE LA ACCIÓN DE GRACIAS Y ALGUNAS PARTICULARES MISERICORDIAS QUE RECIBIÓ DE NUESTRO SEÑOR EN LAS COMUNIONES.

Si no lo estorbaban cosas muy forzosas, tenía siempre una hora de oración después de comulgar, donde gozaba lo que no alcanza el sentido ni cabe en el corazón del hombre; quedaba inmoble, insensible, más que si fuera una piedra, sin que el tirarla del brazo ó manto fuese parte para recordarla de aquel sueño dulcísimo. Ordenaba á una compañera se le pusiese al lado y no permitiesse que persona alguna la llamase. Estando en esta oración en el Colegio de la Compañía de Madrid, llegó un repostero de una señora grande á poner un estrado (era en tiempo que venían las señoras á la iglesia; aun no se

habían hecho parroquias los palacios); díjola algunas veces se apartase; ella no respondía, y aunque la daba del pie, se estaba queda; finalmente, colérico, tomó el banco del estrado y la dió con él un gentil golpe en la pierna. Llegó á este punto la compañera, que salía del confesonario; quejábase la D.ª Luisa de su dolor, sin saber mostrar la causa.

Entre otras misericordias que recibió de nuestro Señor después de la mayor frecuencia de comuniones, fueron muy señaladas dos. La primera muy continuada: pondrélas por sus palabras, sacadas de los papeles originales en su mano. Dice así:

✠
«IHS MARÍA.

»Cuando comencé á tener licencia para comulgar, hallaba, cuando me recogía á mi interior en lo íntimo de mi alma, á la persona del Verbo encarnado, como estampado en ella, por una perfectísima y delicadísima manera que me acogía toda á sí, y esto ha ido siempre en aumento y nunca en disminución, y los dolores de mi alma crecieron mucho, y á los dos años ó más después de la dicha licencia, se vinieron á hacer intensísimos y penetrativos, de los cuales ha participado el pecho y corazón corporal harto, y todo el cuerpo junto; pero siempre empezaban á levantarse en lo íntimo del alma, y yo lo estaba considerando como si pasara en otra persona, y decía algunas veces á mí misma: «¿Puede haber algún dolor »mayor que éste, ó hale alcanzado jamás mi enten»dimiento?»; y resolvíame en que no. Quedábale á mi alma una manera de herida penetrantísima (no se halla otro mejor ni más conveniente modo de declararme, que éste), y parecía incurable, y cuando

me llegaba á comulgar con este espiritual sentimiento, sentía notable refrigerio y como si hubiera sido aplicado algún suavísimo remedio.»

En otra parte dice:

✠
«IHS.

»Viernes doce de Febrero del año de mil y quinientos y noventa y nueve, después de haber comulgado, representándoseme la persona del Verbo encarnado, tan maltratada como en manos de sus enemigos se vió, y su delicadísima cabeza abierta por tantas partes, con las duras espinas y aquellas reales é inestimables manos atravesadas. Fuéseme apegando á él el alma tanto, por amor entrañable, que me parecía le tenía así como se me presentaba, entrañado en lo íntimo de ella, recibiendo increíble satisfacción é henchimiento de deseo, y una pena excesiva, aunque sin pena de verme, como él, afligida y vituperada, calando con viveza notable el estado en que Cristo se vió entonces: y hallándome al presente con un librillo en la mano, y en él abierto el capítulo XXI de las *Meditaciones* de San Agustín, en que dulcemente trata de la felicidad de la vida perdurable, puse los ojos en él y parecíanme aquellas palabras sequísimas y sin ningún gusto, y la resistencia que mi alma hacía me obligaba á dejarlo y á retirarme á lo íntimo de ella, y no podía hacer otra cosa ni divertirme en nada; porque una delicada y suave fuerza de amor se había apoderado totalmente de la voluntad y la embebía en una suma satisfacción, y juzgaba por tormento toda aquella felicidad y gloria, y todo cuanto no era aquello en que yo me hallaba entonces, y parecíame que si me quisieran despegar el

alma de aquella presencia divina lastimadísima, no lo pudiera sufrir, y escogiera por mi sola y suma gloria verme transformada en aquella soberana persona, y la mía, tal cual le veía, y á mi alma enclavada en su cruz y atravesada con sus mismos clavos y espinas, en aquel modo que ella lo podía padecer; y parecíame que no me podía dar otra ninguna cosa contento, y que cómo podía habérmele dado jamás nada fuera de aquel inestimable y estrecho abrazo del Verbo inmenso encarnado, herido y despreciado por mí, y que cómo podía haber otro cielo ni otra gloria sino aquélla, y padecer sus tormentos é ignominias; y todo esto pasaba en un modo delicadísimo y profundísimo, y los dolores de Cristo aquí no me causaban dolor, sino un amor suavemente penetrativo que todo lo ocupaba, y parecíame que esto pasaba en una parte superior, como que mi alma hubiera sido levantada allí con la fuerza de la afición intensa.»

CAPÍTULO XXI.

DE SU ASISTENCIA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO. DEVOCIÓN Á NUESTRA SEÑORA Y Á LOS SANTOS.

Siendo tan grandes los favores que recibió de Cristo nuestro Señor sacramentado, era más que forzoso el asistirle, cortejarle y venerarle.

Gustaba más de hacer oración delante del Santísimo Sacramento, y oir misa en el altar donde estuviese, que en otro alguno, por hallarse más parti-

cularmente en la divina presencia, en que sentía particular regalo y consuelo; y era tan viva su fe, que decía que estando delante del Santísimo Sacramento no le hacía soledad no estar en el cielo.

No salía de la iglesia el Jueves Santo, noche y día, mientras está Cristo nuestro Señor en el monumento. Las fiestas del Corpus tendía á su devoción las velas, asistiéndole continuamente, y los demás días que se descubre en público. Sacó de esta asistencia gran provecho, y algunas veces hallaba tan al vivo representada en su alma la dulce presencia de su divino Señor, que le parecía estar hecha un tabernáculo y custodia de este sagrado misterio; con este favor estaba hecha un mismo cielo. Otras veces estaba tan unida con la hostia consagrada que tenía delante, que su alma más parecía que estaba en el altar que no en el cuerpo, y tener al Santísimo Sacramento, no sólo delante de los ojos, mas también dentro de su corazón, con un modo del todo inefable y espiritual.

Cuando salía de casa entraba en todas las iglesias por donde pasaba, hincaba las rodillas con suma reverencia, que parece se quería aniquilar; decía: *Omnis terra adoret te, et psallat tibi*; y esto hacía aun estando cerradas las iglesias, y aunque para ver de llegar hubiese de atravesar la calle con muchos lodos. Lo mismo aconsejaba á todos que lo hiciesen, pidiéndoles dijesen con amor y reverencia: «Toda la tierra te adore y cante tus alabanzas, y justamente, pues pone en su Iglesia almas de tan ilustre santidad.»

Su devoción á la Santísima Virgen fué grande, y la que esta soberana Señora quiere la tengan los fieles, que es la imitación de sus virtudes; consagró á

Dios su pureza, y tras haber dedicado el cuerpo á ejemplo suyo, la entregó toda su hacienda, como veremos en su testamento.

Era la gloriosa Magdalena su grandemente querida; agradecíale las finezas que hizo con Cristo, Señor nuestro, y por esto decía habíamos de querer á los santos, porque suplen nuestras faltas y nos enseñan lo que debemos hacer para no tenerlas, y la lección de sus vidas ha de ser para imitar sus virtudes, aprender á vivir bien, que es la fina devoción.

Y como era su estudio el ejercicio de las virtudes teologales, en que igualaba á los mayores de su tiempo, ejecutándolas en grado superior y en lo más primo del arte, se propuso como ejemplo aquellos santos que en ellas se señalaron con actos más heroicos. Alababa mucho la fe de San Luis, rey de Francia, valentía y ostentación del poder divino; Rey y santo que no quiso ver al Niño Jesús, que apareció en la hostia, diciendo que le bastaba su fe. Encarecía la esperanza de los patriarcas y profetas, y en esta consideración se regalaba mucho con el Oficio del Adviento.

Arrebatábala la caridad y amor del gran Padre Agustino; su lección ordinaria eran sus *Soliloquios* y *Meditaciones*, con que se enternecía regaladamente. Era aficionadísima á San Juan Crisóstomo porque supo amar mucho á nuestro Señor y porque habló de la oración altamente.

Y como tan celosa de la honra divina, era devotísima de los santos que de pecadores grandes se convirtieron fervorosamente; porque volvían á Dios, cuanto alcanzaban sus fuerzas, la honra que le habían quitado con las ofensas.

Era aficionadísima á los santos penitentes; hacía

actos de complacencia de que hubiese habido quien acertase á dar gusto á nuestro Señor y amarle como más se puede en la tierra, y no hallaba otro camino mejor para satisfacer el grande amor que ardía en su corazón sino el referir en su memoria y gozarse en su voluntad de que Su Majestad hubiese sido servido de los santos; y complaciéndose así regaladamente, hizo muchas veces con el afecto lo que ellos en el efecto.

Era muy devota de los santos perseguidos, de donde le nació la mucha estimación que tuvo de San Ignacio de Loyola, capitán de la ilustre Compañía que ha conquistado para Dios el mundo, y consolábase grandemente en sus persecuciones.

Quiso mucho á Santa Catalina de Sena, que deseó mudar hábito é ir á convertir almas haciendo oficio de apóstol: impidióselo el glorioso patriarca Santo Domingo por ser mujer; mas D.ª Luisa, como adelante veremos, halló modo de hacerlo en Inglaterra.

CAPÍTULO XXII.

DE SU ORACIÓN.

La oración de la venerable D.ª Luisa fué altísima, sobrenatural y de efectos grandes, hasta suspenderse. Su vida una perpetua asistencia á Dios, sin perderle de vista, viviendo más como alma bienaventurada que como mujer en carne mortal. No fué su camino un tiempo de grandes fervores que descaecieron, como á otras almas sucede, sino que éstos comenzaron

desde los años de su mocedad, y se continuaron con aumento hasta el remate de su vida.

Las misericordias que Dios la hizo en la oración sin duda fueron grandes, como se puede entender de un alma que en todo obraba con tan gran perfección; mas fué tan profundo su silencio, que gozaba muy á solas con Dios los favores que la hacía; era tan humilde y de tan gran secreto, que hacía particular estudio en hundir y esconder sus cosas de los ojos humanos, y aun á los suyos mismos, no reparando en cosas de que otras almas hicieran mucho caso, porque sólo estudiaba cómo obraría que fuese más á gloria de Dios y bien de las almas, dejando siempre para la suya el último lugar.

De aquí resultó el saberse tan poco de su interior en su vida; era la disimulación tan grande en encubrir todo lo que pasaba por ella, que si no es con sus confesores, y siempre con obediencias, jamás habló de sus cosas con persona humana. Nació esto de un reconocimiento que tenía muy agradecido á nuestro Señor de las grandes mercedes y singulares favores que Su Majestad la hacía, y al paso que la daba la luz de los recibos, se aumentaba en ella el reconocimiento de no ser los bienes suyos; y así, cuando la preguntaban ó trataban de sus cosas, callaba, no hallando qué decir, como de cosa suya, viendo ser todo de Dios, y sólo se contentaba con obedecer y obrar, que es fina correspondencia.

Procedía, en parte, este silencio por el peligro que hay de hablar decentemente en tan altas materias; porque, aunque hablaba de nuestro Señor excelentemente, era con gran encogimiento y miedo de disgustar á Su Majestad, deslustrando sus grandezas con no saberlas dar el lugar que ellas merecen,

ni significar en alguna manera una de mil partes de lo que ellas son; y de aquí era que, recibiendo extraordinarias mercedes en la oración y entre día, nunca refería, ni aun á sus confesores, lo individual de ellas, sino sólo por mayor la grandeza del bien recibido y la ignorancia y falta de lenguaje con que significarlo, y de agradecimiento con que pagarlo, porque de esto era grandemente dotada y agradecía el bien que recibía de todos.

La pretensión principal que tuvo en su oración la dejó escrita en un papel de su mano, en que dijo algunas cosas de estas misericordias; por ser tan notables y dignas de saberse, pondré sus palabras; son éstas:

«JESÚS MARÍA.

»No quiero pasar adelante sin decir que jamás, en toda mi vida, me acuerdo de haber puesto los ojos en pretender devociones sensibles, ni ternuras, ni creo me acordaba casi nunca de cosas que toquen á esta materia; porque deseaba sumamente lo más esencial de la virtud, y mi afecto se embebía del todo (sin quedarle lugar para más) en cómo podría alcanzar un puro y fuerte amor de Dios, y poder verse mi alma muy ajustada á su divino gusto, como negocio sumamente grave y pesado, y de ninguna otra cosa cuidaba mucho; y aunque oyese de revelaciones ó leyese, pasaba muy de paso por ello, tirando siempre derechamente á lo que pudiese ser fina mortificación de pasiones y desasimiento de criaturas; y en las pláticas ó libros que trataban de esto hallaba mucho gusto, y ahí hacía mi asiento, procurando, no sólo oirlas y leerlas muchas veces sin cansarme, mas antes deseaba dejarlas estampadas en el alma al vivo y conservarlas en la memoria, como lo estaban en los libros, para tenerlas á mano á cada paso; y si no es en esta manera, no he gustado casi jamás de leer ni pasar libros, porque me cansaban y molían el entendimiento; y sin duda era ordenación de nuestro Señor, porque conocía yo que secaba el alma con otra cualquier manera de lectura.» Hasta aquí D.ª Luisa; doctrina verdaderamente grande y que debe estamparse en los corazones de quien desea aprovechar en las virtudes sólidas.

En esta conformidad era su trato, con gran verdad en palabras y obras; mas nuestro Señor la favoreció con muchas misericordias y mercedes, que ella encubría, como hemos dicho, y apenas se supo más que los efectos que causaban, y obras admirables que de ellos procedían; mas éstas eran tales, que pudo muy bien juzgarse que eran grandes las mercedes que nuestro Señor hacía á esta fiel y verdadera esposa suya; dábala fuerzas sobrenaturales para emprender obras tan maravillosas. Lo extraordinario y raro de su oración se ha sabido de los papeles que se hallaron después de su muerte, escritos de su mano en diferentes tiempos, de orden de sus confesores, de que nos hemos valido en esta historia.

Su oración retirada era ya no por vía de discurso y con sequedad por la mayor parte; pero por más sequedad que tuviese, la daba nuestro Señor un recurso á él, proseguido toda su vida, como mil veces más que á padre y que á hermano; buscábale en todas las ocasiones su espíritu confiadamente, y con el amor que si le conociera y tuviera, como los que se tratan y conocen acá humanamente.

Era su oración tan continua, que apenas hacía

otra cosa en todo el día y la mayor parte de la noche; porque aunque hacía labor algunas veces, sentía disgusto grande en ocuparse en cosas que la llevasen tras sí la atención, aunque fuesen cosas buenas, como escribir los papeles que hemos dicho, tocantes á su alma, para conferir tiempos con tiempos y reconocer á Dios sus misericordias. A los demás ejercicios acudía con tal silencio y devoción, y atención á la presencia de Dios, que se puede decir con verdad estaba orando siempre y obrando, y esto mismo enseñaba y practicaba perfectamente. Estado que se alcanza con el continuo uso de la oración y mortificación continua, ciencia que se aprende en el rincón, no andándose vagando todo el año.

Admiraba las horas que estaba encerrada en su aposento: habían hecho sus compañeras unos agujeros en la puerta para ver lo que hacía; veíanla que estaba toda demudada, con el rostro de un ángel levantado al cielo, los ojos abiertos con particular hermosura, las manos puestas y alzadas, y toda atenta y como fuera de sí. Era forzoso algunas veces llamarla, y dando muchos golpes no respondía. Valíanse tal vez de una piedra, batiendo con ella por espacios largos; no bastaba menos ruido. Al salir de la oración decía siempre: «Ven, Señor, conmigo, y si no, no me dejes salir de aquí.»

CAPÍTULO XXIII.

DE ALGUNOS INDICIOS DE LA ALTEZA DE SU ORACIÓN.

Sucedióle una vez ponerse de rodillas una noche de invierno en un corredor á hacer examen de la conciencia; pasó la noche toda sin moverse del lugar; el sol la despertó de aquel dulcísimo sueño, siendo el cielo, el sol y sus planetas testigos de tan extraña virtud. Algunas veces se estaba haciendo este examen hasta las tres ó las cuatro de la mañana.

Remontábase de manera en este ejercicio santo, que le parecía algunas veces que se veía en un lugar eminentísimo y muy superior á las cosas terrenas, y que de allí las miraba como en un puesto muy inferior y bajo. Otras le parecía que estaba como vendida en este mundo y como en tierra de extraña gente, y los que veía, aun sus mismas compañeras, le parecía extraña y poco conocida, y esto mezclado con gran dulzura y benigno corazón para con ellas. Algunos días, habiendo comulgado y estado en oración, le parecía, saliendo á la calle y alzando los ojos, que todo era cosa nueva para ella, y algunas veces le parecía, aunque llevaba los ojos abiertos y los volvía á todas partes, que no veía; tan atenta y engolfada estaba su alma, que los ojos exteriores perdían su fuero, estando los interiores de su espíritu tan atentos á su Dios.

Estando en oración, le parecía de ordinario que estaba apartada de todas las cosas exteriores y aun de

su mismo cuerpo; de manera que, volviendo después á tratar con los próximos ó emplearse en cualquier ejercicio exterior, era menester que su alma saliese como de un lugar interior y retirado, á otro exterior y descubierto; y sentía en su alma como grandes anchuras y lugares extendidos, en los cuales echaba de ver que se hacía y obraba muchas cosas sin dar muestra de ellas por defuera; solamente cuando le causaban mucho dolor, mostraba el rostro algo triste y demudado. Muchas veces el alma se entraba tan adentro de estos espacios interiores en busca de su Señor, que parecía había del todo dejado el cuerpo; de manera que, á no ser tan manifiesto por señales exteriores que vivía, hubiera juzgado que verdaderamente estaba muerta, y algunas veces se espantaba cómo era posible vivir estando en aquel modo. Otras sentía grandes dolores en el cuerpo, causados de apartarse y retirarse el alma tanto.

Andaba tan embebida en la preferencia de Dios, que no se le quedaba figurado ningún rostro de los que veía, aun los de sus compañeras. Sucedió, vez ó veces, que habiéndole dado la comida ó cena, después de haber comido se estaba por algún tiempo con un poco de pan en las manos, haciéndole pedacicos, comiendo tal vez alguno; preguntábale la compañera: «¿Qué espera vuestra merced?» Volvía como quien recuerda, y decía: «Espero que me dé de comer»; y replicándola que había ya comido, decía: «Miren qué bobería», ó palabra semejante.

Estando algunas veces fuera de su casica en visitas de oidores ó de otras personas por causa de sus pleitos, y tratando de ellos cuidadosamente, cuando apartaba el pensamiento de aquellas cosas que tenía tan presentes, y lo hacía con facilidad, se retiraba

á su interior bajando los ojos ó cerrándolos cuando sin nota lo podía hacer; hallábase luego al punto en una amenísima soledad con su dulce Señor, cien leguas de criaturas y bullicio de mundo por todos lados, con una dilatación y dulzura de corazón muy grande; y en llegando la ocasión de haber de hablar en su negocio, ú oir á los jueces, ó abogados, ó al agente del contrario, lo hacía con gran desembarazo, buena memoria y despierto juicio y gran tranquilidad de ánimo, mirando con gozo aquella gruesa cadena de sus pleitos tan al cabo de quebrarse, y consideraba, como si lo estuviera mirando en otra persona, cómo concordaban á un tiempo pleito y ocupación tan pesada y oración, con alma tan libre y tan tranquila y fácil de remontarse tan dulcemente en Dios.

Estando á solas en su retiramiento, muchas veces padecía gran fuerza para poder hablar ó responder, y en esta suspensión se le pasaban días enteros.

Dos ó tres veces, estando durmiendo, se halló en tan alta oración mental cual nunca primero había experimentado: el alma, elevada y puesta en gran sublimidad y divino deleite; y despertando una ó dos veces de éstas, se volvía luego á dormir, y juntamente tornaba á atarse el hilo y á sentir lo mismo que primero, y así pasó buena parte de una noche. Otras veces en el sueño recibía muy grande y claro conocimiento de sí misma, y le duraba después de haber despertado y entre día, y no era fácil saber si aprovechaba más en esta luz y verdad estando despierta ó durmiendo. Otras veces le parecía que estaba sintiendo una espiritual hartura de bienes en el mismo sueño, como si estuviera asentada á un espléndido y regalado banquete, y hubiera comido en abundancia

de manjares que la tenían satisfecha y fortalecida; podía decir con verdad con la Esposa: *Ego dormio, et cor meum vigilat.*

CAPÍTULO XXIV.

DE ALGUNAS MISERICORDIAS DE NUESTRO SEÑOR, Y PARTICULARES MODOS DE PRESENCIA QUE TENÍA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE SUS MISTERIOS.

Reverberando el sol en un espejo de cristal, produce otro nuevo sol; no así en otra cualquier materia, en que lo tosco y grosero impide tales efectos. El alma santa de la venerable D.ª Luisa, más pura que mil cristales, recibía en sí los divinos rayos del Sol de justicia, Dios, de que resultaba una semejanza grande y una representación viva de aquellos resplandores de los santos, que no resurten en menor pureza.

Recibió particularísimas misericordias de nuestro Señor esta fiel sierva y esposa suya, sintiendo en ellas eficacísimos y fuertes afectos, y muy continuados por toda la vida, y gran luz y profundos conocimientos de algunos misterios de nuestra fe, en particular de la persona de Cristo, Señor nuestro, y de su sagrada pasión, y de algunas palabras de la Escritura; y en materia de estima y amor del Santísimo Sacramento del altar, muy notables, un alto conocimiento de Dios y de su grandeza con un profundo conocimiento de sí misma. Traíala nuestro Señor llena de eficaces afectos y conocimientos, de manera que, en haciendo alguna reflexión, volviéndose á lo

interior del alma, hallaba fácilmente en qué ocuparse y embeberse.

De aquí le vino gustar tanto de lo que es soledad y gran retiramiento, y no echar menos ningún gusto ni entretenimiento de la tierra, ni los que en espíritu suelen consolar á otras almas santas.

Eran muy frecuentes y grandes los sentimientos en otros misterios; mas predominaban los de la pasión del Señor. Sentía algunas veces interiormente, en lo profundo del alma, que tenía al Salvador del mundo tan herido desde la planta á las sienes como lo estuvo. Era ésta una presencia tan clara y eficaz, que si quería volver á lo exterior á mirar, hablar ó atender á cualquier otra cosa, no se lo permitía la fuerza de esta presencia, y así se volvía á encerrar dentro de sí, y decía: «Pues vos, Señor mío, queréis que tenga yo tal compañía y hacerme tanto favor, no quiero perder tanto bien.» Parecíale que veía á Cristo nuestro Señor verdaderamente dentro de su alma, y le sentía en ella como compañía dulcísima amada entrañablemente de ella, con más viveza y eficacia que lo que corporalmente se ve y se siente.

Por espacio de un año ó más trujo una presencia delicadísima y soberana del Verbo encarnado, al cual intelectualmente le parecía le tenía en lo más íntimo, á quien su alma abrazaba, y se unía estrechamente con Él, causando una grandeza de corazón notable, y gran luz, amor y estima de este soberano Señor; y cada y cuando que volvía á hacer alguna interior reflexión, sentía lo mismo, como cosa que estaba muy de asiento en el alma.

Vió por espacio de tres días, en visión intelectual, en lo íntimo de su alma al Niño Jesús en el pesebre, á la Virgen Santísima y á su esposo José; parecíale

cubría el rostro del Niño delicadísimo velo de luz, el cual se ponía algunas veces tan transparente que le faltaba poco para descubrir de todo punto las facciones á su vista.

Tuvo en una ocasión sentimiento muy tierno del misterio de la Presentación del Niño de Dios en el templo; sintió extraordinario afecto y presencia de la Santísima Virgen con su Hijo en los brazos, de manera que por muchos meses, en retirándose á lo interior en la oración, le parecía que la tenía presente; pedíala se sirviese de poner aquel precioso tesoro en los brazos de su alma; la piísima Señora lo hacía con grande benignidad, y su alma con estrechos abrazos apretaba á sí aquel divino joyel.

Muchas veces, cuando rezaba delante de las imágenes, le parecía que se revestía en ellas un espíritu de vida que le causaba gran reverencia, respeto y devoción.

Sintió muchas veces que á su mano derecha tenía una persona de virtud divina, y un día le pareció que estaba á su lado izquierdo un esclavo grande, amulatado, feísimo, cuyo color tiraba á azul y negro, que, hincada una rodilla en el suelo y levantada la otra, alargaba el brazo y mano por tocarla siquiera con las puntas de los dedos al vestido; nunca podía alcanzar, aunque venía á llegar muy cerca; tenía los ojos espantables, mirando con miedo y respeto aquella virtud divina que ella sentía tener al lado derecho; pensó ser el ángel de su guarda; parecía que el esclavo mostraba que esta virtud le impedía el poder llegar á ella.

Duró esto por espacio de ocho ó diez días; de manera que en haciendo alguna reflexión interior sentía lo mismo en cualquier tiempo del día, representándosele que aquel esclavo era el espíritu de la fortificación.

Parece que en esto se mezclaba visión imaginaria é intelectual bien claramente, porque el ángel que creía ser aquella fuerza y virtud divina sentía con más certeza que si la viera con los ojos corporales, y, por otra parte, no le veía en forma ninguna, como al esclavo.

CAPÍTULO XXV.

DE LA CONFORMIDAD QUE TUVO CON LA VOLUNTAD DE DIOS, Y SUS GRADOS.

El amor que desde niña fué guiando á D.ª Luisa, y llevándola como por la mano la puso en el camino real de la cruz, que anduvo con tanta fortaleza, la introdujo á pocos lances en los palacios del mismo divino amor. Allega el alma á habitar esta felicísima morada por una pura y única unión de voluntades de Dios y de la criatura, cual sabe hacer el amor, sin haber más querer, ó no querer, que el de Dios en una conformidad perfectísima desde que se entregó á Dios, mas en muy superior modo desde que tuvo licencia de comulgar cada día, cuando, como dijimos, fueron creciendo las misericordias de Dios.

Esta habitación describe delgadamente D.ª Luisa en los papeles que quedaron escritos de su mano, y fuera ofender su pensamiento buscar para explicarle otras palabras, que las suyas son éstas: «Sin embargo de tan grandes desmerecimientos, era la miseri-

cordia de nuestro Señor tal para conmigo, que le parecía á mi alma que se hallaba entrada á ratos en los palacios del divino amor, que están edificados dentro de los términos de la voluntad de Dios, y sacados en este sitio sus cimientos profundísimos y aplomados, y consideraba la fortaleza y hermosura de esta morada, y extendiendo los ojos de mi alma por sus vistas, descubríanseme unas alturas y unas profundidades inmensas, y unas anchuras y unos llanos que no se pueden comprender, llenos de riquísimas minas de piedras preciosas y del finísimo oro y acendrada plata, que siete veces probada en el crisol de las tribulaciones y en el contraste más ajustado, es siempre uno su valor; quedaba con esto mi alma cada día más desahogada, y el flaco corazón corporal ha participado mucho aliento, hallando cada día más que ver en este opulentísimo reino de la voluntad de Dios, de donde somos todos naturales, criados dentro de ella, porque en ella recibimos el sér que la eterna bondad suya quiso darnos, y los que andan fuera son fugitivos y gente desdichada y miserable, que padece innumerables males avecindados en la ciudad de Babilonia, ciudad de confusión, que es la propia voluntad de la criatura, y las almas felicísimas que habitan dentro de estas fuertes murallas de este celestial reino de que trato, y hechos sus perpetuos moradores, participan de sus exenciones y gozan de las influencias de su cielo, viven, habiendo tinieblas en Egipto, con luz, como los hebreos en Gessen. Esta es la región de los que á puras heridas de amor murieron á sí mismos y á todo lo temporal y terreno, trasladando sus almas y voluntad desde luego en aquel en quien vivirán eternamente.» Hasta aquí D.ª Luisa.

El primer grado ó la entrada primera de este reino es huir todo pecado, excusar las más ligeras faltas, obedecer por amor; ésta fué la señal que dió Cristo nuestro bien en su Evangelio: «El que me ama, guardará mis mandamientos.» Dice así D.ª Luisa hablando de la conformidad de su voluntad con la de Dios en esta parte; son éstas sus palabras:

«Heme hallado con una nueva misericordia tuya, la cual ha mucho tiempo que te pido, y hasta este día no la he podido alcanzar, que es un eficacísimo deseo y voluntad de no ofenderte venialmente ni en modo alguno, por más leve y pequeñamente que fuese, aunque me haya de costar la vida, hallando en mí mucha mayor estimación en no disgustarte que en tener vida; y así, no solamente lo trocaré por ello, pero querría estarte suplicando cada hora, como lo hago cada día algunas veces, sin pasárseme ninguno, que me la quitases antes que advertidamente te disgustase con ninguna ligera culpa, aunque la muerte viniese atravesándome á puñaladas súbitamente, ó cayendo un rayo del cielo que me abrase, ó con otro cualquier género de muerte rigurosa, que no podía ser en ninguna manera, y la vida sí en este caso. Muchos días había que te pedía lo mismo, y conociendo el entendimiento lo poco que la voluntad haría en esto, la llevaba tras sí, pero con alguna dificultad y fuerza, y ya, bien mío, la tienes tan allanada que la dificultad toda está en faltar á esto. Lo que podía ser pecado mortal, siempre lo temí con terrible espanto desde pequeña, y así, ha años que trocara yo la vida con cualquier género de muerte por no quedar ni un punto en tu desgracia; y así te lo pedía, y de muchos días acá había recibido tanta luz en esta parte, que no solamente la muerte, sino el infierno

con todos sus tormentos, he deseado padecer en trueque del que tengo yo por tanto mayor daño, cuanto no tienen ni pueden tener comparación; esto es con notable eficacia.»

Estas palabras descubren el ánimo constante de su dueño.

Apoyada con la firmeza que vemos en esta resolución, es el segundo grado una gran facilidad y prontitud en conformar su voluntad con la de Dios en las cosas mas arduas y dificultosas, teniendo como imposible faltar á este rendimiento. Explicó vivamente este segundo estado con las palabras que le daba el sentimiento; prosigue así:

«Y volviendo á mi propósito, digo que, yendo recibiendo luz en el conocimiento del tesoro que se encierra en el conocimiento de la voluntad de Dios, se me vino á embeber en el alma una íntima afición á esta virtud, que me ha hecho hacer muchos actos de ella, teniendo diversas veces ocupada la consideración en sus calidades y grandeza, con que he recibido muchos acrecentamientos de luz hasta hoy proseguidamente; y parécele á mi alma que no puede serle posible, según lo que de presente siente, tener querer encontrado con el querer de Dios, en el cual halla tanta dicha, satisfacción y gloria que, aunque le hubiese de costar el sér que tiene ó un eterno infierno de penas, no dejaría de gozarla por solo aquel breve tiempo en que hubiese de juntar su sí con el sí de Dios; y pensar yo que, cuando me hubiera Dios deshecho y aniquilado todo mi sér, quedaría Él glorificado en el cumplimiento de esta su voluntad, y que se había, en fin, hecho lo que había querido, me da tanto gusto, que me parece no hay otro ninguno con quien trocarle; y así, aunque quiera que se me ofrezca ó represente en lo por venir, luego se allana todo con volverme á nuestro Señor y decirle: «En lo que »vos queréis, ¿qué más hay que pedir ni que desear? »En llegando una cosa á ser gusto vuestro, ¿qué ma»yor gusto que ese puede haber para mí?» Y en todos los trabajos me es un refugio notable, y un aire fresco templado que sale de aquel reino pacífico y tranquilo, con que se recrea y desahoga el alma, y se mitiga la sed de varios deseos que se levantan en ella, y se alienta á pasar adelante, hasta entrar en la perfecta posesión de esta virtud cuanto le sea posible, mediante la divina gracia.»

CAPÍTULO XXVI.

PROSÍGUESE LA MATERIA DEL CAPÍTULO PRECEDENTE. DE OTROS GRADOS DE CONFORMIDAD.

Llegada, pues, á este estado, fué caminando por el palacio adentro, y acercándose á los últimos retretes halló otro mayor primor de conformidad en la tolerancia de los trabajos, que los que Dios envía á tan valientes espíritus son terribles. En éstos tuvo la voluntad tan rendida, que sin poder faltar el sentimiento (no quiere Dios que sean sus siervos piedras insensibles) cumplió con la fina conformidad, con la voluntad divina; ella dirá lo que pasó en esto. Prosigue así su discurso:

«¡Y que en este estado (que sin experiencia se me descubre por vía de la luz del entendimiento) pueda haber cosa de las de la tierra que se pueda llamar trabajo! Con dificultad lo alcanzo. Porque restituída

el alma á este terrenal ó celestial paraíso, apenas llegan á ella tales trabajos y tribulaciones cuando quedan embestidos de este divino sol, y los vuelve tan iluminados, resplandecientes y apacibles que influyen gusto en el alma; y aunque se sientan, porque ellos en sí tengan tal calidad que se hagan con extremo sentir, sin quitar á las veces aquella cierta manera de sentimiento, la mezcla nuestro Señor delicadísimamente con una satisfacción y alivio admirable, y hállase la fuerza del amor en este estado tan superior á todo y tan sediento, que si viese derramar cuanta sangre el cuerpo tiene por causa de aquel sumo bien que ama, no se podía acabar de aplacar.»

Sólo quien esto sentía pudo explicar primores tan delicados.

Acrisólase esta conformidad en el grado último, llegando á tal alteza que excede totalmente al entendimiento humano. Padecía D.ª Luisa en la oración, á temporadas, unos dolores interiores intensísimos, por los íntimos afectos y deseos por morir por nuestro Señor, que se le aumentaron por la mayor frecuencia de las comuniones, disminuyéndose ó creciendo á tiempos, según la ordenación divina, siendo á las veces templados, aunque el deseo de morir siempre fué grande. Llegaron, pues, las delicadezas del amor de este alma santa, conforme en todo con la voluntad de Dios, á tan excelente extremo, que, obligándola el ímpetu del amor á dar la vida por Dios, parasen estos deseos deshechos en una profunda conformidad; fuera grande atrevimiento hablar en cosa tan alta menos que con sus palabras; prosigue así:

«Creo que en lo que tiene mayor merecimiento el puro afecto de esta transformación de la voluntad

del alma en la de Dios, es en cuanto toca á contentarse de no padecer más tribulaciones por nuestro Señor de las que Él quiere, y verse sin poder seguir en esto los dulcísimos caminos de Cristo, que llevan los ojos tras sí, de donde nace juntarse algunas veces en un mismo espíritu estos dos excelentísimos afectos de conformidad perfecta con la voluntad de Dios, y un deseo eficacísimo y fuerte de dar la vida por Él, ofrecida en mil géneros de oprobios y tormentos; y este deseo, no cumplido, vuelto en un penetrativo dolor, parece que no puede tener otro medio sino su ejecución. Está el alma muriendo por ver acabar la temporal vida en mil martirios por el amor de aquel sumo bien que ama, y sirviéndole la dilación de un riguroso tormento, ninguna cosa quiere más que verse morir de esta dolencia; y muere porque no muere, y gusta que no sea remediable su mal mientras Dios lo quiere así, y experimenta el alma cuán grandes y vivos sean los dolores que el amor causa, y que la consistencia de suma conformidad y sumo dolor es una confección olorosísima y soberana, compuesta de lo que el juicio humano juzga ser entre sí tan contrario, que parece no se puede conceder que donde hay suma conformidad haya juntamente sumo dolor de deseo no cumplido, y mientras más lo procurare entender y penetrar, más deslumbrado quedará de su luz; pero la de nuestro Señor nos descubre mucho del primor de esta obra, reservada únicamente á aquellas divinas manos ante cuya omnipotencia huye y desfallece toda imposibilidad.»

Del modo que esto pasaba en la oración lo dejó escrito en un papel que, original, he visto escrito de su mano; dice así:

«JESÚS.

»Cuando mi alma aspira á Dios y muere por unirse inseparablemente con Él, siento que con ímpetu terrible se mueve de lo más íntimo de sí con este afecto fortísimo, el que al mismo punto se convierte y resuelve en desear insaciablemente verse entre mil géneros de tormentos y martirios por aquel cuyo amor íntimamente la penetra, como si estuviese este género de muerte interpuesto, cuando el alma se quiere ir á su Dios, de modo que no pudiese por otro medio irle á gozar; y es cosa tan ordinaria, que parece no acierta mi alma á querer otra manera de salida del cuerpo á su centro; y así, es éste el paradero cierto en que vienen á rebalsar mis ansias, deseos y sentimientos; y es tan sutil y delicada esta manera de afectos, que no creo se podrá fácilmente explicar, y del penetrativo dolor que causan en el alma viene á participar el cuerpo una gran parte y á quedar el corazón material quebrantadísimo y como traspasado; y con todo eso, no trocaría el alma estos sentimientos y dolores que padece por ningún gusto de la tierra; cuando crecen y toman fuerza, obligan á que se haya de dejar lo que de presente se está haciendo, ahora sea escribir, ó leer, ó hablar, ú otra cualquiera ocupación, y el entendimiento se muele y atormenta si le quiero forzar á que se ocupe en algo, y las fuerzas corporales están caídas y quebrantadas, y no hay mejor remedio que atender á sólo sufrir y pasar aquel dolor y fuerza del afecto con toda quietud, procurando suavemente mezclar afectos de la más pura y fina conformidad con la divina voluntad que le sea al alma posible.

»Y tanto cuanto crece el afecto de unirme íntimamente con el Sumo Bien, á esa medida crece el afecto y deseo vivo de morir por Él entre mil martirios; y para mí no hay otra felicidad, ni otra gloria, ni se me abre puerta para que me pueda alegrar con los contentos y descansos que imaginamos en el cielo, ni para que piense ni discurra en esa materia de ninguna manera; y si me hago fuerza á ello, hallo sequedad, y, como digo, cerrada sin duda esa puerta; y si me acuerdo de Dios, toda mi alma se embebe en desear unirse con ese Sumo Bien perfectamente, y de ahí da luego el afecto en deseo de morir por Él; y aquí se encierran todos mis afectos, y mis discursos, y mis contentos, y éste es mi modo de oración muy ordinario, con esta diferencia: que unas veces son estas comunicaciones de nuestro Señor pacíficas, y suaves, y sin dolor, y por la mayor parte después de haber comulgado, y otras veces con el dolor y fuertes sentimientos que ya he dicho; y exceptuando los ratos de después de comulgar, si el afecto del alma se levanta con fuerza, es cosa cierta ser siempre con fuerte dolor, y tal, que no dudo que mi alma esté con una grande herida que la pasa, y parece que se siente claramente ser así.

»De aquí creo proceden en mí tantos deseos de pobreza, desamparos, desestimaciones y dolores, que parece se halla mi alma violentada en todo lo que difiere de ese su deseo.

»Cuando me llego más á nuestro Señor y traigo la conciencia más limpia, crecen mucho estos afectos, y con lo contrario se moderan conocidamente, aunque no mucho. Y puédese decir que las comunicaciones de nuestro Señor y mercedes suyas, que otras almas tienen con deleite y gozo, en mí son ordinariamente con dolor fuerte, aunque mezclado con

tanta satisfacción que, estando atormentando, no le querría el alma dejar, ni le trocaría por otros ningunos gustos.»

En estos ejercicios y pruebas sutilísimas y fortísimas metía nuestro Señor muy de ordinario á su sierva fidelísima, para acendrarla más después de purificada, y aumentar la calidad de su perfección, y mostrarla terrible á los demonios, haciendo solemnidad y fiesta á los ángeles y Corte celestial, glorificándose su inmensa bondad en la destreza y valentía con que fué labrando esta alma en cosas de tan gran dificultad, con que el infierno todo se espantó y quedó el brazo de Dios más ensalzado.

Con esta oración y afectos la fué disponiendo nuestro Señor para la gran jornada de Inglaterra, materia del libro que se sigue.

CAPÍTULO XXVII.

ALGUNOS PAPELES QUE SE HAN HALLADO DE DOÑA LUISA, CON ALGUNOS AFECTOS Ó SENTIMIENTOS ESPIRITUALES.

Eran algunas veces tan grandes los ímpetus de su espíritu y los sentimientos de varios afectos, que la obligaban á tomar algún alivio; entre otros medios se valía de la pluma, ya en prosa ó verso, en que con su gran ingenio tuvo particular gracia; los que se han podido hallar en prosa, son éstos:

«*Lunes, á* 17 *de Noviembre de* 1697.

»Sintiendo el alma los afectos que significa con no

pequeña fuerza, tomó por consuelo explicarlos en la manera que pudo y supo.

»Gloria del alma de vuestra humilde esclava, ¿por qué así le obscurecéis la lumbre de ella, escondiendo los rayos de vuestro bulto divino, y dejándome envuelta en un ansioso pesar y llena del dolor de vuestra ausencia? Á todos veo, y no os veo á vos; miro á los que no me pueden dar alegría, y no puedo ver á aquel que sólo puede darla á mi alma; tengo la compañía de los que no me pueden causar soledad, y carezco de la dulce presencia por quien peno de noche y de día; escucho atentamente con lo más íntimo de mi alma por si puedo percibir alguna breve palabra tuya, y no merecen mis torpes é imperfectos oídos todas veces tan extremado favor; y no hallando fuera de ti consuelo porque no le puede haber para mí, no me puedo apartar de ti, deseándote con una impetuosa fuerza de amor, y hallo en él recogidas todas las fuerzas de mi alma, que en tantas y tan diversas partes se solían derramar, y como volviendo en busca de ti, se hallan dentro de mí, adonde te dejaban cuando se apartaban de ti, cobrando nuevo vigor y fortaleciéndose el deseo del alma, viene á sentir la estrechura de la morada y á hacérsele dura y pesada, y parece que se quiere ensanchar dentro del pecho, y que no puede caber en él, y descargando la pena de la dificultad que en esto se siente sobre el corazón flaco, le fuerza á que se queje, y vuelve á buscarte de nuevo, y el consuelo que en esto yo podría tener mientras me dilatas el remedio, sabes tú, Señor, muy bien de mí, cuál es, y sólo tú puedes darle á tu esclava. Lo mucho que me muestras de ti, me hace confiar, sin casi tener duda, que no mirarás á que te he sido desleal, ni dejarás de serme un solo

punto Señor y único bien de mi alma, rompiendo, el conocer de ti lo que conozco, cuantas dificultades atraviesan mis miserias y bajezas; y es tanto lo que se esfuerza la esperanza algunas veces, que no casi sin duda como dije, sino con toda certidumbre, creo que no tengo de dejar ya más de ser tuya, y que te me has de dar enteramente, pues me diste el desearte únicamente, sin que en este deseo sienta mezcla de otro ninguno; estas cosas, ¿no las sabes tú de mi alma, bien mío? ¿No las ves en ella? ¿Puédote yo engañar, luz de mi vida y Señor de mi corazón? Y tú sabes también de mí que una de las cosas que más consuelo y gusto suelen causarme, es acordarme cuando te digo algo, ú ofrezco de hacer por ti, ó te represento lo que he deseado ó he hecho por tu amor, que no te puedo engañar, aunque me engaño á mí, y á ti te suelo decir: ¡Oh, cuánta gloria es para mi »alma, Señor mío, ver que te están más manifiestas »las verdades de mi corazón y de lo más escondido de »mi alma, que no á mí misma!» Y que cuando te digo y ofrezco estas cosas, sabes lo que tienes ó tendrás después en mí; y que no te saldrá nada más cierto de como tú lo sabías, y lo supiste enteramente que te amo más que á mí, y de esto no puedo dudar por más ruin é inútil que me sienta y me conozca; porque ¿qué habría que dejase yo de hacer por ti, aunque fuese contra mí, si se pudiera compadecer mal mío con gusto tuyo? Y ¿qué querrá tu voluntad en que no se halle muy llana la mía, después que por tu bondad diste luz á mi alma para que conociese cuánta felicidad se encerraba en el entero cumplimiento de ella, sin que tu vil criatura se atreva temerariamente á ponerte límite ni excepción en nada? No apartes de mí, Señor, esos soberanos ojos, porque no se marchite y se seque todo el bien de mi alma, que con tu vista todo crece, y sin ella ninguna cosa buena puede permanecer.»

En otro papel dice así Luisa:

«¡Oh inmenso bien del alma mía, por quien ella de día y de noche suspira con entrañable amor de su corazón! Pues tú, grande sobre toda grandeza, te dignaste de mirar cosa tan baja, llegando á tanto tu caridad que gustaste de amar tu vil criatura (aunque por lo que tiene de ser tuya se podrá con justa razón estimar), bien puede tu gusano atreverse á hablar contigo y á descubrirte la llaga de su corazón tan manifiesta á ti, que sobre todo quisiste, esperanza mía, llamarte gusano y desprecio, para que los que lo son no temiesen de llegarse á ti. Gusano y oprobio de los hombres fuiste porque así como lo dijiste se hizo, quitando sus males todos, y cargándolos sobre tus inocentísimos hombros, humillado hasta la muerte y hasta la abatidísima y afrentosa de cruz. No sé cómo no desfallece todo sentido, sumido en el abismo de su vileza, viéndote á ti humillar en la que no era tuya ni lo pudo jamás ser; provocóte, en fin, tu bondad, más poderosa que todas las maldades de los hombres. ¡Dichosa la suerte de los que tal gozan! Pero ¿cómo me divierto, dulcedumbre de la amargura de Adán, sin acabar de representarse mi dolor entre las flores que toco del amenísimo verjel de vuestros eternos atributos, donde, siendo ellos sin cuento, queda señalada tu bondad por la más célebre y poderosa para trocar los humanos corazones, en la cual las pequeñas abejitas hallen suma dulzura, de do sale nuestro suave sustento y la lumbre que aclara nuestras tinieblas? Y no es maravilla, Dios mío, sino cómo se acierta á hablar

ni á decir ninguna razón concertada mirando la baja criatura, desde lo profundo de su miseria, tu incomprensible majestad, á do se encierra todo lo que en ti hay y lo que por los hombres tienes hecho, desde do te suplico mires mi corazón atravesado con la flecha de tu amor; mírale, y acábale, Señor; no le dejes medio muerto y medio vivo; muera, mi bien, del todo; ya á cuanto, Señor, no eres tú, porque viva enteramente á ti solo, no sea en parte suma suficiencia mía las innumerables insuficiencias mías para que esto me sea por ti negado, pues hay tanta en el misterio de tu cruz para remediar los males del universo; concédeme, hermosura de la gloria de tu Padre, lo que te pido; duélete de lo que yo no me sé doler, porque, si lo supiera, ya el flaco corazón se hubiera roto y acabado la vida mortal, y por la fuerza del dolor hubiera sacudido de sí lo que tan por fuerza posee, como tener parte alguna en sí que no sea tuya ó conforme á tu divino gusto y contentamiento, que es yugo intolerable, carga pesada que sólo la puede aliviar tu mano soberana; quítamela, quítamela, inmenso bien de mi alma, y si te placiere, pon en su lugar todas las que fuera de ella se tienen por graves y pesadas, y todas las tribulaciones que con mentiroso lenguaje de esta manera son llamadas y tenidas por tales, habiendo salido de tu voluntad y de tu mano como saludable medicina para tus queridos y dichosos hijos. ¡Oh! ¡Cuánto lo sería mi alma el día que aquesto se me cumpliese, como lo espera tu indigna esclava de su dulcísimo y estimadísimo Señor, á quien ama más cien mil veces que á sí.—*Luisa.*»

En otro papel dice así:

«Gloria mía, ¿este por ventura tu deleite considerar, desde la inaccesible luz adonde habitas, un corazón atormentado que mucho te ama, y poner los ojos en él llenos de maravillosa virtud y eficacia, para volver las obscurísimas y palpables tinieblas en claro y resplandeciente día, deteniendo con la nube de tu voluntad los rayos de su luz, para que apenas vea mi alma si es tu brazo amoroso el que la aflige, y su desconsuelo con esto crezca, que trayendo aún la soga arrastrando mis desobediencias y males, no es fácil de conocer si vienes en justicia ó en misericordia? Misericordia llamo todo lo que no es ni se puede llamar perderte, aunque á esto se juntase el riguroso padecer del infierno. Descúbrete y amanézcame tu aurora, y si fuere necesario, que en mi flaco corazón se acrisole y apure, y á pura aflicción se cuaje la obra de tus manos, y lo que en tanta gloria tuya resultará; acude benignamente, suave Señor, á su tiempo con el fresco y blando viento de tu espíritu, porque el mío se esfuerce y te pueda esperar; no baste el trastornarse el cielo ni el abrir su boca el abismo y tragarme, para que un punto mi alma desdiga ni desiguale de tu voluntad y de la conformidad y ajustamiento que con ella debo y quiero tener. Y sobre estos fundamentos descargad, Señor mío, y asentad el peso mayor que hubiere, que aquello desea y ama mi alma que á vos más gustoso y agradable sea; si queréis que yerre sin errar delante de vuestros ojos, errar quiero y acertar cuando vos quisiéredes que acierte, vivir cuando vos quisiéredes que viva, y morir cuando gustáredes que muera.—*Luisa.*»

En otro papel dice así:

«Ponderación de una justa queja del Eterno Padre contra los hijos de Adán.

»Díos ¡oh hombres! á mi unigénito Hijo para que le amásedes, pareciéndole á mi eterna sabiduría

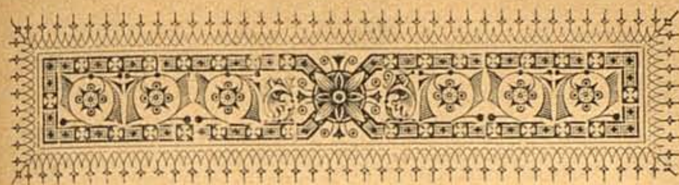
que, como materia de infinito amor, os daba en Él más que amar de lo que todos juntos amar podíades; y vosotros buscasteis en quién emplear vuestro amor, preciándoos de absolutos dueños de él con alevoso é intolerable frenesí, como si os conviniera ó lícito os fuera elegir otro amado, ó como si lo pudiera haber fuera de mi Cristo, ó si como, bastándole la parte que de amor le quisisteis dar, os sobrara amor que repartir en las vilísimas y perecederas criaturas.»

JORNADA

QUE LA VENERABLE VIRGEN

DOÑA LUISA DE CARVAJAL Y MENDOZA HIZO Á INGLATERRA

Y SUS SUCESOS EN AQUEL REINO



LIBRO III.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LA VOCACIÓN DE DOÑA LUISA Á LA JORNADA DE INGLATERRA.

De las grandes materias no son capaces los ingenios cortos, que sobre sus fuerzas atrevidos se han rendido en el intento mismo, y cuanto es mayor el sujeto de que se ha de hablar, tanto más se ven oprimidos, no pudiendo explicar con palabras la grandeza del asunto.

En lo que resta de esta historia hemos de tratar de la jornada que la venerable D.ª Luisa hizo al reino de Inglaterra; intento grande, materia digna de mayor aliento, porque la resolución de esta valerosa virgen, lo que trabajó, padeció é hizo en servicio de Dios y de su Iglesia en esta isla, lo he juzgado siempre por una de las mayores hazañas que leemos en historias eclesiásticas. Provincia superior á mi cau-

dal, entro cobarde y medroso, sintiendo ya rendirse mis fuerzas á tan grande empresa.

Las grandes resoluciones en las personas de aventajado entendimiento tuvieron la deliberación prolija, la ejecución prudente: ocurren de ordinario en todos los negocios de gran porte varios y graves inconvenientes, tal vez insuperables dificultades, y toca al juicio prudente dar satisfacción á todos de sus obras, y que no se entienda que el ímpetu ó la posesión, mas la razón y el consejo, apadrinan á las determinaciones de los que cuidan de su opinión y buen nombre. Esta verdad veremos con primor ejecutada en esta acción, que fué la mayor de doña Luisa.

Desde los diez y siete años de su edad comenzó á disponer nuestro Señor esta alma santa para la grande empresa que había de ser corona de sus virtudes y vida. En su profunda oración y meditaciones largas que tenía en aquel tiempo de la pasión y dolores de Cristo nuestro Señor, comenzó á tener grandes deseos de ser mártir y dar la vida por el dulcísimo Señor que murió por ella antes que tuviese sér para agradecérselo: hallábase algunas veces totalmente embebida en una viva y profunda consideración de que por la defensa de la santa fe católica la estaba atormentando, de que su alma sentía la mayor satisfacción que se puede imaginar, y grandísimo deleite de que salía con un ansia vehemente y una propensión suma á la verdadera imitación de los trabajos y cruz de Cristo: representábasele á la imaginación Inglaterra, pareciéndole que si se hallara en ella fuera de los mayores consuelos que pudiera tener, juzgando que si lo consiguiera se veía reducida al estado de la primitiva Iglesia, y se hallaba en aquellas primeras persecuciones: pensaba muchas veces con un afecto muy grande cómo pudiera verse en aquel reino.

Hablaba muchas veces con sus primas de los combates y gloria de los mártires; entreteníase dulcemente con estos pensamientos, mas sin dar cuenta de ello á su confesor y tío porque no los tuviesen por locura, ni ella misma entendía quisiese nuestro Señor de ella más que estos afectos, y si pasase á efectos esperaba que el tiempo descubriría el gusto de la voluntad divina.

Así se pasaron algunos años, yéndosele el pensamiento muchas veces á estos deseos en su recogimiento, y las más los hallaba como cosa asentada en su corazón é iban echando raíces casi sin que ella misma lo advirtiese. Después de tres ó cuatro años se resolvió á escribir al padre fray Luis de Granada, aquel río de la elocuencia cristiana y maestro común de cuantos desean salvarse: no le dijo en particular de su intento, mas remitióse á la carta que escribió á María de la Visitación, aquella monja de Portugal que dió á entender al mundo hasta dónde puede llegar un embeleco: tenía en aquel tiempo admirada á España su santidad tan diestramente fingida: díjola á ella que, considerando la inmensa deuda en que estaba á nuestro Señor por tantas vías, no podía tener descanso en nada sino en padecer y morir por él; que sus afectos la movían mucho á ir á Inglaterra, por estar en ella tan viva la persecución de la religión católica, donde se podían ofrecer grandes ocasiones de morir por nuestro Señor, ó por lo menos padecer mucho por su santísimo amor, y que deseaba lo encomendase á Dios, y le diese su parecer en ello y lo que podía entender de la voluntad de Dios en esto.

No tuvo respuesta de la monja, y fué permisión de Dios porque estos pensamientos no se calificasen por persona que no fuese verdaderamente santa. No dió tampoco parte al venerable maestro fray Luis de Granada, como se lo había ordenado; de él tuvo respuesta del recibo y que no sabía hasta entonces cosa á que poder responder: esto pasó estando en Navarra D.ª Luisa. Estos fueron los primeros pensamientos que nuestro Señor sembró en esta alma santa, y mientras los fué llevando á colmo pasó el martirio prolijo de la santa vida que hemos visto.

Vino á sus manos por este mismo tiempo una carta escrita por D. Juan de Mendoza, embajador del Rey Católico en Londres, en que refiere el glorioso martirio del padre Edmundo Campiano, valeroso soldado de la Compañía de Jesús, que con heroico valor por cárceles y tormentos y una atrocísima muerte fué caudillo á otros muchos de esta sagrada religión á que con ánimo constante é invencible se hayan opuesto á la persecución de la religión católica que por tantos años han procurado extinguir los señores de aquel reino: aumentáronse con esta carta sus deseos con una emulación santa de los católicos que padecen en Inglaterra, donde se le representaba grande y preciosa ocasión de padecer por Dios y dar por su fe la vida, ó que, por lo menos, pasando á esta isla podía hacer compañía á los católicos, oprimidos en sus cárceles y trabajos, y serles de algún alivio y consuelo.

Creció mucho este pensamiento con una relación de la vida y martirio del padre Enrique Walpolo, de la misma Compañía de Jesús, que el año de 1595, después de haber sido atormentado nueve veces, pasó desde la horca de Londres á incorporarse en el cielo

entre los escuadrones de los mártires: leía continuamente este libro; traíale consigo; con él en la mano le hallaba el sueño.

Ibase fervorizando cada día, tomando sus deseos nuevas fuerzas, sin embargo que las enfermedades rigurosas y largas que padecía, y la poca esperanza de vida, aun cuando andaba en pie, y su gran flaqueza, parecía cerrar de todo punto la puerta á la jornada de Inglaterra; pero, sin embargo, los espirituales sentimientos aspiraban con mayor fuerza á una inseparable unión de Dios por medio de una estrecha lazada de cruz, causando en el alma un delicado, pacífico, vivo é intenso dolor, sin estar en su mano alcanzarle, ni ser fácil resistirle. Para alivio de estos sentimientos hizo este voto:

«JESÚS. Año de 1598.

»Viendo que los impetuosos y delicadísimos afectos de dar la vida por Cristo nuestro Señor, siguiendo sus dulcísimas pisadas, uniéndome estrechamente con Él por este medio, tenían en gran manera apretado mi corazón y penetrado de una gravísima herida, ya que no estaba en mi mano satisfacer á su deseo, quise acudirle con el alivio que pude, haciendo el voto que se sigue:

«Yo, Luisa de Carvajal, lo más firmemente que »puedo, con estrecho voto, prometo á Dios nuestro »Señor que procuraré cuanto me sea posible buscar »todas aquellas ocasiones de martirio que no sean »repugnantes á la ley de Dios, y que siempre que yo »hallare oportunidad semejante haré rostro á todo »género de muerte, tormentos y riguridad, sin vol»ver las espaldas en ningún modo, ni rehusarlo por

»ninguna vía, y que cada y cuando que me viere en »ocasión tan venturosa, me ofreceré sin ser bus»cada.»

»El haber hecho este voto ha sido para mí de gran gusto y contentamiento, cuanto espero lo será la posibilidad de ejecutarle, y en el ínterin me consuelo con él extrañamente, deseando, aunque tan miserable sobre todas las cosas, que en esta y en las demás se cumpla en mí perfectamente la inestimable voluntad de Dios.»

Este voto fué siempre de gran alivio á su fervor y un cebo en que se entretenía su amor con la esperanza de poderle ejecutar; con él se consolaba, si bien fué tan grande el sentimiento y soledad que sentía los años que nuestro Señor la dilató este bien, que parece no había cosa que la consolase en lo humano, antes todo le aumentaba la sed de padecer martirio: no hay enfermo que tanto desee su salud y vida como la fervorosa D.ª Luisa darla por su Dios.

Las cadenillas de hierro con que atormentaba su cuerpo delicado le parecían ligeras: suspiraba por las gruesas cadenas que oía oprimían á los mártires; el gran retiro en que continuamente vivía deseaba trocar por el bullicio de las cárceles, que sabía estaban llenas de confesores de Cristo; la sangre que derramaba con las continuas disciplinas era demostración corta de su amor: eran sus ansias derramarla toda hasta la última gota en las plazas de Londres; entretenía sus deseos con estos martirios voluntarios que en parte satisfacían sus ansias, aplicando mucha parte de ellos á alcanzar de nuestro Señor el cumplimiento de sus deseos, que se fueron aumentando al paso que el amor de Dios y el prójimo crecía, que no la dejaba sosegar un punto.

Declaró algo de sus fervorosos sentimientos en un soneto que hizo más de doce años antes de partir á Inglaterra (tuvo particular gracia en esto), en que parece miraba las cárceles y prisiones, y se queja de carecer de ellos con afectos amorosos y ansiosa sed de padecer en ellas. Dice así:

Esposas dulces, lazo deseado,
Ausentes trances, hora victoriosa,
Infamia felicísima y gloriosa,
Holocausto en mil llamas abrasado.
Di, amor, ¿por qué tan lejos apartado
Se ha de mí aquesta suerte venturosa,
Y la cadena amable y deleitosa
En dura libertad se me ha trocado?
¿Ha sido por ventura haber querido
Que la herida que al alma penetrada
Tiene, con dolor fuerte y desmedido,
No quede socorrida ni curada,
Y el afecto aumentado y encendido,
La vida á puro amor sea desatada?

Todo esto miraba á Inglaterra, adonde parece tenía su tesoro; apenas acertaba á hablar algunas veces en otra cosa; su plática ordinaria eran los mártires, la gloria de sus prisiones y penas. Y era tal el gusto y afecto que á esto tenía, que con ser tan retirada que apenas entraba hombre por sus puertas, en viniendo algún padre de la Compañía ó sacerdote del Seminario inglés, luego su confesor se le llevaba, como sabía que era la cosa de que gustaba tanto; estaba largos ratos tratando de las cosas de aquel reino y en las persecuciones que padecían los católicos, y cuanto mayores eran los rigores y crueldades que contaban, era echar leña al fuego de su corazón y aumentar el deseo de verse en ellas; y con ser tan recatada en dar á entender sus espirituales afectos,

en esto era imposible encubrirlos, porque como centellas vivas salían del fuego que allá dentro estaba. En sus grandes enfermedades, cuando era necesario divertirla, ya sabían sus criadas que era cierto conseguirlo hablándole en las persecuciones de Inglaterra, en las pasiones de los mártires, por la experiencia que tenían que, en oyendo las cosas de aquel reino, se le avivaba el sentido y aplicaba la atención. De tal manera se fueron aumentando sus deseos de dar la vida por Cristo y padecer martirio, que ya le parecía que no podía vivir más y que si se dilataba la ida á Inglaterra moriría.

CAPÍTULO II.

COMUNICA ESTOS DESEOS Y TRATA DE DISPONER SU CUMPLIMIENTO.

Encubrirse puede el fuego cuando se va cebando en la materia, mas en tomando fuerzas rompe en incendio y arroja llamas por ventanas y puertas, sin haber quien pueda resistirle. Así los encendidos fervores de la venerable D.ª Luisa fueron llegando á estado que era imposible ocultarlos; habíanse apoderado del alma con unos impulsos grandes de ofrecerse á todos los empleos que Dios quisiese hacer de ella, por dificultosos y trabajosos que fuesen, pasando á servirle á Inglaterra. Vióse con esto forzada á comunicar lo que pasaba por ella con sus confesores y otras personas eminentes en santidad y letras: todos alababan el intento, atribuíanlo más á fervor

devoto que á cosa de fundamento, como de verdad lo parecía, y teniéndola por cosa extraordinaria y nueva, la representaban dificultades al parecer insuperables: las rigurosas y largas enfermedades que padecía; sus continuos achaques, que era arriesgar con evidencia la vida; su estado, y ser mujer á quien tanto conviene la soledad y encerramiento, y desdice el tráfago y concursos; lo prolijo y áspero de los caminos, mares, provincias varias; ir á reino tan extraño, en región tan remota, que tan cerradas tiene las puertas á la religión católica, en cuya propagación sudan tantos varones apostólicos, con tan grandes trabajos y peligros: ¿qué, pues, pensaba hacer una doncella delicada y sola entre tantos enemigos de la religión católica?, mayormente española, nación odiada de aquella gente por tan constante en la observancia de la religión romana: que las cosas de su hacienda pedían su asistencia en la corte, y á volver las espaldas era perder el pleito, que apenas con porfía continua podía adelantarle: que no todos los pensamientos que parecen buenos deben ejecutarse, que tal vez pueden ser del enemigo para privarnos de algún bien, no para adelantarnos: que repugnaba el intento en todo á la razón humana y la prudencia que modera y templa los deseos, que si bien píos, carecen de discreción, que es la gobernadora de las acciones virtuosas: que era conveniente se siguiese el consejo de los doctos, que habría pocos que siguiesen resolución tan ardua: concluían que lo encomendase á Dios y aplicase sus ejercicios santos á que le diese luz para cumplir su santa voluntad en todo.

Esta era la contradicción que hacían los hombres; mas sin comparación fué mayor la del demonio, que

con representaciones vivas la proponía las dificultades de tal determinación y temores para impedirle la jornada, el sumo desamparo en que se había de hallar, la falta de todo lo necesario, que exponía su crédito al sentimiento vario de los hombres, y otros montes que sabe levantar tan fácilmente. Con todo, acudía á Dios en la oración, donde se deshacía aquella espesa niebla y quedaba el interior sereno y esforzado, hallando en su corazón un solo intenso deseo de la mayor gloria y gusto de nuestro Señor, cuya respuesta era levantar á sí su dichosa alma, dejando estampada en ella una tranquila y muy notable confianza de que dispondría suavemente lo que hubiese de seguir, y en los últimos meses á aquel afecto que aspiraba á la cruz le tragó y embebió en sí uno más intenso y levantado que jamás hasta allí le había tenido del cumplimiento del divino beneplácito. Reconocía en esto un singularísimo y precioso favor de su dulce y soberano Señor, que la fortaleció de manera que lo dificultoso se deshizo y volvió en facilidad; ya no podía pensar en cosa que no fuese caminar con ánimo valeroso, conociendo claramente fuerza divina, y el afecto se reforzó de manera que pudo con toda verdad decir: «Aprisionada del espíritu voy á Jerusalén, no ignorando lo que me ha de suceder en ella», porque el Espíritu Santo la aseguraba que era admitida misericordiosamente la ofrenda de su corazón, mil veces ofrecida en dulce y estrecha unión, mas no sabiendo si había de quedar sólo en afecto ó pasar algún efecto dichoso. Caminaba en estos pensamientos con una humilde desconfianza de sí misma, acompañada de una viva fe y esperanza de que toda su flaqueza y natural miseria la había de suplir la infinita bondad

y omnipotencia de Dios; y con esto ponía todos los medios posibles, consultando hombres doctos, en que no hallaba sino contradicciones.

Fué menester gran constancia y ser la vocación de Dios tan fuerte para contrastar los varios pareceres que hubo de personas pías y doctas cerca de tan nuevo intento. A los principios excusaba humilde dar las causas que para ello tenía, estimando menos que sus obras careciesen del crédito y aprobación de los doctos, que no que se supiesen los favores que nuestro Señor la hacía: así, callaba y pasaba, confiando en Dios se había de cumplir su divina voluntad y sus deseos, con quien tantos años había peleado.

El gran raudal de un río crece á los mayores estorbos y aumenta fuerzas: esto mismo pasaba á los afectos de la venerable D.ª Luisa, persuadida eran sus deseos de Dios, y que tan encendidos bríos y afectos tan fervorosos en una mujer tan delicada no podían ser de otra fuerza que del Todopoderoso, que sabe valerse de débiles y flacos instrumentos para confundir lo fuerte, y con el sexo delicado de una doncella enfrenar el orgullo del demonio. Comunicaba sus ansias con tanta eficacia de palabras, con razones tan vivas, que hacían reparar y que sus confesores mirasen el caso más despacio: proponíales su vocación las conveniencias que hallaba en su persona para emplearse en ella; comenzaron á discurrir y á sentir de otra manera del caso; ponderaban la gran santidad de D.ª Luisa, su prudencia y discreción tan rara, y el discurso de su vida tan conforme al espíritu de la Iglesia; la perseverancia de tantos años en empresa tan ardua parecióles, después de larga deliberación, ser voluntad de Dios y elección

de su divino espíritu, á que asintieron, además de sus confesores, muchas personas graves de gran espíritu y letras de todas las religiones, á quien dió cuenta particular de sus intentos; los cuales, y con ser la obra tan heroica, peregrina y peligrosa, y sobre las fuerzas de una mujer, eran tan robustas las que veían en el espíritu de D.ª Luisa, y tales los fundamentos con que se movía y la prudencia con que iba guiada, y tanta seguridad, que consideradas estas cosas tuvieron la vocación por de Dios, y que sin escrúpulo no podían impedírselo, y que no era justo resistir á impulsos tan evidentes: consideraban que tenía claras muestras de la voluntad de Dios y ser llamamiento divino, y grande disposición para la empresa, y, moralmente hablando, no se descubría rastro de peligro; juzgaron que su asistencia en Inglaterra podía ser muy provechosa con el ejemplo de su vida y santos ejercicios, acudiendo á consolar los afligidos católicos y socorrer á los necesitados. Entre las personas con quien se confesó y dió parte de este intento fué el padre Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús, varón verdaderamente santo y gran maestro de espíritu y prudencia, de cuya vida y virtudes se han hecho informaciones, por autoridad del Ordinario, para su beatificación: habiéndola oído muchas veces, dijo que él no se atrevería á dar consejo para que se hiciese la jornada, y mucho menos que se dejase de hacer, que fué reconocer era sobre las fuerzas humanas, y que quien le ponía en ella se las daría sobrenaturales. El caso, finalmente, se redujo á términos que no venir en la jornada era contrastar la voluntad de Dios, ó dudar que su Majestad no era poderoso á hacer grandes maravillas por medio de flacos instrumentos, siendo éste su

ordinario proceder en cosas grandes, mayormente no habiendo vocación ni apenas inclinación á otra parte, y en ésta una gran facilidad y conocido gusto, juntamente con gran seguridad y certeza, que convenía mudar su manera de vida y el lugar adonde hasta entonces había estado.

No tuvo que recelarse de la decencia de su persona, porque, como dijimos, afirma un confesor suyo que le dijo muchas veaes tenía particular asistencia del ángel de su guarda para que ninguno la mirase con ojos menos honestos: así lo experimentó toda su vida, aun en su juventud, cuando las penitencias y aspereza de vida no habían estragado el buen parecer que tuvo.

Animóse sobre esto viendo abierta la entrada á Inglaterra con el trato de las paces que se concluyó, muerta la reina Isabel, entre el nuevo rey Jacobo y el rey nuestro señor D. Felipe III.

Llevaba ya su pleito en los alcances últimos, y el que hasta entonces había apenas movídose con pies de lana, comenzó á correr por la posta; con el favor del Conde de Miranda, presidente de Castilla, acabóle felizmente, si bien este embarazo jamás la detuvo un punto para ejecutar sus intentos.

CAPÍTULO III.

DISPONE SU JORNADA.—HACE TESTAMENTO.—FUNDA UN NOVICIADO DE INGLESES.

Apenas sellada la ejecutoria, hizo donación de todo el derecho que por ella le tocaba en favor de la

misión de Inglaterra para que se fundase un Noviciado en Flandes donde se criasen naturales de aquel reino que, sacerdotes doctos y virtuosos, volviesen á su patria á conservar en muchos la religión católica y á reducir á otros, como lo han hecho desde que se perdió en aquel reino, con valor increíble en medio de las llamas de la persecución de tantos años. Ha sido la fundación de estos Seminarios calificada por obra de las más gloriosas que ha habido desde los Apóstoles acá, y uno de los mayores blasones en materia de fe y religión que tiene España, y que ha hecho gloriosos sus invictos monarcas, levantando estos castillos fuertes contra la herejía, haciéndoles señalados favores al tiempo que recibían tanto daño de los herejes ingleses, dando á entender con esto la importancia de esta obra, en que concurren razones de religión, piedad y misericordia. Por estas y otras razones estimó la venerable D.ª Luisa por importantísima esta obra, y, movida de Dios, hizo tan generoso empleo de su hacienda, queriendo en vida y muerte ser perpetua bienhechora de Inglaterra: pasó esta donación de 24.000 ducados, sin quedarse sin un real; antes habiendo reservado 200 ducados de renta por sus días para el valor de la donación, por ser de todos los bienes, apenas otorgada la escritura hizo al punto dejación de esta pensión al Noviciado. Fué esta acción heroica, así por la cantidad, que fué tan grande, y de toda su hacienda, como por quedar en extrema pobreza, sobre experiencias largas de los aprietos en que pone la necesidad continua. Mas quedando á vivir entre los suyos, podía esperar pasara como hasta entonces; pero estando de partida para Inglaterra, donde ni de amigos ni parientes podía esperar socorro humano, fué una fe heroica,

una confianza en Dios grandiosa; y desapropiada de todo, emprendió su jornada, verdaderamente apostólica. Fundóse con esta hacienda una casa de Noviciado en Lovaina; vió D.ª Luisa en sus días colmados sus frutos y derramarse sangre por la fe católica, alimentada con su patrimonio.

Fué disponiendo sus cosas á toda prisa; y como quien partía á morir sin esperanza de volver á España, ordenó su testamento con el intento mismo de la donación; y porque en él campea un alarde de virtudes, pareció no defraudar de su noticia á la curiosidad y devoción. Son éstas sus palabras:

«JESÚS MARÍA.

»Yo, D.ª Luisa de Carvajal, estando en mi entero y libre juicio, cual ha sido nuestro Señor servido de me lo dar, hago y ordeno este mi testamento y postrimera voluntad, en el nombre de Dios nuestro Señor, creyendo y confesando la santa fe católica romana; y ante todas las cosas ofrezco mi alma en las misericordiosas manos de su Criador y Señor, é invoco la intercesión de la soberana Virgen nuestra Señora y de todos los santos, especialmente de aquellos en quien he tenido particular devoción, y suplico humildemente, por amor de nuestro Señor, á los superiores de la Compañía de Jesús, y prepósito de la casa profesa de ella, que en su iglesia me sea concedido algún humilde lugar donde mi cuerpo sea enterrado; y por la entrañable afición que á su sagrada religión he siempre tenido, á la cual, con el modo que he entendido será de mí más servido nuestro Señor, ofrezco una voluntad grandísima, aunque en tan pequeño dón, por no haber llegado á más mi

posibilidad; y si no se me concediese este entierro, mis testamentarios ordenarán que sea puesta en alguno de los Colegios de la Compañía, cuya iglesia sea estable y permaneciente; y si esto tampoco se pudiere, en algún monasterio donde quisieren darla sepultura de limosna, como á pobre que soy, y conforme á esto será todo lo que tocare al entierro y exequias.

»Y nombro por mis testamentarios y albaceas, por todo el tiempo y años que conviniere para el mejor efecto de este mi testamento, al P. Ricardo Walpolo y al P. Viceprefecto de la misión de Inglaterra en España, y al Padre confesor del Colegio Inglés de esta ciudad; y faltando por ausencia larga, ó muriendo, dejo y nombro en su lugar á los padres ingleses que sucedieren en sus oficios, y habiendo dado el primer lugar á los sacerdotes por serlo: nombro asimismo á mi señora la Condesa de Miranda, doña María de Zúñiga, y á la señora D.ª María Gasca, y al Sr. D. Francisco de Contreras, y al Sr. Melchor de Molina, fiscal de Hacienda, y al Sr. D. Luis Carrillo de Toledo, conde de Caracena, siempre que se acertare hallar aquí ó adonde mis negocios se trataren, á los cuales suplico se quieran encargar de serlo como cosa tan cristiana y pía, y les doy todo mi poder cumplido, cuan bastante de derecho se requiere, para que puedan hacer cumplir las cosas aquí contenidas, procurando siempre el mejor y más breve despacho de ellas que sea posible.

»Y primeramente, ante todas cosas, declaro que en casa de mi tío, muchos años há, hice voto y promesa firmísima á nuestro Señor de que emplearía toda la hacienda que me tocase en sola su mayor gloria y servicio; y habiéndome su Divina Majestad dado

vivos sentimientos de que en mí lo sería más que otra ninguna cosa acudir con toda mi posibilidad á la conservación y aumento de los padres ingleses de la Compañía de Jesús, que como fuertes columnas, apuntalando aquel reino, le detienen y preservan, que no dé de golpe en lo profundo, siendo eficacísimo medio de la salvación de millares de almas.

»Ofreciéndolos, pues, yo, y poniéndolos debajo el amparo de la soberanísima Virgen María, nuestra señora, la nombro y dejo por mi universal heredera, y ordeno y mando que toda la hacienda que se hallare ser mía, ó que me pueda por cualquier vía pertenecer, se cobre y eche en renta á razón de á 14.000 sobre alcabalas ú otros empleos muy seguros; de todo lo cual doy desde luego la posesión á la soberana Virgen, y en su nombre y lugar al P. Roberto Personio, de la Compañía de Jesús, y faltando él, al padre que en su oficio de prefecto de la misión le sucediere, con expresa condición que pongo de que la dicha hacienda, y que la parte que de ella quedare después de cumplido todo lo que aquí quedare ordenado, se perpetúe para siempre, y sea para una casa de noviciado de religiosos de la Compañía de Jesús ingleses en cualquier reino ó provincia del mundo que al dicho P. Personio le pareciere de más gloria de nuestro Señor; y reducida Inglaterra á la fe y obediencia de la Iglesia romana, es mi voluntad que se pase dentro de aquel reino la dicha renta, y con ella se haga allá un noviciado de la Compañía; y si al P. Personio le pareciere mejor tener fuera de Inglaterra el dicho noviciado para fines importantes á la católica religión, se podrá, en este caso, quedar en la parte que ordenare y por el tiempo que le pareciere; y si por ser tan poca la dicha hacienda no se pudiere

hacer el Noviciado, se cobrará lo que fuere rentado y se irá todo ello de nuevo empleando en juros seguros de á 14.000, si con seguridad se hallare, y si no, al más conjunto precio que hallarse pudiere; y así se irán siempre haciendo empleos con todo cuidado, hasta tener 1.500 ducados de renta cada año, ó 2.000, con que hacer el dicho Noviciado, y si en el ínterin que no se hace, ni se acaba de juntar la dicha renta en cantidad suficiente para poder hacerse, le pareciere al P. Personio, ó prefecto de la misión que le sucediere, necesario tomar algún dinero de la renta que fuere cayendo para alguna necesidad que se ofrezca tocante á la misión y conversión de Inglaterra, en lo cual claramente juzgue haber más importancia y gloria de nuestro Señor, lo podrán hacer, tornando con cuidado el empleo de la dicha renta como queda declarado. Y declaro por hacienda mía lo contenido en la sentencia última del Consejo, fecha en 2 de Agosto, como consta de la ejecutoria despachada en mi favor, á que me remito. Y la cuarta parte de la legítima que le tocaba á D. Francisco, mi hermano, que murió de cuatro años de edad.

»De la cual dicha hacienda se pagarán todas mis deudas con la mayor brevedad que se pudiere, así las que quedan en cédulas ó escrituras, como cualesquier otras que parecieren ser ciertas, y principalmente las que quedaren en una memoria de mi letra y firma, la cual hará la misma fe que si quedaran declaradas dentro de este mi testamento.

»Y declaro que de los 1.000 ducados en que me vendió un sitio el Colegio de la Compañía de Madrid, les tengo pagados 300 ducados á cuenta de ellos.

»Todo el pobre mueble de casa, imágenes y libros dejo al dicho Noviciado inglés. Y es mi voluntad que

el santo Crucifijo vivo que tengo, y era de mi tío, se ponga en el dicho Noviciado con particular veneración, con el *Lignun Crucis* que traigo conmigo, que para este efecto se pondrá en una cruz ó relicario pequeño de oro, que es comprobadísimo y del mismo que traía consigo el emperador Enrique III, y diómele el Marqués de Almazán D. Francisco Hurtado de Mendoza, que hoy vive.

»Á Inés de la Asunción, monja recoleta de San Agustín, mi muy amada compañera, se le pagará todo lo que por escritura y cédula me obligué para que se metiese monja, y en señal de amor se le dará el crucifijo de marfil que está en una caja con llave do están los recados del oratorio.

»Y á Isabel de la Cruz, monja en el mismo monasterio, se le dé la imagen de nuestra Señora del Pópulo, que queda en la misma caja, y les pido se acuerden de mí muy de veras en sus oraciones, y esto mismo suplico muy humildemente á todos los padres y hermanos de la Compañía, y á todos los estudiantes de los colegios ingleses; y á mi hermano suplico entienda que el no hacer demostración con él en materia de hacienda no ha sido por falta de amor, sino por las estrechas obligaciones de mi conciencia, que me han compelido precisamente, y el llamamiento de nuestro Señor, que en este caso ha sido fuerte y eficaz; y gustando de esto y de qué nuestro Señor me haya querido tan del todo para sí, tendrá la misma parte de merecimiento, y los bienes espirituales no se deben estimar en menos que los de la tierra, y espero en nuestro Señor le hará mucha misericordia, y á sus hijos, sobre quien suplico á Su Majestad eche su soberana y dulcísima bendición.

»Y á los dichos mis herederos y Noviciado encargo

que, con licencia del P. Prepósito general, á quien humilde y encarecidamente suplico se sirva de darla, tengan en medio del retablo de su altar mayor una imagen de nuestra Señora, con su precioso Hijo en los brazos, y que en cada una de sus nueve fiestas le digan una misa cantada, solemne y devotamente.

»Y digo que si algunos pleitos ó dificultades les fueren puestos á los dichos mis herederos en razón de este testamento, ó de cualquiera otra cosa que pueda yo remediar con la declaración de mi voluntad, ó en otra cualquiera manera, quiero, y es mi voluntad, que todo se entienda siempre en su favor, y á ellos les suplico cumplan todo lo aquí ordenado con toda brevedad, y lo que toca al concierto que tengo hecho con mi hermano, confirmado por la Cámara con toda la posible puntualidad.

»Y en cuanto á Inés de la Asunción, torno á decir que si por caso no profesase en la religión do ahora está por enfermedad ú otros sucesos que se le podrán atravesar, se le dará para ser monja en otro cualquier monasterio lo que para el en que ahora está le tengo mandado por la escritura y cédula que de ello hay, y si no bastase, se le añadirá hasta en cantidad de 1.000 ducados en todo, y no pudiendo ser monja, se le dará mientras viviere, hasta su muerte, dos reales cada día, sin que á ella le cueste nada la cobranza de ellos. Y esta escritura quiero, y es mi voluntad, que valga por mi testamento y última voluntad en aquella mejor vía y forma que más haya lugar de derecho, para que se pueda cumplir y cumpla todo lo en ella contenido todo lo mejor y más brevemente que ser pueda. Fecha en Valladolid á 22 de Diciembre de 1604.»

CAPÍTULO IV.

DESPÍDESE DE SU HERMANO DON ALONSO DE CARVAJAL Y DEL PADRE ESTEBAN DE OJEDA, DE LA COMPAÑÍA, QUE HABÍA SIDO SU SUPERIOR.

Había nuestro Señor algunos días antes purificado el alma de su sierva con una enfermedad gravísima, como disposición á esta jornada de que dejamos hecha mención arriba; fué muy penosa, y tuvo mucho de sobrenatural, como sintieron algunas personas de buen juicio.

Teniendo ya todas las cosas dispuestas á su jornada, por no faltar á la urbanidad y buena correspondencia que siempre tuvo con D. Alonso de Carvajal, su hermano, caballero del hábito de Santiago, á quien el rey D. Felipe III, por sus loables partes, empleó en varios gobiernos, quiso despedirse de él y darle parte de sus intentos; hízolo por esta carta, que descubre sus intentos y el fin que la movía á la jornada:

«JESÚS MARÍA.

»La precisa obligación con que nacemos de acudir á dar gusto á Dios en cuantas cosas se nos descubran que le podrá recibir responderá por mí en esta ocasión, la cual parece ha tomado nuestro Señor por medio para llevarme de veras á sí, y yo en ella he deseado, mediante su poderosa ayuda, corresponder con todas mis fuerzas, sin otra pretensión ni fin que sólo el cumplimiento de su divina voluntad en cual-

quier caso ó suceso que le pluguiere más de mí, alto ó bajo, chico ó grande, honroso ó despreciable, público ó secreto, esperando en su benigna misericordia que en ninguno me lo negará, ni cosa criada, presente ni futura, podrá apartarme de la caridad y amor de Jesucristo nuestro Señor, en cuyas soberanas manos tengo puesto mi indigno corazón, feliz refugio suyo. En ellas vea yo el de vuestra merced, como á Su Majestad lo suplico, y á mi hermana y amadísimos niños Ana y Francisco, enriquecidos y dichosos con su bendición dulcísima, ante cuya grandeza holgaré valerles lo que en pretensiones de tierra no les valdré ni he valido: sabe nuestro Señor que holgara de verlos; pero más huelgo de tener eso que ofrecerle, hasta que Él se sirva de que los vea. Á su madre y abuelos pido sus oraciones, y á vuestra merced, hermano mío, que conozca cuánto debe á Dios, y trate de sólo agradarle con veras, recompensando en ellas los descuidos pasados, y en esta mi ausencia vuestra merced proceda con la cordura y cristiandad que debe y espero, no queriendo que sea más corta que lo que para su mayor gloria conviniere; entretanto quédese vuestra merced con Dios, y tan en Él como yo deseo y le suplico siempre. De Valladolid á 13 de Enero de 1605.—*Luisa de Carvajal.*»

Escribió también el día siguiente al P. Esteban de Ojeda, de la Compañía de Jesús, varón muy grave, que fué visitador de la provincia de Toledo, y después rector del Colegio de Madrid, su confesor y superior algunos años; la carta es de este tenor:

«JESÚS MARÍA.

»Una inspiración fuerte, y continuo eficaz y aprobado afecto, me ha, señor, paso á paso, llegado á tal

término, que, rompiendo con cuanto me pudiera impedir, me he resuelto de salir de aquí con un solo fin y deseo, que es el cumplimiento de la voluntad de Dios, y en ella estoy cierta cumplo la de vuestra merced con las mismas veras; y firme en tal fundamento, procuro quitar el cuidado de los futuros sucesos y ponerle siempre del todo en lo presente, empleando todas mis fuerzas en su mayor contentamiento, y amándole sobre la vida y la muerte, y sobre todo cuanto imaginarse puede de gloria ó de tormento, y parece que me lleva Su Majestad con un corazón dilatado y en nada temeroso ni estrecho, y tan libre de pretensiones lúcidas, que el morir por su dulce gusto en una posada ó camino, ó en otro cualquier bajo género de muerte, me será de sumo contento. Todos mis negocios se han ya acabado, y sola la cobranza falta, y esa se queda por hacer, porque el afecto me espolea fuertemente, y una dura reprensión interior me atormenta en admitiendo un solo día de voluntaria dilación: ya sabrá vuestra merced que la hacienda ha de ser de la Compañía de Jesús, como lo es su dueño, y lo será mientras viviere; que á esto se les ofrece tan pobre en la ofrenda y posibilidad, cuanto rica de voluntad y afición verdadera. De la caridad de vuestra merced confío que no le dejará olvidarse de esta su más humilde sierva delante de la Majestad inmensa, por cuyo amor lo suplico á vuestra merced con todas veras, y nuestro Señor que guarde á vuestra merced y le dé la felicidad de su espíritu y en aquel grado que yo lo deseo. De Valladolid á 14 de Enero de 1605.—Á la señora D.ª Ana mande vuestra merced dar mis íntimas y humildes encomiendas, y le suplico me ayude con sus santas oraciones.—*Luisa de Carvajal.*»

Remate este capítulo un suceso de este tiempo digno de toda ponderación y que descubre el gran desasimiento de D.ª Luisa de cuanto hay amable en esta vida. De todo el discurso de esta historia consta que tuvo por su compañera á Inés de la Asunción, de fe tan rara que por trece años continuos no dejó el lado de D.ª Luisa; el amor que la tuvo fué excesivo, imitadora de todas sus acciones, copia del original de sus virtudes, única compañera en todo lo espiritual y temporal; mayormente en las enfermedades asistióla noche y día sin apartarse un punto, tan unidas que no parecían dos almas, sino una que regía dos cuerpos. Destinada compañera para esta gran jornada, llegó tan adelante que estaban igualmente prevenidas para entrambas las cosas necesarias al camino, y fuera su compañía único alivio en cualquier suceso. Un día no lejos de la partida, habiéndose confesado ambas con el padre Lorenzo de Ponte, de los Clérigos menores, varón á quien por su espíritu, letras y experiencia se pudo seguramente cometer la prueba, le pidió Inés examinase su vocación para la jornada; hízolo el padre obligado de su porfía, y á pocas preguntas descubrió que el espíritu de ir á Inglaterra no era puro amor de Dios, y que el afición á D.ª Luisa levantaba el afecto, y éste se embozaba con espíritu de Dios: juzgó que no era justo que obra tan heroica y de tanto riesgo se levantase sobre cimientos tan flacos, resolvió que se quedase. Dió luego cuenta á D.ª Luisa, que aun estaba en la iglesia; díjola no convenía que Inés fuese á Inglaterra. ¿A quién no moviera semejante novedad, resolución tan repentina, viendo apartar de sí en ocasión tan apretada compañía de tantos años, tan de su gusto, tan buena, tan necesaria para sus

enfermedades? Afirma el padre Lorenzo de Aponte que no hizo más movimiento en ella que si fuera una piedra, y con una serenidad admirable le respondió que se tratase luego de su remedio, sin hacer más preguntas ni replicar una palabra tan sola. ¡Oh, cuán asida estaba á Dios! ¡Oh, cuán despegada de todo lo humano! Pues al dejar una compañía á que tan lícitamente pudo estar inclinada, no mostró un ligero sentimiento; más presta en D.ª Luisa era la gracia que la naturaleza. Así dispuso con brevedad cómo fuese religiosa, eslo, y de las ejemplares de España; la providencia que de ella tuvo, vimos en el testamento.

CAPÍTULO V.

PARTE Á INGLATERRA, Y SUCESOS DEL CAMINO.

Habiendo, pues, resuelto su jornada, consultada con Dios con tantas oraciones, de consejo de tantas personas doctas, partió como otro Abraham, oyendo la voz de Dios que la decía: «Sal de tu tierra y de entre tus parientes á la región que te mostraré, con semejante fe y no menor obediencia.» Dejó el gran Patriarca á los caldeos, que, según San Jerónimo, quiere decir casi demonios. Llevóle Dios á la tierra prometida, donde se obraron tantas maravillas, gozó de raras felicidades, recibió de Dios tan excesivos favores. Dejó la venerable D.ª Luisa á España, asiento de la religión católica, obediente al sacro trono del Pontífice romano; dejaba el culto divino

celebrado tan majestuosamente en tantos templos, donde gozaba de tanto consuelo su alma; deja su patria, sus parientes nobilísimos y el dulce y cortés trato de los españoles. Apártase de muchos varones santos y personas espirituales á quien tenía la afición que á padres de su espíritu, y el trato de señoras nobles, cuya amistad había granjeado su santa conversación y á quien la había hecho venerable su virtud. Parte á Inglaterra, confusa Babilonia, rebelde á la tiara de San Pedro, donde tiene establecido su imperio la herejía, la maldad, los vicios, la religión aprisionada, aborrecida la piedad, y con la fe católica desterradas todas las virtudes y el honroso proceder de hombres políticos. Parte una doncella noble, muy encogida y delicada y no de mucha edad, y tan enferma que parecía que apenas podía vivir en su recogimiento; mas en sujeto tan flaco reinaba un ánimo grande y un corazón dilatado; partió con tan grande alegría que no derramó una sola lágrima.

Ofrecióle el Conde de Miranda, presidente de Castilla, viendo el desamparo y pobreza con que partía, dineros y cuanto hubiese menester para el camino con el mayor amor y estima que se le conoció jamás; no los quiso, ni otra cosa que sólo el pasaporte que le sacó y todos los despachos necesarios. La Duquesa del Infantado, que sintió grandemente la determinación de D.ª Luisa (teníala grande afición) por carecer de su comunicación santa, que le fué siempre de mucha edificación y consuelo, la ofreció todo lo necesario para su viaje; no quiso aceptar otra cosa que una cabalgadura en que ir, que se la mandó dar con mucho gusto, considerando eran impulsos del cielo los de esta sierva de Dios. Y preguntándola la Duquesa á qué iba á Inglaterra, respondió que á ser

mártir; y replicándola que quién la forzaba y obligaba á ello pudiendo en España servir á Dios y llevar adelante su buen propósito, respondió que bien sabía que muchos juzgarían á liviandad su resolución, mas que como su ánimo era impelido de quien sabía su celo, no la podía excusar de ningún modo.

Partió de Valladolid, donde estaba á la sazón la Corte, á los 27 de Enero del año de 1605 en lo riguroso del invierno, mas encendida con el ardor de la fe: no sufrían dilación sus deseos, ni el afecto con que aspiraba á la cruz; y sin tomar un día de descanso, ni reparar en tener el pecho trabajado de un catarro, comenzó su jornada, la más extraordinaria y rara que por ventura se ha visto en una mujer de su calidad en muchos siglos atrás.

No quiso llevar ninguna de sus compañeras, aunque se le ofrecían, que la podían ser de consuelo y de servicio, ni más dinero que el que juzgó necesario para la jornada. Fuéle decente acompañamiento un sacerdote que le decía misa y comulgaba; dos extranjeros, marido y mujer, gente de bondad y confianza, y dos criados de servicio que le dieron en el Seminario inglés, mozos de virtud muy conocida.

Sin haber en su vida caminado jamás en cabalgadura, se puso en un machuelo por menos gasto; fuéle comodidad para pasar lo áspero de los caminos de Vizcaya, á la sazón con el rigor del invierno intratables; apenas pudo vencerlos en tres días. Visitó con devoto sentimiento la casa del glorioso Patriarca San Ignacio, de cuyos hijos fué siempre prudentemente gobernada.

No le faltó en todo el discurso del camino, desde Valladolid hasta llegar á París, nieves, aires, aguas, ventisqueros, fríos, caminos peligrosos, atolladeros y

todas las penalidades anejas á un viaje largo y en invierno. Largas le parecían las jornadas; perezosa toda la prisa con que se caminaba. Estuvo un día en un río, casi sin hallar remedio para salvarse, dos horas, hasta que con un lienzo hizo señas á una barca que descubrió de lejos; remaron á toda diligencia, y tomando la gente por los brazos, los pusieron en salvamento.

El concierto del camino fué muy grande: oía misa cada mañana, en que comulgaba con notable devoción y sentimiento; pagóla nuestro Señor las incomodidades del camino con grandes favores y mercedes. Comían antes de partir, caminábase el día todo sin dividirse ni desordenarse nadie, con notable cuidado de medir el tiempo y leguas, para llegar de día á las posadas; donde, retirada á su aposento, se aseguraba con candados que para esto llevaba. No tuvo curiosidad de ver algunas cosas que se ofrecen en semejantes jornadas: edificios grandes, templos; sólo en Burgos visitó el santo Crucifijo y en París la casa profesa de la Compañía, y de paso la iglesia mayor. Detúvose siete días con necesidad forzosa en esta corte; gastólos todos con las madres descalzas Carmelitas españolas.

Respetáronla generalmente en Francia viendo el traje mortificado que llevaba, que era el mismo que traía en España; pensaron iba á fundar, como poco antes las madres descalzas carmelitas; que el renuevo del Carmelo que para tan gran gloria de Dios plantó en España la gloriosa Santa Teresa de Jesús, con semejante espíritu le han trasplantado sus hijas en varias partes de Francia y Flandes.

Iba como impaciente del deseo de padecer por Dios, y las ansias del martirio no sufrían dilaciones;

pasó por algunos pueblos de Francia apestados de herejía, donde condenan todos los actos de piedad exteriores. La valerosa D.ª Luisa, pasando por estas tierras, se ponía sobre el manto un rosario de unas gruesas cuentas, porque más campease, pendiente de él un Cristo, y unas horas en la mano, confesando con este hecho su religión y deseos y en el modo que podía confundir el error de los herejes.

De París partió á Rouen, dejando el camino derecho de Bruselas por no ver conocidos, ni á la señora infanta D.ª Isabel, que la conocía y estimaba. Llegó á San Omer, donde se detuvo un mes en casa de la cuñada del padre Personio, oyendo misa cada día y comulgando en ella. Hacía en esta casa una vida de ermitaña; entregóse á mayor oración y recogimiento, armas con que había de vencer sus enemigos, que tenía ya á la vista. Creyó detenerse en esta villa algunos meses, porque iba de intento su confesor deteniéndola hasta escribir á Roma. También los padres de la Compañía que estaban en Inglaterra tenían algún recelo y cuidado del suceso que podía tener esta empresa, intentada por una mujer tan noble y emparentada, tan enferma y sin fuerzas, que no sabía la lengua de la tierra; finalmente, informado el padre Enrique Garneto, superior de la Compañía en Inglaterra y dentro de pocos meses ilustre mártir, y los demás padres, de la santidad y prudencia de doña Luisa y de la incontrastable resolución que tenía, enviaron una persona grave á San Omer que procurase el pasaje y la acompañase y guiase, por no exponerla á un manifiesto riesgo dejándola pasar el mar á solas con tan peligroso puerto.

CAPÍTULO VI.

PASA Á INGLATERRA Y LLEGA Á LONDRES.

Con tan segura compañía partió luego en un barquillo por el río; llegada al mar, tomó una barca grande; pagóla toda porque no entrase sino sola su gente, que era poca y buena; admitió un niño francés y dos mozuelos ingleses pobrecillos, que lo pidieron de limosna. Hizo de sí no pequeño sacrificio por la aversión extraordinaria que tenía á entrar en agua, como lo había hecho otras veces en los ríos y brazos de mar que se atraviesan en Francia. Embarcados los trujo un viento torcido vagos por aquellos mares, alejándolos del puerto hacia la costa de Holanda con gran peligro de holandeses, que entonces corrían el mar por aquella parte. Finalmente, haciendo oración la animosa pasajera, les envió nuestro Señor luna bien clara, aire derecho y fuerte, que en dos horas y media los puso en Douvres, puerto de Inglaterra, á 1.° de Mayo de aquel año. Antes de salir persona de la barca, se puso en el borde sola D.ª Luisa con alentada presteza y mirando atentamente cómo saltar sin sumirse en la arena, que era profunda; vió un agraciado mancebo de catorce á quince años, de notable hermosura, mostrando gran contento de su llegada; púsosele delante cerca de su mano derecha, y alargando una de las suyas alegre y graciosamente le ofrecía ayuda, y poniendo ella la mano en el brazo del mancebo, sin pesadumbre ni dificultad alguna saltó de la otra parte; volvió el rostro á ver salir la compañía, como es natural en estas ocasiones; quiso

al punto dar las gracias al que la ayudó á salir del barco; no le pudo hallar buscado, ni descubrirle de lejos, y preguntándola quién la había sacado de la barca, refirió lo que pasaba, y afirmaron todos no haber visto tal persona. Pisó las arenas con notable gusto y no sin muestras de inefable dulzura del pecho de Dios, é hincada de rodillas le dió las debidas gracias por ver cumplido tan felizmente el principio de sus deseos y verse en el deseado puerto por quien tanto suspiraba.

Llegó el segundo día á una casa de campo llena de consuelo y devoción, donde los dueños, verdaderos católicos, habían gozado por espacio de tres años de una tranquila quietud á vista de sus contrarios; tenían su capilla adornada de imágenes, enriquecida de reliquias; las misas eran muchas, que acompañaban con músicas de acordadas voces é instrumentos, de que también usaban después de las comidas y cenas para dilatar el ánimo con motetes espirituales; gozaban algunos ratos de un ameno jardín, esto con gran recato y secreto.

Un mes apenas pudo gozar de este sosiego doña Luisa, y los quince días en la cama, como cosa, en fin, fundada en tan turbulento mar, como lo es en aquel reino las cosas de nuestra sagrada religión. Túvose aviso cierto que estaba la casa descubierta, con que se esparcieron todos, huyendo los unos por los campos, otros por el río, algunos entraron la tierra adentro. La santa doña Luisa, vistiéndose á toda prisa, hubo de caminar como volando en un coche hasta meterse en Londres, en compañía de las dueñas de la casa, con disfraz de forasteras; llegaron á un mesoncillo pobre, y no pudiendo apenas tenerse en pie, quedó sin tener dónde ponerlos, como

la palomica de Noé. Las que la habían traído se hubieron de remontar la tierra adentro.

Lleváronla la mañana siguiente á casa de una señora católica, donde era cierta la misa, en que estaba su consuelo. Habiendo perdido aquella primera comodidad, tan á propósito para lo que ella pretendía, tuvo después mucha dificultad en acomodarse en otra parte á su gusto; mas donde menos pensaba halló siempre casa conveniente á su recato y decencia, y en esta parte una providencia de nuestro Señor rarísima, trayéndola como en palmas desde que salió de España, misericordia antigua suya. Entre extrañas incomodidades que experimentó, jamás le faltó la sagrada comunión por una disposición de Dios, suave y dulcísima, y sin dificultad en medio de mil dificultades y mudanzas.

En estos primeros meses mudó diferentes casas, todas principales; nunca faltó donde estar, aunque con dificultad extraña, por el poco gusto que mostraban los católicos en tenerla en su compañía. En cansándose en una parte la llevaban á otra, pagando siempre el gasto por el uso de la tierra, aunque fuesen señoras ricas y calificadas. Favorecióla nuestro Señor maravillosamente, porque en todas las casas donde estuvo pagó colmadamente el hospedaje, no sólo con amor y galardón humano, mas con grandes bienes espirituales que comunicó á sus huéspedes, dándoles luz en muchas ignorancias, aumentando con su ejemplo y oraciones las virtudes, firmeza en la fe católica, de que adelante se hará relación más dilatada.

Su pretensión sólo era un riconcillo donde aprender la lengua y pasar por inglesa, sin que el embajador ni nadie de su nación tuviese noticia de su estada

en Inglaterra, y en esta forma ejecutar sus intentos que la habían traído á aquella confusa y miserable Babilonia; mas nuestro Señor desbarató estos designios con los accidentes que veremos.

CAPÍTULO VII.

BREVE DISCURSO DEL CISMA DE INGLATERRA Y EL ESTADO EN MATERIAS DE RELIGIÓN DE AQUEL REINO.

Fué Inglaterra de los primeros reinos del mundo que levantó y adoró el estandarte santo de la cruz de Cristo y recibió su Evangelio. Tiene grandes fundamentos que José Arimatea fué el primero que convirtió los britanos y levantó iglesia á Cristo en esta isla por el año 50. Confirmólos en la fe Eleuterio, pontífice romano, sucesor duodécimo de San Pedro, enviando á Fugacio y Damiano, varones apostólicos, el año del Señor de 180, que bautizaron al santo rey Lucio y gran parte de aquel pueblo. Los ingleses y sajones, pueblos de Alemania, vencieron en guerra á los britanos y los retiraron á lo más remoto de la isla, y ocuparon aquel reino, que gozaron muchos años.

A convertir esta gente, entregada al culto falso de los ídolos, envió San Gregorio el Magno á los santos Agustino, Melito y otros monjes de la religión del gran Patriarca San Benito, que la convirtieron á la fe de Jesucristo y sujetaron su fiereza

á la predicación del Evangelio y santa silla apostólica del Pontífice romano.

Floreció en toda la isla la religión católica por espacio de mil años con esclarecidos frutos, permaneciendo siempre en la obediencia del Pontífice romano, Pastor universal de la Iglesia.

Florecieron en diversos tiempos veintiocho reyes santos, y algunos de ellos, casados, se consagraron á castidad perpetua. Otros dejaron el reino temporal por conseguir con mayor colmo el eterno, profesando vida monástica. Pusieron otros sobre la corona real otra más gloriosa del martirio. Gozaron diferentes edades de diez y seis reinas santas, sin otras muchas princesas, hijas de reyes, santísimas. Entre todas, con dilatadas luces, ilustra este escuadrón católico la santa Reina de Escocia, María Estuardo, que, después de una prisión de veinte años, esmaltó el oro de sus virtudes con lo rojo de su sangre, derramada por la profesión de la religión católica, que habían defendido los gloriosos reyes sus progenitores por centenares de años. No hay nación en el mundo que pueda gloriarse de la santidad de tantos reyes como Inglaterra, ilustres en virtudes y milagros.

Llegan á ciento treinta y dos obispos los que resplandecieron con santidad insigne, demás del gran Juan Fisher, obispo de Rochester, varón de religión singular y de rarísima vida; prelado el más santo, más docto, vigilante y celoso que por ventura tenía todo el término de la cristiandad: después de haber padecido muchos días la estrechez, incomodidad y aspereza de una cárcel, bañó sus venerables canas con su sangre por no confesar el primado de la Iglesia anglicana, que injustamente usurpan los reyes de Inglaterra.

Dió la vida por la misma causa aquel varon de inmortal fama, Tomás Moro, gran Canciller de aquel reino; rindió en un cadalso á un cruelísimo cuchillo la cabeza más docta, más santa que en hombre seglar conocía Europa, á cuyo heroico valor debe en gran parte Inglaterra la religión católica que hoy conserva.

Esmaltaron con su sangre el candor de sus hábitos y vidas tres venerables priores de la sagrada Religión de la Cartuja: los primeros que en el estrago de la religión católica se opusieron al tirano dieron sus vidas por la unidad de la Iglesia, quitando este hábito santo el horror, la infamia de la horca, haciéndola apetecible á innumerables mártires, que de ella hicieron escala para el cielo.

Siguiéronlos en diferentes días, y por esta misma causa consiguieron gloriosas palmas y triunfos, otros quince religiosos de la misma familia cartujana, todos de la casa de la Encarnación de Londres, cuyo prior, varón santísimo, caudillo de este glorioso escuadrón, fué el protomártir en esta persecución; murieron los nueve consumidos del hedor, hambre y malos tratamientos de la cárcel; los demás dieron sus vidas con mayor publicidad, con igual constancia; dando testimonio al mundo de la santidad y virtudes que se adquieren en aquellos claustros sacrosantos, pasaron de una vida mortificada á la inmortal, de un martirio á otro martirio, y, coronados de rosas y azucenas, continúan en los coros celestiales las alabanzas de Dios, que comenzaron en el de su monasterio.

Hónranse las demás santas Religiones, que en un tiempo florecieron en gran observancia en esta isla, con setenta y ocho prelados y abadesas santas, que

las fundaron en vida monástica y religiosa con sus virtudes y ejemplos. No hay número para contar otros varones santos: de manera que en parte alguna del orbe no se hallarán tantos cuerpos incorruptos de santos como hubo en Inglaterra. Entre tan ilustres coros de santos confesores campea aquel invicto escuadrón, adornado de tantas palmas y coronas, de las once mil vírgenes, cándidas azucenas nacidas en la Gran Bretaña, que acaudilló al martirio y á la gloria su gran capitana Santa Úrsula.

Llamaron con razón á Inglaterra primogénita de la Iglesia, reino de Dios y dote de María por la antigua confesión de la fe, por el declarado favor que Dios la hizo, por la devoción sigular con la Reina del cielo.

La obediencia y devoción de estos reyes al Pontífice romano fué tan grande, que algunos de ellos fueron peregrinando á Roma y ofrecieron sus reinos y coronas á la Silla de San Pedro á los pies del Vicario de Jesucristo en la tierra. Visitaban aquellos lugares sagrados con gran devoción y humildad, y con la misma reconocían y daban la obediencia á los sumos pontífices. Esta fué tan singular, que por espacio de ochocientos años, desde el tiempo del rey Ina, pagó todo el reino, con nombre de tributo de San Pedro, una ofrenda voluntaria de un real por cada casa de la isla, por la devoción y reconocimiento que tuvieron al Pontífice romano. ¡Eterno testimonio de su religión y obediencia!

Enrique VIII, nacido para ruina de aquel reino, para perdición de innumerables almas, para infelicidad lamentable de los suyos, dejó la antigua religión de tantos siglos, y, saliendo del aprisco de San Pedro, se entregó al lobo voraz del cisma y la herejía. Fué triunfo de la sensualidad desenfrenada la perdición de este Rey, que con lágrimas y sangre no acabarán de lamentarla los siglos. Habiendo estado veinte años casado con la serenísima reina D.ª Catalina, hija de nuestros Reyes Católicos Fernando é Isabel, de inmortal memoria; después de haber derramado su apetito por cuanto agradó á sus ojos, los puso en una Ana Bolena, dama de la Reina, con cuya madre tuvo amistad lasciva, y con evidentes argumentos se creyó por cierto era su hija. Con hipocresía diabólica repudió á la reina Catalina por haber sido primero mujer de Arturo, su hermano, que no conoció á la Reina por sus enfermedades y edad tierna, y la dispensación del Pontífice romano en esta afinidad allanaba las dificultades afectadas. Rompió con todo, y perdiólo todo por conseguir su apetito, que pudiera á menos costa; casó con Ana, quitó la obediencia á la Iglesia romana, que poco antes había defendido con escritos doctos y merecido por ello el honroso título de Defensor de la fe, y de Rey hecho tirano, mezcló lo humano y divino, y arrogándose la autoridad de pontífice se intituló locamente cabeza de la Iglesia, último abismo de sus desatinos. De este casamiento nació esta nueva sinagoga. Fué Ana Bolena madre, y concibió de su padre; de tal origen introdujo Enrique su pontificado, este el derecho con que le administró; con este título le dejó á sus sucesores, y juntándose á su mujer é hija, fundó su Iglesia en un lecho incestuoso. Y á no haber habido Ana Bolena, no pudiera haber nacido el pontificado de Inglaterra; y si el padre no se hubiera mezclado con su hija y la tuviera por esposa, no hubiera habido esta Iglesia. Una boda incestuosa, un conocido adulterio, una profunda sensualidad de un Rey, un insaciable ape-

tito de una Reina; finalmente, el incesto y sacrilegio fueron los fundadores de esta nueva religión: de aquí este pontificado detestable; de esta honestidad nació la dignidad eclesiástica; de este principio el pontificado de estos reyes; el fundamento, un apetito bruto; el arquitecto, un Rey enfurecido; el edificio una sensualidad desenfrenada. Este primado execrable, que hoy pertinazmente dura, ha producido frutos semejantes á su origen mudanza de religión, un detestable cisma, abierto la puerta á la herejía.

Y porque no faltase á tal pontífice con dignísima diadema, Ana Bolena se la puso á Enrique, la cual, no olvidada con la majestad real de las primeras torpezas en que desde su mocedad había vivido, admitió á aquel baldío (cátedra primera de esta nueva Iglesia) á cuantos la parecían bien, hasta su mismo hermano: convencida de adulterio y de ser hereje luterana, la mandó el Rey degollar, y pagó con la cabeza la ocasión que dió á que viese Inglaterra la monstruosa de la nueva Iglesia.

Y porque los rayos con que resplandeció la sagrada cabeza del nuevo pontífice se derivasen á todos sus ministros (repudiada la castidad antigua), se estableció que todos fuesen maridos, ni se admitiese á esta eclesiástica corona quien no tuviese mujer, para que, como pontífices menores, pudiesen tener derecho á traer en las cabezas las insignias de su matrimonio y ministerio.

Comenzó á usar Enrique de su nueva dignidad con las mismas artes que la había adquirido; y añadiendo á la torpeza la impiedad y sacrilegio, en sólo espacio de un año ocupó violentamente doce mil y quinientas iglesias y monasterios, y los profanó impíamente. Arruinó poco después por el suelo cuantos monasterios había en Inglaterra, usurpando las rentas, expeliendo de ellos, á los peligros del siglo y á la dura necesidad de la pobreza, diez mil y más religiosos de ambos sexos. Movió guerra á las imágenes, á las memorias y reliquias de los santos; derribó sus más célebres templos, robando las sacristías y sagrarios de cuanto precioso servía al culto: la ejecución de estos sacrilegios con notables tiranías y crueldades; á esto puede llegar un rey dejado de Dios por sus pecados.

Sucedió á Enrique, Eduardo, niño, segunda cabeza de esta Iglesia, sin que la poca edad y la ignorancia le impidiesen el uso de este primado: mudó niño lo que dejó su padre establecido, poniendo en más lamentable estado la causa de la región católica. No admitió Enrique cismático conocidamente la herejía: sólo arrojó de sí la antigua religión de sus pasados, teniendo aquélla por perjudicial al alma, ésta al cuerpo. Mas Eduardo y sus tutores rotamente permitieron las sectas de Zvinglio y otros heresiarcas.

No puedo sin lágrimas tocar la breve felicidad de este reino en el tiempo que le gobernó nuestro Felipe II el Católico, el Prudente, casado con la reina María, hija de Enrique y D.ª Catalina: amanecióle el sol después de unas espesísimas tinieblas, y apenas conocida la luz de la religión católica, volvió la obscuridad de la herejía. Anduvo mudando su religión aquel reino, más por los decretos de las Cortes que por las sagradas Escrituras y concilios, mudable al antojo de los príncipes, no por el culto de Dios, mas sirviendo al temporal y á la razón política.

Sucedió en aquel reino Isabel, digna hija de Ana Bolena, que, dada á la secta luterana, estableció su imperio con las ruinas de la religión católica: no la

impidió la edad, el ser mujer, para que la lisonja, la impiedad y cobardía de los suyos no la apellidase cabeza de su Iglesia: así arrastra la autoridad de las coronas, así el afecto á conservar lo temporal con pérdida de lo eterno. Excedió esta impía Jezabel los Decios, Diocleciaños y Nerones, y á los más declarados enemigos de la Iglesia; persiguió la religión católica con crueldad inaudita, derramando ríos de sangre inocente; fué la persecución de muchos años, los que le duró la vida.

CAPÍTULO VIII.

SUCESIÓN DE JACOBO, REY DE ESCOCIA, Y NUEVA PERSECUCIÓN DE LOS CATÓLICOS.

Muerta Isabel, sucedió en el reino Jacobo, rey de Escocia, hijo de la santa reina María Estuardo, que, como dijimos, murió mártir. Teníase esperanza grande que con la venida de este Príncipe había de tener algún alivio la injusta y cruel opresión de los católicos: con este intento el rey D. Felipe III no rehusó su amistad, por lo que con ella podía obligarle á la estima de la religión romana. Por este respeto, al parecer tan justo, el Pontífice le escribió asentase con él paces. Las esperanzas que los católicos habían conservado cuarenta años, de que con la sucesión de este Rey habían de mejorar las cosas de la religión y cesar la terrible opresión de las conciencias con tan grandes daños de lo espiritual y temporal, se alentaban con algunas demostraciones que vie-

ron á los principios. Confiados en su causa, para exponer sus quejas y moverle á la clemencia que esperaban le hicieron en veces dos razonamientos, que á la letra fueron sus palabras estas:

«Señor: El pueblo de Israel, como parece por la sagrada historia, después de haber padecido dura opresión é intolerables tributos en tiempo de Salomón, intentó su alivio en el principio del reino de Roboán, su hijo; no admitió el nuevo Príncipe la proposición del miserable pueblo por el consejo de algunos validos mozos. Causó el desdén que diez tribus se le rebelasen y negasen la obediencia; eligieron otro rey que los mandase. Permanecieron enemigos siempre de la casa de David, y la división que comenzó por cosas transitorias se continuó por centenares de años, dando principio de infidelidad á Dios y de infinitas miserias, rompimiento que jamás pudo soldarse. Si aquel pueblo, señor, siendo el escogido de Dios, tentó con tan grande ardor hallar remedio á sus aflicciones temporales, y se obstinó para gozar comodidades terrenas, levantándose á su Rey, por no haber condescendido á requerimientos justos, nosotros, fieles vasallos vuestros de Inglaterra, no entendemos faltar á la lealtad que profesamos si con humildes ruegos y la sumisión debida proponemos á Vuestra Majestad el alivio de tan grandes males, la libertad de tantas aflicciones como padecemos en haciendas, libertad, honores, personas y almas, incomportable yugo impuesto por nuestra Reina, que ha oprimido nuestros cuellos tantos años, con tan grandes pérdidas y miserias nuestras. Conseguirá nuestra petición más fácilmente el favor que esperamos de vuestra gran clemencia por cuanto no venimos con voluntad alterada ó desleal intento, como los de aquel

pueblo, resueltos á rebelarse, si su súplica no fuera admitida; venimos con corazones leales, las aficiones sanas y sinceras, pidiendo á Dios para vuestra Real persona é hijos próspero reino, felicidades colmadas; sólo proponemos nuestras dolencias con toda reverencia y humildad, postrados á vuestros reales pies, teniendo por conveniente cualquier resolución que se tomare.

»Nosotros profesamos aquella fe y religión por la cual sola estamos persuadidos que somos verdaderos católicos, sin la cual creemos firmemente no puede haber salvación; aquella fe católica por la cual, como podemos probar con evidencia, este reino de Inglaterra y los otros Estados de Vuestra Majestad vinieron en su principio al conocimiento y fe de Cristo Nuestro Señor. Nosotros abrazamos aquella religión que los ilustrísimos y esclarecidos progenitores de Vuestra Majestad en ambos reinos de Inglaterra y Escocia, y en particular vuestra madre serenísima y el pueblo, han vivido y muerto por largos siglos. Hemos, finalmente, padecido, no por otra causa que por tener y profesar la religión, en la cual nuestra Reina muerta y todos hemos sido bautizados.

»Los edictos, bandos, leyes promulgadas contra los católicos por causa de su profesión, son tenidas comúnmente por todos los príncipes y pueblos cristianos por impías é ignominiosas y severas, y las ejecuciones rigurosas que se hacen en nuestros bienes, libertad y vidas son condenadas por todas las naciones del mundo por de extremada crueldad, y han causado descrédito y deshonor á la misma Reina, y á los inventores y ministros; y temerosos de la infamia de esta fama, para que no se entendiesen en algún pueblo cristiano los rigores que han usado, han

procurado por todos medios obscurecer la verdad, dando á entender al mundo y persuadiendo á los pueblos y príncipes extranjeros que todas sus violencias y extorsiones no han sido por respeto de la religión, mas por traiciones é intereses de Estado.

»Estos pretextos injustos han causado descontentos, enemistades y odios inmortales en el reino, de donde por ventura hubiera resultado alguna novedad en destrucción de muchos si la confianza de remedio esperado de vuestra Real clemencia no lo hubiera estorbado.

»De aquí han nacido las sospechas de algunos tratos y correspondencias con príncipes forasteros, y la causa original de algunos designios é intentos desesperados, si algunos se han entendido contra el Príncipe y reino; por tanto, arrojados á vuestros Reales pies como fieles súbditos de Vuestra Majestad, humildemente pedimos, y con toda sumisión le suplicamos, que por vuestra gran piedad nos veamos libres de estas intolerables cargas y aflicciones que nos tienen oprimidos por causa de la profesión católica, y que las leyes y edictos hasta aquí promulgados los temple vuestra bondad y los derogue, para que vuestros vasallos católicos se vean libres de tantos daños y trabajos, y podamos gozar pacíficamente en el reino feliz de tan gran Príncipe, y debajo de su amparo, de la libertad de nuestras conciencias, del ejercicio de la religión católica, sin ser ya más molestados y afligidos por esta causa.

»Vuestra rara y gran prudencia sabe bien que lo que pretendemos con corazones leales, con gemidos y lágrimas, en el trance extremo de nuestros males y miserias, no es demanda nueva en cristianos afligidos, ni alguna permisión rara entre los príncipes más

poderosos del mundo. Los emperadores paganos por gran felicidad y gloria tienen haberla concedido muchas veces á sus súbditos cristianos.

»El turco, enemigo de la religión cristiana, no la niega á los católicos que viven en cualquiera de sus Estados.

»El Emperador y Príncipes de Alemania reputan la permisión de esta libertad por el áncora firme y fundamento de su larga y feliz paz y la causa del público y particular sosiego. Y sin duda, señor, que si bien somos obedientes y fidelísimos vasallos y estamos dispuestos á poner por vuestro Estado gustosamente las vidas, si una tan justa proposición se nos negase se podía temer no resultasen descontentos, daños, perturbaciones, males é inquietudes en vuestro Estado, semejantes á los que hemos visto en el reino de Isabel; porque entre las miserias á que están sujetos los mortales, ninguna así grande y menos tolerable que el violentar las conciencias de los hombres en puntos y libertad de religión, y en todas las repúblicas se han visto muchos grandiosamente sufridos, tal vez más que convenía; mas en semejantes injusticias, aflicciones y aprietos de conciencia se han resuelto á morir una vez en un intento grande, que vivir siempre en miserias y en una perturbación y solicitud continua.

»Mas al presente, oh señor, está puesto en vuestras manos liberales, volviendo vuestros ojos compasivos á nuestros ruegos, no sólo prevenir todo inconveniente ó daño que pudiese suceder por medio de personas malcontentas que, con pretexto de religión y restauración de los católicos afligidos, han largamente molestado los reinos de Inglaterra con perturbaciones civiles é invasiones extranjeras, mas

sobre asegurar la paz común, hacéis, señor, á los católicos fieles servidores vuestros, contentos y felices para siempre, concediéndoles esta gracia, no sólo nosotros que al presente vivimos gozamos de este gran bien, mas los que aun no son nacidos, y los que de aquí adelante con la gracia de Dios se redujeren á la unión de la religión católica, verdadera Iglesia de Jesucristo, y todos juntos reconoceremos nuestra libertad de vuestra gran clemencia y benignidad.

»No pretendemos, finalmente, otro favor que el uso de la religión católica, de la cual vuestros predecesores felicísimos han hecho profesión desde Donaldo I, que se convirtió á la fe, hasta el tiempo de vuestra madre María, gloriosa mártir, y podamos profesar seguramente una religión venerable por la antigüedad, llena de majestad por su dilatación, constante por la continuación de tantos siglos, irreprensible por la doctrina, incitadora á toda suerte de virtud y de piedad, y que detesta todo vicio y pecado.

»Una religión predicada por todos los antiguos doctores, honrada de los primeros y mejores emperadores cristianos, celebrada en todas las historias eclesiásticas, atestiguada con la sangre de infinitos mártires, coronada de las virtudes de innumerables confesores y hermoseada con tantos millares de vírgenes, conforme en todo á la razón y sentido natural, al Evangelio, á la testificación de la palabra de Dios. Nosotros, finalmente, pretendemos el ejercicio de la religión católica, si no por aprobación, á lo menos por permisión y tolerancia.»

Salieron las esperanzas de los católicos muy lejos de la seguridad y libertad que se prometían. Los términos que usaron se tuvieron por poco convenientes á la obediencia y seguridad de la religión; mas

cuando este celo oprime y aprieta las conciencias, es imposible detenerle; tráese en los corazones y en los pensamientos. Donó el Rey de Inglaterra al afecto y celo de la religión el fervor de las palabras de los católicos, y esta fué la gracia que alcanzaron: no hallaron en lo pervertido de este Príncipe aquello que se habían prometido. Conocieron que sólo era mudanza de personas, no de religión; despego que pudo ocasionar la inquietud de algunos. Publicó luego bando para que saliesen del reino los religiosos de la Compañía de Jesús y otros sacerdotes, y á los que estaban presos los embarcó en un puerto de la isla, so gravísimas penas si volviesen. Tuvieron este edicto los católicos por presagio de gran severidad; publicóse antes de hacer su entrada en Londres, á los 15 de Marzo de 1604.

CAPÍTULO IX.

RENÚEVASE LA PERSECUCIÓN DE LOS CATÓLICOS Y RETÍRASE DOÑA LUISA Á LA CASA DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA.

En los últimos meses del mismo año que entró en Inglaterra D.ª Luisa, se descubrió que seis ú ocho caballeros mozos, más alentados con el ardor de la edad que prudentes, intentaron, con un remedio violento de fuego material, atajar el incendio infernal que tantos años había abrasado á su patria, y con celo indiscreto, que muchos tuvieron por grandeza de ánimo, hicieron una mina secreta de pólvora

hasta la sala del Parlamento, que, si tuviera efecto, peligrara la persona del Rey y los mayores personajes y ministros del reino. Fué voz muy recibida aún entre los herejes, y concurrieron urgentes indicios y presunciones, que fué ardid é invención de estado de los mismos herejes, y que los que más la detestaron fueron autores de la conjuración, queriendo con esta traza, con color de justicia, renovar la persecución de los católicos, invención antigua suya; con ella infamaron la pía memoria de la reina María de Escocia y la quitaron la vida. Y en otra conjuración que hubo á los principios del reino del rey Jacobo, que achacaron también á los católicos, se descubrió ser las cabezas puritanos, entre ellos los barones Cobán y Gray, Gualtero y Rauly, herejes rematados.

Y aunque de este exceso se dolieron grandemente los católicos, como vasallos tan leales á su Rey, y detestaron el hecho, no quedó la pena en los autores (en quien hicieron un castigo severísimo), como lo manda Dios y la justicia; antes lo imputaron á la religión católica, que manda procurar y pedir á Dios la vida de los príncipes aun perseguidores, y el castigo de pocos que pecaron con falta de consideración se extendió á todos. De aquí se tomó ocasión de avivar con mayor fuerza la persecución de los católicos; renováronse los bandos antiguos, aumentáronse nuevos, armáronse los tribunales, los magistrados todos ocupados en pesquisas, en prisiones, embravecidos contra las haciendas, vidas, honor de los católicos, y contra su religión no se oían otras voces sino: «Aniquiladla, aniquiladla hasta los fundamentos en ella.»

Hallábase é esta sazón D.ª Luisa en Londres, en

casa de una señora casada anciana, gran católica; con este accidente de la pólvora, y alboroto y confusión en todo, se le comenzó á estrechar el corazón y temer corrían gran riesgo si la tenían en casa; decían era española y católica, bastantes títulos para ser aborrecida de los herejes, si bien el temor no tenía demasiado fundamento en una mujer pobre, sola, sin salud, arrinconada y sin lengua; mas corrían varios rumores cerca del origen de aquella conjuración, y el mar andaba por el cielo; quisieron asegurarse con expeler de casa á D.ª Luisa.

Había llegado á Londres el Julio del mismo año D. Pedro de Zúñiga, hoy Marqués de Flores de Ávila, por Embajador del Rey católico; llevó por su confesor al P. M. Fr. Juan de San Agustín, de la Orden de este Santo, varón de grandes letras, religión y singular prudencia, confesor al presente del serenísimo infante D. Fernando, cardenal y arzobispo de Toledo, y predicador del Rey: llevaban noticia desde España de la jornada de D.ª Luisa á aquel reino, la cual no sólo no se les había manifestado hasta entonces, pero habiéndola buscado y procurado saber de ella, nunca lo consiguieron. En esta revolución le fué forzoso tomar casa á solas, aunque sin lengua con que gobernarla, viéndose sin esperanza de haber quien la admitiese á la suya; parecióles á los que la gobernaban se alquilase una junto á la de D. Pedro, por la dificultad é inclemencia de los tiempos, y dejar asegurada la misa. Manifestóse al padre maestro por escrito, y después por su persona, á fin de que la buscase una pobre casilla cerca del Embajador, para que, amparada con su sombra, estuviese defendida en cualquier accidente y pudiese fácilmente acudir á su capilla á misa y á frecuentar

los Sacramentos. Luego que lo entendió D. Pedro, con caridad increíble ordenó que se viniese á su misma casa, pareciéndole que por estar aquel reino tan alborotado y las cosas de los católicos en tanto aprieto de tribulaciones, no podía estar con decencia y seguridad en otra parte: halló D.ª Luisa en la generosidad de D. Pedro, padre, hermanos y deudos, y todo favor y amparo humano, y experimentó por su medio una dulcísima providencia de Dios. Dejóla el P. M. Fr. Juan de San Agustín unos aposentos que ocupaba: caían á la parte de una huerta; en ellos se encerró con dos virtuosas doncellas inglesas, con toda seguridad católicas, donde vivieron religiosísimamente casi un año como en un yermo, dándose al ejercicio de todas las virtudes, oración y penitencia.

Acudió como mejor podía á visitar á los sacerdotes y legos presos por la fe en las cárceles, y á consolar los católicos con quien tenía algún conocimiento, cuya opresión le era un tormento grande; mas lo que excede á todo humano sentimiento era el hallarse entre los continuos y espesísimos vapores de tantos géneros de abominaciones en materia de religión, é innumerables vicios que andan anexos al faltar la fe católica. Sentía muchas veces lo malo y penoso del yermo, donde la consolación humana espiritual falta ordinariamente; padecía lo más molesto de las ciudades, donde para la virtud y perfección hay terribles impedimentos y se atraviesan circunstancias pesadas y trabajosas que abruman alma y cuerpo: llamaba á esta habitación de Inglaterra hijo de su dolor; todo andaba trabajoso; hasta la muerte y padecer dichoso por la fe, con diabólica astucia lo procuraban obscurecer de manera, dándole título de traición y alevosía, que por lo menos era motivo de

tentación y desconsuelo bien fuerte, aventurándose el crédito con los corazones más amigos y cualquiera buena acción contaminada aun con los de sana intención. Violo todo lleno de mortales y desgraciados inconvenientes: ninguna vida podía ser más amarga fuera de estar cautiva entre turcos. Excedían algunas veces los aprietos las fuerzas de su espíritu con pruebas y desolaciones del alma, fortísimas sobre todo lo exterior; pudo muy bien decir: «Entraron las aguas hasta mi alma», y los siete meses primeros fueron sus ojos dos manantiales de lágrimas sin remedio, aunque el semblante y trato le mostró siempre alegre y apacible. En medio de este piélago de amarguras se asía, como de la rama el que peligra en las aguas, de la protección de la Virgen Santísima, llegaba á hacer pie firme en la voluntad de Dios.

Representósele tal vez una vida de recoleta agustina en España entre paz, jardines y espíritu elevado en Dios, cercada de la suavidad de los cantos de la Iglesia y de santas almas, volvía á poner en sí los ojos, veíase metida en una selva espesa de maleza y espinas, rodeada de bestias fieras, preparando el ánimo á continua pelea y á mil géneros de temores y dificultades; con entrambas cosas se volvía á Dios, poníaselas delante para que su suma bondad escogiese lo que fuese de su gusto; decía con San Martín: «No rehuso el trabajo.»

La lucha interior andaba viva, tal vez se cerraba nuestro Señor de manera que no había que tratar de saber nada al cierto de su voluntad divina. Sólo insinuaba la estancia en Inglaterra, pero no el fin ó paradero; nunca faltaba el aliento y ansias de padecer ayudadas de un ánimo sincero y apacible; más sentía por contrapeso lo mucho que su espíritu torcía

y se inclinaba á desmayo, flaqueando en la confianza, representándola su humildad vivamente sus faltas, que ella tenía por intolerables males. Mas cuando la luz y sol claro de la suma benignidad reverberaba en su alma, mostrándole como por resquicios sus soberanas entrañas, no había cosa más grande y confortada, teniendo su suerte por dichosa, pues deseando tanto no haber nacido, sino para la gloria de Dios, se hallaba con medios proporcionados y cercada de sacrificios tantos como cada día se ofrecían, y así venía á parar en el deseo del cumplimiento de la divina voluntad, y decía: *Hæc requies mea in sæculum sæculi, hic habitabo quoniam elegi eam.* Pasaba esta ocasión, y aquella fuerza se tornaba á recoger, y se encerraba allá adentro, y daba lugar á que se llamase destierro Inglaterra y se viese la dura calidad de su vivienda.

El mayor y más continuo trabajo fué el de la lengua, fomento de los demás, que, como cadena fuerte, aprisionaba sus deseos y hacía bramar el alma entre sus duros eslabones; la dificultad á veces la rendía y la reducía á un desmayo y desconfianza grande; la lengua, impedida, tenía al corazón impaciente; mas el sacrificio que de él había hecho siempre crecía, porque cuanto veía la aumentaba los alientos, que eran raros, fuera de los que nuestro Señor daba á su interior. Iba por este tiempo aprendiendo la lengua inglesa, dificultosa sobremanera, en especial á españoles, hablóla en poco más de un año, y con el uso se fué perfeccionando en ella y la escribió diestramente; puso en esto mucho estudio fatigando la cabeza (nunca halló quien la ayudase), porque había de ser el instrumento que había de servir á sus intentos.

Este estado de vida tan retirado y quieto, ocasionado del turbulento mar de aquel Reino, le era mortificación pesada, viendo no podía tan libremente ejecutar sus deseos ayudando á los católicos afligidos; muchas veces intentó dejar la casa de D. Pedro; no se lo permitió con su prudencia, viendo el evidente peligro á que se exponía; cuando no fuese de muerte, por lo menos la llevarían por conveniencia de la otra parte del mar; mas ella no hallaba que temer, sino el ser tal que podía esperar ser enviada á España antes que al cielo por medio de un glorioso martirio.

Con esto le fué forzoso detenerse más tiempo que el que quisiera, hasta que el alboroto de la conjuración se fuese apaciguando, porque en extremo aborrecía verse en cosas que no anduviesen del todo por camino llano y derecho; esperaba correrían los vientos menos destemplados en aquel mar perturbado, que así le llamaba, no tierra firme, donde hallaba por momentos ocasiones de ofrecer á nuestro Señor un general sacrificio, y no era poco sensible hallarse en Inglaterra.

CAPÍTULO X.

ACONSÉJANLA SE VUELVA Á ESPAÑA, Y SU RESOLUCIÓN.

Creció por este tiempo en que estaba en casa de D. Pedro de Zúñiga la persecución de los católicos con el rigor que hemos dicho, que parece estaban guardadas para la venida de D.ª Luisa las leyes muchas y crueles; sólo se oían bandos, muertes, traiciones, guerras, sucesos desgraciados, que decían estaban ya á la puerta para venir á dar sobre todos; los ánimos inquietos (¡oh tranquilidad de los Estados católicos!); el peligro amenazaba aun á los más retirados; no había seguridad en nada, ni la inocencia se veía libre de un extraño temor; los oídos estaban continuamente atormentados con mil invenciones y quimeras; los afligidos católicos, la cabeza descubierta al golpe que sus enemigos quisiesen descargar, sin ayuda ó favor humano ni á quien volver los ojos en la tierra si no es á la grandeza y protección de Dios, en cuyo auxilio viven. Todo era hablar en rumores y rompimientos de guerras, casos infelices; sólo se oían blasfemias horribles contra el Papa y la Iglesia, injurias en sus caras á los católicos. Corrió una nueva falsa, que era el Rey muerto á traición, en el estado de las cosas fácilmente creída; previno el Consejo inconvenientes que se temían terribles con mandar cerrar las puertas que dividen las calles y que se diesen pregones de que el Rey vivía.

Tenían estas cosas asustado el tierno corazón de D.ª Luisa, que solía molestarla el reloj si daba cerca; érale un género de padecer muy duro, por ventura más penoso que lo que es meramente martirio y causa de religión, oyendo las continuas voces de los herejes que clamaban por la ruina de la religión católica. Estas revoluciones podían hacerla dudar de su asistencia en Inglaterra, no la persecución de la fe; antes la provocaba, y traía á sí como una divina piedra imán; no la sufría el corazón desamparar la causa de Dios y dejar de arrimar el hombro aquel muro de la Iglesia que amenazaba ruina; era menester un ánimo gigante, paciencia, prudencia y alegría para no dejar descaecer el corazón.

Viendo el estado revuelto de las cosas de este Reino, muchas personas doctas y espirituales y de mucha autoridad la persuadían se volviese á España; entre ellos el Padre Maestro fray Juan de San Agustín, que á la sazón la confesaba, se lo aconsejó por un año entero; decíala que si había ido con esperanzas de martirio, ya había visto que para ella no podía haber ocasión de padecerle, porque sólo martirizaban á vasallos del Rey, con pretexto que quebrantaban sus leyes y le eran traidores, y que cuando de ella se hallasen ofendidos por su comunicación con los católicos ó porque persuadía á la fe ú otros respetos, no habían de hacer otra demostración que embarcarla para España ó pedir al Embajador que la embarcase; y que si su fin era la oración y trato con Dios, más á propósito le era la quietud con que vivía en España que las perturbaciones y tumulto de aquel reino; y si edificar á sus prójimos, también sus obras y virtudes harían esto con más efecto entre los suyos que no en Inglaterra, donde era conocida y comunicada de pocos. Y que si el intento era enseñar la fe católica y persuadirla á los herejes, no le era lícito disputar con ellos. Respondía la humilde D.ª Luisa «que se hallaba convencida de estas y otras razones; pero que, cuando se encomendaba á Dios en la oración, se le representaba tan vivamente que era voluntad de Dios que perseverase en aquel reino, y tan grandes dificultades de la vuelta á España, que la tenía por imposible». Perseveraba el Padre Maestro en lo que juzgaba conveniente, y D.ª Luisa, movida de sus razones, se inclinaba á volverse; comunicóle su determinación, y que había de ser á tomar el hábito de religiosa recoleta agustina en el monasterio donde estuviese la madre Mariana de San

José, su amantísima amiga, que al presente es priora del Real Convento de la Encarnación de Madrid, y que gustaría fuese en Flandes donde viniese á fundar esta santa recolección, como lo ha hecho en tantas partes de España con tan gran gloria de Dios y perfección de las almas. Después le volvió á decir que «en la oración no podía conservar aquel pensamiento, y que eficacísimamente se le representaba que era voluntad de Dios que no saliese de Inglaterra». Duraron estas pláticas mucho tiempo; y conociendo el Padre Maestro fray Juan de San Agustín la perfección de la oración de esta sierva de Dios, y constándole que su vivir en aquel reino era un continuo martirio por el dolor que siempre la afligía de ver allí á Dios tan ofendido y blasfemado y tan afligidos los católicos, y tan severamente perseguidos, vino á persuadirse (después de haber pedido á Dios con muchas veras en sus sacrificios que le enderezase cómo aconsejar á esta esposa suya de modo que no se opusiese á su divina voluntad) que Dios singularmente obraba para que D.ª Luisa perseverase en Inglaterra, con que cesó hablarla más en este punto, y juzgó que las mociones que había tenido á la jornada con afectos de martirio tenían su efecto en el dolor y pena continua de vivir en aquel Reino entre herejes, blasfemos de Dios y de su Iglesia, y católicos afligidos y oprimidos, y que la mortificaba Dios en esto y en el deseo de ser mártir, derramando su sangre por la fe, que no se le cumplía por faltarle ocasión por no ser súbdita del Rey.

CAPÍTULO XI.

CONFÍRMASE EN SU VOCACIÓN DE PERSEVERAR EN INGLATERRA.

En estas dudas, que fueron grandes y duraron mucho tiempo á los principios, si había de perseverar en Inglaterra ó volver á España, en que hallaba contrarias opiniones, que como molestas olas continuamente la batían, usó de dos medios para tomar resolución acertada: el uno la oración suya y de siervos de Dios; el otro la consulta de hombres doctos; propuso el voto que tenía hecho á cuatro ó seis personas de espíritu y letras escolásticas y místicas, y el estado perturbado de las cosas de aquel Reino, con que se hallaba impedida de excusar sus designios, y que le dijesen á lo que le obligaba la conciencia, con resolución de poner sus respuestas y pareceres en las manos de aquel que á la sazón tenía las veces de nuestro Señor para con ella, y seguir su parecer, no dando más lugar á contrarios pensamientos ni pareceres, y así lo hizo y guardó.

Cuando se llegaba á su divina Majestad en la oración, vencidos los aprietos de los primeros meses, recibía extraordinario desahogo y una grande seguridad de su protección y cumplimiento de su voluntad santísima, que era su único deseo, y otras misericordias grandes. Veía una continua providencia, aun en las cosas menores; descubría un dilatado campo para la gloria de Dios y su servicio, y así decía muchas veces que su llegada á Inglaterra era dichosa derrota, rica de su sufrimiento, llena de varias y excelentes obras de caridad, y que cuanto

era más dificultosa, tanto añadía mayores quilates al merecimiento. Veníale á la memoria la pura intención que tuvo en su venida á aquel Reino, y una dirección de afectos, continuada con tal luz y distinción que no parece podía ser desconocido el dueño. Consideraba que al partir de España la había prevenido nuestro Señor, embarcándola en la segura é incontrastable nave de su voluntad y gusto dulcísimo, con un afecto intenso y muy puro, y haberla fortificado en el seguro refugio de una inseparable unión de su voluntad con la de Dios, dándola fuerzas sobrehumanas, y que podía fiarse por haber caído esta semilla en un corazón ejercitado en tantos y tan diversos ejercicios de mortificación y lágrimas, y muchos y muy grandes de sufrimiento de prójimos. Acordábase de aquellos grandes deseos de seguir las dulces pisadas de su querido Jesús en pobreza, desprecio, abatimiento y estrecho abrazo de cruz, y de glorificarle donde era más desconocido, y mostrar con él su amor donde era más desamado. Veía que aquel pequeño grano se convirtió en árbol grande, cuyas hondas raíces y fuerte tronco y fundamento fueron un sumo deseo del perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios. Sentía que puesta en Inglaterra haber, sin duda, llegádose tanto más á Dios cuanto más se había alejado de su patria y de las claras prendas que dejó en ella.

Mostrábasele nuestro Señor muchas veces dulce y benigno, dilatando su ánimo en esta afable manera: «No temas, aquí estoy yo.» «¡ Oh, Señor; habrá guerras!, replicaba ella, y en tal caso tengo por mejor volver las espaldas.» «Bien; ¿haslas visto hasta ahora? ¿No ves deshechas las ocasiones de ellas con fácil y poderosa manera? Dilata el ánimo, acuérdate

que está todo en mi mano, vuelve los ojos atrás, considera tu natural condición y lo pasado, conocerás quién fué el que pudo traerte y que puede conservarte; ajústate á toda perfección, que es lo que está en tu mano con mi gracia: déjalo todo en las mías sin cuidado.» Estas inspiraciones y verdades, estampadas en el alma, la influían señorío y grandeza de corazón, extraña sobre todo temor y dificultad, que era bien necesario contra las continuas voces de que volviese á España.

Sentía, finalmente, en su interior que la daba nuestro Señor fuerzas superiores para todo género de trabajos que se le podían ofrecer, hasta llegar á dar, no sólo una vida por Dios, pero si muchas tuviera le parecía dar poco en dejárselas quitar en defensa y confesión de nuestra santa fe católica, y así no eran bastantes los peligros que la amenazaban á rendir ni enflaquecer los vehementes deseos que nuestro Señor la daba: antes parecía que su Majestad le aumentaba cada hora el afecto grande que tantos años la abrasaba el pecho de dar la vida por Dios, y así se hallaba en su interior obligada á corresponder á esta su obligación y al voto que tenía hecho de procurar el martirio por los medios que no fuesen repugnantes á la ley de Dios.

Mostraba también nuestro Señor querer su perseverancia en que cuando menos fiaba de sí y más voces daba la prudencia humana y hacían más instancias sus devotos, en tocándole en la vuelta parecía sentir cierta violencia, de manera que al momento, y casi sin poder advertirlo, se volvía su corazón como un gigante y decía: «No puede ser eso.»

Entre las personas de letras y espíritu con quien comunicó estas dudas fueron el P. Bartolomé Pérez,

de la Compañía de Jesús, asistente de España cerca de la persona del General en Roma, y el P. Roberto Personio, de la misma Compañía, Rector del Colegio inglés-romano y Prefecto de la misión de Inglaterra, personas de gran espíritu y letras; tomaron ambos resolución de animarla á proseguir su negociación con el caudal é industria que nuestro Señor la iba cada día aumentando; decíanla que pusiese delante de los ojos la grandeza de los dones y beneficios que de la liberal mano del Señor había recibido y los que iba recibiendo, á que debía una fidelísima correspondencia, y el P. Bartolomé Pérez la escribió: «Que la santidad de Paulo V, habiendo tenido noticia de su estancia en aquel reino, había mostrado contento y mandado que la escribiese de su parte lo mucho que gustaba de su asistencia en Inglaterra, y que permaneciese y pasase adelante como había comenzado, con que se confirmó en su vocación y cesaron los recelos, si bien su luz había sido siempre á medida de su necesidad»; con esta carta se aseguró de la preciosa voluntad de su Señor, con que de allí adelante fué caminando con un esfuerzo admirable en todas las ocasiones del servicio de nuestro Señor, que fueron grandes.

Añadióse al parecer de estos padres y recado del Pontífice una carta del Patriarca-Arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, prelado de gran santidad y celo; escribió al P. José Cresuelo, de la Compañía de Jesús, lo que sentía de la asistencia de D.ª Luisa en Inglaterra con intento de que por este medio viniese á su noticia, que fué también animarla á la perseverancia; su tenor es éste (su fecha en 17 de Septiembre de 608):

«Con todas las cartas que vuestra Reverencia me

escribe recibo mucho consuelo; pero en la última, en que me avisa lo que ha pasado la Sra. D.ª Luisa de Mendoza, le he recibido grandísimo y dado cuantas gracias he sabido á nuestro Señor de la misericordia que usa con aquella señora, enterneciéndome de ver en este raro ejemplo cuán poderosa es su bendita mano para esforzar la flaqueza y confundir con ella la furia de los más fuertes enemigos, y sabe nuestro Señor cuánto he deseado merecer ser capellán de esta señora, estimando esto en más que las mayores honras y dignidades de la tierra. Creo que tendrá alguna noticia de mí, porque fuí muy servidor y privado del santo Marqués de Almazán, donde esta señora se crió, y así pienso que me habrá oído nombrar. Haráme vuestra Reverencia grande merced en escribirla un recado de mi parte, ofreciéndola que la encomendaremos á Dios, y suplicándole haga lo mismo por mis necesidades, que son muy grandes. Estos señores me consultaron estos días pasados una carta que escribió el Embajador; decía en ella que el peligro de la señora D.ª Luisa era mucho y que no se hacía provecho por la obstinación de la gente. Yo me incliné á que sería bien retirarse, siguiendo la doctrina de San Atanasio; ahora que he visto lo que dice, no osaría dar otro consejo más que el del apóstol San Juan: *Unctionem quam accepistis ab eo, maneat in vobis; et non necesse habeatis ut aliquis vos doceat: sed sicut unctio ejus docet vos de omnibus, et verum est, et non est mendacium, et sicut docuit vos maneat in eo.*»

CAPÍTULO XII.

DEL CONSUELO DE LOS CATÓLICOS DE VER ENTRE ELLOS Á DOÑA LUISA.—PROFESA LA FE PÚBLICAMENTE EN LAS CALLES DE LONDRES.

La profesión de vida tan trabajada y molesta que veían los católicos en la santa D.ª Luisa, el acudir á sus necesidades y consuelo, hacerse partícipe de sus aflicciones, les fué un notable aliento para la perseverancia en la religión católica, que entre tantas tribulaciones y trabajos constantemente profesan. Hizo el oficio de ángel enviado por el Señor para el alivio, esfuerzo y consuelo de los que en aquel horno de herejías, y en medio de las llamas de tan grandes aflicciones, padecen por la verdad católica, por la obediencia del verdadero Vicario de Jesucristo, y así escribían los religiosos de la Compañía, que en hábito disimulado andan en aquel reino, conservando las reliquias de la religión antigua. Ya en Inglaterra se estiman los trabajos y persecuciones con la ida de D.ª Luisa, y tiene mayor valor con algunas almas el padecer que solía, porque muchos, cansados de las molestias que los herejes les hacían y la fatiga continua de su vida, disimulaban ser católicos y decían que querían vivir con quietud en cualquier religión que fuese; y otros, por miedo de la pobreza en que los magistrados les ponían, no tenían ánimo para resistir ni confesarse católicos mas que viendo que una señora tan principal tan querida y estimada en su reino le había dejado y trocado la paz por la persecución, y el amor que todos la tenían por el aborrecimiento de

los herejes, las comodidades de su patria por la pobreza y desamparo en que vivía, se confundían y avergonzaban, y cobraban ánimo á padecer por religión que veían venerada y defendida por persona de tan gran santidad. Decían los mismos Padres: «Parece que esta señora ha venido á reprender nuestra tibieza y á avergonzar nuestro poco ánimo y valor, en comparación del que ella nos muestra en confesar la santa fe católica y el deseo grande que tiene de dar la vida por ella», y estas nuevas vinieron aun en los principios, cuando había pocos días que estaba en Inglaterra D.ª Luisa. Y de esta consideración se valía ella en algunas ocasiones, y reconvenía á los católicos con la penalidad de su vivienda y voluntad con que la había tomado, refiriendo en una carta, á una persona muy suya, el gran trabajo que le era vivir en aquella tierra, que la llama intolerable, y que no le defraudaba nada de la confianza que tenía de poder padecer un gran purgatorio en ella; añade estas palabras: «Aunque me dicen algunos, cuando los animo á que no flaqueen, que como yo no padezco ni pierdo mi hacienda hablo al seguro, tengo ánimo, yo les respondo: Que miren ellos si los puede su Rey poner en más riguroso estado que yo me hallo, que cuando ellos llegasen á eso tienen el amor natural de su patria, que es el más vivo que vi en mi vida, y muchos amigos y deudos, y, en fin, no nacieron en España ni la han trocado por Inglaterra, que es todo lo que se puede decir.» Hasta aquí D.ª Luisa. Estos fueron los primeros y felices efectos de su jornada; veían en ella una verdadera fe, una constancia invencible, un obrar heroico, porque, en entendiendo que una cosa era del servicio de Dios y de su gloria, todo el mundo que se juntase y el infierno todo no la hi-

cieran volver atrás un punto, porque el amor la hacía sobremanera animosa; sean ejemplos.

En los estragos que padeció la religión católica en el reino de Eduardo, en que arruinaron altares, templos, imágenes, sin perdonar al Sacramento santo del altar, único bien de los cristianos, pasó el furor á las cruces, quitándolas de los lugares públicos, en cuyo lugar pusieron el escudo de las armas del Rey de Inglaterra; tienen unos leones y lirios, en que claramente profesaron que renunciaban á Cristo, y la redención que obró en aquella señal santa, y elegían servir y adorar á un Rey terreno, y no menos que se daban empresa á aquel león de quien dijo San Pedro, en su canónica, que bramando da vueltas buscando á quien tragar; quitaron el más fuerte baluarte contra el príncipe de las tinieblas y su ejército, con que libremente pudo infundirlas en sus entendimientos.

De este universal estrago eximió el adorno público una cruz curiosamente labrada, que hace vistoso un edificio antiguo en una de las principales calles de Londres; éste el intento de los que la perdonaron, y á lo más cierto no haber querido Dios perder del todo la posesión de aquel Reino.

Todas las veces que se le ofrecía pasar por esta calle á D.ª Luisa, le era de gran consuelo ver á nuestro Señor triunfante y victorioso en esta santa señal, instrumento de nuestra redención en medio de sus enemigos; parecíale era notable flaqueza y cobardía no reconocer y adorar á su Señor delante de todo el mundo. Un día, en aquella gran publicidad, hincó animosa las rodillas; quedó por buen rato recogida en muy fervorosa oración, adorando á Cristo nuestro Señor en aquella señal santa que en su forma nos le

representa, confesando públicamente nuestra santa fe católica, sin hacer caso de la grita que la daba el pueblo; maldecíanla los herejes, daban voces que era papista, todo era amenazas; cargáronse de piedras para tirárselas, que esperaba con más gusto y deseo que ellos tenían de tirárselas. Algunos de los herejes la decían: «Ea, pide á la cruz la bendición, que ella te dará una horca»; otros, «que la habían de prender y meter en la cárcel»; las piedras se volvieron en oprobios, que ella llevaba con interior alegría; no dejó de volver á su adoración las veces que por allí pasaba.

Cuando iba por las calles de Londres y veía papeles en que estaba el Papa estampado con una figura indecentísima, cual supo inventar el aborrecimiento y el error, movida de íntimo sentimiento de que se tratase con aquel oprobio al Vicario de Cristo, compraba estas estampas, no queriendo sino las que estaban colgadas en la pared; ella, con gran espacio, las iba haciendo pedazos, dejándolos caer en el suelo, diciendo, lo mejor que podía en inglés, que nunca había visto gente tan extraña que hiciese tan malas pinturas; los que allí estaban y se quedaban admirados mirándola, gritaban que sin duda era papista.

En todas estas acciones se gobernaba por consejo y parecer de su confesor y de otras personas doctas y espirituales; porque aunque la había dado Dios mucha luz para enseñar y gobernar almas, en sus cosas se juzgaba ignorante, y estaba tan rendida y sujeta como una niña. Después, por parecer de los mismos padres, dejó de hacer semejantes demostraciones, porque se haría muy pública y se impedirían con esto otras obras de mayor gloria de Dios.

CAPÍTULO XIII.

PÓNESE Á SU INSTANCIA DE ASIENTO EL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN LAS CAPILLAS DE LOS EMBAJADORES.

Su singular reverencia y devoción al Santísimo Sacramento la despertó un pensamiento de gran gloria de nuestro Señor, en que su afecto y el de los católicos interesaron mucho: es gran tracista el amor.

Por este tiempo, que estaba recogida en casa del Embajador de España, era su mayor consuelo oir con tanta seguridad su misa, sin faltarle la comunión todos los días, en tierra en que las dificultades que tienen los católicos de gozar de este gran bien les hace aún más sabrosa su comida. No acababa de hallarse contenta y sosegada: echaba menos el poder estar, como en España, día y noche delante del Santísimo Sacramento y acompañar á los ejércitos de ángeles que le asisten; fervorizar la oración con su presencia; parecióle no había inconveniente en que se pusiese, como en una iglesia, en la capilla del Embajador, y tener tan infinito tesoro y que gozase la Majestad divina del privilegio de inmunidad de casa de Embajador, en ciudad que en tantos siglos la dió en innumerables templos.

Hizo su proposición, que halló fácil acogida en la piedad de D. Pedro de Zúñiga, y religión del Padre Maestro fray Juan de San Agustín; tuviéronla por acertada y holgaron mucho de hacer á nuestro Señor este servicio, y que estuviese de asiento su Cuerpo sacrosanto en parte de donde sus enemigos tan impíamente le tienen desterrado; atendieron también al

consuelo de su sierva, á quien favorecieron en todo lo que mostraba gusto con increíble caridad. Compúsose sin dilación la capilla, poniendo un tabernáculo en el altar con su dosel y el demás adorno conveniente á tan gran huésped, con lámpara encendida perpetuamente, con mucha decencia y devoción; ya le parecía que se veía en el cielo; aquí gastaba la mayor parte del tiempo, quitándolo del sueño y de las demás ocupaciones por estar en oración adorando á su divina Majestad. Fué esta colocación tan decente de notable edificación y ejemplo para los católicos ingleses, que afirmaban no haber estado el Santísimo Sacramento tan de asiento en muchos años ni en todo el reino de Inglaterra. Restituyó la piedad de D.ª Luisa á Cristo sacramentado la posesión que tantos siglos había tenido, de que sacrílegamente le despojaron los protectores de Eduardo.

No se contentaba su devoción fácilmente; sus ansias eran se gozara este gran bien en muchas partes en Londres. Deseó siguiesen este ejemplo los demás Embajadores de Príncipes católicos. Las suaves costumbres de D.ª Luisa ganaban el corazón de los buenos; mostróle una afición grande la mujer del Embajador de Flandes, señora muy principal, hija de Ricardoto, consejero de Estado de los Países Bajos; visitábala con mucha cortesía y estima, y la rogaba con veras fuese muchas veces á su casa; decíale doña Luisa que no hallaba causa bastante, para conforme á su profesión, hacer lo que la mandaba, mayormente teniendo muy poca salud, distando las casas tanto espacio, no acostumbrando andar en coche, sino en caso muy forzoso; mas que de muy buena gana se esforzaría á hacer este camino á pie si se expusiese el Santísimo Sacramento en su capilla como lo estaba

ya en la del Embajador de España; que entonces le sería un trabajo muy gustoso ir como peregrina á visitar á su Señor sacramentado en su capilla. Vino, finalmente, en el concierto, que se cumplió de ambas partes; colocóse con decencia y aseo conveniente, y la devota D.ª Luisa iba allá, no una, sino muchas veces, recibiendo muy particular consuelo y contento; poco después siguieron este ejemplo los Embajadores de Francia y de Venecia.

Celebrábanse en la capilla las fiestas de la Iglesia con singular devoción. En una carta de D.ª Luisa á la Marquesa de Caracena, su prima, en 16 de Abril de 611, acaba con estas palabras:

«El Embajador ha tenido muy buen monumento, y nosotras uno muy en extremo graciosito y devoto, y más grave que grande, en gran secreto. Esta no es cosa para tomarla en la boca, ni con los españoles en ningún caso; causaríanos cien trabajos nuevos: hay también cirio pascual, que las casas de los católicos son las iglesias católicas de Inglaterra; pero nunca osan tener el Santísimo Sacramento, si no es por breve tiempo y en casas más seguras que las ordinarias; yo hice con el Sr. D. Pedro de Zúñiga le tuviese, que no le tenía antes, y ese ejemplo siguió el francés y veneciano.»

CAPÍTULO XIV.

DEJA LA CASA DEL EMBAJADOR; TÓMALA APARTE.

Habiendo resuelto D.ª Luisa permanecer en Inglaterra por sólo el gusto divino y ocuparse en los empleos que la descubriese la voluntad de Dios, se ha-

llaba consoladísima, teniendo su suerte por dichosa; pues habiendo deseado tanto haber nacido para dar á Dios alguna gloria, se hallaba con medios proporcionados, cercada de tantas ocasiones en que poder hacer de sí agradables sacrificios á quien tanto amaba.

En un año entero no pudo dejar la casa de D. Pedro de Zúñiga, en cuya liberalidad halló sustento, estimación y amparo y vivió en ella con quietud notable. El estado perturbado de las cosas la obligó á continuar por entonces este retiro calumniado de algunos, que decían que no había sido buen fin de su jornada el haberse acogido á su nación, teniéndola por inútil é imprudente; mas ella se gobernaba por el parecer considerado de sus confesores, sin atender á las opiniones de los hombres: antes le era gustoso cuando sin culpa suya padecía el crédito de sus acciones.

Habiéndose sosegado algún tanto la perturbación que causó en el Rey y magistrados el intento de la mina de pólvora, se resolvió de dejar la casa de don Pedro, que lo sintió con extremo; fué siempre de opinión saliese de Inglaterra, por verla, como él decía, fuera de tan mortales riesgos; persuadíala muchas veces diese la vuelta á España, si bien decía había echado bravas raíces en Inglaterra. El Padre Maestro fray Juan de San Agustín la decía enternecido que se iba á echar á los perros. Los criados del Embajador la ponían miedo con que no la habían de dejar entrar á oir Misa, ni persona de casa la había jamás de ver ni hablar; algo tenía el ponerla estos temores de conveniencias de Estado; porque, conforme á los capítulos de las paces, no se habían de entrometer en materias de religión los españoles, y temían había de entrarse D.ª Luisa demasiado; ella

se hallaba alegre y con pecho dilatadísimo, con amparos y sin ellos, y así rompió con todo, pareciéndole que, aunque dejaba casa en que gozaba de la quietud de un yermo, el verse sin este amparo era dar más de golpe en Dios y hallarse más desembarazada para acudir al servicio y consuelo de sus siervos, y ser partícipe de sus tribulaciones y trabajos y hacerles compañía en ellos, no rehusando las ocasiones que le ofreciese la Majestad divina en el más conveniente modo que pudiese. El ser mujer no la impedía para hacer grandes bienes, antes los facilitaba, y con más libertad se podían tentar vados y ablandar dificultades de muchas almas para su conversión. Abrasábala el pecho un fervoroso celo y una ardentísima sed de la conversión de las almas y un ansia grande del aumento y propagación de la Religión católica que profesa la santa Iglesia romana, si bien jamás confió de sí, ni se imaginó instrumento apto á tal género de fruto, ni se prometía ser mártir (si bien lo deseaba), ni se desvaneció con algún particular intento; sólo ponía la mira derechamente en el perfecto cumplimiento del gusto y voluntad de su dulce y gran Señor, sin tener otro alto pensamiento. Daba á Dios gracias de todo su corazón porque se le había dado tan sincero que podía decir con David: «No anduve en cosas grandes ni maravillosas sobre mí»; sólo deseaba el premio que allí pide el santo Rey, de verse destetada de arrimos y consuelos, que no era lo menos dulce á su amor; y así el centro de sus intentos era estar siempre dispuesta á ejecutar los empleos en que descubriese el beneplácito divino. Confortábale mucho ver ya con larga experiencia que nuestro Señor andaba con su dulce mano escogiendo quien la había de amparar, proveyéndola de sacra-

mentos y gobierno á su deseo; solía decir que la considerasen en un extraño desamparo y maravilloso amparo, sin hacer desconsonancia, sin saber explicar cómo era esto, si bien tenía de ello una infalible certidumbre. Y aunque su luz había sido hasta entonces á medida de su necesidad, los recelos que tenía eran tales que quería por muchos caminos asegurarse de la voluntad de su Señor, buscando ocasiones de su servicio que se la declarasen.

Hallábase sin dineros, á lo menos los bastantes para alquilar casa y comprar algunas alhajas necesarias para el servicio de ella; como pudo tomó una pequeña casilla cerca de la de D. Pedro por el mes de Diciembre de 1606: era un corral cerrado con su puerta á la calle; de este género hay muchas por toda la ciudad; pasóse á ella con dos doncellas inglesas de gran virtud, gastando su tiempo en oración, lección, trabajo de manos y en otros santos ejercicios de penitencia y mortificación. Estaba bastantemente asegurada y recogida, que, aunque pobre, siempre en esto se animó á gastar: la vecindad lo pedía; considerábase en este corralejo como en una cueva de sierpes; porque todos los vecinos eran grandes herejes y de ellos estaba cercada por todas partes; fatigábanla demasiado con extraordinario ruido en la misma pared donde dormía; todo era oir asadores y brega, como de gente que guisa, come, bebe y juega; sentía la rueda con que revuelven al fuego los cuartos de vaca enteros; esto crecía los viernes, que profanan los herejes con manjares prohibidos, tan contrarios á la observante disciplina de los católicos, que este día con ayunos, abstinencia de carnes y otras obras penales muestran su sentimiento de la pasión de Cristo todo el año; mas estos enemigos

de su cruz, que tiene por Dios su vientre, le quebranta con mayores excesos. Vese en Inglaterra los viernes en todas las casas particulares y públicas, donde acuden á su sustento mucha parte de la gente, comerse tan públicamente todo género de carnes, asadas y cocidas, como si judíos ó turcos poseyeran la provincia; hasta el mismo Viernes Santo no exceptúan. En especial, los nobles reservan para los viernes sus festejos y convites de todo género de carnes y regalos. Es el juego de los grandes y su modo de piedad testificar con estos sacrilegios su odio á la Iglesia romana. Con este mismo motivo echan de sí el ayuno santo de la Cuaresma, tan antiguo como la misma Iglesia, comiendo todos manjares promiscuamente; á esto corresponden las demás costumbres, frutos del nuevo Evangelio que recibió Inglaterra de aquel infame apóstata, y de otros no inferiores en maldad que le siguieron.

Esta penalidad intolerable, la estrechura de la casa, sin aire conveniente para la peste, que entonces crecía en Londres, se le olvidaba en llegando á la mañana á la puerta de D. Pedro de Zúñiga, donde hallaba su misa y el sumo consuelo de recibir en su pecho á Cristo sacramentado, que era el consorte y consuelo que la recreaba cuando se veía sentada junto á las corrientes de los ríos de aquella Babilonia, acordándose de la Sión de los reinos católicos, donde en tantos templos, en tantos altares, veía alabar á Dios y ofrecerle el agradable sacrificio de la Misa.

CAPÍTULO XV.

QUE LA VENERABLE DOÑA LUISA, EN EL MODO QUE TRATÓ LA CAUSA DE LA RELIGIÓN CON LOS HEREJES Y EL APROVECHAMIENTO DE LOS INGLESES CATÓLICOS, NO EXCEDIÓ LOS LÍMITES QUE EN ESTO TIENE PUESTO LA IGLESIA Á LAS MUJERES.

El principal intento que llevó á Inglaterra doña Luisa fué el padecer por la Fe, ayudar y consolar á los católicos y entrar á la parte de sus penas, y continuar en Londres aquel tenor de vida que había tenido en España, admitiendo en su compañía doncellas á quien instruyese en la perfección cristiana. Dios nuestro Señor se sirvió de tomarla por instrumento de la conversión de muchas almas por medio de sus palabras y consejos, haciéndola coadjutora de los varones apostólicos, que atienden en aquel reino á ayudar á los católicos en las cosas de la religión. Érale forzoso, habiendo de asistir en Inglaterra, hablar en estas materias muchas veces con los herejes; los cuales, después que desampararon la verdad católica, que es una, y admitieron errores tan sin número, todo es apoyar sus opiniones con este ó el otro fundamento. La religión es materia de los estrados de las señoras; en las plazas y en las tiendas andan cargados de argumentos, y como dijo un político docto, hasta las más viles mujercillas vienen á gastar más tiempo en las disputas de religión que en hilar. En las tierras católicas, asegurados todos de la verdad de la religión, nadie disputa: sólo tratan del mayor conocimiento de los misterios de la Fe, de su

meditación y mejoras de costumbres, á que sirven los libros píos y de espíritu.

Mas por haber sido mucho lo que en esta parte hizo la venerable D.ª Luisa, y grandes los bienes que de esta jornada resultaron á innumerables almas, ha parecido apoyar con brevedad que su espíritu y lo que con él obró fué muy conforme á las divinas letras y al sentimiento de los santos y á los ejemplos que se hallan en la Iglesia de santas canonizadas, á quien nuestro Señor tomó por instrumento para la conversión de muchas almas. El reparo principal es la doctrina del apóstol San Pablo en la carta á los corintios (1), en que ordena que las mujeres callen en la iglesia. Y en la epístola á Timoteo: «No permito á la mujer que enseñe.» La enseñanza y predicación toca á los varones, á quien Cristo nuestro Señor encomendó la publicación del Evangelio (2), verdad que no recibe duda, pero tiene su modificación é inteligencia.

Consta por las historias eclesiásticas y escritos de los santos Padres de la Iglesia, y lo da á entender el mismo apóstol San Pablo (3), que los sagrados Apóstoles, cuando se partieron á la conquista del mundo y publicación del Evangelio, llevaran en su compañía unas mujeres santas, no para que cuidasen de sus cosas, como algunos erradamente pensaron, sino como compañeras de la predicación y cooperarias en

(1) Ad Corinth., I, cap. XIV, núm. 34. «Mulieres in ecclesiis taceant, non enim permittitur eis loqui.»

(2) Ad Timoth., I, cap. II, núm. 12. «Docere autem mulieri non permitto.»

(3) Prima ad Corinth., cap. IX, núm. 5. «Numquid non habemus potestatem mulierem sororem circumferendi, sicut et cæteri Apostoli, et fratres Domini, et Cephas.»

la publicación del Evangelio; porque habiendo sido tan propio el encerramiento en las mujeres, mayormente nobles, en todas las naciones del mundo tenía gran dificultad llegar á su noticia la doctrina apostólica que predicaban en las calles y plazas, ó en conferencias con los hombres, que eran tan fáciles de hallar; no así en las más de las mujeres encerradas, tal vez de maridos celosos y recatados, y por medio de estas matronas santas se introducía entre las más retiradas la doctrina evangélica, en la cual era fuerza estuviesen muy diestras y enseñadas. Y es cierto que en el cenáculo de Jerusalén se hallaron algunas de aquellas santas mujeres que seguían á Cristo nuestro Señor, y participaron de aquel viento divino y del fuego del Espíritu Santo, de que hay expresas profecías. Dícelo así Clemente Alexandrino, autor antiquísimo; estas son sus palabras, claras al intento, hablando de los Apóstoles (1):

(1) Clemens Alex., lib. III, *Stromatum*. «Sed hi quidem (loquitur de Apostolis) ut erat consentaneum ministerio, a quo divelli non poterant prædicationi, scilicet, attendentes non ut uxores, sed ut sorores circumducebant mulieres, quæ una ministratura essent apud mulieres, quæ domos custodiebant, per quas etiam in gynecæum absque ulla reprehensione, malave suspitione ingredi posset doctrina Domini.

»Gynecæum locus secretus in ædibus, ubi solæ mulieres habitabant. Calepinus.

»Salutate Mariam, quæ multum laboravit erga vos, etc. Coronatur mulier, et prædicatur. Rursus confundimur viri, imo non solum confundimur; sed et honestamur, honestamur siquidem, quo a tales apud nos sunt mulieres: confundimur autem, quod adeo longe ab illis post terga relinquimur viri. Verum si diceremus unde illæ ornentur mox, et nos illas assequemur. Unde itaque ornantur. Audiant, et viri, et mulieres non ab armillis, nec a monilibus, nec ab eunuchis, et ancilis, nec a vestibus auto contextis, sea o perpesis pro veritate sudoribus, nam dicit, quæ multum laboravit erga vos, non erga se ipsam solum, neç erga propriam virtutem, id quod multæ mulieres nunc quoque; faciunt, et jejunantes et humi jacentes; sed erga alios Apostolorum, et

Porque así era conveniente á su ministerio, de que no podían divertirse, atendiendo á la predicación llevaban en su compañía mujeres como hermanas, porque á un mismo tiempo administrasen á las mujeres encerradas en sus casas, para que por estas santas matronas, sin alguna reprensión ó mala sospecha, pudiese entrar en los más retirados retretes la doctrina del Señor.

San Pablo, en el capítulo último de la carta á los romanos, envía saludos á algunas santas mujeres que allí nombra, que dice habían trabajado mucho entre los Apóstoles y discípulos de Cristo; y comentándolo San Juan Crisóstomo, dice fueron estas matronas las que acompañaron las peregrinaciones de los Apóstoles y Evangelistas, y que trabajaron, no sólo con sus pláticas, sino que las ayudaron con su sudor y hacienda; las palabras del Santo son éstas:

«Saludad á María, que ha trabajado mucho entre vosotros (comenta el Santo). Es coronada esta mujer, es alabada; y asimismo nos es causa de confusión á los hombres, y juntamente de honor. Honrámonos porque hay entre nosotros tales mujeres. Cáusanos confusión porque nos dejan tan atrás. Y si queremos saber cuál es su adorno para que las imitemos, oigan los hombres, oigan las mujeres: no las ajorcas y collares, no los escuderos y criadas, no los vestidos tejidos de oro, sino los sudores padecidos por la verdad; porque dice el Apóstol que ha trabajado mucho

Evangelistarum suscepto cursu, et non dicit quæ multum docuit; sed quæ multum laboravit, ostendens quod cum sermone, et alia quæ exiguntur administravit, nimirum quæ attinent ad pericula pecunias, et peregrinationes. Erant enim mulieres illæ leonibus ferventiores participantes, et eum Apostolis in laboribus prædicationis gratia subeundis, et simul peregrinabantur cum illis, et reliquæ administrabant.»

en vuestro beneficio, no sólo consigo misma, ni para mejorarse en las virtudes, como lo hacen ahora muchas mujeres, ayunando y durmiendo en el suelo, sino también para con otros, emprendiendo las jornadas de los Apóstoles y Evangelistas. No dice la que enseñó, sino la que trabajó mucho, mostrando que de más que con sus palabras se ejercitaron también en otros ministerios, gastando de su hacienda, arriesgándose á peligros y peregrinaciones; porque eran estas mujeres más fervorosas que unos leones, participaban con los Apóstoles en los trabajos que se ofrecían por causa de la predicación del Evangelio; por tanto, peregrinaban con ellos y atendían á los demás ministerios.» Hasta aquí el Santo.

Tan lejos estuvo de dudar Crisóstomo que enseñasen las mujeres, que antes, suponiéndolo como llano, prueba que juntaban á esta enseñanza otras circunstancias apostólicas; porque diciendo San Pablo: *Salutate Mariam, quæ multum laboravit erga vos*, «Saludad á María, trabajó mucho entre vosotros», reparó y dijo: «*Et non dicit quæ multum docuit, sed quæ multum laboravit ostendens, quod cum sermone, et alia quæ exiguntur, administravit;* no dice que enseñó mucho, sino que trabajó mucho, mostrando que con la enseñanza (ésta como cierta la supone) se ejercitó en otros ministerios, esto es: *Cum sermone, et alia administravit.*»

Y no se desdeñaban los Apóstoles de valerse de la obra de estas mujeres apostólicas: antes se honraban con ellas; dícelo el mismo San Juan Crisóstomo, hablando de San Pablo, por estas palabras (1):

(1) «Nec veretur vas illud benedictionis mulierem coadjutricem suam vocare; sed et gloriatur in eo, naturam quippe fœminei sexu; non aspicit; sed voluntatem coronat: quia splendori huic adæquari poterit?»

El padre Justiniano, de la Compañía de Jesús, en el capítulo último de la Epístola á los romanos, que trae este lugar de San Juan Crisóstomo, dice: «Per honorificum fuit fœminas sua opera nonnihil Apostolo fuisse præsidii, sive adjumenti attulisse.»

Tertulianus: «Quod divites Christo mulieres ad hærebant, quæ et de facultatibus suis ministrabant ei, inter quas et uxor Regis procuratoris de prophetia est. Has enim vocabat per Isaiam. Mulieres divites exurgite, et audite vocem meam, ut discipulas primo de hinc, ut OPERARIAS, et ministras ostenderet. Filiæ in spe audite sermones meos, dies anni mementote, cum labore in spe, cum labore quo sequebantur, et ob spem ministrabant.»

«Y no repara el vaso de bendición llamar á una mujer su coadjutora; antes se gloría de ello, porque en esto no mira la naturaleza del sexo, mas corona la virtud. ¿Qué puede igualarse á esta alabanza?»

Descubrió el misterio de estas mujeres santas Tertuliano, en una profecía de Isaías, llamándolas OPERARIAS, en el capítulo XXXII del libro IV contra Marcion; dice así:

«Es conforme á esta profecía de Isaías, que las mujeres ricas fuesen en seguimiento de Cristo y le ayudasen para su sustento con su hacienda; á estas llama Isaías: «Mujeres ricas, levantaos, oid mi voz»; para mostrar que fueron discípulas OPERARIAS primero, y después ministras. «Hijas, oid en esperanza mis palabras, en esperanza y trabajo»: con trabajo, porque seguían; en esperanza, porque ministraban.»

De estos lugares y otros se colige que, como arriba se dijo, se debe entender con modificación la doctrina del Apóstol cuando manda que callen las mujeres en las iglesias y no enseñen. Y el legítimo y verdadero sentido de su doctrina es prohibir á las mujeres la enseñanza pública y el magisterio por oficio,

y en esta conformidad lo entienden los santos Doctores, y en las mismas historias eclesiásticas se hallará el fundamento de esta verdad.

Es constante, y lo muestra con claridad el ilustrísimo cardenal Baronio en sus *Anales* (1), y se infiere del texto del Apóstol, que el modo de predicar en los principios de la Iglesia, en que aun duraban algunas cosas de las sinagogas, era juntarse los sacerdotes y el pueblo todo, hombres y mujeres, en los templos (2). Abríase el libro de la Sagrada Escritura, y leyéndose un capítulo, discurría cada uno sobre el texto, dándole su interpretación (3), sacando de allí doctrina y documentos, y éstos eran sus sermones. Este modo de conferencia causaba confusión, porfías, voces, mientras cada cual apoyaba su sentimiento: en esto da orden el Apóstol, diciendo el modo como se han de haber, encargando el silencio, y que se tenga la moderación y compostura conveniente. Añade luego: «Las mujeres callen en las iglesias»; con que les prohibió hablar en estos concursos públicos, porque era cosa indecente que las mujeres hablasen donde había sacerdotes y hombres doctos; y porque de lo que oían podía ofrecérseles alguna duda, añade el santo Apóstol (4): «Si quisieren saber alguna cosa, pregúntenla en casa á sus maridos.»

Y supuesto que estas conferencias eran los sermones de aquel tiempo, se saca por doctrina cierta que

(1) Baronius, anno Domini 57, vers. Aliam autem, cum sequentibus.

(2) I ad Corinth., cap. XIV, núm. 20.

(3) Cum convenitis unusquisque; vestrum psalmum habet, doctrinam habet, Apocalipsim habet, linguam habet, interpretationem habet, omnia ad ædificationem fiant.

(4) Si quid autem volunt discere domi viros suos interrogent.

á la mujer no le es lícito hablar en público en la iglesia, predicar en púlpito, enseñar por oficio y ministerio; pero dar razón de su fe, defenderla, persuadir á la religión católica, amonestar, exhortar á la virtud, reprender vicios privadamente en casas particulares y de persona á persona, esto les es permitido, y ha sido siempre en la iglesia.

El cardenal Baronio en sus *Anales* (1), explica el ministerio de aquellas matronas santas á quien el Apóstol envía saludos en el fin de la carta á los romanos, que es como comentario de los lugares de Clemente Alejandrino, San Juan Crisóstomo y Tertuliano. Habiendo asentado la doctrina de San Pablo, que las mujeres callen en las iglesias, y que aun preguntar no les permite, añade el Cardenal estas palabras: «Esto mismo dice San Juan Crisóstomo se ha

(1) Anno Domini 58, vers. Verum ut. Fuisse enim quasdam ecclesiasticas functiones, quæ mulierum diaconisarum essent, satis superius dictum est, ne quis putet has verbi prædicationem administrasse, quam jam Paulum illis inhibuisse, cum ad Corinthios scriberet certum est, cum dixit mulieres in ecclesiis taceant, quibus non tantum ibi docere, imo neque interrogare quidem, ut discerent illis permissit, dicens. Si quid autem volunt discere, domi viros suos interrogent. Turpe est enim mulieri loqui in Ecclesia. Sed hoc ipsum Chrisostomus eo temperamento existimat intelligendum, ut non prorsus fœminis Apostolus interdixerit quolibet divino sermone; sed illo tantum, qui publicus habetur, sic enim ait. Præsidentiam quæ sit in medio ecclesiarum, illis prohibet sedem, quæ in pulpito, non doctrinæ verbum, non eam doctrinæ rationem, quæ ad privatum usum pertinet amputando; sed eam, quæ in medio fit, et in communi theatro, quæ ipsis congruit doctoribus; hæc ipse. Ac merito quidem, nam quomodo vir infidelis per mulierem fidelem sanctus eficeretur (quod ait Apostolus) nisi illa ipsum docente? Habent, et acta non tantum Aquilam Ponticum; sed et uxorem ejus Priscilam Appollo genere Alexandri num in fide christiana instituise (Cornelio a Lapide, en el cap. II de la Epistola ad Titum, vers. 12). Quem cum audissent Priscila, et Aquila assumpserunt eum, et diligentius exposuerunt viam Domini (Lorino alli). Priscila quoque mulier; sed privatim Paulus cohortat ad privatam doctrinam.

de entender con su temperamento, que no prive el Apóstol de todo punto á las mujeres del uso de la palabra divina, sino el platicar y predicar en público.» Dice el Santo doctor griego: «La presidencia que se hace en medio de las iglesias les prohibe á las mujeres el asiento en el púlpito; no las quita la doctrina, no dar razón de lo que enseñan, que pertenece al uso particular, sino aquella que se hace en medio de todos y en el común teatro, que esto conviene á los doctores.» Confírmase esta verdad con un texto sagrado en el capítulo XVIII de los *Actos apostólicos*, en que dice que Aquila Pontico y su mujer Priscila se encargaron de instruir en la fe á Apolo Alejandrino.

Y un comentador docto de este lugar de los *Actos* dice fué esta enseñanza privadamente, que no sólo lo permite el Apóstol, sino que exhorta á ella, y manda que la mujer católica no deje al marido gentil, que puede con su doctrina y ejemplo convertirle; y así dice el Apóstol: «¿Qué sabes si salvarás el alma de tu marido» (1)? Y saca el autor referido por doctrina de los santos Crisóstomo, Teodoreto, Ecumenio, Jerónimo, Sedulio, Tomás, con el ejemplo de Priscila, que á las mujeres no les es prohibido el enseñar, instruir en la religión privadamente.

Santa Cecilia instruyó en la religión de Cristo á Valeriano, su esposo; Santa Natalia, á Adriano; Santa Marta, á Marino; Teodelinda, á Agilulfo, rey de los longobardos; Clotildis, á Clodoveo; Flavia Domicla, á Flavio Clemente. Dos veces madre se llama la gloriosa Santa Mónica del gran doctor Agustino,

(1) Ad Corinthios, cap. VII, núm. 16. Unde scis si virum salvum facies?

porque le reengendró con sus consejos y lágrimas. Las amonestaciones continuas de nuestra D.ª Blanca sacaron santo á San Luis, rey de los franceses. La emperatriz Pulqueria fué maestra del emperador Teodosio, y San Gregorio Nacianceno dice de su madre «fué maestra en muchas cosas de su padre», todos santos.

Y tal vez esta enseñanza, por voluntad divina, salió en público. La virgen Santa Catalina, ilustre mártir, fué tan docta que la cometió Dios la defensa de su fe, y en pública disputa convenció á sabios, y convirtió á la religión de Jesucristo. De Santa Marcela, viuda santísima, discípula de San Jerónimo, afirma el Santo doctor que, cuando partió de Roma, quedó su pecho hecho un archivo divino de cuanto grande y recóndito encierra la Sagrada Escritura, y que á ella, como á oráculo, se acudía en cualquier duda que se ofreciese de las divinas letras. Nuestra ilustre española, honra de estos siglos, Santa Teresa de Jesús: llenos están sus libros de celestial doctrina; ¿quién la prohibió que escribiese documentos á sus monjas, y en ellas á todas las religiosas de la Iglesia? De los sermones de la beata Juana de la Cruz se dice mucho, y de otras santas, y esto no es dispensación de la doctrina del Apóstol en este ó aquel sujeto, sino que, quedando en su fuerza, se distribuyen los ministerios en públicos y particulares.

Vencidos ya los escrúpulos de esta materia, y entendida la doctrina de San Pablo como se debe, podemos decir con seguridad que el haber la venerable D.ª Luisa ayudado á los varones apostólicos que trabajaban en conservar la santa fe católica, y reducen con riesgo de sus vidas á innumerables almas al gremio de la santa Iglesia, es muy conforme á lo que

pasó en tiempo de los Apóstoles, tan alabado y engrandecido justamente de los santos; y ¿quién duda que el estado de la religión católica en aquel reino es aún más apretado que en las más rigurosas persecuciones de aquellos primeros siglos? Y así, no se necesita de menores trazas para alumbrar aquellas almas, que han nacido en tan espesas tinieblas, en que hay mayor resistencia para admitir la verdad católica, que en los gentiles mismos, como lo muestran tristes experiencias. De esta verdad será ejemplo lo que resta de esta historia, porque introdujo D.ª Luisa la doctrina y verdades católicas en casas donde era imposible entrar los sacerdotes y fuera imprudencia el intentarlo.

Y cuando esta virgen apostólica hubiera disputado ó enseñado públicamente en Inglaterra, no puede decirse que era contraria la doctrina de San Pablo, que mandó que callen las mujeres en las iglesias, esto es, como queda dicho, donde concurrían varones doctos que enseñasen y respondiesen que la autoridad del Evangelio y verdad cristiana pide maestros graves y prudentes, cuales son varones de letras y de virtud; y cuando éstos están á mano, y especialmente en presencia suya, prohibe á las mujeres que enseñen, prediquen ó persuadan; pero en caso de necesidad, lícito le fuera á una mujer celosa y bien instruída trabajar, aunque fuese en público, en la conversión de los infieles; que si en alguna provincia, ó no hubiese varones doctos que enseñasen, ó estuviesen impedidos por forzosas causas, esa necesidad daba licencia á mujeres santas, no por dispensasación de la ley común, sino porque la misma ley no se entiende ni habla en este caso. Tal era la provincia de Inglaterra, donde los ministros del Evangelio

y cooperarios de los Apóstoles no pueden hablar en público ni enseñar la verdad católica.

Remate y apoye este discurso el ilustrísimo y reverendísimo señor cardenal de Trejo, presidente de Castilla, obispo de Málaga, á quien habiéndole remitido la madre Mariana de San José, priora del Real convento de la Encarnación, el interrogatorio de la vida y virtudes de la venerable D.ª Luisa, hace un docto y largo discurso de sus cosas, de que me valdré otras veces, y aunque no jurado, por faltar licencia del Pontífice, la autoridad, letras y entereza de tan gran Prelado suplen el juramento y parentesco, y más en causa de tan gran calidad (como él dice), no hay sospecha, mayormente en un príncipe de la Iglesia, que tanto debe desear sus aciertos. Dice así:

«Algunos dicen que fué cosa atrevida y fuera de la regla evangélica, y contra la de San Pablo, querer una mujer predicar y convertir herejes, y ponerse á disputar con ellos, no siendo gran teóloga. A esto digo que lo que San Pablo reprende es que las mujeres prediquen en público como maestros públicos, con autoridad de tales; pero que en particular traten de la conversión de sus prójimos, no sólo no lo prohibe, antes lo manda, diciendo que las mujeres mayores enseñen á las mozas, etc. La señora D.ª Luisa nunca presumió predicar ni enseñar en público; pero cuando lo hubiera hecho guiada del fervor de su espíritu, y faltando quien lo hiciese, no era cosa contraria á lo que debía, sino muy conforme. En Marsella he visto una ermita ó capilla, que allí es tradición común que está edificada en el lugar en que Santa María Magdalena predicaba aquella gente antes que ella se retirara al desierto. Santa Catalina, mártir, disputó y defendió la fe públicamente, y en caso de necesidad

todo es lícito siendo de suyo bueno, aunque por causas justas no convenga cesando esa necesidad. Cuanto al disputar de la fe, es prohibido entre católicos á las personas que no saben letras, porque no puede ser bueno para nada esta disputa; pues si alguno ignora lo que debe saber, tiene curas y prelado, y confesores que lo enseñen, y si no lo ignora, no hay para qué disputarlo no siendo de profesión que lo permita; pero quien vive entre herejes, bien puede disputar y defender la fe (esto se entiende con las condiciones ya declaradas), y cuando ve que alguno habla contra ella es acto heroico defenderla, y más cuando es con peligro, como lo hacía esta sierva de Dios.» Hasta aquí, por ahora, el señor cardenal de Trejo.

CAPÍTULO XVI.

DE LA CIENCIA ADQUIRIDA QUE LLEVÓ DOÑA LUISA PARA ESTA JORNADA.

No fué desapercibida la venerable D.ª Luisa á esta empresa, ni temerariamente se introdujo donde no podía salir gloriosa y victoriosamente. Entre otros libros espirituales que leía el tiempo que vivió en España, fué el *Compendio de la doctrina cristiana* que escribió el venerable y santo varón fray Luis de Granada, cuyas obras deben ser la principal alhaja de un cristiano; sin pasar día que no le ocupe siquiera un breve rato su lectura, no se le caía este *Compendio* de oro de la mano, y afirmaba era el mejor libro del mundo, y el más importante y nece-

sario; contiene cuanto debe saber, creer y obrar un católico; con este libro y el de las vidas de los santos, y los que dijimos en el libro segundo, tenía bastante librería. Enteróse con sólidos fundamentos en los artículos de la fe y particulares de la religión católica por medio de este *Compendio*. Lastimábase mucho que la doctrina cristiana no se predicase y declarase al pueblo individualmente, y lo tenía por más importante que otros discursos y conceptos predicables que comúnmente no entiende la gente vulgar, ni muchos de caudal mayor, y decía que ésta era la instrucción que Dios ha dado á las almas para su conocimiento y salvación, y que mal podían amarle si no le conocían con la distinción y claridad que enseña la doctrina cristiana, ni acertarían á servir no sabiendo la obligación de los preceptos; y estos principios, con lo que de ellos depende, se había de enseñar al pueblo continuada y repetidamente. Esto lo sentía y decía con particular afecto é ilustración, y hablaba admirablemente en cualquier dogma eclesiástico y en los fundamentos de la santa Iglesia católica romana, teniéndolos por irrefragables é infalibles, con una entereza y una seguridad ciertísima y constante; y cuando hablaba en estas materias aun antes de ir á Inglaterra, parecía era más que mujer; admiraban los que la oían un espíritu angélico y apostólico, que se continuó y aumentó dichosamente en esta gran jornada á Inglaterra.

Algunos años antes de su partida, certificada de Dios (á lo que piadosamente puede entenderse de su jornada), fué disimuladamente comprando algunas obras de los padres de la Iglesia, como las del gran padre San Agustín, Santo Tomás y otros doctores; y parece buscaba con cuidado las obras latinas, que

tienen doctrina para confundir herejes y convencer sus errores; reparaban algunos en verla gastar tanto en libros, siendo, por otra parte, tan extremada en la pobreza que no consentía en su casa un corcho que sobrase; leía continuamente en estos padres todo el tiempo que le quedaba de su oración y ejercicios de casa, que á todos acudía, y á hacer labor á sus horas señaladas; de esta lectura, con su gran capacidad, alcanzó bastante conocimiento.

Después que pasó á Inglaterra, puso particular estudio en perfeccionarse en el mayor conocimiento de los fundamentos sólidos de la doctrina cristiana y verdades católicas, tratando de estas materias con cuidado, preguntando á los sacerdotes y á las demás personas que podían dar la mayor luz. Leyó algunos libros muy doctos, que tratan de controversias contra herejes, así en lengua latina como en inglesa, en la cual hay muchos y excelentes y muy á propósito para tratar con los de aquella nación; mas de ordinario, por su grande humildad y modestia, no solía meterse más que en cosas muy llanas de nuestra fe, en que hay razones sabidas, fundamentales y sólidas, con que cualquiera muy convenientemente puede hacer guerra al error; demás que los herejes de estos tiempos, por la mayor parte, han renovado los errores que tuvieron los heresiarcas antiguos, impugnados por los concilios y santos, y son también muy conocidos los lugares de la Escritura sagrada á que, entendidos torcidamente, se acogen los herejes para fundar sus opiniones, y las respuestas las tienen muy platicadas los católicos. De todas se enteró con brevedad D.ª Luisa, y con su grande ingenio entraba y salía fácilmente en cualquier dificultad que se ofrecía, teniendo prontos los fundamentos en que se

apoyan las verdades católicas, de que se valía con destreza y le ocurrían con facilidad.

Las armas principales con que iba fortalecida en esta empresa, y con las que rindió á sus contrarios, fué un celo inexplicable de la exaltación de la santa fe católica, un vehemente amor á Dios y un deseo insaciable de su gloria, la oración continua y fervorosa, penitencias y ayunos, el ejercicio de todas las virtudes, una ansia ardiente de la salvación de las almas (por una diera mil veces la vida), una resolución determinada de padecer por conseguir estos fines cuantos trabajos, cuantas penalidades se ofreciesen, exponiéndose á la muerte por el bien de sus hermanos: comunicóla nuestro Señor un espíritu apostólico, una fuerza en el decir grande, que no podían resistirla sus contrarios, no la dejaba quietar este espíritu, teníala en una labor continua.

Prosiguió así la cláusula del capítulo pasado el eminentísimo Cardenal de Trejo:

«Para esto se dispuso prudentemente, antes de ir á Inglaterra, con algunos estudios por libros, comprándolos para esto, y estudiando en ellos lo que podía; y aunque á los grandes letrados les parezca esta disposición corta, si miran la que Dios suele dar á tales sujetos, á quien escoge para esto, y se acuerdan de lo que Cristo nuestro Señor prometió á sus discípulos, no estudiantes de libros, sino imitadores de su vida y doctrina, diciendo que les daría en los casos de necesidad palabras, y sabiduría, y doctrina, y espíritu superior á que no puedan resistir sus contrarios, no se espantarán que fuese en las ocasiones de disputas necesarias docta D.ª Luisa, siendo en lo demás una mujer, pero santa, virtuosa, prudente y penitente, y consiguientemente sabia y persona que

se había dedicado y resuelto á morir por Dios: yo á esta calidad de persona no temeré ni dudaré que la socorrería el espíritu de Dios, dándole sabiduría y palabras en las ocasiones necesarias y para su gloria. Quien hubiere leído la historia de los mártires, verá niñas muy tiernas que no sólo con el padecer, sino con palabras y doctrina, fueron confusión de los sabios y de los jueces.»

CAPÍTULO XVII.

HABLA PÚBLICAMENTE CON LOS HEREJES EN DEFENSA DE LA SANTA FE CATÓLICA.

Después de haber vivido en casa aparte año y medio con salud corta y necesidad sobrada, fué un día del mes de Mayo de 1608 con una de sus compañeras á la calle de Chepsaid, que es la mayor de Londres: está llena de los más ricos mercaderes, y más anegados en error y obstinación, y en gran parte puritanos; es gente fogosísima, y tanto, que parece espiritada en hablando de religión. Llegó á una tienda á comprar una sábana de altar, y con alguna ocasión preguntó al mancebo que la mostraba la holanda si era su hermana una moza que estaba allí y se le parecía; él respondió que lo era en Cristo; parecióla demasiada devoción, y preguntóle si era católico; él respondió: «¿Católico? No lo permita Dios.» Díjole D.ª Luisa: «No permita Su Majestad que lo dejéis de ser, que eso os importa.» Con esto quedó trabada gran plática de religión con los mancebos y dueños

de la tienda y otros mercaderes que vinieron de las tiendas cercanas, á que se llegó otra mucha gente; estuvo siempre en la calle, de pechos sobre el tablón de la tienda, harto indispuesta, de que se olvidó fácilmente. Preguntaron por la misa, confesión y sacerdocio, y lo que más se trató fué si el Papa es cabeza de la Iglesia, y si las llaves de San Pedro han quedado en ella y en los pontífices sucesivamente hasta hoy, y que la religión católica romana es sola la verdadera, y que en ninguna manera se pueden salvar las almas fuera de esa misma fe é Iglesia; y estas dos últimas cosas, en que más se insistía y apretaba, se llevaron la mayor parte del tiempo de más de dos horas que allí estuvo. Díjoles que sentía mucho no poder hablar expeditamente la lengua, para desengañarlos de tanto error y tantas mentiras y falsedades como creen, engañados de sus ministros: apretábales en que no podían salvarse fuera de la Iglesia romana. Dijéronla que demasiado bien hablaba inglés, y que ellos la entendían suficientemente, y fué así: que la lengua se desenvolvió como si fuera propia. Algunos oían con gusto, otros con rabia; y aunque advirtió algún peligro de la vida, por lo menos de ser presa, no lo estimó en nada á trueco de ponerles la luz delante de los ojos. Uno de los mercaderes vecinos se le llegó y la dijo que su Rey era harto sabio para no mandarles seguir errores en religión. Tiénese entre los cismáticos y católicos por gran inconveniente hablar del Rey y de su Consejo, y suelen los herejes armar con este pretexto perniciosos ardides. La prudente D.ª Luisa deseó salirse afuera y no disimular la verdad; respondióle: Que no había que traer al Rey, que había sido criado entre puritanos desde niño, sin su santa madre, sin su

católico padre, y que para ellos era más legítimo rey que la reina Isabel. Dejaron con esto la plática por el poco amor que al Rey tenían, y uno le preguntó que por qué el Rey era más legítimo. Ella dijo que por ser la Reina hija del rey Enrique VIII, nacida en vida de su legítima mujer D.ª Catalina, y que el Rey era biznieto de hermana mayor del mismo Enrique. Volvióse á trabar de nuevo la plática de religión porque uno de ellos llamó traidor á un santo sacerdote, monje de la orden de San Benito, que poco antes había sido por la fe descuartizado vivo, con notable constancia y ejemplo. Preguntóle D.ª Luisa por qué había muerto; díjole que por sacerdote papista y querer conservar su religión; replicoles: «Según eso, no os espantéis que en la Iglesia católica le llamen mártir.» Con tan gran valor y resolución hablaba.

Volvieron á trabarse en las materias primeras, sin poder dejar la plática por lo mucho que uno de ellos insistía preguntando; la dueña de la tienda decía que era lástima que la sufriesen tanto tiempo, y que no era posible fuese mujer, sino sacerdote romano en hábito de mujer para ir en aquel modo persuadiendo su religión, y que convenía no dejarla ir sin traer un alguacil que la llevase presa, y á esto les persuadía fogosamente. El día se iba acabando, con que se despidió diciéndoles que no debían tomar á mal las verdades que les decía movida de caridad. Quedáronsela mirando; dejáronla ir con Ana, la más antigua de sus compañeras. Desde este día fué grande el odio que la cobró aquella gente por celosa papista; decían los mercaderes unos á otros que se guardasen de ella si no querían los hiciese de su misma religión.

CAPÍTULO XVIII.

PRÉNDENLA POR LA CAUSA DE RELIGIÓN, Y LO QUE PASÓ CON EL JUEZ.

Quince días después de esta disputa, sábado de la octava del Santísimo Sacramento, yendo por la misma calle á comprar algunas cosas necesarias, que el estado pobre y falta de dinero la obligaban á no fiarlas de otro cuidado que del suyo, sin acordarse ya de lo que pasó en la tienda, la cercaron tres de los mercaderes, y clavando en ella los ojos con un mirar de basiliscos, habíanla seguido largo tiempo, como después confesaron, por ver si hablaba de la religión en las tiendas; echó de ver querían hacer alguna cosa en daño suyo; llamó á un criado que la acompañaba, que era un muy honrado viejo católico, y le mandó fuese á casa con Fe, que era una nueva compañera, quedando con Ana; parecióle que las dos podían solas haberse con menos inconvenientes con aquella gente. Detuviéronlas al cabo de la calle; tenían allí prevenido un alguacil, y la dijeron había de ir al más cercano juez de los que llaman de la paz, que hay uno en cada parroquia que conoce de estas causas.

Y aunque no mostraban mandamiento, que era necesario, y para ella había de ser muy especial, mas allanóse porque no la tuvo por mala ocasión para el alma; y por no darla á que se descompusiesen, ó atropellándolas, ó voceando en aquella calle pública, dijo lo haría de buena gana; y un mercader, tenido entre ellos por más cabal y honrado, hizo, viendo la

blandura de su respuesta, apartar el alguacil por cortesía, y con toda la que ella pudo desear la llevó en casa del juez: era hombre de sesenta años, al parecer, modesto y reportado; estaba sentado en el primer patio de la casa, debajo de un cobertizo, donde tenía su despacho, con un escribano; detúvolas, examinando testigos desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche; examinó solos cinco, y aunque no concertaban en muchas cosas, no salían del compás de las que habían tratado. Preguntóla el juez por su patria, nombre y posada, y causa de su venida á Inglaterra; resolvióse á responder con toda llaneza, con que se atajaron grandes inconvenientes. Dijo llamarse Luisa de Carvajal, era española y vivía junto á la casa de D. Pedro, á cuya capilla iba siempre á misa, y que había venido á aquel reino por seguir el ejemplo de muchos santos, que desampararon voluntariamente sus patrias, amigos y deudos, y se fueron á tierras extrañas para vivir allí con desamparo y pobreza por amor de nuestro Señor; lenguaje para el juez bien obscuro, y así se rió harto con el escribano: pasó á preguntar por sus discípulos y doctrina; dijo que si era verdad que si había dicho que el Papa era cabeza de la Iglesia católica, y que sola la religión romana era la verdadera; dijo que sí, y replicóle que si quería permanecer siempre en aquella opinión. Respondióle que sin duda, y que estaba aparejada á morir por estas verdades. Entonces comenzó á blasfemar mucho del Papa, y le dijo que si era así que ella había dicho que no se podían salvar en la religión que profesaban en Inglaterra. Respondió que no había especificado tanto aquello, pero que, en lo general, muy suficientemente lo había incluído, porque había dicho que en sola la religión

católica romana se pueden salvar las almas, y que todas las demás en el mundo entero, fuera de ella, son errores. Púsose á mirarla muy despacio, y dijo: Que era buena mujer para vivir en Inglaterra y andarse de tienda en tienda, persuadiendo y hablando en estas materias, y si sabía que en España ponían á la muerte á los ingleses que hablaban contra su fe y la impugnaban, y que por qué no era también justo que hiciesen lo mismo en Inglaterra con los españoles. Calló y habló sólo aquello que vió podía entender, sin meterse en largos discursos, ni en cosa que con su lengua no la pudiese sacar muy bien de ello. Hallábase cansada é indispuesta, y fué harto poder hablar lo necesario, de suerte que el juez no halló dificultad en entenderla; sintió mucho no poder trocar en esta ocasión su español por inglés. No supo el juez tuviese más compañeras que las dos que tenía consigo; preguntó quién se las había dado, y si iban á misa y otras cosas semejantes. Respondió que no le preguntase nada en perjuicio de otras, que no le respondería. Díjola si tendría de buena gana criadas protestantes (así llaman á los herejes) y no papistas; respondió que no por cierto pudiéndolas tener católicas; díjola que por qué decía que era mártir el maestro Charves. Respondió: —Porque había muerto por sola la causa de la religión católica, y que no había duda en que lo era. Respondióla que si fuera verdad que hubiera muerto por religión, que decía bien; pero que no murió sino porque era un loco: entendióse fué uno de los que le condenaron.

Después de esto la preguntó que por qué causa la reina Isabel no era tan verdadera y legítima sucesora del reino como el rey Jacobo. Ella dijo que

porque descendía legítimamente de la hermana mayor de Enrique VIII, cuyo biznieto era, y que Isabel nació siendo viva D.ª Catalina, mujer del Rey, padre de Isabel. Dijo el juez que quién se lo había dicho. Respondió que las crónicas impresas é historias de aquella edad: replicóla que aquello no era saberlas bien, porque D.ª Catalina no fué legítima mujer del Rey, con que hizo á la reina María ilegítima reina, y aun que había mucho que responderle, porque la reina D.ª Catalina tuvo dispensación del Papa para en caso que fuera necesaria, que no lo fué, y bastaba la plenitud con que la dispensación se dió. Y Enrique, antes de su muerte, declaró por bastarda á Isabel, su hija, é hizo que todo el reino junto, en forma de Parlamento, lo declarase, é hizo ley de ello. Él no apretó en esto más, ni D.ª Luisa quiso detenerse en ello, ya que no pudo en las primeras y más graves materias; porque estaba bien falta de salud, y sin ella se hallaba menos fácil en la lengua.

Pasó á examinar las compañeras, á quien trató con más cortesía y blandura que á D.ª Luisa; pudo ser lo causase el notable desamor que se tiene en aquel reino á España y cuanto toca á nuestra nación, de que hacen los herejes desestima extraordinaria, y á cuanto toca á su patria increíble adoración y estima. Juntábase á ser española tener una ropa y basquiña de anascote negro, con algunos remiendos, y un tafetán negro roto sobre la cabeza, y no era lo que menos estimaba la sierva de Dios, que la tratasen como á plebeya y mujer de baja suerte, y honrar á las que miraba como á criadas suyas. El recato y decencia con que trataron las personas fué el que pudo desear; tuviéronlas gran respeto, sin

tocar en faldriqueras para buscar rosario ó cruces, ó cosas de estas. En el examen de las doncellas hubo más dificultad; no respondían derechamente, con que empezó D.ª Luisa á tener opinión de verdadera, y decía le dijese lo que había en ello, que le parecía era mujer que no querría mentir. Con todo, se encolerizó con ella porque las disculpaba y se adelantaba á responder por ellas: la mujer é hijas del juez andaban yendo y viniendo por verlas.

CAPÍTULO XIX.

LLÉVANLA PRESA Á LA CÁRCEL PÚBLICA, Y LO QUE PASÓ HASTA SU SOLTURA.

Media hora después que llegó á casa del juez, se juntó á la puerta gran multitud de gente. Los que la prendieron levantaron y concitaron contra ella el populacho de aquellas dos ó tres grandes calles, llenas de tiendas y oficios; decían era un sacerdote romano que, en hábito de mujer, iba por las calles persuadiendo su fe en aquella extraordinaria manera; eran más de doscientos, no se podía pasar por la calle, y hacían fuerza por entrar en el patio de la Audiencia: como oyeron que eran tres las presas, decían ya que eran todas sacerdotes, y otros que sin duda eran frailes. El juez se levantó una ó dos veces á sosegarlos, y no pudo; y volviendo á D.ª Luisa la dijo que si la enviara á la cárcel entonces, que el pueblo la parara buena. Ella le dijo creía tenía mayor caridad que aquélla. Las puertas estaban bien cerradas; sólo oía un gran ruido confuso; siendo más de las nueve de

la noche, desde las seis de la tarde que fué presa, se subió el juez á cenar, haciéndolas encerrar en una sala baja que estaba junto al patio; era la noche fría y húmeda; quedaron de guardia el alguacil y escribano, y otros criados, hasta las once y media de la noche; dijeron las detenían por esperar se fuese el pueblo loco que estaba á la puerta.

Este tiempo gastó la santa D.ª Luisa y sus doncellas en pedir á nuestro Señor las asistiese para hablar con aquellos herejes que las guardaban en cosas de nuestra santa fe, contra sus errores, con más fuerza que nunca, para lo cual hubo de sacar fuerzas de flaqueza, que la sentía muy grande, porque nunca había sanado de aquella grande enfermedad de palpitación que había tenido en España, aunque se hallaba con mejoría.

Bajó el juez, y dijo que de su voto la desterrarían del reino, y que había de dormir aquella noche en la cárcel; rogóle D.ª Luisa no la enviase á la prisión que quería por estar muy llena de hombres y vocería, y malsana en medio de la mayor trulla de la ciudad, y ninguno en ella preso por religión; hizo mucha burla el juez, con su escribano, de que huyese la compañía de hombres, diciendo que no sabía para qué la temía siendo tan fea y de tan mal talle; ella se holgaba de parecérselo en extremo; díjola que no tuviesse cuidado, que la aseguraba que, aunque estuviese entre cien hombres, ninguno la mirara á la cara. Partieron á la cárcel, con los que las guardaban en la sala, por las calles llenas de lodo por haber llovido, y como veinte personas de la vecindad que iban en su seguimiento; el escribano encargó al carcelero al oído las tratase muy bien; pero aquella noche no lo hizo, ni tan mal como ellas deseaban,

pues no las pusieron grillos ni cadena por su soberano y dulcísimo Señor. Subiólas á lo más alto de la cárcel, dejólas en un aposentillo á teja vana, con su reja y puerta; era prisión estrecha; cerrólas con llave por fuera, y porque había en el paraje otras muchas estancias con presos, aunque cerradas con llave, se quedó toda la noche el criado, que era un virtuoso viejo católico, sentado en el suelo, arrimado á la puerta: él no era prisionero, mas hizo, celoso de la autoridad de su señora, aquella centinela. Había una camilla pobre, que casi ocupaba todo el aposento, que debía de haber sido de más de treinta; fué forzoso pasar sobre ella toda la noche sin cenar, porque, pidiendo las doncellas un poco de pan ó cerveza, respondieron no lo había, con que rieron un poco; dejaron la vela, porque no durmió casi en toda la noche de cuidado de las dos doncellas, que habían quedado en casa papeles y libros, que aunque tenía las llaves, temió no hubiesen ido allá y descerrajado las puertas; fué providencia de Dios no dar en ello. Había rogado al carcelero de parte de noche la llevase á los aposentos de su mujer y criadas; todo lo allana el dinero: ó por codicia ó piedad, vino á las diez de la mañana y las llevó donde deseaban, y á razonable aposento, aunque obscuro y sin aire, y lleno de ruido, aunque lejos de los presos, donde la mujer tenía sus arcas y una alacena de cosas de despensa, porque entraban á cada paso; procuró comulgar el primer día, pero no fué posible, ni el segundo, que fué lunes; el martes, día de San Bernabé, y el siguiente, halló quien viniese con todo secreto y disimulación con el Santísimo Sacramento en el pecho dentro de un pequeño cerco de plata, como se usa en estas ocasiones. Los carceleros le

eran tan amigos, que en nada reparaban, ni querían entrar cuando se mostraba ocupada; todas confesaron y comulgaron con grandísimo consuelo. Este Señor sacramentado no las desamparó en la prisión.

Á los herejes que entraron allí á verla, á los carceleros y oficiales, y á sus mujeres y mozas, habló en materias de religión muchísimo, acordándose de aquel dicho de San Pablo, que la palabra de Dios no estaba atada en su prisión. Llegósele un día un carcelero y díjola al oído: «Si queréis ir con el diablo, seguid la religión nuestra; si con Dios, la vuestra.» Conoció que era cismático, que es ser en el corazón católico.

Fueron raros los sentimientos amorosos de su espíritu en este tiempo y sabroso este pedazo de cruz, y verse presa por quien la tenía aprisionada en su amor. Estaba pronta la voluntad á padecer por Dios y por su gloria: que trabajos envueltos en viva memoria de Cristo, y llevados por su amor, le eran dulcísimos, y podían esforzar mayor flaqueza. Decía, no como Isaac, «aquí está el fuego y la leña, ¿dónde la víctima del holocausto?»; antes repetía en lo íntimo del corazón: «Aquí está la víctima del holocausto, ¿dónde la leña y el fuego?» Tiraba por otra parte el amor de sus doncellas y encaminar su espíritu á perfección de vida. La pobreza sentía el gasto excesivo de un razonable aposento, y el recato y decencia no consentía estar entre mujeres pecadoras y libres, que estaban juntas en una pieza. Deseaba quedar por si se les antojaba enviarla al cielo; recelaba salir libre por el temor del destierro de Inglaterra, á que tenía notable aversión su espíritu. Afligióse la parte inferior con la estrechura y obscuridad del aposento, ruido continuo de presos, falta de

libros y otras cosas necesarias; estas cosas la afligieron el primero y segundo día; alcanzó luego una dilatación de corazón muy grande, con suma resignación en la voluntad de Dios nuestro Señor.

No la envió D. Pedro de Zúñiga á visitar hasta el tercero día; fué el P. M. Fr. Juan de San Agustín: díjola tuviese paciencia si se alargase su prisión, porque había resuelto D. Pedro no hablar en esta causa palabra, porque creía era lo mejor; que no tuviese cuidado del gasto de la cárcel, que se regalasen y mirasen por su salud, que él lo pagaría todo por mucho que fuese, y la trujo una bolsa con cien escudos. Respondió D.ª Luisa, con gran reconocimiento, que no quería prevenir las necesidades futuras de su prisión estando él tan cerca, y siempre (como había experimentado tanto tiempo) con una misma caridad, y que de su libertad no tenía cuidado; sólo se le daba la de aquellas dos doncellas, y que creía que debía ser ordenación de nuestro Señor que él no quisiese tratar de sacarlas de allí. No quiso tomar los dineros: dijo acudiría después por lo necesario. El padre maestro la dejó 200 reales para cierta necesidad que se ofreció, de que se pagó después todo el carcelaje.

Vió el Consejo los papeles, y en particular un D. Roberto Cecilio, en tiempo en que deseaban dar gusto al Embajador; ordenaron que la sacasen miércoles á las diez de la noche, y la pusiesen en casa de D. Pedro libremente. De allí se fué luego á su casita, donde las otras dos compañeras la recibieron con increíble contento. Habían antes ido á verlas á la cárcel en hábito de lavanderas de D. Pedro, aunque una de ellas es de lo más noble de aquel reino.

Este fué el primer encuentro que tuvo con los he-

rejes; salió animosa para que, si se acababa de hablar bien la lengua, no fuese el postrero.

Sintió mucho esta prisión D. Pedro de Zúñiga, porque no creyó que hubiera juez que se atreviera á meterla tan fácilmente en una cárcel pública, con que volvió á instar sobre su vuelta á España, apretando en esto terriblemente; decía que era temeridad estar en Inglaterra á riesgo de que si la volvían á ver en aquella parte de Londres, ó la topase alguno de los que la conocían, la matase en una calle ó la desterrasen por gobierno; echaba la culpa al confesor y á quien la aconsejaba. Añadía que qué dirían en España y Flandes de que hubiese estado presa por haber hablado en religión con cuatro mercaderes, con poca autoridad y menos fruto; que por ventura querría dar ya color á su perseverancia con el dulce sonido que fué presa por la fe. Que de qué servía tener cuatro doncellas en hábito, para España más galano que modesto, con profesión de vida espiritual insufrible á los herejes. Eran estas hieles tan amargas, que penetraban el alma, y era caminar por una selva fragosa, pisando espinas agudísimas á cada paso, un penoso viaje tan seco tal vez en el espíritu, que apenas hallaba un arroyuelo claro donde tomar refección. Esforzábanse los vientos contrarios de amigos y enemigos para efectuar la vuelta. La autoridad y celo de D. Pedro de Zúñiga, grande; pues sólo pretendía su seguridad, y le debía continuos beneficios. En esta ú otra ocasión llegaron á decirla que por ella se habían de romper las paces.

En medio de estas aflicciones, nuestro Señor la tenía presa en Inglaterra con tales cadenas, que ni volver el pensamiento á mirar al puerto, y menos al mar, sin darla grandes sofrenadas al mismo punto y

secarse Su Majestad á su alma, volviendo el rostro de su dulce presencia interior. Había divisado ciertos asomos de cruz en aquellos cuatro días de prisión, con que sintió renovado su espíritu, y haberse acercado tanto á la cruz de Cristo, nuestro sumo y dulcísimo bien, que le engendraba esperanzas de quedar clavada en ella algún día en una calle de Londres, por el encendido odio y obstinación del pueblo ciego. Temores nunca la acobardaron; tenía el corazón confortado con la fortaleza del espíritu de Dios. Antes desde este tiempo quedó una emulación santa entre sus compañeras, pretendiendo cada una ir con ella cuando salía de casa, por no perder la ocasión que podía ofrecérseles, y esperaban de padecer por Dios, si bien evitó pasar por parte donde pudiese haber algún peligro, porque en sus más fervorosos intentos de la salvación de las almas nunca le faltó la discreción y prudencia que gobernaban todas sus acciones, aunque el ardiente deseo de padecer y hacer bien predominaba.

Estos fervores tan santos, por el riesgo que de ellos podía resultar, los templó con una prudente carta el P. Luis de la Puente, á quien dió D.ª Luisa cuenta de este suceso; muestra el espíritu y santidad de su autor; dará sazonado remate á este capítulo. Dice así:

«JESÚS MARÍA.

»Particular consuelo recibí con la de vuestra merced y con el buen ánimo que la da Dios nuestro Señor para beber su cáliz amargo, pero precioso: amargo digo á la carne, pero dulce al espíritu, que está unido con Cristo nuestro bien, por cuyo amor

todas las amarguras se convierten en dulzuras. Acuérdese vuestra merced de aquel fervoroso apóstol á quien un profeta quitó el cíngulo, y atándose con él los pies, le dijo de parte del Espíritu Santo que el varón cuyo era aquel cíngulo sería atado y preso en Jerusalén; pero no se acobardó ni entristeció su ánima: antes con un generoso corazón respondió que estaba aparejado, no solamente á ser preso, sino muerto por el amor de Jesús. La prisión es precursora del martirio, y quien mucho ama á Jesús alégrase con las prisiones, deseando que tras ellas vengan los tormentos y la muerte para dar entero testimonio de su amor. Bien me parece, señora, que el fervor crezca de modo que siempre parezca poco lo que se padece en respeto de lo mucho que se desea padecer; mas sea fervor discreto, porque el Esposo que entra á sus queridas esposas en la bodega de los celestiales afectos ordena en ellas la caridad, poniendo orden en el amor para que el fervor no sea temerario ni se convierta en furor; y como este celestial Esposo es enemigo de almas tibias con capa de discreción, así lo es de almas indiscretas con capa de fervor; pero sea bendita su infinita caridad y sabiduría, que suple nuestras faltas y enciende los corazones tibios, y da luz de prudencia á los fervorosos. Mucho puede una pura, santa y sencilla intención de agradar á solo Dios, y no permitirá á su infinita misericordia que quien la tiene sea engañado de los espíritus que andan en tinieblas con cobardías, ni de los demonios meridianos que nos despeñan con sus demasías. Abrácese vuestra merced con esta purísima intención de dar gusto á solo Dios en todas las cosas; fúndese en profundísima humildad de la nada que tiene de su cosecha para todo lo bueno, y es-

pere en su amoroso Padre que no la desamparará hasta que la traslade de este valle de lágrimas á su paraíso de deleites. Los crecimientos dice David que se han de hacer en el valle de las lágrimas, en el lugar donde Dios nos ha puesto. Si Dios ha puesto á vuestra merced en Inglaterra, ahí crezca de virtud en virtud, hasta que llegue á ver á su Dios en la santa Sión; y si el Señor la sacare de ahí para mudarla á otra parte, no se congoje, porque el lugar donde Dios la pusiere de nuevo será tan bueno para crecer como el que tenía; donde quiera esté asida con su Dios, y llevándole consigo, donde quiera irá segura, y el que no la dejó en la cárcel no la dejará aunque se vea en el monte Calvario en una cruz entre ladrones; pero no se tenga por digna de tanta honra como es dar la vida por Cristo Nuestro Señor, pues á muchos santos muy fervorosos se ha negado, mas suspire por ser tal que no lo desmerezca. Yo me acuerdo, y más en particular cuando leo el salmo de los Maitines, que me encomendó; acuérdese vuestra merced de mí en sus santas oraciones, y á lo callado con discreción, no se contente de ir sola al cielo, sino de llevar consigo otros muchos. Guarde nuestro Señor á vuestra merced como yo deseo. Valladolid, 28 de Julio de 1608. — Luis de la Puente.»

CAPÍTULO XX.

CUÁN DE VERAS SE EMPLEABA EN LA CONVERSIÓN DE LOS HEREJES.

Luego que, con gran trabajo, acabó de vencer el impedimento de la lengua, y podía hablar expedita-

mente inglés, no perdía ocasión de ejercitar su ardiente celo. Quebrábala el corazón ver tantos millares de almas anegadas en un abismo de error, sin haber quien les diga una palabra, porque los sacerdotes y religiosos por ningún modo pueden hablar en público, y si son conocidos de algunos herejes, no pueden salir de día por las calles sin notable peligro de ser cogidos y presos: y así está librada la conversión de mucha gente en medios que sin duda parecen flacos. Háblales un vecino, un pariente ó un amigo cerca de los errores de su religión; oblígales, por lo menos, á dudar, y si algunos les preguntan qué motivos tuvieron á su conversión, responden que una vecina ó criada, ó hija de tal casa, ó un amigo ó conocido que les habló en religión y les vino á causar duda en su error, con que después buscan católicos que les lleven á los sacerdotes que, instruídos, los reconcilian con la Iglesia.

Sabiendo, pues, la venerable D.ª Luisa lo que importaba introducir estas pláticas, y constituir por lo menos á esta gente en duda, no perdía ocasión de darles noticia de las verdades católicas y cosas de la Iglesia, de que tienen increíble ignorancia; y aunque al principio parece de poco fruto, la verdad arrojada en el corazón se les pega muchas veces, dales motivo para discurrir en ellas y se abre gran puerta para las inspiraciones de Dios, y es gran cosa ponerles la luz delante de los ojos.

Una de las cosas más penosas que tuvo D.ª Luisa que ofrecer á nuestro Señor, fué la habitación de Londres, mal lugarazo, caro y de temporal desapacible: en cada un día del año hay un verano é invierno; el aire, espeso y molesto, causa notable aflicción; parece que hay en él más plagas que las de

Egipto, fuera de las de las almas, y de ordinario le molesta peste que ellos llaman plaga: no faltó en los de seis años primeros que allí estuvo D.ª Luisa, sin cesar una semana; cuando aprieta se lleva media ciudad. Los puritanos, que son los más celosos de su religión, dicen que es gran felicidad morir de plaga, y que es marca del Señor muy favorable; y si les preguntan de qué murió algún su amigo ó pariente, responden con gravedad y devoción: «De la marca del Señor.» No se guardan unos de otros; dicen que si han de morir les sirve poco el guardarse, y si no les ha de dar, que no importa que se lleguen (sin embargo, se guardan mucho lindamente). Van todos al entierro, y hecho, cierran la casa con cuantos están dentro, y danles allí á comer á su misma costa por un mes: guarda la puerta un viejo ó pícaro que, por un pedazo de pan, los dejan salir adonde quieren. Venden la cama y vestidos el mismo día para que haya número de compradores, con increíble barbarie; como están ciegas las almas, lo están también en el gobierno; por milagro no perecen todos; sobre esto dicen es el Paraíso de la tierra.

El alivio que tenía en esta habitación tan molesta era el poder hablar con más herejes que en lugar pequeño: decía que para ella era de los mayores encantos y deleites que podía imaginar, esto en materia de religión, porque en otras no le era tolerable hablar con ellos una palabra, excepto breves salutaciones, y ésas con el mismo intento. No había que esperar sacar fruto de una vez que fuese considerable, porque entre la dureza y ceguedad de esta gente le era gran felicidad ganar un alma, y esto la costaba gran sudor primero. «Á veces (dice en una carta á la Marquesa de Caracena, su prima) desea con Raquel

clamar á Dios por hijos esta pobre alma mía, *da mihi liberos;* otras está muy satisfecha en sólo hacer de su parte cuanto puede en que sea servido nuestro Señor; dame esto extraordinario cuidado. Convertir un casado me da á mí gran gusto, porque se abre gran campo á la conversión de su mujer, por lo menos, y para criar sus hijos católicos. El muro más inexpugnable de la condenación de esta gente es el increíble amor que tienen á la temporal quietud y descanso; está lleno el reino de todo género de pecados, y son muy dados á deleites lascivos, como personas de conciencia tan sin Dios; cuando se ha trabajado mucho en persuadirles la verdad de la fe, y lo están el miedo de perder la benevolencia de los herejes, basta, sin otros temores, á tenerlos fuertes en la profesión de la herejía: yo les digo hartas veces que este género de demonios no se puede sacar sino con oración y ayuno, y en entrambas cosas no hay más pobre criatura que yo: si ayuno, es sólo por un hastío casi perpetuo y extraordinario que padezco. Mi salud es malísima; este invierno he pasado con accidentes muy peligrosos y de gran dolor.» Hasta aquí D.ª Luisa.

No rehusaba ninguna ocasión que se le ofreciese en que pudiese ejercitar su celo, aunque estuviese indispuesta: antes se alentaba y hablaba con tanta facilidad y eficacia, que parecía la daba nuestro Señor gracia y fuerzas sobrenaturales, porque los herejes mismos nunca se cansaban de oirla, y quedaban espantados de la viveza y claridad de sus razones y de la libertad y espíritu con que las decía; algunos confesaban que no hallaban la fuerza y virtud en las palabras de otros que experimentaban en las suyas, las cuales penetraban hasta lo íntimo del corazón y

le rendían y sujetaban con un imperio y una violencia extraña á las leyes de la Iglesia. Otros, más obstinados, que hacían más resistencia, decían que no había que admirar si se hablase de enviarla desterrada fuera de Inglaterra, porque sin duda sus palabras bastaban para convertir al que estuviese más firme y resuelto en su religión, y muchas veces los más duros se iban poco á poco ablandando en su pertinacia y dureza de corazón.

No perdía ocasión en que pudiese reducir un alma; seguía el alcance cuanto le instaba su celo. Tenía D. Pedro de Zúñiga un pintor en Haigat, aldea de Londres, donde entonces residía D.ª Luisa; había estado en España, estaba arraigado en su herejía; lo que le pasó con él dícelo en una carta:

«Yo gasto ratos con él sobre los puntos de fe que no cree. Entiende muy bien español, y habla bien, y así le he podido apretar mucho, y sírvese nuestro Señor que me ayude la memoria de importantes y bien concluyentes razones que he leído y oído; cójole solo, y llevo una ó dos de mis compañeras; muestra amarme mucho el pobre hombre, y tiene muy gentil entendimiento; placer es hablarle por lo que á eso toca, que presto cala lo que se le apunta; viénese á hallar estrechado, y queda como en pasmo mirándome con ferocidad, hasta que vuelve en sí, y baja los ojos.» Y en otra carta dice: «El pintor se fué á Londres malo; he de ir allá porque nos tornemos á dar de las astas en mi casa ó en la suya, que me ha convidado á ver sus pinturas.»

No era sólo el combate con personas de inferior condición; introducíase en las casas de señores, sin reparar en el peligro que en esto pudiera correr; tratábalos con prudente y apacible modo, procurando

ganarles la voluntad. Dice lo que le pasó con una señora de lo principal de Londres en una carta al Marqués de Caracena, virrey de Valencia, diciéndole pensaba perseverar en Inglaterra hasta la muerte. Añade estas palabras:

«Así me lo decía el otro día una señora grave que vive en nuestra calle, muy enferma, que jamás sale á visitar por falta de salud, delante de un consejero de Estado, hermano suyo, y su mujer: preguntándome ellos si me pensaba volver á España, dijo la enferma: «No creo yo; en Inglaterra se tiene de hacer su se»pulcro.» Y cierto, señor, que había alguna ocasión aquel día para que imaginase yo que había de ser en su casa; son terribles herejes ella y los demás; habíame hecho entrar consigo á un retiradísimo aposento obscuro, y su hermano y cuñada, solos allí, y sus criadas todas, tomando á mi compañera y llevándola lejísimo, al jardín, sin quedar ninguno en todo aquello, antes que yo lo echase de ver, y otras apariencias de ánimos inquietos, que la doncella mía abajo, y yo arriba, teníamos un mismo pensamiento. Ha dado esta señora en mostrarme notable amor, y no sé si con deseo de tirarme á su tiniebla; yo gusto de ello, por tener ocasión de tirarla á mi luz felicísima de la fe católica; hágola algunos regalillos que cuestan poco, á uso de España, que eso atrae aquí bravamente, y no le digo que soy pobre ni rica: lo uno por no ser verdad, y lo otro porque no me aborrezca, que no tienen capacidad; pero dígole que soy peregrina; gusta de estarse dos horas enteras sola conmigo hablando en religión, lo cual introduzco mañosamente, ofreciendo causa con que ella empiece, que así lo toman mejor; en grandes puntos de fe se rinde; pero es grande labor, está

arraigadísima en la herejía, y cercada de hermanos é hijos, y amigos obstinadísimos y doctos en su opinión. Yo deseo pasar adelante en mis visitas, y dar y tomar bravamente en esa materia: aunque sea de algún peligro para mi vida, será harto dichosa de acabar en él, ésta y otras tales.»

¿Qué celo puede compararse al de esta valerosa virgen? ¡Qué desprecio más heroico de la vida por la conversión de un alma! Aliento verdaderamente apostólico, resolución animada del espíritu de Dios, constancia sobrehumana.

CAPÍTULO XXI.

ALGUNAS CONVERSIONES PARTICULARES Á NUESTRA SANTA FE CATÓLICA QUE NUESTRO SEÑOR OBRÓ POR SU MEDIO.

Fué increíble el fruto que la venerable D.ª Luisa hizo en Inglaterra, grande el número de las almas que por su medio se convirtieron y reconciliaron con la Iglesia. Cuantos han hablado ó escrito en este particular usan de grandes exageraciones, no bastantes á declarar lo que en esto trabajó, padeció é hizo con un celo ardentísimo. Los sacerdotes y religiosos que cultivan esta viña, como dijimos, andan encubiertos y con cuidado de no ser conocidos; y aunque vean decir ó hacer muchas cosas contra nuestra santa religión, no pueden declararse, ni se atreven, ni fuera buena prudencia; mas D.ª Luisa, como era conocida por católica, y era tan grande su amor á Dios y deseo del bien de las almas, á todos

hablaba libre y públicamente para que se convirtiesen, y persuadía dejasen sus errores. Á las personas de letras traía lugares de la Escritura y santos Padres, y á la gente común ejemplos y razones vivas; era grande el fervor y eficacia de sus palabras; á muchos convencía, á otros dejaba suspensos y pensativos; á éstos procuraba con grande sagacidad hacerse encontradiza para volver á la plática. Era como incansable cuando tenía esperanza de ganar algún alma, y de esta manera los iba disponiendo hasta tenerlos vencidos y convencidos: entonces los llevaba á su casa, ó adonde estaban los padres de la Compañía ú otros sacerdotes, para que los confesasen y reconciliasen con la santa Iglesia. Los que dejaron su error por las persuasiones y enseñanza de doña Luisa, tuvieron grande constancia y fervor, admiró su devoción y celo; parecía habían, juntamente con la fe, recibido el espíritu mismo de su maestra.

Redujo á nuestra santa fe á un mozo de muchas prendas, noble, docto, de excelente natural y entendimiento, heredero de sus padres. Prendió en él la luz de la religión católica de manera que parecía un mismo fuego; nunca cesaba de hablar en las verdades de nuestra santa fe, ofreciéndose á cualquier peligro por su defensa, estimando por esta causa cualquier pérdida por ganancia grande.

Un estudiante que, sacado del abismo de su error, gozaba de la felicidad de la fe católica por las persuasiones de D.ª Luisa, se dolía mucho de un su amigo, á quien amaba, de verle en sus tinieblas; no osaba descubrirse, y temía que el otro supiese su reducción; sólo disimuladamente le decía que estaba allí una española, la más extraña mujer que se había visto, que parece tenía toda la Sagrada Escritura de

memoria; tanto se lo encareció, que determinó ir el amigo á su casa, más por curiosidad que con otro intento. La santa D.ª Luisa tomó la mano, y le dijo tales cosas, que afirmaba que ni antes ni después las había oído; resolvió hacerse católico, mas quería disimular por entonces no lo supiese su amigo, el que lo había llevado: ignoraba estuviese reducido. Mas parece que D.ª Luisa les leía el corazón; apretóles de manera que se descubrieron, y quedaron contentísimos, y mucho más la autora de su felicidad, y ansiosa que la trajesen más almas á quien comunicar su luz y caridad. No fueron éstos solos; llamábanla madre y maestra: la sierva de Dios los ayudó cuanto pudo, hasta darles dinero y enviarles fuera del reino con cartas para que los recibiesen en los colegios; salieron grandes sujetos, y fueron muchos á los que después de reducidos puso en salvamento.

De las mayores hazañas fué reducir un ministro predicante de la secta de Calvino, hombre docto y de buena reputación entre los suyos. Á éste preguntó el P. Miguel Walpolo cómo se había movido más por las persuasiones de una mujer que de las razones de tantos hombres doctos y sacerdotes con quien había comunicado. Respondió que había hallado una fuerza en sus palabras á la cual no podía resistir, y que no había experimentado esta valentía en lo que le decían otros, aunque le traían razones buenas y evidentes. Poco después le prendieron, y él se hubo con fortaleza y constancia; y últimamente salió de Inglaterra á Flandes y después á España, y se hizo sacerdote y religioso de la Orden del gran patriarca San Benito, reconociendo en todo el ayuda y favor de su buena madre, que así la llamó siempre, y con razón, porque no sólo dió principio á su conversión, mas

también le visitó y animó estando en la cárcel, y le acomodó de todo lo necesario para salir de Inglaterra, hasta ponerle en el estado que deseaba.

Fué notable el fervor de otro mancebo á quien redujo D.ª Luisa: era de esmerada memoria y lengua para persuadir su error, que convirtió en favor de nuestra sagrada religión; hablaba de su excelencia con notable espíritu y eficacia donde quiera que se hallaba en presencia de los más obstinados herejes. Delatáronle unos puritanos, antes amigos, después enemigos implacables, hasta ponerle en manos del falso Obispo de Londres, capital enemigo de los católicos. Estando en su presencia el reo, le dijeron que por qué no había salido de Inglaterra si quería ser católico. El respondió que por tener por gran mérito para un fiel sufrir por nuestro Señor tantas aflicciones y amarguras en tiempo de tan gran persecución. Díjole el falso Obispo: «Así, ¿qué mérito deseáis? Pues yo os prometo de daros bien en que merecer.» Hizo llevarle á la cárcel, amenazando que si advertido no se reducía, había de hacer en él un gran castigo que fuese ejemplo á los papistas. Escapó venturosamente de la cárcel, donde le tenían cargado de cadenas, entre los ladrones, afligiéndole de mil maneras. Acogióse á la casa de su santa maestra; túvole escondido hasta enviarle á Flandes, no sin gran peligro de segunda prisión: la prudencia de doña Luisa lo aseguró todo.

Llevó á un sacerdote desde España á Inglaterra el deseo de convertir á su madre, terrible en su obstinación, implacable en la gran contradicción que hacía á los católicos: había estado dos meses en el lugar donde vivía, sin haberla podido reducir; vínose á D.ª Luisa afligidísimo y desconfiado tuviese el

caso remedio, porque cada día la hallaba más pertinaz. Doña Luisa le alentó, y dijo: «Padre, no desconfíe, que espero en nuestro Señor se ha de compadecer de sus trabajos, y ha de ver á su madre muy presto como desea.» Consolóse el buen sacerdote con esta respuesta, y la dijo: «Si Vm. la toma por su cuenta, ya yo veo á mi madre convertida.» Volvióse á su lugar á la conquista; dentro de pocos días tornó contentísimo á darle las gracias, de que no sólo estaba su madre convertida, sino muy fervorosa católica.

Una pobre labradora de una aldea cerca de Londres estaba poseída del demonio; aconsejáronla buscase un sacerdote católico, que ellos tenían modo como sacar demonios con poca diligencia; vino á parar en casa de D.ª Luisa, que la fué instruyendo en la santa fe católica; redújola de manera que comenzó á frecuentar con gran fervor los santos Sacramentos; y aunque no fué nuestro Señor servido saliese el espíritu malo, expelió D.ª Luisa el peor de la herejía; fuése á su casa muy fervorosa católica: decía que Dios por este modo la había traído á buscar su salvación, y que le convenía padecer aquel tormento, como le decía su maestra. Túvola en su casa muchos días con harto gasto é inquietud, mas en nada reparaba cuando se interesaba ganar un alma.

Sucedió algunas veces, de sólo ver una persona en la calle sin hablarla palabra, la daba un deseo particular de pedir á Dios su conversión; si podía hablarla lo hacía, y si la hallaba muy dura callaba por entonces, procuraba hacerse encontradiza con ella hasta reducirla, ó por lo menos hacía de su parte el esfuerzo posible. Negociaba en este tiempo con Dios lo que no podía alcanzar de las criaturas, hasta que Su

Majestad se las traía á su casa. Sea ejemplo de esta verdad este suceso.

Estando D.ª Luisa en Haigat, aldea cerca de Londres, por causa de la peste, estaba allí una vieja de más de ochenta á noventa años; había seguido la herejía desde que reinó Isabel: movida á compasión D.ª Luisa estando en esta aldea, intentó varias veces hablarla de religión; mas la vieja no quiso oir una palabra de su remedio; antes, sintiendo el deseo de D.ª Luisa, huía de ella, excusando cuanto podía encontrarla: lo que no pudo acabar con la vieja negoció con Dios, á quien con fervorosas oraciones y lágrimas pidió alumbrase á esta mujer y redujese á su santa Iglesia. No muchos días después vino la vieja á buscar á D.ª Luisa; entró haciendo muchas sumisiones y reverencias con gran gozo y alegría, y alguna devoción. Díjola D.ª Luisa era tiempo de abrir los ojos, ó entregarse á una condenación eterna. Respondió llanamente la enviaba nuestro Señor, y que en sueños había visto un mancebo muy resplandeciente, que la dijo que si quería salvarse volviese á la santa Iglesia. Diciendo ella que no tenía medios entre su gente, le respondió que de parte de Cristo nuestro Señor la decía fuese á la española que vivía junto á D. Pedro, que ella la ayudaría. Obedeció D.ª Luisa la revelación, que por las circunstancias debió parecerle verdadera, y con presteza, por verla tan confundida y acabada, trujo un sacerdote que la reconcilió con la Iglesia. Para todo lo tocante á su remedio tenía el juicio entero y muy experto. Dijo que jamás había podido perder la devoción con la Virgen nuestra Señora, ni dejó de llamarla siempre en su ayuda, y sin duda le valió. Hizo una confesión de cuarenta ó cincuenta años por

lo menos, con grandes muestras de contrición verdadera; comulgaba con notable devoción. Vivió después dos meses; pasaba el tiempo rezando, sin apartarse de su maestra. Decía muchas veces: «Salvador mío, llevadme de esta vida antes que mi señora se vaya y me deje entre herejes.» Cumplióla nuestro Señor su deseo; murió antes de salirse de la aldea D.ª Luisa, que con sus compañeras estuvieron alrededor de la cama, ayudándola á bien morir: acabó con una fe y devoción rara.

De este lugar escribe D.ª Luisa á su hermano estas palabras: «Todo este verano estamos fuera de Londres, porque ha apretado más que otros años la plaga; y aunque en lugarillo obstinadísimo en su error, nos ha consolado nuestro Señor con algunos que se han convertido, y mucha ocasión de hacer en esta materia servicio á su Majestad Divina.» Y en otra carta al P. José Cresuelo, de la Compañía, le dice: «Procuro tirar fuera de la herejía las almas que puedo, en que no siento flojedad, sino una sed grandísima: voy hablando muy razonablemente inglés sin maestro, á puro trabajo de mi cabeza, sin haber podido alcanzar jamás de mis compañeras que ninguna quiera cansarse poco ni mucho en ello.»

CAPÍTULO XXII.

AYUDA Á LOS CATÓLICOS DE VARIOS MODOS.

Tenía echadas tan profundas raíces la religión católica en el reino de Inglaterra, donde había florecido tantos siglos, que ni la crueldad, la tiranía, los

exquisitos y atrocísimos tormentos, y el poder todo del infierno, esforzado por los ministros del demonio, han sido parte para que no haya quedado triunfante en muchos la religión antigua, así señores y gente noble, como en gran parte del pueblo, á pesar de tan exquisitas máquinas y trazas como ha inventado el furor para acabarla. La persecución se ha embravecido por tanto número de años, igual y por ventura mayor de las que ha padecido la Iglesia de Jesucristo en tiempo de los Diocleciauos y Nerones. Nuestro Señor ha confortado los suyos, dándoles fortaleza y valentía para perseverar en la religión de sus pasados, sin reparar en pérdidas de hacienda, quietud, hijos y vida, teniendo lo temporal por viles pajas, por granjear á Cristo.

Argumento irrefragable de la verdad de la religión católica; la cual, por la mayor parte enemiga á la carne, enfrena con sus preceptos todo aquello que apetece la naturaleza corrompida; no así el hereje, que, alargando la rienda, da licencia á los más destemplados apetitos: sobre esto, religión de suyo tan severa se ha conservado entre estos fieles hijos de la Iglesia, oponiéndose á la voluntad declarada de reyes tan poderosos á sus severas leyes, que destrozando haciendas, vidas, honras, han afligido tantos años á los míseros católicos con prisiones, hambres, destierros, muertes, y con cuantas calamidades pueden padecer los hombres: á mayor persecución crece más la profesión católica; á más sangre derramada renacen más hijos á la Iglesia.

Si bien los católicos ingleses son todos de gran virtud y de costumbres loables, como acrisolados en el fuego de una persecución continua, como su enseñanza anda tan de rebozo, y viven con tanto peligro

los que los gobiernan en las cosas del espíritu, no tienen el conocimiento que conviene en cosas importantes de nuestra sagrada religión, y modo de conocer y practicar las costumbres cristianas y adelantarse en ellas para agradar más á Dios. En esta parte fué grande el bien que la venerable D.ª Luisa hizo á innumerables almas, porque, teniendo los católicos tan gran confianza de ella, descubrían con llaneza su profesión y estado; ella, como tan gran maestra de esta arte, les iba encaminando á la perfección cristiana, y alumbraba en muchas cosas que ignoraban, así en las casas en que estuvo el primer año, como en la suya, que era un refugio de católicos, donde hallaban reparo de sus necesidades de alma y cuerpo.

Alentaba á los católicos antiguos á que permaneciesen en nuestra sagrada religión, y á que despreciasen las cosas temporales, estimando las eternas, y á padecer con ánimo esforzado todo género de tormentos, desamparos, muertes, por la salud del alma. Sabía que á muchos hacía el demonio guerra con estas cosas, y que el temor de perder la hacienda los acobardaba. Procuró que en casa del Embajador de España residiese un sacerdote inglés, anciano, para consuelo de los católicos, ó daba traza de traer otros que fuesen necesarios para el mayor bien de las almas si la persona era tal que no podía, sin peligro, salir en publicidad. Ayudó, finalmente, á los católicos en cuanto pudo en beneficio de sus almas.

Luego que, como dijimos, se valió de la casa del embajador D. Pedro, demás de los socorros que él la hizo, dió noticia al rey D. Felipe III de la asistencia de D.ª Luisa en Inglaterra, de su celo, ocupaciones y santa vida, y cuán destituída y desamparada estaba de todo lo temporal; la necesidad que padecía,

atenida á la labor de sus manos y limosnas. La estimación que el Rey hacía de D.ª Luisa era grande, y mayor la piedad de este Monarca; así acudió prontamente al socorro, mandó al Embajador que se le acudiese cada mes con 300 reales de su Real hacienda, que después llegaron (aunque por poco tiempo) á 500. Esto bastaba á tenerla regalada y rica, como ella solía decir; mas enemiga de sus comodidades, sólo miraba á los gastos que eran de la gloria de Dios y socorro de sus siervos, resuelta á quitarse de la boca un solo bocado que tuviese, volviéndoselo á Dios á la medida que él lo daba.

Esta pensión, y otros socorros muy considerables que la hicieron desde España el arzobispo cardenal de Toledo D. Bernardo, su tío, la Duquesa de Medina de Rioseco y la Condesa de Miranda, los Marqueses de Caracena y Siete-Iglesias, la Condesa del Castellar, D.ª Beatriz Ramírez de Mendoza, la Paula de nuestros tiempos, y otros señores, gastaba liberalísimamente en socorrer católicos; y sacado un muy pobre vestido de anascote, casi siempre roto, y la comida, sin la que no podía pasar, todo lo demás se empleaba en cosas muy del servicio de Dios y de su gloria.

Eran tantas las miserias que veía padecer á estos fieles hijos de la Iglesia, que la obligaba á darles tal vez hasta lo más preciso para el gasto de su casa, con mucho gusto suyo y de sus doncellas: aunque muchas veces se quedaba sin un real, fiada en la Divina Providencia, nunca les faltó lo necesario para vivir, y en los mayores aprietos siempre las socorrió nuestro Señor, como padre de misericordia; con que animosa hizo lo que acostumbró en España, siendo pródiga en limosnas y obras de caridad, hasta andar ordinariamente empeñada.

Gastó largamente con muchos herejes que conocía de buenos naturales y talentos, regalándolos y agasajándolos, haciéndoles cuanto bien podía para inclinarlos á la religión católica y últimamente rendirlos. Tenía experiencia que con beneficios ganaba muchas almas. Tenía buena provisión de guantes para presentar á los que hablaba en las materias de fe. Compraba de los cajeros aun más de lo necesario para obligarles á venir más veces y estar más tiempo, por darles alguna luz de lo que les importaba. Á los que había convertido, como madre verdadera acudía á todas sus necesidades de alma y cuerpo, y con esto les tenía firmes y contentos en la nueva vida, hasta que se iban arraigando en las cosas de nuestra sagrada religión.

Repartió gran número de libros católicos á los que instruía en devoción y de cosas tocantes á nuestra fe, en que hizo un gasto grande; porque siendo prohibidos tienen doblado valor, venden también el peligro de incurrir en las penas.

Sustentaba á los católicos y sacerdotes que estaban en las cárceles cuanto su posibilidad alcanzaba, de que tenía de ellos particular cuidado.

Fueron sinnúmero las buenas obras que hizo, ó por su persona, ó valiéndose de los Embajadores de España, que la respetaban mucho, y de ordinario hacían cuanto pedía, porque la tenían por prudente y considerada en cuanto intercedía: remedió por este medio muchas necesidades.

Finalmente, los frutos y aprovechamientos que hizo en las almas con pasto espiritual y corporal fueron grandes; socorrió á todos en apretadas y urgentísimas necesidades para que guardasen la ley de Dios, sin sentir en sí jamás cansancio ni fatiga en el

continuo obrar y trabajar en servicio de su Señor, apoyada en una fe viva y en una firme esperanza; mostraba en todo una paciencia heroica y una grandeza de ánimo varonil, unida siempre y conforme con la voluntad de Dios, de suerte que ni los trabajos, baldones, prisiones, persecuciones la congojaban: antes la daban nuevo ánimo y aliento de padecer por Dios, obrando en todo como si no trabajara con el espíritu. Su hablar era muy humilde, oyendo y callando siempre, engolfada en empleos de mayor servicio de Dios, del bien y provecho de los prójimos, poniendo y buscando medios para socorrer sus necesidades y enfermedades, muy gozosa de que se le ofreciesen ocasiones de entrar por puertas de todos para procurarles estas ayudas.

Quiso nuestro Señor ser sólo el premio de estas obras y virtudes, porque fué notable la sequedad y desamparo con que la trataron los ingleses: piensan que España está en natural obligación de servirlos, y acudiendo D.ª Luisa con tan gran prontitud á sus cosas, no halló en ellos el menor socorro; pareciales cobraban deuda, no recibían beneficio, sin embargo que hay entre ellos católicos muy ricos, y sus casas muy llenas, y los que llaman lores no están sujetos á las leyes contra los católicos, á las contribuciones y pesquisas; y siendo gente que da grandes limosnas entre sí mismos, no recibió de ellos una manzana: sólo una señora que había estado veinte años en España, y un mercader en Sevilla, donde se les pegó esta cortesía, le hicieron algunos presentillos de poca monta; tomó este gran cerramiento por indicio y muestra que nuestro Señor se sirvió de aceptar el servicio que le hacía, acudiendo y socorriendo á la nación inglesa por sólo su santísimo amor. Dice en

una carta que anda impresa á la Marquesa de Caracena estas palabras: «Y aunque acá ha cerrado de manera los corazones de malos y buenos que, según lo que muestran, apenas puedo esperar me dieran un solo rincón si me vieran arrojada en el lodo; porque para desecharme admira las razones que hallan de virtud y prudencia, siendo los católicos de notable liberalidad y caridad para entre sí mismos; pero su Majestad Divina toca y acuerda en España, ya á unos, ya á otros, y con eso, y con lo mucho que de vuestra excelencia he recibido, y los Embajadores me dan por orden de allá, pasamos; y relieva el trabajo de la gran carestía de esta miserable tierra, en todo aborrecible, la constancia que tiene en sí la religión de los buenos católicos.»

CAPÍTULO XXIII.

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO; CUIDA QUE SE BAUTICEN LOS NIÑOS POR SACERDOTES CATÓLICOS.

Despertó la gran caridad de D.ª Luisa en su pecho otro cuidado: de que los niños fuesen bautizados por sacerdotes católicos. No ignoraba lo que ha definido la Iglesia cerca del bautismo de los herejes; mas tenía poca satisfacción del modo que los ministros del error hacen cualquier ministerio, de ordinario superficial y descuidadamente; deseaba asegurar cosa tan importante, ganándoles por la mano: así ponía solicitud y diligencia notable en que el bautismo se administrase por sacerdotes católicos, no sólo á los hijos de los fieles, sino aun de los herejes mismos. Valióse

para conseguir este deseo de una extremada traza. Entre los demás desórdenes que ha introducido el error en estas partes, es que por cada ministerio que ejercen los herejes, tienen señalado un largo estipendio ó precio: no es pequeña la paga de un bautismo: con esto tomaba ocasión D.ª Luisa; íbase á las mujeres pobres que estaban preñadas ó paridas, y pedíales los hijos, y prometía los haría bautizar sin que les costase nada; asegurábales el secreto y riesgo (hayle grande, y tienen puestas penas á los que no bautizan sus hijos al rito herético). Inglaterra está llena de gente miserable y pobre; vienen por interés en cualquier partido, con que se bautizaban por sacerdotes romanos aseguradamente; los ingleses católicos dábanselos de buena gana. No hacía esta diligencia sólo en Londres; íbase por los lugares pequeños y por las caserías á buscar niños, y muchas veces salía á los campos si entendía que alguna pobre mujercilla andaba vaga por ellos en días de parir: es muy ordinario en aquel reino: hablábalas con gran fervor para reducirlas al gremio de la Iglesia; por lo menos, conseguía que las criaturas fuesen bautizadas sin dilación por sacerdotes católicos. Sucedió algunas veces que nuestro Señor los llevaba para sí pocos días después, con gran alegría de su corazón, viendo con cuánta certidumbre podía estar que por su medio aquellas almas gozaban del bien eterno. Vióse esta providencia en particular en uno que había dos meses que estaba sin este Sacramento, porque el ministro hereje, en cuya parroquia había nacido, no le quería bautizar sin el estipendio ordinario: la pobreza de la madre era grande; súpolo D.ª Luisa, é hizo que un sacerdote católico le bautizase. Gozaba el niño de muy buena salud y buenas fuerzas; vivió después un

solo día; parece aguardaba á estar en gracia de Dios para irse al cielo, asegurando niño lo que era verosímil perder hombre.

No era menor su cuidado de los de mayor edad que había reducido á ser católicos; no se contentaba verles en tan buen estado y en el verdadero camino de su salvación, mas procuraba perseverasen en él y creciesen cada día en verdadera virtud; y como no hay medio tan eficaz como la devota frecuencia de los santos Sacramentos, para lo cual hay tantos estorbos en Inglaterra, su principal cuidado era proveerles con la mayor seguridad de tan santo y eficaz remedio. Á muchos enviaba á las cárceles á los sacerdotes presos, donde los instruían y confesaban allí con menos peligro.

Envió á muchos mancebos fuera de Inglaterra para asegurarlos; dábales el dinero que podía, y cartas para los padres que estaban en España en los seminarios, y otras personas devotas para que los favoreciesen; procuraba que estudiasen y criasen con verdadera doctrina: esta era su ocupación ordinaria, por el gran deseo del bien de sus hermanos, y celo de que nuestra santa fe se recibiese y defendiese.

El mismo oficio hacía con muchas doncellas que se convertían; recogíalas en su casa, que era como un convento de mucha perfección, y si allí probaban bien, las enviaba fuera del Reino á ser religiosas, y les daba lo necesario para el camino.

A los sacerdotes y religiosos que se ocupaban en predicar y enseñar nuestra santa fe católica y administrar los Sacramentos, tuvo muy grande respeto y entrañable devoción; acudióles y sirvióles en todas las ocasiones que le era posible; hospedábales en su casa con mucho agrado y contento, dando muchas

veces de comer á los que acudían á ellos por su consuelo espiritual y Sacramentos.

Sentía mucho ver á los sacerdotes en cualquier peligro; llevaba impacientemente los descuidos de algunos en mirar por su seguridad, y así en su casa ponía toda la diligencia posible para que ninguno de los que entraban en ella cayese en manos de sus enemigos, suplicando á nuestro Señor con muchas veras los amparase y guardase; túvose por particular providencia divina que á ninguno prendiesen de tantos como entraban y salían cada día, ni apenas se reparase en ello.

Entre otros grandes bienes que se siguieron de su estancia en Inglaterra, no fué el menor el desengaño de los designios de algunos que en aquellos tiempos procuraron obscurecer y manchar el buen nombre de los católicos, y especialmente de los sacerdotes y religiosos que, expuestos á un continuo peligro, sudan en esta trabajosísima viña, en que es menester de cada racimo tener especial cuidado: publicaban que ya no había persecución en Inglaterra por causa de religión; que los católicos no eran oprimidos, achacando culpas á sacerdotes en descrédito de aquel estado santo, las cuales, cuando las haya, no deben exceder de sus autores, de que se seguían grandes inconvenientes, faltando el socorro y favor que muchos acostumbraban á hacer á los abatidos y miserables católicos, y en ellos se engendraba un desaliento y desmayo grande y un sentimiento justo, viéndose en la suma miseria cuando los publicaban felices. A esto se opuso la venerable D.ª Luisa; escribió cartas á España y otras partes de la cristiandad con tan gran claridad y discreción, que admiraron y se les dió gran crédito, como de persona de tan gran

santidad de vida; solos los enemigos de Dios y de su Iglesia no pudieron sufrir tan grande luz, ni llevar en paciencia se desbaratasen sus trazas y quitase la máscara de sus acciones, fundadas en odio y persecución de los confesores y mártires de Jesucristo; desengañó al mundo en gran beneficio suyo, solicitóles favores, y por lo menos la compasión y lágrimas del mundo, que ningunas son bastantes á llorar las miserias que padecen estos afligidos cristianos, valerosos defensores de la religión de sus pasados.

Mostró particular espíritu y prudencia en las cartas que escribió á España, Flandes y otras partes el tiempo que estuvo en Inglaterra; algunas andan impresas, ó dando cuenta de sus sucesos, ó del estado de la religión de aquellas partes; todas miraban al bien de la Iglesia, ó en provecho particular de las almas, ó á la gloria de Dios ó de sus mártires; sus correspondencias eran con personas religiosas, ó de mucha y conocida discreción y santidad; estimáronse con gran razón y las desearon muchos; experimentaban particular moción los que las leían por la alteza de sus razones y elegancia de su estilo, y un no sé qué superior que penetraba los corazones.

CAPÍTULO XXIV.

VISITA LOS SACERDOTES PRESOS EN LAS CÁRCELES Y ASISTE Á LOS QUE HAN DE PADECER MARTIRIO.

Una de las cosas en que más ha campeado la Providencia divina en favor de sus queridos hijos los fieles de Inglaterra, es el haberles proveído siempre

de religiosos y sacerdotes santos, varones verdaderamente apostólicos, que con riesgos de sus vidas los han conservado en la fe y religión católica, en medio de las tinieblas de tantos errores como los cercan; los cuales, imitando á Cristo nuestro Señor, que principalmente vino á reducir las ovejas que habían perecido en su patria, donde los príncipes le condenaron á muerte, imputándole ser traidor al César y alborotador del pueblo; así estos santos sacerdotes han atendido con increíbles trabajos y sudores á restaurar la religión católica, y que de todo punto no perezca en el reino donde nacieron; han reducido innumerables almas, han acudido á los dichosos que no han hincado la rodilla á Baal, con Sacramentos, doctrina y toda suerte de ayudas espirituales, padeciendo por esta causa prisiones, tormentos, muertes atrocísimas por los príncipes y magistrados, con pretexto que son traidores al Rey y quebrantan sus leyes, llegando á la suprema caridad, á que convida San Juan en su canónica, diciendo: «porque Cristo, Señor nuestro, dió su vida por nosotros, debemos dar nuestras vidas por nuestros hermanos.»

Los que con mayor valor y gran constancia han mantenido tantos años esta guerra contra el poder del infierno y la herejía han sido los religiosos de la Compañía de Jesús, á quien principalmente se debe la conservación de la religión católica en Inglaterra; han enviado continuamente infatigables obreros; han gobernado los Seminarios ingleses, plazas de armas de esta celestial milicia, siendo los principales caudillos de esta empresa.

«Y ha merecido (dice el Ilmo. Cardenal Baronio) ver nuestro siglo, en esta parte felicísimo, muchísimos Tomases, santísimos sacerdotes y otros varones

ingleses nobilísimos, que han sido coronados (permítase decirlo así) con un género de martirio más ilustre, con aumentos de coronas de duplicado título; porque no sólo han derramado su sangre y padecido ilustrísimos martirios, como el gran Prelado de Cantorbery, por la defensa de la libertad eclesiástica, sino también por defender la santa fe católica, por restituirla y conservarla. Entre otros se han señalado los que la santa Compañía de Jesús ha criado en sus sagrados apriscos como corderos inocentes, y los ha sazonado con doctrina santa al martirio, para que sean á Dios sacrificios aceptísimos.» Hasta aquí el ilustrador de los *Anales eclesiásticos*.

Han acudido también á esta misión con grande espíritu muchos monjes de la sagrada religión de San Benito, que reconocen á Inglaterra por peculio propio.

Fué raro el afecto y devoción que tuvo la venerable D.ª Luisa á estos santos varones, ya libres acudiendo á sus ministerios, ya presos por la fe en las cárceles de Londres. No sabía así el número de los dedos de sus manos, como los sacerdotes que había en cada cárcel, sus nombres, el estado de sus causas, sus necesidades, el tiempo que había que estaban presos. Visitábalos muy frecuentemente, consolaba con su presencia á todos, exhortábalos á la perseverancia en la fe, y con divino espíritu les fervorizaba y fortalecía al martirio, acudía á sus necesidades, que eran muchas: para ellos eran los regalos; comunicóla Dios tanta eficacia y valor, que se siguieron rarísimos efectos; todos la reconocían amparo y defensa. Tenía en esto notable consuelo; estuvo un poco de tiempo prohibida de acudir á las cárceles (suplía entonces con escritos y enviar su gente á visitarlos) por sus

padres espirituales antes que la prendiesen, porque les avisaron de Palacio que había orden secreta de detenerla presa en la primer cárcel que entrase, y dejaron las señas por escrito. Habíanles dicho que persuadía fuertemente que no se rindiesen á la voluntad del Rey y al juramento, y otras cosas que pretendía acerca de la religión; pasada esta ocasión, entraba libremente y nadie la decía nada.

Asistió, con gran consuelo de su alma, algunas horas antes de su muerte á dos religiosos mártires, el P. Juan Roberts, monje benito, y Tomás Samir, sacerdote seglar: habíales visitado muchas veces y enviado algunos días antes unas tortadas de peras á uso de España por hacerles algún regalo, que era bien necesario. Estaban en una prisión obscura sin aire y de mal olor. El bendito Juan Roberts, ocho ó diez meses antes de su muerte, había echado de ver le disponía el Señor para el martirio en grandes aumentos de virtud, devoción, quietud del alma: seis veces había estado preso, nunca condenado á muerte hasta esta última: pocos días antes que hubiese de verse su proceso rompieron una pared de la cárcel unos compañeros suyos y escaparon; él perseveró constante, como guardado para tan alta ventura como el martirio, diciendo que convenía á los pastores dar ejemplo á las ovejas de constancia y ánimo: estaba humildísimo en la cárcel y muy espiritual.

Habiendo estado en la sala á la vista de la causa, y vueltos á la prisión, los tornaron á llevar para notificarles la sentencia en público. El P. Roberts estaba algo enfermo, y comenzó á temblar tanto, que casi no se podía poner los botones de las mangas del jubón, ni atar las trenzas; dijo á D.ª Luisa: «Mire como tiemblo»; ella le respondió con notable agudeza

que le hacía acordar del Gran Capitán, cuando temblaba armándose, y decía que temían sus carnes á su corazón: sonrióse el mártir, bajó la cabeza agradeciéndole la buena opinión que de él tenía.

Cuando volvieron del Tribunal, los pusieron á otra parte de la cárcel, donde están los herejes, homicidas y ladrones. Facilitó un poco de dinero que se los dejasen ver á D.ª Luisa, por no dejarles sin algún consuelo en aquel trance, que es fuerte cuando se mira de cerca. No se contentó con esto; adelantando la paga, hizo se los dejasen llevar por una portezuela secreta de la torre á la parte donde estaban presos los católicos. Alegráronse todos con su presencia; estaba la sala llena de gente devota y pía, que había venido á la última despedida, mujeres las más compañeras y amigas de D.ª Luisa. Cuando entraron en la sala declarados que morían por la fe, se postró la venerable D.ª Luisa, y con gran ternura les besó los pies, diciéndoles cuán envidiosa se hallaba de su feliz suerte, deseando mostrar (como ella escribió), aunque en pequeño y mal sacado dibujo, la justa y grande estima que la nación española tiene del alto estado y profesión del martirio, y por aumentar también la heroica resolución de sus ánimos, ajenos de presunción y gloria vana, y mucho más del horror que causa naturalmente tal muerte, como á ellos se la pintan en la sentencia.

Después se sentaron á cenar cuantos cupieron en la mesa; serían más de veinte confesores de Cristo; hicieron sentar á la cabecera á D.ª Luisa, cosa que jamás había admitido; pusiéronla en medio los dos mártires; aceptó tan buenos lados por confortarse con su cercanía; la mesa estaba llena de alegría y devoción; sirvióles el cielo platos; fué grande el es-

píritu y fervor que nuestro Señor comunicó á sus soldados; estuvo muy liberal, dándoles de aquel consuelo que excede todo sentido; no hubo apenas quien acertase á cenar. Vertían los unos lágrimas gozosas del gran bien que esperaban, confiando en el Señor dentro de pocas horas verse en el cielo á la mesa adonde ministra Dios; mirábanlos los otros con ojos tiernos llenos de una santa envidia, deseosos de hacerles en la muerte compañía. La religiosa D.ª Luisa, olvidada del manjar, que comerle era imposible, estaba sumida en una profunda consideración de lo que tenía delante, que le representaba vivísimamente la última cena de Cristo nuestro Señor; no estaba allí más que con el apariencia. Veíanla tan elevada, que se podía juzgar estaba su espíritu más en Dios que en las cosas de esta vida, y tan devota y tierna, que á todos edificaba con demostraciones de lo que su alma sentía; pedía la bendición á los mártires, y los suplicaba instantemente le alcanzasen de nuestro Señor los imitase en la muerte; y este ruego era ordinario á todos cuando los vía cercanos á padecer, y los santos la pedían oraciones con respeto y ternura, suplicándola les encomendase á nuestro Señor.

Díjola el padre Roberts: «¿No ve cómo estoy demasiadamente alegre desedificándolos? ¿No será mejor irme á tener oración á uno de estos rincones?» Respondió D.ª Luisa: «No por cierto, que no podía haber mejor empleo que estarle todos viendo con tan gran ánimo y resolución de morir por Cristo.»

Ahorcaron los dos mártires juntos; murieron con gran constancia en medio de diez y seis ladrones (de que hay gran cosecha en aquel reino), ocho facinerosos de cada lado; pusieron sus cabezas en la puente

de Londres, como los de otros mártires; el suceso de sus cuerpos es de otro lugar.

CAPÍTULO XXV.

DE LA VIDA TRABAJADA QUE PASÓ EN INGLATERRA, CON ALGUNOS ACCIDENTES QUE LA HICIERON MÁS PENOSA.

La vida de la venerable D.ª Luisa en Inglaterra fué un continuo martirio, una molesta y penosísima cruz en que estuvo clavada tantos años, sin admitir una hora de descanso. Su amor á Dios era grande; abrasábala el alma un fervoroso celo de su gloria y salvación de las almas. Veía ofendida la Majestad divina con tan enormes pecados, vicios y herejías; fuéle el vivir entre esta gente un cuchillo de dolor que le penetró hasta lo interior del alma, y puédese con verdad decir de esta devota virgen lo que el apóstol San Pedro del santo Lot en Sodoma: «Justo era Lot hasta en el mirar y oir, habitando entre aquellos que de día en día atormentaban el alma justa.»

Significó la dura calidad de su vivienda con palabras bien sentidas en una carta á su prima la Virreina de Valencia: «No sé, dice, cómo se podrá ir bebiendo cáliz tan amargo, porque no hay cosa que pueda aliviar si no es sólo padecer y ver padecer á los siervos de Dios, y la abominación, *stantem in loco sancto*, con la mayor insolencia que se puede imaginar.» Y en otra parte: «Hay aquí tan gran número de aflicciones, que no parece que hay fuerzas aun para empe-

zarlas á sentir, y así me hallo con un amarguísimo cáliz en la mano, que voy bebiendo, y será hasta la muerte, á lo que pienso.» Y en otra carta: «Muy grande y profundo es el mar de tribulaciones en que mi alma navega en esta tierra; es muy necesario el consuelo de nuestro Dios y Señor, y envíale su divina piedad en muchas maneras, particularmente viendo al ojo cómo todas las persecuciones y pesadumbres que aquí se ofrecen son de raro valor y merecimientos.» Saca por conclusión en otra parte: «Las nuevas de por acá son todas lástimas y más lástimas, y dolores sobre dolores; de manera que sucesos que allá espantan, y de quien no se enjugarían las lágrimas en un año, aquí son pan cotidiano, y se miran los objetos vivos con ojos serenos y enjutos por la mayor parte; porque no hay fuerzas ni aun para empezar á llorar tanto tropel y continuación de males de almas y cuerpos.» Y en otra carta dice: «Está mi corazón tan cercado de espinas, digo, de mil motivos de vivo dolor con lo que pasa, y se ve, y se oye, y se espera, y yo en la dulcísima misericordia de Dios, que no ha de apartarla de esta gente, y que se acordará de aquellas encendidas y grandes indignaciones suyas, envainadas con presta benignidad en la inmensidad de sus misericordias, en que tan experimentados están los hijos de Adán, y lo estarán siempre que se volvieren á Él con verdadero y rendido corazón; y pienso cierto que lo que á su Majestad se pide ahora, es sólo que no dé esta máquina de su sagrada fe en el suelo, aunque cueste innumerables haciendas y vidas.» Hasta aquí D.ª Luisa; de estos dolorosos sentimientos fueron la mayor parte estos motivos.

Renováronse, estando en Inglaterra D.ª Luisa, por

los Parlamentos ó Cortes, las impías y atroces leyes de Isabel, y acrecentáronse mayores contra los profesores de la religión católica, poniendo penas gravísimas, muchas en algunos casos capitales; hasta la menor acción, hasta la más menuda seña de la religión romana, atormentaban estas voces sus oídos. Y porque los magistrados y caballeros seglares, aunque engañados en materias de religión, tienen honra, miran por su reputación y se avergüenzan de ejecutar tantas injusticias y bajezas, han encargado la ejecución á los superintendentes de su secta, que llaman obispos, hombres desobligados de estos respetos, como más apasionados contra los católicos y más interesados en su persecución.

Los ejecutores inmediatos de estos rigores son hombres insolentísimos, los más desalmados y perdidos del Reino, la hez y desecho de la República, que, caídos en pobreza por sus excesos, se hacen alguaciles de los falsos obispos; y así eran exorbitantes los agravios ejecutados con tales leyes por tales jueces y ministros, armados con autoridad Real, y así hacen, sin temor de castigo, las insolencias que quieren.

Cargados de alabardas y otras armas cercan las casas de los católicos, y principalmente donde piensan hallar hacienda ó sacerdote, su amada presa, y si tardan en abrir llaman los primeros oficiales de la calle que rompan las puertas, ó ellos con ganzúas ó palancas facilitan la entrada, las más veces escalando la casa por las huertas; entran de noche á deshora; de improviso destrozan, abren los cofres, arcas, cajas, y con la obscuridad y perturbación de la familia hacen robos y desafueros terribles, arrebatan cuanto hallan con insaciable avaricia; no perdonan las pa-

redes, techos, suelos, batiéndolas con puntas agudísimas por si hallan oculto lo que buscan, sacerdotes, ornamentos eclesiásticos é imágenes; tal vez pasa la furia á los jardines, arrancando los árboles y plantas, derribando hasta los cenadores y enramadas, cebando en tan inútil destrozo su diabólico furor. Si algo se remite de esto, es pesándolo á dinero; es gente rapacísima, que sin renta ó salario enriquecen con estas tiranías.

Estas pesquisas ó buscas llaman cherques, son continuas, lastimarán corazones más duros que el blando de D.ª Luisa. Dice así en una carta:

«El ver padecer tanto á los católicos estrecha y aflige en extremo, porque con diabólica astucia hacen guerra á su paciencia, despojándolos de sus haciendas con mil tiránicos modos por sola causa de fe, y prueba tan prolija y larga prueba bien, y purga la era, de suerte que el que queda en pie diremos que puede pasar por doquiera; buscan sacerdotes en las casas de los católicos á todos tiempos y horas, repentinamente, á que no pueden resistir, ni cerrar la puerta, ni tener un punto de descanso, ni seguridad; viven en un continuo temor y desasosiego; que no toca nadie á la puerta sin tocar juntamente en el corazón, y más si tienen dentro sacerdote; y así, innumerables almas, si se les habla en religión, responden que no dudan que es mejor la católica; mas que cómo es posible vivir sin ningún género de sosiego y quietud en la mesa, en la cama, en casa y fuera de ella; y es tan fuerte esta aprensión, sin otros males que resultan de ella, que muchos flacos aventuran la salvación, y por mejor decir la destruyen totalmente, por no sufrir el tratamiento que les hacen; y se ve claramente que sólo Dios puede darles

paciencia, y á cada paso se ve aquello del Evangelio: «Como corderos entre lobos.» Todas son palabras de D.ª Luisa.

Veía también las cárceles pobladas de confesores de Cristo, sacerdotes y seglares padeciendo lo que no puede alcanzar el pensamiento: mazmorras, cadenas, grillos, calabozos, hambres, desnudez, olores pestilenciales, desamparos, compañías de ladrones y facinerosos, y otros oprobios que sabe inventar la herejía, y, últimamente, las muertes atrocísimas.

Llevan á los sacerdotes de Cristo arrastrando sobre unos zarzos de mimbres media legua, y tal vez una, desde la cárcel al lugar del suplicio, cercados de gran número de alguaciles y corchetes con alabardas y otras armas, y para más afrenta llevan en su compañía gran número de ladrones, que nunca faltan en Londres. Llegados, los suben todos en un carro; estando en pie, los cuelgan de la horca; azota el verdugo los caballos, desvía apresuradamente el carro, deja colgados los mártires, que el peso del cuerpo penosamente los ahoga; aun estando vivos corta la soga y los abre el pecho y saca el corazón, y dice al pueblo: «¿Veis aquí el corazón de un traidor? ¡Viva el rey de Inglaterra!» Échale luego en un fuego que tiene para este efecto. Y para causar más horror, tal vez se dan los verdugos un betún negro en cara y manos; están como unos demonios, y hacen grandes fuegos á los lados de la horca; hácenlos cuartos, que unas veces entierran junto á la horca, otras los cuelgan en lanzas en la puente, torres y puertas que dividen las calles de Londres.

Oigamos á D.ª Luisa en una carta, que el dolor que tenía de estas muertes la darán palabras que muestren su sentimiento. Dice así: «Ayer estaba

conmigo una señora principal, y decíale yo que qué le parecía de tan enorme delito como se había cometido en esta ciudad vertiendo la sangre de un sacerdote consagrado, tratándole como si no hubiera sido ungido con óleo, como lloraba David. «Si el humo de »tan aceptable y oloroso holocausto no templase hu»marazas de tan grande abominación, que sube á »vueltas al cielo provocando á Dios, podíamos temer »que se nos cayese la ciudad á cuestas.» Algunas veces, mirándola desde alto ó desde el campo, se me cubre el corazón de congoja, y veo cuán bien le cuadra llorar sobre ella con aquellas palabras de Cristo nuestro Señor: *Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis Prophetas qui ad te missi sunt.* Y apenas se puede salir de casa sin topar cuartos y cabezas de los nuestros sobre las puertas que dividen las calles, con los pájaros encima, con que se viene á la memoria: *Possuerunt morticiniæ servorum tuorum escas volatilibus cœli.* Y á este paso hay continua ocasión de dolorosa meditación, y, sobre todo, traer tan delante de los ojos lo que leemos en el Evangelio: *Cum videritis abominationem sedentem in loco sancto*, penetra de modo que no parece hay fuerza para empezar á sentir tanto mal.

Sobre esto dicen no es la persecución por la fe, sino por culpa de majestad ofendida.

Dióla nuestro Señor tan gran conocimiento del mérito que tenía en este modo de compadecer con los católicos, que cuando salió de la prisión que escribimos y se conmovieron todos á darla batería para que volviera á España, un capellán de D. Pedro de Zúñiga insistía con mayor porfía, diciéndola que qué podía esperar sino una invasión violenta de los herejes, por ventura en una calle pública, de que

dificultosamente podía escapar, á que añadió otras razones bien fuertes, y le respondió D.ª Luisa: Que había estado catorce años después que nuestro Señor la comenzó á mover y dar el pensamiento de pasar á Inglaterra, y que hizo las mayores diligencias que le fué posible para acertar en la resolución, como más conviniese al servicio de nuestro Señor y gloria suya; y que cuando tomó resolución en España no eran hechas las paces, que halló efectuadas cuando llegó á Inglaterra, con lo que veía no podía conseguir lo que tanto había deseado; y que echaba de ver que no hacía falta á la conversión de aquella gente una mujer flaca é ignorante, donde tantos sacerdotes doctos y santos había; pero que por lo menos un mérito que ella tenía con Dios en su estancia en aquel reino nadie se lo podía quitar, que era estarse condoliendo de las miserias y trabajos de aquellos pobres católicos, y padecer interiormente con cada uno de ellos, y que si mil veces la desterrasen y trajesen á España ó pusiesen en Flandes, tantas volvería á morir á Inglaterra, aunque fuese á un muladar, no por afición que tenía á aquel reino, que nada de él le agradaba, como le era gustoso todo lo de España, porque era muy española, mas porque tenía por cierto que era voluntad de Dios que permaneciese.

CAPÍTULO XXVI.

PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO.

En comparación de estas aflicciones poco parecerá lo que tengo que decir; mas en un corazón tierno y sentido cualquier cosa hace fuerte y le congoja.

Una de las cosas en que en sus cartas muestra mayor sentimiento D.ª Luisa fué de la vuelta á España de D. Pedro de Zúñiga, marqués de Flores de Ávila, que en su amparo tuvo el principal desahogo de sus penas; perdió mucho en su ausencia en lo temporal, con no pequeño recelo de aventurar la frecuencia de Sacramentos y otros consuelos espirituales que tenía en su casa. Fué su partida generalmente sentida de los católicos y herejes, que igualmente le amaron; era para todos apacible y bueno, y un león (así dice D.ª Luisa) en la menor jota del honor de Dios y reputación de España, cuya estimación adelantó en muchos, para que no fué menester poca prudencia; fué celosísimo de la religión católica; mostró grande estima de ella; suave, cortés y liberal en el trato y gasto de su casa. Tuvo gran valor y resolución cuando lo pedían las cosas; dió gran ejemplo en su persona y familia, á satisfacción de todos; concurrieron en él todas las partes que pide la mayor especulación cuando forma un Embajador perfecto. Reconocía D. Pedro los buenos aciertos y sucesos que tuvo en Inglaterra al favor y santidad de doña Luisa, y es cierto le ayudó mucho con sus oraciones; á éstas, y haberla tenido en casa, atribuían los familiares de D. Pedro el buen ejemplo que dieron, y no haber causado el más ligero escándalo en aquella corte. Fué su venida á España mediado el año 610, desde cuando se fueron agravando los trabajos de D.ª Luisa.

Ejercitóla nuestro Señor por este mismo tiempo con la cosa que más suelen sentir las personas de espíritu, que es faltar maestro y guía; cayó en manos de herejes su confesor, varón espiritual y santo, que después de una prisión muy larga salió desterrado del reino. Quedó con estos accidentes tan sola, y sin arrimo en lo espiritual y temporal, que no le pareció le había de bastar el ánimo á llevarlo; fué este último un golpe de que habla en sus cartas con harto sentimiento, y en una, refiriendo algunos de sus trabajos, pone éste entre ellos: «Aquí (dice) no hay cosa que me llegue al alma (exceptuando pecado y las de recato en honestidad) como es perder la espiritual guía y dichoso medio entre Dios y mí, por lo que Él tiene de gusto en eso siempre; que caminar sin ella por tan riguroso y cerrado desierto de bienes, lleno de males, causa desmayo sin duda, y para mí es de los mayores sacrificios que puedo hacer de mi condición y espíritu, pues el tomarle y llevarle preso que circunstancia, y donde no es fácil, sino muy arduo el hallarse otro cual el que se pierde, y por todo ha querido nuestro Señor que pase, no llegando el dolor al extremo de perderle en casa donde mis ojos lo viesen.»

Mas hallábase tan firme para todo padecer, y tan fuerte en el apoyo del que es todo poderoso, que dijo en otra carta á este propósito: «Yo no quiero haber nacido sino para dar gusto á Dios y ser suya en la más estrecha manera que me pueda ser posible,

cueste lo que costare, con ayudas ó sin ellas, y si las hubiere, bien, y si no, este cimiento no se ha de fundar sobre tierra, sino sobre cielo y piedra, de quien se dijo: «La piedra, pues, era Cristo.»

No fué menor otra prueba que mostró su constancia el tiempo todo que estuvo en Inglaterra.

Aunque muchas personas espiritualísimas aprobaron siempre la perseverancia de D.ª Luisa en Inglaterra, y de España é Italia hombres de suma importancia, espíritu y letras la escribieron esforzándola á que pasase adelante, otras de no menor autoridad la dieron continua batería por la vuelta á España, que le fué una pena molestísima. Voceaba (como ella dice) la prudencia humana en cada nueva ocasión, combatiendo contrarios y esforzados vientos su vocación y deseos. Un religioso de los más santos de España la escribió que tomase por martirio la nota que sería su vuelta: decía D.ª Luisa que su amor propio no lo tendría por muy grande martirio, y que él haría que se olvidase muy presto. Otros que estaba por su propio gusto y por llevar adelante una devoción indiscreta. Y una persona de harto crédito hizo notable esfuerzo con la señora infanta D.ª Isabel para que la sacase de Inglaterra, si bien nunca vió carta de Su Alteza; mas siempre estuvo constante, porque á la medida de la necesidad tenía la misericordia divina fortalecido el homenaje. Esta diversidad de pareceres, esforzada con la autoridad de sus autores, era dividirla el corazón en partes. Hablando de la duración de esta porfía, dice así en una carta escrita á un gran siervo de Dios, por Octubre de 612, tantos años después de su llegada:

«Muy combatida está de amigos mi vocación hasta este último día; hoy no veo que esté en mi mano

dejar de tenerla, ni ser posible mover un paso de ella mi pie; no sé si en lo futuro querrá Dios lo mismo de mí; tócame sólo procurar conocer cuál es su voluntad y aferrar en ella fidelísima y constantemente; paréceme que si entendiera que le era más gusto el irme al Japón ó á Guinea, no aguardara á partir el segundo día, y no debe de ser esto muy increíble, pues que estoy tan firme en un mar de inconstancia y acerbísimas aflicciones. Sabios me escriben que me vuelva á España y que el dolor de la honrilla servirá de martirio. Sabios de espíritu y santidad, pero no han sabido dó llega el padecer de Inglaterra, pues imaginan que una vanidad me detiene en ella.»

Y en otra carta á D. Alonso de Carvajal, su hermano, le dice: «No sé qué más desconveniente corazón hubiese para los sobresaltos y aflicciones de Inglaterra que el mío, y piensa vuestra merced con todo eso que estoy en ella por propio gusto y una devoción que quiero llevar adelante: esto es una de las cosas en que puedo padecer algo en el crédito; confío en nuestro Señor se servirá de aceptarla con otras; esté vuestra merced certísimo que cualquier día que entienda que es el mismo gusto de Dios estar aquí ó ir á España con la probabilidad que sé hasta ahora lo que hago, me partiré sin dilación de una hora, y más pronto me hallo para ello que estuve para venir, porque el amor propio é imperfecta inclinación al descanso y sosiego tira para allá y no tira para aquí.»

Qué fuerzas fueron menester para perseverar en vida por tantas partes trabajosa, no cierto las de una doncella enferma y delicada, mas las robustas que da la poderosa virtud de Dios á quien le

sirve, fué sin duda un milagro de la divina gracia.

Habiendo ido D. Alonso de Carvajal, su hermano, acompañando al Marqués de Siete Iglesias en la jornada de Flandes, pasó á Inglaterra á verla y, como pensaron algunos, con ánimo de traerla á España, si bien personas espirituales y cuerdas que conocían la firmeza y constancia de D.ª Luisa no dudaron del suceso. Sólo sirvió la jornada de afligirle el corazón viendo á su querida hermana cercada de tanto número de penas y en un género de vida tan digno de compasión y lástima, y así la escribió después que necesitaba del favor divino para sufrir el verla en el estado que la había dejado; mas el valor que Dios la daba, las fuerzas con que seguía su derrota, se lo dijo en la respuesta, que muestra bien cuán cierta tienen la providencia y protección divina los que por su amor intentan cosas grandes; son notables sus palabras:

«Dice vuestra merced que no sabe cómo no me canso de vivir entre esta gente, y que un día ú otro me echarán de aquí y me hallaré sola y sin abrigo. Todo esto dice vuestra merced, y veo yo que vuestra merced no cree cuánto yo debo á Dios, aunque, tan pecadora, el ser tan claro lo uno obscurece lo otro. ¿Parécele á vuestra merced que me cansaré yo de lo que Dios quiere, pues no me canso de haber dejado mi honra humana desamparada, y sujeta á los pies de todos, sin prevención ni remedio de cuantos pudiera y supiera haber puesto, siendo la cosa más preciosa que en las criadas había para mí? Y lo mismo digo del amor de amigos, que yo también apreciaba; y rompiendo por estas dos dificultades, ¿no romperé por otras? ¿Qué más sola y desamparada podré hallarme que me he hallado? Ya

piensa vuestra merced que salí de España en mis propias fuerzas á solas, y que me faltó discurso para calar las dificultades y temores de tal resolución, ó al demonio cuidado de representármelas é impedirme antes de mi partida; vuestra merced imagina que procedo sin luz ni probabilidad de lo que es voluntad de Dios y mayor gusto suyo, en este caso con una devoción y espíritu propio, sujeto á fluctuaciones; por cierto, hermano mío, que si mi flaco y pobre corazón estuviera apoyado en tan débil arrimo, que, ó hubiera muerto, ó vuelto á España desde el primer año. Crea vuestra merced que si no vengo á ser tan infeliz que se me ciegue el conocimiento de lo que Dios merece que hagamos por Él, que así quiere su misericordia que lo digamos, que jamás pensaré que hago mucho en sufrir cuanto pudiere por Él, ni nadie bastará á arrancarme un paso fuera de ello. Ya ve vuestra merced que yo soy mujer harto flaca de salud y tan delicada como cualquier otra, y sujeta á temores y consideraciones delgadas, y la más deseosa de dar buena cuenta de mí, que creo habrá vuestra merced visto, y me hallo en un desierto lleno de basiliscos y de fieras, con casa, compañeras y carestía grandísima, proveída por medio de lo que otros quieren hacer, y sujeta á que lo dejen cuando menos se piense, y con un pecho más quieto y tranquilo que por ventura podrá imaginarse fácilmente, tan pronto á perderlo todo como á tenerlo, sin sentir dificultad en salir mañana de calle en calle á pedir el pan necesario, en parte donde pocas casas pueden hallarse que no sean del mismo demonio; y ¿piensa vuestra merced que en esto no hay fuerza divina y mano de Dios, y que, fortalecida con ella, me espantaran desamparos por grandes que

sean, ó que no hará Dios lo que quisiere en mí, y si lo hace, que querré yo otra cosa? Ahora quiero agradecer á vuestra merced la ternura que muestra en hacerme merced, diciendo que sin ayuda de nuestro Señor no podría sufrir verme como estoy. Y vuestra merced me ha visto, no ha sido en la peor manera, ni vuestra merced estuvo tiempo para poder gozar de algún consuelo vuestra merced ni yo; en el cielo espero le tendremos entrambos; pero mucho es menester hacer, hermano mío, para asegurarnos de esto: no basta vivir muy moralmente debajo de buena color de amor de Dios; es necesario que sea verdadero y macizo para la salvación, y que se enderece á su gloria lo que se hace. Ame vuestra merced á Dios por ejercitar la obra de mayor justicia y más debida que jamás hubo ni habrá; por su infinito merecimiento, por ser el que es, y tras esto porque Dios le amó primero á vuestra merced, como dice San Juan, por gratitud de haberle criado y dado el sér que tiene, y redimido á costa de una vida no menos preciosa é importante que la de Dios-hombre, que quiso serlo por tener vida que poder perder por vuestra merced y otros hijos suyos, levantados de siervos á tan gran dignidad: y ámele por hacerle entrega y satisfacción de aquella aptitud y capacidad de poderle amar, que hizo y formó en vuestra merced para que se la torne á dar sin tocar en criaturas más de lo que bastare amarlas por Él y en Él, con gran limitación de no desmandarse en esto.» Hasta aquí D.ª Luisa. La importancia de estas palabras obligó á dejar correr la pluma.

Con estos gajes sirvió en Inglaterra, con este aliento permaneció hasta el fin; así sacó por conclusión en otra carta: «Mi perseverancia, hermano mío,

parece que no la fía nuestro Señor de mi libertad, porque me hallo cierto muy fija y arraigada sobrenaturalmente en Inglaterra.»

CAPÍTULO XXVII.

DEL JURAMENTO DE FIDELIDAD QUE MANDÓ TOMAR EL REY JACOBO Á LOS CATÓLICOS, Y LO QUE PASÓ CERCA DE ÉL CON UN SACERDOTE Á DOÑA LUISA, Y ALGUNOS DE LOS MÁRTIRES QUE PADECIERON EN SU TIEMPO.

Ofendidos del suceso de la pólvora el Rey y Parlamento, dieron en un pensamiento que afligió lastimosamente á los católicos; parecióle que aseguraba su vida y de sus hijos tomando juramento en particular á cada uno de sus súbditos de fidelidad á su corona, queriendo con este vínculo añadir fuerza á la lealtad con que nacen los vasallos.

Si la forma del juramento correspondiera al título y sólo se jurara fidelidad, no hubiera algún católico, sacerdote ó seglar, que le rehusara; pasó á ser torcedor de las conciencias, y aun para el presto con que se pedía, fué excusada diligencia. No da firmeza al Imperio el juramento, tanto como la benevolencia de los príncipes y ganar con beneficios el amor de sus vasallos. Son sinnúmero los reyes y emperadores muertos por los soldados que con juramento prometieron fidelidad solemnemente. Augusto, Trajano,

Constantino y otros príncipes establecieron con benevolencia sus Imperios.

Asegura el suyo más firmemente el rey Jacobo dejando á los católicos gozar de la posesión antigua de su religión, que por tantos siglos tuvieron sus pasados, antes que con terribles medios obligarles á entrar en las iglesias de herejes, participar sus ritos, beber el cáliz de la ramera de Babilonia, poniendo á los que rehusaban penas gravísimas y un despojo continuo de sus bienes, obligando con estas extorsiones los ánimos más cándidos á aborrecimiento. Preguntando Nerón á Subrio Flavio, uno de los conjurados en una conspiración contra su vida, por qué causas había olvidado la religión del juramento, respondió: «Aborrecíate; ninguno te fué más fiel mientras mereciste ser amado.» A los que no mueve el horror de una traición, poco repararán en juramentos.

No es necesario ocurrir á los Nerones antiguos; sea ejemplo de esta verdad el mismo Jacobo: fidelidad tan jurada, vida tan asegurada y pretendida con tanta sangre inocente derramada, con las haciendas de tantos miserables, no careció de sospechas de una muerte violenta con veneno. ¡Oh vanas providencias de los hombres! No intentada por algún católico, sino por el más obligado; por el que por ventura hizo el juramento el primero. No dudo corra por toda Europa, pues ha llegado á mis manos, un memorial ó súplica impreso en Francfort, año de 1626; su autor Jorge Eglistan, escocés, médico de cámara del rey Jacobo; dale al rey Carlos su hijo y al Parlamento, que es el reino en Cortes. La suma es ésta.

A la gracia que tantos años gozó el Duque de Buckingham del rey Jacobo, amenazaban un desastrado fin su proceder insolente y sus costumbres. Gozaron de la ocasión sus émulos en su jornada á España, acompañando al príncipe de Gales; hablaron libre y atrevidamente en sus cosas, con que el ánimo del Rey se destempló; pasó á pesquisas; halló que volviendo de España había dicho: «El Rey tiene acabada la edad; tiempo era que descansase en una casa de campo entretenido en la caza, y que el príncipe se apoderara del reino.» Nada se ocultó al privado, que arrebatado de la fuerza del mandar y conservar su estado, que se prometía con el sucesor, se atrevió contra la primer cabeza por asegurar la suya.

Estando enfermo el rey Jacobo de una terciana sencilla, por su calidad nunca mortal, y más en el invierno, siete días antes de su muerte, estando los médicos ausentes y sin noticia suya, le trajo el Duque de Buckingham unos polvos blancos venenosos; rehusó el Rey tomarlos largo tiempo; rindióse á la blanda porfía del privado, asegurándole de que en ellos le traía la salud. Bebiólos desleídos en vino. Sintió luego el efecto: una flaqueza interior, un desfallecimiento grande con facilidad de vientre. Dió á entender con palabras bien claras que aquellos polvos le costarían la vida. La Condesa de Buckingham, madre del Duque, para excitar la fuerza de los polvos, le aplicó una untura en la parte del pecho y corazón, estando los médicos comiendo, de no mejores efectos: enflaqueció el Rey con asma y congojas. Los médicos, con el olor del emplasto, conocieron la maldad, y dieron con claridad á entender habían dado al Rey veneno. Llegando el rumor á los oídos del Duque y Condesa, él hizo algunas demasías con médicos y los de la Cámara, hasta echar mano á la espada en la

presencia del Rey. La Condesa, arrodillada al enfermo, le dijo: «Serenísimo señor, justicia, justicia.» Dijo él: «¿De qué?» Prosiguió: «Dicen que yo y mi hijo os hemos dado veneno.» Dijo el Rey: «¿Veneno á mí?» Luego un desmayo le privó del habla; murió el Rey de allí á dos días. El cuerpo y cabeza del Rey muerto se hincharon inmensamente; los cabellos y el cuero se pegaron á la almohada; las uñas de pies y manos se movían. Dejó los sentimientos fingidos del Duque en esta muerte, que publicaron por Londres los aduladores.

Pide el autor de la querella se proceda contra el Duque, aun estando en su privanza con Carlos, por esta muerte y por la del Marqués de Hamilton, gran señor de Inglaterra, en quien primero hizo el ensayo del veneno: puede ser alguna comprobación de este suceso la violenta y desastrada muerte del Duque: que la ira divina camina con paso lento á la venganza, mas compensa la tardanza con la gravedad del golpe.

Este papel corre por el mundo; dése al autor la fe que ello merece. Nada he puesto de mi casa; sólo he pretendido en la narración de este suceso mostrar la poca causa con que se molestaron los católicos.

Aunque el juramento en la apariencia sonaba fidelidad, con palabras bien claras impugnaba la potestad y autoridad del sacrosanto trono del Pontífice Romano, incluían debajo de algún rebozo el detestable primado en lo espiritual que el Rey se arroga, que ponen con claridad en otro juramento, á que con el primero hacen paso; impusieron gravísimas penas á los que rehusaban de cárcel perpetua y perdimiento de todos sus bienes, reduciendo á tal apretura las conciencias de los afligidos católicos, que habían de

perder la libertad y la hacienda, ó á Dios y la vida eterna.

Al principio se pidió el juramento sólo á los hombres; pasó el rigor á las mujeres, que con valor increíble rehusaron hacerle. Pusieron en los castillos de Londres y en los demás del reino señoras ricas y principales, de ellas mujeres de herejes, sin consentir que sus maridos pagasen por su rescate cosa alguna; á muchas, por mayor denuesto, ponían entre las ladronas, que es en lo que muestran más justo sentimiento.

Nacieron varios pareceres al principio sobre la inteligencia y obligación del juramento; mas para que en materia tan importante ninguno pecase por ignorancia, la santidad de Paulo V, que en este tiempo gobernaba la Iglesia de Jesucristo, cuidando de aquellas ovejas suyas tan acosadas de lobos, con solicitud de Padre despachó dos breves dirigidos á los católicos ingleses, condoliéndose de su infeliz estado, de su persecución y sus trabajos, y les exhorta á la perseverancia, y advierte que no pueden hacer el juramento sin incurrir en gravísimo pecado mortal y ofensa grande de Dios y de su Iglesia, y que por evitarla se ha de perder la vida, honra y hacienda, como lo ha hecho constantemente tanto número de mártires de aquel Reino, que están triunfando con Cristo Señor nuestro, compensando con una ganancia eterna temporales pérdidas.

Fué ocasión el juramento de opresiones gravísimas; las cárceles, un tiempo freno de facinerosos, se llenaron de siervos de Dios, niños, mancebos, viejos, de toda edad y sexo; renovóse la persecución con mayor furia, cubriendo, con el pretexto de faltar á la fidelidad del Rey, la persecución por religión cató-

lica, que tanto pretenden disimular sus enemigos.

Opúsose como pudo la venerable D.ª Luisa, esforzando á todos á rehusar el juramento, dándoles á entender el veneno que encubría. Prendieron en esta ocasión al santo mártir Roberto Druri, que había estudiado cinco años en el Seminario inglés de Valladolid, y otros doce trabajado en Inglaterra en servicio de la fe; proponíanle libertad y vida si admitía el juramento, y aunque estaba inclinado á rehusarle, le parecía que los legos podían admitirle por no incurrir por la pena de perder la libertad y la hacienda, con intención de obedecer al Rey en lo temporal solamente, teniendo por detestable lo que impugna á la autoridad del Papa. Demás de padecer este engaño, como la vida es de mayor estimación que la hacienda y á él le amenazaban con la muerte, era fácil y fuerte el argumento con que podían convencerle á admitir el juramento en que fluctuaba el discurso. Instaban los ministros en que le hiciese porque era mucha su autoridad y arrastrara sin duda muchos seglares.

Asistíale D.ª Luisa, como á los otros mártires; hablóle casi por dos días enteros, sin dejarle; dióle á entender la verdad, valiéndose de muchas razones fuertes y evidentes que había oído y leído en unos tratados que luego salieron á este intento. Añadió que no había lugar á duda habiendo declaración del Pontífice, y que no podía admitirle sin gravísimo pecado mortal. Resolvióse el santo sacerdote en que por ningún color de piedad quería discrepar de la sentencia del universal Pastor, y así manifestó con claridad su determinación de no tomar ni aconsejar el juramento, y trató de disponerse á la muerte. Lo que pasó en aquellos dos días sábelo el Señor, en cuya presencia estaban; el mártir quedó muy reco-

nocido á Dios y á D.ª Luisa, que hablando de este suceso en una carta, dice: «Mostrábame más amor que á nadie de cuantos le venían á ver; yo procuré dilatarle y confirmarle, tan fuertemente cuanto me fué posible, en que no se dejase vencer de las bravas persuasiones que le hacían para que siquiera hiciese el último juramento, que ahora un año hicieron en el Parlamento; y el Obispo de Londres, ante quien fué presentado, habrá ya visto su dicha y podido decir: *Hi sunt quos aliquando habuimus in derisum, quomodo computati sunt inter filios Dei*, porque se fué á tener la Pascua al infierno su infeliz alma.

De la constancia del santo Roberto Druri concibieron tal odio los herejes, que un día muy de mañana le llevaron al lugar del martirio; iba alegre, con un semblante angélico (era en lo natural hombre bellísimo); participaba ya de aquella hermosura que tan presto había de gozar en el cielo; dió á Dios su dichosa alma, cuya cadena besó con gran sentimiento y lágrimas D.ª Luisa (como ella escribió), sin merecimiento suyo.

Y para ser la bienhechora en todo, tomó por su cuenta el amparo de la madre de este glorioso mártir, que se la encargó á D.ª Luisa estando para morir; cumplió tan cabalmente lo que le ofreció, que no la dejó del lado hasta que la aseguró cierta pensión y renta de por vida, con que pudo pasar honrada y acomodadamente.

Entre otros que murieron por la fe demás de los que hemos referido, fué el P. Tomás Garnet, de la Compañía de Jesús, el primero que del Noviciado de Lovaina, fundado con el caudal de D.ª Luisa, derramó su sangre por la profesión católica: murió con gran alegría y esfuerzo; dejáronle hablar al pueblo, y

entre otras cosas de gran edificación, dijo: *Domine, ne statuas illis hoc peccatum, quia nesciunt quid faciunt.* Hiciéronle cortesía que muriese en la horca antes de abrirle el pecho y sacarle el corazón.

Fué raro el valor del maestro Jorge Charves, sacerdote seglar: hiciéronle compañía, tres días antes que muriese, cuatro demonios en carne, que fueron cuatro pestilenciales ministros que por todo este tiempo procuraron batir la fortaleza del mártir: resistiólos valerosamente: estando para morir hizo á una gran multitud un discurso breve sobre la injusticia del juramento: cayó de la horca amortecido, no muerto: yendo el verdugo á sacarle el corazón, levantó un brazo, asió del cuchillo con que le estaba abriendo, tiró tanto con el gran dolor, que cortó un dedo al verdugo.

No fué menor la conquista, pero igual la resistencia, del maestro Flaudder. Desde la prisión hasta el suplicio le fueron combatiendo dos hermanos suyos ministros de las Iglesias heréticas; mas en vano. Cortáronle la soga tan presto, que, caído en el suelo, se levantó en pie; acudieron los verdugos á derribarle y á tenerle, y otros, que estaban de guarda con alabardas, le hirieron y dividieron en piezas la cabeza y cuello.

No breve elogio, dilatada historia merece la heroica constancia, la virtud rara del P. Enrique Garneto, de la Compañía de Jesús, ilustre mártir de Cristo. Sedientos estaban de su sangre los mayores magistrados, persuadidos que, en confesión, había tenido noticia del suceso de la pólvora; sus exquisitas diligencias le trajeron á sus manos: fué á las de la crueldad.

Pusiéronle á él y al P. Usualdo, también de la

Compañía, en dos piezas de la cárcel, que las unía una puerta por donde podían hablarse mas no verse. Estaba junto á la puerta una pared hueca, donde metieron dos ó tres ministros de justicia. Los inocentes Padres se confesaron el uno con el otro; iban los emparedados escribiendo las confesiones sacramentales, de que se valieron para la averiguación de su sospecha, que aun no dieron materia para el homicidio y sacrilegio. Fué la primera parte del martirio en el honor, imputándole cosas pesadísimas: ejercitaron su constante paciencia con notables invenciones y quimeras, infamándole injustamente en su fidelidad, en la fe, en la castidad, en el entendimiento, en la prudencia, en su templanza en el comer y el beber, que era rarísima. El día de las sesiones (que así se llama verse la causa definitivamente) hizo alarde de sus grandes virtudes, de su humildad, mansedumbre y sabiduría del cielo, desengañando al pueblo de las calumnias con que le infamaron. Condenáronle á muerte con pretexto de sabedor del suceso de la pólvora, de que no tuvo noticia, aun en fuero que obliga á tan gran secreto; mas lo cierto por sacerdote y jesuíta, porque sus impías leyes le hacen traidor dos veces. Sacáronle en un carro con su vestido y ropa larga: fué todo el camino en oración, con gran sentimiento del pueblo, viendo su aspecto venerable, la hermosura de un ángel: llevaba clavados los ojos en el cielo, adonde caminaba. Queriendo cortar la soga el verdugo luego que lo dejó pendiente de la horca, lo estorbó el pueblo con voces; acudieron muchos á tirarle de los pies, que es costumbre piadosa en aquel reino acelerar la muerte á un justo para librarle de más enorme crueldad. Recogieron cautamente los católicos algunas cosas

suyas, entre ellas una paja de las que estaban para quemar el corazón, donde cayó una gota de su sangre, en que se vió un rostro semejante al del Padre. Así lo testifica D.ª Luisa en sus cartas de haberlo visto, y que D. Pedro de Zúñiga la enseñó á algunos del Consejo. Maravilla con que aprobó el cielo su inocencia. De ella dieron varios testimonios hombres grandes; baste el de Laurencio Beyerlinck en el segundo tomo de su *Conografía*, año de 1606, donde, después de haber hablado del suceso de la pólvora y sus castigos, dice: «*Paulo post venit in suspicionem sulphureæ conjurationis, odio crediderim ejus, cui se adscripserat, Societatis Jesu Henricus Garnetus omni litterarum genere excultus. Qui tamen artibus illi numquam se admiscuerat, obtestatus nihil se de iis palam rescivisse. Catesbium in arcanis conscientiæ detexisse quidquam in animo sibi esse, quod Religionem promoveret, ita tamen verborum involucris id implicuisse, ut Regiæ necis mentionem numquam fecerit. Acta judicii, et quæ tam adversus illum, quam ad ejus defensionem in medium allata sunt editis libellis explicata fuerunt interim XXVIII. Martii (alii tertiam Maii dicunt) interritus et ex porrecta fronte ad suplicii locum necemque trabitur, obtestatus se gaudere plurimum, quod eam mortem invenisset, quæ sibi ad immortalitatem additum reseraret.*»

La grandeza del sujeto ha obligado á este breve divertimiento. Basten estos santos mártires, de los muchos que, estando en Inglatera D.ª Luisa, padecieron por la religión católica tormentos y muertes atrocísimas, de cuyas pasiones la cupo tanta parte. Estas relaciones son sacadas de sus cartas, donde, con gran sentimiento, refiere las tragedias que iba viendo.

A tal barbariedad, á tal fiereza ha reducido la herejía á esta nación, un tiempo religiosísima y de humanísimas costumbres, que parece que con la religión la despojaron del sentimiento de hombres. Fué tan grande la veneración de los ingleses con los obispos, sacerdotes, religiosos, que (como refiere el venerable Beda), donde quiera que veían algún clérigo ó monje le recebían como á un amigo de Dios, y, encontrándole en la calle, se iban á él y, humillada la cabeza, pedían la bendición. No es mejor hoy su condición que la de los ladrones, homicidas y traidores. Á este lamentable estado ha traído á Inglaterra la herejía. Llórale con sentimiento tierno el docto Nicolás Sander, ilustre historiador de aquel cisma, en las últimas clásulas del libro.

CAPÍTULO XXVIII.

TRATAN LOS HEREJES DE PRENDER DE NUEVO Á DOÑA LUISA Y DESTERRARLA DE INGLATERRA.

Abat, falso obispo de Londres, salió tan gran derramador de sangre católica que mereció el arzobispado de Cantorbery; decía que si el Rey le daba toda la mano y licencia que él quería, dentro de dos años desarraigaría la religión católica de Inglaterra. Ignorante pensamiento. Es de admirar que en tantos años no hayan alcanzado los enemigos de la Iglesia que la persecución aumenta los católicos y que por sus mismos filos crecen. No descubre la ceguedad humana la mano de Dios, que anda aquí

patente, la eficacia de la oración y pasiones de los santos, porque (como dice gravemente Tertuliano) «la sangre de los mártires es semilla; cuando mueren engendran; cuando se acaban, entonces multiplican». Y ha mostrado la experiencia en Inglaterra que la sangre derramada es sementera de fieles; porque sabe Dios hacer que sus enemigos, mientras se le oponen, sirvan á su intento, y en los estorbos que atraviesan le adelanten. Pensaron los consejeros de Isabel, con tanta violencia y maña, desarraigar en pocos años la profesión católica del reino, y después de cuarenta de una persecución porfiada quedó más arraigada y con crecidos aumentos la constancia de los fieles, mayor que el primer día. Lo mismo se ha visto, por la bondad divina, en el reino de Jacobo.

Poco inteligente de esta ciencia este Arzobispo falso, apretaba fuertemente los católicos, que aun andar por la calle no podían. Llegaron á su noticia las demostraciones piadosas que usó D.ª Luisa con los mártires de Cristo; y aunque en las obras heroicas que ejercitaba tenía extremado recato, y ponía particular cuidado en el silencio y secreto, y lo encargaba con las veras posibles á las personas que trataba, el resplandor de tan inmensa luz no pudo encubrirse á los ojos de sus enemigos, que, perturbados con la nube de la herejía, no alcanzaban á descubrir lo excelente de tan ilustres acciones; súpolas todas, que en todas partes hay falsos hermanos.

Deseaba el Arzobispo haber á las manos á la valerosa D.ª Luisa, en particular después de la muerte de los dos mártires á cuya cena se halló, como escribimos. Dió de todo cuenta al Consejo; encarecía su incesable trabajar por la religión católica; que hacía más que muchos sacerdotes por la libertad de

ser mujer, y extranjera; que había pervertido á muchos (así llaman al reducirse á la verdad católica). Visitaba las cárceles; animaba los presos á ser constantes en su religión y á rehusar el juramento de fidelidad; que enviaba limosnas y regalos. Exageró mucho el besar los pies á los sacerdotes, enviarles tortadas, que decía eran excelentes; que escribía cartas á España de cuanto se hacía en el reino, á que se daba tanto crédito que no bastaban diligencias para que se dejase de saber cuanto pasaba; que persuadía que la persecución era por la religión, no por convencerlos de traidores.

Resolvieron desterrarla, sin pasar á darla muerte por ser persona tan principal y emparentada y de quien tanta estima hacían los embajadores católicos: dieron orden á los carceleros que en cualquier cárcel que entrase no la dejasen salir sin dar cuenta al Arzobispo, movedor de estas demostraciones.

Ignoraba D.ª Luisa estas diligencias: nuestro Señor la escondió con particular providencia con una enfermedad que no la dejó salir de casa, aunque deseaba visitar los presos por la fe en Newgate, que no estaba lejos; avisáronla que de ningún modo fuese, porque no la dejaría salir el carcelero.

Pasaron algunos días, é impaciente el Arzobispo de la tardanza y que le saliese mal la traza, la envió á decir con unos alguaciles que se llegase á su casa, que tenía que hablarla. Vivía á la sazón D.ª Luisa en una casita pegada á la de D. Alonso de Velasco, conde de la Rivilla, en esta ocasión Embajador de España. Fué sin duda demasía, porque el Arzobispo no tenía jurisdicción en materias de religión contra extranjeros.

Temió D.ª Luisa que, si la prendían, era muy vero-

símil desterrarla de Inglaterra, sin más daño que algún tiempo de prisión; así no quiso ir ni abrir la puerta: de otra manera fuera, no por reconocimiento, sino (como ella escribió) á decir al Arzobispo cuán ciego estaba en su herejía (tal fué su celo y valor). Súpolo D. Alonso, y la envió á decir se excusase con palabras corteses. Jamás las dijo malas, ni cosa de que pudiese asir el Rey ni su Consejo: con esta advertencia habló á los alguaciles por un rallito de la puerta; díjoles: «Que no creía que enviasen por ella ni la trajesen tal recado, ni con tal persona, y que por su poca salud no podía salir de casa.» Con esta respuesta la dejaron. El estar tan cerca de la casa del Embajador fué causa de que no rompiesen la puerta, pero ni aun golpes dieron: sólo tocaron con gran furia una campanilla que se usa en la mayoría de las casas de Londres.

Sintió mucho el falso Arzobispo que no se la llevasen; procuró aquella noche saber las señas de su rostro y que se pusiesen por escrito. Había más de dos años que los Obispos de Londres habían procurado prenderla, y andaban los alguaciles cargados de mandamientos con sus señas: sin embargo, salía y andaba en público cuando más la ponían asechanzas en secreto. Dijo por ella un hombre docto: *Quotidie apud vos eram in templo, et non me tenuisis.* Y de verdad puede piadosamente juzgarse que la mano del Todopoderoso defendía á esta su sierva, pues, á pesar del poder y vigilancia herética, se conservó tantos años entre sus enemigos, haciendo ella tan descubiertamente la causa de Dios y de su Iglesia. Maravilloso es Dios en sus obras.

Conocido el intento del Arzobispo, y que no había de parar hasta prender á D.ª Luisa y echarla de Inglaterra, les parecía al Embajador y á sus devotos que fuera acertado prevenirle y volverse á España, donde la deseaban con extremo, pues veía cerrada la puerta á proseguir en la conversión de los herejes y acudir á las cárceles como antes, y las demás obras santas en que se ejercitaba. El motivo de este consejo era tener por afrenta suya y de la nación cualquier demostración que con ella se hiciese; mas D.ª Luisa lo tenía por favor y misericordia del cielo padecer aún mayores oprobios por la fe; y así, resolvió llevar adelante su empresa y estancia en Inglaterra, la cual juzgaba convenir sin duda al perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios, por cuya ejecución no temía cuanto áspero y terrible le propusiese la prudencia humana, si bien admitió el consejo de mirar por su seguridad excusando salir de casa si no es por cosa precisa, sin ir á cárcel ó parte donde pudiese haber peligro, hasta que cesase. Gobernábase (como dejamos escrito) con admirable prudencia, dando lugar á que mejorasen los tiempos, sin perderle en lo que era servicio de Dios y de su causa.

Pasó esto por los principios del año 611.

CAPÍTULO XXIX.

LA MUCHA VENERACIÓN Y DEVOCIÓN QUE TUVO Á LOS GLORIOSOS MÁRTIRES Y Á SUS SAGRADAS RELIQUIAS.

No sólo con las palabras procuró la venerable D.ª Luisa oponerse á los errores y sacar de ellos á

muchos, pero también con los hechos hizo profesión contraria á cuanto en Inglaterra ciegamente los herejes tienen. No puede hablarse sin horror del modo como los enemigos de Dios y de su Iglesia han tratado las reliquias de los santos que por siglos veneró aquel reino. Gemirá la posteridad tan gran pérdida; avergüénzanse los hombres de escribirlo, y sin duda los demonios, principales autores de la herejía, atormentados tantas veces á la presencia de las reliquias de los santos, los han encantado los entendimientos para tomar por su mano venganza de sus afrentas. No ha habido cosa en la Iglesia, desde su primera edad, más recibida que la veneración de estas sagradas prendas, que fueron templos de Dios y han de reinar con él en la común resurrección de los cuerpos. Los pueblos fieles, desde los siglos antiguos, han reverenciado estos huesos, venerado estas cenizas santas, recibiéndolos con júbilos y fiestas, sirviendo el oro y la plata, y piedras ricas, y cuanto precioso ha producido la Naturaleza, á su custodia y adorno. Ha aprobado Dios estas demostraciones con prodigiosos milagros. En su defensa se han armado las más ilustres plumas de la Iglesia.

La devoción y amor que D.ª Luisa tuvo á los mártires de Cristo cuando estaban en las cárceles destinados al cuchillo en esta vida mortal y valle de miserias, aunque en víspera de entrar en la bienaventuranza eterna, se aumentaba incomparablemente cuando, vencidos sus enemigos por medio de la muerte, á fuer de Cristo, su capitán, estaban en la posesión de la felicidad y gloria eterna.

Cuando pasaba por las calles por donde los llevaban al martirio, decía con mucha ternura y lágrimas: «¡Oh dichoso y santo camino por donde con ligeros

pasos llegaron á recebir la corona del martirio!» Mirando sus cabezas y cuartos, que estaban puestos en las puertas y puente de Londres, les hacía muy humilde y profunda reverencia, y decía: «¡Oh, cuán poco decente es este lugar para tan santas reliquias! Dios se lo perdone á esta gente malvada, que cometen tan gran abominación y sacrilegio delante de su divino acatamiento.»

Procuraba haber á las manos todas sus reliquias, para tenerlas con la decencia y veneración debida: tenía cajas y cofres llenos de sus cartas, Breviarios, lenzuelos; compraba sus vestidos, hasta la menor de sus alhajas, que guardaba como un tesoro riquísimo. Ponía en cada una un rótulo de su mano: «Este es el brazo, pierna, pie ó mano de nuestro mártir; púsole en esta caja su indigna sierva Luisa de Carvajal.» Estas preseas repartía entre sus más principales y queridos devotos, como otras tantas joyas de inestimable valor.

No paró en esto su afecto; tuvo dicha de recebir en su casa los cuerpos de cinco gloriosos mártires, que alcanzaron esta corona en su tiempo. El día que padecieron los mártires santos Juan Roberts y Tomás Somer, á cuya mesa asistió la noche antes de su muerte, la pidió licencia Fr. Mauro de Sahagún, monje benito, para traer á su casa sus reliquias. Túvose por dichosísima con tales huéspedes, y poderles servir en tanta necesidad, porque no se hallaba para su guarda en todo Londres un solo rincón seguro. Proveyó al punto un coche en que los trujeron, menos una pierna que se les cayó yendo las guardas tras los que los sacaron, y medio cuerpo del otro santo. Para aderezarlos, pusieron en el suelo un brazo con su medio pecho y espalda, y de por sí el otro medio:

fuéle notable espectáculo y motivo de oración, viendo aquellas armas frágiles con que pelearon tan sin fragilidad, animosamente; volaron al cielo, aumentando allá intercesores, é hicieron rica la casa de D.ª Luisa con tan ricos despojos.

Poníanle algunos sacerdotes que lo supieron, y no de ella, grande temor con el Consejo; ella casi se enojaba, y les dijo que por todo el mundo, y diez mil vidas, no dejara de recibirlos, y que nunca en su vida pensó ser tan dichosa. Proveyóles de sábanas en que envolverlos, no una, sino segunda vez, como con gran consuelo suyo lo escribió á la Marquesa de Caracena, su prima, por estas palabras:

«Porque sé cuánta parte de mi consuelo cabrá á vuestra excelencia, no quiero dilatar para otra el decirle que ayer llegué á merecer, sin merecerlo, el dar la segunda mortaja, ó sábana limpia (que me hizo grandemente acordar de la de Cristo), á las reliquias de los dos últimos mártires, habiéndoles dado la primera, que por muy manchada con los aderezos que se pusieron para conservar su carne, era forzoso mudarla en otra; de manera que no han tenido sobre sí hilacha que no fuese mía, después que hicieron aquella total y gloriosa entrega de sí á Dios. Mis indignas manos los envolvieron y cosieron en el lienzo, que llaman aquí holanda al que no es grueso. Pesóme no fuese de oro, aunque en los ojos de la divina piedad todo lo que se ofrece en su servicio, y de los suyos por Él, oro es finísimo, que lo pagará cuando fuere servido con premios eternos. Llevóselos su dueño, dejando en pago del hospedaje algunas reliquias.»

Fuéle tan bien con la compañía de los santos, que no quiso esperar á que otros se los trujesen. Cuando se les antoja á los herejes poner los cuartos de los invictos mártires sobre las torres, no hay llegar á ellos; las cabezas de todos, como dijimos, las ponen así siempre, y cuando los entierran es en un hoyo hondísimo y muy ancho, en que hay mucha cantidad de tierra que quitar; ponen sobre los santos los ladrones y facinerosos que ahorcan con ellos; á éstos no hacen cuartos, y se ve bien cuáles son las reliquias de los justos. Sentía grandemente D.ª Luisa que los cuerpos de los santos, cuyas almas estaban entre los coros de los mártires y habían de resucitar á la inmortalidad y al triunfo, estuviesen mezclados con los inmundos cadáveres de los herejes sacrílegos, cuyas almas eran pasto de las llamas del infierno y lo habían de ser los cuerpos.

La vigilia de Pentecostés del año 611 aumentó la ceguedad de aquella gente dos santos en el cielo, hombres muy nobles. Fué el uno Fr. Mauro de Sahagún, monje benito, que en Inglaterra se llamó Guillermo Scot, y el otro clérigo seglar, su nombre Ricardo Nimport. Cuando martirizaron al santo monje Juan Roberts, vino á pedir á D.ª Luisa Fr. Mauro recibiese el cuerpo del santo mártir y de su compañero, como vimos; después recibió el suyo. Estaba á esta sazón en Inglaterra D. Alonso de Velasco, del hábito de Santiago, capitán de caballos en Flandes, caballero de gran valor y partes, hijo del Conde de la Rivilla, embajador de España: pidióle D.ª Luisa, tres días después que los enterraron, que él y los gentileshombres de su casa emprendiesen sacar los cuerpos de los mártires de aquella fosa: era profunda, más de un estado de hombre y dos ó tres varas de ancho y largo; la facción tenía gran riesgo, por no ser entonces á las diez de la noche obscuro, y comenzar á esclarecer á las dos de la mañana, y tanta la la-

bor de desenterrar los cuerpos: habíanlos puesto en lo profundo; decía el verdugo: «Ponedlos muy hondos, porque los papistas no puedan tomarlos.»

Por satisfacer el afecto y devoción de D.ª Luisa, intentaron los criados del Embajador la empresa, que alentó con su presencia D. Alonso; partieron diez ó doce con cotas y pistolas, bien armados, por si acometían las guardas que deja el magistrado en tales ocasiones. Cabaron valientemente á toda diligencia; sacaron dieciséis cuerpos de ladrones, que estaban sobre los cuartos de los mártires. Uno de los criados del Conde levantó un cuerpo entero de un hereje, asiéndole de los brazos con tan buena gana y fuerza, que le vino á caer encima, y le bañó la cara de una inmundicia que arrojó por la boca, como de cuerpo de tres días muerto; recibióla tan sin asco y horror, que aun no sintió el mal olor, que sería intolerable; tal era el afecto y fervor de los piadosos españoles, y el deseo de dar gusto á D.ª Luisa.

Sacaron, finalmente, aquel tesoro, que pusieron en unas talegas que llevaban hechas de las sábanas de la santa D.ª Luisa. Estúvolos esperando con harta pena; tardaron después de sacados muchas horas; hubo harto riesgo en llevarlos; llegaron felizmente á á su casa; recibiólos con una devota procesión que tenía prevenida. Estaba ella y sus compañeras en dos órdenes, con cada dos velas en las manos; fueron doce; aumentaban las luces las de su fe y devoción; estaba todo el camino, desde la puerta al oratorio, donde habían de aposentar las reliquias, esparcido de rosas y otras flores varias, y entoldadas de ramos las paredes. Recibiólos con devoción y reverencia; y con un tierno afecto, mezclado de gozo y dolor, los pusieron en una alfombra delante del altar del oratorio, cubiertos con un tafetán encarnado grande nuevo; esparcieron muchas flores olorosas encima; hincadas de rodillas tuvieron allí un rato de oración. En todo aquel día entero no las dejaron visitas de herejes conocidos; parece los traía el demonio; con tal gente no osaban descuidarse; tenían con llave los santos cuerpos.

Toda la noche siguiente se gastó hasta la mañana en limpiarlos del lodo y inmundicia que se les había pegado del lugar y de los ladrones, con paños secos y goticas de agua de la boca, por miedo de corrupción. Ungiéronlos con especies y cosas aromáticas fuertes, y enterráronlos en plomo grueso muy cerrado, que no podía entrar aire alguno, con que se conservan mucho tiempo sin corromperse. No quisieron los gentileshombres del Conde más premio que parte de los cuerpos.

Con ser moderadísima en su gasto, en estas ocasiones era pródiga. Dice en una carta hablando de otro caso semejante: «Costóme la Navidad pasada 17 libras, que cada una es 40 reales, el robo y preservación del último mártir, y fué baratísimo, y peligroso el ir á tomarle.»

Los cuerpos de estos invictos mártires se trajeron á España, y se veneran en Gondomar, en la capilla del Conde de esta villa. Y D.ª Luisa envió á muchas señoras y amigas suyas varios relicarios con la carne y huesos de los santos. Uno cupo á la Duquesa de Medina de Rioseco, madre del Almirante de Castilla, que estimaba por ser de tan santos mártires y enviado por D.ª Luisa. Cuando repentinamente se levantó aquel terrible incendio en las casas que vivía cerca de Santa María, que vimos, y lastimó á la Corte, se abrasó toda su ropa; hallóse el relicario en-

tero y salvo, respetóle el fuego, veneróle la llama, habiendo consumido las alhajas de la pieza donde estaba, lo cual se tuvo por conocido milagro.

CAPÍTULO XXX.

SIENTE GRAVEMENTE LAS PERSECUCIONES Y DESAMPARO DE LOS CATÓLICOS; CAE EN UNA GRAVE ENFERMEDAD, Y CÓMO SE HUBO EN ELLA.

El mar amargo de tribulaciones que navegó el esforzado valor de D.ª Luisa el tiempo que estuvo en Inglaterra, se alteró los últimos años de su vida con tempestades continuas y más esforzadas olas de aflicciones; la persecución de los católicos no sólo se continuaba con el rigor ordinario, acrecentábase por horas con increíble furor: los falsos Obispos de Cantorbery y Londres, sedientos de sangre católica, cebaban el horno de Babilonia; el fuego no recibía medida; sus fuerzas y poder, conformes al odio que tenían á la religión romana. No podía estar católico en Londres con seguridad alguna; las calles llenas de espías, por ver quién entraba ó salía de sus casas; hasta las mujeres y niños se empleaban en esto.

Cualquier accidente que sucedía en el mundo, caía sobre la cabeza de los miserables. Mató á Enrique, rey de Francia, un hombre desatinado, á quien ofuscó el demonio el juicio para hacer una atrocidad tan grande. Alteró este suceso al Rey de Inglaterra y consejeros; y como si los católicos fueran movedores

de aquel hecho, se embravecieron contra los inocentes con excesivo rigor; hízose una proclama, que todos tomasen el juramento y saliesen de Londres; hicieron por tres noches cherques ó pesquisas generales, desde las doce de la noche hasta las cuatro ó cinco de la mañana, con un alboroto grande. Hizo nueva instancia el Parlamento al Rey se pusiesen en ejecución las leyes contra los católicos. Movió con estas demostraciones el demonio guerra á muchos; causó notable miedo, por ser la pena y el rigor tan grandes.

Á la nueva de los casamientos de los Príncipes de España y Francia se conmovió el Estado, como si oyera prevenir armadas en los puertos de estos reinos contra Inglaterra; hiciéronse muchos consejos y juntas, la resolución añadir nuevos decretos contra los católicos, despachar pesquisidores por el reino con cláusulas de mayor rigor.

Estas cosas afligían grandemente el piadoso corazón de D.ª Luisa, que padecía en todos, mayormente desconfiada de remedio. Murió por este tiempo el padre Roberto Personio, de la Compañía de Jesús, varón que con gran prudencia, doctrina y valor, por muchos años, había animado los católicos, reprimiendo cuanto pudo el atrevimiento y furor de los herejes.

Andaba muy cansada con el cuidado de su casa, y alcanzada de salud, y sin arrimo en lo espiritual y temporal, y á ratos el ánimo parece desfallecía; mas siempre firme en la perseverancia entre las furiosas olas de aquel mar donde apenas se veía ú oía cosa que no fuese tribulación, levantaba los ojos y alma al cielo, donde esperaba el consuelo de sus penas, que nunca le faltó en medio de tantas amarguras y congojas.

Púsola nuestro Señor por estos días en una doblada prueba y en un crisol que, si bien purifica, abrasa y quema.

Casi todo el tiempo que estuvo en Inglaterra, además de sus achaques ordinarios, padeció enfermedades molestas; tuvo una el año de 10 de pesados accidentes, con unos profundos suspiros sin poderlos impedir, mucha sequedad y dolores fuertes en el cuerpo y cabeza; á todas excedió la que la afligió por este tiempo. Hallóse con notable devoción dos ó tres días antes de la festividad de la Ascensión de Cristo nuestro Señor, el año de 612, y muy tocada de aquel delicadísimo y dulce dolor del alma que solía tener en España. Crecióle este sentimiento la víspera de la fiesta, al anochecer, de suerte que le obligaba á repetir muchas veces aquellas palabras de la Esposa santa: *Fulci te me floribus, stipate me mælis, quia amore langueo.* Las flores y manzanas que la cercaron fueron unos dolorosos accidentes de una enfermedad terrible que le acometió la misma noche después de estar acostada. Hallóse repentinamente, sin pensar, engolfada en un mar de angustias y congojas, causadas de la fuerza de los humores; la enfermedad fué violentísima y semejante á la que tuvo en Valladolid, de que en su lugar hablamos; dispúsola nuestro Señor con aquélla á la jornada de Inglaterra (como pensaron algunos), con ésta á la del martirio y á las últimas finezas de lo que había de padecer por su Dios. Los dolores eran tales, que podían competir con los que padecen los mártires cuando los hacen pedazos. Era el comer imposible, por más fuerza que se hiciese; á un poco de pisto ó un huevo hacía declarada resistencia el estómago; el beber, único alivio del enfermo, movía el humor,

ni osaba hacerlo; decía el médico que tenía bien que hacer el corazón en sufrir la acerbidad de los dolores; el dormir era poquísimo, aunque de noche se aplacasen los dolores. Después de sangrías y purgas, y grandes crecimientos de calenturas, quedaba caída con sueño tan profundo, que no bastaban violencias penosas de orden de los médicos á despertarla; hallábase con suma flaqueza, y el sueño impedido, alivio mayor de los dolientes, le era verdugo casi tan riguroso como el dolor.

Cuando confesaba, fué algunas veces con tanta pena que no reparaba si hablaba inglés ó español; decía á su confesor: «¡Oh, señor, con qué angustias, con qué dolor he hecho esta confesión!», é interiormente ofrecía á Dios todo cuanto padecía en alguna satisfacción y penitencia de los pecados de otras. Sentía muchas veces en la parte superior del alma una dilatación y gusto grande de ver su cuerpo arder en tales tormentos por vengarse de sí misma por lo que había ofendido á Dios.

Apretaron los dolores una vez con extraña furia, y pasaron tan adelante, que ya parecía desfallecer la respiración notablemente, y dijo á su confesor con palabras dificultosamente pronunciadas: «Ocho horas hace que estoy así como me ve»; parecía que el dolor sólo la iba acabar la vida á toda prisa. El padre la respondió «que pensaba la tendría Dios así las horas de la pasión de su Hijo, desde el agonía del huerto hasta que expiró en la cruz.» Causóle esto algún consuelo; mas estaba el juicio y sentido tan trabajado y turbado, que apenas podía hacer discurso alguno, ni una pequeña reflexión en nada.

Por la costumbre grande de hacer actos de conformidad con la voluntad de Dios y haber ahondado

mucho en esto en el discurso de su vida, se hallaba diestra, haciendo á cada paso actos continuos de conformidad de su voluntad con la divina. Este día de tanta apretura probó el demonio, sin duda, hacer alguna suerte en su conformidad y su paciencia, viéndola con aquella notable flaqueza de cabeza y fuerza del mal. Estando el accidente en su mayor altura, pidió á Dios con fuertes gemidos, como un león que brama, la mirase en tanto mal misericordiosamente; recibió esta inspiración: «Si yo gusto de esto, ¿queréis vos otra cosa?» Ella, esforzada en su flaqueza, respondió: «No debo querer lo contrario, ni lo quiero»; ofrecióle el enemigo este torcedor al pensamiento: «Si Dios quiere que esta congoja y dolor sea eterno, ¿querráslo tú?» Y como vió el demonio que no podía en aquel tiempo ayudarse fácilmente del discurso del entendimiento, la representó la dificultad del caso con tal viveza como si hubiera de tener ejecución con su querer. Estancó el corazón, y rehusó entrar en aquel estrecho lance; mas al punto la razón, ayudada con gran luz, sintió el grave mal y tentación prestamente, y gimió á su Dios, diciendo: «¿Qué maldad es ésta, Dios eterno?» Alentóse el corazón, y ofrecióse mayor acerbidad de penas eternamente si era voluntad de Dios, mas no con tal resignación como quisiera; mas esforzando el afecto con una terrible fuerza (sin saber de sí misma ni dónde estaba en aquel tiempo), se ganó enteramente la razón, libróse de aquella pusilanimidad, y, animosa, se entregó á Dios totalmente, sin resabio ni repugnancia alguna, y hablando consigo decía: «Dios dará las fuerzas; yo á Él un pronto querer y gustar cuanto Él gustare en tiempo y eternidad»; y volviendo algo en sí (que esta pelea la tenía algo trasportada), halló su alma victoriosa y corrida de la tardanza, y el cuerpo con sus dolores. Las victorias de la vida hacen diestras las almas para ocasiones tales, que da Dios á sus más fuertes soldados, para que merezcan, con grande aumento, esclarecidas coronas.

Acabada esta pelea, quedó sin atender á más que ir sufriendo el dolor, diciendo con gran sentimiento algunas veces: «¡Oh Cristo soberano! ¡Oh eterno Dios!», con una sencilla memoria de paso, que de él le causaba su nombre, sin más devoción ó alivio. La fuerza de estos dolores duró este día, sin interrupción, desde las diez de la mañana á la una de la noche, y con quedar desflaquecida no comió cosa alguna por comulgar á la mañana, y holgaba de poder ofrecer á nuestro Señor la gran necesidad de tomar alguna cosa esta y otras muchas noches, por no dejar de recibir en su alma el verdadero consolador de sus males. Cuando las olas del humor se levantaban furiosamente era imposible tratar de comer alguna cosa, y si cesaban dadas los doce de la noche mucho menos, por no perder la comunión del día siguiente. Pagábaselo el Señor en que pudiese gozar de tanto bien comulgando al amanecer, aunque muchas veces no podía detener los gemidos del todo en la misa, á que le compelía el dolor. Vencíase mientras le daban el Santísimo Sacramento.

Tuvo por cierto D.ª Luisa que esta enfermedad excedió los límites de la naturaleza, y escribiendo de ella á una persona religiosa, dice: «Fué harto más rigurosa que la que tuve en Valladolid, y tan peligrosa, muy probable fué para mí, que su curso no fué natural, sino de extraordinaria ordenación de Dios; por cinco semanas especialmente padecí ta-

les dolores, que los juzgué por iguales á los del martirio. Fué cólica, que jamás dura en tan notable furia y rigor sino pocos días, y muchas misericordias me hizo nuestro Señor. Tuve fuera de la cólica otros muy mortales y rigurosos accidentes.»

Quedaron de esta enfermedad las fuerzas tan rendidas y acabadas, que dificultosamente podía volver en sí, aun después de muchos meses. Entre otras cosas que los médicos juzgaron por necesarias para convalecer, fué que mudase casa en parte más descubierta y de mejores aires, porque la estrechura de la casilla que vivía la acabaría sin duda. Bien echaba de ver que la mudanza era exponerse á conocido peligro de caer en manos de sus enemigos, que buscaban ocasión de echarla de Inglaterra, que era lo que más temía; hubo de seguir el parecer de los médicos.

Halló una casa conveniente cerca del Embajador de Venecia y más de una milla del de España; estaba á la salida del lugar, era bien alta y fuerte, despegada de casas por todas partes; llamábala ella su Orán; tenía huerta bastante, y por descubierta gozaba de buenos aires; fortificóse en ella como en un castillo que estaba desafiando al enemigo; dobló las puertas, no se abría la primera sin estar cerrada la segunda; un mastín ferocísimo en la huerta; no podía entrarse si no era con mano armada; pasóse á ella; llaman á aquel barrio Espetile; procuró vivir con muchísimo cuidado y recato, sin dar ocasión de su parte de ofensa á los ministros del Rey, y confiada en Dios se arrojó en los brazos de la divina Providencia, dejando el lado del Embajador de España.

Hablando de esta mudanza en una carta á una persona religiosa, escrita por Diciembre de 611, le dice: «Estamos necesitadísimas de oraciones yo y toda mi familia. Hémonos apartado de la sombra de España, y parece que representado la batalla de nuevo al enemigo en este campo do quedamos á la salida de Londres, do está nuestra casa sola sin ninguna otra que le toque, bien pueden sitiarnos si quisieren los enemigos.»

CAPÍTULO XXXI.

DE LAS COMPAÑÍAS QUE TUVO EN INGLATERRA Y RELIGIÓN CON QUE SE VIVÍA EN SU CASA.

Tuvo particular vocación de Dios la venerable D.ª Luisa de tener en su compañía doncellas honestas y virtuosas, y encaminarlas á gran perfección de vida. Comunicóla la Majestad divina un grande y extraordinario espíritu, una particular virtud para este intento; tenían sus obras y palabras y el ejemplo santo de su vida una eficacia rara. Escogióla el Señor para cosas grandes y dificultosas, no sólo á una mujer, mas á ministros evangélicos; y las personas doctas y espirituales que la trataron reconocieron en ella el gran caudal que nuestro Señor la dió, y que la mano de Dios obra hazañas heroicas con los medios que Él se sirve, tal vez flacos, gustando con ellos resplandezca su poder y gracia, en la que sin tasa comunica á algunas tiernas doncellas, como lo hizo con la venerable D.ª Luisa, tomándola por medio para ilustres obras, llenando á esta su esposa fiel y

sierva suya de una sobrenatural sabiduría y una prudencia rara para llevar á ejecución los intentos á que la destinó la divina y soberana bondad.

Mientras vivió en España tuvo, entre otras, por sus compañeras, á la madre Inés de la Asunción, priora de Villafranca, y á la madre Isabel de la Cruz, monja en el Real convento de la Encarnación de Madrid, ambas de la religiosa y santa reformación agustina. Corriera el dilatado campo de sus alabanzas si no temiera acibar el gusto con que van leyendo los sucesos de su santa señora en Inglaterra. Basta por ahora decir que merecieron el amor y lado de D.ª Luisa casi el tiempo que vivió en España; que siguieron sus pisadas; que gozaron de sus virtudes y ejemplo; que de su casa las trajo Dios á la suya, donde esposas regaladas del rey Cristo han perseverado tantos años, siendo dechado de virtudes, en todo parecidas á su maestra santa.

El tener criadas virtuosas en España, que llamó siempre compañeras, donde hay tantas que desean ser buenas y buscan ocasiones para serlo, no es cosa extraordinaria; fuélo mucho que en Inglaterra hallase doncellas católicas que pudiesen seguir su tenor de vida. Hízola nuestro Señor tan particular merced en esto, que nunca la faltaron doncellas en mayor ó menor número que la fueron fidelísimas, á quien redujo á vida recogida y religiosa, siéndoles maestra de perfección y santidad de vida. Sus ansias eran si pudiera reducir aquel reino á la religión católica y obediencia de la Iglesia y verdadera virtud; consiguiólo en las que pudo. El intento y pretensión que tuvo en esto lo dice en una carta á la Virreina de de Valencia, su prima. Son estas sus palabras:

«Estoy deseosa que en este erial, en esta selva de

sierpes y bestias fieras, nuestra pobre casita le sea á nuestro Señor apacible y deleitoso jardín, y lleva talle de ello sin embargo de mis miserias y poco buen ejemplo que doy á estas doncellas que me hacen compañía; porque son almas muy puras y resueltas á cualquier trabajo y dificultad por la gloria de Dios, y no desean salir de Inglaterra, sino perfeccionarse en ella, que es á lo que yo tanto me inclino y pretendo. Y que del mismo suelo do suben los espesos humos de enormes é innumerables pecados, no sólo en materia de religión, sino en el quebrantamiento de todas sus santas leyes y preceptos, suban el incienso y los perfumes aromáticos que templen la provocación, que esotro causa en el soberano acatamiento de Dios. Aquí, en deseando alguna llegarse de veras á nuestro Señor, se sale de Inglaterra á ser monja, y ese curso siguen todas sin excepción; pero estas doncellas, con sólo haber hecho discurso de mi trueque de España por Inglaterra, se han hallado trocadas y con llamamiento grande, á lo que parece, de asentar su real de vida perfecta y mortificada y pobre á vista de tantos fuertes escuadrones infernales; y espero crecerá el número de ellas, y si no les falta las calidades que se requieren para el espíritu, aunque sean tan pobres como las de hasta aquí, no creo las cerraré la puerta. Afligíanseme el otro día porque no hallaban labor, que la hacen buena, ni era posible vender, sino con notable pérdida, el oro falso que de mí han aprendido con buena maña y presto, por lo mucho que viene de Francia á bajo precio; yo las he procurado dilatar el corazón con aquellas palabras de nuestro Señor: *Quærite primum regnum Dei, etc.* Por nuestra cuenta corre, con su santísima gracia, gastar bien el tiempo y gobernarnos sin flojedad en lo que

es trabajo de manos y en lo demás que pide nuestra profesión; y por la de nuestro benignísimo Dios, el sustento y conservación de nuestra vida en el modo que á su Majestad más pluguiere; y sírvese de darme ánimo, y muy suficiente, contra el desmayo que puede causar el estado en que está Inglaterra para pedir en ella limosna, que es tal, que sólo quien lo toca de cerca lo sabe.»

Y en otra parte: «Procuro siempre tener mi casa junto á la de algún Embajador, donde hay capilla y se dice misa; acudo allá cada día con algunas de mis compañeras á oirla, y recibo el Santísimo Sacramento; luego nos volvemos á nuestro rincón, donde tenemos nuestro recogimiento y partidas las horas para nuestra religión, y la labor que hacemos de nuestras manos y otros ejercicios religiosos, como si, bendito el Señor, viviésemos en un monasterio. Es al fin, señora mía, nuestra casa como un castillo levantado en las barbas de los enemigos de la santa Iglesia; parece que está desafiándolos á todos juntos; tenemos nuestro perrazo de ayuda, y quien hubiere de entrar no lo hará sin ruido y tener yo lugar de esconder y escapar lo que se ha de poner en salvo, que por nosotras mismas no tenemos temor alguno; de ladrones nos libra la fama de pobres y aun de herejes también, porque su sed de dineros es insaciable.»

Vivían en esta casa con tan grande recogimiento, y fué tal la opinión de su honestidad y fama en materia de recato, que excede todo encarecimiento. Alaba justamente San Jerónimo á Santa Paula, que en Roma vivió con tan grande ejemplo de castidad que la fama, aun de los maldicientes, no se atrevió jamás á fingir cosa contra su crédito. «Dificultoso es,

dice el mismo doctor santo hablando de santa Marcela, en una ciudad maldiciente, en una corte donde en un tiempo estuvo el pueblo de todo el orbe, donde es la palma de los vicios el decir mal de los buenos, y amancillar lo más puro y lo más limpio, no dar alguna ocasión de rumor siniestro. ¿Quién jamás de esta señora oyó lo que desagradase y llegase á creerlo? ¿Quién lo creyó, que primero no se condenase á sí de malignidad é infamia?» Alabanza grande fué de estas ilustres matronas alcanzar claro nombre en una ciudad católica; mas no serles inferior la venerable D.ª Luisa en Londres, excede el crédito de los hombres. Válgome en esta parte de su testimonio, que, aunque en su causa, es certísimo; dice en una carta estas palabras, hablando del tratamiento que la hicieron en casa del juez en su prisión: «Y gracias infinitas sean dadas á Dios, que en recato y decencia de nuestras personas no había más que desear de lo que pasaba y ha pasado hasta hoy día á satisfacción de todo Londres, donde hay exquisitas malas lenguas y no mejores corazones, porque en ellos ni la Reina de España ni la infanta D.ª Isabel se escapan de malas mujeres y religiosas de monasterios; eso es cosa que en su opinión no es posible dejar de serlo, y hasta aquí he tenido dicha en eso con todos, que no la tiene su misma Reina, y antes me empiezan á dar alguna pesadumbre, por tenerme por demasiado retirada, y á toda nuestra casa.»

Fué, finalmente, como un monasterio de los recoletos de España: no sólo tenía estas doncellas en su compañía, mas también otras repartidas por mayor disimulación en las casas de los católicos, con gran utilidad suya; criábanles sus hijos cristiana y devotamente, y todas acudían á la santa D.ª Luisa, y se

gobernaban por su consejo y dirección, y la llamaban su madre y maestra. Su fervor en la religión era admirable. Sucedió que, saliendo un día D.ª Luisa de casa de D. Pedro de Zúñiga con su rosario en la mano, con la seguridad que si fuera por Madrid, un hereje de los que pasaban por la calle llegó á quitársele. Ana, su compañera, que iba con ella, arremetió á él y dióle grandes puñadas, diciendo: «Mal hombre, ¿el rosario queréis?» Corrido, dejó el intento.

Salieron estas doncellas todas muy grandes siervas de Dios, dignas discípulas de tan buena maestra; siguieron su camino, imitando cuanto pudieron su vida: no sólo el tiempo que vivió D.ª Luisa, mas después de su muerte, con notable constancia prosiguieron los loables ejercicios que les había enseñado; é hicieron grande provecho en muchas almas, y por su virtud eran muy estimadas y queridas de todos, y se les lucía muy bien haberse criado en tan buena escuela, y las señoras católicas deseaban tener alguna de las discípulas de D.ª Luisa, y la que la alcanzaba, le parecía tenía un gran bien para sus hijos, para que fuesen criados en virtud y cristiandad y guarda de nuestra santa fe, que su buena maestra les enseñó; porque fueron tan sólidas las virtudes y doctrina que aprendieron, y la semilla del cielo que sembró ha dado tan buena cosecha en aquel reino, que á pesar de los herejes, de sus trazas y persecuciones, y contra todo el poder del infierno, ha prevalecido en los corazones católicos y almas justas de estas hijas de D.ª Luisa, sin que la ponzoña de las herejías las haya podido dañar; porque ha sido tanta la luz y gracia de nuestro Señor que ha dado á estas siervas suyas, y la fidelidad con que ellas han correspondido,

que han admirado sus virtudes, y grande la fortaleza con que han resistido á tantas dificultades para perseverar constantes en sus santos ejercicios, herederas del espíritu de su santa maestra.

CAPÍTULO XXXII.

DEL MODO QUE DISTRIBUÍAN EL TIEMPO LAS COMPAÑERAS DE DOÑA LUISA, É INSTRUCCIONES QUE LAS DIÓ.

La costumbre antigua de la Iglesia de escribir las pasiones y vidas de los mártires en quien tuvo principio, y de los santos todos, no quedó sólo en darnos una noticia de sus combates, hazañas y victorias, mas también de sus virtudes, para mostrarnos el camino por donde hemos de seguirlos, sus ejemplos, en que debemos imitarlos; por tanto, ha parecido poner en esta historia el modo con que D.ª Luisa encaminó sus doncellas á la perfección cristiana. Dióles reglas para que tuviesen concierto sus acciones, que ella guardó severamente; servirán de instrucción á las que se animaren á imitarla. Dice así:

«En despertando á la mañana, lo primero que se haga será levantar el corazón á Dios nuestro Señor con el más tierno afecto de reconocimiento y amor que se pueda.

»Puestas en pie, ya con vestido, se postrarán luego en la tierra en la soberana presencia, y envuelto el corazón en los mismos afectos, se le ofrezcan con sumo deseo de que cada vez quede más seguramente

por suyo, y junten algún hacimiento de gracias por haber pasado aquella noche sin pecado.

»En esta devoción, y en aderezar y en componer sus camas, se gaste tan poco tiempo que no pase de media hora.

»La de levantar, sea en verano, desde la Resurrección hasta San Miguel de Septiembre, á las cinco, y desde San Miguel á la Resurrección á las seis.

»Recogidas todas en el oratorio, tengan una hora de oración mental, ayudándose de alguna lección que lo facilite, si así fuere menester.

»Los lunes y tres siguientes días de la semana, se ejercitarán en la consideración de las postrimerías, Muerte, Juicio, Infierno y Gloria, ahondando siempre en el conocimiento de sí mismas. Los viernes y sábados de la sagrada Pasión, muerte y sepultura de Cristo, y los domingos de la Resurrección; y cuando se hubiere de hacer mudanza en esta dirección, sea con aprobación.

»Tengan en su meditación atento y vigilante el corazón, procurando sacar de las diversas flores el rocío del divino amor en grado muy puro, aborrecimiento de sí, cansancio y mortal tedio con todo cuanto no es Dios.

»No sufran en sí flojedad ni descuido alguno en resistir ni desechar pensamientos bajos ó desconvenientes á tal ocupación; la abominación de los más nocivos y viciosos clara se está.

»Si conviniere que alguna tenga su oración á solas, cuando le pareciere así á la superiora podrá dar licencia para ello.

»Acabada la oración digan prima, y en el invierno, tercia y sexta.

»En el recitar de los salmos y oficio divino, cuiden

mucho de dar una acordada música al Rey celestial de sus almas; guárdense no haga disonancia en los divinos oídos la tibieza de afectos, falta de humildad y de profunda reverencia con que deben estar, ni aun pequeñas distracciones de ánimo que se adviertan.

»Salidas de las horas, acudirán á sus labores y manuales ejercicios, y en ellos se ocupen cuidadosamente, pero no les sea impuesta tarea, y no piensen les excusa de ociosidad el estar en su labor ó en cualquiera otra obra ó trabajo.

»El trabajar todas juntas ó apartadas queda á disposición de la superiora; la cual, conforme á la diversidad de los tiempos y de los espíritus, ordenará lo que juzgare ser de mayor aprovechamiento y de consuelo.

»Procuren con suavidad conservarse en la devoción y recogimiento con que salieron de la oración: si la salud corporal lo pidiere así, se podrá en este tiempo de labor hacer algún ejercicio en la huerta de casa ú otros solitarios y desembarazados lugares de ella con devoción y recogimiento.

»Guardarán silencio desde que se levantan hasta la misa, la cual, cuando se levantan á las cinco, se dirá á las ocho en su oratorio, y cuando á las seis, se dirá á las nueve.

»Cuando hubiere sermón, siempre sea después de la misa si se puede, y si no, la superiora señale la hora más conveniente en mañana ó tarde.

»Acabada la misa y el sermón si le hubiere, se diga nona en el invierno, y en el verano tercia y sexta, y la nona á las diez; en la Cuaresma se digan vísperas á las diez.

»Hasta nona, y desde ella al examen, cuando no impidiere el oratorio, se ocupen en la labor, y podrán

hablar cosas espirituales y de edificación, cuidando de no mezclar palabras vanas, y mucho más las que desayudan al espíritu.

»Pasados los tres cuartos de las diez harán el examen de la conciencia, y después de él, si sobrare tiempo, se podrá cada una divertir religiosamente á lo que quisiere hasta las once.

»Cuando se hiciere señal ó se llamare á cosa en que hayan de concurrir todas juntas, cada una acudirá á la cámara más cercana á aquel lugar, y junta y ordenadamente entrarán á él.

»A las once irán á comer en todo tiempo, y entrarán á la mesa con algún salmo breve, según el tiempo y fiestas, y delante de ella en pie, con los corazones levantados al cielo, la bendecirá la superiora brevemente. Asentaránse de la manera que fueren entrando.

»No se hablará sin precisa necesidad y con voz baja. La semanera de la lección leerá todo el tiempo de la comida si la superiora no hiciere señal que lo deje.

»No se gaste más tiempo en la mesa de lo que pide su religiosa profesión.

»Después de la comida, la relojera volverá el reloj de arena y tendrán una hora de recreación, templando las pláticas de entretenimiento con muy religiosa modestia.

»Pasada esta hora acudirán á sus labores ó á otras ocupaciones que estén á su cargo, y las necesarias á fregar por semanas, empezando desde la superiora, que en cuanto fuere posible debe darles ejemplo de humildad, siguiendo el de la profunda humildad de Cristo, explicada en aquellas palabras: *Ego autem in medio vestri sum, sicut qui ministrat.* Acabando allí, irán á su labor con las demás.

»Guardarán silencio muy preciso hasta las dos, y de dos á tres excepto en lo que se dirá.

»En la segunda hora de silencio, los días que le pareciere á la superiora, por lo menos uno en cada semana forzosamente, les hará una exhortación á las virtudes á todas juntas en la cámara de la labor, ó retirándose llamará á sí de una en una las que tuvieren necesidad de algún aviso ó corrección.

»En esta misma hora, todos los viernes, juntas en el oratorio, saludarán de rodillas á la Santísima Virgen nuestra Señora con el *Ave Regina cœlorum*, y asentadas ya en sus lugares, empezando de la menos antigua, cada una se levantará, y postrándose delante de la superiora, aguardará que la mande levantar, y puesta en pie dirá con modestia y discreción las faltas que reconoce en sí, guardándose de tocar en cosa que desedifique ó tenga alguna indecencia; y acabando, la celadora, si tuviere orden para ello ó suficiente causa, haciendo una muy baja venia á la superiora, dirá: «Con vuestra licencia, »diré lo que se le olvida ó no conoce de sí.» La superiora dirá: «Decidlo.» Y harálo sin alguna exageración en breves razones, demostradoras de un ánimo piadoso y caritativo; y habiendo acabado, la superiora les encargará el cuidado de sus almas brevemente en el grado que lo profesan, y se acabará todo con el *Miserere* y oración.

»Los días que esta hora estuviere vacía de las dichas ocupaciones se gaste en lección, que todas oigan, de historias y ejemplos de santos, ó otras cosas que sirven de doctrina y recreación, todo junto.

»Á las tres dirán Vísperas, oyéndolas aquellas á quien no tocare decirlas, si no fueren impedidas de la superiora, ó de ocupaciones que estén á su cargo.

»Acabadas Vísperas se diga la Letanía de la vida y muerte de Cristo nuestro Señor, en la cual hallarán muchas dulces estaciones de su amor y un almacén real do podrán seguir aqueste consejo: *Vos eadem cogitatione armamini*. Tras esto dirán el Rosario de nuestra Señora de cinco misterios. En la Cuaresma se diga esta Letanía y Rosario á la misma hora de las tres.

»Consiguientemente guardarán silencio hasta las cinco, y en Cuaresma hasta las seis, ocupadas en sus labores, y quedando algún tiempo vacío hasta Completas, seguirán la instrucción de los intervalos de antes de Nona, y después de ella hasta el examen.

»Este tiempo de silencio parece más de propósito para hablar con los que vinieren de fuera á ver á alguna, si para ello le fuere dada licencia; en lo cual, no habiendo negocio ó respetos que obliguen á juicio de la superiora, se gastará sola una hora, y con los de poco cumplimiento media ó un cuarto, y ninguna ha de estar con los de fuera sola, aunque sean mujeres y deudas suyas.

»Las Completas se dirán en verano á las cinco y media, y en invierno á las seis y media, y acabadas ternán media hora de oración por el reloj de arena, y se rematará con la Letanía de Nuestra Señora que se canta en Loreto, y *Sub tuum præsidium*.

»Si sobrare tiempo hasta la cena, seguirán la instrucción del cuarto antes de las once.

»La cena sea en verano á las siete, y en invierno á las ocho, procediendo con la misma orden que se declaró á la comida, hasta el fin de la recreación.

»Entrarán á Maitines, en verano á las ocho y media, y en invierno á las nueve y media.

»Acabados Maitines, se hará un breve examen de conciencia, y se tendrá disciplina lunes, miércoles y viernes, y en la Cuaresma cada noche, excepto, en todo tiempo, los domingos y fiestas solemnes, retirándose cada una á hacerla á sus solas.

»Los días que no la hubiere, se lee una breve lección de la meditación del día siguiente.

»Acabada, se irán á reposar en el Señor.

»Si á la superiora le pareciese, se podrá tener la disciplina por la mañana antes de empezar Prima; pondrán cilicios un día en la semana, y dos ó tres en la Cuaresma.»

CAPÍTULO XXXIII.

ALGUNAS COSAS QUE DISPUSO EN ORDEN Á PERFECCIONAR ESTE MODO DE VIDA.

Además de la distribución del tiempo les dió algunos documentos que abrazasen las principales partes de la vida espiritual y recogida, que tuviesen muy presentes y fuesen como instrucción de sus vidas; su tenor, con la nota de D.ª Luisa, es este:

«Viendo, mis caras hermanas, que Dios nuestro Señor os ha traído (como parece) á mi compañía con deseos de entregaros del todo á Él en la manera de vida más religiosa que os sea posible mediante su divina asistencia, que espero suplirá mis deméritos, he resuelto ordenaros aquí un modo de proceder y distribución de tiempo que procuraréis ejecutar con la mayor puntualidad y exacción que os permitiere el corto número de personas y estrechura de casa, y otras dificultades que, como veis, no poco

nos impiden; para todas las que se os opusieren idos disponiendo con gran dilatación de ánimo y resignadísimo corazón en la Majestad de Dios, pidiéndole con clamores de día y de noche su santísimo amor, y gracia tan eficaz, que venga á serle vuestra vida y muerte pura y aceptable ofrenda á su mayor gloria y salvación de las almas de vuestra patria, necesitadas de espirituales ayudas en el grado que sabéis: ojalá rematásemos nuestro camino con violenta y dichosa muerte por la confesión de la santa fe católica.

»Antes de pasar adelante quiero brevemente exhortaros á un estrecho vínculo de caridad y amor con que deseo os unáis, de suerte que no se pueda hallar más que un corazón entre todas, despidiendo muy al principio con toda diligencia cuanto pudiere entibiaros, y para alentaros á esta y otras heroicas virtudes acordaos de aquella era dorada de quien nos quedó escrito: *Multitudines autem credentium erat cor unum, et anima una.* De donde redunda y nace notable hermosura de exteriores acciones. *Ecce quam bonum, et jocundum habitare fratres in unum.* Y pues los católicos de Inglaterra se hallan en el estado de los de la primitiva Iglesia en cuanto á persecución de fe, imiten sus sagrados ejemplos, unión y suma paciencia en inmensos trabajos y dificultades, que así se fué aumentando y ensanchando la santa Iglesia católica.

»Y porque con dificultad se conservará esta conformidad de ánimos y gran perfección sin particular cabeza y gobierno, á cuya voluntad se reduzcan las demás, de suerte que pueda enderezar hasta las más menudas acciones vuestras, conviene que en nombre y lugar de la soberanísima Virgen María nuestra

Señora, que será vuestra más dulcísima y especial Superiora y Madre de misericordia, tengáis siempre señalada entre vuestras hermanas una de más aprobada virtud, prudencia y edad conveniente á quien obedecer, amar y respetar en todo, y confiad que la invisible dirección de la Santísima Virgen guiará la dirección visible á mayor gloria de Dios.

»Elegida superiora, lo primero á que acudirá sea á señalaros confesor y espiritual padre suyo y vuestro de asiento, si ya no le tuviereis cual conviene, á quien daréis muy particular cuenta de vuestras conciencias y espíritu con toda llaneza y verdad; respetadle y obedecedle, no como á hombre, sino como á quien Dios os ha puesto en su lugar: ya sabéis la importancia de esto y el desmedro y peligro en que pone el alma lo contrario.

»Adorna con no menos rico y dichoso nombre vuestra pobre Congregación llamándola Compañía de la soberana Virgen María nuestra Señora, el cual nombre y título se conservará siempre. Su imagen tendréis en eminente lugar en el altar del oratorio, y encima del de la superiora, en todos los que le tocan, y ella dejará su primer puesto vacío en señal de la suma reverencia y respeto debido á esta celestial Señora.

»Vuestro traje debía ser muy religioso, y ahora es fuerza que sea templado, con lo que pide haber de salir necesariamente fuera de casa á tantos ojos enemigos de demostraciones religiosas; pero mezclada esa prudencia con espíritu y ejemplo santo, evitando del todo, con cuidado, cualquier pequeña cosa que tire á vanidad ó curiosidad.

»La poca firmeza con que se puede asentar nuestro modo de vida en tan turbulento é inconstante

mar, como es el presente estado de Inglaterra, me ha hecho dudar algo en cuanto á los votos de obediencia, pobreza y castidad. Y, en fin, juzgo que no es bien defraudaros del gran mérito que os pueden causar, y ni pienso estaréis quietas sin ellos, ni sé cómo podrán ser bien reducidas voluntades varias á conformidad de vida perfecta con menos eficaz freno que el voto de estrecha obediencia. Á la pureza del alma y cuerpo os habéis mostrado inclinadas con suma estima y amor; y en cuanto á la santa pobreza os deja ya convidadas el evangelista San Lucas, prosiguiendo á lo que os apunté, sin casi poderse dividir, á mi parecer. Dice así: «*Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una, nec quisquam eorum, quæ possidebat aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia.*» Y, primero, en el capítulo II: «*Omnes etiam qui credebant, erant pariter, et habebant omnia communia, possessiones, et substantias vendebant, et dividebant illa omnibus, prout cuique opus erat.*» Y advertid que entre ellos había gran número sujeto al yugo del matrimonio y puestos en dificultades de persecución de fe, y, sobre todo, se animaban con los consejos evangélicos en que se sirvió Cristo nuestro Señor declararnos su mayor gusto y contentamiento.

»Sobre aqueste presupuesto, sin temor, y con gran confianza en la majestad de Dios nuestro Señor, haréis los tres votos de estrecha obediencia, pobreza sin propio y castidad, añadiendo un cuarto voto de muy especial obediencia y reverencia, aliende y demás de la que es debida de los fieles católicos á la santidad del romano pontífice Paulo V, y á todos sus sucesores, canónicamente elegido en la apostólica silla de San Pedro. Es bien hacer mayor esfuerzo y

resistencia contra las herejías de nuestro tiempo en aquella parte do ellas se esfuerzan más á batir la muralla de la santa Iglesia católica.

»Vuestra vida ha de ser en común, y ninguna ha de poseer cosa en particular como propia, sino el uso de las que hubiere necesidad, concedido por la superiora, á cuyo arbitrio queda el juzgar cuánta sea la necesidad de cada una, habiendo primero oído con grande benignidad lo que de sí le quisieren decir, y de sí misma cuidará siempre de cuanto advirtiere tocar á la salud y consuelo de todas. No os parezca la vida común dura, porque no os halláis en formadas casas de religión de tierras católicas; considerad el ejemplar que os he puesto delante de los ojos. Ni el vivir con gran pobreza, del todo arrojadas en los brazos de la divina Providencia, si amáis de veras á Dios, que por vuestro amor se hizo pobre, y bajó hasta el más ínfimo grado de necesidad y desprecio; antes seguiréis sus pasos codiciosamente, y el ánimo y gallardía de los que os van delante condenará cualquier tardanza vuestra y hará insufrible, por temor de no caer en aquella severa reprensión de Moisés al pueblo de Israel: «*Generatio perversa, et infidelis filii*». Tomaréis el consejo del apóstol San Pedro: «*Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini.*» Armaos con este pensamiento contra toda deslealtad á Dios, y sobre esto velaréis con cien ojos atentos para no consentir que en vuestro corazón no éntre ni salga cosa de tal calidad, aunque os costase contento y vida; que por Dios nada se pierde, antes se trueca en mejor.

»Pondréis el posible cuidado en andar en preferencia de nuestro Señor ordinariamente, por ser manantial de grandes bienes, y creed que, al paso que

aprovecharéis en esto, crecerán vuestras espirituales riquezas. Amaréis y estimaréis en mucho los ratos retirados de oración, procurándolos fuera de las horas que están señaladas; pero no de manera que hagáis ni un solo punto falta á la obediencia ni á la caridad de las hermanas, y á otra cosa alguna de las que se han de hacer en casa, en que podáis ayudar y estén á vuestro cargo. Emplearéis el tiempo de la oración bien, aunque os cueste trabajo y dura pelea contra pensamientos vagos, que, como sanguijuelas, chupan toda la sustancia y fuerza que en este santísimo ejercicio ha de recibir el alma, y la debilitan y secan notablemente.

»No os paguéis de ternuras y gustos poco macizos y sólidos; mas cuando la devoción sensible os desampare, súplalo la fe y perseverancia. Poned delante de vuestros ojos el ejemplar de Cristo en un pesebre, y muerto en una cruz, y representad á este Médico celestial las llagas que más os impiden y parecen incurables, pidiéndole humilde y confiadamente las sane, y os dé luz y amor eficaz para obrar lo más perfecto, y transformaros del todo en Él. No os olvidaréis ningún día, en su soberano acatamiento, de las necesidades de la santa Iglesia, instando por su acrecentamiento y conversión de las almas que están fuera de ella en todo el universo mundo. Rogaréis por los fieles difuntos que padecen en el purgatorio; por la salvación de vuestros deudos y amigos, y por los que con espirituales ó temporales beneficios, ó con sus oraciones, os tienen obligadas, porque Dios no ama los ingratos y fríos en la fraterna caridad, y esto se puede hacer con gran fruto.

»Procuraréis corto discurso y encendido afecto; os guardaréis de ilusiones en la oración y fuera de

ella. Daréis cuenta muy menuda de todo lo que sintiereis en estas materias á vuestro confesor y superiora; esto os librará de muchos peligros y engaños del demonio, y os causará gran consuelo y dilatación si procediereis en ello con verdad, sinceridad de ánimo y humildad.

»Seréis muy exactas en guardar silencio trocando conversación, de modo que cuando la lengua callare con las hermanas, hable el corazón con Dios ó escuche con los amigos que dice la santa Esposa. Pedidle os haga oir su voz y eterno verbo, que en todas las cosas por Él criadas nos está hablando, y en sí mismo con suma alteza y primor. No os derraméis en pensamientos vanos y llenos de imperfección, porque este tal silencio sería para Dios fruta aceda y sin sazón.

»Huid con todo cuidado la ociosidad, á quien llama San Jerónimo madre de todos los vicios con gran propiedad. Ponderaréis que, con ser tal cual es la liberalidad de Dios, quiso dejar (generalmente hablando) librada la conservación de la natural vida humana en la comida, y ésta en el sudor del rostro, como Su Majestad dijo á Adán, y en ocupación y trabajo y más trabajo; misericordiosa traza para librar al mundo de tan peligrosa bestia; porque si, siendo tan malos los que en él están ocupados por sólo conservar su vida, no se hallaran con necesidad de comer y vestir, fácilmente se puede considerar dónde llegaría la soberbia y la maldad.

»Encárgoos mucho que todo el tiempo señalado para el trabajo de manos lo gastéis aprovechadamente; no penséis que os excusáis de ociosidad por hacer labor y ocuparos en cualquier otra obra y trabajo de manos si lo hacéis con flojedad y grande re-

misión, que poco ó nada aprovechéis á la necesidad de la casa, ni al alivio de la carga que la superiora tiene de su provisión y sustento. Á las tales bien se les puede aplicar la calidad de la mosca, como San Francisco llama á los frailes ociosos y de poco provecho que huelgan de sustentarse del trabajo de sus hermanos.

»Tanto somos mis hermanas en verdad, cuanto somos delante de los ojos de Dios, y no más. Bien podremos engañar á los hombres y á nosotras mismas, mas á Dios nuestro Señor no es posible.

»Muy buena y provechosa es la virtud que se ejercita en diversas religiones y monasterios que se han fundado en otros reinos; mas yo os aseguro que será muy aceptable á la Majestad divina si tratareis de veras de toda la perfección posible aquí en Inglaterra, para que el olor suavísimo de vuestros fervorosos deseos y santas obras suban al cielo y pidan misericordia contra tanta abominación de herejías y otras maldades que se cometen cada día é incitan á su divina Majestad para tomar venganza.»

Con estos documentos y razones las iba animando é instruyendo.

CAPÍTULO XXXIV.

RESUMEN DE LAS VIRTUDES DE DOÑA LUISA, Y EL GRADO Á QUE LLEGÓ EN INGLATERRA.

La regla más cierta y ordinaria con que miden ó rastrean los teólogos la santidad que reparte la prudentísima disposición de Dios á sus más queridos

siervos, es del puesto ú oficio que les encarga; de aquí miden ó tantean la grandeza de sus virtudes, gajes con que hacen el gasto al ministerio.

Fué tan extraordinaria y rara la vocación de la venerable D.ª Luisa de vivir entre herejes y en las ocupaciones que hemos visto, que, si se hace la justa ponderación que el caso pide, necesita, al más helado afecto á confesar que fué rara la virtud, la asistencia del divino espíritu para llevar hasta el cabo, con tal tesón y fortaleza, obras que tan notoriamente exceden las fuerzas de una doncella enferma, delicada y encogida.

No trato en este lugar de las virtudes que fueron materia de los dos primeros libros, ni de las que hemos después visto, sino de algunas á quien les faltó lugar y se han reservado á éste, y resplandecieron en Inglaterra en grado más levantado. Valdréme (como hasta aquí) de algunos trozos de sus cartas, que escribió con gran medida en aquel penosísimo, si voluntario destierro, para algún alivio suyo, comunicando á grandes siervos de Dios, que con las suyas la obligaron á esta correspondencia.

Su ocupación y modo de vivir fué ejecutar las reglas que dió á sus compañeras todo el tiempo que obras de mayor caridad no la obligaban á transferirlas ó alterarlas. Fuéles siempre delante en el ejemplo.

No será dificultoso persuadir su pobreza evangélica, compañera inseparable de su vida, en lo exterior forzosa. Cuando pasó de España fué su intento pedir de puerta en puerta, sin embargo del temor que la ponía su estómago fácil y asqueroso y que la había de acabar la vida. Contentóse nuestro Señor con el amago, porque con una suave providencia la proveyó de todo lo necesario por medio de los Embajadores

de España y otras limosnas en que tenían prelación tantos gastos forzosos de la gloria de Dios y socorro de sus siervos.

Mas la pobreza de espíritu y afecto, el desasimiento de cuanto tuvo en el mundo, fué raro. Queriendo los Padres de la Compañía del Noviciado de Lovaina, sabiendo sus necesidades, enviarla algún socorro de la renta que ella con tanta liberalidad les había dado, al que se le ofreció (habiendo hablado de la carestía de Inglaterra y poca posibilidad suya), dijo: «Pero con todo eso me da nuestro Señor notable gusto y desahogo en ser pobre; y si vuestra merced no quiere agraviarme y ofenderme bravamente, no me ofrezca dineros que pueden tocar á la miseria que les di, que no me es tolerable; y la verdadera y apacible caridad para mí será, y debida á mi grande amor, tomar lo que allá quisieren dar para mí, y enviármelo encaminado por vía del P. Balduino.»

Estaba tan constante en esta resolución, que habiéndola escrito una persona muy suya, que tenía noticia de la estrechura con que pasaba en Inglaterra, que pidiese á los mismos padres alguna ayuda de costa de la hacienda que les dió, responde estas notables palabras, que muestran grandemente su confianza en Dios y la providencia de este gran Señor para con ella. Dice así:

«Cuando me resolví sobre todo mi merecimiento, por sola la inmensa benignidad de mi dulcísimo Señor, á seguir sus dulces pisadas en pobreza, menosprecio y dolor, y si como fué una miseria fuera un opulentísimo reino lo que estuvo en mi posibilidad, creo cierto que lo está Su Majestad de que el pobrecillo corazón hiciera con igual gusto su ofrenda, ó, por mejor decir, con mucho mayor, y ése crece cada

día; de manera que no pienso hay de mi imaginación cosa más lejos que lo está quejarme de la pobreza, y mucho más quererla remediar con tornar á tomar lo que ya con tanta felicidad mía se sacrificó y dió al poderoso y soberano Dios, en cumplimiento y ejecución de su divina palabra y santísimo consejo, en el cual no hay motivo alguno de volver el rostro y la mano atrás; porque antes se da por medio eficaz para levantar mejor el corazón á Él, y poder colocar todas nuestras esperanzas en su suma dulzura; y si me hubiese de quejar de algo, sería de Su Majestad dulcísima, por pasar con tanta brevedad con las pruebas de pobreza, que apenas han asomado, cuando ya su benigna providencia las está remediando; y lo más ordinario es prevenirlas tan de su mano que no se pueda dejar de conocer y adorar, y de sus promesas dulces que no nos faltará. Es el Sr. D. Pedro de Zúñiga tan cuidadoso ejecutor y medio tan liberal, que, cuando no hubiera Su Majestad prevenido más, ése basta para traer el corazón muy deshecho en amor de este gran Señor; y experimentando aquella antigua y liberal misericordia, hecha con no menos grandeza y majestad, es fuerza prorrumpir muchas veces con las palabras del salmo: *Paravit mensam in deserto.* Y pienso que mi caso es uno de los fuertes motivos que puede haber para confiar en Dios. Y antes de salir de esta materia me diga vuestra merced por su santísimo amor, y así Él se le dé como desea, aconsejárame vuestra merced, si yo le pidiera consejo, que volviera á tomar de lo que dejé, aun cuando los pobrecitos de Cristo que lo tienen no estuvieran tan sumamente necesitados de ello. No lo creo yo por cierto de su espíritu de vuestra merced, y más habiéndome dado nuestro Señor tanta dilatación en este

caso, que suelo decir que no sé cuál hace ventaja á cuál, entre el no temer que me ha de faltar, ó no dárseme nada que me falte; y esto hace Su Majestad en una complexión tal, que parece se quiso esmerar su mano en hacerla delicada para sólo este efecto, y en una salud y fuerza tan quebrantada del tiempo atrás, y tan derrocada cuanto parece lo puede estar, pues la tierra y soledad y los desarrimos ya se pueden considerar fácilmente.»

El Marqués de la Hinojosa, que fué de los Consejos de Estado y Guerra y Presidente de Indias, estando en Inglaterra por Embajador extraordinario, viendo la necesidad que padecía D.ª Luisa, la dió 500 escudos de oro. Agradeció la dádiva, y dijo «que aquel socorro se le hacía como á hija de sus padres, no como á una pobre ordinaria como ella lo era». No admitió un real solo. Humildad y pobreza que edificó al Marqués sumamente.

Ilustra á aquella hazaña, y prueba su motivo y lo que estimaba el ser tenida por pobre, otro caso de este género de diferente suceso. Significó el P. Lorenzo de Aponte á D.ª María de Vergara, amiga de D.ª Luisa, la gran necesidad que padecía en Londres, y pidióla algún socorro; dióla 500 ducados; tenía poco más de renta. Liberalidad que admiró, cuando una gran señora á quien expuso el mismo aprieto, teniendo amontonados los dineros, no quiso dar una blanca (no se sirve Dios de las haciendas de todos). Aceptó D.ª Luisa la limosna con notable agradecimiento; recibió como pobre aquel alivio de su necesidad. ¡Qué gran virtud de mujer! ¡Qué gran prudencia de espíritu! ¡Qué gran desnudez de las cosas de la vida! ¡Qué amor á la pobreza! ¡Á su nobleza qué aborrecimiento, pues no quiso recibir lo que la

daban como á noble, y estimó lo que la dieron por pobre de Jesucristo!

Su traje fué humildísimo, mezclado de flamenco y español, de anascote casi siempre roto, y un tafetán negro sobre la cabeza. La comida cortísima, sin que no podía pasar precisamente; su regalo fué el ayuno, que ella llamaba natural hastío; las continuas enfermedades la obligaban á mirar mucho la mayor parte del tiempo que su comida no fuese cosa grosera, sino delicada; decía no se habían de esperar milagros, mayormente en fuerzas tan quebrantadas como las suyas, sino poner los medios de salud usados de la industria humana. Menos que en enfermedad ó necesidad urgente no admitía ave, que dejaba gustosamente cuando la salud daba lugar; pasaba con un poco de vaca ó ternera, que es el carnero de aquel reino.

Jamás admitió la mesa de los Embajadores, y una Pascua se tuvo á caso raro dejarse convidar un solo día. Sus penitencias eran continuas, excedían á sus fuerzas, débiles con tantos trabajos y enfermedades; mas su celo y ver á Dios ofendido esforzaba su flaqueza con riesgo de su vida. Halláronle algunos instrumentos con que afligía su cuerpo, que vino á reducirse á una extremada flaqueza. Su rostro y aspecto, penitente y atenuado. Andaba buscando nuevas trazas de macerar su carne, como si entonces comenzara á hacer vida espiritual.

Su cama, los años últimos, fué un jergón de paja, que después de grandes porfías había alcanzado de su confesor, que por justísimas causas la mandaban usar en esta parte de algún alivio; fuéle esta licencia de gran gusto, y cuando se iba á acostar daba gracias á Dios por este beneficio, y decía: «¡Alabado

sea Nuestro Señor Jesucristo, que antes de mi muerte me ha dado tan buena cama! ¿Es posible que, habiendo estado tanto tiempo en Inglaterra, no la haya podido alcanzar hasta ahora?»

Pasaba muchas veces las noches en oración, las que podía delante del Santísimo Sacramento. Hallábase con unos deseos encendidísimos de mejorar vida; sentía hacérsele el corazón tan grande, que le parecía no le quedaba lugar en el pecho. Teníase por inútil, y desapareciéndosele todo lo que hacía, ponía su confianza en Dios y su divina asistencia.

El conocimiento propio y de sus faltas y miserias, fundado en su profunda humildad, es materia de mucha parte de sus cartas; por todas sirva esta cláusula de una escrita á la madre Mariana de San José, priora del convento de la Encarnación, á quien con mayor claridad descubría sus sentimientos. Dice así:

«¿Cómo podría yo, señora de mi alma, hacer que vuestra merced conociese la mala cuenta que de cuanto ha puesto en mis manos le doy á este sumo y dulcísimo bien nuestro? Véome llena y cercada de las innumerables faltas é imperfecciones que manan de mi corazón, y las llagas que parecieron sanas en aquel sacrificio de España y cuanto en ella se dejó, ahora vengo con gran razón á decir muchas veces, si no con el dolor que debo, con uno bien grande: *Putruerunt, et corruptæ sunt cicatrices meæ a facie incipientiæ meæ.* Mi locura mil veces renovó y renueva tales lastimosas y lamentables heridas.»

Decía á nuestro Señor de ordinario que, cómo siendo tan sumamente benigno, dulce y bueno, y sus males tales, no llegaban á lastimarle hasta el total remedio. Porque sus fuerzas no bastaban.

De este conocimiento, origen de innumerables vir-

tudes, procedía un encogimiento grande, una reverencia suma para llegarse á la sacrosanta mesa del altar, hasta reducirse á punto de abstenerse. Dice unas palabras sentidísimas á la madre Inés de la Asunción, que avergüenzan á los que tan sin empacho y temor llegan al manjar divino.

«Cuando me considero en tal vocación y veo cuál soy, llego á comulgar con afrenta, y me parece que cuantos hay presentes conocen lo mismo, y me fuera alivio llegar á solas ó menos en público. Con esto me esfuerzo á esperar en mi dulce Señor que ha de ser aquél el postrer día de mis grandes males y de su larga paciencia; y se lo suplico así, mas no llego á conseguirlo, con que los gemidos crecen. Y si quiero castigarme en dejar el pan del cielo alguna vez, paréceme intolerable y más que sangriento caso, predominando un afecto que no consiente ejecutarlo. Y por último remate, puesto en las manos de la espiritual guía, dice: «Llegaos». Y llego (Inés) como allá. Abra, la suplico, la puerta á la lástima que pretendo que me tenga, y ayúdeme con instancia, y pida cuantas oraciones pudiere de esas santas compañeras.»

Su agradecimiento y amor de Dios fué grande, mayores las misericordias con que continuamente la favorecía; íbala pagando adelantadamente las finezas la fidelidad con que le servía. Renovaron en Doña Luisa estos afectos unas palabras que la escribió á Inglaterra aquel varón insigne, igualmente santo y docto, el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Agustín Antolínez, arzobispo de Santiago, de la orden de San Agustín, maestro primario á Salamanca de Sagrada Teología, á España de virtudes. Díjola así en una carta, entre otras cosas: «Haga memorial de deudas de nuestro Señor para procurar pagarlas;

pero no le haga, que son tantas que no podrá hacerlo.» Ponderando estas palabras la santa D.ª Luisa, dice á la madre priora:

«Parecen palabras llanas, mas prometo á vuestra merced que yo me anego muchas veces en sólo aquello: «Y no le haga, porque son tantas que no podrá »hacerlo.» Y saliendo de ahí, vuelvo á mi pobre espíritu, y hállole lleno de bajeza, de mil diversos géneros de imperfecciones y desleales pensamientos, y querría clamar con el Apóstol, y decir que soy la primera de los pecadores. El amor se esfuerza entre todo; pero apenas llega á aliviar al alma, porque luego queda deshecho y consumido en el inmenso fuego del de Dios, como una gota de agua que cae en una ardiente fragua, y véome pobre de amor, y querría mendigarle de todas las criaturas, y con una voz sonora que se oyese en todo el mundo preguntar á sensibles é insensibles cuánto aman á su Criador. En el cielo sólo, señora, se satisfará esta sed, amando con perfección y sin impedimentos ni nieblas, la boca puesta en las corrientes gloriosas de su felicísima vista.»

A este amor llegó con una gran abstracción de todo cuanto hay criado, y un desasimiento raro de carne y sangre, y de cuanto estima y aprecia el juicio de los mortales; estaba tan apartada de las pretensiones y aumentos temporales de los suyos, que habiéndole pedido D. Alonso de Carvajal, su hermano, unas cartas de favor para algunos ministros que las estimaran, y valídose de una persona á quien Doña Luisa tenía particular amor, respondió á su hermano estas palabras:

«La madre Ana, con su gran caridad, me ha pedido escriba cartas en favor de vuestra merced á algunos, y me riñe porque no lo hago. Los que desean hacerme alguna merced, ¿no saben ya que holgaré yo naturalmente que la hagan á vuestra merced en lo que fuere justo y no contrario al servicio de nuestro Señor? ¿Qué cosa más indigna de mi profesión puede haber que quererla yo hacer instrumento de los temporales aumentos de mi hermano ó deudos? Si fuera acrecentamiento de amor de Dios y de su salvación, viniera bien. ¿Piensa vuestra merced que toma nuestro Señor bien esas cosas? Pues no las dará buen suceso por este camino.» Y en otro lugar dice: «Vuestra merced me escribe que desea sea embajador mi hermano, y muy de veras me aprieta que lo procure; ya yo estoy muerta para tales cosas, y aborrezco meterme con deudos muchísimo, si no es para darles algún buen consejo.»

Fué, finalmente, su obrar tan inculpable en medio de aquella Babilonia, en la ocurrencia de cosas tan diversas, que no la embarazó el voto qne había hecho de obrar lo que entendiese ser de mayor perfección. Y á un religioso que por carta la preguntó lo que pasaba en esto, le respondió desde Londres: «No sólo (habla del voto) me ha sido embarazo, ni causa escrúpulos como vuestra paternidad dice en la suya, mas por la bondad de nuestro Señor no me acuerdo hasta hoy haber tenido que confesar cerca de esto.»

Fué el tiempo que estuvo en Inglaterra un ejemplar de todas las virtudes, ejercitándolas en un heroico grado. Cuádranla muy al justo las palabras con que el gran padre de la Iglesia, San Jerónimo, remata el elogio de Santa Asela, virgen, á quien tanto imitó la venerable D.ª Luisa, aunque en corte diferente.

«No hay cosa—dice—más apacible que su severi-

ridad; ninguna más triste que su suavidad; ninguna más suave que su tristeza. La palidez de su rostro, si muestra su abstinencia, no huele á ostentación; su hablar callado, su silencio elocuente; el paso, ni apresurado ni espacioso; el semblante siempre el mismo; un aliño descuidado, un vestido inculto; el aseo sin aseo: sola con la igualdad de su vida, mereció, en una ciudad dada á pompas, á lascivias y deleites, en la cual ser humilde es miseria, que los buenos la alaben, los malos no se atrevan á decir mal de ella, y las viudas la imiten y las vírgenes, las casadas la respeten, las menos recatadas la teman, la reverencien los sacerdotes.»

CAPÍTULO XXXV.

PRENDEN SEGUNDA VEZ Á DOÑA LUISA CON GRAN DEMOSTRACIÓN.

Rota tiene la guerra la herejía contra la castidad, implacable el odio con que la persigue y á cuanto hay en la Iglesia para su guarda y defensa, votos, clausura, retiro; y aunque con todas las virtudes que forman un verdadero cristiano es enemiga declarada, su principal esfuerzo pone en desterrar del mundo la pureza de vida, la continencia, la austeridad de costumbres, teniendo éste por el más eficaz medio para dilatar su imperio. Con este intento tala, pone fuego á los monasterios, alcázares donde se defiende la virginidad y continencia de los peligros del mundo. Ya vimos el estrago que hizo Enrique en los conventos de Inglaterra. Y alarga tan licenciosamente

las riendas á toda sensualidad, que es cosa frecuente entre ellos (caro horrible) que si algún sacerdote ó religioso de los nuestros cae miserablemente y pasa al bando enemigo, aunque obligado á castidad con voto, la prenda de haber faltado á la fe es casarse. Si sucede tal vez que la doncella que dedicó á Dios su cuerpo con promesa, en convento ó fuera de él, falta á la religión católica, luego ha de tomar marido. Y esta maldad, no sólo se consiente, se alaba y recibe con aplauso; y en estos incestuosos adulterios triunfa su Iglesia, siguiendo á su primer caudillo, el execrable Lutero, que despreciado el hábito religioso, atropellados los votos y sacerdocio, no se avergonzó á vista del mundo infamarse con un abominable matrimonio; y porque no faltase circunstancia á la impiedad, tomó por compañera en su delito á una virgen consagrada á Dios. Maldad á que faltan palabras, mejor dijera hogueras.

Y no contentos con estas obscenidades, las apadrinan calumniando la pureza de la religión católica. Pasó el caso en presencia de testigos fidedignos. Preguntó el rey Jacobo á uno de sus Obispos qué sentían los doctores católicos de la fornicación; si la tenían por pecado venial ó mortal. Respondió que había escritores católicos que la contaban entre los veniales. Hallóse presente Juan Barclay, aquel prodigio de erudición é ingenio de estos tiempos y gran católico, y dijo con indignación que no había autor que tal dijese. Entró á este tiempo otro Obispo de no poca fama entre ellos. Díjole el Rey: «Aquí dudábamos si los católicos romanos tienen la fornicación por pecado venial ó mortal.» Pasó el buen Obispo la mano por la barba, meneando con fastidio la cabeza de que le hiciesen juez de una cuestión tan clara, y

dijo: «Venial, serenísimo señor, venial.» ¡Oh cabeza engañadora, igualmente engañadora é ignorante! ¿Eso enseñas á aquel pueblo? ¿Así infamas y calumnias la pureza y santidad católica, que para defenderla de ese error tiene armados escuadrones de doctores, sin que le falte uno solo, si no es que quiere excusarse su ilustrísima de ignorar verdad tan manifiesta, con que puede acudir poco á los libros con el cuidado de festejar su mujer, criar y aumentar los hijos? Llama un abismo otro abismo, la sensualidad á la ignorancia.

A gente tan torpemente engañada, era forzoso serle aborrecible el retiro, la pureza de vida de Doña Luisa y de sus compañeras; de aquí tomaron ocasión de perseguirla de nuevo con mayor esfuerzo; y aunque vivían con la mayor disimulación y silencio que les era posible, no pudo aquella lumbrera de santidad dejar de esparcir sus luces, y así resolvieron quitar delante de los ojos aquella reprensión de sus lascivias.

Había casi dos años que vivían en la casa que dijimos en el Spetile: era como una fortaleza; los soldados doncellas virtuosísimas, y no con falta de ánimo, y en causa gloriosa y felicísima ninguna temía, resueltas á padecer animosamente cadenas, cárceles y cuanto aflige á los católicos. En las recreaciones de sobremesa y fiestas gastaban largos ratos en la instrucción de lo que se había de hacer en los encuentros y dificultades de la persecución, por lo que importaba estar siempre sobre sí y prevenidas. Muchas veces las hablaba D.ª Luisa en esto, y en la malicia y obstinación del enemigo cuánto importaba el silencio, y que no había cosa buena en Inglaterra que sabiéndose no fuese interrumpida: defendióles la

pobreza; con ella pasaban con gran quietud su vida, no sin recelos de los golpes que las amenazaban.

Vino en este intermedio á Inglaterra por embajador de España D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, del Consejo de Hacienda de Su Majestad, después del de Estado y Guerra, caballero de excelentes partes, que á las finezas del servicio de su Rey supo juntar la destreza de prudente cortesano, grato á cuantos le trataron; supo ganar voluntades aun de los más extraños con el arte real de la prudencia, humanidad y agasajo; estimó en mucho á D.ª Luisa; halló en él una muy dulce acogida; sentía verla tan apartada de su casa; echó de ver el riesgo á que estaba expuesta.

Deseaba grandemente el engañado Arzobispo de Cantorbery haber á D.ª Luisa á las manos, intentado por él diversas veces siempre en vano. Si le ofendió acudir á las cárceles y esforzar á los católicos, ya de esto se había retirado por consejo de sus confesores. Su odio á la virtud y á D.ª Luisa le incitaban á buscar nuevas causas, é irritado de que no saliese en público se ofendió del encerramiento de su casa, dió en decir era monasterio, y que en él se vivía con clausura y reglas. Procuró antes de venir á rompimiento hallar algún achaque dentro de casa para descubrir algo de lo que deseaba. Intentó meter algún alguacil ó espía, hasta enviarlos disfrazados en traje de palanquines, y con pretexto de tener orden de los magistrados de poder entrar en cualquiera casa de Londres para cosas tocantes al bien público, como buscar salitre para pólvora. Mas ni esto ú otra invención pudo prevalecer contra la gran prudencia y vigilancia de D.ª Luisa, ayudada de la protección de los Embajadores católicos, en particular el de Espa-

ña, á quien los remitía, diciendo que sin su noticia y licencia no se atrevía á abrirles.

Viendo el falso Arzobispo que su dañada intención no tenía efecto sin manifiesta fuerza, afrentado de verse vencido de una mujer encerrada, insistió en que la casa de D.ª Luisa era monasterio, que vivían con votos que en él hacían y ejercitaban lo que profesaban las monjas de España. Habló en esto al Rey y Consejeros para que remediasen un daño que, si luego en los principios no atajaban, se iría dilatando con gran perjuicio de su nueva religión, que se introdujo derribando monasterios, y peligraría si volvían á fundarse. Exageraba la gran clausura que se guardaba en la casa, intentada romper por sus alguaciles siempre en vano; que era imposible fuese más estrecha la de ningún monasterio, y era forzoso para saberse de raíz entrarse con mano armada.

Estaba el Rey á la sazón irritado con el libro que contra sus errores escribió el padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, dictado á lo que parece con espíritu divino; habíale introducido en aquel reino el celo de nuestro gran rey y señor D. Felipe III: así fué fácil dar comisiones amplísimas para ejecutar cuanto el Arzobispo ordenase.

A los 28 de Octubre del año 613, antes de amanecer, dos de los mayores magistrados de la corte, llámanse el *recorder* y el *sheriff* de Londres, con sesenta hombres (muchos lobos para tan pocas ovejas) armados con alabardas, y otra gente de guarda de á pie y á caballo, cercaron la casa de D.ª Luisa, y con presteza grandísima entraron con escalas por la huerta y á un tiempo rompieron con gran violencia las puertas: tal demostración pedía el aprieto de las órdenes que llevaban los alcaldes.

Apenas pudo, turbada, echarse un monjil de anascote sobre la túnica, que sirvió á la decencia, no al abrigo, ni dió á más lugar el sobresalto. Pasmados quedaron los magistrados, con los demás oficiales de justicia, á vista de la pobreza evangélica, desterrada de Inglaterra con la religión católica. No hallaron, como pensaban, menaje alguno de precio. Los vestidos pobrísimos; las camas, unos jergones con unas mantas viles; las mesas, unas tablas llanas; las sillas eran tales que no hubo en toda la casa en qué sentarse, ni aun los jueces para descansar un poco. La provisión correspondía á los demás adornos: un poco de carbón que allí llaman de la mar, de que hacen fuego los pobres; dos grandes tinajas de agua (no era lo que más buscaban); finalmente, no hallaron cosa en toda la casa que fuese de importancia.

Desconfiados de esta primera vista no dieron paso adelante, ni hicieron más pesquisa (cosa rara en esta gente); con que escapó de sus manos el oratorio, que, aunque escondido, no se les ocultara. Estaba muy bien compuesto, adornado de pinturas y todo el aderezo necesario para decir misa; sólo en esto fué curiosa y gastó largo.

Al alboroto de la prisión se convocó gran tumulto de pueblo; acudió el Embajador de Flandes, que estaba más cercano, y, temeroso del daño que podía sobrevenir de demostración tan rigurosa, animó á doña Luisa con palabras cristianas y corteses. Respondióle con valor, y en secreto le dijo no tenía sentimiento alguno de su prisión, que aquel trance le había siempre deseado; mas que le daba cuidado un religioso de la Compañía que aquella mañana había madrugado á confesar unas señoras que no pudieran cómodamente en otra parte, y que, á ser descubierto, corría peligro

su vida: la pena de esto se descubría en el rostro. El Embajador, prudente y advertido, dando á entender á los alguaciles que era criado suyo, dijo: «¿Ya no he mandado yo que no esté aquí ninguno de mis criados? ¿qué hacéis vos aquí? Seguidme, que tengo que enviaros á un recado.» Haciéndole señas le siguiese, salió sin que le hablasen palabra; escapó libre y sacó de un gran cuidado á D.ª Luisa, que no pudo disimular la alegría del suceso.

Llegó en esto el Conde de Gondomar y la dijo: «Señora D.ª Luisa, ya, gloria á Dios, se han cumplido sus deseos, pues éstos son sus regocijos y sus fiestas; buen ánimo, que puede ser principio esta ocasión de conseguir lo que tanto ha deseado.»

Hizo grande instancia el Conde y el Embajador de Flandes en que les entregasen á D.ª Luisa, que daban palabra tenerla de manifiesto en su casa y entregarla al punto que el Rey ó el Consejo lo ordenase. Los alcaldes afirmaron era imposible dejar de llevarla presa. Y volviendo á instar el Conde, le mostraron orden del Rey por escrito que, aunque en persona el Embajador de España la quisiese defender y estorbar la prisión, la prendiesen, y que por eso iban apercibidos con tanta gente de guarda. Viendo el Conde órdenes tan apretadas, mandó que la llevasen en sus coches con su gente y la del Embajador de Flandes.

Tenía á la sazón sólo cinco doncellas muy virtuosas y ejemplares. Estaba la una en la cama enferma, ya sin peligro y calentura, á lo que decía el médico; el susto y dolor de ver llevar presa á su señora fué tal, que la sobrevino un accidente terrible con evidentes señales de muerte; mostraba haberse persuadido que habían de hacer algún gran mal á D.ª Luisa; dió á Dios su alma el día siguiente, con esperanza

de haber aumentado en el cielo el número de las vírgenes y mártires, pues ocasionó su apresurado fin la persecución por la fe. Otra que acudía á la cocina, tuvo comodidad de ausentarse; acompañáronla en la prisión tres solas.

Leváronlas cercadas de gran número de oficiales de justicia, de á pie y de á caballo, rodeado el coche de alabardas con admiración del pueblo. Atravesaron de Espetile hasta Lambech gran parte de la ciudad; llegaron en casa del Arzobispo; hízola sus preguntas. A qué hora se levantaba á Maitines, qué rezaba, cuántas monjas tenía en su monasterio, qué regla las había dado, y otras frialdades de este porte. A todo la santa D.ª Luisa, con gran severidad y con la entereza de ánimo y valor que siempre había mostrado, le dijo no era su juez.

No pasó á más preguntas; sólo hablando consigo repetía muchas veces: «¿Hase visto tan extraña mujer en el mundo, que se haya atrevido á hacer un monasterio en la cara del Estado? ¡En Londres! ¡A vista del Rey y sus Consejeros!» Mandó llevarla á la cárcel pública; había en ella división de presos: en una parte estaban muchos religiosos sacerdotes y otros católicos presos por la fe; advirtió no la pusiesen con ellos, temiendo que con el ejemplo de su constancia y valor, y fervor de sus palabras, no les animase á la perseverancia; por esta misma razón la quitó la compañía de sus tres doncellas, poniéndolas entre los católicos, y á la venerable D.ª Luisa entre los herejes y malhechores.

CAPÍTULO XXXVI.

EL SUCESO DE SU PRISIÓN.

Acudió luego á la cárcel, entre otros, el licenciado Simón de Arízar, capellán del Conde de Gondomar, á asistir y consolar á D.ª Luisa, la cual con un ánimo constante, superior á todo acontecimiento, le pidió encarecidamente la trajese el Santísimo Sacramento y comulgase, consolándola con el manjar divino, fortaleza de los mártires, con la sangre que les dió esfuerzo para derramar la suya. La devoción y afecto no la dejó reparar en manifiestos inconvenientes y peligros, porque ninguno temía para recibirle en público ó secreto. Instóle afectuosamente; y replicándola que mirase el manifiesto riesgo á que se ponía, especialmente estando presa en cárcel tan pública, presentes tanto número de ministros de justicia, nada bastaba á que desistiese de su santo propósito, desconsolándose y afligiéndose sumamente de que no le quisiese hacer este bien, con que hubo de prometerla iría por él: dejóla con esta esperanza, sin ser posible cumplirla por los estorbos é inconvenientes que hubo y asistencia de las guardas; comulgó los demás días que duró la prisión.

Luego que la Condesa de Gondomar, D.ª Constanza de Acuña, supo el suceso, mandó poner su carroza y fué á la cárcel á hacer compañía á D.ª Luisa, con resolución de no apartarse de su lado hasta verla en libertad, y envió á decir al Rey que hasta que la mandase dar á la señora D.ª Luisa se resolvía en estar presa con ella; ejecutólo puntualmente todo el tiempo que duró en la cárcel, ocupándose en el regalo

y consuelo de la presa. Acción que admiró la Corte y tuvo atenta, viendo la estima grande que se hacía de D.ª Luisa, presa y oprimida de poder tan declarado. Hazaña digna de la admirable virtud de esta señora, que descubrió los quilates de su fe, religión y cortesía. Fué madre, el tiempo que estuvo en Inglaterra, de los católicos; socorriólos con mano liberal en sus necesidades; fuéles con su proceder un ejemplo raro de virtudes, como lo fué en esta corte, hasta que pasó á más dichosa vida, dando mayores muestras de santidad en su muerte. Acudió también la Embajadora de Flandes.

El tiempo que estuvo en la cárcel D.ª Luisa, no la dejaba sosegar su celo; habló largamente en materias de nuestra santa religión con el carcelero y su mujer, en particular en el soberano misterio del santo Sacramento del Altar, y con gran luz y devoción dijo cosas tan altas, y con tanto fervor y facilidad, que el carcelero, con ser muy obstinado y pertinaz, quedó espantado y como fuera de sí, diciendo que no pensaba que nadie pudiese defender aquel punto, á su parecer tan increíble, con tan vivas y eficaces razones.

El Conde de Gondomar hizo estreno feliz de su valor en este caso. Envió á decir al Rey que en lo que había hecho había dado la mayor demostración que podía de cuán poco acepta le era su asistencia en aquel reino, y que así, no entregándole luego á la señora D.ª Luisa, no podía continuar más su asistencia cerca de su persona. Movió esta demostración al Rey, y ver que, con ser ya noche y muy tarde, la Condesa no salía de la cárcel, antes prevenía la trajesen cena.

La causa se trataba con viveza; tenía por menoscabo de su honor el Conde que se hiciese demostra-

ción con D.ª Luisa que desdijese de su calidad y méritos. Hallóse en un Consejo de Estado, en que se juntaron más de veinte consejeros, á hablarlos en esta causa; lo que más acriminaban fué que era monja que había fundado algunos monasterios dentro de Inglaterra; que persuadía comúnmente á todos que dejasen su religión, pasasen á la católica; que había pervertido á muchos y traído á su fe. Estos fueron los delitos; concluían que se tratase de enviarla á España. El Conde les habló con gran valor y celo, y dijo no tenía las causas por bastantes, ni se probaban para tal demostración, mientras no le diesen otras. Remitiéronle á Contington, consejero, para tratar de medios, con quien pasó varios lances, constante siempre, sin rendirse, á que saliese del reino.

Tratándose, pues, la causa porfiadamente de ambas partes, tomó el Rey resolución y mandó se la entregasen al Conde, después de haber estado cuatro días en la cárcel. Hallóse, al salir de la prisión, el Conde y el Embajador de Flandes, y otros señores católicos; recibióla la Condesa en su carroza; iban ocho ó nueve coches de acompañamiento, y con esta ostentación la llevaron por las calles más principales de Londres, pasando por el palacio del Rey. Honrando el Conde, como tan gran cristiano y caballero, su religión oprimida en la persona de D.ª Luisa, acomodóla en un cuarto aparte de su casa que salía á la capilla, y de la otra casa, donde la prendieron, sólo se servía cuando había de hacer reconciliar alguna persona; porque en la casa del Conde no se atrevía, por estar cercada de espías para ver cuantos entraban y salían.

Alabóse por todos el proceder y modo de postrarse

que D.ª Luisa tuvo en esta ocasión, su constancia y la providencia que mostró de sus doncellas: hablaban de D. Diego con estima; decían que había cumplido de su parte á lo que debe hacer un bravo y valeroso Embajador, así en la mesa del Consejo de Estado como con Contington, y no habiéndose rendido, como no se rindió, merecía una entera alabanza.

La entrega al Conde fué en guarda para que la tuviese presa en su casa mientras se resolvía la causa en el Consejo ó diesen orden de enviarla fuera de Inglaterra, á que se inclinaban descubiertamente. El Conde, con su destreza, disponía cómo divertirles de su intento y dar libertad á las doncellas.

CAPÍTULO XXXVII.

INSÍSTESE POR EL REY QUE SALGA DOÑA LUISA DE INGLATERRA.

Uno de los mayores sentimientos que por ventura tuvo en su vida la santa D.ª Luisa, fué verse salir honrada de católicos de donde esperó ser sacada maniatada por herejes. ¡Oh, cuánto trocara el coche regalado por el zarzo funesto, con toda verdad carro triunfal, en que, vencedores, llevan á morir los mártires! Fué una gran resignación la suya y conformidad heroica con la voluntad divina. Diólo á entender, aunque modestamente, en una carta que escribió á la madre priora de las carmelitas descalzas de Bruselas pocos días después de su soltura. Dice así:

«En fin, señora mía, el mísero hombre que me buscaba en rincones pudiendo toparme en las calles, me cogió lindamente, y estuve totalmente en sus manos y poder cuatro días no más; porque el señor D. Diego, que es muy naturalmente esforzado, empleó su valor en sacarme de ellas, y para mí esto no era lo mejor á mi parecer, si no es que sea más gloria de Dios mi libertad que mi prisión. Quedo en la casita junto al Sr. D. Diego, esperando cuándo nuestro Señor se sirva de enviarme mis buenas doncellas, que me dicen será presto: no fué posible sacarlas conmigo, ni tampoco estábamos juntas en la prisión; ha sido linda cosa lo que ha pasado, y todo tan de la mano de Dios, que los que lo han hecho están afrentados como unas monas, y, con todo, procuran esforzar su parte, contra la de nuestro Señor, con que yo salga desterrada de este destierro áspero. ¿Puede ser esto, señora? Si no es que se entienda de aflicciones, porque de muchas se destierra quien de aquí sale.»

Viendo el Consejo el valor del Conde y resistencia en embarcar á D.ª Luisa, porque no quedase medio de conseguir lo intentado dió el Rey orden á su Embajador en España pidiese á la majestad de Felipe III mandase á D.ª Luisa saliese al punto de Inglaterra, y á D. Diego Sarmiento lo ejecutase. Entendiólo la sierva de Dios, y temió verse apretada de los mandatos del Rey, y sentía consiguiesen sus enemigos, tan á su salvo, por este medio su intento; y por prevenir el inconveniente que podía resultar si se tomase resolución sin saber las razones que había de su parte para la perseverancia en aquel reino, escribió al Duque de Lerma para que hablase á S. M.: hacía particular favor el Duque y estimaba

la virtud de D.ª Luisa, y por ser la carta digna de saberse, va á la letra:

«Vuestra Excelencia vea cuán vana me hallo con haber llegado ya á haber confesado dos veces el santísimo nombre de Cristo en las prisiones de sus enemigos, en testimonio y ensalzamiento de la fe católica, pues me atrevo á escribir á V. E. y confío de su piedad, pues no quiero dejar pasar esta ocasión sin suplicar á V. E. se alegre en ella conmigo, glorificando á Dios muchísimo por tan gran misericordia, y deben aumentar el afecto de V. E. las particulares circunstancias de ser española y una sierva de V. E., que mucho le ama y estima. Los bríos y valor de D. Diego me han desbaratado una gloriosa corona que me parece llegué á ver desde muy cerca, y me deja en gran confianza de que ellos se buscarán modo y tiempo que D. Diego ignore, si no es que nuestro Señor quiera diferirlo más que él hubiere de estar aquí. Puedo aseguaar á V. E. de que la vocación de venir á Inglaterra (que desde que era muchacha tuve), conforme á la doctrina de la santa Iglesia católica, ha sido muy probable y clarísima vocación de Dios, y con los sucesos se ha confirmado de día en día, y sin muy especial ayuda suya no fuera posible haberme conservado tanto entre aquesta gente en la manera que ello ha sido; y así suplico á V. E. que jamás concurra con los que por su medio procuraren mi salida de este reino, dejándolos á ellos que á sus solas hagan por violencia humana lo que nuestro Señor les permitiere. De dos delitos me ha acusado en la mesa del Consejo de Estado, delante de D. Diego, el falso Arzobispo de Cantorbery, que á la piedad llaman éstos impiedad. El uno que he fundado monasterios de monjas, y el otro que he redu-

cido con mi persuasión muchos protestantes á mi religión; y aunque tienen las lenguas de millares en sus manos, no han podido mostrar probanza alguna, ni de la mínima cosa, que á aquesas dos toque, ni llegado á descubrirse sus ciegos discursos, las que mucho más les alterarían y sacarían de tino. Si hubiese visto V. E. la providencia que Dios ha tenido en este mi suceso, mucho se admiraría, porque no han hecho ni dicho cosa sus enemigos (y míos en el mismo grado) que no sea como yo lo pudiera desear. Los que no son muy obstinados, sino gente moral y apacible, me muestran amor, y algunos han llorado de mi prisión y venídome á ver: y multitud de estos protestantes, de grande y mediana honra, concordando con la opinión de los católicos, han hablado mal de este hecho, teniendo por locura y descrédito de los que lo han hecho; pero á D. Diego le ha estado muy bien, empezándose á acreditar mucho con el valor y celo de religión y honra de España, que ha mostrado que ha sido cierto bien grande y dado una general satisfacción. Parece, señor, que me voy olvidando de que escribo á V. E., pues me alargo tanto. Vuestra Excelencia me perdone, y al Rey nuestro señor suplico humildemente lo mismo que he suplicado á V. E.: que dejen á Dios hacer libremente lo que fuere más servido. Guárdenos Dios á V. E. como Su Majestad ve he menester y yo se lo suplico. Amén. Y Él bendiga á V. E. en todo y le enriquezca con grandes aumentos de su santísimo amor. De Londres á veinte de Noviembre de mil y seiscientos y trece. Sierva de V. E.—*Luisa de Carvajal.*»

En esta conformidad escribió también al Marqués de Siete Iglesias, y pidió diese la carta al Duque.

Habíase anticipado la diligencia del Embajador inglés, que instaba por el cumplimiento de las capitulaciones de las paces, de que ninguna persona de ambos reinos tratasen materias de religión: alcanzó su porfía lo que quiso. Su Majestad escribió á D. Diego que procurase encaminar á Flandes á D.ª Luisa, donde sería bien acogida y regalada de la serenísima infanta D.ª Isabel, su hermana, con que se libraría de los riesgos de Inglaterra y acabaría su vida con quietud. Fué este, por ventura, el más riguroso trance que tuvo en Inglaterra D.ª Luisa: el sentimiento interior, por una parte, la aprisionaba en aquel reino con poderosa fuerza, sin que la consintiese volver un paso atrás. La orden del Rey instaba de que pedían ejecución sus émulos. Hablándola en la resolución que había de tomarse, respondía que tenía hecho voto de no huir las ocasiones de padecer por Dios, y que de ninguna manera pasaría á Flandes con su voluntad, sino es que la llevasen por fuerza y la atasen al árbol de un navío.

Reducida á tan apretados lances la salida de doña Luisa de Inglaterra, á que siempre había mostrado extraordinaria aversión, dispuso la Majestad divina, con una suave providencia, la vuelta de su sierva á su verdadera patria, el término de sus trabajos, el cumplimiento de sus deseos, no permitiendo la gran penalidad que había de tener en dejar á Inglaterra, aun con tan glorioso destierro.

CAPÍTULO XXXVIII.

DE LA ENFERMEDAD ÚLTIMA Y FELIZ MUERTE DE DOÑA LUISA.

La vida de los justos debe llamarse un género de muerte, pues cada día la dan á todos sus apetitos, quebrantando las fuerzas y lo animal del cuerpo para que viva el espíritu. Su muerte es principio de vida, y justamente la decimos nacimiento á la inmortalidad, de donde, con los dolores y congojas ya del martirio, ó de las enfermedades y trabajos de la vida, á modo de un parto felicísimo salen á la luz eterna, donde viven con Dios sin temores de perderle. Tal fué la suerte de la venerable D.ª Luisa todo el discurso de su trabajada y santa vida, hasta el remate en que partió á la eterna.

Afirman comúnmente todos que la enfermedad y muerte de D.ª Luisa se ocasionó de su prisión y de las incomodidades y penalidades que se siguieron de ella. El susto y alteración de la sangre fué natural, viendo con tanto estruendo y golpes atormentar y abatir las puertas de su casa, y tanto tropel de hombres armados entrarla tan de repente. No la dieron lugar ni tiempo de vestirse y abrigarse; padeció gran frío, y mucho tiempo ayudó el desabrigo, humedad y mal aire de la cárcel, y el aposento que después tuvo en casa del Embajador no pudo tener la prevención necesaria; hacíanle gran falta sus doncellas, que sabían acudirla en semejantes aprietos; afligíala la pena de las que ellas padecían en la prisión. Fuéle molesta la nueva que recibió en la cárcel de la doncella que había dejado en casa casi sana y aceleradamente muerta. Y, sobre todo, le era gravísimo verse imposibilitada de pasar adelante en tantas obras como se empleaba de tan gran gloria de Dios y aprovechamiento de las almas; hallábase entre las ejecuciones de un destierro, para su celo penosísimo, sin tener persona de su parte que viniese bien en su perseverancia.

Desde que salió de la prisión hasta los 20 de Noviembre, se halló con buena salud; este día la salteó un dolor de repente en el pecho, que le correspondía á la espalda, tan fuerte que la estorbaba la respiración con demasiado aprieto: fué este accidente principio de una enfermedad gravísima de cólico, que por muchos días fué perficionando su corona con dolores acerbísimos. Cumplióle nuestro Señor sus deseos de acabar á manos de tormentos y dolores, penetrando, no las carnes, porque ya no las tenía, sino los nervios secos y los huesos, donde, cebándose con un rigor violento, servían de verdugos del martirio.

Curáronla dos grandes médicos, ambos católicos, con mucho cuidado, y D. Diego hizo traer otro de la cámara del Rey; la violencia del mal no admitía remedio. Dió en el discurso de la enfermedad grandes muestras de la alteza de su perfección, que campeaba no menos en el remate que en todo el discurso de su vida.

Todo el tiempo que duró la enfermedad, con ser tal su perfección, se confesó todos los días, y comulgaba con gran devoción y una hambre y sed suave de estos Sacramentos. Decían la misa en su aposento, por el particular privilegio que los sacerdotes de Inglaterra gozan durante la persecución de la fe en aquel reino.

La paciencia fué admirable; los dolores eran intensísimos y excedían á todo encarecimiento; recibíalos con humilde estimación, como enviados de la mano de su amantísimo Padre y Esposo, y se gloriaba y daba infinitas gracias á la Majestad divina que le había hecho partícipe del cáliz de su sagrada pasión, aunque en pequeña parte, reconociendo que no merecía satisfacer su sed de padecer cárceles y dolores por medio de verdugos y tormentos, y muerte más violenta, conforme á las ardientes ansias y entrañable deseo que siempre había tenido.

Y con ser los aprietos y trances tan penosos, que á juicio de los médicos eran en sumo grado, y los dolores tan fuertes que no son mayores los del martirio, no alteró la serenidad del rostro; el semblante siempre igual, correspondiente á la tranquilidad de que gozaba el alma. Y el gusto de verse tan lastimada excluía otro cualquier sentimiento. La aprensión de la muerte no la turbaba ni movía un punto; traíala muy prevista, y había dicho á su confesor, algunos días antes, que estaba muy cercana y venía á tiempo, cuando parece no le quedaba otra puerta abierta para recibir consuelo.

Obedeció á los médicos del alma y cuerpo puntualmente, aun cuando éstos le ordenaban cosas que, con la larga experiencia que tenía de sus enfermedades, y natural complexión, juzgaba no le eran tan á propósito, aun con sospechas de que le erraban la cura; cuando ella les proponía remedios con que había tenido prósperos sucesos en semejantes males, daba gracias á nuestro Señor, que había sido obediente hasta la muerte, y repetía muchas veces que no podía haber deseado mayor dicha y felicidad que morir obedeciendo.

La resignación y conformidad con la voluntad divina fué rara; admirábase de sí misma y de las misericordias que experimentaba de Dios en la paz interior de que gozaba; decía que nunca había extendido la esperanza á poder llegar á tan alto grado; no sentía repugnancia alguna en el morir; gozaba su alma de una tranquila y serenísima quietud, y echábase bien de ver que estaba el fruto maduro, en sazón para cogerle. En otras enfermedades solía tener congojas y aflicciones, pareciéndole moría sin haber puesto por obra sus deseos, y el demonio usaba de sus diligencias para inquietarla tomando ocasión de la misma perfección que profesaba; mas en ésta parece no le quedaba más que vencer; todo estaba sosegado; los enemigos rendidos; ejecutada la vocación de Dios; todo era acercarse al triunfo.

Recibió con afectuosa ternura el Santísimo Sacramento por Viático, y la Extremaunción, que le administró el muy Rvdo. P. Fr. Diego de la Fuente, de la Orden de Santo Domingo, confesor del Embajador, estando en su entero juicio, ayudando y respondiendo con mucha devoción á todas las preguntas que la hacía.

Hizo una protestación fervorosa de la fe, y alentando la debilidad del pecho y flacas fuerzas, afirmó que moría como verdadera hija de la Iglesia católica romana, confesando su santa fe y religión, convidando á que la oyesen todos los circunstantes, y en particular llamando por testigos á todos los de su nación. Duróle el entendimiento vivo, y perfecto uso de la razón hasta el último aliento de su vida.

Una de las cosas que más deseó en su enfermedad fué ver á sus compañeras antes de su muerte; dióle nuestro Señor este consuelo; hizo grande esfuerzo en

esto el Embajador de España; trajéronselas, alegróse mucho con su vista, habló en particular á cada una, exhortándolas á la perseverancia de la santa fe católica y perfección de vida; remitiólas en lo de adelante á su confesor, con quien había tratado su disposición y remedio.

Vinieron á visitarla muchas personas, y no pocos herejes, por ver cosa tan nueva y nunca gozada entre ellos, y fué causa de gran moción en algunos. ¡Oh, si pudiera ver toda Inglaterra este espectáculo que se representa dentro de sus puertas, y advirtiera aquel consuelo y gusto y alegría de esta alma felicísima, y oyera aquellas palabras tiernas, vivas, eficaces, que parecían que del fuego de su amor salían como centellas que encendían las almas de los que las oían, no dudo que hiciera gran moción en muchos, y más en lo que vieron morir á su reina Isabel entre profundas tristezas y congojas mortales, desesperación y desconsuelos, y arrancarse aquella infeliz alma, rea de tanta sangre de mártires!

Sobrevínole á la católica D.ª Luisa un flujo de sangre de narices tan copioso, que parece había derramado cuanta tenía en el cuerpo; y aunque no fué por tormentos y heridas violentas, como fervorosa deseaba, fué por ventura de la fuerza y heridas de un encendido amor de Dios, que hacía oficio de verdugo y la enseñaba á recibir con estima este dón, mas con gran resignación, como obediente esclava. Preguntóla el P. Miguel Walpolo que si sentía que aquella sangre no se derramase con tormentos en las plazas; respondió que había mucho tiempo que tenía ofrecida á Dios su vida y toda su sangre, y esto no por interés ni pretensión de que fuese mayor su gloria, sino la de Dios, y que se hiciese en todo su divina

voluntad, y que creía era orden y gusto de nuestro Señor que ella tuviese aquella muerte, y así no sentía pena de no dar su sangre en la plaza, porque su voluntad era darla á su Señor, al cual dejaba escoger el lugar que le fuese más agradable, para que ella hiciese de su vida sacrificio, y así no reparaba fuese en público ó secreto.

Sentía la prudentísima D.ª Luisa acercarse ya la muerte, y frías las demás partes del cuerpo y de los miembros, palpitar en el castísimo pecho un leve calor del alma; y en este estado, como si caminara á los suyos y dejara los extraños, no olvidada de su rara honestidad y gran recato, pidió con gran serenidad y paz á sus compañeras que la diesen de vestir y pusiesen lo que había de tener después de muerta, para que no se tocase á su cuerpo ni se viese parte dél: púsose una camisa y otras cosas necesarias, y para más recato hasta unas medias porque no se viesen los pies, que hasta entonces no habían visto ojos mortales; y entrando después su confesor, le dijo alegre: «Ya, padre, estoy amortajada y como tengo de estar, y así no hay que hacer conmigo sino, en muriendo, ponerme el monjil con que salí de España, que para este tiempo está guardado, y esto mismo he rogado á mis compañeras, y ahora á vuestra Paternidad que no consienta que nadie toque á mi cuerpo, y así lo he pedido al Embajador y á todos, y suplicado á nuestro Señor que ponga mi cuerpo de manera que, aunque quieran, no puedan llegar á mí.» Todos eran recelos y temores que habían de abrir y embalsamar el cuerpo para traerle á España.

Cercaban la cama sus doncellas y los PP. Fray Diego de la Fuente y Fr. Miguel Walpolo, su confesor, y otro religioso grave de la Compañía, que lo había

sido; el Capellán del Conde, y otras personas piadosas: leíanle la sagrada pasión, ponderando algunos pasos más tiernos y devotos. Íbase atenuando ya el aliento y acercándose al morir con la quietud y sosiego que pudiera si estuviera en una celda de un convento religioso. Interrumpía con lágrimas y voces Diego, su fiel criado, de nación francés, que en alta voz decía: «Señora mía, acuérdese de Diego Lemeteliel cuando esté en el cielo»; esto con tanto afecto y confianza en Dios, como si tuviera por fe estaba ya en la gloria.

¿Qué temes, alma mía, que rehusas irte acercando á su muerte? Ya sale este discurso prolijo mientras temes llegar á su remate, como si callando, ó ocupándote en describir sus virtudes, pudieras dilatar su tránsito. Marchitábase (¡ay dolor!), soplando el viento austro, el azucena, y la púrpura de la violeta pasaba á palidez de muerte. Por muchas horas antes que diese el alma á su Criador, repetía muchas veces con notable afecto: «¡Señor mío! ¡Señora mía!» Juzgaron muchos de los que allí se hallaron que la santa D.ª Luisa tenía presentes á Cristo nuestro Señor y á la Santísima Virgen. Volvía á repetir con devoción y ternura: «¡Oh, Señor, lo que os debo! ¡Oh, Señora, qué obligada os estoy por tantas mercedes y beneficios! ¿Cuándo os podré pagar tantas mercedes y favores?» Volvía á decir: «¡Señor mío! ¡Señora mía!»

Parece estaba ya en la última agonía, y á lo que podía pensarse enajenada, cuando con la fuerza de los dolores hizo alguna demostración de sentimiento, juntando y apretando con algún vigor las manos. Preguntóle el P. Miguel Walpolo si sentía alguna cosa que le diese pena (palabras que dijo San Jerónimo á Santa Paula en este trance); respondió que

no tenía ninguna (así la santa de Roma en su Belén); replicó el Padre que aquel apretar de manos le había hecho temer que tuviese algún desasosiego interior; mas volvió á certificarle que estaba con suma paz, y que aquella demostración había sido acción natural, causada del a vehemencia de sus dolores. Aquietóse, y estando así del todo atenta, sin mudar ni alterar el rostro, con gran serenidad y quietud, invocando á su Señor y su Señora, entre unos fervorosísimos actos de amor y agradecimiento y un encendido deseo de ver á Dios, entre suaves lágrimas, no sólo de los suyos, sino de los extraños, entre las devotas oraciones de los religiosos que la asistían, suspensa en los amores de su celestial Esposo, aquella alma bienaventurada, con milagrosa paz y sosiego de corazón, y gran dulzura y suavidad de espíritu, se desnudó de la purísima vestidura de su penitente cuerpo, y hollando sobre las olas y tempestades del inquieto mar del mundo, como vencedora de él y de ellas, corrió ligera al puerto de sus encendidos deseos, y abrazada en lazo estrecho de divino amor pasó á gozarle eternamente desde el día 2 del mes de Enero del año de 1614, el mismo día en que había nacido y cumplió cuarenta y siete años, habiendo vivido los nueve en Inglaterra.

CAPÍTULO XXXIX.

SU ENTIERRO Y HONRAS EN INGLATERRA Y ESPAÑA. APARECE Á DON ALONSO SU HERMANO.

Luego que falleció la santa D.ª Luisa, entregaron el cuerpo á sus compañeras para que la compusiesen;

así lo hicieron, sin que interviniesen otras manos, disponiéndolo así nuestro Señor para que se guardase el decoro y reverencia debida á reliquias tan santas y virginales; pusiéronle el monjil con que salió de España y entró en Inglaterra, guardado á esta ocasión. Prohibió el Embajador, por la opinión grande que tuvo de su vida y confianza de que reinaba con Dios, que la abriesen y embalsamasen, ni hiciesen aquel destrozo que acostumbran en los cuerpos de los príncipes, dando este modo de culto á la reliquia de una virgen y mártir: en tal estimación la tenían todos.

Sacáronla á la capilla del Embajador, donde estuvo todo el tiempo necesario mientras se dispuso la forma de acomodar una decente sepultura. Esparcieron sobre el cuerpo varias flores, ramilletes; cercado de velas y hachas de cera blanca, estaba el venerable rostro hermoso y apacible como de un ángel, más agradable que en vida, con cierto color que infundía ternura y devoción á cuantos la miraban. Acudieron muchos católicos á verla y venerarla; sintieron más moción á pedir socorro por su intercesión para sus necesidades, que de encomendarla á Dios; tan grande era la satisfacción y crédito que de su virtud y santidad tenían; no ponían duda estaba ya gozando de Dios con altos grados de gloria. Muchos tomaron diversas reliquias suyas; otros enviaron á pedirlas, porque generalmente entre los católicos fué tenida por santa, y la veneraban como á los demás mártires de aquel reino. Aun los mismos herejes, sus vecinos, que la habían visto y hablado, sintieron mucho su muerte; quejábanse del Arzobispo falso, que por haberla perseguido y apretado tanto la había acabado antes de tiempo. Repetían muchas veces: «¡Ojalá

nunca la hubiera visto ni sabido de ella, que sin duda hubiera vivido muchos años.»

Halláronse á las exequias los Embajadores de España, Francia y Flandes y sus mujeres, y todos los señores y señoras católicas, con la grandeza y autoridad que lo pudieran hacer en una iglesia principal de España. Hubo misa y sermón; predicóle el padre fray Diego de la Fuente, después provincial de su Orden. Mostró su erudición y piedad, y el crédito que tenía de la santa difunta. Púsose el venerable cuerpo, de orden del Conde, en una caja de plomo, metida en otra de madera, forrada de dentro y fuera de raso carmesí, con una cruz que tomaba el largo; ésta se metió en un cofre de vaqueta de la misma proporción, que se puso en un nicho de la capilla, muy cerca del altar, á vista del Santísimo Sacramento, con intento de traérsela consigo á España acabada la embajada. El tiempo que estuvo en esta parte no se sintió jamás olor que ofendiese, como sucedió en una niña que murió, hija del mayordomo del Conde, que deseando su padre traerla á España, la pusieron bien cerrada en una caja sobre el cuerpo de D.ª Luisa; á muy pocos días fué menester enterrarla.

Gran maravilla es que los cuerpos muertos de los santos resuciten muertos; ¡cuánto mayor si resucitan almas! Llamóse á un carpintero, su nombre Ricardo Inglés, hereje puritano, para que hiciese la caja en que se había de depositar aquel tesoro santo. Era conocido de la difunta, y hecho algunas obras en su casa; él labraba la madera, ella la piedra de su corazón con amonestaciones continuas para que se redujese á la religión católica, á que se inclinaba, aunque perder hacienda, mujer é hijos le acobardaba

grandemente. Vió á la santa difunta, representósele á la imaginación su buena vida, raro ejemplo de virtudes y felicísima muerte, y las eficaces razones con que le amonestaba cuando vivía; sintió movérsele el corazón con una fuerza y resolución tan grande viendo aquella compostura y resplandores de su rostro tan hermoso; dijo á voces que quería vivir y morir en la fe y religión de aquella señora, y pidió al padre Miguel Walpolo que le instruyese y confesase, que quería ser católico, como lo hizo; reconcilióle á la santa fe católica. No sólo siguió la religión de D.ª Luisa, sino su reino. Vino con su casa á España á ejercitar su oficio. Hizo deposición en favor de la venerable D.ª Luisa en las informaciones que se han hecho, de cuyas palabras he usado en la narración de este suceso, con que contestan algunos de la familia del Conde que se hallaron en esta ocasión en Londres.

Luego que se supo en España la muerte de la santa D.ª Luisa, los Seminarios ingleses de Sevilla y Valladolid, agradecidos al amor singular que los tuvo, y á la nación inglesa, y al deseo grande de que Inglaterra se redujese á la religión católica, trataron (después de haberle dicho muchas misas y otros sufragios) de hacerle exequias públicas como á bienhechora insigne y fundadora del Noviciado ó Seminario de Lovaina, para mostrar la gran estima y amor que tenían á D.ª Luisa, con viva confianza en Dios que le gozaba, que sus virtudes y vida podían asegurar sus glorias; mas la piedad cristiana por todos caminos muestra su agradecimiento y procura enviar socorros en todo acontecimiento á los difuntos.

Hiciéronse en Sevilla, con notable ostentación y grandeza, adornando entre lúgubre y glorioso la

iglesia del Seminario. Las colgaduras de terciopelo y damasco negros cubrieron con gran número de composiciones en seis lenguas, latina, hebrea, griega, española, italiana é inglesa; no era una bastante para tantas alabanzas. Dieron la primera vuelta á la capilla mayor y toda la iglesia los epigramas, odas, elegías y otras poesías varias, en tarjetas vistosas, llenas de conceptos y pensamientos doctos. Era la segunda orden de emblemas, jeroglíficos, empresas, variosamente pintados con las armas y blasones de los Carvajales, Mendozas y Fajardos, y otros varios adornos. Pusieron sobre el túmulo, competentemente levantado, una tumba cubierta de un paño rico de brocado, y á la parte superior de la cabeza un cojín de lo mismo, una corona de rosas, atravesada una palma, insignia de sus triunfos.

Hallóse la nobleza de Sevilla, muchos de la Iglesia y Audiencia: dijéronse los oficios con gran solemnidad y música; predicó el padre Juan de Pineda, de la Compañía de Jesús, insigne varón en religión, doctrina y libros. La majestad de las exequias fué grande; es materia de un libro que anda impreso.

El Seminario de Valladolid, que gozó mucho tiempo la vecindad y amor de D.ª Luisa y la tuvo por madre, no fué inferior en las demostraciones, á que correspondieron las del cielo; porque habiendo en las honras y oficio solemne traído buen número de hachas y velas, que ardieron por la tarde y á la misa y sermón de las honras, se halló no haberse gastado cosa considerable, y se volvieron al cerero por el peso que las dió. Suceso que se ha visto muchas veces en exequias de personas de virtud muy conocida.

Pocos días después que se halló á estas honras D. Alonso de Carvajal, hermano mayor de D.ª Luisa,

enfermó de mal mortal el mes de Marzo siguiente al Enero que en Londres había fallecido nuestra santa. Estando á lo último de la vida, recibidos todos los Sacramentos, le dió un paroxismo que le tuvieron por muerto.

A las tres de la mañana volvió con gran mejoría, con demostraciones que veía cosa que le daba gusto, y dijo al padre Cristóbal Juárez, rector del Colegio Inglés, que le asistía, que quería volver á confesar generalmente. Y hecha la confesión, le dijo al padre que le ayudaba con las advertencias santas de aquel paso: «No tiene que decirme vuestra paternidad que mi hermana está conmigo ayudándome y consolándome; díceme que no tenga miedo, que para esta ocasión se había ella guardado.» Vino bien con lo que dijo á D.ª Beatriz de Sotomayor, su cuñada, mujer de D. Alonso, la última vez que la vió: que en la muerte sería de provecho á su hermano, ya que en vida no lo era. Parece que quiso pagarle en esto la visita que la había hecho en Inglaterra con deseo de traerla consigo á España, como en su lugar dijimos.

CAPÍTULO XL.

DE LA ESTIMACIÓN QUE MUCHAS PERSONAS GRANDES TUVIERON DE LA VENERABLE DOÑA LUISA.

La opinión de las virtudes de la venerable Doña Luisa fué grande con cuantos en su tiempo la tuvieron de santidad y letras, no con menor estima de los príncipes y prelados, á quien llegó la noticia de su

vida. Su memoria es tan tierna y dulce en cuantos la trataron, que ninguno la nombra que no sea con amor y admiración de sus admirables virtudes. Escondióse, mas en vano; huyendo la honra la mereció mayor, la cual como sombra sigue á la virtud, y dejando á los que la apetecen, busca á los que la desprecian. Desestimó la nobleza de su ilustre sangre, abatióse; hoy es celebrada con la opinión de los buenos, admirada de los justos, venerada de todos.

La santidad de Paulo V, informado de sus virtudes y obras, la ordenó permaneciese en Inglaterra, y mostró particular afecto á su persona.

El rey Don Felipe III el Bueno, de amable y dulce memoria, hizo grande estimación de D.ª Luisa, así estando en estos reinos como en Inglaterra, ordenando á sus embajadores asistiesen á sus cosas, y la mandó acudir con una pensión ordinaria al mes, suficiente á su sustento.

La serenísima reina D.ª Margarita, favorecedora de la virtud, como quien tenía tantas, gustó de verla y hablarla, é hizo la estimación de ella que vimos.

La señora infanta Margarita, que la púrpura imperial trocó por el humilde sayal de San Francisco en el Real convento de las Descalzas de Madrid, donde es ejemplo de religión y todas las virtudes, en las informaciones que se han hecho ha depuesto en favor de D.ª Luisa, ó por decirlo al cierto, hace gloriosos elogios á su vida, y remata con decir que la majestad cesárea de la señora emperatriz D.ª María, su madre, que está en el cielo, conoció á la venerable D.ª Luisa de Carvajal é hizo gran estimación de su ejemplar virtud y santidad, y que la misma hizo el rey Don Felipe III, nuestro señor, y ha oído que la favoreció mucho nuestro muy Santo Padre el Papa

Paulo V, aprobando su asistencia en Inglaterra; y que ha entendido que por todo lo referido ha sido y es tenida y venerada de todos por santa, y por tal la venera. Son todas palabras de la deposición que por orden de su Alteza entregó su secretario.

El más irrefragable testimonio de la santidad de doña Luisa es el del Marqués de Almazán, D. Francisco de Mendoza, su tío, y el modo con que se hubo en su crianza; porque siendo muy prudente y varón de gran virtud y conocimiento en materias de espíritu, hubieran sido acciones temerarias é imprudentes las pruebas que hizo en su sobrina en tan rigurosas penitencias y mortificaciones si no hubiera conocido en ella un fondo grande y caudal y fuerzas para llevar tan gran peso; y el haber sido acertada su dirección en esto, lo hace evidente el buen suceso que tuvo y la gran bondad de vida á que llegó esta venerable virgen.

El patriarca D. Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, prelado de tan gran nombre, muestra bien el aprecio que hacía de D.ª Luisa en la carta que vimos, en que la anima á la perseverancia en Inglaterra con palabras graves y notables.

El Excmo. Sr. Conde de Miranda, presidente de Castilla, varón de tan gran juicio y prudencia como experimentaron estos reinos en dos presidencias, y los extraños en sus virreinatos y gobiernos, hizo notable estima de D.ª Luisa; y con ser poco llevado de virtudes que andan por los estrados, fué notable el amor y respeto que tenía á D.ª Luisa. La primera vez que fué á su casa á pedirle el despacho de su pleito, fué tan grande el contento y alegría que mostró en saber que D.ª Luisa venía á hablarle, que la salió á recibir con el sombrero en la mano con

grandes demostraciones de devoción, estima y reverencia. Y en habiéndole hablado, quedó tan satisfecho, que la pidió entrase á hablar á las señoras Condesa, su mujer, y D.ª Aldonza, su hija. Entró delante, diciendo con gran alborozo que D.ª Luisa estaba allí, que la regalasen y agasajasen mucho. Y repetía muchas veces: «Mirad que es una gran santa.» Fué mucho desde este día el amor y estimación que todos tuvieron en aquella casa de la virtud de Doña Luisa; frecuentóla con licencia de su confesor. Fueron indecibles los bienes que nuestro Señor, por medio de esta santa virgen, hizo á muchas almas de aquella gran familia.

El Ilmo. Sr. D. Francisco de Contreras, presidente de Castilla, comendador mayor de León, del hábito de Santiago, varón de gran virtud, talento y letras, y de tan rara modestia que dejó por dos veces los mayores magistrados de España, el Consejo y la presidencia de Castilla, ejecutando aquella ilustre retirada en San Jerónimo de Madrid, que coronó su ejemplar vida, donde la remató santa y felizmente. Este gran varón, á cuyas virtudes es corta toda alabanza, en la deposición que ha hecho en esta causa, dice: «Que trató mucho la venerable D.ª Luisa de Carvajal en el discurso de su pleito, de que fué juez; que conoció en ella suma cristiandad, virtud, honestidad, modestia y singular prudencia; y que todos, generalmente, hacen y han hecho grande estimación de D.ª Luisa, y él la ha hecho por sus muchos méritos y lo que ha entendido del ajustamiento de su ejemplar y santa vida y muerte; y ha oído del Conde de Gondomar, embajador de Su Majestad en Inglaterra, cosas muy grandes de la santidad de esta señora y de las admirables virtudes y modo de vivir

entre tantas persecuciones, prisiones y rigores con que la trataron y maltrataron, llevándolo y padeciéndolo todo con fortaleza invencible en defensa de nuestra santa fe católica romana; y que por la estimación que el rey Don Felipe, nuestro señor, tuvo de la sierva de Dios, D.ª Luisa, mandó al Conde que la trajese al Real convento de la Encarnación, donde hoy está colocada en el relicario de aquella Real casa, haciendo este gran Monarca, como tan su devoto, la estimación debida á la grandeza de sus virtudes, á cuya imitación hacen la veneración misma, y la tienen y reverencian por santa todas las personas con quien ha tratado de sus excelencias, heroicas virtudes y dichosísima muerte, aclamándola todas por tal: premio que siempre da la Majestad divina á quien, cual esta bendita santa, lo supo granjear; pues mientras vivió en el mundo dió tantas y tan bastantes señales de su mucho valor y prudencia, empleando el felicísimo caudal que nuestro Señor la dió en esto, vinculando con tantas virtudes cardinales y teologales, tan de veras y con tanta eficacia en su servicio, que en potencia, ya que no en acto, con la invencible fortaleza que se sabe merece por el voto que hizo, y deseo que siempre se dice tuvo del martirio, la gloriosa corona de mártir y defensora, como lo fué, de la santa fe católica apostólica romana, confesándola y predicándola en parte donde tan perseguida está como en Inglaterra.» Todas son palabras del señor Comendador mayor.

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal de Trejo, en el papel que hemos dicho, remata con estas palabras: «Por las razones que he dicho, y por lo que he oído á diversas personas, tengo á la sierva de Dios doña Luisa de Carvajal por persona de tan santa y singular vida y virtudes, que merece ser conocida y puesta en el número de los mártires y santos; pues no sólo en la vida que hacía ejercitó todas las virtudes, sino que con actos heroicos de mártir los puso por obra una y muchas veces con actos continuados y perseverantes mucho tiempo. La fe ejercitó, no sólo creyendo y obrando, sino deseando morir por ella, y exponiéndose á ello, y padeciendo por ella, y convirtiendo, y reduciendo á otros, y confortando á los flacos en ella. La esperanza no sólo la tuvo, pero la ejercitó en su vida y en el desear morir por Dios, lo cual no se hace sin esperanza en Él. La caridad no puede ser mayor que dar la vida por la cosa amada, y así la dió de hecho D.ª Luisa en lo que padeció, y de afecto en lo que deseó y procuró padecer. La fortaleza no sólo la ejercitó en resistirse y vencerse á sí misma en la vida tan áspera y santa que hacía, sino en sufrir innumerables trabajos por Dios y desearlos mayores, y oponerse á los enemigos de la fe. La justicia, en sí misma y con sus prójimos, la usó en lo mismo, y en no hacer daño á nadie, ni negar todo el bien que pudo hacer. La templanza, en toda su vida no se ve otra cosa, y sus ayunos, su abstinencia, su vestido pobre, su trato tan moderado y modesto, sus palabras tan concertadas. La prudencia fué la que juzgaron los juicios errados que la faltaba, porque no alcanzaron el altísimo grado de prudencia, que consiste en despreciar todo lo que el mundo estima, y preciar todo lo que estima Dios, y enderezar las acciones sin exceso á los excesos que aconseja el Evangelio, sin exceder ni quedar corta en ellos. La virtud que se llama devoción, que es parte ó efecto de la fe y esperanza, la tuvo con extremo esta sierva de Dios, pues continuaba tanto el llegarse

á Dios con continua y fervorosa oración, con penitencias y vida áspera, sólo por darse, y llegarse á Dios, y venerarle y honrarle, y querer que fuese honrado de todos; y esto la obligaba á predicar ó persuadir á dar buen ejemplo, y otras cosas tocantes á esta virtud. Ejercitó, en fin, todas las virtudes, igualando en ellas á los mejores de su siglo, y excediendo á casi todos.»

CAPÍTULO XLI.

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO PRECEDENTE, DEL CONCEPTO QUE TUVIERON DE LA VIRTUD DE DOÑA LUISA MUCHAS PERSONAS RELIGIOSAS.

Las personas á quien más trató y comunicó doña Luisa fueron los religiosos de la Compañía de Jesús, á cuya dirección estuvo siempre; y así, son los testigos que con mayor conocimiento pueden decir de sus virtudes. Son de esta sagrada religión los que se siguen:

El venerable P. Luis de la Puente, varón tan conocido en estos reinos por su santidad y espíritu y admirables escritos, hablaba con particular respeto y estimación de D.ª Luisa; tenía gran satisfacción de sus obras y ejercicios, y entre otras cosas decía: que con lo que á ella le sobraba se podían vestir otras muchas almas. Y habiéndole dado noticia de su muerte la madre Inés de la Asunción, priora de Villafranca, para que la encomendase á Dios, la respondió que con lo que á ella le sobraba serían muchos enriquecidos.

El P. Antonio de Padilla, varón verdaderamente apostólico, que pisando la riqueza y grandeza humana fué incomparablemente mayor por la pobreza evangélica, no acababa de admirarse de las grandes virtudes de D.ª Luisa; confesóla algunos años, y cuando no estaba para poder salir de casa á oir misa, iba él cada día á decirla á su oratorio.

El P. Jerónimo de Florencia, predicador de las dos Majestades de nuestros dos Felipes III y IV, confesor de los serenísimos infantes Carlos y Fernando, dice habló una vez con D.ª Luisa, y que la tuvo por muy espiritual. Y hablando de su voto de hacer siempre lo que fuese más perfección, dice: que fué motivo de mujer varonil y fuerte, y llena de amor de Dios, pues ciñó en grado tan superior su voluntad con la de nuestro Señor, y mereció con su Divina Majestad el premio de su virtud y del deseo que la llevó á ser martirizada al reino de Inglaterra, donde acabó su vida, dejando muy extendida la que había hecho en servicio de nuestro Señor, así en España como en aquellas partes, y es digna de ser canonizada.

El P. Gaspar de Pedrosa la confesó y aprobó mucho su espíritu. Decía muchas veces: que doña Luisa era única en el mundo, y que, por mucho que veían y entendían de su santidad, era nada en comparación de lo que había encerrado en su pecho.

El P. Hernando de Espinosa, por la larga comunicación que en Madrid y Valladolid tuvo con doña Luisa, alcanzó mucho del gran fondo de la virtud de esta santa virgen; y hablando con una persona religiosa muy espiritual, decía: «El espíritu de la señora D.ª Luisa es espíritu doble y santidad de obra prima; no tiene semejante, porque parece se ha llevado el

primor de las demás personas que tratan de espíritu.» É hizo tan gran estimación de su caudal, que algunos escritos suyos en materias espirituales se los llevaba para que los viese y aprobase (tanto fiaba de su juicio). Lo mismo hicieron otras personas graves. Y en la deposición judicial, en que hace largos elogios á D.ª Luisa, remata con decir: que quedó corto el autor del interrogatorio, porque las excelencias y santidad de este divino sujeto no se pueden ponderar ni engrandecer todo aquello que la divina y profunda sabiduría infundió en su ardiente espíritu.

Al P. Francisco de Salcedo, varón de gran talento y religión, le faltaban palabras para encarecer estas virtudes. Este fué el sentimiento de estos padres y otras personas graves de esta sagrada religión y de las demás que la comunicaron: la estimaban y tenían en opinión de mujer varonil, de singular santidad y gran maestra de espíritu.

El P. Lorenzo de Aponte, de la observante y venerable religión de los clérigos menores, que con eruditos comentarios ha ilustrado los libros de la sabiduría, varón de gran espíritu, fué confesor de doña Luisa, y la trató y comunicó mucho tiempo. Es su deposición una elegante oración de las virtudes de esta sierva de Dios, con palabras grandes y que denotan la estima que hace de su santidad. Afirma que puede decir con suma verdad que su vida, la pureza de su alma, el asiento de todas las virtudes era cosa que espantaba y admiraba, y que puede jurar que no la habló vez que no quedase atónito de su santidad, prudencia y saber, estimándola siempre más por ángel que por criatura humana en el trato, y que más de una vez le dijo que no deseaba otra cosa en esta vida cuanto al pie de un degolladero en Inglaterra

ofrecer sus votos á Dios, cuya jornada hizo con tanta alegría que, sabiendo que iba á morir, no la tuviera tal si fuera á emprender una corona, y que como testigo de vista de su mucha virtud y bondad, y gracias particulares que nuestro Señor la hizo, firmeza, constancia y perseverancia en todo género de santidad, juzga que está gozando de Dios, tanto que estimara falta de fe y desconfianza muy grande si creyera lo contrario, pues totalmente está persuadido que goza de Dios con alto grado de gloria.

El P. Fr. Jerónimo Gracián, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, varón muy conocido en estos reinos y fuera de ellos por su espíritu y trabajos y devotos escritos, tuvo muy gran correspondencia con D.ª Luisa desde Flandes, donde estaba, en el capítulo v del libro que escribió sobre los *Cantares*, habiendo tratado de las almas que con amor celoso dejan el trato amoroso con Dios, y la presencia divina, dulce y sabrosa por el bien de los prójimos, y cuán perseguidos son por esta causa; en el número 13, hablando de D.ª Luisa, como parece del margen, dice estas palabras:

«Conozco una sierva de Dios de muy gran espíritu, que movida con este amor celoso dejó su quietud que tenía en España, y vino á Inglaterra á convertir almas de herejes y sustentar en la fe muchos católicos que hay de secreto; y lo ha hecho y hace con tanta virtud, ejemplo y fruto, que pone admiración á quien lo sabe. Este su celo lo ha sido tan murmurado, aun de muchos hombres doctos y principales, como si hubiera sido una cosa muy mala.»

El P. Fr. Antonio Sobrino, descalzo francisco, cuya santidad se publicará con brevedad al mundo para que le venere, escribió desde Valencia á Ingla-

terra algunas cartas á D.ª Luisa con un discurso gravísimo, adornado de varios lugares de la Escritura; exhórtala á la perseverancia, aprueba su espíritu, y en una remata con que la esperaba ver entre las azucenas y rosas del cielo por los méritos de la sangre de su Esposo.

El P. Fr. Miguel Salón, de la Orden de San Agustín, catedrático de Teología de la Universidad de Valencia, persona de grandes letras y ejemplar religión, cronista de aquel ilustre prelado Santo Tomás de Villanueva, el Limosnero, Arzobispo de Valencia, demás de algunas cartas bien doctas que escribió á D.ª Luisa, en la oración panegírica que escribió en la muerte de la Marquesa de Caracena hace un epílogo de la vida y virtudes de D.ª Luisa; hablando de ella con gran estima y veneración, pone algunas cartas suyas, de que nos hemos valido.

El P. Juan de Pineda, de la Compañía de Jesús, en la introducción de su sermón fúnebre, llama á D.ª Luisa mujer en todo peregrina: en el ánimo, más que varonil; en la fortaleza y determinación, más que humana; en la santidad y pureza de vida, un ángel; en el celo de la fe, un apóstol; en declararla, predicarla y persuadirla, un doctor; en defenderla y dar de ella testimonio delante de infieles tribunales y jueces, un mártir; y no sólo en la muerte, sino también mártir en la vida, viviendo en un perpetuo tormento y martirio con el deseo de padecerle.

Los Padres del Seminario inglés de Sevilla, en el libro de las *Honras de doña Luisa*, discurren largamente por algunos particulares de sus virtudes y vida, como de persona de santidad insigne, engrandeciéndola por virgen prudentísima é invicta mártir.

El P. Fr. Marcos de Guadalajara y Javier, de la

Orden de Nuestra Señora del Carmen, en la quinta parte de la *Historia Pontifical* que ha sacado este año de 630, hace honorífica mención de D.ª Luisa como de persona insigne: hace un resumen breve de su vida, sucesos de Inglaterra hasta su muerte.

Los católicos de Inglaterra tienen á la santa doña Luisa, con particular veneración, puesta y escrita en el número y catálogo de los mártires que han padecido en aquel reino por la santa fe de Cristo, y la reverencian y miran como á maestra suya y verdadera madre espiritual. Y algunos caballeros católicos ingleses que vinieron con el Príncipe de Gales, á voces publicaban grandes excelencias de la venerable doña Luisa; y que habían sido infinitas las personas que se habían convertido con su ejemplo, amonestaciones y disputas; y que la habían visto predicar y publicar la fe católica en la ciudad de Londres; y que eran grandes los beneficios que aquel reino había recibido de esta santa; y que si llegase á efecto llevar á nuestra serenísima Infanta por reina de Inglaterra, una de las cosas que habían de capitular en los tratados había de ser llevar delante de sí por guía y defensa de la religión católica en aquel reino el cuerpo de la santa D.ª Luisa, que ellos y toda Inglaterra la estimarían y reverenciarían por patrona y por su abogada; que con esto les parecía tenían ciertas sus esperanzas de que se convertiría aquel reino, porque era grande la fe y afecto que tienen con la santa, aun muchos de los herejes; porque como su caridad se extendía á todos, y en cuanto podía les ayudaba, aún les dura el agradecimiento y buena opinión de esta santa señora, y es grande el deseo que todos los católicos de aquel reino tienen de verla canonizada, en particular los que por su ejemplo y persuasión reci-

bieron la verdadera fe, y en ella perseveran con increíbles trabajos. Y añadían que si no hubieran sacado el cuerpo con tanto recato y secreto, sin duda los católicos se alzaran con él y le guardaran y escondieran, porque la amaban en vida por el amparo que les fué siempre, y que hoy están con este dolor en el corazón y lloran su ausencia con justo sentimiento.

CAPÍTULO XLII.

TESTIMONIO DE TRES PERSONAS MUY RELIGIOSAS DE LAS VIRTUDES DE DOÑA LUISA.

Los testigos de más asegurado crédito, de mayor conocimiento por el continuo trato y semejanza del espíritu, y que con luz superior pudieron penetrar la gran santidad de D.ª Luisa, son las tres personas religiosas nombradas algunas veces en el discurso de esta historia; ha de llegar á sus manos, y así me impiden decir algunas cosas de su mucha religión, que aumentaran el crédito de sus deposiciones.

La madre Mariana de San José, á quien debe la religiosa y observante Recolección agustina todo el lustre y esplendor que hoy tiene; que después de haber fundado los monasterios de Eibar, Medina del Campo, Valladolid y Palencia, la trajeron las Majestades católicas de nuestros reyes Felipe III y Margarita de Austria para primer fundamento de su real convento de la Encarnación, donde es priora, dice en su deposición: que la santa señora D.ª Luisa fué conocida, no sólo en España, sino en todo el mundo, así por su nobleza, por ser de las casas más

calificadas de España, como por su rara y extraordinaria santidad, y que la vió y habló pasando por Valladolid á fundar un convento en Medina del Campo, y que en las veces que la habló en esta ocasión descubrió en esta señora uno de los más raros y extraordinarios sujetos que ha conocido jamás en mujer, así en partes naturales y grande capacidad de entendimiento, como en un espíritu fuerte fundado sobre sólidas virtudes y una perfecta imitación de la vida de Cristo nuestro Señor; que sus palabras eran pocas, mas que en ellas descubría profunda luz. El semblante alegre, con rara modestia, humildad y mansedumbre. Y que con ser las palabras tan medidas y ajustadas á un profundo silencio, descubría juntamente un fervor grandísimo y ansia de la honra y gloria de Dios y bien universal de las almas, y un fervoroso deseo de granjearlas á Dios; y que todas sus pláticas eran, en orden á ganarlas, tan levantadas de punto, que brotaban vivas centellas del amor de Dios nuestro Señor y del encendido fuego de su mucha caridad, desnuda de toda ambición y gravedad. Su proceder era humilde, su hablar poco, su mucha modestia conocida, su prudencia perfecta, su sabiduría del cielo, su aspecto de santa penitente. Y que con haber tantos años que vió y habló á la venerable D.ª Luisa, se le ha quedado tan impresa en el alma la presencia y memoria de esta santa, con un género de estimación, amor y respeto que es imposible olvidársele, sino que la tiene siempre presente, con harto consuelo de su espíritu; y que por escrito la trató mucho tiempo y muy familiarmente, hasta que murió, y que siempre conoció en sus palabras y doctrina que era luz sobrenatural la que la gobernaba; porque eran los efectos de sus palabras tan vi-

vos, que parece imprimía en el alma lo que quería. Y que para abreviar lo que es imposible decir ni declarar de esta santa con razones, lo deja á la consideración de quien mira á la venerable D.ª Luisa desde su más tierna edad con perfecto uso de razón, amor de Dios nuestro Señor y de sus prójimos, con un continuo y perfectísimo ejercicio de todas las virtudes, desde esta edad hasta el último de su vida, guardando siempre los Mandamientos de la ley de Dios, y consejos, perfectamente. Remata con que su eficacia fué de apóstol, su prudencia extremada, su sabiduría del cielo, su fervor y espíritu divinos.—Todas son palabras de la madre Mariana de San José.

La madre Isabel de la Cruz, monja profesa en el mismo Real convento, que fué compañera ocho años de la santa D.ª Luisa, muy parecida en todas las virtudes á su buena maestra, en la deposición jurada que ha hecho, que bastaba para la beatificación de D.ª Luisa, hablando de la opinión en que la vió tener, dice:

Que en vida y en muerte procedió esta señora como santa, y como tal la alababan y estimaban todos, favoreciendo á esta pía opinión sus Majestades y Altezas, como los que son amparo de nuestra santa fe, defensa contra sus enemigos y honra de sus vasallos, en los cuales estiman y favorecen la virtud, y la de esta santa señora es aprobada por muchas personas de letras y espíritu, así eclesiásticas como seglares; y, finalmente, en vida fué de todos estimada, y ahora reputada por santa, confesando fueron heroicas sus virtudes, y maravillosas sus obras, en las cuales parece que no perdía á nuestro Señor de vista, según lo que le imitaba, siguiendo á los apóstoles en enseñar la fe, deseando acompañar á los mártires en dar por

Dios su vida, igualando á las vírgenes en la pureza, por la cual parece la escogió nuestro Señor para hacer continua morada en ella como fidelísimo Esposo y dueño de su alma, la cual enriqueció Su Majestad con tantas y superiores virtudes que le parece le está mejor reverenciarlas con silencio que tomar empresa tan dificultosa como es querer alabarlas.—Y más abajo añade:

Que es pública voz y fama que la venerable doña Luisa fué tenida toda su vida por santa y en gran veneración y estima, particularmente de las personas graves que sabían y conocían sus virtudes heroicas y extraordinarias, y que la miraban con particular respeto y devoción; y esto no sólo entre la gente grave, sino también la ordinaria; y de éstas, muchas personas, cuando esta señora era viva, la llamaban santa. Y que pues reyes y grandes señores, religiosos y personas espirituales y doctas, todos tienen esta opinión, ella les acompañará, gozándose de la gloria y alabanza que dan á nuestro Señor por haber Su Majestad enriquecido á esta santa señora y verdadera pobre de espíritu, estando el suyo tan lleno de virtudes, que los efectos y resplandores de ellas declaran su perfección y manifiestan la mucha con que se ejercitó en esta vida en la continua presencia de nuestro Señor, y que así le parece que hacía de la tierra cielo, pues obraba amando, y amando no dejaba de trabajar, procurando el bien de las almas, hasta dar por ellas y por Dios su vida, empleándola en enseñar á muchas personas el camino de la perfección, y sacando de pecado los que estaban en mal estado, consolando y esforzando los católicos, convirtiendo los herejes, cuyas almas esta señora ardientemente amaba, deseando conociesen y amasen la verdad de nues-

tra santa fe; y esto procuraba con oraciones, penitencias, doctrina y otros medios que con gran fervor y caridad usaba, dando á todos buen ejemplo, con una esperanza magnánima, viva fe y encendida caridad, ejercitándola aun con los mismos que la perseguían: á todos sufría con gran mansedumbre, aunque con un ánimo invencible, porque sólo temía á Dios y que Su Majestad fuese ofendido, y así su amor era filial, que temiendo amaba, y amando respetaba aquella infinita bondad que con gran fe conocía, y por mejor decir, gozaba; porque sus obras eran tales, que parece que siempre estaba mirando á su soberano Maestro, y sacando de aquel divino dechado las obras que nos enseñó para hacer su santísima voluntad, y en el conocimiento de ella tenía esta señora gran luz, acompañada de una pronta y eficaz resolución para cumplir en todo el gusto de nuestro Señor; y esto declara bien el ánimo que tuvo para ponerse por Dios en estado tan abatido, que siendo gran señora parecía una mujer humilde, porque lo era mucho y sin fingimiento, y todas las virtudes las obraba con muchas veras, y así en nada usaba burlas; mas aunque no las tenía era alegre sin distración, grave sin presunción, modesta sin tristeza: érale suave y gustoso el padecer por nuestro Señor, y así no la daban pena las persecuciones y trabajos; antes á los mayores se ponía con gran ánimo y alegría, haciendo á todo buen rostro, sin mostrar en él mudanza el tiempo que padecía; y aunque esta santa señora estaba muy agradecida á estas y otras mercedes que nuestro Señor la había hecho, era el conocimiento de estos recibos para darse por obligada á una gran correspondencia, y en lo demás quedaba muy libre de presunción y vanagloria, la cual, como esta señora

dijo, nunca la tuvo; y mostrábalo muy bien en que nunca ponía su cuidado en agradar á las criaturas, sino á sólo Dios, el cual parece dió á esta señora una continua asistencia de su espíritu en el cielo, acompañando con afectos á los que allá alaban y adoran á su Criador, de quien parece recibió esta señora una gran parte del conocimiento de los querubines y amor de los serafines; y así, con sus obras y palabras, parecía que encendía las almas y que enternecía los corazones y parece que robaba los de todos con su prudencia y piedad. Fué honra y gloria de su patria esta española santa, cuyas virtudes no parecen numerables por ser tantas y extraordinarias, y no la faltó el dón de la profecía, diciendo las cosas que estaban por venir, y sucedieron como ella las decía; y en otras ocasiones ponía remedio en cosas que parecía imposible saberlas sino por luz y orden divinas. La fe que tuvo al Santísimo Sacramento fué tan grande, que parece se puede decir ó preguntar si tendría aumento ó ganancia de los actos de fe quien por la certeza que de ella tenía parecía que gozaba más que creía. Mas lo cierto es que cuanto la fe es más heroica, tanto son sus actos más meritorios. De la obediencia se podían decir cosas maravillosas que no parecen imitables sin la divina gracia, y de la que esta señora tuvo se supo aprovechar tan bien, que cree está con muchos grados de gloria; porque si ésta corresponde á la caridad que un alma tuvo en esta vida, se debe considerar cuán grande gloria tendrá esta santa señora, la cual, hablando con nuestro Señor sobre lo mucho que le amaba, le dice:

Dulcísima gloria mía,
id la fuerza acrecentando,

que se consumen amando
cuantas el alma tenía.
Y aquesa profundidad
de sumo merecimiento,
anegó mi entendimiento
y absorbió mi voluntad.
Y cuando vine á llegar
al punto más levantado,
vi que amor me había faltado
para empezaros á amar.

Y si esta humilde y enamorada alma confiesa que llegó su amor al punto más levantado, que parece no le quedó esta señora nada por hacer, ni á las que la estiman y reverencian otra cosa que desear sino imitar sus heroicas virtudes, deseando que se aumente la honra y gloria de Dios y de esta santa.—Hasta aquí la madre Isabel de la Cruz, cuya deposición merecía imprimirse toda, y bastará para manifestar la santidad de D.ª Luisa.

La madre Inés de la Asunción, priora del religioso convento de recoletas agustinas de Villafranca, gozó el lado de D.ª Luisa trece años; salió en su compañía de la casa del Marqués de Almazán, hasta que entró religiosa al partir D.ª Luisa á Inglaterra, como dejamos escrito. Afirma con juramento que jamás en este tiempo la vió cometer con advertencia pecado venial; júralo intrépida y repetidamente, siendo, como ella afirma, timidísima en materia de jurar. Dice que comenzó á servir á nuestro Señor, D.ª Luisa, por donde otros grandísimos siervos suyos acabaron; y hablando de los favores dulces que nuestro Señor la hizo, pone, entre otros, que siendo niña se le apareció nuestro Señor y la dijo: «Yo soy tuyo.» Y no fué sólo esta vez; que la santísima Virgen se le apareció con su Hijo bendito en

los brazos. Son estos favores muy conformes á la virtud que siempre tuvo D.ª Luisa y á la santidad á que llegó: y no tiene leve fundamento su verdad en la aseveración de persona de tan gran religión y que sabía lo íntimo del corazón de D.ª Luisa, llama su vida un milagro de la omnipotente mano de Dios, como lo fué que una doncella de pocos años, y señora que pudo casar con título, venciese la torre de Babilonia y vanidad de que están más vencidas las personas nobles y principales. Discurre admirablemente, por las virtudes de D.ª Luisa, con palabras tan vivas y encendidas como lo es su espíritu. Y tratando de la grandeza de su amor á Dios, dice que vió escrito de letra de D.ª Luisa que pedía á nuestro Señor con afecto amoroso la acrecentase las fuerzas para amarle, porque se le habían consumido las que tenía.

Afirma que decía muchas cosas años antes que sucediesen, y refiere algunos casos particulares, y otros la madre Isabel de la Cruz.

Concluye la madre Inés que por los largos años que trató á D.ª Luisa, y por lo que ha oído antes y después, siempre ha sido tenida por persona de singular y sólida virtud, y muy estimada por tal y por maestra de espíritu, no sólo de gente seglar y de señores y grandes, sino de los mismos maestros de espíritu, y que venían á comunicar con ella sus dudas. Y el venerable P. Antonio de Padilla llegaba hasta preguntarla cosas de gran dificultad en materias interiores. Que fué mujer admirable y fuerte, de grandes y sólidas virtudes que ejercitó todo el discurso de su vida, teniendo á Dios nuestro Señor un amor muy levantado y encendido, y al prójimo como á sí misma; y según su celo y humildad y pobreza de espíritu, su ciega obediencia, sus penitencias y ayu-

no, su silencio, su prudente hablar, la firme confianza en Dios, la desconfianza de sí, la desnudez de todas las cosas de esta vida, el gran desprecio del mundo y de sí misma, la tolerancia y paciencia en los trabajos, contradicciones y persecuciones, la devoción, la pureza de su oración, perseverancia en ella, la ansia y sed, no contentándose con los muchos modos de padecer y obrar con que se ejercitaba en estos reinos, sino procurar de ir á Inglaterra para alcanzar la corona del martirio y consolar aquellos afligidos católicos, procurando de todas maneras hacer al Señor todos los servicios que podía; la grandeza y valor de su ánimo, y de su amor con Dios en hacer el voto de haber de hacer siempre lo más perfecto, sólo Dios, como autor de estos dones, virtudes y gracias, y ella que las recibió, saben el colmo de las grandes y sólidas virtudes de que esta santa alma estaba enriquecida; éstas, ejercitadas y manifestadas, hacen santos á los santos, y tiene por certísimo no las podrá nadie ignorar de las que la trataron y conocieron; porque eran evidentes, y así es tenida por santa, y por tal la tiene para sí, y más viendo en ella la viva imitación de Cristo nuestro Señor en el modo que se permite, y sujetándose á la santa Sede apostólica, la pide que desde el cielo ruegue por ella, por su patria, por la majestad de los Reyes católicos, que con tanto celo tratan de que salga á luz su santidad para edificación de la Iglesia y bien de los fieles.

CAPÍTULO XLIII.

PROPÓNENSE ALGUNOS FUNDAMENTOS DE QUE LA VENERABLE DOÑA LUISA HAYA SIDO MÁRTIR.

No es mi intento en este discurso el defender que fué mártir D.ª Luisa, menos el afirmarlo (ni es de mi profesión y estudios); toca su definición al Tribunal Supremo de la Iglesia, donde pende la causa. Es mi deseo mover sólo la cuestión y proponer algunas razones que hay para que se entienda la honró Dios con la corona del martirio, y dar motivo á los doctos que prosigan el alcance.

Mas cuando sólo quedara la felicidad de D.ª Luisa en haber estado presa dos veces por la fe, es tan gran bien que bastaba por premio, y fuera colmadísimo de sus virtudes, jornadas y trabajos. Comentando el gran padre de la Iglesia griega, San Juan Crisóstomo, aquellas palabras de la carta de San Pablo á los efesios, *Ego vinctus in Domino*, hablando de la prisión y cadenas del Apóstol, con su divina elocuencia dice: que no hay cosa igualmente ilustre que las prisiones por Cristo y las cadenas puestas en aquellas santas manos. «El ser preso por Jesús tiene mayor grandeza que ser apóstol, que ser doctor, que ser evangelista. Quien ama á Cristo, ese entiende lo que digo; el que se pierde y abrasa por su amor, ese conoce el valor de estas prisiones, ese eligiera estar en una cárcel por Cristo antes que habitar los cielos. Más noble es un calabozo que los palacios de los reyes, más que el mismo cielo, ¿qué digo los palacios? Tenía la cárcel un preso por Cristo. ¿Por ventura es mayor bien que sentarse á la diestra, más

grandioso que sentarse sobre las doce sillas? Si alguno me diera todo el cielo, ó esta cadena, á ésta prefiriera yo. Si alguno me colocara en el empíreo entre los ángeles, ó con Pablo aprisionado, escogiera la cárcel y los grillos. Si alguno me hiciera uno de los potentados que están en los cielos ó en los tronos, ó éste aprisionado, antes deseara ser él. No hay cosa más feliz que esta cadena. Quisiera hallarme en aquellos lugares donde se dice duran estas prisiones; quisiera ver aquellos grillos de quien se estremecen los demonios, á quien reverencian los ángeles. No hay cosa más dichosa que padecer por Cristo. No tengo por tan bienaventurado á Pablo porque fué arrebatado al Paraíso, cuanto porque fué echado en la cárcel. Porque, en mi juicio, no fué tan feliz porque fué llevado al tercer cielo, cuanto porque estuvo preso; y aun en el juicio del mismo Pablo, no se intitula el que oyó los secretos de Dios, sino el preso por Jesucristo. Tengo por más digno de desearle el padecer por Cristo, que el ser honrado de Cristo. Tuvo este Señor por su gloria el padecer por unos pequeñuelos; ¿cuánto será mayor que el hombre padezca por su Dios considerando el objeto?»

Prosigue el Santo con grandes encarecimientos dignos de su elocuencia, estimando más aquellas manos en las esposas por Dios, que en el empleo de sanar tullidos, resucitar muertos y otros milagros; Si la víbora respeta las manos de Pablo, atribúyelo Crisóstomo á la prisiones. Si le reverencia todo el mar, dice el santo Doctor, estaba Pablo preso porque tiene en la luz de su desengaño por mayor merced padecer por Cristo que parar al sol, la luna y mover los orbes.

De las palabras de la boca de oro puede ponderarse la gran felicidad de D.ª Luisa en haber estado presa por la religión católica, mas reconociendo la debida proporción y diferencia entre las personas y los méritos. Mas entendemos también que no paró la buena suerte de D.ª Luisa en prisión sola, antes que ésta fué causa de su muerte.

Supongo por verdad cierta que la persecución de Inglaterra contra los profesores de la religión católica después que se apartó de la obediencia del Pontífice romano, ha sido persecución de la Iglesia y de la fe cristiana, como la de los tiempos de los Dioclecianos y Nerones, y que los sacerdotes y otras personas católicas que han padecido en ella muerte violenta son verdaderos mártires, y que han subido al cielo coronados de ilustrísimos martirios, aunque sus enemigos han procurado, con causas aparentes, desmentir sus glorias, como resuelve ambas cosas, erudita y largamente, el venerable P. Dr. Francisco Juárez, gloria y luz de estos reinos y ornamento grande de su sagrada religión la Compañía de Jesús, en el libro que escribió contra el Rey de Inglaterra, cuya luz bastara á expeler las tinieblas de aquel reino si los que le gobiernan buscaran la verdad y no sus intereses.

Lo que pasó en su prisión y dió causa á su última enfermedad según opinión de todos, lo dejamos escrito en sus lugares. Y es muy verosímil hiciesen perjudicial impresión en una salud quebrada, en vida tan penitente, los sustos, la desnudez, el desabrigo, la publicidad y ruido de la prisión, la humedad y mal aire de la cárcel, temores de su destierro y otras cosas que dijimos concurrieron en aquellos días, siendo la causa de todo la persecución furiosa del Arzobispo falso por su fervor en la profesión cató-

lica, por la perfección cristiana con que vivía, y procurar la guardasen sus hermanos por tantos medios lícitos de obras y palabras, ayudando á todos y exhortándolos á la perseverancia y confesión de nuestra religión sagrada; que estos fueron los motivos que dieron de tantas demostraciones. Refiere la madre Inés de la Asunción, en su relación jurada, que la dijo el P. Miguel Walpolo que jamás entró en calor después que la prendieron. Todo esto junto es de creer aceleró su enfermedad, y su muerte hallóla estando como detenida en confianza en casa del Embajador de España, pendiente la determinación de su causa en el Consejo, estando aún en la cárcel sus doncellas.

Conforme á esto puede pretenderse que fué verdadera mártir, pues las tribulaciones y molestias fueron causa de que perdiese la vida por la causa de la fe, y que no sólo goza de la gloria de muchos varones santos que, con heroico celo, se expusieron al martirio, y el martirio les faltó, y no ellos al martirio, que en esta acción permaneció constante doña Luisa por espacio de nueve años que vivió en Inglaterra, sin tener una hora de seguridad y de reposo, con unas fervorosísimas ansias de dar la vida por Dios y defensa de la santa fe católica, exponiéndose á tan heroicos empleos por ayudar á los fieles oprimidos.

Solía decir la venerable virgen que todos sus deseos, en lo tocante á su fin, se reducían á dos. El primero el padecer muerte violenta por Cristo, y el otro, que su confesor se pudiese hallar presente para echarla su bendición. Lo que no podía alcanzar el discurso corto de los hombres, dispuso la Providencia divina, dándola muerte violenta, causada por

actual persecución de la fe y por el ejercicio de la verdadera perfección y amor de Dios y del prójimo, en su cama, en casa del Embajador de España, confortada de sacrificios y sacramentos continuos, asistida de su confesor, traído de fuera de Inglaterra con providencia particular del cielo en los pocos días que pasaron del salir de la prisión hasta su muerte, fuera de toda su esperanza. Estas son las misericordias que nuestro Señor hace á los suyos porque le cantaran alabanzas por toda la eternidad. ¿Quién podía imaginar hallarse martirio en cama, recibiendo la bendición de su confesor para bien y consuelo de su alma, y fuera de la cárcel, apartada del bullicio de los herejes y perseguidores que procurasen molestarla en aquella hora y estorbar su quietud? Mas la misericordia y bondad de Dios, y su saber y poder infinito, exceden los límites que nuestra cortedad les pone, aun cuando pensamos que nos hemos alargado mucho.

Realza la grandeza de esta misericordia el tiempo en que sucedió su muerte para comprobación de nuestro intento; llevóla Dios cuando casi todos los que la conocían, así amigos como enemigos (aunque con intentos diferentes), la querían sacar de Inglaterra contra sus deseos de morir en aquel reino. Sus devotos en España y otras partes deseaban verla fuera de tan continuos peligros y vida tan trabajada y amarga. Los enemigos herejes no podían sufrir tan raros ejemplos de perfección y santidad. Ella, en este combate, no podía dudar que Dios quería hiciese de su parte cuanto le era posible por quedar á servirle en aquel reino, y así la era forzoso contrastar las voluntades de todos, suplicando á la Majestad Divina con fervorosas oraciones no permitiese que por su

culpa dejase de cumplir su voluntad santísima, y fuese servido de que acabase su vida en los ejercicios que hasta allí en Inglaterra. Concedióselo el Señor, y cuando los hombres trazaban pasarla á España ó Flandes, se la llevó al cielo á recibir la corona de azucenas de su virginal pureza, entrepuestas las rosas de su martirio glorioso.

Y haber sido mártir D.ª Luisa (acercándonos á términos escolásticos), y haber conseguido mérito de mártir, es muy probable conforme á la doctrina del angélico doctor Santo Tomás, que parece que se ajusta á nuestros términos; son éstas sus palabras:

«Acontece algunas veces que alguno, después de haber recibido heridas mortales por Cristo, padecido por los perseguidores, ú otras cualesquier tribulaciones continuadas hasta la muerte por la fe de Cristo, viva algún tiempo; en el cual estado el acto del martirio es meritorio, también en todo aquel tiempo que padece semejantes aflicciones.» (2. 2. quæst. 124, art. 4.º ad 4.)

Sea comentario de la sentencia del Doctor ángel el P. Francisco Juárez en el lugar que hemos traído, cuyas palabras pondré en gracia de los que no puedan ocurrir el original latino. Después de haber probado son verdaderos mártires los que han padecido muerte violenta en la persecución de Inglaterra, dice así en el lib. VI, cap. XI, *Contra Regem Angliæ:*

«Finalmente podemos añadir, para consuelo de los fieles, que los católicos que han sido por largo tiempo perseguidos por la fe, aunque no hayan sido muertos violentamente, si perseveraren constantente en la tribulación hasta la muerte, ó andando huídos vagando por los montes ó soledades, ó afligidos en las cárceles, ó peregrinando en voluntarios ó precisos

destierros, ó escondidos en las cuevas ó cavernas de la tierra, y sufriendo pacientemente muchas incomodidades con pobreza, ó de otros modos llegaren hasta el fin de la vida, no han de ser privados de la gloria ó premio del martirio. De cuya verdad me es suficiente testigo San Cipriano en la carta LVI á los tibaritanos, á los cuales, exhortando al martirio, dice: «Si al que anda huído en la soledad ó en los »montes le oprimiere el ladrón, le acometiere la fiera »ó afligiere la hambre, la sed, el frío, ó apresurando »su huída por el mar con navegación arrebatada, la »tempestad ó peligros del mar le anegaren, está mi»rando Cristo á su soldado donde quiera que pelea, »y da premio al que muere por causa de la persecu»ción en honor de su nombre, el mismo premio que »prometió dar en la persecución; y no es menor glo»ria la del martirio, aunque no muera públicamente »entre verdugos, si la causa de morir es morir por »Cristo. Basta para testimonio del martirio tener »por testigo aquel Señor que califica los mártires y »los corona.»

»El mismo San Cipriano, en la epístola XVIII al papa Lucio, dice: «En los confesores de Cristo, los »martirios dilatados no disminuyen el mérito de la »confesión: antes ostentan las maravillas grandes de »la protección divina.»

»Esta tolerancia de aflicciones, y de penas hasta la muerte, puede suceder de dos maneras: la una, cuando es tanta la violencia que se hace al cuerpo, y la falta de salud procedida de las mismas aflicciones, ó por su ocasión, que en gran parte proceda de ahí la muerte, ó se acelere demasiadamente; como acontece en la prisión de largo tiempo, ó en el destierro en lugares malsanos, en larga ó peligrosa navega-

ción ó en tan gran falta de las cosas necesarias, que con las graves y continuas incomodidades se atenúe el cuerpo hasta morir: y en estos casos en toda propiedad y verdad se perfecciona el martirio, y así suele la Iglesia, á los que mueren por Cristo de este modo, venerarlos como á verdaderos mártires y celebrar sus fiestas.

»De otro modo puede suceder esto, conviene á saber, que se padezcan por Cristo cárceles, destierros ó aflicciones semejantes hasta la muerte, y que estas aflicciones no sean causa de la muerte, sino que suceda por su curso natural. Y aunque en este caso se dude entre los teólogos si este testimonio dado de la fe hasta tal género de muerte baste para alcanzar la aureola del martirio, sin embargo, es cierto no le puede faltar copiosa gloria y paga de mártir; porque si él perseveró de esta manera, cumplió la condición puesta por Cristo: «El que me confesare delante de los hombres»; y así es forzoso Cristo cumpla su promesa: «Confesaréle yo delante de mi Padre».

»Y en los que así padecen tiene lugar aquel dicho de San Agustín en el sermón XLVI, *De Tempore*: «No perfecciona el martirio el derramamiento sólo de »la sangre, ni da la palma el abrasar de las llamas; »consíguese la corona, no solamente con la muerte, »mas también con el desprecio de la carne.» Y en el sermón II, 3, 2, *De Tempore*: «El que diere testimo»nio por la verdad, cualquier cosa que padeciere por »la verdad y la justicia, todo se lo computará el Se»ñor por martirio, con que haya perseverado en esa »confesión hasta la muerte.»

»Y asimismo en estos confesores mayormente se cumple lo que los santos doctores dicen muchas veces, que no falta el martirio donde la voluntad no

falta, como lo dice San Crisóstomo en el salmo LIX: «El martirio no sólo se ha de estimar por el suceso, »sino también por el propósito.» Y San Cipriano en la epístola XI: «No se contriste alguno de vosotros »como que sea menor de aquellos que hasta aquí han »padecido tormentos, y vencido y pisado el siglo, y »vinieron al Señor con gloriosas jornadas; el Señor »es escudriñador de lo íntimo, y penetra lo secreto »del corazón, y mira lo más oculto, y para merecer »la corona de Dios basta el testimonio de aquel Se»ñor que ha de juzgar.» Hasta aquí el doctísimo padre Francisco Juárez, por cuya sentencia en la primera parte de su distinción consta que con toda propiedad fué mártir D.ª Luisa; y cuando el escrúpulo de algunos quiera sacarla de ella, no podrá de la segunda para haber merecido una copiosa corona de perseguida por la fe católica, pues la cogió la muerte en la actual persecución; mas lo cierto es que ésta la trajo y aceleró la muerte.

Remate este discurso el Ilmo. Cardenal de Trejo en su manuscrito, otras veces traído; refiriendo las obras de D.ª Luisa en Inglaterra, prosigue así: «Veneró y recogió públicamente las reliquias de los mártires, entró en las cárceles públicas á consolarlos, confortarlos y animarlos al martirio. Estuvo presa, con efecto, por la fe dos ó tres veces; confesó la fe ante los jueces en público y en secreto; recrecióla el mal de la muerte, del frío, y descomodidad y hambre de la cárcel. Todo esto lo sé por haberlo oído decir á personas muy fidedignas, particularmente á cuatro ó cinco que arriba he nombrado, y á una gran sierva de Dios, que se llama María de la Guardia, inglesa, que está en Roma, superiora de algunas señoras inglesas que allí llegaron con deseo de fundar un co-

legio para enseñar niñas, la cual me ha referido muchas cosas de D.ª Luisa; y la conocía porque una tía suya estuvo en su compañía, y fué tanto el deseo que tuvo esta sierva de Dios, D.ª Luisa, de morir por Cristo, que la pesó mucho de las diligencias que los Embajadores de España hicieron para sacarla de la cárcel, y el consuelo que tuvo fué tenerse por presa y morir presa, porque creía que no la habían soltado libre, sino en fiado.

»Yo no dudo que esta santa mujer fué verdaderamente mártir, porque el martirio no sólo especulativamente se perfecciona en los deseos fervorosos, sino prácticamente en los actos de exposición á él, y confesar la fe con peligro aunque no se siga la muerte; y mucho más cuando el peligro se reduce á padecer actualmente, aunque no muera en el martirio. La sacratísima Virgen, nuestra Señora María, fué verdaderamente mártir por lo que padeció al pie de la cruz, y estar allí expuesta á que la matasen por su Hijo si quisieran, aunque después murió en su cama. San Juan Evangelista murió de viejo, y fué verdadero mártir por lo que padeció, y estuvo expuesto al martirio al pie de la cruz, y en lo que padeció en Roma en la tina de aceite, ó por mejor decir, en solo el ánimo de dejarse meter en ella, porque en ella no padeció ni sintió tormento, antes gusto. Los tres niños del horno de Babilonia mártires fueron, aunque el fuego ni los mató ni hizo daño. San Marcelo papa murió en la cárcel; pero no porque no le mataron los verdugos dejó de ser mártir. Santa Leocadia y otros mil santas y santos no perdieron la corona y nombre de mártires porque habiendo padecido algo por la fe muriesen después su muerte, ó de enfermedad natural ú ocasionada de la cárcel y martirios. Á San

Francisco, por sólo haber ido á Persia con deseo de ser mártir, le tengo por tal; y así á esta sierva de Dios la tengo por mártir verdadera, porque actualmente padeció y murió del trabajo de la cárcel, en que estuvo últimamente.

»No puedo dejar de decir aquí que me maravillo mucho que la Iglesia no haya declarado por mártires á la señora infanta D.ª Catalina, mujer de Enrique VIII, rey que fué de Inglaterra, y á su confesor, y á Tomás Moro, Edmundo Campiano y María, última reina de Escocia, á quien mató la impía Isabel, y á otros muchos que han muerto por la fe en Inglaterra y me admiro que no haya habido príncipe ni religión que pida y solicite estas canonizaciones ó declaraciones de verdadero martirio. Dicen que no se hace porque se espera la conversión de aquel reino y por no indignar los Reyes de él. Yo digo que temo que no se convierte aquel reino porque no se honran sus mártires; porque si los herejes de aquella tierra ven que la Iglesia católica parece que duda, pues no lo declara si estos que ellos matan son mártires, no pueden ellos acabarse de desengañar de que van errados; porque si ellos lo van, los que padecen por no creer y hacer lo que ellos hacen, mártires son. El temor de no indignarlos es bien excusado, cuando ellos tan sin respeto no temen de indignar al Papa y á la Iglesia, y tememos no indignarlos con la verdad cuando ellos no temen indignarnos con la falsedad; temo no parezcan ellos más fuertes en su maldad que nosotros en la verdad. Dícese que ellos dan á los trabajos, y muertes y persecuciones de los católicos título de crimen *læsæ majestatis*, y esto mismo había de ser causa para que la Iglesia desengañe al mundo de que no por este

crimen, sino por católicos, padecieron y padecen: lo uno, por salvar la verdad y quitar el oprobio del nombre de traición á la profesión católica; lo otro, porque el título de traidores se le dan porque no hacen el juramento de fidelidad al Rey como á supremo en lo espiritual y eclesiástico; y si la Iglesia, con razón, declaró y venera por mártir á Santo Tomás Cantuariense porque murió por oponerse al Rey en defensa de la libertad de la Iglesia, cuánto más mártires son los que mueren por no declarar al Rey de Inglaterra por superior en todo á la Iglesia: además de que esto del juramento es pretexto que se toma en lo público, que la verdad es que mueren ó padecen por católicos. Á D.ª Luisa no la prendieron porque no daba el juramento, ni yo sé que se lo pidiesen, sino porque era católica, y hacía ceremonias, y traía vestido católico, y tenía en su casa mujeres recogidas, y porque disputaba con los herejes, y convertía algunos, y amparaba á los católicos; yo no sé que esta persecución sea diferente de la de otros mártires en la sustancia, aunque sea en la cantidad de conversiones ó acciones, y muchos hay que sólo porque veneraban los mártires, ó porque dijeron ser cristianos, padecieron y están en el martirologio romano por mártires: esta sierva de Dios lo hizo todo, y así no dudo que debe ser declarada por mártir.» Hasta aquí el señor Cardenal. Hizo esta declaración á 16 de Marzo del año de 1627.

CAPÍTULO XLIII.

TRÁESE EL CUERPO Á ESPAÑA, Y COLÓCASE EN EL CONVENTO REAL DE LA ENCARNACIÓN.

Era el designio de D. Diego Sarmiento tener el cuerpo de D.ª Luisa en su capilla el tiempo que estuviese en Inglaterra, y acabada su embajada traerle consigo á España. No pudieron aguardar tanto los afectuosos deseos de los devotos de D.ª Luisa, y así instaron luego con la Majestad católica de don Felipe III, nuestro gran Rey y Señor, mandase al Embajador le enviase luego en la primer ocasión. El orden fué tan preciso, que no admitió tanto detenimiento, y hubo de romper con hartas dificultades no ligeras. Los padres de la Compañía de Jesús del Noviciado de Lovaina, fundación de D.ª Luisa, pretendieron les tocaba de derecho el cuerpo, y enviaron un requirimiento auténtico sobre esto al Embajador muy con tiempo: los mandatos tan apretados del Rey hicieron cesar pretensiones y designios.

Entregóse el cuerpo santo, compuesto en las cajas y cofres que dijimos, al licenciado Simón de Ariza, capellán de D. Diego Sarmiento, con una patente suya ó mandato, lleno de grandes elogios de la difunta, su fecha á 4 de Agosto de 1615; acompañóle aquel mancebo francés que sirvió á D.ª Luisa hasta la muerte, y algunos españoles que en esta ocasión pasaron al reino. Embarcáronse en un navío inglés llamado *D.ª Luisa de Londres;* estando á vista de España tuvieron temporal tan contrario, que los

llevó otra vez hacia Inglaterra (parece aún duraba en el cadáver santo el sentimiento de dejar aquella isla); aportaron á la vista de Francia; tuvieron por cosa milagrosa el cesar tan á punto que no diesen al través, como fuera forzoso á haberles durado más el viento. Llegaron, finalmente, á España á los 30 del mismo mes de Agosto; apenas surto, hallaron en lo bajo del navío un boquerón muy grande, y pareció imposible, sin milagro, haber escapado de ir á fondo, porque se vió claramente habían navegado algunos días con aquella abertura.

Recibióse el cuerpo en la villa de San Sebastián con un solemne acompañamiento, en que se halló el regimiento y principales vecinos de la villa, y los oficiales del presidio, y toda la clerecía y cofradías, y con gran número de luces fueron á recibirle al muelle, y trajeron en procesión hasta la iglesia de Santa María, donde le cantaron un oficio de difuntos con mucha solemnidad; reconocieron las cajas donde venía el cuerpo, de que hicieron depósito judicial á los 31 de Agosto de 1615: estuvo en esta iglesia algunos días.

Tuvo no pequeña parte para que se trajese á España el santo cuerpo D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete-Iglesias, el que con valor cristiano supo hacer glorioso el mayor golpe de fortuna. Era la santa D.ª Luisa prima de la marquesa D.ª Inés de Vargas, su mujer; y como tan pariente, demás de la correspondencia que tuvo con la difunta, quiso por este derecho enriquecer el convento de Portaceli, que fundó en Valladolid, con esta gran reliquia.

Nunca á los poderosos faltan trazas para conseguir su intento; y aunque el del Rey católico fué que viniese el cuerpo al convento de la Encarnación, el

Marqués envió orden para que se entregase al correo mayor de Irún, de donde él mismo le trajo á Portaceli en la ocasión de la jornada de las entrevistas de las Reinas de España y Francia.

Era el intento del Marqués quedase perpetuamente esta reliquia en su convento, y así le acomodó en un nicho donde estaba D. Alonso de Carvajal, su hermano. Tuvo noticia el Rey de estar el cuerpo en Valladolid, é hizo mucho sentimiento no se hubiesen guardado precisamente sus órdenes, y mandó que se trajese sin dilación á esta corte. Tocó sólo en Portaceli para pasar al cielo del Real convento de la Encarnación, donde fué traído de la suerte que llegó de Inglaterra; porque aunque quiso el Marqués quedar con alguna parte é intentó abrir la caja de plomo, salió tanta agua de la mar corrompida y de mal olor, que dijo: «Váyase así entera.» En que cumplió nuestro Señor los ruegos de su sierva, en que pidió pusiese su cuerpo de manera que, aunque quisiesen, no pudiesen llegar á verla.

Recibieron las religiosas de la Encarnación á su grande y santa amiga con el consuelo y contento igual al amor que la tenían. Abrieron la caja de plomo en que venía, y la hallaron llena de agua de la mar tan corrompida y de mal olor, que no se podía sufrir. Quitada el agua, limpiaron el santo cuerpo, que hallaron todo entero, sano y sin corrupción alguna, tratable, con su color de carne, que les causó admiración y á otras personas que se hallaron presentes, y tuvieron por prodigiosa maravilla el haber resistido á lo mordaz del agua de la mar, á que se rindió el plomo.

La madre Isabel de la Cruz, con el gran amor que tiene á la santa D.ª Luisa, pidió licencia á la madre

Priora para cortar un dedo, y levantando el brazo derecho de la santa, sintió que estaba tratable como si estuviera vivo; sacó la mano, y limpiándola del agua y viscosidad, quedó blanca, y tan linda como el día en que murió. Cortó el dedo con gran facilidad: las coyunturas estaban tratables, que se meneaban á todas partes. Acordaron (no sé con qué acierto) después de esto, por si hubiese quedado alguna parte de agua corrompida en el dichoso y bienaventurado cuerpo, se echase alguna cal viva dentro de la caja para que se extinguiese. Estuvo de esta manera cuatro años; fué causa que después, visitándole, se halló tostado y seco del gran fuego de la cal (que fué más que convenía); mas, sin embargo, quedó entero, y lo está hoy, durando la incorrupción contra la actividad de la cal, pudiéndose decir de este precioso tesoro que pasó por fuego y agua sin haberse rendido á los dos elementos más voraces de los cuerpos humanos. Pusieron el cuerpo en una caja cubierta de terciopelo carmesí, forrada de tela de primavera, guarnecida de pasamanos de oro.

Yace el santo cuerpo, no en el lugar de los muertos, sino en la custodia de los vivos; colocáronle las religiosas, con prudente acuerdo, en el relicario de este gran santuario, entre las reliquias de los santos; disponiendo la divina Providencia que la que así veneró los cuerpos despedazados de los mártires, y conservó con tan gran riesgo de su vida sus reliquias, esté su santo cuerpo incorrupto, venerado en este sacro convento, donde la religión, santidad y nobleza de las religiosas compite con la grandeza, decencia y devoción del culto divino, en que igualmente se admira la riqueza y variedad de ornamentos, lo acordado y primoroso de las músicas, virtud y modestia

de los ministros, y una majestad religiosa, y una religión majestuosa y santísima, todo brota reverencia, admiración y grandeza, sirviendo estas cosas todas á la mayor veneración y estima de esta santa.

Tuvo, entre otras, una conveniencia grande esta colocación tan honrosa, que es la confusión de los herejes entre quien vivió D.ª Luisa, para que viesen que veneraba su cuerpo y le traía el mayor Rey de la cristiandad, dándole lugar tan grande en una casa tan propia, tan religiosa y santa.

Y se ha advertido cuerdamente que desde su feliz tránsito de esta vida ha estado siempre este cuerpo á vista del Santísimo Sacramento, en la capilla del Embajador en Londres, en San Sebastián, en Portaceli y en este relicario, donde está colocado con grandísima decencia, premiando Dios la devoción que tuvo á este divino misterio haciendo demostraciones de lo que le agradó el amoroso afecto de su sierva, que decía: que no le hacía soledad el cielo cuando acompañaba á este Señor.—Y así ha ordenado la suma bondad de Dios dar á su querida esposa, antes de la universal resurrección, dos cielos: al alma el empíreo, y al cuerpo, el que gozan los católicos con la cercanía de Cristo sacramentado.

Nuestros católicos reyes D. Felipe IV y D.ª Isabel de Borbón, señores nuestros, y los serenísimos infantes, sus hermanos, las veces que pasan á esta su casa visitan con particular devoción y veneran esta reliquia, y con la religión y piedad que profesan han pedido á la Santa Sede Apostólica declare á D.ª Luisa por santa y se le dé culto público: así honra Dios nuestro Señor á los que por El se humillan.

CAPÍTULO XLV.

DE ALGUNOS MILAGROS QUE HA OBRADO NUESTRO SEÑOR POR MEDIO DE SUS RELIQUIAS.

Uno de los principales fines por que nuestro Señor honra á sus siervos con milagros, en que ostenta su grandeza y bondad, es para hacer notoria su santidad al mundo, y mostrar cuán agradables le fueron, y las coronas de gloria que inmarcesibles gozan en su reino. Concurre con esto otra razón no leve: está en el mundo tan resfriada la caridad y devoción, y son tan pocos los que siguen el camino de la virtud con veras, que para abonar Dios su grandeza, para alentar la cobardía de los hombres, para ejemplo de costumbres y conversión de los malos, conviene que haga milagros por sus siervos y acredite el camino de la virtud; y si en todos los santos milita esta razón, mucho más en D.ª Luisa, porque, como su vocación y camino de vida fueron extraordinarios, es justo que Dios los acredite y honre.

Cumple la promesa evangélica de levantar al humilde: abatióse y humillóse de manera D.ª Luisa, que en deshacerse por Dios nuestro Señor parece echó el resto de sus mayores finezas, y así son convenientísimas las correspondencias de nuestro Señor, ensalzando para gloria suya á su fiel y humilde sierva con incomparables muestras de su infinita bondad y poder.

Las obras todas de D.ª Luisa, mientras vivió en el mundo, fueron unos milagros de la divina gracia, y

sus empresas y virtudes una ostentación extraordinaria y sobrenatural, más admirable que si resucitara muertos, y así no necesitaba de otros milagros; y aunque éstos faltaran á D.ª Luisa, no hubiera quien dudara que su vida fué santísima: mas no ha querido Dios le faltase esta prueba del agrado que tuvo en sus obras y virtudes, y así se muestra propicio y fácil en conceder lo que se pide á los que se encomiendan en su intercesión.

Fueron muchas las personas que sanaron milagrosamente, encomendándose en sus oraciones cuando las visitaba en sus enfermedades.

Suspendió nuestro Señor visiblemente herir de peste á una persona tres semanas que estuvo en su casa; en saliendo de aquel refugio santo, le dió y murió dentro de dos días.

Estando en Inglaterra D.ª Luisa, un criado del Conde de la Revilla, en pendencia, hirió á un compañero suyo; derribóle de una estocada que le dió debajo de la tetilla, y dejándole por muerto, con la alteración y turbación del suceso, se acogió en casa de D.ª Luisa; pidiéndola le amparase, contóle el caso. Respondióle D.ª Luisa que el herido no era muerto, ni moriría por entonces de aquella herida, y que á la mañana estaría levantado; que le pesase haber ofendido á nuestro Señor ejecutando su cólera. Alentóse con esta respuesta, y huyendo del disgusto y castigo del Embajador se partió al puerto de Douglas, donde á la mañana tuvo nueva de la vida y mejoría del herido. Juzgóle por milagro evidente; confirmóse con la aseveración de D.ª Luisa de la salud del herido, que no había visto y él había dejado tan maltratado y por muerto.

Después de su dichoso tránsito ha obrado nuestro

Señor algunas maravillas por medio de sus reliquias, y otras veces por sólo pedir á nuestro Señor la merced por los méritos de D.ª Luisa.

Afirma la madre Mariana de San José que, estando muchas veces tan fatigada que parecía se estaba acabando de dolores vehementes, y otras de unos accidentes penosísimos de corazón que padece, apenas hacían más que ponerla una reliquia de la santa D.ª Luisa, cuando quedaba buena. Esto ha sucedido muchas veces, acosándola estos accidentes mucha parte de la noche, y actualmente, en poniéndola la reliquia, al punto quedar dormida tan quieta y sosegadamente como si estuviera buena.

La madre Antonia de San José, religiosa en el mismo Real convento, en su deposición jurada, dice que le parece como imposible el poder explicar las mercedes que por intercesión de la venerable doña Luisa ha alcanzado, por ser muchas las veces que para diferentes cosas ha pedido y alcanzado el favor de D.ª Luisa, con cuya intercesión tiene tanta confianza y experiencia de alcanzar alivio de todos sus trabajos y dolores, que afirma que hubo tiempo en que le parecía que lo que había menester era examinar si quería tener dolor ó que se le quitase, porque, si gustaba de remedio, casi podía tenerle como seguro que estaría buena en poniéndose alguna reliquia de la señora D.ª Luisa; y llegando á casos particulares, añade que tuvo un corrimiento á los brazos que la impedía el hacer algunas cosas, y que habiéndole durado este achaque algunos años, y á veces muy apretada, hacíanle varios remedios; sentía alivio por entonces, pero el mal volvía: estando una vez con sus dolores, se fué al relicario donde está el santo cuerpo, refugio en las aflicciones de las que

habitan este gran convento. Suelen las religiosas, por su devoción, esparcir sobre la caja varias flores, mostrando en esto su afecto y la gran veneración en que tienen esta gran reliquia; tomó una mosqueta la enferma, aplicóla al brazo, sintió muy conocido alivio, y lo dijo á su maestra; quitóse después la mosqueta, y antes de un cuarto de hora la volvió el dolor; volvió á valerse de su remedio: puso la flor, y el día siguiente estaba tan buena que, aun atendiendo á si había algún sentimiento en la parte afecta, no pudo percibirlo.

Púsose otra vez, la misma madre Antonia de San José, unas flores de las que habían echado en la caja donde está el santo cuerpo, haciendo, después que se las puso algunas veces, cierta acción que solía causarle algunos dolores agudos que, aunque pasaban brevemente, eran tan recios que, si duraran sin alivio un día, fuera imposible naturalmente vivir, y perseverando un credo era dificultoso llevarlos. Sucedió que desde un miércoles en la tarde, hasta el domingo en la noche, aunque hiciese lo que le solía causar estos dolores, no los tuvo, ni mal de cabeza; sólo sentía quería empezar el dolor, no llegaba á tenerle, sino un sentimiento ligerísimo sin pena.

Fuéle notable alivio para dolores de cabeza un poco de cal de la que echaron en la caja cuando llegó de Inglaterra, que, aplicada, se la quitaba el dolor, y volvía apartando la reliquia: y no sólo ha sentido remedio en éstas, mas en otras ocasiones, con la aplicación de estas reliquias en los trabajos del cuerpo, sino en aprietos interiores ha alcanzado alivio por la intercesión de esta santa.

Estando una religiosa de esta misma casa muy apretada de unos accidentes penosísimos de corazón,

y habiendo estado mucha parte de la noche que parecía se moría, sin serla de ligero alivio muchos medicamentos, en poniéndola el dedo que la cortó la madre Isabel de la Cruz, se quedó dormida, y esto instantáneamente; y ha sucedido muchas veces en diferentes ocasiones, y en aquella Real casa es remedio tan conocido las reliquias de esta santa, que estando alguna enferma ó apretada, es ordinario decir: Pónganla el dedo de D.ª Luisa.

Estando otra religiosa del mismo convento con dolor de estómago, la dió la madre Antonia de las flores que había guardado, y con ellas mejoró. Son muchas las religiosas que, acudiendo en sus necesidades á pedir favor á esta santa, experimentan que por su intercesión alcanzan lo que suplican á nuestro Señor: y el no ser muchos más los milagros, ha procedido del poco conocimiento que se tiene en Madrid de tener este tesoro dentro de sus muros y no acudir á valernos de la intercesión de esta santa en nuestras necesidades. Halo causado también la modestia y recato de las religiosas de este gran convento, que han afectado el ocultar sus cosas, esperando que nuestro Señor, con la aprobación de la Santa Sede Apostólica, manifieste la santidad de D.ª Luisa. Pende la causa en el sagrado Tribunal del Pontífice romano, oráculo de la verdad que manifiesta la santidad de los santos; tiénese gran confianza que con mucha brevedad se ha de tomar resolución en causa por tantos títulos justa, y no es el menor la gran veneración en que D.ª Luisa tuvo á esta santa Sede, lo que la defendió en Inglaterra, poniendo por su autoridad á conocido riesgo su vida.

Estas son, cristiano lector, las virtudes y vida de D.ª Luisa de Carvajal y Mendoza: bien conozco que, ofendidas de la cortedad de mi talento, no escribo lo que pasó en el Egipto, en la Tebaida, en los desiertos de Siria, si bien las obras de esta virgen santa campearán entre las de aquellos antiguos padres del yermo, portentos de santidad. He escrito lo que pasó á nuestras puertas, lo que vimos con los ojos, tocamos con nuestras manos; el ejemplo que nos puso Dios delante para nuestro enseñamiento. He escrito el ardor de fe de una doncella que, con cuerpo y miembros delicados, emprendió lo arduo de la virtud, mostrando con esfuerzo varonil que en las almas y espíritus no hay diferencia de varón y hembra, confusión de los que nos llamamos hombres. La que halló en una corte el desierto de los monjes y el retiramiento entre el mayor concurso, avergonzó á las que en las sillas y los coches halla la media noche atravesando calles. La que con un monjil pobre, que le sirvió de mortaja, reprehende las telas y los bordados, las joyas de diamantes que usurpan el sustento de los miserables. Las alhajas viles de su casa, afrentas son de las recámaras ricas, entregadas en gran parte á la polilla, cuando á sus puertas muere hambriento y desnudo Cristo. ¡Oh tiempos, oh costumbres! Un hilo de perlas se estima en un patrimonio; pende de dos orejas el precio de muchas posesiones; nada basta á la ambición y á la soberbia. Con un sustento parco satisfizo á la naturaleza esta sierva de Cristo; pero no le faltó lo necesario: que las abundantes y frecuentes mesas, más que para el regalo, sirven para abreviar las vidas. El imitar á los santos en el supremo grado de la virtud, es para raros; el seguirlos en algo, alcanza á todos. Oir estas

virtudes y admirarlas, es de ningún provecho; seguir los pasos de los que sabemos que acertaron, es consumada prudencia.

Y tú, oh virgen santa, á quien mi alma con afecto pío, que se acerca á infalible fe, reconoce colocada entre los coros de los santos en las moradas eternas, atiende un rato á los ruegos de este miserable que ha deseado hacer inmortal entre los hombres tu memoria: reinas sin duda con Dios, recostada en el abrazo dulce de tu Amado por los siglos de los siglos; vuelve, te ruego, los ojos al que en el mar proceloso de este mundo, fluctúa entre continuos peligros; al que tiene aprisionado la cárcel de este siglo; al que en continuas peleas, ya la ira, la avaricia, el apetito y los incentivos de varios vicios, solicitan á peligrosa ruina; suplícote me alcances de Dios su gracia, eficaces auxilios, y aquella voz poderosa que saque á este muerto Lázaro del sepulcro en que miserable yace.

Y desde ese trono de tu gloria inclina la vista como el afecto á tu querida España, feliz por haberte tenido por su hija; duélete de sus trabajos, sus calamidades y pérdidas que por nuestros pecados padecemos; alcanza de Dios que éstos cesen, gozaremos la felicidad antigua.

Intercede, intercede por nuestro Rey, cuyos hombros sustentan el mayor peso de la religión cristiana; alcánzale de Dios dilatada vida y sucesos prósperos al lado de su dichosísima consorte, y la sabiduría que pidió Salomón para el gobierno de sus años juveniles que le conserve en el celo de la religión católica, que hizo felices á sus serenísimos abuelos los Felipes y los Carlos, le dé victoria contra sus enemigos, no menos los del alma que los de su co-

rona, que aquéllos pretenden quitar el reino eterno, éstos (aunque en vano) diminuir su temporal grandeza.

Y para nuestro príncipe Baltasar, Carlos el II, prenda que eterniza la sucesión de nuestros reyes, alcance las felicidades del primero, y que su heroico valor rinda al yugo de Cristo las más bárbaras y remotas naciones de la tierra.

Y pues es la misma tu caridad, no olvides á lo que tanto amaste, al desdichado (digo) reino de Inglaterra, que, oprimido con las tinieblas de errores, gime aherrojado en las cadenas del cisma y la herejía; alcanza del supremo Dios cese ya su indignación, y le amanezca el claro sol de la verdad católica que por tantos siglos le hizo ilustre. Pide para su rey conocimiento verdadero de esta católica religión y obediencia al Pontífice romano; que le restituya á Cristo su heredad que le usurpó Enrique, y que milite con los serenísimos Reyes de España y Francia en la nave de San Pedro, y que, unidos estos tres poderosísimos monarcas, traigan al otomano, al sarraceno, al persa, al conocimiento del Evangelio, á la unidad de la Iglesia, á adorar el trono del Vicario de Cristo.

Non ideo laudabilis virginitas, quia et in martyribus reperitur, sed quia ipsa martyres facit.—(San Ambrosio, lib. I *De Virginibus.)*

Nomen Virginis titulus est pudoris. Appellabo martyrem prædicavi satis et virgo permansit et martyrium obtinuit.—(Idem, ibidem.)

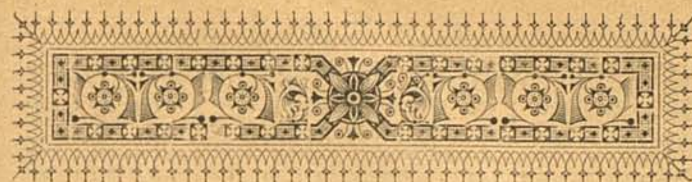
LAUS DEO.

POESÍAS ESPIRITUALES

DE LA VENERABLE

DOÑA LUISA DE CARVAJAL Y MENDOZA

MUESTRAS DE SU INGENIO Y DE SU ESPÍRITU



AL LECTOR.

LLAMÓ la vana gentilidad á sus poetas divinos, y se dieron á creer participaban de cierta influencia de divinidad que les hacía, con un furor é ímpetu grande, prorrumpir en alteza de conceptos y palabras sobrehumanas. Veleyo los llamó *Divini spiritus viros;* Platón dijo: *Poetas fieri divino afflatu non arte humana;* y otro: *Est poesis omnino res sacra quædam, et divina, afflantur animi divino furore.* Baste por muchos Ovidio en varias partes:

Est Deus in nobis agitante calescimus illo,
  Impetus hic sacræ semina mentis habet.
Est Deus in nobis, sunt et comertia cæli,
  Sedibus æteris spiritus ille venit.
At sacri vates, et Divum cura vocamur,
  Sunt etiam qui nos numen habere putent.
Ista Dei vox est, Deus est in pectore nostro,
  Hoc duce prædico, Vaticinorque Deo.

Esta lisonja, á que pudo aspirar la alteza á que se han levantado en este arte algunos grandes espíritus,

es verdad católica en los poetas que el verdadero Dios escogió para que contasen sus alabanzas, sus hazañas, sus triunfos. ¿Qué cosa son los cánticos que en tantas partes hermosea la Sagrada Escritura, sino unos rayos de aquella divina luz, y palabras dictadas por el espíritu de Dios á sus autores? Esto campea más particularmente en los salmos del santo rey David, que son todos excelentes versos, en que cantó este divino poeta las grandezas que había obrado hasta su tiempo la diestra del Altísimo, las que había de hacer en los siglos venideros el Verbo de Dios hecho hombre. En estos metros manifestó los afectos amorosos de su pecho tan vivamente encendidos, que aun las palabras que parece dejó caer acaso (si hay alguna) son unas centellas vivas de uno de los más abrasados espíritus que se han conocido en el mundo, y hoy tiene premiados el cielo, participación de aquel señor que tan poseído le tenía.

No á modo que el santo profeta-rey, que en su divino poema fué su lengua una pluma que velozmente escribía lo que le dictaba el espíritu divino, mas en su proporción con la moción misma, muchos varones santos, sin arte alguna ó maestro, hicieron algunas poesías admirables con la fuerza del divino espíritu. Entre los opúsculos del glorioso padre San Francisco que recogió y adornó fray Lucas Waldingo, de su Orden, pone algunas canciones en verso italiano, obras del santo, que brotan varios afectos amorosos, que despiden unas llamaradas grandes del incendio que abrasaban el pecho del serafín patriarca. Y porque en todo le fuese semejante nuestra seráfica Teresa, estando arrebatada de unos ímpetus de amor, hizo aquel mote tan sentido:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero,

con los versos de su glosa, nacidos todos de la fuerza del fuego que en sí tenía: en ellos manifiesta su llaga y sentimiento.

Participó la venerable D.ª Luisa de Carvajal con grandes avenidas de esta influencia divina, de estos ímpetus amorosos, de estos incendios del divino amor, y fuéle necesario buscar alguno, si no alivio, porque no le estaba bien carecer de esta dulce pena, por lo menos medio con que alentarse y significar su pasión. Juntóse á esto su excelente natural, la viveza de su ingenio, y un señorío grande de lo más perfecto de nuestra lengua, y así compuso varias poesías, que por ventura ostentan, más que cuanto hemos escrito, la grandeza de su espíritu. ¡Cuán poseída estaba su alma del amor de Dios, cuán abrasada, cuán herida!

Los intentos son varios, y todos admirables, como parece por los argumentos, que también son suyos. A algunas personas doctas apasionadas de D.ª Luisa les ha parecido que estos versos guarneciesen este libro y saliesen á luz por obra suya, y no ser justo se perdiese este tesoro, teniendo por cierto que no habrá corazón tan helado que no sienta algún calor á vista de tanto incendio.

Por la mayor parte la poesía es pastoril, con metáforas que sacan los conceptos más galanamente vestidos, más agraciados y gustosos. Introdúcese pastora, llámase Silva, nombre que contiene las mismas letras que Luisa. Dejo al juicio de los profesores cuerdos del arte el estimar la alteza de los conceptos, la elegancia y tersura del lenguaje, la propiedad

y colocación de las voces, la dulzura y cadencia de los versos. Honor puede llamarse de nuestra lengua española, y servir al desengaño de algunos ingenios mal contentadizos, de cuán bastante y copiosa es nuestra lengua, sin admitir otras mezclas, para producir con decoro los más delicados conceptos.



POESÍAS ESPIRITUALES

DE LA VENERABLE DOÑA LUISA DE CARVAJAL.

REDONDILLAS ESPIRITUALES DE SILVA

AL BUEN EMPLEO DE SU AMOR Y FRUTOS QUE DE ÉL SINTIÓ.

No encubras, Silva, tu gloria,
mas dime, ¿por qué así dejas
esparcidas las ovejas
sin tener de ellas memoria?
Las ovejas que solías
con tanto gusto guardar,
que por las apacentar
los peligros no temías,
Ni sabes si á la majada
van, ni si van al ejido:
¿por qué las diste al olvido?
¿Aun de ti estás olvidada?
Que mal se puede encubrir
el alma que está sujeta
á la dorada saeta
con que amor la quiso herir.
A eso puedo responderte,
pastora, que has acertado
en pensar que á mi cuidado
le cupo tan alta suerte.

Y si quieres escuchar,
pues me preguntas, diré
que puse toda mi fe
adonde no puede errar.
Y pienso yo que la tuya
oyéndome quedará
tan prendada, que podrá
no tenerse más por suya.
Aunque de aquesta ventura
mucha parte en no decilla
consiste, que á maravilla
el silencio la asegura.
Con verdad te afirmaré,
amada zagala mía,
que en un venturoso día
á la belleza encontré.
La cual yo consideraba
en mi agraciado pastor,
y dióseme por señor,
y yo quedé por su esclava.
Que luego allí me rindió
con una flecha amorosa,
para mí tan venturosa,
pues el alma me acertó.
Allá en mi primera edad,
guardando mi amor sincero,
fué mi pastor el primero
que robó mi voluntad.
Con sus claros ojos bellos
me hizo su prisionera,
porque divinidad era
lo que se encerraba en ellos.
Que entre su garzo color
aquellas luces divinas
á las piedras diamantinas
quitaban el resplandor.
Pues sus castaños cabellos,
que deben ser adorados,
más que aquese sol dorados,
pues su luz recibe dellos.
Y aquel color soberano
cual primavera florida,
y la frente esclarecida,
que excede á todo lo humano.

Con los arcos de solaz
que al diluvio sucedieron,
y en mi cielo se pusieron
por señal de eterna paz.
Y la nariz afilada
de notable perfección,
tras sí llevó mi afición
con fuerza no imaginada.
Su boca y labios, pastora,
mis pesares me quitaron,
y en su lugar me dejaron
la gloria que en ellos mora.
Los dientes se parecieron
entre el rojo carmesí
para darme vida á mí,
y vida cual me la dieron.
Quien jamás hubo mirado
sus manos como la nieve,
que por ellas no se niegue
á todo lo que hay criado.
En las cuales matizaban
las rubicundas heridas,
y entre lo blanco esculpidas
su lindeza acrecentaban.
Y aquellos pies respetados
de la angélica grandeza,
que en menor naturaleza
sobre ella son levantados.
Con obligación tan fuerte,
que los que la resistieron
muy justamente incurrieron
en culpa de eterna muerte.
Y aunque de tanto valor,
quisieron siempre quedar
para más me aficionar
con las señales de amor.
Y puedes estar segura,
que en talle y disposición,
entre cuantos hombres son
no se vió tal hermosura.
La aurora me pareció
cuando en él puse los ojos,
que con inmensos despojos
el alma me enriqueció.

¿Pero quién podrá contar
su gentileza y primor,
siendo su eterno interior
bastante á glorificar?
Díjome que si le amaba,
que él me había amado primero,
y dádome en el madero
la vida que me faltaba.
Y que á tanto había llegado,
que abrió para entrarme en sí
una puerta que yo vi
rasgada en su diestro lado.
Respondíle: por ti muero;
y cuando aquesto aceptaba,
mis tinieblas alumbraba
un clarísimo lucero.
Y luego que á mis orejas
su voz sonora llegó,
como el alma derritió
deshiciéronse mis quejas.
Cien mil gracias derramaba
aquella figura bella,
porque se derramó en ella
toda cuanta en Dios estaba.
Y fuí tan favorecida
que de la mano me asió,
y en mi jardín se metió:
¡oh ventura no entendida!
Como las flores sintieron
ante sí la Real presencia,
con muy presta diligencia
trascendiente olor vertieron.
Las azucenas perfetas
más que nunca se mostraron,
y su blancor renovaron
los jazmines y mosquetas.
Los dorados tornasoles
de oro fino se volvieron,
y los alelíes dieron
unos nuevos resplandores.
Los claveles y las rosas,
con su color encendido
más que de sangre teñido,
con las violetas graciosas

Sus lazos entretejidos,
que en los trances más costosos
se afinan los valerosos
amantes, nunca vencidos.
Y lo verde, de alegría
y frescura se vistió,
que claramente mostró
que á su Hacedor conocía.
Los casi secos frutales
echaron hojas y fruto,
dieron luego por tributo
conforme á sus propiedades.
Y el apacible ruido
y silbos del Austro amable,
con blandura deleitable
sonaban en el oído.
Y esparcido por el huerto,
su fragancia acrecentó,
y en un cielo se volvió
con lo que digo el desierto.
La fuente se apresuraba,
manando á toda porfía,
por la tierra se vertía
hasta que á sus pies llegaba.
Y después que me mostró
la fuerza de su mirar,
aquesto quiso obligar
su palabra, y me afirmó:
Que Esposo fiel me sería,
sin que jamás me faltase;
pero que no le olvidase,
ni le hiciese alevosía.
Antes que tal me acontezca
(le dije), bien de mi vida,
en el infierno metida
en cuerpo y alma padezca.
Al paladar se me apegue
la lengua, y con gran furor
en mí se apure el rigor
de justicia, y luego ciegue.
En lugar de arras, me dió,
con otras joyas gloriosas,
dos finas piedras preciosas,
Y Él el alma me llevó.

Y de aquí no pasaré,
porque, si pruebo á pasar,
en tan grande y ancho mar
anegada quedaré.
Si más quisieres saber,
buscalle es lo más dichoso,
que hallarás puerto glorioso
cuando le llegues á ver.

ROMANCE ESPIRITUAL

DE INTERIORES SENTIMIENTOS: HABLA EL ALMA QUE LOS PADECÍA CON SU CORAZÓN.

Asaltos tan rigurosos
sufres sin desalentarte;
dime, flaco corazón,
¿haste vuelto de diamante?
Entre esas llamas fogosas
que te cercan y combaten,
parece te tiene amor
tan hecho á sus propiedades,
que, cuando fuerte te quiere,
fuerte eres é inexpugnable,
y cuando de blanda cera,
te derrites y deshaces.
Entre mortales heridas,
y dolores desiguales
de amor vives, y esa vida
te alivia y te satisface.
Quéjaste en los accidentes,
y sientes su rigor grave,
no habiendo gloria en la tierra
con quien gustes de trocarle.
Que sólo el vivir muriendo,
porque no mueres te aplace,
la libertad te atormenta,
y sirve de estrecha cárcel.
Y por obscuras mazmorras
suspiras, y ausentes trances:
¡Oh en cuán extraña cadena
quiso amor aprisionarte!

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA

DE AFECTOS INTERIORES DE AMOR DE DIOS.

¡Ay, si entre los lazos fieros
que á mi gloria aprisionaron
por mi libertad, yo viera
enlazar mi cuello y manos!
Pero si es atrevimiento,
porque ésos son sacrosantos,
é indigna toda criatura
de adornos tan soberanos,
concededme, amor, siquiera
(pues en dar no eres escaso)
algunas dulces prisiones
que les parezcan en algo.
Dulces las llamo, porque,
en ley de amor, sus amargos
son tan dulces, que la vida
se suele dar por comprarlos.
¡Oh cuán mil veces dichosa
aquélla do ejecutados
mil sangrientos sacrificios
y abrasados holocaustos,
se te ofrece, Cristo mío,
en lo posible mostrando
cuán imposible es que quede
en ningún modo ni caso
su fuerte amor satisfecho,
ni el tuyo inmenso pagado!

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA

EN QUE DE PASO VA TOCANDO LO SUCEDIDO EN SU ESPIRITUAL CAMINO.

(Es la materia de los últimos capítulos del libro primero y algunos del segundo.)

Por un áspero viaje,
mirando con vista humana,
caminaba una pastora,
el alma de amor llagada.

Con lágrimas en los ojos
con sí misma razonaba,
diciendo: «Silva, si huiste
y dejaste la cabaña,
bien sabes que lo causó
aquella belleza extraña
que un día consideraste
en el que te robó el alma,
y te tiró aquella flecha
en su amor enarbolada,
que en tal extremo te puso
que luego determinada
te viste á dejarlo todo
cuanto fuera dél se halla,
y el solícito cuidado
que en tu pecho se encerraba,
á modo de ardiente fuego
las entrañas te abrasaba,
y en busca de tu pastor
saliste por la montaña,
porque tuviste por cierto
que en lo agrio de ella habitaba
sola, con sólo el amor
que á solas te acompañaba.
Pisaste la agreste tierra
de espesas zarzas poblada,
y metida tan adentro
desta soledad tamaña
á oir los fuertes bramidos
de fieras acostumbrada
quedaste, y acometerlas
con libertad denodada,
la flor de la mocedad
marchita y desfiguraba.
Perdido el lozano talle
en la amorosa demanda,
y lo vistoso y lucido
que al mirar vano agradaba.
Y entre ti y tu dulce bien,
hecha ya ley asentada
con mil solemnes promesas,
y dádole la palabra
de que siempre serás suya,
y te tendrás por su esclava,

y que será tu blasón
verte por él aherrojada.
A romper dificultades
de continuo aparejada,
y ahora sólo un pensamiento
te trae tan desanimada,
y de tristeza cubierto
el corazón y la cara.»
Estas cosas dice Silva,
y grandes suspiros daba
apremiada del dolor
que la consume y acaba,
el cual causó parecerle
que su pastor la olvidaba.
Y que cuanto ha referido
no debe estimarse en nada,
que nada puede llegar
á lo que se halla obligada.
Y procurando alentarse,
este remedio tomaba
de no acordarse de sí,
y emboscarse en la montaña
más áspera y más fragosa,
en busca de aquel que ama.
Embebida toda en él,
y á él toda sacrificada,
esperando Silva en quien
puso toda su esperanza.

QUINTILLAS ESPIRITUALES DE SILVA,

EN QUE SE MUESTRA EL SENTIMIENTO QUE TIENE DE NO ACERTAR Á DAR GUSTO Á SU SEÑOR: QUÉJASE AMOROSAMENTE DE ESTO Y PÍDELE SU DIVINA AYUDA, REPRESENTÁNDOLE LAS RAZONES QUE HAY PARA ESPERARLA DE SU DIVINA MANO.

No pudiendo remediar
la causa de mi dolor,
me es forzoso preguntar:
¿Hasta cuándo, mi Señor,
tanto mal ha de durar?
¿Cuándo he de ser socorrida,

que me veo en grande estrecho,
de mil partes combatida,
de amor abrasado el pecho,
y de tu ausencia afligida?
Pues el no haber acertado
á amarte, luz de mis ojos,
como debes ser amado,
¡cuántos millares de enojos
y amargura me ha costado!
Y ver que te descontenta
quien por ti el vivir no estima,
tanto el dolor acrecienta,
que me mata, y me lastima,
y me acaba, y me atormenta.
De mí muy más rescatada
ando que de un bravo toro;
y como sobreenterrada,
sobre mí, viéndome, lloro,
sin hallar descanso en nada.
Vuelve esos ojos, mi Aurora,
y bien de mis bienes todos,
al corazón que te adora,
que estrechado en tantos modos
sangre en lugar de agua llora.
Y dame, Rey soberano,
como pueda contentarte,
que siempre me saldrá en vano
el procurar agradarte
si no me acude tu mano.
¿Hasta cuándo, mi alegría,
has de mostrar que olvidada
tienes á quien trocaría
la más alta y sublimada
dicha por tu compañía?
Porque aunque en esto no hubiera
para mí más que ser tuya,
fuera de ti el resto diera
por ti solo, ó me destruya
esa mano justiciera.
Y si acaso dilatar
quisieres de mi gemido
la pena, sin me escuchar,
dime, mi gloria, te pido,
hasme hasta el fin de olvidar.

Quién (¡ay fiero pensamiento!)
osará darte acogida
en sí ni solo un momento,
porque verdugo á la vida
serás, y al alma tormento.
Mucho menos riguroso,
sin duda alguna, sería
del infierno tenebroso
sufrir mil años, que un día
de pesar tan espantoso.
Provocado á desecharme
te hallarás, Señor, si á mí
á solas quieres mirarme;
pero mirándome en ti
no podrás dejar de amarme.
Ya sabes, dulce bien mío,
que con mano poderosa
en un campal desafío
te venció amor, y animosa-
mente cobró señorío.
De tu justicia ha tenido
en mi favor mil victorias,
y si tu pecho encendido
tiene, en todas sus historias
se hallará bien referido.
La Real grandeza en grosero
sayal trocado, á buscarme
como un pobre ganadero
saliste; que por cobrarme
dieras tú tu reino entero.
Y hallándome que aherrojada
estaba en dura cadena,
y ya á muerte condenada,
en ti libraste mi pena
por verme de ella librada.
Y en bienes, vida y honor,
hasta desnudo expirar
te hizo ejecutar amor,
porque quisiste pagar
por mí de todo rigor.
Y porque más restaurado
mi reino y cetro perdido
quedase, vituperado
fué el tuyo, y tan abatido

que viniste á ser pisado.
  Pagaron con mil espinas
mi soberbia altiva y vana
tus bellas sienes divinas,
que son (bondad soberana)
trazas de amor peregrinas.
  Él fué quien aportillada
en ti la muralla fuerte
dejó con una lanzada,
y con no más que una muerte
hasta Dios llana la entrada.

ROMANCE ESPIRITUAL

DEL TESTAMENTO DE SILVA.

  Sintiendo Silva de amor
gravemente el alma herida,
y que jamás acostumbra
á herir, que deje con vida.
Con vida que fuera de él
vivir pueda un solo día,
empezó á hacer testamento,
y con prisa disponía
de todo lo que hasta allí
esperaba ó poseía.
Manda el alma á su pastor,
á cuyo imperio rendida
está, porque en buena guerra
la ganó estando cautiva.
Y al cuerpo con S. y clavo
un precepto le ponía,
de que al alma su señora
sujeto y sin rebeldía
obedezca humildemente,
y él así lo prometía.
Nombrado ha por heredero
de su loca fantasía
al mundo, porque de él hubo
esta hacienda tan de estima,
y el mayorazgo heredado
de aquella prosapia antigua

que suele rentar cada año
dos millones de fatigas.
Las unas sobredoradas
y llenas de amargo acíbar,
y las otras plateadas
y por de dentro vacías.
Deja á los ricos avaros
el muy rico oro de Tíbar,
y á los Señores y Grandes
de vanidad una sima.
Y el bajo amor fementido,
que á las almas tiraniza,
á los corazones viles
que sobre sí le entronizan,
las galas manda á las damas,
y toda la bizarría,
guantes, ámbar y pebetes,
cazoletas y pastillas.
Fiestas, banquetes, jardines,
faustos, pompas, cortesías,
entre aquellos á quien toca
por no hacerles injusticia.
Quiere que se les reparta
todo en juro de por vida,
y en esperanzas sin fruto
y en la flor desvanecidas.
  Y en quimeras y designios,
trazas, lisonjas, mentiras,
intereses, pretensiones,
temores, melancolías.
  Correspondencias y amigos
compuestos de mil falsías:
mejora en el tercio y quinto
á la gente más lucida.
  Á los discretos y honrados,
que tienen por granjería
el tratar con esta hacienda
y rica mercadería,
y al ya nombrado heredero
deja lo que se le olvida,
para que lo dé á quien sabe
que más su amistad codicia.
Y vuelta Silva al pastor
de cuyo amor quedó herida,

le dijo: «Bien de mi gloria,
recibe á Silva, que expira.»
Y en sus manos dejó el alma,
y el pastor la recibía,
y con solemnes exequias
él mismo la deposita
en un glorioso sepulcro
que dentro en su pecho había,
dejando el de sumo olvido
que para Silva tenía:
el vano mundo engañoso
edificado á gran prisa.
Y el pastor, muerto de amores,
puso á su esposa querida
una letra soberana
que su memoria eterniza,
que dice: «Silva, cual Fénix,
en mil llamas encendida,
yace dichosa y feliz
en mí, del mundo escondida.»

ROMANCE.

ES UNA CONSIDERACIÓN QUE MUCHAS VECES DEBIÓ DE PASAR, COMO SE REFIERE AQUÍ: SIGNIFÍCASE EN LA TERNURA DEL PECHO DE CRISTO LLENO DE AMOR PARA CON LA NATURALEZA, CON QUIEN HABLA, Y CON CADA UNA DE LAS ALMAS EN PARTICULAR, Y CANTARES SEMEJANTES, LLENOS DE AFECTOS DE AMOR DIVINO, SI SE DICEN Ú OYEN CON CONSIDERACIÓN, ENCIENDEN MUCHO EL QUE HALLAN EN NUESTRO PECHO, QUE SI LOS DE AMOR VANO Y VIL SON TAN PERJUDICIALES POR EL FUEGO QUE SUELEN EMPRENDER EN UN ALMA MUNDANA, ¿QUÁNTO SERÁ LA FUERZA DE ÉSTOS, QUE SON DE AMOR TAN INMENSO Y VERDADERO?

En una graciosa isleta
que un claro río ceñía,
no lejos de Nazareth,
la de engrandecida dicha,
estaba el Verbo encarnado
á solas, sin compañía,
sentado en un verde asiento
que la misma tierra hacía.

De fresca hierba adornado,
junto á un olmo, do se arrima,
pensativo y cuidadoso,
al tiempo que se ponía
el sol, quedando sin él
apacible á maravilla
aquel venturoso puesto
que ocupaba el de justicia.
Desde do se señorea
la clara agua cristalina,
que contenta y placentera
en las orillas batía,
muy claramente mostrando
que á su Hacedor conocía:
y el bello mozo divino,
que á la belleza excedía,
los garzos ojos serenos
en sus criaturas ponía,
con cuya vista de gloria
y lindeza las vestía.
Y aquellos campos amenos
de varias flores matiza;
las avecillas cantando,
con acordada armonía,
solemnizan su ventura,
que la conocen y estiman;
el cielo quedó dorado
al tiempo que á él se volvían
los cristalinos espejos
en que los cielos se miran;
y habiendo estado suspenso,
que el amor le embebecía,
mil amorosas querellas
de sus labios despedía,
y como á orientales perlas,
gruesas lágrimas vertía,
diciendo: ¿Cómo desechas
(¡ay! dulce enemiga mía)
tal amante y tal esposo,
que por ti pena y suspira?
Dulce enemiga te llamo,
que eres dulce, aunque enemiga,
y tengo por propios daños
los con que á ti te lastimas.

Buscas tu mal y el bien huyes;
mas aunque yo dé la vida,
con ella he de rescatarte,
que te me tienen cautiva.
Yo te obligaré á que me ames,
dejándote tan herida
de mi amor, que no descanses
ni un punto sin mí, alma mía;
y si enemiga me fuiste
dulce, ¿cuánto más amiga?

ROMANCE DE SILVA.

Mirando está á su Señor
pasado de una lanzada,
Silva, y su alma con ella
duramente traspasada.
Sus ojos agua vertiendo,
del corazón destilada,
le dice: «Bien de mi gloria,
mi rutilante alborada,
¿quién ha puesto, mi belleza,
vuestra hermosura afeada?
Siendo del sol de justicia,
¿pudo quedar eclipsada?
¿Cuál fiera os topó, Cordero,
tan brava y emponzoñada,
que esa sacra vestidura
dejó tan ensangrentada?
¿Que del amor fué tejida
en la Rosa inmaculada,
que nunca vista inclemencia
de cierzo, pues marchitada
puso aquella eterna flor
por nuestro bien encarnada?
Buscar á vuestros hermanos
con bondad no imaginada,
pudo alterar su malicia
y envidia desenfrenada.
¡Qué pies! ¡Qué manos! ¡Qué heridas!
¡Qué cabeza coronada
con la corona que fué

por mi soberbia inventada!
¡Quién la tuviera, Rey mío,
en sus sienes apretada!
Y que con esto mi dicha
llegara á verme enclavada
en una cruz cual la vuestra,
y en vuestro amor abrasada.
Mas, ¡ay de mí!, pues os veo
(vida de mi alma) acabada
delante de mí, y no quedo
con vos muerta y sepultada.

ROMANCE DE SILVA.

Á CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Quien no encontró al bello mozo
diestro en el flechar del arco,
no diga que cosa buena
en su vida se ha encontrado.
Aquel de los garzos ojos
y del cabello castaño,
á do el primor de lindeza
quedó más perfeccionado,
cuyo mirar de amor mata,
que tiene un mirar extraño,
y tal, que al más diamantino
pecho allana de un asalto.
Y llegando al corazón,
como dueño, sujetando
sus rebeldes tiranías,
pone en él nuevos cuidados.
Aquel largo y manirroto
en el dar, no limitado,
que si pudiera quedarse
sin lo infinito que ha dado
mil veces se viera á puertas,
que ha sido en esto extremado.
Quien tan gran suerte y ventura
en algún tiempo ha alcanzado,
procure de no perderla,

ni ponerla á mal recado.
Que es amor suma de bienes,
y un tesoro, que pesado
con lo que Dios vale y pesa,
pesa él solo y vale tanto.

LETRA ESPIRITUAL DE SILVA

DE AFECTOS DE AMOR DE DIOS.

Si burlas de amor son veras,
¿qué serán veras de amor?
Cuando prueba al blanco el arco
atraviesa el corazón
su flecha, que á oro de Tíbar
atrás se deja en primor,
¿qué serán veras de amor?
Si una pequeña centella,
que de su fuego saltó
y dió en el alma, ha encendido
fuego tan abrasador,
¿qué serán veras de amor?
Y si con risa apacible
es tan diestro robador
de corazones, que han sido
cien mil los que ansí robó,
¿qué serán veras de amor?
Si cuando sus brazos bellos
abrazan con más dulzor,
como si fuesen cadenas
dejan el alma en prisión,
¿qué serán veras de amor?
Si con sólo mirar queda
hecho absoluto señor
del alma, tomando en ella
pacífica posesión,
¿qué serán veras de amor?
Y si con unas razones
que en su estilo despidió
acaso, pechos de acero
de parte á parte pasó,
¿qué serán veras de amor?
Y si es de más que encendido
y fuerte dardo el rigor

que causa dentro del pecho
su más templado dolor,
¿qué serán veras de amor?
Y más que sanar no puede
si no es la mano que hirió
heridas tan penetrantes,
que aquestas sus burlas son,
¿qué serán verás de amor?

ROMANCE ESPIRITUAL

SOBRE SENTIMIENTOS DE AMOR Y AUSENCIA.

Mal pueden los sentimientos
del bien ausente templarse,
si el mismo que los causó
no quiere remedio darles.
Y en vano, Silva, en los tuyos
trataré de consolarte
ajeno entreteniento,
que es la herida penetrante.
Y quien muy de veras ama
jamás supo acomodarse
en ausencia con contentos,
ni en presencia con pesares;
que si su sol le amanece
desaparecen sus males,
y si su sol se le pone
todo es tinieblas palpables.
Que desde su fortaleza,
amor y real homenaje,
no permite ni consiente,
que en el alma desembarquen
extranjeros descontentos,
ni peregrinos solaces.

LIRAS ESPIRITUALES DE SILVA

SOBRE SENTIMIENTOS DE AUSENCIA Á NUESTRO SEÑOR.

Dulce y fiel esperanza,
mi Cristo, mi señor y mi deseo,
¿qué bienaventuranza,

qué gusto ó qué recreo
podrá para mí haber do no te veo?
Encerrado en mi pecho
de ausencia y del amor fuego tan fuerte,
me ha puesto en tal estrecho,
que un punto de no verte
me es de mayor dolor que el de la muerte.
Porque sin ti, mi vida,
queda cual la del pez sin su elemento,
hasta que socorrida
de tu presencia siento
vuelto en deleite y gloria mi tormento.
Baste, mi bien, te ruego,
no te tardes jamás en socorrerme,
pues ves, Señor, que llego
á un extremo que en verme
se juzgará que basta á deshacerme.
Rompe esta tenebrosa
nube que de mil modos me atormenta,
con tu vista gloriosa,
y apaga la sedienta
congoja que me aflige y desalienta.
Que cuando reverbera
la rutilante luz de tu hermosura,
mi invierno en primavera
se trueca, y su secura
en dulce y amenísima frescura.

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA,

HECHO EN APRIETOS DE DIVERSOS DEL ALMA QUE LE OCURRIERON Á UN MISMO TIEMPO, Y DANDO SOBRE SU CORAZÓN LE APRETARON FUERTEMENTE.

De un riguroso accidente
de ausencia y su dolor fiero
en gran manera apretada
(que pone en muy grande aprieto),
Silva á su bien se quejaba;
que, aunque está al parecer lejos,
estas ausentes querellas
y de amor propios afectos,
divinos milagros hacen

y son últimos remedios,
y entre memorias pasadas
las nuevas entretejiendo,
con suspiros acompaña
á sus palabras, diciendo:
«Por ventura, ¿es de tus flechas
mi corazón el terreno?
Dulce amor y dulce vida,
sin la cual vivir no puedo,
con mil estrechas lazadas
me le enlazaste primero
porque atrás no se volviese
como cobarde y grosero,
y cuando firme le viste
más que peñasco de acero,
los diamantinos casquillos
de tus flechas y arco diestro
quisiste que ejecutasen
su fuerza en él desde luego.
Y no sé cómo al herirme,
por felicísimo acierto,
los mismos tiros, de un tiro,
te iban pasando á ti el pecho.
Y así buscas ocasiones,
mi gloria, cada momento,
cuando de burlas, por gusto;
cuando de veras, por celos.
Las burlas y los favores
y gustosos pasatiempos
de parte á parte penetran
con unos dardos de fuego.
Las veras tan rigurosas
son, que exceden todo extremo,
terribles más que la muerte,
más terrible que el infierno.

ROMANCE Á CRISTO NUESTRO SEÑOR,

DEL AMOR QUE TIENE Á LAS ALMAS.

Vuelve tú, rendida Silva,
de ansia amorosa apremiada
los tristes ojos cansados,

que no hallan descanso en nada.
En busca de tu hermosura,
que, cual flecha enarbolada,
hizo en mi corazón fuerte,
dejando el alma allanada.
Y en señal de posesión
pacífica y asentada,
en su más alto homenaje
la real bandera plantada
del amor, con la divisa
más heroica y señalada
que hubo en todos sus trofeos
de memoria eternizada.
Y en una divina letra
tu condición declarada,
que dice: «Yo á los soberbios
hago guerra ensangrentada,
y á los humildes perdono,
gente á mi ley ajustada.»
¡Oh amor, gran fuerza es la tuya!
Fuerza, en fin, no limitada,
que no osara otra ninguna
intentar de escarmentada
esta difícil empresa,
que estaba á ti reservada;
y á mi dichosa ventura
digna de ser celebrada,
porque ser tu prisionera,
y ser tu esclava aherrojada,
es reinar sin duda alguna,
y verdad averiguada.

SONETO ESPIRITUAL DE SILVA,

DE SENTIMIENTOS DE AMOR Y AUSENCIA PROFUNDÍSIMOS.

¿Cómo vives, sin quien vivir no puedes,
ausente, Silva, el alma tienes vida?
Y el corazón aquesa misma herida
grandemente atraviesa, y no te mueres.
Dime si eres mortal ó inmortal eres.
¿Hate cortado amor á su medida,

ó forjado en sus llamas derretida,
que tanto el natural límite excedes?
Vuelto á tu corazón, cifra divina,
de extremos mil, amor en que su mano
mostrar quiso destreza peregrina.
Y la fragilidad del pecho humano
en firmísima piedra diamantina,
con que quedó hecho alcázar soberano.

SONETO ESPIRITUAL DE SILVA

Á LA AUSENCIA DE SU DULCÍSIMO SEÑOR EN LA SAGRADA COMUNIÓN.

¡Ay, soledad amarga y enojosa,
causada de mi ausente y dulce amado,
Dardo eres en el alma atravesado,
Dolencia penosísima y furiosa!
Prueba de amor terrible y rigurosa,
y cifra del pesar más apurado,
cuidado que no sufre otro cuidado,
tormento intolerable y sed ansiosa.
Fragua, que en vivo fuego me convierte,
de los soplos de amor tan avivada,
que aviva mi dolor hasta la muerte.
Bravo mar, en el cual mi alma engolfada
con tormenta camina dura y fuerte
hasta el puerto y ribera deseada.

SONETO DE SILVA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Hostia contra los hostes soberana y fuerte,
amparo de tu nombre se deriva,
de tus cristalinas aguas fuente viva
que templa la abrasada ansia de verte.
Muerte eres (vida eterna) de mi muerte,
y de aquella manzana tan nociva
remedio contrapuesto, que la esquiva
fortuna volvió en dichosa suerte.
Ambrosía y néctar, que su sér inmenso

al alma comunica, en tanto grado
que queda hecha soberana diosa.
Y de amor encendido tan intenso,
que no puede vivir ya sin su amado,
ni fuera dél amar ninguna cosa.

SONETO ESPIRITUAL DE SILVA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN QUE HABLA EL DIVINO VERBO INMENSO CON EL ALMA QUE LE ESTÁ RECIBIENDO DE LAS MANOS DEL SACERDOTE DE SILVA.

De inmenso amor aqueste abrazo estrecho
recibe, Silva, de tu dulce amado,
y por la puerta deste diestro lado
éntrate, palomilla, acá en mi pecho.
Reposa en el florido y sacro lecho;
y abrásate en amor tan abrasado,
que hasta que el fuerte nudo haya apretado,
no sea posible quede satisfecho.
Mira cómo te entrego, amiga mía,
todo mi sér y alteza sublimada,
estima aqueste dón que amor te ofrece,
tendrás en mi gloriosa compañía,
y entre mis mismos brazos regalada
gozarás lo que nadie no merece.

SONETO ESPIRITUAL DE SILVA.

En el siniestro brazo recostada
de su amado pastor, Silva dormía,
y con la diestra mano la tenía
con un estrecho abrazo á sí allegada.
Y de aquel dulce sueño recordada,
le dijo: «El corazón del alma mía
vela, y yo duermo, ¡ay, suma alegría,
cuál me tiene tu amor tan traspasada!
Ninfas del Paraíso soberanas,
sabed que estoy enferma, y muy herida
de unos abrasadísimos amores.

Cercadme de odoríferas manzanas,
Pues me veis como fénix encendida,
y cercadme también de amenas flores.»

SONETO ESPIRITUAL DE SILVA

DEL ENCENDIDO AMOR CON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DESEÓ Y ESPERÓ EL DÍA EN QUE HABÍA DE DEJAR RESTAURADA LA NATURALEZA HUMANA, Á COSTA DE SU INESTIMABLE VIDA TEMPORAL, ACABADA ENTRE INNUMERABLES OPROBIOS.

En las ardientes llamas encendido
de amor, y de su flecha atravesado
al Príncipe de gloria disfrazado
en traje pastoril desconocido,
Muchos más de catorce años servido,
Sin dar punto de alivio á su cuidado
Por su zagala había, y no cansado,
Le han poquísimos días parecido.
Y su excesivo amor no satisfecho,
porque sangre en las venas le quedaba,
causaba angustias mil dentro en su pecho.
Y vuelto á la que en tanto extremo amaba,
decía: «¿Que ha por ti tu pastor hecho,
mientras la vida y sangre no te daba?»

LIRAS ESPIRITUALES DE SILVA

Á CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Cristo dulce y amado,
sin quien vivir un punto no podría,
suave y regalado
gozo del alma mia,
mi bien, mi eterna gloria y alegría.
Mi puerto venturoso,
do Silva de mil males amparada
queda, y del mar furioso
la braveza burlada,
cuando más pretendió verme anegada.
Las olas hasta el cielo,
de tan divina roca rebatidas

quedaron por el suelo
sus trazas destruidas,
y tus promesas fieles bien cumplidas.
Que nunca me has faltado
en los encuentros fieros y espantosos
del tigre denodado,
y leones furiosos,
sedientos de mi sangre y codiciosos.
Porque para leones
eres fuerte león de mi defensa,
y á armados escuadrones
del infierno en mi ofensa,
en polvo los volvió tu fuerza inmensa.
Y el dragonazo horrendo,
que de la infame boca emponzoñada
su ancho río vertiendo
de su furor cercada,
como en lazo pensó verme enredada.
Y sólo con mirarme
(cuando á ti me volví) con esos ojos
soberanos, librarme
pude de mis enojos,
quedando victoriosa y con despojos.

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA.

REFIERE EL ESFUERZO CON QUE UN ALMA QUE AMA Á CRISTO NUESTRO SEÑOR SE DETERMINA Á BUSCARLE É IRSE Á ÉL, Y POSPUESTA TODA DIFICULTAD, SE OFRECE Á LOS INNUMERABLES TRABAJOS, DESAMPAROS Y PELEAS QUE SE LE INTERPUSIEREN, COMO TRAVO MAR QUE, ATRAVESADO DELANTE DE LOS OJOS, PRETENDE ENFLAQUECER LA FORTALEZA DEL ÁNIMO, AUNQUE EN VANO, CUANDO EL AMOR DIVINO TIENE TOMADA LA POSESIÓN; Y DICE, QUE ASÍ COMO EL FUEGO DEL ALQUITRÁN SE AUMENTA CON EL AGUA, ASÍ EL AMOR DE DIOS RECIBE GRAN ACRECENTAMIENTO CON LAS SALADAS AGUAS DE LAS ADVERSIDADES Y ENEMIGAS IMPUGNACIONES; LLAMA SIRENAS DEL MAR Á LAS PROSPERIDADES ENCANTADORAS, Y GUSTOS HALAGÜEÑOS DE MORTÍFERO VENENO.

Amor, el pecho animoso
de Silva consideraba,
que cien mil dificultades
rompiendo, al mar se arrojaba.
Las apacibles riberas

trueca por aguas saladas,
y contrastando las ondas
con ímpetu, atrás quedaban.
Que es de acero, aunque parece
de materia delicada,
no teme las tempestades
del mar, ni sus olas bravas,
que van las del corazón
más furiosas, y alteradas,
y el fuego hace al elemento
húmedo grandes ventajas.
Cuando como el de alquitrán
se acrecienta con el agua,
no la encantan las sirenas
con su voz fingida y falsa.
Porque la tiene el amor
toda absorta y transportada,
cuyos cuidados destierran
todos los demás del alma.
Y Silva, sólo el que lleva,
que de sí no se acordaba,
es de cuándo podrá verse
en alta mar engolfada.
Porque desde allí hasta el puerto
adonde su bien le aguarda,
casi siempre se camina
viento en popa y mar bonanza.
Y el Dios de amor admirado,
que de estarlo muestras daba,
del prodigioso suceso
el fin dichoso aguardaba.

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA.

Por herir á quien le ha herido,
amor que de amores muere,
de su aljaba una saeta
sacó, que con ella quiere
hacer un tiro famoso,
tiro que llamarse puede,
tan venturoso y felice
que á la mayor dicha excede.

Y flechando el arco, dice:
—¡Ay, mi Silva, si supieses
cuán herido el corazón
me tienes, pues no consiento
que deje de herir el tuyo,
el cual, aunque me es rebelde,
quedará tan allanado
que por momentos espere
mi divina compañía,
y si me escondo, se queje,
porque ya la nieve helada
se habrá vuelto fuego ardiente!
Y así no tendrás descanso
sin mí, que es muy impaciente,
Silva, el amor, y si es grande
en Silva, gran fuego emprende.—
Y diciendo estas razones,
la flecha resplandeciente
atravesó el libre pecho,
y el alma hirió gravemente
de Silva, que con suspiros
muestra el gran dolor que siente,
y que no puede sufrir
verse de su bien ausente.
Que es de amor la gran dolencia
más terrible que la muerte,
y sus encendidos celos
son más que el infierno fuertes.

REDONDILLAS ESPIRITUALES DE SILVA

Á CRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE SU DIVINO PIE IZQUIERDO, EL CUAL SE MOSTRABA EN UNA IMAGEN DE LA COLUMNA DE ELLA AMARRADO.

El pie que de amor me hirió
de solo mirarle un día,
¿qué efecto en el alma haría
cuando á mis labios llegó?
Dígalo amor, á quien diere
el alma por escucharle,
que fuerza será dejarle
vida y alma si le oyere.
Que sin jamás apremiar

la voluntad de manera,
él la fuerza á que te quiera,
que no te puede olvidar.
El pie tu Silva besando,
que juntamente adoraba,
dél sentí que al alma entraba
un fuego y otro abrasando.
Y abierto hasta el corazón
el camino á puro fuego,
á paso llano el pie luego
entró á tomar posesión.
Y tan perdida quedé,
cuando los ojos por verle
alcé, que por no perderle,
me di por el dulce pie.
Y como me di á mí, diera
por solo este pie pintado
cuanto bien imaginado
puede haber, si le tuviera.
Aquesto así ejecutado,
me fuera suma riqueza
verle sobre mi cabeza
después de haberle besado.
Que no sólo vencedor
tu robusto brazo diestro
es, que con tu pie siniestro
hieres, y matas de amor.
Mil dardos dél me arrojaste,
y al alma todos llegaron,
y mil heridas causaron
de amor, con que me mataste.

QUINTILLAS ESPIRITUALES DE SILVA

AL MISMO PIE IZQUIERDO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, QUE (COMO DICHO ES) SE PARECÍA ATADO POR UN LADO DE LA COLUMNA.

Hizo pie en mi corazón
un pie divino de modo,
que no podrá el mundo todo
quitarle la posesión,
ni á mí tan rico tesoro.
Y era tanta la dulzura

que el sacro pie le influyó,
que desterrado quedó
cuanto acíbar y amargura
en el corazón halló.
Descubriendo el pie sin par,
quité el delicado velo;
vislumbres de empíreo cielo,
dió el alma allá sin tardar,
con alas de amor un vuelo.
Y hecha una Fénix quedó
haciendo al pie de sí entrego,
que el pie de amor es de fuego,
y alma y corazón volvió
vivas llamas desde luego.
Y adorando aquella Aurora
do mi Sol vino escondido,
vi mi pecho enriquecido,
y dije: Silva, atesora
deste bien no conocido.
Cien mil gracias derramaba
el pie, inmensa fuente de ellas,
y con fogosas centellas
mi corazón adornaba
como al cielo con estrellas.
Y de arreboles tan lleno
mi claro cielo se vía,
que de primavera el día
más dorado y más sereno,
en mil tinieblas volvía.
La más larga y rota mano
que en hacer bien se esmeró,
jamás pudó ni acertó
á dar lo que el soberano
pie en un sólo punto dió.

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA,

EN QUE MUESTRA CUÁN VIVOS SEAN Y CUÁN JUSTOS LOS SENTIMIENTOS DEL ALMA QUE AMA Á DIOS CUANDO HALLA FALTAS EN SU CORRESPONDENCIA, AUNQUE INADVERTIDAS Y POCO VOLUNTARIAS, Y QUE EL REMEDIO ÚLTIMO DE ESTOS APRIETOS ES AQUEL Á QUE FORZOSAMENTE ELLOS LA OBLIGAN, QUE ES SALIRSE DE SÍ MISMA HUYENDO AL SOBERANO REFUGIO Y PRESENCIA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Á DO HALLABA FELICÍSIMA ACOGIDA.

Teniéndose en la memoria
á sí misma dibujada,
Silva, de amor encendida
y de la pena aumentada,
alevosos desconciertos
á sus desaciertos llama,
y fieras puntas de acero
que el alma y corazón pasan.
¿Cómo, dice, ¡ay! enemiga,
enemiga, aleve y falsa,
descuidos caber pudieron
en quien muy de veras ama?
Y si en ti son los pequeños
traiciones no imaginadas,
díganlo aquellos favores,
no dados con mano escasa,
con que tan enriquecida
te tiene también el alma,
y no pudiendo sufrir
la fuerza de sus palabras
se desampara, y huyendo,
sin fuerza y desalentada
llegó ante aquella presencia
do está su gloria cifrada,
como á ventura puerto
después de tempestad brava,
y viendo abierta la puerta
al lado del Real Alcázar,
dándole amor osadía,
y prestándole sus alas,

voló hasta dentro del pecho,
y cual Fénix renovada,
su vida fué así muriendo
entre mil ardientes llamas.

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA,

DEL ALMA QUE, DETERMINADA CON ÁNIMO DEL CIELO Á BUSCAR Á CRISTO NUESTRO SEÑOR Y SEGUIRLE, DESCUBRIÓ SUS DIVINAS HUELLAS EN LOS DESPRECIOS, DESAMPAROS Y TRABAJOS TEMPORALES, ADMITIDOS Y ESTIMADOS POR SU AMOR, Y EXPERIMENTADAS LAS DIFICULTADES DE ESTE CAMINO ESTRECHO, LAS HALLÓ ALLANADAS CON AQUELLOS PIES SOBERANOS QUE, ROMPIENDO POR ELLAS, TUVIERON FUERZA Y VIRTUD PARA VOLVER DULCE Y APACIBLE LO QUE EN SÍ ERA ANTES ESCABROSO Y AMARGO.

En busca del dulce Amado
Silva animosa camina,
y entre mil varias pisadas
las de su bien descubría,
que con las vueltas del tiempo
apenas se parecían,
cuyo divino traslado,
con que errar no se podía,
impreso en el corazón
de mano de amor tenía,
y con cada soberano
vestigio se enternecía,
diciendo: «Dulce camino,
dulce y amigable guía,
ninguna más venturosa
dársete pudo, alma mía.
¡Ay, plantas, que os dibujastes
sobre escabrosas espinas
á tanta costa, porque
no me fuesen á mí esquivas!
y el tierno pecho abrasado
entre memorias tan ricas,
despide llamas al cielo,
que lo baten y aportillan!»

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA,

EN EL CUAL SE MUESTRA UN ALMA MUY HERIDA DE AMOR DE DIOS.

En la dura superficie
de la tierra recostada,
y de una mortal herida
de amor, que el alma le pasa,
con mil vivos sentimientos
del tierno pecho arrancaba,
Silva, profundos gemidos,
que por la posta despacha.
Del grave dolor que siente
constreñida y apremiada,
más que á toda diligencia
les ordena que se partan;
y dice: «Andad, mis suspiros,
pues me veis desahuciada,
en busca del bien que pudo
herir de este modo el alma,
con cuya mano divina
sólo podré ser curada;
que de males rigurosos
de amor, jamás nadie escapa
con vida, sino en las manos
del mismo que de amor mata.»

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA,

SOBRE AQUELLAS PRIMERAS Y DIVINAS PALABRAS DE LOS CANTARES: «OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI», ENTENDIDAS EN PERSONA DE UN ALMA QUE ÍNTIMAMENTE DESEABA Á DIOS.

Los orientales luceros,
y bellos ojos, acaso,
poniendo la fiel Esposa
en un sangriento retrato
de su bien y su tesoro
herido y aprisionado,
quiso hablar; mas imposible
fué, que amor había anudado
la lengua con fuerte nudo,

y el corazón traspasado
de mil mortales heridas,
que la llegaban al cabo.
Y cuando (aunque no bien) pudo
decir su dolor extraño,
con la voz enflaquecida
y el pensamiento elevado
en aquel á quien adora,
dijo: «Si no son sus labios
remedio de este accidente
tan grave y desahuciado,
la natural vida pierde
su fuerza, y se va acabando;
aplíqueseme al aliento
el respirar soberano
que á los muertos resucita,
nueva vida al alma dando.»

ROMANCE ESPIRITUAL DE LA MISMA Á CRISTO NUESTRO SEÑOR.

De Silva los claros ojos,
que mil lágrimas brotaban,
vueltos hacia el alto cielo,
juntamente derramaban
mil amorosas querellas,
que entre las corrientes claras
despide su corazón,
porque el fuego la apremiaba
del amor, que fuertemente
le ocupa, enciende y abrasa;
y estando la lengua muda,
porque el corazón hablaba,
desde él dice: «¡Ay Señor mío!
¡quién pudiera tomar alas
de sincera palomilla
en tu amor perfeccionadas
para volar, y acogerme
á la ciudad soberana
de mi refugio y defensa,
á do no llegan ni alcanzan
los males de aqueste suelo

en que vivo desterrada!
No llamo males, mi bien,
á los que en él males llaman,
Que esos antes me enriquecen
y me consuelan y acallan,
ni ciudad á la del cielo,
aunque es mi querida patria;
sino á tu pecho divino,
adonde nido y morada
me hiciste, abriéndome puerta
con el hierro de una lanza.»

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA,

EN QUE REFIERE EL TIEMPO Y MODO CON QUE FUÉ NUESTRO SEÑOR GANANDO EL ALMA Y ROBANDO LA VOLUNTAD PARA SÍ, CON LO DEMÁS QUE Á ESTO SE SIGUE.

Madre, siendo niña,
me prendió el amor;
con cadenas de oro
presa me dejó.
Pesé se burlaba,
y él se me rió,
y me dijo:—Silva,
yo soy tu Señor.
No sentí su fuego,
aunque abrasador;
ahora bien le siento
después de mayor;
que la burla y juego
veras me salió;
ya no soy de nadie
sino del amor;
que con fuertes lazos
así me enlazó,
y son sus lazadas
de tanto primor,
que atando, desatan,
y bien lo sé yo,
con su S y clavo
señalada estoy,
señales de gloria

con que me adornó:
volvió á mí sus ojos,
y de ellos salió
fuego vivo, ardiente,
que á Silva abrasó,
abrasóle á Silva
alma y corazón.
Y arcos imagino
que sus ojos son,
porque una saeta
de ellos despidió.
Asestóla al alma,
y en el blanco dió;
quedé tan herida
que muero de amor.
Y el dolor que siento
es grave dolor;
templalle, mi madre,
nadie podrá, no,
que único remedio
de él es mi Señor;
sólo sanar puede
la mano que hirió.

QUINTILLAS ESPIRITUALES DE SILVA,

SOBRE HABER UNOS VENDIDO EL SANTÍSIMO SACRAMENTO Á UN MORO QUE HICIESE HECHIZOS DE ÉL, EN MADRID EL AÑO DE 1597.

¡Cuán dado, mi Dios, te diste,
pues por darte al alma amada
la aleve y desmesurada
llegar á ti permitiste,
con bondad no imaginada!
La sagrada Comunión
recibiendo cada día
siete veces, la escondía,
y con perversa traición
á un moro infiel te vendía.
El cual un escudo daba
por ti, en que eras apreciado,
y para hechizos comprado,

que para ellos no ignoraba
ser tú mi gloria, apropiado.
Pero ¿cómo no entendió
el infamísimo avaro,
si riqueza pretendió,
qué tesoro inmenso dió
vendido en sólo un ducado?
Tan barato te vendía,
mi bien, estando yo aquí:
¡ay, si me encontrara á mí,
y diérale, sin porfía,
hacienda y vida por ti!
Quien te vendió me lastima,
y también quien te compró,
pues ninguno conoció
el gran respeto y estima
que á tu persona debió.
¡Oh hechizos, cuán venturosa
fué el alma á quien hechizastes!
Decidme, ¿no la dejastes
hecha una celestial diosa,
si á dicha en gracia la hallastes?
Que si así fué, empíreo cielo
vuelta, sin duda, quedó,
mientras en sí os poseyó;
que el no pensado consuelo
y eterna vida se halló.
En fin, hechizos se hicieron,
con que bien enhechizado
de amor quedó el que ha tomado
tales hechizos, pues fueron
hechos del Verbo encarnado.
Que en hechizos yo no dudo,
Hostia sacra, que ese amor
hechice con tal primor,
que ni supo Dios ni pudo
hacer hechizo mejor.

REDONDILLAS ESPIRITUALES DE SILVA,

AL ECCE HOMO.

Sacando el vivo retrato
de Dios Padre omnipotente

el injusto presidente
á vista del pueblo ingrato,
  Disimulado en el traje,
y el traje desfigurado,
por haberse disfrazado
con mi ignominia y ultraje,
  Salió á la usanza de rey;
pero era nuevo el reinado,
porque en sus hombros cargado
sacó su imperio y su ley.
  Y al punto que le miró
aquella gente sedienta
de su sangre, como exenta
ramera le blasfemó.
  —De delante nos le quita,
dijo, y en una cruz muera
la más que pésima fiera,
con intolerable grita.
  El juez inicuo, temiendo
tan manifiesta injusticia,
y de ellos la gran malicia,
los acallaba, diciendo:
  —Atentamente mirad
en este Hombre que os muestro;
atended á que es rey vuestro
y que le debéis lealtad.
  Acábese de ablandar
pecho tan desapiadado;
¿á vuestro Rey consagrado
tengo de crucificar?
  Ese envidioso furor
el ánimo os ha cegado,
para que así hayáis negado
á vuestro propio Señor.—
  La causa de le sacar
así fué porque creyó
que como él se lastimó
los pudiera lastimar
ver á Dios en tal estado,
y con la fuerza de amor,
más herido en lo interior,
que no en lo exterior llagado.
  Y aunque era luz penetrante,
no los aclaró este cielo,

porque echaron otro velo
al corazón de diamante.
  Y cual abrasada fragua
que á toda furia se ardía,
cuanto el pueblo más pedía
su muerte, más la aceptaba.
  Que era de amor mar profundo
y con él se había juntado
el que faltaba al helado
pecho del aleve mundo.
  Salid, hijas de Sión,
la suprema y levantada,
y no á ver la limitada
gloria del rey Salomón,
  Sino á la que lo es del Padre
de grandeza incomprensible
con la corona insufrible
que le coronó su madre
  El solemnísimo día
en el cual se desposó
con su Amada, y le estimó
por el de más alegría.
  Que por guirnalda de rosas
puso en sus sienes divinas
una corona de espinas.
crueles y lastimosas.
  Madrastra fué al descubierto,
pues que desde que nació
no paró hasta que le vió
fuera de los reales muerto.

OCTAVAS ESPIRITUALES DE SILVA,

SOBRE INTERIORES SENTIMIENTOS DEL ALMA.

  Cuando vuelvo los ojos á mirarte,
después de haber estado divertida
en el caduco mundo, de tal arte
viene á quedar tu Silva entristecida,
que sin hallar reposo en otra parte
que en ti, se vuelve á ti despavorida,
cual pequeñuelo niño que á deshora
de su madre la ausencia advierte y llora.

Y herida del ligero pensamiento,
despide de sí el alma unas centellas,
aspirando con tal fuerza á su centro,
que se ven en un punto todas ellas
puestas y fijas en el firmamento
de amor, como hermosísimas estrellas,
de do arrojando fuego con presteza,
de nuevo Silva á se abrasar empieza.
Con tierno sentimiento suspirando,
entre mi dulce gozo mezclo lloro,
amorosas querellas derramando
delante de ti, gloria en quien adoro,
pidiéndote me digas hasta cuándo,
hasta cuando, inmensísimo tesoro,
me pensabas dejar tan trascordada
y en las vanas ficciones ocupada.
Como el pez á quien falta su elemento,
sin ti muero, y expiro ciertamente;
estimando en mil años un momento
de los que suelo hallarme de ti ausente
y por el más furioso y gran tormento
que en las leyes de amor el alma siente,
que este dolor terrible es tan subido
de punto, que aun no queda encarecido.
Y pues de mí te escondes y te ausentas
como de una enemiga declarada,
muchas veces, Señor, y aunque atormentas
así á tu Silva, no la hallas cansada
de sufrirte y quererte: no consientas,
que también yo ande ausente, y olvidada
de ti, pues de esto no saco otro fruto,
que pagar al tirano tu tributo
Forzada de la flaca y deleznable
naturaleza, á los males dispuesta,
me sirve de infierno intolerable,
y profundos gemidos mil me cuesta;
pero en ninguna vía remediable
puede ser tan gran peste como aquesta,
si de tu eterna y tan divina mano
no me viene el socorro soberano.
Una merced te pido, confiada
en aquesa bondad tan sin medida,
y es, que á tu voluntad muy ajustada
quede tu Silva en todo, y tan rendida

en ti, y tan embebida y empapada,
que de mí ni una gota sea vertida;
que si este celestial dón me concedieres,
yo te daré por él cuanto quisieres.

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA.

DECLARA EL SEÑORÍO Y FUERZA DE AMOR, CONSIDERADA EN EL MISMO JESÚS, Y CUÁLES HAN DE SER LOS PECHOS EN QUE ÉL HA DE TOMAR POSESIÓN Y VIVIR DE ASIENTO.

Absoluto dueño
del pecho rendido,
que todo lo allanas,
siendo obedecido
con tal diligencia
que jamás ha habido
rey que se te iguale
en cuantos han sido,
que eres Rey de reyes,
y Dios, aunque niño,
conquistas las almas
por modo no visto:
tu arco certero
jamás en vacío
despidió sus flechas,
ni erró ningún tiro;
y el pecho á que asestas
siempre es escogido,
animoso y sabio,
constante y de brío,
porque te desplace
el que es abatido,
cobarde, indiscreto,
y en el amar tibio:
que, aunque pequeñuelo,
eres muy sabido,
y aunque delicado,
de nadie vencido.

COPLAS ESPIRITUALES DE AMOR DE DIOS.

Dulcísima gloria mía,
id la fuerza acrecentando,
que se consumen amando
cuantas en el alma había.
Aquesa profundidad
de sumo merecimiento,
anegó mi entendimiento
y absorbió la voluntad.
Y cuando vine á llegar
al punto más levantado,
vi que amor me había faltado
para empezaros á amar.
Cual Fénix desfallecida
del amoroso accidente,
deshecha en su llama ardiente,
de nuevo espero la vida.

QUINTILLAS ESPIRITUALES DE SILVA.

Llora Silva, y su pastor
se alegra de su pesar;
hasta aquí pueden llegar
las trazas que tiene amor
para su fuego aumentar.
En las niñas de los ojos
dice el pastor que le ofende
quien en dar á Silva entiende
aun muy pequeños enojos,
y que su furor enciende.
Y viéndola él afligida
y llena de desconsuelo,
la vuelve de plomo el cielo,
y su luz obscurecida,
y de metal todo el suelo.

DE LA NAVIDAD.

Mostrado ha tanto cariño
con su amada este zagal,
que porque no le era igual

ha venido á hacerse niño.
Y otro inaudito favor
ha sido habérsele dado
á la rústica, abrasado
en tan encendido amor.
Su fuerza, no conquistada,
acabó tan grandes cosas,
que en las trazas más costosas
halla siempre amor entrada.
Con las pieles de un cordero
disfrazó el ornato Real,
y en un humilde portal
un tesoro todo entero.
De la ciudad soberana
quiso bajar á la tierra,
á tratar sangrienta guerra
por rescatar la serrana
Del tirano Lucifer,
que sus fuerzas en mantillas
envuelto ha de combatillas
por mostrar más su poder.
Zagala, ingrata no seas
á quien así te ha querido,
pues que sólo ha pretendido
tenerte adonde le veas.

DE NAVIDAD.

No es mal remedio el sereno
y estar en portal sin casa
para pecho que se abrasa
y que está de fuego lleno.
Y ya que eso no ha bastado
á templar la ardiente llama,
tener el suelo por cama,
y estar temblando de helado.
Mas fuego que al hielo ataja,
y que pone en tal estrecho
al Niño, ¿cómo no ha hecho
ceniza el heno y la paja?
Sin duda es el fuego, á quien
figuró la llama ardiente,

que vió tan resplandeciente
entre la zarza Moisés.
Y siendo amor su potencia,
no asesta en pajas ni en heno,
sino en el pecho terreno,
do busca correspondencia.
Que una rústica serrana
fué quien su pecho encendió
desde el punto que la vió
en su idea soberana.
Herido me han los amores
del Niño, y sus gracias mil;
parece un florido Abril
cuando derrama sus flores.
Toda me quiero vender
por sus llamas al amor;
que no habrá trueco mejor,
y eso debe él pretender.

AL NACIMIENTO.

El Dios de venganzas
su fuerza ha rendido,
del amor herido.
El fuerte y terrible
león de Judá,
hecho se nos da
Cordero apacible,
y si era increíble
es por haber sido
del amor herido.
El que es de millares
de ángeles gobierno,
como niño tierno,
envuelto en pañales
llora ya mis males,
por haber nacido
del amor herido.
La suma grandeza,
y bien soberano
se halla muy ufano
puesto en gran pobreza,
porque su riqueza

me ha enriquecido
del amor herido.
Sujeto á mamar
está, y sufre frío
quien refrena el brío
del furioso mar;
que quiere mostrar
que á esto se ha abatido
del amor herido.
El Verbo divino
del inmenso Padre
en la sacra Madre
á humanarse vino,
abriendo el camino
al hombre perdido,
del amor herido.

DE LA NAVIDAD.

Dulce bien, ¿por qué lloráis?
¿No se ha hecho lo que queréis
con cuanto sufrido habéis
por el alma á quien amáis?
Estando desembarcado
en la tierra deseada,
con el sayal de la amada
zagala tan disfrazado,
Mostráis tristeza y dolor;
mucho debe de faltar
hasta adonde ha de quedar
satisfecho vuestro amor.
No os acallan los pañales,
ni el pesebre despreciado
en que os halláis recostado,
puesto entre dos animales,
Ni el arruinado portal,
ni la inclemencia del cielo,
ni el ver ya por ese suelo
grandeza tan desigual.

REDONDILLAS ESPIRITUALES DE SILVA.

Á LA NAVIDAD: LLAMA CRISTALINA FUENTE Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y TAMBIÉN Á LA FE, ADONDE INFALIBLEMENTE SE VEN Y MUESTRAN ESTAS VERDADES.

Las trazas del amor vi
en la cristalina fuente,
que para mí fué una ardiente
fragua donde me encendí.
Y son maravillas tales,
que sólo el que pudo hacerlas
es el que sabe entenderlas,
que á su saber son iguales.
La fortaleza caída
vi, que estaba sollozando,
y el mismo gozo llorando,
y la gloria entristecida.
La inmensidad abreviada,
y aquella fuerza invencible
vencida, aunque era increíble,
y entre mantillas fajada.
Pobrísima la riqueza,
y al sacro é empíreo cielo
arrojado por el suelo,
y abatida la grandeza.
Al infinito valor
en poco precio estimado,
y al mismo fuego vi helado
por abrasarse de amor.
Las Cortes del sumo Rey
celebrarse en un portal,
y la Alteza celestial
entre una mula y un buey.
Y vi la Sabiduría
y Verbo eterno del Padre
tener en la tierra Madre,
en cuyos brazos dormía.
Y á la igualdad y justicia
por injusta condenada,
y á la pureza infamada
por nunca vista malicia.
Vi la hermosura y belleza

en todo extremo afeada,
y quedar desfigurada
y marchita la lindeza.
Vi la vida que expiraba,
con lo cual muerta dejó
á la muerte, y vida dió
al alma que muerta estaba.
Y que era ya Dios el hombre,
y hombre Dios, y sin respeto
tratado y á ley sujeto:
¿habrá á quien esto no asombre?

SONETO ESPIRITUAL

DE AFECTOS DE AMOR ENCENDIDÍSIMO Y DESEOS DE MARTIRIO.

Esposas dulces, lazo deseado,
ausentes trances, hora victoriosa,
infamia felicísima y gloriosa,
holocausto en mil llamas abrasado.
Dí, amor, ¿por qué tan lejos apartado
se ha de mí aquesta suerte venturosa,
y la cadena amable y deleitosa
en dura libertad se me ha trocado?
¿Ha sido, por ventura, haber querido
que la herida que al alma penetrada
tiene con dolor fuerte desmedido
No quedé socorrida ni curada,
y el afecto aumentado y encendido,
la vida á puro amor sea desatada?

SONETO ESPIRITUAL DE SILVA.

PARA UNA SEÑORA GRAVE, Á QUIEN ELLA AMABA MUCHO Y DESEABA VERLA MUY OCUPADA EN COSAS ESPIRITUALES, PORQUE ERA MUY PARA ELLO, Y NO DERRAMADA EN OCUPACIONES Y CORRESPONDENCIAS HUMANAS, AUNQUE CON BUEN FIN.

¿Cómo, dí, bella Amari, tu cuidado
estimas en tan poco, que, olvidada
de quien con tanto amor eres amada,
te empleas en el rústico ganado?

¿Hante la vana ocupación comprado,
que nigromántica arte embelesada
te trae, y de tu bien tan trascordada?
¡Ay alevosa fe! ¡Ay pecho helado!
Vuelve, Amari; repara que perdiendo
vas de amor el camino, digo atajo,
y ese que llevas, ancho y deleitoso,
Suele mañosamente ir encubriendo
entre las florecillas, y debajo
de verde hierba, el paso peligroso.

LIRAS DE SILVA

Á LOS DIVINOS OJOS DE NUESTRO SEÑOR.

Al alma que te adora
vuelve los claros ojos, Cristo amado,
que más que en sí, en ti mora,
y todo su cuidado
en sólo tu mirar está cifrado.
Ojos restauradores
de vida que la dan de amor matando,
absolutos señores
de cuanto están mirando,
inmensa majestad representando.
Puro y vivo traslado
de todo el bien que encierra el alto cielo,
que tras el delicado
disfraz de humano velo,
hacen rico y dichoso á todo el suelo.
Sacros Soles dorados,
cuya amable presencia poderosa
los males desterrados
deja, y su victoriosa
luz deshace la niebla tenebrosa.
Rara y suma lindeza,
y el *Nihil ultra* de la excelsa mano,
adonde con destreza
juntó un mirar humano
con un mirar divino y soberano.
Depósitos divinos
do está toda mi gloria atesorada,
espejos cristalinos,

vista dulce, agraciada,
dorado día, Aurora arrebolada.
Jardines celestiales,
ameno Paraíso deleitoso,
Luceros orientales,
refugio venturoso,
puerto en la tempestad maravilloso.
En esos ojos bellos
todo su bien librado el alma mía
tiene, y colgada de ellos
vive, que no podría
de otro modo vivir ni un solo día.
¿En cuanto me ha importado
que para mí no son, ó no hayan sido,
ó qué en ellos buscado
de bien he, ó pretendido,
que vano ó engañoso haya salido?
Decid luces serenas,
quien de ese dulce revolver mirando
lazos hizo y cadenas,
con que el alma enlazando,
sutilmente la van aprisionando.
Las hazañas famosas
de amor, y sus victorias no imitadas
siempre, más venturosas
fueron, y señaladas,
desde ese Alcázar Real ejecutadas.
De tanta hermosura
la fuerza intenta, aun no experimentada
con dichosa ventura,
en mirarla ocupada
viene á quedar suspensa y trasportada.
Y habiendo amor robado
mi corazón, que en nada resistía,
le vi que remontado
por el aire subía,
y en tus ojos con él se me escondía,
Por alcaide celoso,
en medio el pecho, en su lugar dejando
un afecto fogoso,
que en llamas abrasando
le está, y el homenaje á amor guardando.

ROMANCE ESPIRITUAL DE SILVA.

Silva á Nise, entre otras cosas
que con ella en gusto hablaba,
determinó de contarle
una que aunque fué soñada
no era poco misteriosa,
á su Señor aplicada:
—Bien conoces, dijo, á Amari,
Amari mi prima hermana,
iguales en la amistad,
en los años y crianza,
no en las suertes, porque han sido
de todo en todo contrarias.
Soñaba, pues, que yo y ella
de nuestra antigua morada
salíamos una tarde
del gran calor apremiadas,
al tiempo que el claro Febo
apriesa se desviaba
del horizonte, y la noche
clara, fresca y sosegada,
sucediendo al alto cielo
su vistosa y turquesada
color de cien mil diamantes,
con arte y primor bordaba.
A las riberas umbrosas
de fresca hierba adornadas,
adonde me parecía
que junto á nuestra cabaña,
gozando del fresco viento
conmigo Amari en pie estaba,
y de la callada noche
y soledad convidadas,
con un profundo silencio
los ojos consideraban
á veces el prado ameno
de anchura y belleza extraña,
á veces las cristalinas
del Duero profundas aguas,
donde como en claro espejo
dentro de ellas se mostraba
la luz de una grande estrella,

en todo trasordinaria,
la cual en un punto vimos
que el puesto desamparaba,
y como rayo ligero
del cielo en la tierra daba.
Apartada presurosa
de la tierra levantada,
divina gloria influyendo,
se acercó de un salto á entrambas.
Y absortas en tal suceso,
al tercer salto asestaba,
Nise, en medio de mi pecho,
y dentro de él se me entraba.
Su luz del todo ocultando,
quedó en el pecho encerrada,
y no sé á cuál de las dos
dejó más maravillada.
Y atenta á la superficie,
con la pastoril zamarra
cubierta, que de cortina
sirvió y sirve á gloria tanta.
En esto desperté, y vime
del caso é historia rara
lejos, y en sólo mi bien
el alma toda ocupada,
cuya ausencia me traía
de lo demás olvidada:
el sueño pasó por sueño,
y estando bien descuidada
me vino, Nise, un recado
que mi Señor me enviaba,
diciendo que aparejase
mi pecho para morada
suya, porque desde luego
por suya la señalaba,
y ya há dos años cumplidos
que casi cada mañana,
cuando de su Alcázar sale
y acá á nuestra sierra baja,
en este albergue pajizo
de la que más que á sí le ama
entra y le deja ancho cielo,
y hecha también diosa el alma.

QUINTILLAS ESPIRITUALES DE SILVA

DE UN DESAFÍO AL MUNDO.

Un corazón animoso
con esfuerzo y valentía,
que de dolor procedía,
á su enemigo alevoso
así reta y desafía:
Engañoso y más mudable
que lo es el camaleón,
emponzoñado escorpión,
furioso tigre intratable,
soberbio y bravo león.
No me espanta tu fiereza,
ni tu furor me acobarda:
aguarda, tirano, aguarda;
llevarás en la cabeza
las manos por sobrecarda.
Ningún bien podrás hacerme,
ni otra merced más segura,
que echar de tu rabia pura
el resto por deshacerme
y por borrar mi figura.
Que si la tuya en mí queda,
sólo es para aborrecerte;
en pisarte está mi suerte
y en que, traidor, mi alma pueda
irse do no pueda verte.
En el corazón un brío
siento fuerte y caudaloso
contra ti, falso, engañoso,
que en el mayor desvarío
mezclas el ser cauteloso.
Cobrada tengo osadía
para vengar mis agravios;
yo haré como te sean agrios,
y que sientas mi acedía
con su dentera y resabios.
Y aunque hay quien de mí los quita,
no hay quien te los quite á ti;
y si pensaste de mí
triunfar, no fué buena dicha

la que aseguraste aquí.
Ya me salí de tu reino
infame, caduco y vano,
por cogerte acá en lo llano
y fuera de tu gobierno,
donde me fuiste tirano.
Gigante te me mostraste
en honra vana y honor;
afuera, afuera, traidor,
que es tiempo que se contraste
un tan recebido error.

SONETO Á UN HOMBRE QUE CAYÓ EN LA CULPA

Y SE REDUCE Á PENITENCIA.

Infeliz hora, desdichado punto,
tiempo sin tiempo, vida no, mas muerte,
cruel prisión, y la cadena fuerte,
hierros que me enlazaron en un punto.
Parezco vivo, mas estoy difunto;
á un tiempo todo se acabó; mi suerte
desdicha fué, y plegue á Dios acierte
á recobrar lo que he perdido junto.
Lágrimas, suspirar, amargo llanto,
gemir del corazón, cruel azote,
dolor profundo con intensa pena,
Desde agora será mi dulce canto,
con que pagando el miserable escote
pueda seguir mi dulce Filomena.

Por ser también de Silva, aunque no de doña Luisa, pongo estas octavas por remate de este libro: corto monumento de un grande ingenio, digno de más larga vida y obsequio debido al mayor amigo.

OCTAVAS Á UN RETIRO POR UN CONTENTO EN ÉL.

En esta soledad adonde vivo
conmigo alegremente acompañado
(no ya, como algún tiempo, ó fugitivo,
ó lejos, de mí mismo desterrado),
sin frecuentar las aras del altivo
ídolo, de ambiciosos adorado,
por feliz infortunio de mis años
verdades gozo, y logro desengaños.

Aquí el sabio silencio escucho atento,
sin filósofa pompa ni elocuencia,
las causas del dolor, las del contento,
en ambos la templanza y la paciencia
de nuestra vida, que al fatal momento
se sigue eterno; noble y alta ciencia,
pues nada ignora quien en paz süave
ha sabido vivir, y morir sabe.

No sigo la opinión, la que tirana
del ingenio del hombre, en toda parte
con fatal apariencia y sombra vana,
la suerte adversa y próspera reparte;
la que responde á la ignorancia humana,
cual oráculo equívoco con arte,
la Circe al fin de míseros mortales,
que finge bienes y disfraza males.

Desnuda la verdad (su gala es ésta)
y sencilla, si grave aquí se ofrece,
que sólo extraña su hermosura honesta
á quien finge buscarla y la aborrece;
al humano deseo manifiesta
que es vano cuanto teme y apetece,
y á pesar del error, que al hombre sabio
ni honor le crece ni le mengua agravio.

El áulico tropel, el artificio
del cortesano encanto, escollo incierto
al Palinuro de mayor juïcio,
cual pasado peligro alegre advierto:
mil votos pago al cielo, que propicio
de aquel naufragio me condujo al puerto,
beso su tierra grata, que ligera
espero me ha de ser cuando en él muera.

Espiran estos campos alegría,

cuya llana rudeza lisonjea
más que en copados chopos la armonía
del ruiseñor, que libre se gorjea:
en vez de amenidad y melodía
hago el descuido rústico me sea,
y templando el deleite, si bien justo,
libra en sí misma el alma el mayor gusto.

De cuanto el cielo hermoso me produce
licencio á lo forzoso el apetito,
á quien, si la modestia no reduce,
llega á tener su término infinito:
y digo á la riqueza que más luce
de cuanto ya feliz no necesito:
¡oh bienes, cómo entonces os poseo
cuando más os desprecia mi deseo!

El sol no se mostró con hermosura
igual al día en que rompió mi brío
de esclava pretensión la cárcel dura,
y al favor no rendido, ni al desvío
de ajeno dueño, á libertad segura
proclamando, quedé del todo mío:
¡ay dulce profesión, no hay más que espere,
ni que pueda ganar, si te perdiere!

Míos y ajenos daños, cuya historia
con llanto no, con escarmiento toco,
á la ambición serán en mi memoria
antídoto eficaz, y á no ser loco,
me advertirá su fugitiva gloria
cuán poco vale lo que dura poco;
dichas no envidiaré, si tengo seso,
que el más gigante gime con su peso.

Su imperio la razón en el retiro
tiene absoluto, en mi obediencia grata,
y como á sólo lo que soy aspiro,
ni el gusto la esperanza me dilata,
ni en propio mal ó ajeno bien suspiro
con quejas de fortuna siempre ingrata;
deseos ó temores jamás veo,
si bien no desear siempre deseo.

Privilegian hidalgas exenciones
al que humilde se estrecha en concha breve,
de vil lisonja pechos, ó pensiones,
ni altivo cobra, ni sujeto debe:
no experimenta dobles corazones,

con semblante halagüeño, ausencia aleve,
que es la corte solar de la mentira,
y nunca á soledades se retira.
Los bienes aparentes que algún día
fueron dulce lisonja del sentido,
mirados á otra luz, por dicha mía,
que los perdí conozco agradecido:
gran fuerza del engaño, ayer pedía
lo que hoy llego á temer más advertido,
en que el cielo me enseña que si es dando
benigno y liberal, lo es más negando.
Geógrafa experiencia al hombre muestra
que el nombre de gran mundo le conviene,
pues tirando las líneas mano diestra,
fuera de sí, ninguna cosa tiene:
el bien y el mal encierra el alma nuestra,
de externos accidentes no le viene,
así por sólo, ni de mí carezco,
ni en mí de todo bien, si le merezco.
Quien altamente esta verdad concibe,
es público teatro á su respeto
el ángulo escondido donde vive:
allí castigo el vicio más secreto,
y la oculta virtud premio recibe;
á humana aprobación poco sujeto,
el orbe en su opinión no diferencia
á cualquier soledad de su conciencia.
¡Oh! si en virtud heroica así creciese
que me importase estar siempre conmigo,
y cual grave varón de mí temiese
tenerme en mis acciones por testigo,
y para mí cual otro extraño fuese,
ya rígido censor, ya dulce amigo,
cuán conmigo, y sin mí, que gozaría
segura soledad y compañía.
¡Ay vida retirada, émula santa
de aquella eterna paz por quien anhelo,
himnos cual á deidad el alma canta,
debidos á tu honor y á mi consuelo!
y mientras gozo en ti de gloria tanta,
justamente te tengo por mi cielo:
él quiera en ti le ofrezca, como intento,
de aquesta vida el postrimer aliento.



TABLA DE LOS CAPÍTULOS DE ESTA HISTORIA.

LIBRO PRIMERO.

Páginas.

LIBRO SEGUNDO.

Páginas.

LIBRO TERCERO.

LAUS DEO.

